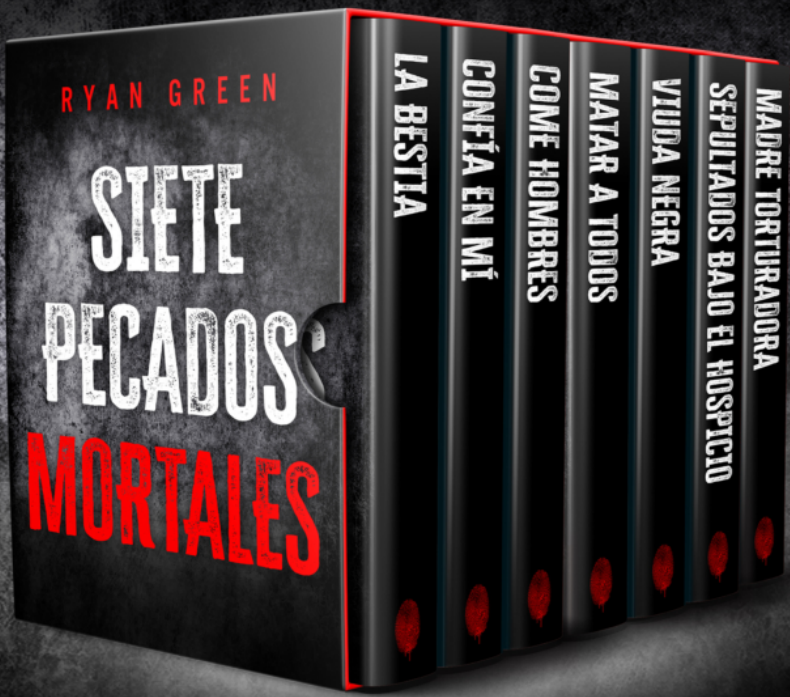
SIETE PECADOS MORTALES



RYAN GREEN

SIETE PECADOS MORTALES

RYAN GREEN

© Copyright 2024 Ryan Green. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del autor. Los críticos podrán citar breves pasajes en sus reseñas.

Descargo de responsabilidad

Este libro trata de personas reales que han cometido crímenes reales. Esta historia ha sido basada en hechos reales, no obstante algunas de las escenas, diálogos y personajes han sido ficcionados.

Nota de cortesía para el lector

Este libro está escrito en español neutro, salvo en los casos en los que la fidelidad a otros idiomas o jergas haya sido apropiada. Algunas palabras o frases podrían diferir del idioma español.

Índice

LA BESTIA

CONFÍA EN MÍ

VIUDA NEGRA

MATAR A TODOS

COMES HOMBRES

MADRE TORTURADORA

SEPULTADOS BAJO EL HOSPICIO

ACERCA DE RYAN GREEN

APOYA A RYAN GREEN

LA BESTIA

La escalofriante historia real de un psicópata asesino de niños

Un verano brillante como el oro

Había algo particular en Clifford. Parecía caminar a un ritmo diferente mientras se paseaba por las calles. Como si todos los demás se arrastraran por el suelo y él flotara, con una banda tocando su tema musical de fondo. Cuando la gente se acercaba a él, adentrándose en esa nube de humo de puros caros que le seguía a todas partes, había un momento en el que casi podían sentirlo. La lejana insinuación de la música en el viento.

Algunas personas lo llamaban carisma, y lo amaban por ello, pero incluso las personas que no lo amaban se encontraban atrapadas por él. Como si todo fuera su historia y ellos fueran tan solo personajes secundarios.

Avanzando hacia el interior desde el espeso humo azul, había más colores que apreciar, brillantes trajes a medida y camisas de seda, prendas que habrían resultado chillonas o cómicas en cualquier otra persona, pero que parecían encajar a la perfección en Clifford. Cada línea se adaptaba a su cuerpo, cada color compensaba la rudeza natural de su piel. Si uno se tomaba el tiempo suficiente para observarle con atención, podría distinguir el cuerpo que se ocultaba debajo del traje, penetrar el camuflaje y hacer visible el físico de cuello grueso con forma de patata que había debajo de toda esa costosa sastrería. La verdad debajo de la mentira de la humanidad, un grandioso y tosco simio vestido con el glamour de algo más.

Su cabellera era más fina en la parte superior y sus patillas parecían haberse engrosado para compensarlo, como si sus cabellos no hubieran desaparecido, sino que hubieran emigrado hacia los lados. Como si la gravedad estuviera ganando su batalla contra él. Colgaban densas a ambos lados de su rostro redondeado, estilizándolo hasta convertirlo en algo casi apuesto cuando se le veía de frente. Al mirarse frente al espejo, tenía el mejor aspecto que había tenido jamás, pero visto de perfil tenía un aspecto cómicamente arcaico, como si fuera un viejo alcalde colonial, alguien de posición y poder, sin importar en qué parte de la historia se dejara caer. Si hubiera sido guapo, o menos extraño en toda su grotesca grandeza, entonces no habría sido tan fácil de agradar, o de confiar en él. Pero con todas aquellas divertidas afectaciones, rozaba la condición de payaso. Una caricatura del empresario exitoso. Un personaje de dibujos animados y, como tal, completamente inofensivo.

Víctor percibió todo aquello. Lo apreció y sonrió a su más reciente cliente. Aquí había dinero; cada centímetro de la imagen que proyectaba Clifford lo insinuaba. Mientras enumeraba su extravagante pedido, a Víctor le costaba seguirle el ritmo. Membretes, tarjetas de presentación holográficas, sobres, láminas de oro en todo. Todo —el

dinero no era un problema. Tenía dos negocios en auge y necesitaba que el mundo supiera del éxito que tenía. No lo decía con tantas palabras, pero lo gritaba en todo lo que hacía. Con el enorme pedido realizado y la parte trasera de la imprenta ya en marcha para acomodarlo, esta encarnación viviente del sueño americano metió la mano en su bolsillo trasero y sacó su billetera. Era gruesa hasta el punto de reventar. Los billetes de cien dólares estaban tan apretados que se arrugaban en los bordes.

Los ojos de Víctor se abrieron de par en par cuando Clifford hizo un gesto con la cartera, como si no pesara nada, como si no fuera más dinero del que aquella tienda facturaba en un mes. ¿Querrían un depósito o confiarían en él?

Por primera vez, la conversación adquirió un cariz diferente, y Víctor sintió que podía vislumbrar cómo aquel torpe chiste de hombre se había ganado su dinero: el silencio que dejó, y que se negaba a llenar, la repentina tensión que se produjo con sólo un movimiento de cabeza. Este era definitivamente un hombre que sabía hacer un trato. Un hombre que podía aumentar la presión. El silencio sólo se prolongó un momento antes de que Víctor no pudiera aguantar más. No hay necesidad de un depósito. Aquí todos somos amigos. Y como si no se hubiera movido ni un centímetro, la sonrisa de Clifford volvió a aparecer y extendió su mano de dedos gordos para estrecharla. Víctor no podía dudar ahora, no con casi mil dólares en juego. Extendió su mano y sufrió el temblor de huesos que le siguió. No había malicia en los ojos brillantes de Clifford, sólo la necesidad de demostrar que era el jefe. El perro más grande del parque. Víctor se aseguró de guardar la compostura, incluso cuando su mano comenzó a golpear al ritmo de los latidos de su corazón. Mostrar debilidad frente a un tipo como este costaba respeto, y el respeto era un negocio de vuelta con un sombrero diferente. Aparentemente satisfecho, Clifford soltó la mano de Víctor y se dirigió a la puerta. Se dirigía a la siguiente ciudad; regresaría a saldar sus cuentas y retirar su papelería más tarde. Todo saldado. Sin quejas. Todos satisfechos.

A través del cristal de la ventana delantera, Víctor le vio marcharse, la nube de humo azul se iba diluyendo a medida que transcurría el tiempo, el glamour que el hombre había proyectado se desvaneció con la misma rapidez. ¿Por qué no había aceptado un depósito? ¿Por qué no había hecho que el tipo pagara por adelantado? Era mucho dinero, mucho dinero se perdería si el tipo no regresaba. Todo había sucedido como un sueño, la realidad sólo se asomaba por los márgenes ahora que Clifford se había ido. No podía estar seguro de que hubiera ocurrido algo en absoluto. No había nada firmado, nada más que el escozor de su mano y sus propias notas garabateadas de la orden para demostrar que Clifford había estado allí. ¿Podría haber

sido todo un sueño en una tarde aburrida? Clifford parecía un personaje imaginario.

Fue entonces cuando el sol brilló en el holograma de la tarjeta de visita que aún descansaba en la encimera. El modelo que Clifford había dado de lo que quería exactamente. Víctor la levantó a la altura de sus ojos con un suspiro, y luego se puso a trabajar.

En la calle, Clifford avanzó encendiendo un nuevo cigarro grueso seguido al último, y luego hizo una pausa en su pavoneo para girar la punta su pie sobre los restos del cigarro anterior. El sol brillaba, el cielo era azul. No podría ser un día mejor.

Al final de la calle había una pequeña tienda de comestibles, y entró para comprar un refresco, sin detenerse en su paso cuando presenció el final de una discusión entre el encargado y un adolescente. Nada podía frenar su paso. Nada podía restarle fuerza a su paso. Fuera, apoyó un hombro sobre el muro del edificio y dio un largo trago a la botella. La vida no podría ser mejor que esto. Realmente no podría.

El adolescente salió con un aspecto abatido, toda la lucha había se había esfumado. Sin darse cuenta de que Clifford estaba en su nube, se alejó por el camino, todavía refunfuñando y murmurando para sí mismo.

"¿No estaban contratando?"

El chico ni siquiera se había dado cuenta de la masa colorida de Clifford que avanzaba a su lado. A pesar de su tamaño, era como si sus pasos no hicieran ruido. Como si fuera un gran gato. Desde luego, sonreía como el gato que se llevó la crema. "Dice que soy demasiado joven".

"Una mierda". Clifford lo dijo con tanta ligereza que el chico se quedó boquiabierto. Nunca había oído a un adulto hablar así. Y menos a un desconocido. "Pareces lo suficientemente grande como para trabajar. ¿Cuántos años tienes?"

Hubo una pausa momentánea en la que el chico hizo algunos cálculos internos, tratando de averiguar a dónde iba esto, qué podría sacar de ello. Clifford se balanceaba a su lado como si no le importara si obtenía su respuesta o no. Finalmente, el chico dejó escapar un suspiro. "Quince".

"¿Quince años? Yo trabajaba en obras cuando tenía catorce años. ¡Qué tontería! No puedes trabajar en una tienda, pero sí puedes cargar ladrillos". Sacudió la cabeza con disgusto, y luego siguió andando en silencio mientras el chico se quedó con la pelota figurativa.

Cuanto más tiempo pasaba con Clifford andando a su lado, sin decir nada, alargando el incómodo silencio, más desesperadamente sentía el chico que tenía que decir algo, hasta que finalmente, soltó: "Podría cargar ladrillos".

Clifford sonrió para sus adentros y volvió a meterse en la conversación como si no hubieran perdido el paso. "Apuesto a que podrías, un chico fuerte como tú".

Hubo un cierto matiz de burla en eso. La insinuación del sarcasmo acechando justo por debajo de la superficie de la conversación. Hizo que el chico, ya irritado, levantara la voz. "¡Soy lo suficientemente fuerte como para trabajar en la construcción!"

Con un apretón de boca para mantener su cigarro en su sitio, Clifford levantó los brazos al aire. "Claro que lo eres, chico. Mírate. Eres un pequeño Hércules, ¿verdad?"

El chico no era un pequeño Hércules. Tenía los brazos delgados y la complexión de alguien que no había comido tres veces al día durante la mayor parte de su vida. No era una estrella del atletismo, ni tenía la complexión de un jugador de fútbol americano, como el propio Clifford seguía teniendo bajo la capa superior de ropa cara y la grasa de la buena vida. Mantenía ese persistente filo de burla en el aire. El chico había intentado agachar la cabeza y limitarse a caminar hasta su casa, pero ese imbécil iba a seguir lanzando dardos contra él. Se detuvo en seco y se enfrentó al tipo.

"¿Cuál es tu problema, tío?"

Clifford se echó a reír. "¿Mi problema? Te lo diré..." Del bolsillo interior de su chaqueta, sacó otra de esas tarjetas de presentación doradas con el logotipo holográfico. Ésta llevaba la marca de una empresa completamente diferente a la que había dejado en la imprenta, pero el negocio al que se dedicaba seguía siendo claro. La construcción. El chico se quedó con la boca abierta ante el llamativo testimonio de la falta de gusto de Clifford. Nunca había visto una tarjeta de presentación, y mucho menos había tenido una tan cara en sus manos. La gruesa y lujosa tarjeta le rozó las yemas de los dedos cuando Clifford se la quitó de sus manos. "Mi problema es que he contratado a un chico para trabajar en una obra en la montaña Whistler y hoy no se ha presentado. No llamó para decir que estaba enfermo, no programó vacaciones, nada. Simplemente no se presentó. Y aún debo mantener la maquinaria girando. No se consiguen grandes proyectos como este todos los días. Tienes que mantener al cliente contento, ¿sabes?"

El chico asintió con la cabeza como si tuviera un primer indicio de lo que Clifford estaba hablando. "Entonces, ¿qué dices, chico? ¿Quieres ganar algo de dinero?"

Fue entonces cuando el chico se dio cuenta de lo que quería. "¿Me estás ofreciendo un trabajo?"

"No. Te ofrezco la oportunidad de ganarte uno. Vienes al sitio, te pongo a prueba, para ver si estás a la altura del trabajo. Si resulta que puedes hacerlo, tienes un trabajo para el verano, o un puesto

permanente en una de mis cuadrillas, si no tienes que volver a la escuela. Si te llevo allí y no puedes hacer una maldita cosa bien, y arruinas las cosas, no te molestes en aparecer a la mañana siguiente, te daré una patada en el culo más rápido de lo que puedas deletrear tu propio nombre. Entonces, ¿qué dices?"

Aquel incómodo silencio volvió a producirse, pero el chico sabía sin duda lo que tenía que hacer. No podía rechazar una oferta como esa. Extendió su mano. "Parece que tiene un trato, señor".

Cuando Clifford tomó la mano del chico y la estrechó, no hubo presión. Fue casi una caricia sobre la palma suave del chico más que un verdadero apretón.

Se dirigieron al coche de Clifford para que pudiera llevar al joven a la montaña. Durante todo el trayecto charlaron amigablemente hasta que salieron de la ciudad y se pusieron en marcha.

Una vez que la civilización se perdió de vista en el espejo retrovisor, el hombre mayor se quedó en silencio. El chico trató de mantener ambos extremos de la conversación, pero al poco tiempo se dio por vencido. No dejaba de mirar hacia Clifford y, por más que quisiera, no podía ver al amable hombre de negocios que se había acercado a paso ligero y le había ofrecido la solución a todos sus problemas. Su mirada era inexpresiva, sus ojos oscuros y distantes, incluso la perpetua sonrisa que el cigarro en la comisura de la boca forzaba en su rostro rubicundo, parecía ahora más un rictus de odio que otra cosa. Se giró para mirar al chico y, por un momento, éste vio la oscuridad detrás de sus ojos y eso le robó el aliento.

Había algo particular en Clifford.

Sin cuchara de plata

El primer día del año 1940, Clifford y Leona Olson dieron a luz a su primogénito. En el Hospital St. Paul se produjo la alegría habitual por el feliz acontecimiento, pero también hubo un matiz de decepción en todo el proceso. El parto había sido largo, y el niño no había salido hasta pasadas las diez de la noche. Los grandes premios para los primeros niños nacidos en la nueva década ya se habían repartido. No hubo cuchara de plata ni caja de leche enlatada para el pequeño Clifford Junior. Todo lo que obtuvo fue un libro de bebés de la farmacia Cunningham y su nombre en el periódico local. Apenas la fama y la atención que más tarde sentiría que merecía.

Ese mismo día, la familia regresó a su casa junto al recinto de la Feria Nacional de Exposiciones del Pacífico, en Vancouver, con el chillón niño envuelto en mantas que habían acabado pagando ellos mismos, en lugar de que se las regalaran como a los otros niños. La casa era pequeña, lo suficientemente grande para ellos tres, ciertamente, pero no para los otros tres niños que pronto le siguieron en la vida. Dos hermanos, Richard y Dennis, y una hermana, Sharon, irrumpieron en la casa durante los cinco siguientes años.

Leona era una dedicada ama de casa, que hacía lo posible para que sus escasos ingresos les permitieran comer bien y vestirse con ropa resistente. Las prendas eran zurcidas y heredadas a medida que a los niños les iban quedando pequeñas, para que el siguiente bebé las usara. A pesar de ello, nunca vivieron en la miseria, ni sufrieron muchas dificultades reales.

Clifford padre, trabajó como lechero en los primeros años, conduciendo uno de los últimos carros tirados por caballos para repartir leche en todas las casas a primera hora de la mañana. Con el paso del tiempo, empezó a aceptar trabajos adicionales aquí y allá, hasta que finalmente los pequeños trabajos que realizaba se transformaron en una nueva carrera al ser contratado a tiempo completo como obrero para un constructor local.

La casi idílica existencia suburbana se vio sacudida por los acontecimientos mundiales. La Segunda Guerra Mundial había estallado en Europa y lo cambió todo. A diferencia de sus vecinos del sur, Canadá no intentó una plataforma de no intervención en el conflicto cuando el mal comenzó a producirse a gran escala. Seguían formando parte de la Commonwealth y pretendían ayudar a Gran Bretaña en su guerra contra las potencias del Eje de la forma que fuera. Al principio, sólo se ofreció apoyo material, pero no pasó mucho tiempo antes de que se vieran involucrados directamente en el conflicto tras un breve período en el que sus rutas marítimas fueron atacadas por los submarinos alemanes.

Siendo un hombre de principios, Clifford Senior se alistó en el ejército. No podría mirarse al espejo si sabía que sus compañeros canadienses estaban muriendo en el lodo de Francia mientras él se quedaba atrás, moviendo ladrillos cuando podría haber estado allí, cumpliendo con su deber y haciendo del mundo un lugar mejor para sus hijos.

Cuando podía volver a casa, lo hacía, para inmensa alegría de su familia, pero esas visitas eran escasas y esporádicas y cada vez que venía parecía un poco más débil, un poco más apagado. Era un hombre gigantesco a los ojos de sus hijos, pero cada vez que volvía a casa se hacía un poco más pequeño, se volvía un poco más débil frente a ellos. Cuando la guerra terminó, su voz había pasado de ser un estruendo que se oía por toda la casa, a un suave susurro que sólo se oía cuando los abrazaba, una vibración que se extendía por sus brazos y su pecho hasta rodearlos. Toda la bravuconería que había desplegado antes, había desaparecido. Lo único que quería ahora era que su familia estuviera a salvo y fuera feliz.

Cuando la guerra terminó, las cosas volvieron a cambiar, pero esta vez para mejor. Se desplegó un amplio programa en Canadá para proporcionar hipotecas y viviendas a los veteranos de guerra, y la familia Olson aceptó todas las ofertas que le hicieron, trasladándose del relativo aislamiento de su antiguo hogar, a la flamante y pronto bulliciosa metrópolis de Richmond.

Se estaban construyendo franjas enteras de la ciudad para ofrecer viviendas a todos los veteranos que se acogían a la Ley GI promulgada por el gobierno, y mientras Clifford Senior se apresuró a adquirir una de las primeras casas de Gilmore Crescent, estuvo encantado al descubrir que había más trabajo del que podría necesitar en el negocio de la construcción. Se habían perdido tantos hombres calificados en la guerra, que cualquier persona con algún tipo de experiencia en el sector, se encontraba ahora con una gran demanda y recibía un salario mucho más en cuenta como resultado. Se mudaron a una de esas casas recién construidas, que eran francamente palaciegas en comparación con su antiguo hogar, y se instalaron en lo que debería haber sido una cómoda vida de clase media.

Clifford Junior había alcanzado la grandiosa edad de cinco años cuando se mudaron a su nueva casa, y justo cuando se terminó de construir la nueva escuela, le llegó la hora de empezar a asistir. A los cinco años, era bajito, fornido y poco socializado en comparación con todos sus compañeros. La mayoría de ellos había vivido en la Columbia Británica toda su vida, y muchos de ellos habían compartido guarderías o, al menos, parques locales. Todos se conocían, mientras que Clifford Junior era un extraño.

Se tomó ese distanciamiento inicial con los demás alumnos como

un rechazo. Un rechazo que no perdonaría durante el resto de su vida. Su mal genio le seguiría a casa, perturbando a sus hermanos y hermanas. No tenía salidas para su frustración, y ciertamente no tenía la suficiente madurez emocional para discutir el asunto con su familia, o para trabajar sus sentimientos por sí mismo.

En la escuela, en menos de una semana, tuvo su primera pelea. Incluso en casa, era obstinado, grosero y no estaba dispuesto a mostrar debilidad ante nadie. Era la tormenta perfecta para convertir a un chico ligeramente condenado al ostracismo en el enemigo de todo el curso escolar. El gran problema era que el joven Clifford no era más competente con sus puños que con cualquier otra cuestión relacionada con la escuela. Perdía todas las peleas que iniciaba, y pronto se convirtió en la broma corriente que decía que él era el saco de boxeo de la clase. Aun así, no cedió ni cambió su comportamiento de ninguna manera. Él tenía razón, todos ellos estaban equivocados, y algún día iba a demostrarles a todos y cada uno de ellos que el hecho de que hubieran ganado las peleas, no significaba que fueran a ganar la guerra.

Con el paso de los años, su reputación no cambió. Luchaba con sus estudios, sacando a duras penas las notas más bajas, que le permitían seguir avanzando en la escuela con el resto de la clase. Incluso cuando le daban los recursos y la ayuda que realmente necesitaba para mejorar, los rechazaba o los ignoraba, como si pudiera abrir su propio camino a las fuerzas en la escuela, de la misma manera en que no había logrado hacerlo en su vida social. Su atención nunca parecía centrarse en las tareas, incluso cuando afirmaba que se esforzaba al máximo. Parecía que no podía comprometerse lo suficiente como para hacer algo más que lo mínimo. No ayudaba el hecho de que todos sus hermanos sobresalieran, asistiendo a la misma escuela, lo que lo señalaba aún más claramente como la oveja negra, el inútil de la familia.

Todos los días llegaba a casa con nuevos moretones. Con cartas que le advertían que estaba al borde de ser reprobado. Con nuevos desgarros en la ropa que su madre tenía que coser mientras su padre miraba en silencio. ¿Tenía ese silencio el desprecio que el joven Clifford creía que tenía? ¿O la guerra lo había vaciado, sin dejar nada en su interior?

Clifford Senior ya no trabajaba frenéticamente para llegar a fin de mes. Tras la finalización de la construcción de la ciudad, se había dedicado a la gestión y el mantenimiento de propiedades. Era el encargado de los edificios de apartamentos locales y de algunas casas de los alrededores, un miembro conocido y respetado de la comunidad, con más tiempo libre disponible del que supiera qué hacer con él, por primera vez en su vida.

Eligió pasar ese tiempo con sus hijos y ayudando en la casa en lugar de beber o apostar como muchos de sus compañeros. Llevaba a los niños al parque local, a conciertos, a todo aquello que pudiera despertar su entusiasmo, reservando tiempo para que cada uno de ellos recibiera su atención personal. Los más pequeños prosperaban con esa atención, aprendiendo nuevas habilidades de su padre, compartiendo intereses y aficiones, y acercándose a su familia al tiempo que se convertían en las personas que algún día serían.

Nada de eso parecía funcionar con Clifford Junior. Seguía siendo huraño y rencoroso a pesar de todos los intentos de su padre por conectar con él. Se esforzaba por participar en los eventos que todos los demás niños disfrutaban, socavando cualquier diversión que su padre pudiera haber encontrado en ellos. Hasta que un día se celebró un combate de boxeo en la ciudad, y Clifford padre llevó a su hijo a escondidas a ver el combate, aunque sabía que Leona no habría aprobado tal cosa.

Por primera vez, vio que los ojos del niño se iluminaban. Vio cómo la emoción y la alegría se reflejaban en el rostro del chico mientras el golpe rítmico del puño sobre la carne resonaba en la sala poco iluminada. Cuando la sangre se derramó, Cliff Junior se puso de pie, gritando y aullando como el resto de la multitud. Embelesado. Clifford padre apenas vio el combate en sí, con los ojos clavados en su hijo mientras éste cobraba vida.

Durante los días siguientes, el boxeo fue lo único de lo que hablaba el pequeño Cliff hasta que, finalmente, una vez más sin que su madre lo supiera, Clifford padre lo llevó a un gimnasio en el centro de la ciudad. Era un lugar anticuado, con aserrín en el suelo y el hedor del sudor impregnando cada rincón. Los sacos de boxeo de cuero crujían al balancearse desde las vigas expuestas, y todos los soldados que no habían sido capaces de soltar la agresividad que la guerra les había metido dentro, acudían allí para desahogarse. Cliff fue inscrito en las clases de boxeo, y aunque su padre no podía acudir a ver al chico sin avergonzarlo, no dejaba de sentirse orgulloso cuando lo recogía para acompañarlo a casa y éste le relataba sus historias. El rostro del joven Cliff se ruborizaba, adquiriendo la misma tonalidad que el de su padre cuando se entusiasmaba, y sus ojos brillaban bajo las luces de la calle.

Al poco tiempo se comenzó a considerar su participación en concursos. Clifford padre fue invitado a halar sobre el tema, y se maravilló cuando su torpe y regordete hijo danzaba sobre las puntas de sus pies dentro del cuadrilátero. Esquivando y lanzando golpes que podrían haber derribado a un hombre adulto y devolviendo los golpes con la suficiente potencia como para hacer tambalear incluso a los oponentes más corpulentos. Estaba en su elemento en la lona. Era todo

un artista con sus guantes. Clifford padre no podía apartar la vista de su hijo, ni siquiera cuando el combate de práctica del chico acabó y se puso a trabajar en uno de los sacos pesados. ¿Dónde se encontraba este chico cuando estaba fuera del gimnasio? ¿Dónde quedaba toda esa energía, toda la emoción y todo ese estilo? Era como si estuviera viendo al hijo de otra persona.

Se especulaba con que se convertiría en un verdadero contendiente, que tal vez llegaría a representar a su país en los Juegos Olímpicos dentro de unos años, cuando estuviera en su mejor momento. Se hablaba de la dieta y el entrenamiento y de probarlo en algunos combates amateur contra otros clubes de boxeo para ver cómo le iba. El futuro de un boxeador con talento era brillante y prometedor en aquella época. Aquel deporte estaba en la cúspide de su popularidad.

Mientras tanto, Clifford Junior elaboraba sus propios planes para el futuro, planes que no implicaban su llegada a la fama, pero que sin duda giraban en torno a su recién descubierta capacidad para vencer a cualquier hombre a quien se enfrentara en una pelea a puñetazos.

A lo largo de su carrera educativa, prácticamente todos los chicos de su clase le habían dejado en ridículo y le habían golpeado al oponerse a ellos. La gran mayoría de los otros chicos del colegio también habían aprovechado su turno para utilizarlo como saco de boxeo. Nunca se había echado atrás en una pelea, aunque las había perdido todas, y la lista de chicos que le habían golpeado había pasado a ser de decenas a más de cien.

Esta lista no era figurada. Clifford Junior podía recitar sus nombres, si se le pidiera hacerlo, y empezando por el primer chico que le había dado un puñetazo, empezó a trabajar en la lista. Uno por uno, visitó a los niños en el lugar donde jugaban fuera de sus casas, y les demostró sus nuevas habilidades como boxeador. Ninguno de estos niños estaba preparado para que un combatiente entrenado desatara su furia sobre ellos. Esta vez perdieron. Uno a uno, fueron perdiendo. Y con cada uno que caía, Clifford Junior se sentía mejor consigo mismo. Se sentía muy orgulloso de ver a sus antiguos acosadores flaquear frente a él y sentía una alegría aún más profunda por el hecho de que todos los que le habían golpeado en el pasado, estuvieran ahora temblando de miedo, sólo esperando que su inevitable venganza cayera sobre ellos.

Su reputación en la escuela se transformó a medida que su destreza se hizo más conocida. Se convirtió en una fuente de temor para los demás niños en lugar de una fuente de diversión. Si alguna vez había un problema, con seguridad Clifford estaba en el centro de este, y si tenía la oportunidad de instigar un conflicto, inevitablemente lo hacía. Pasó de ser demasiado tímido para hablar en clase a discutir

abiertamente con sus profesores si no estaba de acuerdo con sus lecciones. Como tantas otras personas sin educación, tenía la errónea impresión de que su opinión tenía tanto peso como la de los expertos, y no permitiría que alguien volviera a hablarle con desprecio nunca más. Pasó de ser impopular y rechazado, a ser odiado pero respetado por sus compañeros. Una vida social de aduladores comenzó a desarrollarse a su alrededor, y poco a poco se vio arrastrado a la periferia de la vida social normal de la escuela a través de ellos, y por temor a las represalias si no era invitado a los eventos.

Una vez alcanzados sus objetivos, su interés por el boxeo empezó a disminuir. Ya podía luchar mejor que todos los que conocía. ¿Por qué tenía que entrenar más para vencer a gente con la que nunca se cruzaría? No necesitaba ser el tipo más duro del mundo, sólo necesitaba serlo allí. Se deleitaba en ser el pez gordo aquel pequeño estanque. Un clásico matón de pueblo.

Seguía acudiendo a las actividades divertidas del boxeo, cuando se programaban combates en los que podía participar, o cuando se presentaban otros contendientes con los que hacer de sparring, pero el entrenamiento diario necesario para mantenerse en condiciones, ya no era lo suficientemente entretenido como para conservar su interés sin el premio al final del arco iris. A medida que se negaba a entrenar como correspondía, las oportunidades que antes se le ofrecían, se fueron desvaneciendo hasta que las facetas del deporte que realmente le gustaban dejaron de estar a su disposición. Un nuevo golpe en el pecho, un nuevo desaire causado por su propio comportamiento y no por una gran conspiración contra él.

Le importó muy poco, porque en ese momento de su vida, las hormonas de Clifford habían entrado en acción y, de repente, su interés por cualquier otra cosa que no fuera el sexo, desapareció rápidamente. Si bien aprendió pronto que las mujeres quedaban impresionadas por sus hazañas violentas, también aprendió rápidamente que no tenía nada más que ofrecerles. A su edad, no era convencionalmente atractivo, e incluso su musculatura, no era suficiente para mantener ningún tipo de relación más allá de una conversación.

Aun así, cada vez pasaba más tiempo con sus, por así llamarlos, amigos, la mayoría de los cuales sólo querían relacionarse con él para sentirse a salvo frente a cualquier amenaza de violencia. Eran la escoria que ascendía a la cima de su cohorte escolar y de su círculo social más amplio, y todos iban camino de largas carreras delictivas. En su mayoría, sus delitos eran más de guante blanco de lo que él mismo podría haber conseguido por sí mismo. Abundaban los proxenetas, estafadores y embaucadores, y pronto Clifford fue encontrando su propia voz y su propio don de la palabra.

Antes, Clifford siempre se había sentido raro o incómodo, pero pronto comenzó a notar que sus nuevos amigos podían hacer caso omiso ante cualquier cantidad de rechazos y desaires sin apenas inmutarse, del mismo modo que él era capaz de superar los golpes de sus oponentes en el ring. Una vez eliminado el miedo, se dio cuenta de repente de que no sólo podía conversar con cualquiera, sino que era realmente bueno en ello. Incluso mejor que la mayoría de los estafadores, estos siempre eran siempre demasiado astutos. Nunca dejaban que la persona con la que hablaban les viera tropezar. Se deslizaban a través de la confianza y salían por el otro lado proyectando una imagen de sí mismos más que perfecta. Clifford no hacía nada de eso. No porque no fuera lo suficientemente inteligente o capaz, como podrían haber sugerido sus antiguos compañeros de escuela, sino porque estaba haciendo una elección deliberada para mostrar debilidad y fracaso, para convertirse en el blanco de una broma y reírse con ella. Debería haber requerido una inmensa madurez para ponerse deliberadamente en el camino del daño emocional de esa manera, pero nada podría estar más lejos de la verdad. Clifford no podía sentirse herido por las palabras de los demás porque no los consideraba plenamente humanos o reales. Su opinión sobre él no importaba porque cuando la conversación terminara y él hubiera conseguido lo que quería de ellos, jamás los volvería a ver. Eran simples piezas de un juego, no personas reales, y eso significaba que no tenía que sentir nada al mentirles, hacer el ridículo o cualquier otra cosa. Nada importaba, así que podría hacer lo que quisiera.

Su habilidad con la lengua superó rápidamente a su habilidad con los puños, pero su reputación de ser el peor de los matones nunca desapareció. Rara vez recurría a la violencia ahora que tenía una alternativa mucho más simple, pero en lugar de acercarse a un niño y exigirle el dinero del almuerzo bajo amenaza de violencia, ahora lo engañaba, y consideraba cada acto de fraude y engaño, intensamente divertido. El mundo lo había señalado considerándolo un estúpido, y ahora él los engañaba a todos cada día. Eso era un subidón más grande que golpear a los chicos que una vez lo habían dominado. No sólo estaba superando a un chico; estaba superando a todos. Él era mejor que todos, y ahora podía demostrarlo, día tras día.

Con la combinación de habilidades que había desarrollado a los dieciséis años, Clifford ya no sentía ninguna compulsión real por seguir asistiendo a la escuela. No había aprendido nada allí tras el primer día en el patio de recreo, cuando un niño más grande le rompió los dientes. Los fuertes se aprovechan de los débiles. Lección aprendida.

Su asistencia ya había sido irregular desde los 10 años, por lo que el hecho de que se presentara gradualmente a cada vez menos clases,

no hizo saltar las alarmas, y cuando dejó oficialmente la secundaria Cambie en 1956, se produjo un cierto regocijo silencioso por parte de los profesores que habían sufrido sus constantes problemas de actitud desde que comenzó a asistir al instituto.

Por supuesto, sus padres no habrían permitido que abandonara el sistema educativo y se adentrara en el submundo criminal al que parecía estar destinado. Sin embargo, ambos descubrieron que Clifford Junior también había cambiado. El chico huraño que habían conocido toda su vida, había desaparecido, había sido sustituido por un joven encantador que podía convencerles fácilmente de que nada había ido mal en su vida. No estaba hecho para el mundo académico, y prefería empezar a mantener a la familia ahora, que perder unos años más y salir sin ninguna cualificación. Su argumento fue convincente, aunque se basaba casi por completo en falsas promesas. Así que le permitieron dejar la escuela con la condición de que primero encontrara un trabajo.

Para el adolescente, ligero para las palabras, apenas supuso un esfuerzo. Llegó a su nuevo trabajo en el hipódromo de Old Lansdown el mismo día en que sus padres se lo pidieron, e inmediatamente empezó a destacar. Oficialmente, su trabajo consistía simplemente en aceptar las apuestas de los clientes, pero no tardó en manipular las probabilidades soltando pistas totalmente inventadas sobre los resultados previstos de las carreras a los apostadores. A partir de ahí, fue una corta distancia para tomar sus propias apuestas y falsificar registros para cubrir cualquier pérdida. Si sus empleadores descubrieron su arte para la estafa, debieron haber hecho la vista gorda gracias a la enorme cantidad de dinero que ganaba para ellos. Además, si algún cliente se enfadaba lo suficiente como para tomar cartas en el asunto, se enfrentaría a un hombre que podría haber sido fácilmente un boxeador profesional si así lo hubiese deseado. Un hombre al que, de repente, parecía imprudente enfrentarse.

Clifford saboreó el dinero por primera vez en su vida. Se dio cuenta de que sus malvados juegos de extorsión y engaño no sólo eran entretenidos, sino también rentables. Una vez más, tuvo la sensación de que todas las piezas encajaban para él, que todas las partes dispares de su vida se unían para mostrarle el camino a seguir.

Por supuesto, Clifford no estaba satisfecho con la escasa cantidad de dinero que ganaba estafando a los desafortunados apostadores en el hipódromo. Sabía que había más dinero para un hombre con su talento. Podía ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa con su don para el engaño y su astucia, así que ¿por qué no hacerlo?

El primer lugar al que acudió fue a los borrachos y la escoria con los que se había asociado en un primer momento. Ninguno de ellos se esforzaba por conseguir dinero, y ninguno parecía esforzarse por

trabajar. Y lo que es mejor, la mayoría de ellos confiaba en él implícitamente, y aún lo consideraban un niño ingenuo. Eran sus contactos con el submundo criminal de esta emergente ciudad, y los utilizaría por todo lo que valían.

Casi inmediatamente lo pusieron a trabajar. Al principio, era poco más que un vigía o algún matón contratado para pequeñas operaciones, pero no tardó en graduarse para hacerse cargo de empresas criminales enteras por sí mismo. Trabajaba todo el día en el hipódromo, se pasaba por el bar por la noche para recoger algunas pistas jugosas y luego se ponía a trabajar en lo que cada vez más consideraba su verdadero trabajo. La mayoría de las veces se trataba de robar a los borrachos para obtener sus carteras, a veces de un asalto un poco más agresivo. Con su encanto, suavizaba las cosas en la medida de lo posible, haciendo que pareciera que estaba del lado de la víctima contra los otros rufianes que se reunían en las sombras. Hacía que pareciera que entregarle la cartera fuera la salida más fácil, una forma de salir indemne de los animales de los que este agradable joven intentaba defenderlos. Era una rutina tan exitosa que ni siquiera fue denunciado nunca a la policía.

A partir de ahí, fue una graduación natural para aprender el arte consagrado del robo de algunos de los peores lugareños que Richmond tenía para ofrecer. Eran realmente terribles en su oficio, y no pasó mucho tiempo antes de que Cliff no sólo aprendiera todo lo que tenían para enseñarle, sino que los superara en todos los sentidos. Contaba con un nivel de atletismo y de cálculo frío del que carecía la gran mayoría de los adictos y delincuentes, y lo puso en práctica, llevando la cuenta de quién tenía más dinero para tirar en su trabajo diurno, y luego, siguiendo el rastro de los más ricos hasta su casa para poder marcar sus casas para sus exploraciones nocturnas. Funcionó perfectamente durante meses, demasiado bien, de hecho. Saqueaba tantas casas de tanta gente rica que la policía empezó a sospechar que el crimen organizado estaba detrás. Si bien no existía un patrón real en cuanto a los barrios que Clifford tenía como objetivo, a la policía le resultó bastante fácil reducir sus patrullas a las pocas calles de Richmond con objetivos potenciales que no habían sido atacados recientemente. Su sorprendente precisión y planificación acabaron siendo su perdición. Si hubiera sido torpe, volviendo a pisar el mismo terreno que la mayoría de sus homólogos mayores, nunca le habrían detenido. Sin embargo, un coche patrulla le descubrió entrando por una ventana y le pilló en pleno proceso de robo.

Su familia se mortificó al descubrir que tenían un delincuente viviendo bajo su techo. Su padre, ya de por sí un hombre callado, se negó a hablar con él. Sólo su madre sirvió de puente de comunicación con él mientras se encontraba en la cárcel a la espera del juicio. Todo

lo que pudieron hacer para protegerlo de las consecuencias de sus actos, lo hicieron, aunque les supusiera una vergüenza inconmensurable.

Aunque les costó sus ahorros, la familia se las arregló para conseguir un abogado para Clifford Junior que le ayudara a evitar una grave sentencia de prisión. El argumento que presentaron fue que seguía siendo un niño a los ojos de la ley y que debía ser tratado como tal. Aunque la policía local estaba presionando para que Clifford fuera juzgado como adulto, dada la magnitud de sus delitos, no había pruebas de que hubiera participado en ningún robo más allá del que le habían pillado. Todo lo que se había llevado en los últimos meses, lo había pasado directamente a efectivo sin demora. Todo lo que la policía había encontrado al registrar la casa de los Olson fue un amplio botín de dinero en efectivo imposible de rastrear.

El juez estaba convencido de mantener la letra habitual de la ley, pero insistió en una pena privativa de libertad de todos modos, para asustar a Clifford Junior y llevarlo de nuevo por el camino recto. Lo internaron en el centro correccional New Haven Borstal en Burnaby. Debía cumplir nueve meses, hasta que cumpliera los 18 años de edad, momento en el que quedaría en libertad bajo su propia responsabilidad. Probablemente era lo más sensato, ya que parecía que su familia no soportaba ni siquiera mirarle después de lo que había hecho y de lo que les había hecho pasar.

New Haven no era la situación ideal para Clifford. Todas las cosas que había odiado de la escuela se multiplicaban por diez en el reformatorio. Cada momento de su vida le era dictado por los guardias y los profesores. Cada instante de tiempo libre que tenía para relajarse, era vigilado constantemente para asegurarse de que no se saliera de la línea. Podría haber bastado con hacer exactamente lo que el juez quería al asustarlo, pero eso habría requerido un nivel de introspección que estaba más allá de Clifford a esa edad. Todo lo que sentía era odio y rabia hacia las personas que le habían puesto en esa situación. Pero, por supuesto, sus circunstancias actuales le impedían buscar cualquier tipo de venganza. Lo único bueno que había conservado de su carrera escolar, al menos desde su perspectiva, era su reputación de ser el tipo más duro del lugar. Aquella era una prisión para niños, y allí estaba él, un hombre precozmente corpulento, más que listo y dispuesto a arremeter frente a la menor provocación. Era el matón que siempre había sido ahora que se veía obligado a volver a las mismas circunstancias. Su lengua filosa se volvió cáustica y sus nudillos se mantenían ensangrentados la mayoría de los días.

El único beneficio que Clifford sacó de su estancia en el reformatorio, fue el de haber descubierto que habían otros placeres

que podía obtener de sus víctimas más allá de humillarlas. No tardó mucho en presenciar su primera violación homosexual en el reformatorio, y tardó aún menos en empezar a perpetrar los mismos actos grotescos de violencia contra otros. Como joven de diecisiete años en la cima del orden jerárquico, a Clifford Junior se le ofrecía la crema de la cosecha. Los chicos de aspecto más femenino del reformatorio eran reservados para su uso, y su reputación los protegía de las depredaciones de violadores menores, aunque, a su manera estereotipada e indiferente, permitía con bastante frecuencia que otros miembros de su pandilla los violaran igualmente.

Se puede decir que no había nadie en New Haven más odiado que Clifford Olson Junior. Por lo tanto, no es de sorprender que todos, tanto los reclusos como el personal, respiraran aliviados cuando se escapó.

No hubo ningún plan astuto, ningún túnel cuidadosamente preparado, ni ninguna burla a los guardias. Simplemente se trataba de un joven atlético que sabía que la mejor manera de salir de su situación, era corriendo como un demonio. Los muros no eran lo suficientemente altos, y los árboles que crecían cerca habían alcanzado una altura que no debían. A partir de ahí, Clifford se marchó a pie por el bosque, siguiendo el camino y dirigiéndose a su casa en Richmond antes de que nadie en la prisión se hubiese enterado que se había escapado para empezar. Una vez dada la alarma, el primer lugar al que enviaron a la policía fue la casa de su familia, pero los demás Olson no tenían ni idea de que la oveja negra de su clan se dirigía hacia ellos.

Sin embargo, Cliff Junior no era tonto. Sabía que Richmond era el primer lugar al que acudirían en su búsqueda ahora que había escapado, y no tenía intención de estar allí cuando vinieran a buscarlo. Utilizando su antiguo terreno como territorio familiar para lanzar la siguiente etapa de su fuga, llegó hasta el muelle y robó una lancha rápida con la que pretendía poner cierta distancia entre él y el reformatorio. Si lograba cruzar las fronteras del estado, era probable que la burocracia resultante le protegiera de cualquier consecuencia el tiempo suficiente para asegurarse algunos nuevos contactos criminales y algo de dinero para trasladarse a algún nuevo agujero aún más lejano.

Sin embargo, al parecer las cosas no estaban destinadas a ser así. A pesar de todas sus habilidades, Clifford no podía convencer ni forzar a una lancha para que fuera a donde él quisiera ir sin ningún conocimiento en su haber. La policía estaba casi encima de él antes de que pudiera salir del muelle, y desde ahí fue una simple cuestión de lanzarse al río en sus propias lanchas y ejercer presión. A su favor, hizo que la policía corriera por su camino, desviándose río arriba a

toda la velocidad que pudo sacar de su pequeña embarcación, pero luchando por evitar los simples obstáculos que cualquier marinero experimentado podría haber visto a kilómetros de distancia. Por desgracia para él, buena parte del departamento de policía local disponía de sus propias embarcaciones. Puede que no fueran capaces de seguir el ritmo de su insana imprudencia, pero eran más que capaces de recuperar la distancia cuando Clifford rebotaba contra los troncos o rozaba los bancos de arena. Al doblar otra curva, con Clifford manteniendo a duras penas el control de su lancha, se acercaron lo suficiente como para detenerlo.

Un único disparo de advertencia dio en la proa de su barco, lanzando un chorro de agua para rociarlo en la cara. No era tonto, a pesar de lo que pudieran pensar sus profesores de primaria y sus padres. Apagó el motor, se puso de pie y levantó las manos mientras el motor rugía para detenerse.

Los policías que lo perseguían rodearon su barco, impartiendo órdenes pero a él no pareció importarle. Se quedó allí, sonriendo para sí mismo bajo la brisa invernal mientras arrastraban su barco hasta la orilla, lo abordaban y lo detenían.

Se había rendido inmediatamente en el momento en que su vida corría peligro, sabiendo perfectamente que ésta sería sólo la primera de muchas oportunidades para librarse del sistema de justicia penal.

Mientras lo bajaban de su embarcación robada y lo ponían bajo custodia, amarrando sus muñecas y tobillos con pesadas cadenas, se reía a carcajadas, asegurando a los policías que lo detenían que no le preocupaba. Todo aquello no había servido para nada, y habían desperdiciado toda la noche persiguiendo a un hombre libre. Cuando llegara su cumpleaños, dentro de unas semanas, estaría de nuevo en la calle. No había nada que alguien pudiera hacer para detenerlo.

El tribunal no estuvo de acuerdo con ese sentimiento, tal y como resultó más tarde. Por su intento de fuga, se añadieron dos años a su condena de prisión, tiempo que debería cumplir sin posibilidad de libertad condicional. Permaneció imperturbable en el estrado mientras se dictaba la sentencia, con la misma sonrisa de satisfacción en su rostro. Ya se había escapado una vez; ¿qué tan difícil sería dar otro paseo después de que lo llevaran de vuelta al reformatorio?

Por desgracia para él, el juez también había tenido en cuenta la facilidad de su fuga durante la sentencia, y como parecía que un simple reformatorio no podía retenerlo, el juez finalmente promulgó el castigo que la policía había exigido para él desde un principio. Sería enviado a una prisión de adultos, para cumplir el resto de su condena realizando trabajos forzados en lugar de holgazanear en clases que no le interesaban. Ya no sería el pez más grande de la pequeña pecera. Sería un pez gordo en un estanque repleto de tiburones.

La conquista de la libertad

El correccional Haney fue la primera de las muchas prisiones en las que Clifford Junior pasaría su tiempo. Era un lugar sombrío y opresivo, un mundo aparte de la relativa paz del reformatorio donde había estado anteriormente. Ya no había presas fáciles para él acechando en los pasillos, y aprendió rápidamente que las cosas que le habían hecho ganar el respeto en su antiguo centro de reclusión, ahora hacían que los otros presos lo miraran con desprecio. Ya no era el tipo grande que se metía con los más pequeños de la camada. Era un niño en un mundo de hombres. A pesar de su juventud, los intentos infantiles de Cliff por establecer su presencia, al menos daban al resto de la prisión una impresión lo suficientemente sólida de él como luchador como para que no se aprovecharan de él, pero no estaba ni cerca de dirigir el lugar, como lo había hecho en New Haven.

Al no tener un lugar real en la jerarquía, se le dejó mayormente a su suerte. Logró algunos intentos de violación contra reclusos más débiles que se encontraban igualmente abandonados en el sistema, pero nunca tuvo el poder duradero necesario para obtener algún tipo de monopolio sobre ellos. Para colmo de males, los guardias restringían constantemente sus movimientos, ya que lo habían marcado como un alborotador tras su anterior intento de fuga. Se suponía que había un régimen estricto y ordenado que todos los prisioneros de Haney debían seguir, pero en su mayor parte no se aplicaba directamente. Las comidas estaban programadas a ciertas horas, por supuesto, al igual que el tiempo de ejercicio en el patio, pero más allá de eso, si los prisioneros no tenían un grupo de trabajo asignado, eran esencialmente libres de entretenerse a su antojo. No era este el caso de Clifford. Estaba confinado en su celda tanto como era posible, y cuando no lo estaba, podía sentir constantemente los ojos de los guardias sobre él. Se rebelaba, luchando contra ellos cuando intentaban obligarle a seguir las rutinas, lo que le suponía un trato aún peor y unas manchas negras en su expediente que podrían haber hecho que se alargara su condena.

Sin embargo, los guardias no eran del todo estúpidos. En los días en los que estaban escasos de personal o simplemente estaban avocados a otras tareas, descubrieron que Clifford era en realidad bastante bueno siguiendo las tareas prescritas. Su único problema con la agenda parecía ser que le obligaran a seguirla. El problema era la autoridad que se ejercía sobre él, no lo que se le pedía. Cuando los guardias dieron marcha atrás soltando un poco sus riendas, pronto descubrieron que Clifford era un preso bastante obediente.

En consecuencia, se ganó algo de respeto y el alivio por parte de los guardias. Tenía claro que no iba a progresar en la escala social

dentro de la prisión, dados los prolíficos delincuentes de carrera que tendría que superar, así que recurrió a la única otra vía posible para mejorar su estancia. Empezó a delatar a sus compañeros de prisión.

Gracias a su facilidad de palabra, le resultó bastante sencillo enterarse de todos los tejes y manejes de sus compañeros. Al principio, se había congraciado con ellos, pensando que podría haber intentos de fuga en curso a los que podría sumarse para conseguir su libertad, pero cuando eso resultó infructuoso, empezó a aprender todo lo posible sobre todos los manejos criminales en curso o pasados dentro de la prisión, para poder ir suministrando información a los guardias a cambio de un trato preferencial. Cualquier tiempo adicional que pudieran haber solicitado para él, fue consumido por su gratitud, y los dos años que inicialmente se le habían programado para cumplir dentro de la prisión, comenzaron a ser consumidos de igual forma.

Si los demás presos se hubieran enterado de que estaba detrás de las sucesivas redadas contra las redes de contrabando y tráfico de drogas entre rejas, es probable que Clifford hubiera recibido una paliza con las armas improvisadas que acabó advirtiendo a los guardias que estaban escondidas por el lugar, pero su suerte se mantuvo durante el resto de su condena. En poco más de un año, su tiempo en Haney terminó, y fue liberado de nuevo en las calles, completamente inalterado por su tiempo en prisión.

Desde el primer momento en que regresó a las calles, volvió a hacer de las suyas. Con poco más que hacer que en la cárcel, se había puesto de nuevo en forma para luchar, por lo que sus atracos nocturnos ya no requerían de la participación de ningún cómplice. Muchos de sus antiguos contactos en el submundo criminal se habían agotado, ya que la mayoría cumplían penas de prisión incluso más largas que la suya, y el dinero que había estado esperando recibir producto de sus mercancías robadas, hacía tiempo que había desaparecido, junto con todo rastro de ellas. Su familia lo acogió de nuevo, a pesar de saber que no era lo más conveniente, brindándole un techo sobre su cabeza y ropa que vestir, pero nunca volvieron a confiar en él por completo, y tras un breve período viviendo en el limbo con ellos, Clifford Junior decidió que era hora de seguir adelante.

A pesar de no tener nada que lo atara a su ciudad natal, Clifford seguía sin poder moverse libremente por el país debido a sus condiciones de libertad condicional. Puede que ya no estuviera en la cárcel, pero el sistema judicial seguía teniendo sus garras sobre él. No se le permitía salir de la provincia de la Columbia Británica, y debía informar inmediatamente a la policía de cualquier cambio de domicilio o se enfrentaría de nuevo a la cárcel. Al final, apenas llegó a la cercana ciudad de New Westminster y comunicó su nuevo domicilio

en una pensión de mala muerte, antes de que la policía lo detuviera como sospechoso de algunos robos en el barrio que, por pura coincidencia, habían comenzado casi al mismo tiempo que su llegada a la ciudad. No contaba con la red de contactos necesaria en esta nueva ciudad para hacer avanzar las cosas, y no pasó mucho tiempo antes de que una casa de empeños local identificara algunos de los artículos que les había entregado como robados y pasara la información a la policía. En cuestión de semanas, volvió a la cárcel a la espera de un nuevo juicio.

Esta vez no se trataba de travesuras juveniles ni de pequeños timos, y el abogado de oficio no estaba en absoluto motivado para intentar mantener en la calle a quien consideraba un delincuente de carrera. Se hizo la diligencia debida, se pidió una sentencia mínima, pero el caso ya estaba cerrado, y Clifford no obtuvo ningún miramiento. Su nueva sentencia era considerablemente más larga que la anterior. Y al combinarla con el tiempo que no había cumplido por su anterior intento de fuga, la condena ascendía a casi una década.

Su última condena debía cumplirse en la Penitenciaría de la Columbia Británica, una prisión de máxima seguridad que, en comparación, hacía que sus anteriores encarcelamientos parecieran agradables. Construida en 1878, era más un castillo que una prisión, un enorme edificio de piedra que albergaba una historia más que sombría. Aunque el lugar había sido una fortaleza impenetrable durante la mayor parte de su historia, el tiempo empezaba a desgastarlo, y en los años 30 se produjeron motines que arrasaron con toda la estructura, lo que finalmente llevó al gobierno canadiense a modificar el trato hacia los presos para que cualquier trabajo mientras estuvieran en prisión fuera recompensado. Es cierto que sólo se les pagaba cinco centavos al día, pero era notablemente mejor que la nada que habían recibido anteriormente. A pesar de ello, parecía que el lugar estaba perpetuamente al borde de la violencia y el caos, ya que albergaba a algunos de los presos más peligrosos de Canadá. El nivel de brutalidad que los guardias y los reclusos se infligían mutuamente iba en aumento cuando Clifford fue encarcelado allí, por lo que se vio envuelto en un barril de pólvora.

Metido en una celda con un violador en serie, Gary Marcoux, se esperaba que Cliff sirviera de saco de boxeo o, peor aún, que contuviera la agresividad sexual desenfrenada de su compañero de celda hacia los demás presos. En lugar de eso, se hizo amigo del hombre, utilizando su labia para ganarse la simpatía de este, haciéndose pasar por el ingenuo novato que quería aprender a desenvolverse en el mundo, fue ganando poco a poco su confianza hasta que, finalmente, consiguió arrancarle una confesión sobre la violación y el asesinato de una niña que la policía no había

conseguido inculparle. Era el tipo de información que podría hacer que si llegara a la persona adecuada, le ahorrara unos cuantos años de condena.

Se puso en contacto con los guardias y fue conducido al despacho del director, donde reveló todo lo que había averiguado y se encontró ante una negación con cara de circunstancias. Salvo que tuviera alguna prueba que acompañara a su fantasiosa historia, no había nada sobre la mesa para él. Si, por el contrario, conseguía algo que fuera admisible ante el tribunal como algo más que un rumor, entonces podrían comenzar a hablar de un tiempo libre por buen comportamiento. Clifford salió de la oficina, enfadado por haber sido ignorado tan a fondo, pero no abandonó su plan tan fácilmente. Había conseguido manipular a Gary para que le contara sus secretos más oscuros, ¿tan difícil sería conseguir que le contara el resto?

Lo que siguió fue un complejo juego del gato y el ratón, ya que Cliff hizo todo lo que estaba al alcance de su mano para mantenerse en gracia con Gary, al tiempo que lo presionaba para que largara algo que pudiera utilizar para arruinar aún más la vida aquel hombre. Al final, la solución no vino del propio Gary, sino de otras actividades delictivas con las que la diligente y devota rata se topó. En los baños se fabricaba licor ilegal y, a cambio de algunos favores, Cliff consiguió hacerse con un poco de esa bebida de olor rancio. Tras el encierro nocturno, cuando ese contrabando suele consumirse en privado, hizo lo impensable y se ofreció a compartirlo con su compañero de celda.

Lo que siguió fue una larga noche de bebida y charla ligera. Gary ni siquiera se dio cuenta de la poca cantidad de la nociva bazofia marrón que Cliff estaba consumiendo, y ciertamente no se dio por enterado de lo que estaba ocurriendo cuando la pluma fue puesta en su mano con Cliff detrás de él, masajeándole los hombros y guiándole para que escribiera su confesión y la firmara.

A la mañana siguiente, al despertar con una resaca ardiente y el sabor de la muerte en la boca, Gary se levantó esperando encontrar a Cliff en un estado similar en su litera. No se le veía por ninguna parte. Todavía confuso por los acontecimientos de la noche anterior, Gary se dirigió al baño, hizo sus necesidades y se dirigió de nuevo a la litera para una muy necesaria siesta cuando el recuerdo le golpeó como un martillo. La carta. La confesión. ¿Dónde la había puesto? Revolvió su habitación, pero no había rastro de la toalla de papel que había utilizado para sellar su destino. Clifford. Esa pequeña rata lo había engañado. Lo encontraría, recuperaría el papel, lo haría trizas, lo tiraría por el retrete, y luego asesinaría a ese pequeño bastardo por haberlo hecho pasar por todo esto. Iba a estrangularlo, si pudiera estirar sus dedos alrededor del grueso cuello del chico.

Salió corriendo por toda la prisión, buscando en todos los

escondites habituales de la pequeña rata, pero no había rastro de Clifford en ningún sitio. Preguntando a los demás presos tampoco encontró nada. No fue hasta la hora del almuerzo cuando finalmente hizo lo impensable y se dirigió a los guardias en busca de ayuda, preguntando dónde demonios se había metido su compañero de celda. No se trataba de personas con formación suficiente. Se limitaron a transmitir lo que les habían dicho. Clifford estaba en confinamiento solitario por el momento.

Con su confesión firmada en la mano, la policía se puso en marcha para sacar a Gary de la prisión y enfrentarlo nuevamente ante un juez y un jurado para someterse a las consecuencias de su horrible crimen. Ahora era Gary quien se mantenía en aislamiento solitario, alejado del resto del mundo. A la espera de levantarse y decir que todo era mentira, que era una invención de Clifford, que el cabrón se lo había inventado todo y había falsificado su firma.

Clifford habló primero. Mientras que Gary tenía todo el aspecto del inadaptado criminal que siempre había sido, Clifford tenía su encanto y toda la apariencia de franqueza de su lado. Contó la historia real y objetiva de cómo había obtenido la confesión, admitiendo incluso los delitos propios, que le habían proporcionado el licor que había utilizado para suministrar al asesino de niños. Todo era completamente cierto, excepto las últimas palabras que pronunció, sobre que su conciencia no le permitía dormir en la misma celda que un hombre que había cometido actos tan atroces. A él no le importaba la niña violada y muerta, más de lo que le importaba una botella de refresco desechada; ella simplemente le había proporcionado lo que necesitaba.

Los intentos de Gary por desacreditar a Clifford en el estrado, no sirvieron de nada. Clifford era demasiado bueno hablando, disimulando, respondiendo a preguntas con más preguntas, tergiversando las cosas. Ni siquiera los abogados pudieron arrinconarlo, y lo intentaron durante mucho más tiempo del que cabría esperar. Él era el punto débil del caso del Estado, en lo que respecta a la defensa. Si podían demostrar que no era de fiar o que era un mentiroso, entonces la confesión podría ser ignorada. Demostrar que un criminal condenado no es de fiar no debería ser tarea difícil. Sin embargo, se enfrentaron a su alegre sonrisa y a su desabrida honestidad y descubrieron que toda su formación no pudo sostenerse frente a su habilidad con las palabras.

Gary fue condenado a cadena perpetua y trasladado a otra prisión para que Clifford pudiera volver a la penitenciaría de la Columbia Británica.

Clifford se alegró al descubrir que su condena restante se había reducido drásticamente en agradecimiento a su ayuda a la policía.

Sólo le quedaban dos años y medio por cumplir después de aquella hazaña. Durante los primeros días en la cárcel, se sintió muy satisfecho por haberse quitado tantos años de encima de un solo golpe, pero pronto el trato de los demás presos comenzó a volverse amargo. Le escupían cuando pasaba por delante de sus celdas, le empujaban y golpeaban en la cola de la cena, le susurraban amenazas y hacían circular rumores sobre él. Había cruzado abiertamente la línea para ponerse del lado de la policía en contra de sus compañeros, y era muy poco probable que lo olvidaran pronto.

No importaba que muchos de ellos se hubieran jactado con orgullo de haber apuñalado hasta la muerte a un violador de niños por derecho propio. Era la traición a la confianza de sus compañeros lo que se consideraba la gran ofensa, no hacer daño a uno de ellos. Al ser señalado como informante, nadie en la prisión volvería a confiar en Clifford. Con su aislamiento social en aumento, ya no tenía el dedo en el pulso del mercado negro y los cotilleos de la prisión, por lo que también perdió toda utilidad para los guardias, y perdió el trato amable que había estado recibiendo de ellos por sus servicios como informante. Puede que sólo le quedaran dos años y medio de condena, pero iban a ser años duros, no tan fáciles como los que había disfrutado hasta ahora.

Cuando la constante corriente de descontento en la prisión se convirtió en un caos absoluto, en disturbios y en violencia, no tuvo ninguna duda de que la violencia se dirigiría hacia él. Tenía que salir si quería sobrevivir.

Cuando el personal de la prisión fue expulsado por el levantamiento de los reclusos, Clifford los persiguió, escondiéndose en un armario hasta que los guardias se prepararon para volver a entrar e interrumpir el caos, y luego se escabulló detrás de ellos una vez que su línea de batalla lo había pasado. Escapar fue tan sencillo como salir por las puertas que habían quedado abiertas y luego correr tan rápido como le permitieran sus piernas mientras todos estaban distraídos.

Pasarían días antes de que notaran su ausencia. Había líderes de la rebelión a los que perseguir y guardias heridos con heridas que curar. La ausencia temporal de un delincuente menor en medio de todo aquello, no requería escrutinio. Cuando, días más tarde, se hizo evidente que Clifford no estaba en ninguna parte de la prisión, el director y el personal seguían sin poder creer que haya intentado escapar. La jugada no tenía ninguna lógica; había reducido una condena de diez años a prácticamente nada. Nadie en su sano juicio habría intentado fugarse y arriesgarse a que le devolvieran la condena original completa. Era tan ridículo que la policía y la prisión no creían que pudiera ser cierto al principio. Preferían creer que alguien había cometido algún error y lo había perdido en algún traslado de presos

que creer que había perpetrado un intento de fuga. Esta duda les costó un tiempo valioso antes de poder anunciar la fuga de un preso y establecer una red de búsqueda, tiempo que Clifford aprovechó para poner la mayor distancia posible entre él y la prisión. Para cuando se establecieron los puntos de control a la máxima distancia que la policía creía que un hombre a pie podría haber recorrido en ese tiempo, Clifford estaba a una manzana de distancia y continuaba avanzando. La red se cerró segundos después tras él, y se marchó como un hombre libre.

Sin salida

Aquella noche durmió bajo el puente de Queensborough, en New Westminster, rodeado de los vagabundos e indigentes de la ciudad, ocultándose a la luz del día, pero regodeándose de su éxito.

En los días siguientes, su fuga se convirtió en la noticia de primera plana de los periódicos locales. La policía recurrió a la pista de la familia de Clifford, rogando su ayuda para encontrarlo. Su madre se presentó en televisión, con los ojos llorosos, suplicándole que se entregara para salvarse de un nuevo castigo. También hubo una entrevista con Clifford Olson Senior. "Él sabe a lo que se enfrenta. Puede que tenga que cumplir diez años". El hombre había envejecido drásticamente desde que su hijo mayor había iniciado su campaña delictiva. "Si no se entrega, espero que lo atrapen antes de que haga algo realmente malo. Ya ha hecho bastante daño".

Fue la última vez que su familia reconoció públicamente cualquier relación con él. No es necesario decir que no vio la emisión, ni tenía intenciones de volver a la cárcel. En la semana transcurrida, había robado varias mudas de ropa y una mochila, adentrándose en la naturaleza para esperar a que la caza se enfriara y pudiera volver a algunos de sus antiguos refugios. Al parecer, había subestimado lo furiosa que se pondría la policía al ver que se les había escapado.

Se desplegaron por el campo para cazarlo, y aunque era lo suficientemente astuto como para evitar ser detectado por la policía, tenía algo más que simples humanos a los que enfrentarse. Rinty, el perro policía, estaba haciendo su trabajo.

Evitó ser detectado por los policías de caza metiéndose en un bosquecillo de zarzamoras en las afueras de Richmond, cortándose con las espinas, pero considerando que la sangre derramada era un pequeño precio a pagar por su libertad. Una vez que se ocultó por completo, se acomodó para esperar a los rastreadores. Rinty no se dejó engañar. Corriendo directamente hacia el manojo de moras, la perra se lanzó con fuerza hacia él, aplastando a Clifford entre la maraña de enredaderas y espinas y apresándolo completamente mientras ladraba como una loca, atrayendo la atención de todos los que la rodeaban. Finalmente, tuvieron que arrancar a Clifford del arbusto, cubierto de arañazos, plagado de espinas incrustadas y con más de una marca de mordedura de la excitada perra. Está demás decir que el resultado no le hizo ninguna gracia.

De vuelta a la antigua Penitenciaría de la Columbia Británica, Clifford se sorprendió al ver que el tribunal sólo le había impuesto un año más de condena tras su fuga magistralmente ejecutada. Al parecer, los numerosos informes de buena conducta y cumplimiento a lo largo de los años, habían pesado más en la balanza de la justicia, de

lo que él hubiera previsto en un principio. Los guardias y el alcaide habían asumido la mayor parte de la culpa por su "momento de locura" en medio del motín, pero sus últimas travesuras habían afirmado a los demás presos que era tan soplón como creían. La amenaza constante de violencia contra él seguía aumentando a medida que se difundían las historias sobre su trato especial.

Después de haber intentado una forma de acabar con su condena antes de tiempo, Cliff recurrió a otra. Tenía claro que no iba a poder escapar de la antigua Penitenciaría de la Columbia Británica. La seguridad era demasiado densa para que él pudiera siquiera empezar a sortearla, especialmente ahora que se consideraba su riesgo de fuga. Con una de sus navajas de afeitar en la mano y la muñeca desnuda al descubierto, sabía que ésta era su única salida. La única manera de hacer que su tormento terminara. Apretando los dientes, clavó el filo en su carne.

Cuando las puertas de la celda se abrieron por la mañana, estaba sentado al borde de su cama, sin ganas de salir de sus confines como de costumbre. Llamó a uno de los guardias, que acudió de inmediato, esperando oírle contar alguna nueva historia sobre otro preso, con la esperanza de obtener más sobras de la mesa.

En lugar de eso, Cliff lo condujo al baño. La taza estaba llena de orina sin tirar, para sorpresa de nadie dado el olor de la habitación, pero había algo más oscuro en ella, una línea de color rojo. Sangre.

El guardia le dio a Clifford una palmadita en el hombro y le prometió que el médico de la prisión estaría por allí en la próxima hora, y que luego lo llevarían al hospital para resolver lo que fuera. Cliff parecía conmocionado, pero le dio las gracias amablemente. No había excusa para los malos modales, incluso en una situación como ésta.

A partir de ahí, su traslado al Hospital Shaughnessy local para someterse a pruebas fue inevitable, e igual de inevitable era que prácticamente no hubiera seguridad en ese hospital, desde luego nada que pudiera compararse con la penitenciaría. Mientras los médicos y las enfermeras lo trataban como a un paciente común, él estudiaba el lugar, calculaba su ruta de escape, recopilaba información sobre cuándo cambiaban de turno los guardias que lo vigilaban y con qué frecuencia se echaban a dormir en el asiento que había fuera de su habitación. Toda la diligencia debida que nunca había aprendido en su carrera de ladrón, la había desarrollado ahora, tras su paso por la cárcel. Había perfeccionado la observación y la sincronización, hasta podía actuar sin que las autoridades lo observaran. Era un talento que le serviría bastante en los años venideros.

Cuando por fin se quedó solo, se levantó de la cama, robó la ropa de otro paciente mientras dormía, se cambió en el baño y salió del

edificio convertido en un hombre nuevo.

Habían enviado a tres guardias con él para asegurarse de que no hubiera problemas, y la idea de que hubiera podido escabullirse de ellos era absurda en sí misma. Una vez más, la audacia del plan de Clifford hizo que las fuerzas del orden fueran cuestionadas. Por momentos parecía ser un tímido cobarde que se dejaba caer ante cualquiera de sus compañeros para que le dieran una palmadita en la cabeza, pero al siguiente estallaba en una acción salvaje que nadie podría predecir. No se podía atribuir a una locura temporal ante el peligro que corría su vida en medio de los disturbios. Había sido calculado y planeado meticulosamente para producir precisamente los resultados que Clifford había querido.

Y era cierto esta vez, Clifford tenía un plan más allá de la simple huida. Se acabaron los vagabundeos sin rumbo o la esperanza de que los problemas pasaran de largo. Iba a salir de Canadá y empezar de nuevo en algún lugar donde tuviera un historial limpio. Cualquier persona del Gran Norte Blanco podría darle caza a su antojo, total, él iría a un lugar donde nadie supiera su nombre.

Esta vez huyó de la ciudad con planes de dirigirse hacia el sur. Primero se desplazó tierra adentro, evitando en lo posible los núcleos de población para evitar ser visto y llevar a la policía hasta él. Practicando de nuevo su oficio de ladrón, irrumpió en propiedades rurales, dejando atrás los objetos de valor pero robando lo esencial para su supervivencia: conservas, ropa, mantas, incluso una pistola.

No tenía intención de volver a la cárcel. Si podía conseguir su libertad sin hacer daño a nadie, lo haría, pero nadie se interpondría en su camino. Iba a ser libre.

Por fortuna, el extraño patrón de sus robos dio a la policía una clara pista sobre la dirección que tomaba Clifford. En New Westminster, los puestos fronterizos habían sido alertados de su condición de prófugo, pero más al este no había ninguna medida formal que le impidiera pasar. No era increíblemente sorprendente que huyera por la frontera estadounidense, dada la cercanía de New Westminster y la prisión, pero su plan de pasar al sur, adentrándose en los bosques, era ciertamente inesperado. Se movilizaron patrullas para vigilarlo a ambos lados de la frontera, pero tenían una extensión de terreno absolutamente enorme que cubrir, y era probable que se les escapara de las manos a menos que algo cambiara. Una vez que cruzara la frontera con los Estados Unidos, sería cada vez más difícil seguirle la pista. La población era tan grande allí que Clifford podría cambiar su nombre y desaparecer fácilmente entre la multitud.

El agotamiento le perseguía cuando alcanzó a ver el parque provincial por el que pretendía finalmente abrirse paso hacia el sur. A lo largo de la frontera existían diversos caminos hacia el sur; los había

visto en los mapas de la prisión. Sería tan sencillo entretenerse en ellos hasta que se acabaran y dar un paso hacia el desierto más allá. Su ruta estaba memorizada. Su objetivo estaba fijado. No tenía tiempo para dudar.

Cuando dobló la primera curva del sendero del bosque, se quedó helado. Dos adolescentes estaban allí, charlando entre ellos como si estuvieran dando un paseo por el parque. Lo cual, hay que reconocerlo, era así. No tenían ni idea del problema con el que se acababan de encontrar. No hasta que a Clifford se le salieron los ojos de las órbitas y sacó la pistola de su cinturón.

No les apuntó con la pistola -eso lo dejarían muy claro cuando más tarde tuvieran que presentar sus informes policiales- sino que la agitó, profiriendo amenazas y condenándoles por arruinarlo todo. Les hizo jurar por su vida que no dirían a nadie que le habían visto, y luego salió corriendo. Por supuesto, lo primero que hicieron fue correr hacia la civilización y llamar a la policía sobre el loco del bosque que andaba amenazando a la gente con una pistola sin ningún motivo.

La policía tomó nota de la descripción e inmediatamente se dio cuenta de que por fin habían localizado al escurridizo Clifford Olson Junior. La policía local y la patrulla fronteriza se desplegaron a toda prisa, y antes de que Clifford pudiera siquiera llegar a ver la línea fronteriza que había imaginado gruesa y roja a través del suelo del bosque, estaban rodeando todo el parque provincial y más allá.

Clifford mantuvo su pistola en la mano, pero se escondió en el interior del bosque, cubriéndose con una gruesa capa de hojas caídas y permaneciendo totalmente inmóvil. Tenía paciencia para esperar más que eso, como había tenido la paciencia para sobrevivir a la policía la última vez. Sabía que podía volverse invisible, y si uno de los agentes ambulantes le pisaba directamente por pura casualidad, para eso llevaba la pistola. No volvería a la cárcel. No sin luchar.

Incluso mientras permanecía inmóvil entre las hojas, viendo pasar las piernas de los policías, a veces a escasos metros, estaba seguro de que volvería a eludirlos. Sin saberlo, ya estaba en Estados Unidos. Los policías que deambulaban por allí no eran los canadienses que lo habían estado rondando durante tanto tiempo, sino la policía de Washington, obligada a salir de la ciudad para ayudar a limpiar el desastre de otros. Era el tipo de cosas que fastidian a un agente de policía: jurisdicciones enfrentadas, ninguna oportunidad real de demostrar su valía, pero grandes probabilidades de ser destinatarios de la culpa si el preso se escapaba. De hecho, probablemente sólo había un agente en todo el bosque que estaba contento de estar allí.

Tiger, el perro policía, se acercó a Clifford y empezó a ladrar. Miró la cara del perro y, con un suspiro, soltó la pistola. No iba a disparar a un perro, sólo porque era un perro.

En un instante estaba completamente rodeado, con las armas apuntando hacia él, y fue llevado a Blaine, Washington, para ser procesado y luego devuelto a la antigua Penitenciaría de la Columbia Británica.

Curiosamente, el hecho de haber demostrado no ser fiable para sus carceleros, hizo que volviera a ser aceptado nuevamente por sus compañeros de prisión. Los hombres que unos meses antes le habrían apuñalado hasta la muerte, le rodearon para escuchar la historia de su astuta fuga, dándole palmaditas en la espalda y aplaudiendo sus agallas. Volvió a ser aceptado en la comunidad penitenciaria, e inmediatamente empezó a abusar de esa posición de confianza para intentar meter a otros en más problemas y así poder recortar más tiempo de su condena. Al fin y al cabo, era el informante favorito del director, y por eso lo habían defendido una y otra vez, evitando que recibiera los peores castigos que los tribunales podrían haberle impuesto. Incluso después de haber estado a punto de salir del país durante su última fuga, todavía no había cumplido los diez años que se suponía que tenía que cumplir para empezar. Tanto los guardias como los prisioneros confiaron en Clifford, y éste los traicionó a todos una y otra vez.

En los años siguientes, Clifford iba y venía de la Penitenciaría de la Columbia Británica con una regularidad asombrosa. Hizo un intento de fuga más, lo que le valió una ampliación de su condena, y luego empezó a desgastar esa condena ampliada de la misma manera que siempre lo había hecho. Curiosamente, después de todos sus intentos de fuga a lo largo de los años, fue liberado de la vieja penitenciaría de la Columbia Británica por un problema administrativo. La prisión estaba en muy mal estado debido a su antigüedad, apenas apta para su uso en el momento en que Clifford fue encarcelado allí por primera vez, por lo que para su tercera o cuarta vez, años después, alas enteras tuvieron que ser cerradas debido al daño estructural que se había producido con el paso de los años. Los sistemas eléctricos fallaban con regularidad, dejando a los presos en la más absoluta oscuridad durante horas y horas, el techo tenía goteras y había constantes problemas con las cañerías, agravados por los esfuerzos deliberados de algunos presos por sabotear el sistema y causar más problemas a los guardias.

Como resultado de esta grave situación, se decidió reducir la escala de la prisión para utilizar sólo un núcleo central de celdas que estuvieran en buen estado, y el exceso de reclusos fue trasladado a otras instalaciones o a ubicaciones temporales con pabellones de trabajo y viviendas prefabricadas, o se les ofreció la libertad condicional anticipada si tenían un historial probado de buen comportamiento.

Clifford, inexplicablemente, entró en esta última categoría a pesar de que todos los funcionarios sabían que existía riesgo de fuga. Tuvo su día en el tribunal, se le dieron instrucciones estrictas sobre cómo debía comportarse si quería permanecer fuera de la cárcel durante algún tiempo, y luego fue liberado sin nada a su nombre, salvo una donación benéfica de un traje para cubrir su desnudez.

Su libertad duró poco. Si bien cumplió su parte del acuerdo presentándose diligentemente en la mesa de su agente de libertad condicional todas las semanas, lo defraudó al pasar todos los demás momentos de su semana cometiendo delitos o planeándolos. Cuando lo detuvo la policía, Clifford estaba requerido por la justicia por cargos que iban desde agresión y robo a mano armada, hasta allanamiento de morada y falsificación. Lo detuvieron por conducir en estado de embriaguez después de haberse bebido una buena parte de sus ganancias mal habidas, y luego se le imputaron todos los demás cargos una vez que las investigaciones policiales lo situaron en el centro de una maraña de delitos.

Regresó a la antigua Penitenciaría de la Columbia Británica, era uno de los últimos prisioneros que quedaban allí. De vuelta a su antigua celda, que, por suerte, seguía siendo una de las que estaba en funcionamiento, a pesar de todo lo que había sucedido. Aunque hubiera parecido lógico que el alcaide y los guardias perdieran la confianza en él tras su rápido regreso a la cárcel, lo cierto es que les era considerablemente más útil dentro de los muros de la cárcel, que a la sociedad fuera de ellos. Inclinando aún más la balanza a su favor, Clifford se había tomado su anterior puesta en libertad anticipada como un claro agradecimiento del personal de la prisión por todo su diligente trabajo, culpándose a sí mismo por haber sido atrapado de nuevo y no a las fuerzas del orden por haberlo atrapado.

Comenzó a facilitar a los guardias información sobre sus compañeros de prisión, pero a estas alturas la población de la antigua penitenciaría era tan reducida que enseguida se hizo evidente contra qué círculos sociales se estaba testificando, y un simple proceso de descarte hizo recaer la culpa sobre Clifford. Su vida corría peligro en la prisión una vez que se conoció esta noticia, pero en lugar de intentar aislar o trasladar a Clifford hasta que se calmara el alboroto, una vez más, se le ofreció la libertad condicional anticipada. Poco más de un año después de su condena.

En el mundo libre, Clifford carecía de cualquier estructura u orden en su vida; en la cárcel tenía un propósito y un objetivo muy claros: ser libre. Sin embargo, eso no quiere decir que algunas de sus habilidades no fueran transferibles. Mientras estaba en prisión, se mantenía alejado de los problemas informando a los guardias sobre los demás presos, y ¿qué eran las fuerzas policiales sino guardias para el

mundo exterior? No pasó mucho tiempo antes de que Clifford Olson se convirtiera en uno de los mejores informantes que la policía que la Columbia Británica tenía a su disposición, compartiendo con la policía todos los detalles de los planes de sus colegas de los bajos fondos, excepto los delitos en los que él mismo pensaba participar. Fuera lo que fuera, Cliff sería el primero al que la policía cogiera, pero nunca se le imputarían cargos. Para la policía era más importante esclarecer los delitos que cualquier cargo que pudieran imputarle, y no es que no ofreciera más que suficientes chivos expiatorios para cumplir condena por los delitos que la policía estaba tranquilamente segura de que había cometido él mismo.

A partir de entonces, su relación con la policía fue siempre transaccional y no combativa. Siempre que les llevara algo que mereciera la pena en relación con un caso más interesante, podía salir de casi cualquier delito con un simple tirón de orejas.

Por supuesto, había límites con los que la policía no estaba dispuesta a ceder. La información que Clifford ofrecía era cada vez más escasa. Tirar a la misma gente bajo el autobús una y otra vez no tenía sentido. A partir de cierto punto, los chivos expiatorios de Clifford tenían la certeza de ser culpables, y aunque él hacía todo lo posible por ampliar su círculo social más allá de la escoria de la sociedad que lo aceptaría, los criminales de clase más alta eran más exigentes a la hora de decidir a quién acogían bajo su confianza.

Así que, no fue de sorprender que el hombre que siempre se arriesgaba, pronto gastara más dinero del que ganaba. Seguía obteniendo sus principales ingresos a través de la delincuencia, pero poco a poco fue dejando de lado los delitos que dependían de sus manos para pasar a las transgresiones que dependían más de su boca. Los robos y asaltos dieron paso a la introducción de engaños, fraudes y falsificaciones. Delitos con los que podía ganar más dinero con menos riesgo y sin la violencia que tanto disgustaba a jueces y jurados. Podía estar destruyendo vidas, pero mientras no se rompiera la piel, al mundo parecía importarle bastante menos.

Por supuesto, constantemente infringía las condiciones de su libertad condicional como consecuencia de sus delitos, y aunque la policía se complacía en suavizar las cosas con su agente de la libertad condicional a cambio de su ayuda después de haberle detenido, algunos de sus muchos delitos menores se escurrían entre los huecos. Cada vez que lo hacían, Clifford volvía a la cárcel.

El antiguo centro penitenciario de la Columbia Británica estaba cerrado cuando lo volvieron a detener, así que su nuevo hogar fuera de casa pasó a ser el centro penitenciario de Prince Albert, en Saskatchewan. Mientras que la antigua penitenciaría de la Columbia Británica había sido una prisión de alta seguridad, la PA era una

bestia diferente. Originalmente había sido una prisión de seguridad media, pero con la constante afluencia de delincuentes peligrosos, en parte perpetuada por el cierre de la antigua penitenciaría de la Columbia Británica, algunos pabellones se habían convertido al azar en zonas de alta seguridad. El resultado era una prisión diferente a todo lo que Clifford había experimentado: algunas partes eran idénticas a cómo solía vivir, pero otras eran casi totalmente desconocidas. La menor seguridad se traducía en un índice mucho mayor de criminalidad a baja escala entre los residentes. En el lugar abundaban las drogas, el comercio ilícito y las bandas de una forma a la que Clifford no estaba acostumbrado después de tanto tiempo encerrado.

Aun así, no veía ninguna razón por la que no pudiera seguir haciendo las cosas exactamente igual que siempre. Se puso en contacto con los guardias y el alcaide al comienzo de su estancia, ofreciéndoles información a cambio de un trato especial y una libertad condicional anticipada.

De inmediato, se dedicó a sumergirse en la cultura de la prisión, y se encontró con que era trasladado constantemente de un grupo a otro por su negativa a declarar cualquier tipo de lealtad a las bandas que gobernaban el lugar. Se acercó todo lo que pudo a los sectores donde se desarrollaban las actividades ilegales, pero se encontró con que se le bloqueaba a no ser que estuviera dispuesto a demostrar su lealtad de alguna manera, normalmente cometiendo el tipo de delito que le haría acumular más tiempo de condena cuando estaba intentando activamente de reducirla.

Sin embargo, su diligente labor de investigación acabó dando sus frutos. No podía entrar en las bandas, pero podía vigilar a los presos en los lugares que los guardias no podían. Tardó menos de un mes en confeccionar una lista de todos los traficantes de drogas de la prisión y en comunicársela al alcaide. Se le prometió que vería una reducción sustancial de su condena por su buen trabajo, una vez que se hicieran los registros y se demostrara que sus señalamientos eran algo más que rencor.

De vuelta a la población carcelaria, Clifford vio por primera vez cómo se desarrollaba todo. Los guardias entrando a toda prisa y tirando a los hombres al suelo, sus celdas siendo destrozadas. Las ropas arrancadas para dejar al descubierto las drogas que se escondían debajo de ellas. Estaba tan horrorizado como cualquiera de sus compañeros de prisión por la brutalidad de todo aquello, pero internamente agradeció a sus estrellas de la suerte que esos mismos guardias estuvieran de su lado y estuvieran cerca para protegerlo si alguien se enteraba de quién era el responsable de esta represión. Los adictos de la prisión se enfurecieron al ver que se les cortaba el

suministro. Las bandas, que ganaban tanto dinero y tanta influencia a través del tráfico de drogas, estaban más que furiosas, cerrando silenciosamente las operaciones y cerrando filas hasta que se descubriera la filtración.

Hubo varias cosas que Clifford no había tenido en cuenta en su planificación. La primera fue que, con la baja seguridad de esta prisión, habría lugares que los guardias no mantenían bajo estrecha vigilancia. La segunda era que las operaciones de contrabando y comercio de drogas tan frecuentes no podían darse en una prisión en la que al menos algunos de los guardias no estuvieran en la nómina de las bandas. En el momento en que se produjeron las primeras redadas, el dinero ya estaba cambiando de manos, y el nombre del informante estaba siendo transmitido a los líderes de las bandas.

Todavía convencido de que estaba protegido por el anonimato y los guardias, Clifford se paseaba por la prisión sin ninguna preocupación. Seguía sonriendo y saludando a la gente mientras se movía por la prisión, sin darse cuenta de que todos sabían lo que había hecho. Poco después de que se cerrara el tráfico de drogas, Clifford se vio acorralado por un grupo de presos que representaban a quienes consideraban que les había perjudicado. Querían discutir el asunto con él. Sus argumentos fueron bastante contundentes.

Clifford pasó varios meses en el hospital de la prisión tras ese incidente. Había sido apuñalado siete veces. Pocas de las heridas pusieron en peligro su vida en sí mismas, pero gracias a la cantidad de desechos humanos que se habían untado en las cuchillas antes de usarlas contra él, sufrió múltiples infecciones y fiebres. El tiempo transcurrió de forma inconexa mientras su cuerpo luchaba contra esas infecciones secundarias y estaba tan cargado de analgésicos y antibióticos que apenas podía recordar su nombre.

Cuando estuvo listo para volver a la población carcelaria, se le concedió de nuevo la libertad condicional. Su condena se había reducido en gran medida a la luz de su contribución al Servicio Correccional de Canadá y se volvió a reducir por compasión después de que sufriera tan terribles lesiones como resultado de ese servicio. El alcaide incluso escribió una carta al juez a favor de Clifford, afirmando que sería un riesgo para la vida del hombre volver a la población penitenciaria en ese momento.

Una vez más, Clifford fue liberado al mundo, un animal herido en parte, pero también un ser humano que piensa y razona. Uno que podía ver que el modo en que había estado llevando su vida se dirigía a un callejón sin salida a gran velocidad. Alguien que necesitaba cambiar su rumbo, pero que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Fue otro punto de inflexión en su vida, cuando podría haber sido capaz de volver al camino recto y seguir algo parecido a una vida normal.

Un lugar al que llamar hogar

El alcohol y las drogas eran compañeros íntimamente familiares para Clifford mientras estaba fuera de la cárcel, y en honor a la verdad, eran la parte de la libertad que más echaba de menos. Las pastillas siempre habían sido su preferencia, ya que le hacían sentirse menos como los yonquis y los perdedores con los que se relacionaba, a pesar de que los efectos fueran esencialmente los mismos. Fueron la razón por la que en última instancia recurrió a los crímenes más burdos que lo metieron en problemas mayores. Las estafas y los fraudes producían infinitamente más dinero a largo plazo, pero rara vez le proporcionaban la gratificación instantánea de tener el dinero listo exactamente cuando lo necesitaba para su dosis.

Clifford no quería precisamente dejar sus adicciones, sino que quería que estuvieran bajo su control y no al revés. Quería darse un capricho cuando quisiera y no necesitarlas cuando necesitaba centrarse en otras cosas. Quería que su mente, y no sus impulsos básicos, gobernara su cuerpo. Esto suponía un claro cambio de hábitos, y no uno que fuera capaz de lograr en el primer intento. Varias veces tuvo un desliz y se encontró de nuevo bajo custodia policial. La mayoría de sus delitos de cuello blanco nunca fueron condenados, pero cuando cometía un desliz y robaba en una casa, seguía siendo el primero al que la policía detenía. Pasó varias temporadas más en varias prisiones, que culminaron con el regreso a la penitenciaría de Prince Albert.

Ese lugar le traía demasiados malos recuerdos. Fue el último lugar donde se había sentido impotente, y no podía tolerar esa sensación. Por ello, realizó una rápida fuga a las pocas semanas de haber sido encarcelado allí. Ya conocía gran parte de la seguridad, y en particular sus puntos ciegos, gracias a las largas semanas de observación de los negocios de la droga durante su última estancia. Se escapó de la prisión con la misma facilidad con la que abrió un agujero en una de las vallas. Cuando los guardias se dieron cuenta de su ausencia y se activó su búsqueda, Clifford ya se había escabullido entre la población general, para dominarse a sí mismo y comenzar la nueva vida que había planeado para sí, sin mirar atrás.

En los municipios de las afueras de Richmond-Surrey, encontró un lugar que le resultó familiar y fresco a la vez. Sin amigos a los que recurrir y sin malos hábitos en los que caer, alquiló un lugar propio en los apartamentos New Surrey Village, sobre la autopista King George. Corría el mes de agosto de 1980 y Clifford tenía ahora cuarenta años. Toda su vida adulta la había pasado en una u otra prisión, con apenas un año completo entre sus estancias en prisión. Nunca había vivido solo, sino que había preferido vivir con sus amigos de la calle y

ahorrar dinero para cosas más importantes, pero ahora que tenía un espacio propio, sentía que se abría ante él un mundo de oportunidades.

Sus ingresos se basaban principalmente en trabajos esporádicos. Siempre fue bueno con las manos, por lo que encontró trabajos en obras de construcción cuando pudo, pero cuando no había nada disponible, hacía trabajos de jardinería y carpintería para obtener dinero en efectivo, incluso incursionando en la fontanería y la ingeniería de calefacción si creía que podía dar una mano. A medida que el clima se volvía más frío y el trabajo en la construcción comenzaba a disminuir, se volvió más dependiente de estos trabajos ocasionales para mantener un techo sobre su cabeza. En busca de trabajo, colgaba su tarjeta en los tablones de anuncios de la ciudad. Fue cuando se acercó a la iglesia del Evangelio del Pueblo en Surrey, para pedir permiso para colgar su tarjeta, cuando conoció a Joan Hale.

Joan era un poco mayor que él, pero dada la dura vida que Clifford había llevado, parecía considerablemente más joven. A diferencia de la mayoría de las mujeres de su edad con las que Clifford se cruzaba en su ajetreado trabajo, ella no llevaba anillo de casada en el dedo, y ambos parecieron enamorarse al instante. O, mejor dicho, Clifford vio en ella la oportunidad de conseguir algún beneficio, así que le puso mucho encanto. Cuando ella empezó a coquetear torpemente con él, Clifford se dio cuenta de que, a pesar de su edad y su historial irregular, había mujeres en el mundo que podían sentirse realmente atraídas por él, y sin pensarlo dos veces, empezó a coquetearle también. Los dos concertaron una cita para cenar esa misma noche, y Clifford consiguió publicar su tarjeta en el tablón de anuncios de la comunidad, con lo que se tranquilizó.

Su noviazgo no fue tradicional, ya que cada parte sentía constantemente que la otra tenía ventaja debido a sus circunstancias. Joan tenía más experiencia en el mundo del romance que Clifford, cuyos intentos de conquista en la adolescencia se habían visto trágicamente interrumpidos por sus encarcelamientos, pero sentía que estaba en desventaja suprema en el mundo de las citas porque se había divorciado recientemente y se había vuelto dolorosamente vulnerable por ello.

Clifford le dio muy poca información sobre sí mismo, insinuando que se había metido en algunos problemas a lo largo de los años, pero sin llegar a revelarse del todo. Mientras tanto, utilizaba todas sus artimañas sociales para sonsacarle a Joan toda la información que podía sobre su propia vida e historia, algo que ella encontraba intensamente halagador. Nunca nadie se había preocupado tanto por ella. Siempre se había sentido como un personaje secundario en la vida de las personas más importantes para ella. Con Clifford, era como

si el sol brillara sólo para ella. Como si ella fuera el centro de su universo.

Entonces Clifford se enteró de que se había divorciado de su último marido porque era un alcohólico maltratador que la utilizaba como un saco de boxeo, y que vivía del acuerdo judicial que había recibido de ese divorcio en un estado de relativa comodidad. Menos cómoda de lo que estaba acostumbrada, pero infinitamente más cómoda de lo que Clifford había experimentado en su vida.

Todas las pequeñas historias que extrajo de ella se convirtieron en una imagen más sólida de la persona que era, y cuán cerca de sus límites necesitaba ser empujada antes de que flaqueara.

Con ese conocimiento en mente, comenzó a presionar. Al principio, la presionó suavemente para que tuviera una relación más física de la que ella estaba dispuesta a mantener. Luego la presionó para que se fuera a vivir con ella. Le habló de todas sus preocupaciones hasta que la convenció de que la mitad de las veces era ella la que había iniciado el sexo o la conversación, haciéndole creer que era ella la que le perseguía sin descanso y no al revés. Esto no quiere decir que ambos no disfrutaran del cortejo. Clifford la trataba con un nivel de respeto que nunca había tenido en su vida de casada, y parecía bombardearla con muestras de afecto cada vez que ella sentía que su fe en él flaqueaba.

A los pocos meses de conocerse, ya convivían. Viviendo en pecado, como lo llamaba Joan. Lo que había empezado como una simple estafa para Clifford había cobrado vida propia. Al principio, era simplemente para hacerse de la indemnización que ella recibía de su ex marido, pero poco a poco se convirtió en algo más. Descubrió que disfrutaba siendo atendido por su novia. Apreciaba su afecto y su adoración. Ella hacía lo que le decía, cuando le decía que lo hiciera, y tener sexo a su disposición siempre que lo quisiera, era el tipo de lujo que Clifford no había experimentado desde que violaba a niños pequeños en el reformatorio.

Su despertar sexual se había torcido por la brutalidad y la violencia; sus experiencias adultas al respecto habían sido casi exclusivamente lo mismo. El tipo de amor suave que experimentaba con Joan, estaba tan alejado de esos sentimientos que casi no los reconocía. Desde luego, no reconocía los otros sentimientos que el tiempo que pasaban juntos despertaban en él, los más delicados, de los que siempre había pensado que había nacido desprovisto. Podía apreciar el valor en ella, el valor de su amabilidad y su calma. Todo lo que no tenía en sí mismo, lo encontró en ella. Para su sorpresa, era amable con ella no sólo para manipularla para que le diera lo que quería, o para sentirse bien, sino porque quería que ella se sintiera bien. Era revelador para una persona que había pasado toda su vida

centrada exclusivamente en su propia gratificación.

Hay que reconocer que Clifford seguía teniendo todos los beneficios de su egoísmo mientras tomaba conciencia de sí mismo y de esta relación. Vivía con Joan, a base del dinero que le enviaba su ex marido, y aceptando sólo algún que otro trabajo para conseguir dinero extra cuando le apetecía. Por su parte, Joan había sufrido tanto a manos de su ex marido que incluso ese nivel de desprecio y falta de atención le parecía sorprendente. Alababa a Clifford hasta el cielo por las migajas de afecto que le daba y aceptaba sus órdenes a gritos como lo que le correspondía en la vida. No podía cuestionarlo, nunca, pero eso era infinitamente mejor que la forma en que su último marido le había echado en cara todas sus indiscreciones, sólo para demostrarle lo absolutamente impotente e inútil que era para él. Mientras tanto, cada vez que Clifford se portaba mal con ella, podía estar segura de que volvería a la carga poco después, llenándola de amor y afecto y disculpándose profusamente.

Su apartamento alquilado estaba vacío la mayor parte del tiempo, él se retiraba allí sólo de vez en cuando, cuando sentía que Joan necesitaba un poco de distancia para darse cuenta de que, en realidad, todo era culpa suya. Cada vez le parecía más un gasto innecesario, pero aun así seguía pagando para asegurarse de que Joan siguiera teniendo una sensación de inestabilidad en la relación. No quería que ella diera por sentada su presencia, para que no perdiera parte de la adoración que recibía de ella.

Cómodo y seguro por primera vez en su vida adulta, Clifford decidió que había llegado el momento de relajarse y disfrutar un poco. Había sido muy cuidadoso desde su última fuga de la cárcel, tan empeñado en construir su vida hasta este punto, que había abandonado casi por completo todas sus antiguas pasiones y delitos. Ahora, por fin, se sentía lo suficientemente seguro como para volver a explorar el mundo desde este nuevo escenario.

En este punto, su apartamento le habría resultado útil, una guarida a la que retirarse cuando salía a beber y a experimentar con todas las fascinantes píldoras nuevas que estaban disponibles en el mercado negro en los años 80. Por desgracia, no se presentó a pagar el alquiler. Su casero se puso en contacto con Joan, pensando que simplemente se había olvidado de ello, pero ella se sorprendió al saber que él no estaba en su apartamento abandonado en ese preciso momento, ya que no había acudido a su casa.

La desafortunada verdad del asunto era que Clifford estaba en la cárcel. Una mujer de la zona le había acusado de violación.

Para su buena fortuna, la policía no la consideraba una testigo muy fiable y el caso pronto sería desestimado, pero durante unas semanas, él permaneció en la cárcel a la espera de los cargos.

Su víctima era una prostituta local. Aunque había estado disfrutando de los nuevos placeres del amor más suave con su nueva novia, eso no significaba que ninguno de sus impulsos más oscuros hubiera desaparecido de la noche a la mañana. El sexo y la violencia seguían entrelazados en su psique, y necesitaba actuar sobre sus impulsos para que no siguieran acumulándose y convirtiéndose en algo que escapara de su control.

Parecía absolutamente encantador cuando se acercó a la mujer en un bar y no dudó en enseñarle su dinero cuando a ella se le escapó que era una profesional. Creyó que la velada sería mutuamente beneficiosa hasta que se quitaron la ropa y él le puso el cinturón alrededor su cuello. Sujetándola de esa forma, tuvo sexo con ella, golpeándola en la espalda y los riñones, abofeteándola y tirándola por la habitación del motel alquilado por horas, como si fuera una muñeca de trapo. Todo su trabajo físico a lo largo de los años le había proporcionado una fuerza envidiable, y no dudó en descargarla sobre la pobre mujer. Cuando por fin hubo agotado el aparentemente interminable pozo de energía que le habían concedido sus nuevas pastillas, acabó dentro de ella y la dejó hecha un montón de moretones y sangre en el suelo del motel, algo que más tarde sugeriría a la policía que fue totalmente consentido.

Tal vez podría haber salido indemne si le hubiera pagado por su tiempo, pero no lo hizo, así que en cuanto ella pudo recomponerse y envolverse en sus ropas desgarradas, fue cojeando a la comisaría para poner una denuncia contra él, y poco después lo detuvieron en otro bar.

Clifford salió de la cárcel con la firme intención de asesinar a la mujer que le había denunciado, pero a pesar de un largo día de búsqueda, no encontró ningún rastro de ella. Al carecer de contactos en el mundo del crimen en su nuevo lugar de residencia, no pudo seguir persiguiéndola, pero la profunda y permanente rabia que sentía hacia ella no desapareció. Volvió a los brazos expectantes de Joan y ella le perdonó absolutamente todo, sin saber siquiera lo que había hecho ni la suerte que tuvieron los dos de que la policía local hubiera sido tan poco rigurosa en su investigación, que ni siquiera se hubiera dado cuenta de que aún existía una orden de arresto contra Clifford tras su última fuga de la cárcel.

Tras su inesperada separación, Clifford se dio cuenta de lo preocupado que había estado por la posibilidad de perder a Joan en medio de todo lo demás. Ella era el ancla que sostenía su nueva vida y los cimientos sobre los que se construían todas sus esperanzas para el futuro. Necesitaba hacer algo que la uniera a él de forma más permanente. La idea de que ella pudiera dejarle por algo tan estúpido como un rumor de que había violado a una prostituta, le asustaba.

Mientras intentaba encontrar una manera de unirse a ella permanentemente sin exagerar, el universo le proporcionó exactamente la solución que necesitaba. Lo que Joan había confundido con una menopausia precoz resultó ser un embarazo. Tendrían un hijo juntos.

En la euforia de esta noticia, todo el misterio de la desaparición de Clifford se olvidó, y toda su atención en el pasado fue arrastrada hacia el futuro. Empezaron a buscar un nuevo hogar que pudiera albergar a una persona más. Comenzaron a hablar de matrimonio, algo que a ninguno de los dos les había entusiasmado considerar cuando estaban empezando.

Se decidió que los dos tendrían que casarse antes de que naciera el bebé para asegurarse de que no sufriera la indignidad de nacer fuera del matrimonio, y se fijó la fecha para mayo de 1981.

Con tiempo de sobra antes del gran día, Clifford decidió salir a la carretera y ver un poco de mundo antes de establecerse. Durante las primeras semanas, condujo por algunos de sus antiguos dominios, sin reconocer a nadie ni a nada, incluso bordeando la frontera donde una vez había protagonizado su azarosa huida, recordando su pasado y finalmente terminando en la Columbia Británica.

La antigua Penitenciaría de la Columbia Británica había sido desmantelada por completo en ese momento, y casualmente, estaba abierta al público para visitarla como una especie de atracción turística morbosa. Incapaz de resistirse a los cantos de sirena de su antiguo hogar, Clifford se compró un billete y fue a dar el recorrido. Por fin, las cosas empezaban a resultarle familiares una vez más. Las paredes manchadas de humedad, los terrenos pisoteados y la fría piedra bajo su mano se sentían como cuando estaba prisionero allí. Incluso se abrió paso entre la multitud para mirar a través de la puerta abierta de su antigua celda.

Fue allí donde le reconocieron. Uno de los antiguos guardias de la prisión había encontrado un nuevo trabajo como guía turístico en la Vieja penitenciaría. Probablemente, Clifford se había cruzado con él media docena de veces a lo largo de la visita, sin que ninguno de los dos hombres captara la atención del otro. Sin embargo, con el contexto añadido de la celda junto a la que estaba Clifford, el ex guardia estableció inmediatamente la conexión. Aunque él ya no estuviera de servicio, eso no significaba que sus amigos no lo estuvieran. O que no siguiera teniendo noticias de sus antiguos reclusos. Sobre todo de antiguos reclusos que se habían escapado de la cárcel y permanecían en libertad.

Se hizo una llamada telefónica, y para cuando Clifford salió por las puertas de la antigua penitenciaría como un hombre libre, la policía lo estaba esperando de nuevo. Se le añadió un mes a lo que le

quedaba de su condena original y se le recluyó en la Institución Matsqui de Abbotsford.

Por lo que sabía su prometida, seguía haciendo su gran viaje de despedida de soltero por carretera, y Clifford no tenía intención de quitarle esa ilusión tan pronto. Todavía le quedaban unos meses antes de la boda. Todo lo que tenía que hacer para estar fuera de la cárcel y en casa a tiempo para dar sus votos, era mantener su buena conducta. No intentó introducirse en las bandas de delincuentes, ni de buscar amigos a los que pudiera entregar para que le redujeran la condena, ni nada por el estilo. Mantuvo la cabeza baja, cumplió su condena y salió en libertad condicional exactamente cuando lo esperaba, con su historial de preso modelo.

Una rápida excursión a través del país más tarde y estaba de nuevo en los brazos de Joan, aunque se mantenía a distancia por el bulto de su estómago que crecía rápidamente. A pesar de la falta de contacto, Joan inexplicablemente nunca había perdido la fe en que él regresaría a tiempo para casarse con ella. Ella creía en Clifford de una manera en que nadie lo había hecho nunca, y que nadie volvería a hacerlo. Era casi suficiente para hacerle creer en sí mismo, en la esperanza de un futuro que había soñado ociosamente mientras miraba el techo de su celda, esperando que pasaran los días.

En la Iglesia del Evangelio del Pueblo de Surrey, el mismo lugar donde se habían conocido, se casaron el 15 de mayo de 1981. La familia de él brilló por su ausencia. Muchos de los familiares de ella habían desaparecido de su vida tras su divorcio, pero la congregación de la iglesia llenó todos los bancos del templo y dio la bienvenida a Clifford al rebaño. Al igual que Joan le había aceptado en su vida sin cuestionar, ellos también le acogieron en su comunidad. Era casi suficiente para que él estuviera dispuesto a cumplir con la promesa implícita de que sería un buen hombre a cambio. Casi.

Después de casarse, Clifford no tardó en apresurarse a vender su recién adquirida casa y trasladar a su familia. Todavía circulaban rumores sobre él tras su encontronazo con la prostituta, y no quería que ni su mujer ni su hijo se enteraran.

Encontró un nuevo trabajo y un nuevo hogar, todo en uno, en la ciudad de Coquitlam, donde fue contratado por el ayuntamiento como portero de un bloque de apartamentos en Whiting Way. Los apartamentos eran pequeños, pero se adaptaron bien a los recién casados durante los primeros meses, pero no tardaron en volver a buscar casa. Los apartamentos de Whiting Way eran sólo para adultos. Así que, con la inminente llegada de su bebé a la vuelta de la esquina, tuvieron que dedicar un tiempo considerable a la búsqueda. Resultó que el bebé no era lo único que estaba a la vuelta de la esquina. Encontraron un apartamento disponible en el complejo de la avenida

Foster, literalmente a la vuelta de la esquina de los apartamentos de Whiting Way que dirigía Clifford, y trasladaron todas sus escasas pertenencias en tan sólo unos rápidos viajes de ida y vuelta en el coche.

La pareja se instaló sin demoras, ya que su hijo, Stephen Olson, llegó pocos días después.

Así como Clifford había encontrado una nueva capacidad de amar en su relación con Joan, también aprendió nuevas cosas sobre sí mismo al ver al bebé color rosa que se retorcía en sus brazos. Todas las cosas que creía haberse perdido en la vida, todas las cosas a las que la gente normal aspiraba, eran ahora suyas. Tenía una vida normal. Una esposa, un hijo, un trabajo, un apartamento. No había ninguna orden de arresto pendiente, ni ninguna condena que siguiera sus pasos. Tenía la oportunidad de vivir una nueva vida. De actuar bien y dejar una huella positiva en el mundo.

Iba a la iglesia con Joan todos los domingos, y difícilmente podría haber habido un mejor estudioso de la Biblia que él. Podía citar pasajes de memoria mejor que el pastor -aunque, por supuesto, no mencionaba que esto se debía a que había sido su único material de lectura durante los muchos meses que había permanecido en confinamiento solitario.

Más que cumplir con la debida diligencia de ir a la iglesia, Clifford parecía tomarse a pecho el espíritu de la caridad cristiana. Había muchos niños desfavorecidos que vivían en el mismo edificio de apartamentos que él y su familia, y aunque mimaba mucho a su hijo con regalos, con la misma frecuencia volvía a casa con un gran saco de juguetes que repartía entre los demás niños del bloque. No podía hacer esos grandes gestos todos los días, pero siempre tenía un caramelo para dar a los niños carentes de la bondad de sus propios padres. Era difícil imaginar un hombre más querido que Clifford Olson por aquellos días.

En una ocasión desapareció una niña del barrio, y él se subió a su coche y condujo hasta altas horas de la madrugada para buscarla. Parecía estar constantemente charlando con las niñas del barrio, haciéndoles cumplidos y ofreciéndoles pequeñas chucherías, y aunque a algunos padres les pareció sospechoso, cuando se veía en combinación con todas sus otras obras de caridad, era difícil encontrar mucho fundamento para su temor.

Se equivocaron al dudar de sus instintos.

La otra cara

Clifford llevaba una doble vida. Desde que su noche con la prostituta casi acabó con todo por los aires, su deseo sexual -y sus impulsos violentos- no habían dejado de crecer. La rabia asesina que había sentido después de ser expuesto y acusado públicamente de hacer, en mayor o menor medida, exactamente lo que había hecho, tampoco había disminuido. Si se hubiera cruzado con la prostituta que tanto le había avergonzado, era probable que la hubiera asesinado a plena luz del día y malditas fueran las consecuencias. Aunque ella no volvería a aparecer en su vida ni en su historia, esa semilla de ira vengativa se convirtió en una fuerza dominante en su psique, fusionándose con sus otros impulsos sexuales y violentos, hasta que le resultó casi imposible funcionar sexualmente sin al menos la implicación de una cuota de violencia. Al principio, lo expresó tratando a su mujer cada vez con más rudeza, pero al avanzar su embarazo, esa ya no fue una opción posible. Tenía que liberar esos impulsos. De alguna manera, tenía que expulsar los demonios que nublaban sus pensamientos para que la vida pudiera continuar y él pudiera dar a Joan y a Stephen las vidas que merecían.

Inmediatamente después de haber sido liberado de la cárcel tras su abuso a la prostituta, y después de haber escuchado de Joan que tendrían un hijo juntos, salió a celebrarlo. Bebió igual que antes, tomó pastillas igual que antes, se excitó en un verdadero frenesí igual que antes.

Christine Weller tenía doce años aquella fatídica tarde de noviembre. Más temprano ese día, había escapado del malestar general que se cernía sobre el motel en Surrey, en la Columbia Británica, donde vivía junto a sus padres desempleados, para ir a mirar escaparates en el centro comercial local. No podía permitirse comprar nada -nunca podría permitirse el lujo de comprar nada-, pero incluso pasearse bajo el zumbido de las luces de las tiendas, mirando todas las cosas que no podía tener, era mejor que quedarse en casa mirando todo lo que no quería tener.

Se quedó en el centro comercial todo el rato que pudo, mucho después de que todos los amigos con los que se había reunido quisieran volver a sus casas, hasta que finalmente, el último de ellos se marchó y preocupada por no llegar a casa a tiempo para la inexistente cena que sus padres tendrían en la mesa, este le prestó su bicicleta. A pesar de no tener una propia, la abnegada niña se sintió más que cómoda en el sillín, agradeciendo a su amigo y pedaleando furiosamente hacia su casa. Fue la última vez que la vieron con vida.

En algún punto de su ruta, fue interceptada por Clifford. Aunque parece probable que al principio intentara ganársela con palabras

amables, como hizo con tantas otras, Christine era un poco más astuta que la mayoría de sus víctimas. Procedía de una de las zonas más conflictivas de la ciudad, donde el interés de un hombre mayor se consideraba más sospechoso que halagador. En algún momento, ella rechazó su oferta de llevarla a casa, probablemente citando como excusa la bicicleta, ya que él no tendría espacio en su coche. En ese momento, Clifford cambió de táctica.

Sacando un cuchillo, lo apretó contra la garganta de la chica y la obligó a entrar en el coche. A continuación, sacó la bicicleta de la carretera y la metió entre los arbustos, y volvió al vehículo, poniéndole de nuevo el cuchillo en el cuello por el lado opuesto cuando ella intentó escapar. Ambas amenazas le dejaron cortes superficiales en el cuello, no lo suficientemente profundos como para poner su vida en peligro, pero sí lo suficientemente profundos como para doler, y sangrar, para que ella supiera que Clifford iba en serio.

La llevó a los diques del río Fraser, en Richmond, una zona que sabía que estaría poco poblada en esa época del año, dado el frío que hacía, y la sacó del coche tomándola por los pelos, antes de arrojarla sobre la hierba y el barro. Aunque es probable, dado lo que se sabe de Clifford, que intentara violarla, no se encontraron pruebas forenses después de los hechos que demostraran que lo consiguiera. Pero incluso si no penetró en la santidad de su cuerpo de esa manera, encontró muchos otros medios de entrada. Con el mismo cuchillo que había utilizado para amenazarla y coaccionarla, comenzó a apuñalarla. La sujetó por el cuello mientras ella intentaba retorcerse, sintiendo su sangre caliente correr por sus palmas, pero su atención estaba en su cuerpo. Una y otra vez le clavó el cuchillo, y cada vez que lo hacía brotaba un nuevo rastro de sangre sobre su ropa. La sangre que palpitaba contra su mano se ralentizó y se detuvo, pero aun así, él siguió adelante. Diez veces le clavó el cuchillo. Dos veces en el corazón, cuatro veces en el hígado. Una y otra vez, mucho más allá del punto de matarla. Mucho más allá del punto de cualquier cosa que se parezca a la cordura. Apuñaló una y otra vez a esa inocente niña sin mejor razón que la de sentirse bien consigo mismo.

Cuando Christine no volvió a casa esa noche, sus padres no lo notaron, pero varios días después denunciaron de su ausencia a la policía, que echó un vistazo a su vida familiar y archivó el caso como fugitiva.

No sería hasta la mañana de Navidad cuando se supo la verdad, cuando un paseador de perros que se dirigía al río Fraser fue arrastrado por su perro fuera del camino y se encontraron con la espantosa escena de un cadáver en descomposición profanado.

La policía entró finalmente en acción ante este descubrimiento. Elaboraron una lista de todos los delincuentes sexuales convictos

conocidos en la zona y llevaron fotos de estos posibles asesinos a todos los lugares en los que se había visto a Christine por última vez, en un esfuerzo por descubrir cualquier testigo potencial. Clifford se escurrió entre los dedos de la investigación, en gran parte porque la policía no lo consideraba un criminal, sino un recurso. Todo el tiempo que había dedicado a ayudarles a lo largo de los años, había dado sus frutos. Tenía una gran habilidad para ser interrogado, y a los investigadores les pareció que, si hubiera tenido alguna información sobre el crimen, habría estado encantado de compartirla y ganar algo de buena voluntad o dinero como recompensa.

El subidón del asesinato fue suficiente para mantener a Clifford saciado durante un tiempo. Siempre se había sentido el más listo de la sala, y ahora su ya abrumadora confianza en sí mismo se veía reforzada por el hecho de saber que, literalmente, podía salirse con la suya. El resultado final fue que todos los demás aspectos de su vida comenzaron a mejorar drásticamente. Incluso la relación con su mujer se relajó enormemente, pues ya no sentía ninguna compulsión por imponer su voluntad sobre ella.

Esa mejora sistemática de su vida cotidiana fue otro tipo de subidón en el que se sintió feliz de andar sin pensar demasiado ni tener ningún deseo real de desviarse. Sin los bajones, ya no necesitaba perseguir los subidones. Se abstuvo de beber demasiado, de tomar pastillas o de buscar el placer en los brazos de mujeres de dudosa virtud durante varios meses después del asesinato de Christine. El recuerdo de su cuerpo abriéndose bajo su cuchillo lo mantuvo caliente por las noches.

Sin embargo, con la primavera del 81 se produjo una renovación no sólo en la naturaleza sino en las terribles ansias de Clifford. La relación con su prometida se volvió cada vez más tensa a medida que avanzaba el embarazo de ella y las "relaciones" regulares de las que ambos habían disfrutado hasta entonces comenzaron a agotarse. Asimismo, al mudarse a su apartamento en South Surrey, se abrió un nuevo abanico de víctimas potenciales. Las cortejaba abiertamente con regalos, caramelos y golosinas, ganándose una reputación de hombre bondadoso y sin mostrar ningún indicio de insinuación hacia los niños que jugaban en la calle. Era mucho más que querido. Todo porque nadie que hubiese recibido todo el peso de sus atenciones había vivido para contarlo.

El peso de la tentación era terrible para un hombre que nunca había sido muy bueno para resistir sus propios deseos más oscuros.

Con su fama de bondadoso, cuando le ofreció a Coleen Daignault, de trece años, un trabajo en su obra, ella ni siquiera dudó en aceptarlo. La posibilidad de tener dinero en el bolsillo era una perspectiva mejor que la que tenía cualquier otra persona del barrio, y

ella se aburría como una ostra sentada en la calle sin nadie con quien jugar mientras el resto de sus compañeros se marchaban a la escuela.

Se dejó llevar por su bullicioso entusiasmo, así que cuando él abrió la guantera y le ofreció un trago de aguardiente para celebrar la nueva oportunidad, ella se lo bebió con gusto, sintiéndose muy adulta, tomando una bebida con su nuevo jefe y encaminándose hacia su nuevo trabajo. No sabía exactamente a dónde se dirigían y, tras otro trago de la botella, no le importó demasiado. En realidad, ya no le importaba nada. Todo comenzó a parecerle demasiado trabajo. Incluso sentarse en el coche y mantener una conversación sin sentido fue demasiado para ella. Dormir sonaba mejor. Sólo una siesta rápida para estar lista para trabajar cuando llegaran. Sólo un poco de descanso, con su cabeza vibrando contra la ventana de su camión. A nadie le importaría eso.

Una dichosa oscuridad se apoderó de ella. No había nada del sordo revuelo estomacal que había sentido desde que tomó ese trago. Nada de los dolores y molestias cuando su cuerpo se esforzaba por evitar el descanso que tanto necesitaba. Todo el dolor en su vida se desvaneció.

Pero, de repente, volvió a brotar.

El dolor era agudo, insistente. La sacó de su estupor y la hizo agitarse. Sus ojos se abrieron de golpe, pero a pesar de que estaba en una agonía cegadora, ya podía sentir que empezaban a cerrarse de nuevo. El sol le daba en la cara desde lo alto. Las piedras afiladas y la suciedad se le clavaban en su espalda, con rasguños y quemaduras, y un hombro fuera de lugar por haber sido arrastrada fuera de la cabina del camión. Entre las piernas sentía algo que le quemaba, un dolor casi peor que el penetrante de su cabeza.

El aire frío le rozaba las piernas, tocándola en el húmedo y ardiente lugar entre ellas. Debería haber aliviado ese dolor, pero sólo lo hizo estallar. ¿Qué le había pasado? ¿Había tenido un accidente de coche? ¿Se estaba muriendo sola allí fuera? El miedo se deslizó y le robó la voz, mientras la oscuridad intentaba absorberla de nuevo. No podía moverse. Se empeñó con todas sus fuerzas, pero ninguna parte de su cuerpo parecía estar bajo su control. Estaba mal. El accidente debió ser muy grave para dejarla así. Paralizada. Sólo sus ojos parecían estar bajo su control, así que giró su visión oscilante, buscando desesperadamente a alguien que pudiera ayudarla.

Y allí estaba él, su salvador. El Sr. Olson. También tenía un aspecto duro. Desalineado, sudoroso, y su pelo, normalmente impecable, estaba desordenado. La miraba fijamente. Ella podía verle jadear. Esperaba que él estuviera bien. Esperaba que pudiera ir por ayuda. Esperó en vano.

Clifford tomó el martillo en su mano y lo hizo caer sobre la cabeza

de la niña violada una vez más. El sedante que le había puesto en la bebida debería haber sido suficiente para mantenerla quieta hasta que todo aquello terminara, pero ahora estaba encontrando un nuevo placer perverso en verla moverse. Cada vez que el martillo golpeaba su cráneo, era como si un mensaje se disparara a través de todos los nervios de su cuerpo, haciendo que los miembros se agitaran y que la orina fluyera.

Se rió a carcajadas al verlo. No había necesidad de quedarse callado allí. Por eso había escogido aquel predio abandonado para llevar a cabo sus guarrerías.

Para Clifford, ahora todo era diversión. Había conseguido lo que necesitaba, o al menos había conseguido la mayor parte. Ahora sólo tenía que acabar con ella y limpiar, pero no había prisa. Nadie le esperaba en ningún sitio y tenía todo el tiempo del mundo para simplemente... experimentar. Su siguiente golpe fue más suave, en ángulo, hacia un lado del cráneo, y soltó una carcajada cuando la pierna y el brazo del otro lado saltaron en respuesta. Ahora era un científico, que experimentaba con este futuro cadáver para ver cómo reaccionaba el cuerpo. Era el hombre del martillo de plata, como cantaban los Beatles. Tarareó esa melodía para sí mismo mientras arremetía una y otra vez. Más y más y más fuerte.

La chica no podía gritar, pero cada golpe expulsaba el aire que albergaba en sus pulmones. Un resoplido y un gemido sórdido. Una y otra vez le quitaba el aire. Esto era mejor que el sexo. Mejor que las drogas. Mejor que la bebida. Esto era todo. Poder total. Control total sobre ella. Todo lo que quería lo podía tomar.

Con los dos últimos golpes fue a por todo. Se permitió finalmente hacer lo que había estado conteniendo todo ese tiempo.

Toda la fuerza que escondía cada día, todo el poder y la violencia que contenía en su interior, lo dejó salir. Su bonita cabecita se rompió, el cráneo se estrelló en el cerebro, una vez, y luego otra vez hacia el otro lado. Dos golpes de martillo para acabar con todo.

Ahora podía ver el cerebro dentro de su cráneo arruinado. El martillo había penetrado limpiamente. Un rápido golpe apartó la sangre y el pelo y le permitió ver el interior de la parte más secreta de ella. La parte que ningún hombre habría visto si él no hubiera tomado la iniciativa. Era más que un científico; era un explorador. Penetraba en lugares a los que los cobardes no se atrevían a acceder. Debería hacerse famoso por lo que hacía, no ocultarlo al mundo. Era un dios entre los hombres.

El dios entre los hombres envolvió a su víctima y la metió en la caja de su camioneta, antes de salir de la ciudad para dejarla en el desierto. Había aprendido de los errores de su primer asesinato. No iba a dejar el cuerpo en ningún lugar donde pudieran encontrarlo para

que la policía se ocupara de él, y había elaborado su guión a la perfección. La oferta de trabajo, el licor alterado, la sonrisa, las tarjetas de visita, todo ello funcionaba en conjunto para llenar a sus víctimas de la misma confianza que le inundaba todo el día, todos los días. Podía matar cuando quisiera. Podía salirse con la suya.

Para la policía, las dos chicas desaparecidas -una de las cuales ahora se sabía que había sido asesinada- no hicieron saltar inmediatamente ninguna alarma. Era, por supuesto, trágico que una de las niñas estuviera muerta, pero no se deducía que le hubiera pasado algo malo a Coleen Daignault. Era una niña más, abandonada a su suerte mientras sus padres trabajaban. A la policía le parecía mucho más probable que se tratara de una fugitiva, por lo que no fue relacionado con el misterioso asesinato de una chica de un pueblo cercano.

Realizaron las debidas diligencias, por supuesto, interrogando a gente que la conocía e incluso conversando con el portero de su edificio sobre sus idas y venidas. Clifford estuvo encantado de contarles todo lo que sabía sobre la rutina habitual de la chica y su vida familiar, y el hecho de que fuera un criminal de carrera no surgió en la conversación ni una sola vez.

Incluso mientras la investigación policial aún estaba en curso, Clifford volvió a matar. Se sentía poderoso, se sentía dichoso. ¿Por qué debería rehuir de hacer lo que amaba? Recogió a Daryn Johnsrude, de dieciséis años, en su antiguo lugar de residencia, Westminister, y de inmediato siguió la misma rutina que había atrapado a Coleen menos de una semana antes. Una oferta de trabajo, una bebida para celebrarlo. Ahora todo le resultaba tan fácil. Como si estuviera ejecutando el guión de una de sus antiguas estafas. Un hombre como él, la gente lo miraba y asumía que siempre estaba persiguiendo dinero. Se acercaban a sus carteras y cerraban sus bolsos, pero nadie sospechaba que lo que buscaba valía mucho más que el oro.

El chico había llegado a la ciudad hacía sólo un par de días. Había estado vagando sin rumbo por el centro comercial, sin amigos ni compañía. Clifford apenas tuvo que poner el anzuelo para que subiera al coche con él. Llevaba un par de cervezas entre sus asientos. El niño no llegó a ver la píldora que le echaba en la suya.

Clifford condujo al niño inconsciente hasta Deroche, donde ya había escogido un lugar para matarlo. Una vez más, violó a su víctima mientras estaba completamente perdida por las drogas, pero esta vez, hizo un esfuerzo extra para causar dolor, para despertar al niño de su ensueño. Quería ver el miedo en los ojos del chico. Las preferencias sexuales no eran relevantes para Clifford. No era gay ni tampoco heterosexual: era un depredador, y cualquier ser humano podría saciar su lujuria gradualmente combinada por la carne y la sangre.

Daryn era más resiliente que las niñas que había masacrado antes. Se dio cuenta antes de lo que le ocurría; sobrevivió más tiempo al brutal asalto. Por supuesto, una parte no pequeña de eso fue concebida por diseño. Clifford fue subiendo por el cuerpo desnudo del niño con el martillo en lugar de saltar al gran final, rompiendo huesos y magullando la carne durante todo el trayecto, antes de asestar finalmente los golpes mortales a la cabeza del niño.

El pie en el acelerador

Si bien la conexión entre sus víctimas anteriores no había sido identificada por los investigadores, ciertos individuos, familiarizados con los asesinatos en serie, habían comenzado a cotejar información para idear un patrón de los asesinatos, en caso de que resultara que estuvieran relacionados después de todo. El asesinato de Daryn Johnsrude arruinó todo eso. Los asesinos en serie son casi siempre muy particulares en cuanto a sus víctimas, y rara vez cruzan las líneas de género o raza una vez que han establecido un patrón de asesinato. Al cambiar tan pronto, Clifford destruyó cualquier patrón que pudiera haberse formado.

Su cambio de un cuchillo a un martillo como arma homicida, también serviría para aumentar la confusión cuando finalmente se descubrieran los cuerpos. Rompió el molde conocido de un asesino en serie, y eso lo hizo infinitamente más difícil de atrapar. La misma energía caótica que le llevó a comportarse como lo hizo, y que arruinó cualquier oportunidad que pudiera haber tenido de progresar en una vida normal, también le evitó ser detectado.

Con la llegada de la boda, sus prácticas homicidas disminuyeron. Tenía demasiadas cosas que atender en su día a día como para salir de juerga otra vez. El cuerpo de Daryn fue encontrado por casualidad por unos excursionistas durante ese período de inactividad, pero como el de Colleen seguía sin ser descubierto, una vez más, no había ningún patrón que la policía pudiera detectar. Entre los dos cuerpos que se habían encontrado, no había ninguna conexión evidente. Uno había sido apuñalado, otro había sido víctima de una brutal paliza y de una violación homosexual. Incluso había una disparidad de edades entre los niños muertos que debería haberlos colocado en grupos de víctimas separados, uno para pedófilos y otro para efebófilos, enfocados en niños mayores en plena pubertad. Todo apuntaba a que las víctimas no estaban relacionadas, excepto por la geografía. Esta vez ni siquiera se molestaron en entrevistar a Clifford. No tenía antecedentes por molestar a niños.

Así pues, Clifford se presentó en la iglesia con su traje finamente planchado, cogido de la mano de la madre de su hijo y bañándose en la adoración colectiva de la comunidad, recitando pasajes de la Biblia de memoria mientras Colleen seguía pudriéndose en medio de la nada.

Después de sólo cuatro días de felicidad matrimonial, Clifford estaba listo para iniciar la verdadera celebración. Se sumió en la rutina habitual de pasearse en su coche con una bebida en la mano y las pastillas ya disueltas en su sistema antes de encender el motor.

Como si los astros se hubiesen alineado para él, vio a una chica con el pulgar en alto mientras recorría los suburbios de Langley.

Apenas había comenzado a desanimarse, cuando se le presentó la oportunidad perfecta.

Sandra Wolfsteiner tenía dieciséis años. Había estado en casa de su novio y los dos habían discutido, quedándose sin transporte a casa. Su hora de llegada a casa se acercaba rápidamente, y aunque estaba rondando una parada de autobús que la llevaría en la dirección correcta, no tenía ni idea del horario del transporte público en los suburbios, y estaba más que ansiosa por llegar a tiempo. No quería pelearse con su novio y sus padres al mismo tiempo. Necesitaba que alguien la ayudara.

Entonces, como un milagro, apareció Clifford en su camión, sonriendo. Un milagro en el momento indicado. No tuvo que inventar su habitual discurso, no tuvo que convencerla de nada. Todo lo que tuvo que hacer fue darle la bienvenida a la chica y asentir con la cabeza cuando le preguntó si se dirigía en su misma dirección.

No fue necesario recurrir a la astucia ni a los trucos para ofrecerle un trago. Ella estaba teniendo un mal día y cogió la petaca sin pensárselo dos veces, bebiendo de un trago suficiente hidrato de cloral como para dejar inconsciente a un hombre adulto. Cuando empezó a sentir náuseas, bromeó con ello. Cuando sintió que la somnolencia la invadía, se hizo un ovillo en el asiento.

Lo había considerado como un milagro, que venía a salvarla de sus problemas, pero ahora parecía que se habían invertido las cosas. Ella era todo lo que él quería y necesitaba en ese momento, y ni siquiera había tenido que esforzarse por conseguirlo.

Junto al lago Chilliwack, con la puesta de sol y el horario de llegada ya pasado, ella ni siquiera se movió mientras él se subía encima de ella sobre la espesa hierba. Estaba muy lejos de haber acabado después de la violación. En su período de inactividad entre los asesinatos, a Clifford le bullían las ideas en la cabeza. Cosas que quería probar. Experimentar.

Con su martillo en una mano y un pico de hierro de 15 centímetros en la otra, se puso a trabajar en el cráneo de la joven, clavándoselo en el cerebro en diferentes lugares para ver cuánto control podía obtener sobre su cuerpo que se movía espasmódicamente. Tal vez se hubiera recuperado de la sobredosis de drogas si él no lo hubiera hecho, pero la habría matado de alguna otra forma si no hubiese sido con el pico.

Bajo el asiento de su camioneta, había comenzado a montar una pequeña selección de herramientas para sus ratos de diversión. Una jeringa que utilizaría para inyectar burbujas de aire para provocar embolias. El pincho que usaría para realizar brutales cirugías cerebrales. Los tranquilizantes que usaría para noquear a sus víctimas. Un trozo de cuerda que planeaba utilizar como garrote. Todo un

mundo de emociones esperándole. Tantos pequeños juegos que jugar. Tantas cosas nuevas que aprender.

En algún momento de los experimentos de Clifford con el pico, Sandra murió. Siguió jugando con su cadáver durante algún tiempo, asombrado de poder seguir sacando reacciones del cuerpo que se enfriaba rápidamente con apenas un giro del pico, escuchando su traqueteo de muerte y luego comprimiendo diferentes partes de ella para ver qué otros sonidos podía seguir arrancando. Tanto en la muerte como en la vida, era un objeto con el que podía jugar. La enterró en una tumba poco profunda, habiendo aprendido de sus errores con sus anteriores víctimas. El simple hecho de arrojarlas en zonas aisladas había demostrado que no ayudaba a ocultarlas de su antigua némesis: los perros.

Con el nacimiento de su hijo, Clifford volvió a bajar el ritmo. Estaba tan encantado con el bebé y con su nueva vida que puso fin a la bebida, las drogas y los asesinatos. Su estado emocional se estabilizó, no tenía necesidad de salir a buscar un subidón cuando estaba tan satisfecho con su vida. No cabía duda de que seguía teniendo el deseo de hacer el mal, que lo anhelaba y lo deseaba con todo su ser, pero con el pequeño y frágil bebé acurrucado en sus brazos, no podía apartarse de él el tiempo suficiente para actuar.

No actuó, con todos sus oscuros deseos acumulándose en su interior, desangrándose al otro lado de su doble vida. Después de tanto tiempo separando cuidadosamente su vida entre el lado depredador y el público, tuvo un desliz.

Puede que fuera una niña pequeña, pero era lo suficientemente inteligente como para reconocer que algo no iba bien. A sus padres, en cambio, les resultó muy fácil descubrir lo que tramaba el encargado. Llamaron a la policía y hubo que responder a las preguntas, pero una vez más, la familiaridad de Clifford con los interrogatorios policiales y su actitud relajada desarmaron por completo a los investigadores. Se las arregló para hacer pasar todo por un malentendido, una niña que repetía fragmentos de una conversación sin orden y que causaba todo tipo de alboroto por nada en absoluto.

Clifford fue tan encantador que no sólo convenció a la policía, sino que los padres de la niña también se lo creyeron. Ella fue castigada por difundir mentiras, él prometió mantener las distancias con ella para evitar cualquier confusión en el futuro, y todos se despidieron con un aspecto más avergonzado que furioso por el hecho de que una niña haya estado a punto de ser violada por un violento depredador sexual.

Sin embargo, aquel roce con la ley fue suficiente para que Clifford se diera cuenta de que la parte de él que ansiaba la sangre, no podía guardarse bajo el colchón y olvidarse tan fácilmente. No era un deseo

el de dominar a otros, de matar y adueñarse de sus cuerpos: era una necesidad, palpitante y desesperada dentro de su cabeza.

Por no hablar de que su habitual y ardiente deseo de vengarse del mundo por intentar increparlo, volvió a aflorar, como había ocurrido con la prostituta. Era una extraña peculiaridad de su personalidad que, cuando hacía el mal y sufría las consecuencias de sus actos, se lo tomaba con bastante benevolencia, pero cuando se escabullía entre los dedos de la ley, se indignaba y quería arremeter, como si no sólo esperara el castigo por sus crímenes, sino que lo anhelara de alguna manera. Mereciéndolo.

Aunque fuera un hombre totalmente egoísta, obsesionado con sí mismo, este extraño arrebato casi podría considerarse como su conciencia en funcionamiento. Eso, o que estaba tan acostumbrado a pasar tiempo en la cárcel a estas alturas de su vida, que lo buscaba inconscientemente.

Con una rabia y una lujuria que su amorosa vida familiar no podía paliar, Clifford se lanzó a la carretera una vez más, más de un mes después de la última actuación que el universo había considerado oportuna para dejar una víctima en su regazo.

Mientras que normalmente bebía, tomaba sus píldoras y se dirigía a una ciudad vecina para cazar, el 21 de junio apenas había salido de su propio barrio en Coquitlam cuando divisó a su nueva presa.

Ada Court volvía a casa por la carretera del Norte después de cumplir con su trabajo de niñera. Estaba cansada, pero feliz de tener algo de dinero en el bolsillo. Se animó a caminar cuando la camioneta de un desconocido se detuvo junto a ella y él se acercó ofreciéndose a llevarla.

Mirándolo, no parecía haber nada peligroso en él. Tenía un aspecto intensamente amistoso, con una cierta rechonchez que a la chica le recordó a la de un tío suyo. Estuvo a punto de preguntarle si eran parientes antes de cuestionarse si sería descortés. Él avanzó a su lado mientras ella caminaba, y mantuvieron una conversación de las más agradables que ella había logrado con un adulto. Él le preguntando qué había estado haciendo, ella respondiendo amablemente, sin comprometerse a dar un paseo con él, pero sin rechazarlo tampoco. Estaba bastante cansada y el camino era largo. Finalmente, él cambió de táctica y le habló del trabajo que ella acababa de hacer, preguntándole si quería ganar más dinero. Calculó que tendría un trabajo administrativo que podría ser adecuado para una chica como ella.

Ella tenía 13 años. Trabajar de niñera era lo único que había hecho en su vida, y ella lo manifestó, pero él no se dejó amilanar tan fácilmente. Una chica inteligente como ella, estaba seguro de que podría manejarlo. Si tenía cinco minutos libres, podría entrevistarla en

ese momento y ver si tenía las habilidades que él requería. Incluso podría llevarla a casa mientras hablaban. Dos pájaros de un tiro.

A los pocos minutos, él estaba más que satisfecho de que ella fuera capaz de hacer el trabajo que él le ofrecía, y ella estaba casi abrumada ante la perspectiva de todo el dinero que ganaría por una o dos horas a la semana. Podría dejar su trabajo de niñera y volver a ir al cine con sus amigas. Este encuentro fortuito iba a cambiar su vida por completo.

El hombre parecía tan encantado como ella de haber encontrado por fin a alguien que ocupara ese puesto. Sintiéndose muy orgullosa de sí misma, muy madura, y sin querer molestar a su nuevo jefe, Ada dio un trago a la bebida que le fue ofrecida e inmediatamente se sintió nauseabunda.

Hizo todo lo posible por retener la bebida, a pesar de que su cuerpo se esforzaba por rechazarla, y el simpático hombre con su brillante traje se rió de su malestar. El mundo se desplazó lateralmente, las sombras de la noche se extendieron y enroscaron hasta envolverla por completo y no quedó más que la oscuridad. Era una niña pequeña y la dosis fue casi letal. Casi. Clifford no quería que sus víctimas estuvieran muertas hasta que hubiera tenido su diversión.

Cualquier depravación a la que la expusiera, terminaba de la misma manera. Múltiples golpes de martillo en el cráneo, rompiendo el hueso y el cerebro. Era posible que para entonces ya estuviera muerta por embolia de aire, estrangulamiento, paliza o apuñalamiento, pero la verdadera naturaleza de este crimen nunca saldría a la luz del todo debido a lo bien escondido que se encontraba el cuerpo. Condujo a la chica inconsciente hasta el lago Weaver, donde sabía que a esa hora de la noche no habría nadie en kilómetros a la redonda, y se salió con la suya. Luego, cuando terminó su diversión, cavó una tumba poco profunda y arrojó el cadáver desnudo y arruinado de la niña, como si estuviera tirando la basura.

Al volver a casa con el trabajo hecho, Clifford no sintió la misma satisfacción que antes. Cada asesinato que cometía parecía un poco más aburrido que el anterior. Un poco menos emocionante y tentador. Al igual que había desarrollado una resistencia al licor después de haber bebido durante tanto tiempo, y ahora tenía que tomar el doble de pastillas para mantener su euforia, también el asesinato estaba demostrando tener rendimientos decrecientes. Todavía había partes que le gustaban: la impotencia de las víctimas, su sufrimiento. Pero gran parte del resto del proceso estaba perdiendo su brillo. Se estaba convirtiendo en demasiado trabajo para él, y nadie detestaba el trabajo tanto como Clifford.

Necesitaba más de lo que le daba para que mereciera la pena. Tenía que pasar todos los días con su mujer y su hijo sin cometer un

desliz y dejar que su otra mitad saliera a la luz. Tenía que hacer su trabajo para mantener un techo sobre sus cabezas. Tenía que mantener la red de mentiras, para que nadie se diera cuenta de lo que hacía en sus horas libres. Deberían haberle alabado, adorado, ponerse a sus pies por los increíbles descubrimientos que estaba llevando a cabo, pero en lugar de eso, tenía que esconderse en las sombras como si se tratara de un vulgar delincuente.

No estaba bien y no era justo. Cuanto más tiempo pasaba sin castigo, más furioso se ponía con el desequilibrio del mundo. ¿Por qué no recibía su merecido?

A esta mezcla de emociones, ya en ebullición, se añadió otra acusación fallida en su contra. Otro caso fallido de su parte, en el que abusó de una chica y ella logró sobrevivir. Una joven de dieciséis años fue agredida sexualmente, y Clifford pasó de su habitual enfoque paternal al manoseo sin que la chica pudiera reaccionar a tiemp0. Ella gritó, se agitó. Él estaba acostumbrado a víctimas adormecidas por las drogas, no a adolescentes vivas, que respiraban y luchaban y que eran casi tan altas como él.

No sólo logró liberarse, sino que fue directamente a la policía. Esa noche sacaron a Clifford de su cama y lo metieron en una celda en la que permaneció sentado hasta el amanecer a la espera del juicio. En la oscuridad de su celda, trazó sus planes. Ya debían saber que había matado a todos esos otros niños, pero estaba dispuesto a apostar que podría llegar a un acuerdo si confesaba todo. Aquella niña que había acosado en los apartamentos, no era nada comparado con todo aquello, apenas una idea de última hora. Ni siquiera pensó en componer una defensa por lo que le había hecho hasta que lo interrogaron y se dio cuenta, con una lentitud agonizante, de que la policía no tenía nada.

Tenían a la niña, por supuesto, y su relato de lo que había sucedido y su confusión con su visión borrosa sobre todo el asunto. Tenían a la otra niña, la de cuatro años, que había hecho la misma acusación y había sido descartada de plano. No era una prueba. Las declaraciones de las niñas en conjunto parecían un poco condenatorias, pero él ya había hablado una vez y podía hacerlo de nuevo ahora que sabía a qué se enfrentaba.

Su mejor lección en el trato con la policía había sido siempre ofrecerles algo que perseguir en lugar de a él. Ya fueran amigos, conocidos o auténticas mentiras, siempre había lanzado un cebo, y los sabuesos habían salido a perseguirlo. Así que esta vez, les dio su culpa. Había estado jugando con la chica. Ambos habían estado bebiendo. No se había dado cuenta de que ella era tan joven. Todas las mentiras habituales de los hombres en esa situación. Todas las mentiras que la policía había escuchado decenas de veces antes.

Mentiras que funcionaban.

Salió de la comisaría con una cita en el juzgado y una advertencia, pero, como la mayoría de estos casos, era probable que se evaporara mucho antes de llegar a un juez. La víctima tuvo que revivir la experiencia una y otra vez. Había tenido que ponerse delante de sus amigos y su familia y hablar de las cosas repugnantes que le había hecho Clifford. Pocos jóvenes de dieciséis años habrían tenido el valor de hacerlo. Menos aún habrían podido mirar a los ojos del hombre que lo había hecho y hacer sus acusaciones.

Aun así, Clifford salió como un hombre libre con toda una nueva fuente de furia desbordando en su interior. Ya había estado en el precipicio, un drogadicto con su dosis habitual fuera de su alcance, pero ahora se había presentado esta nueva indignidad. Eso fue todo lo que necesitó para empujarle al límite.

Temporada de cosecha

En julio de 1981, Clifford mató como nunca antes lo había hecho, intentando sustituir la falta de calidad que encontraba al atormentar a sus víctimas, por la cantidad. Tal vez no pudiera alcanzar los mimos subidones que cuando mató por primera vez, pero en cambio podía mantener un flujo constante de adrenalina y excitación. Apenas unos días después de su salida de la cárcel, se desató el infierno.

Simon Partington sólo tenía nueve años. Iba en su bicicleta a un par de calles de su casa en Surrey, lo suficientemente cerca como para que, si hubiera gritado, su madre podría haberle escuchado. Por supuesto, no gritó. Quedó cautivado. Con una víctima tan joven, Clifford no tuvo que recurrir a promesas de trabajo o de un futuro mejor. Ni siquiera tuvo que hacer mucho, sólo ofrecer un poco de atención y la pretensión de que consideraba al pequeño lo suficientemente maduro como para detenerse y mantener una conversación con él. Era grande, brillante y llamativo; no hacía falta mucho más para atrapar a un niño tan joven.

Tras un rato de charla, Simon se subió a la cabina junto a Clifford y compartieron una cerveza. Al cabo de un rato, Clifford lo llevó a dar un pequeño paseo en coche. No había nada en la bebida del pequeño. Ni venenos ni drogas. Era pequeño, y Clifford era un hombre adulto acostumbrado a la violencia. No temía que ésta víctima se le escapara. Con sus propias manos podría romper al pequeño Simon en cien pedazos.

Bebieron otra cerveza mientras viajaban, Simon achispado y riendo, dispuesto a aceptar cualquier cosa que dijera el hombre mayor, siempre que lo dijera con su cómica voz retumbante. Condujeron hasta las afueras de la ciudad, hasta el río en Richmond. Entonces, en medio de la nada, cuando empezaba a anochecer, Clifford tiró al niño al suelo y Simón se puso a llorar.

La caída le dolió, y se sintió raro, con sueño y enfermo. Su nuevo amigo le estaba intimidando, y no sabía por qué. Un minuto antes se habían divertido tanto, riendo y charlando. Incluso beber cerveza había sido divertido. Era efervescente como un refresco, pero tenía un sabor extraño. Y ahora, sin ninguna razón, lo había empujado. Lo levantó y lo arrojó.

Con una pesada mano extendida sobre el pecho del chico, Clifford podía sentir el corazón de Simon revoloteando como un pájaro en una jaula. Presionó hacia abajo, y los huesos comenzaron a inclinarse, doblándose en lugar de romperse. Crujiendo bajo su fuerza. Los sollozos del niño disminuyeron a medida que el aire salía de sus pulmones. Sólo cuando el niño se quedó callado y quieto, Clifford aflojó la presión aplastante. Simon no estaba inconsciente, a pesar de

las respiraciones superficiales que sólo ahora lograba dar. Simplemente se había aquietado para que el dolor acabara.

No acabaría.

Con la tranquilidad que deseaba para su trabajo, Clifford comenzó a desnudar al pequeño. Cuando los sollozos de Simon llegaron, fueron apagados. Estaba asustado y confundido y un poco borracho, pero sabía que nada bueno podía salir de aquel hombre que le quitaba la ropa.

Luchó con dificultad cuando Clifford volvió a atacarle, dándole la vuelta mientras le arrancaba la ropa, tocándole en los lugares en los que no debía ser tocado. Luego llegó el dolor. El ardor cuando algo fue empujado dentro de él. Entonces gritó, pero el sonido se interrumpió cuando las enormes manos de Clifford subieron para rodear la garganta del muchacho.

Simon ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar mientras era violado y asesinado. Clifford había acertado bastante con la diferencia de fuerzas. Aplastó la vida del muchacho, asfixiándolo incluso mientras se abría paso en su interior. Todo terminó rápidamente en comparación con la lenta y ardua tortura habitual que Clifford gustaba de otorgar a sus víctimas, pero no pareció breve para Simon. Duró el resto de su vida.

Se desvanecía y volvía a tomar consciencia, subiendo en una cresta de agonía y volviendo a caer en la sombría oscuridad que pronto llegó a anhelar. Cada empujón y cada gruñido iban acompañados de una mayor presión por parte de Clifford, un dolor que el niño nunca había sentido, y luego la feliz liberación cuando los dedos que se clavaban en su cuello cortaban el suministro de sangre a su cerebro. Dentro y fuera. Luz y oscuridad. Hasta que finalmente, por suerte, se adentró demasiado en la oscuridad como para poder volver.

El niño fue enterrado en la tierra húmeda de la orilla del río, hundido en el barro negro y succionador, y luego Clifford volvió a casa con su propio hijo y lo acunó suavemente hasta que se durmió.

Mientras que los anteriores niños desaparecidos habían sido tratados como fugitivos, ahora ya no cabía duda de que alguien estaba secuestrando niños en la zona de Lower Mainland. Los medios de comunicación se volvieron locos. Un niño desaparecido, la amenaza de un asesino en serie en medio de ellos, era la tormenta perfecta en lo que respecta a los periódicos y la televisión. Los índices de audiencia y las ventas de periódicos fueron fantásticos en los días que siguieron a la desaparición del niño, aumentando cada vez más a medida que la posibilidad de que el pequeño Simon fuera encontrado con vida iba disminuyendo.

La policía se vio inmediatamente sometida al escrutinio público por no haber relacionado las desapariciones anteriores, arremetiendo

contra ella y siendo objeto de críticas tanto por parte de los políticos, como de la prensa. Los casos de las personas desaparecidas pasaron a los detectives de homicidios, y se inició una nueva investigación. Una investigación que pronto se centró en Clifford Olson como uno de los posibles sospechosos.

Clifford no sabía nada de esto, por supuesto. Estaba completamente perdido en la realidad de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Su mundo de fantasía, en el que podía satisfacer todos sus deseos más viles y bajos, se convirtió en todo su mundo. Seguía los movimientos de su vida cotidiana normal en una ensoñación, todos sus pensamientos se dirigían a la próxima vez que podría ser libre para correr salvajemente.

Aguantó una semana entera antes de volver a matar el día 9, mucho menos tiempo que entre sus anteriores víctimas, pero mucho más tiempo que entre las que estaban por venir.

Judy Kozma era una niña de catorce años, con muchas mejores perspectivas que la mayoría de las víctimas que Clifford había seleccionado antes. O bien había adquirido tanta confianza en su capacidad para evitar a la policía que ya no le importaba que sus víctimas tuvieran familias que denunciaran rápidamente su ausencia, o bien se estaba volviendo descuidado. Dado que parecía caer cada vez más en una especie de delirio a medida que los asesinatos eran cada vez más frecuentes, parece probable que fuera esto último. La recogió en New Westminster cuando volvía a casa del colegio, ofreciéndole un trabajo en su empresa de construcción y mostrándole su llamativa tarjeta de visita con una sonrisa ganadora que brillaba tanto como el gráfico en 3D que había pagado por plasmar en ella.

Estaba en plena forma con ella, convenciéndola de que subiera al coche sin siquiera sudar. Ella estaba entusiasmada con la perspectiva de un trabajo extraescolar, al igual que muchas de sus otras víctimas, pero había algo en ella que la hacía especial. Una falta de reticencia que él no esperaba, como si ella hubiera estado esperando a que él apareciera todo este tiempo. Repasó las preguntas de la entrevista con ella en el coche, ignorando sus respuestas y las alertas rojas que normalmente le habrían hecho abandonar a su víctima y salir corriendo por su propia seguridad. Tendría que llamar a sus padres cuando llegaran al lugar de trabajo. Tenía gente esperándola en casa que se preguntaría por qué no había vuelto aún. No estaba preocupada por ello, exactamente. No era que sus padres fueran ogros que se enfadaran porque llegara tarde por una buena razón, pero no quería preocuparlos sin ningún motivo.

Una vez terminada la entrevista, Clifford le ofreció una bebida de celebración y, animada por su buen humor, tomó un sorbo. No lo suficiente como para noquearla, como a la mayoría de sus víctimas,

pero sí para que el mundo le pareciera aturdido y confuso.

Siguieron charlando, incluso mientras el día se alargaba. Ella se dio cuenta de lo tarde que se había hecho y de lo lejos que estaban de la ciudad, pero Clifford disipó todas sus preocupaciones con la misma risa con que respondía a la mayoría de sus preguntas. Él lo solucionaría todo. Ella no tenía que preocuparse por nada.

Cuando se desviaron por un camino de tierra junto al lago Weaver, dando la vuelta a un lado del mismo que él nunca había visitado antes, su preocupación se convirtió por fin en miedo. Algo palpable que él pudo saborear. Se quedó en silencio y lo saboreó, disfrutando de la gloria que se avecinaba mientras ella gritaba y le abofeteaba y él no sentía nada más que pura e inmaculada felicidad.

Cuando detuvo la camioneta, ella salió disparada, tirando de la manija de la puerta y emprendiendo una carrera hacia la civilización. Él se rió a carcajadas cuando ella golpeó su tobillo y sus zapatos escolares se atascaron en el surco de la carretera. La sujetó por el pelo y la guio de vuelta al coche mientras ella se agitaba y gritaba. Ella gritaba pidiendo ayuda una y otra vez hasta que él sacó un cuchillo que tenía debajo del asiento de la cabina. Entonces enmudeció bruscamente. No era el único juguete que había guardado en la camioneta para usarlo esa noche. Sacó el otro y se lo mostró.

Era una pequeña grabadora, de las que utilizan los estudiantes o los periodistas para tomar notas. Apretó el botón de grabación y la extendió hacia ella, como si esperara que tuviera algo que decir. Ella gritó pidiendo ayuda y la sonrisa de él no pudo ser más amplia.

Guardó el grabador en su bolsillo y la condujo por el cuello hacia el profundo y oscuro bosque, hacia el lago y la blanda tierra en la que la violaría y la enterraría. Esta vez, sus crímenes tuvieron un testigo silencioso. La grabadora. Quería revivir las cosas que hacía en los momentos en que no podía hacerlas. Quería volver a estos preciosos momentos una y otra vez. El puño golpeando la carne. Lamentos. Gemidos. Sus propios gruñidos bestiales. El centelleante sonido de la punta de un cuchillo arrastrada sobre la piel desnuda. El sonido húmedo cuando se hundía dentro, una y otra vez. Todo eso era demasiado bueno. Todo era excitante. Pero las mejores partes, aquellas partes que escuchaba, encerrado en su baño, con la toalla metida en la rendija debajo de la puerta para amortiguar todo el sonido, eran los gritos.

Normalmente, no permitía los gritos. No le gustaba el riesgo, la probabilidad de ser escuchado o interrumpido. La parte calculadora de su cerebro lo evitaba, pero la parte animal que ansiaba todo el asesinato y el caos que él provocaba, anhelaba esos sonidos. Había hecho una excepción con Judy, porque deseaba esta grabación.

La primera vez que la escuchó, se sintió tan bien como tenerla allí

en carne y hueso de nuevo. La segunda vez, la inmediatez del recuerdo se había desvanecido. A la tercera, cuarta y quinta vez, no fue suficiente para excitarlo propiamente. Pensó que era por el hecho de tener que esconderse. Al aire libre, lo sentía todo, pero ahora tenía que ocultarse, escabullirse y cubrirse. Lo detestaba. ¿Por qué no podía todo el mundo ver lo que había hecho? ¿Oír lo que había hecho?

Los periódicos relacionaron a Judy con los otros niños desaparecidos tan rápido como la policía. Entrevistaron a sus padres el mismo día en que se denunció su desaparición, tomaron fotos de ellos fuera de su casa y publicaron todos los detalles que podrían haber ayudado a establecer una conexión en la mente de alguien.

Uno de los amigos del trabajo de Clifford había visto a la niña la noche en que desapareció. La había visto en la camioneta de Clifford. O al menos, pensó que lo había hecho. Lo comunicó a la policía, admitiendo que no podía asegurarlo y que no quería que constara en actas. Era otra punta en el pajar de su investigación, otro empujón en la dirección correcta que simplemente no tenían tiempo de seguir en medio de todas las otras llamadas.

El problema de que toda la información sobre la familia de Judy estuviera a disposición del público, era que Clifford formaba parte del público. A partir de la dirección, encontró su número de teléfono, y con ese número les llamó y se burló de ellos. Habló de los últimos momentos de Judy. De cómo ella gemía, suplicaba y sangraba. Puso una grabación de sus gritos por teléfono.

Si sus padres hubieran estado al otro lado de la línea, habría sido un tormento de pesadilla como ningún otro. Afortunadamente, el trabajo de detective de Clifford dejaba mucho que desear. No encontró el número de teléfono de la casa de los Kozma. Encontró el número de teléfono del propietario de la casa de los Kozma, llamando a su casero y reproduciendo en su lugar sus sucias grabaciones.

Lo que se dijo se transmitió a la policía -también cada detalle de la grabación- y se intervino su teléfono para poder grabar cualquier llamada futura, pero no había forma de saber quién había hecho la llamada, ni desde dónde. De todos modos, se descartó la idea de que los niños desaparecidos fueran fugitivos, víctimas de secuestros o muertes no relacionadas. Ya no cabía duda de que había un sádico que se aprovechaba de los niños de la Columbia Británica.

Ese mismo sádico se dio cuenta de que podía haber exagerado con las grabaciones. A pesar de sus innumerables defectos, Clifford no era estúpido. Comprendió que se había expuesto al compartir una parte de su placer secreto con los demás. Y aunque emocionalmente podía estar enloqueciendo por la falta de repercusiones, lógicamente reconoció que de continuar así, terminaría en la cárcel.

Sus dos vidas tiraban de él en direcciones opuestas, y durante un

tiempo estuvo a salvo en esa ambivalencia. No podía actuar en un sentido o en otro con sus emociones y su mente tan opuestas, por lo que transcurrían algunos días en los que no hacía nada. La máscara de la cordura permanecía fija en su sitio; seguía la rutina de la vida diaria. Besando a su mujer en la mejilla antes de salir a trabajar. Acunando a su hijo para que se durmiera antes de acostarlo en su cuna. Viviendo su vida como si fuera un ser humano perfectamente normal, cuando nada podría estar más lejos de la realidad.

La lucha en su interior iba de un lado a otro, y cada bando ganaba por turnos con la salida y la caída del sol. Por la noche, todos sus oscuros deseos aumentaban hasta que sentía que iba a perder la cordura, pero a la luz del día la racionalidad ganaba, aplastando todo de nuevo. No destruyéndolo, sino compactándolo hasta hacerlo más denso y potente.

No debería sorprender qué lado de él ganó finalmente.

Raymond King Junior tenía quince años cuando Clifford lo recogió en New Westminster. El chico estaba buscando trabajo y Clifford se cruzó en su camino. Sin parar de hablar, Clifford se puso en marcha y le ofreció trabajo en una obra y le enseñó su tarjeta de presentación antes de que el chico tuviera la oportunidad de pensárselo dos veces. El chico era más corpulento que los otros que Clifford había cazado. Casi tan grande como un hombre. Cuando tomó la copa de celebración con su nuevo jefe, las drogas no le afectaron ni de lejos como Clifford hubiera esperado. De camino a Weaver Lake, pareció darse cuenta de que algo iba mal, la neblina de las drogas dio paso finalmente a la comprensión de que había sido dopado. Al igual que Judy, trató de huir. A diferencia de Judy, estaba lo suficientemente drogado como para no esperar a que la camioneta se detuviera antes de tirar de la manija de la puerta y saltar.

Clifford frenó de golpe la camioneta y salió de él con el motor aún en marcha. Todas sus apariencias paternales se habían desvanecido, y su actitud jocosa había sido sustituida por una mirada asesina mientras avanzaba por la parte trasera del coche siguiendo al chico, que había huido a un lado de la carretera.

Con las drogas en su organismo, Raymond no había llegado muy lejos, pero su mente empezaba a disipar la niebla a medida que la adrenalina inundaba su cuerpo. Estaba lo suficientemente sobrio como para comprender que las drogas estaban en su sistema, interfiriendo con cada uno de sus movimientos, pero no lo suficientemente sobrio como para hacer algo al respecto. No se atrevía a correr por el camino rocoso por miedo a tropezar, y no había manera de que pasara por delante de Clifford, que ahora se alzaba enorme y aterrador entre él y la camioneta. No había escapatoria.

Por su parte, Clifford tampoco tenía intención de perder el tiempo.

Sus pasiones asesinas habían entrado en conflicto con el miedo a que algo así sucediera, y no tenía ninguna intención de dar a este chico ni siquiera una oportunidad fugaz de arruinar su vida.

Cogió al chico por los hombros, lo levantó como un saco y lo arrojó fuera de la carretera por el terraplén. Raymond cayó rodando, golpeando contra las rocas su cabeza y cayendo al abismo para ser desgarrado por cada piedra dentada que había entre la carretera y el fondo. Acabó tirado sobre un montón de piedras al pie de la ladera, aturdido, sangrando y quebrado, pero vivo.

La línea de árboles no estaba lejos de donde había aterrizado. Podía sentir que los huesos de su pierna estaban rotos, pero si podía perderse de vista, tal vez podría esconderse. Comenzó a reptar, arrastrándose por el suelo áspero, abriendo las heridas existentes y produciendo nuevos cortes en la carne.

Clifford se deslizó por la pendiente hasta pararse junto a él. Toda la torpeza del hombre se desvaneció cuando su verdadera naturaleza se afirmó. El tal Clifford no era un hombre cómico de gran tamaño, sino un hombre enorme y fuerte. Cogió a Raymond por el cinturón y lo arrastró hacia atrás, con sus brazos temblando de rabia.

Raymond consiguió darse la vuelta y mirar al hombre a los ojos mientras se agachaba, pero cualquier compasión que hubiera esperado invocar, se hallaba ausente en aquel rostro. Clifford cogió una roca con sus manos y la dejó caer.

No había tiempo para jugar. No había tiempo para divertirse. Esto tenía que acabar rápido. Cualquiera que condujera por la carretera vería su camioneta abandonada. Se detendrían y mirarían hacia abajo. Él no podía permitir eso. Las carreteras de por ahí rara vez eran transitadas tan tarde, pero él no confiaría en la suerte para mantenerse fuera de la cárcel.

La roca fue levantada, y luego fue estrellada. Una y otra vez. Atravesando la cara del chico. A través de su cráneo. A través de su cerebro. Una y otra vez hasta que todo lo que quedó del niño fue una espesa papilla que se escurría sobre las piedras que había debajo.

Clifford estaba cubierto de su sangre, pero no importaba. Tenía artículos de limpieza en su camión. Con otro impulso desdeñoso, arrojó lo que quedaba del cuerpo del niño a los árboles y volvió a subir a la carretera.

Ese roce con el peligro debería haber aplastado su lado dominado por el impulso asesino, pero en lugar de eso, empeoró las cosas. En lugar de asustarse por el incidente, se sintió furioso porque sus deseos se habían visto frustrados una vez más, así como por la necesidad de permanecer oculto. Lo enfurecía, y cuanto más se enfadaba, más cerca estaba la muerte de otro inocente.

Al día siguiente, salió de nuevo a la caza. Sigrun Arnd era una

estudiante de intercambio de visita en Canadá desde Alemania. Sólo había llegado a Coquitlam unas horas antes de que Clifford la viera al lado de la carretera y se ofreciera a llevarla. Era mayor que las otras chicas a las que había engañado, tenía dieciocho años y estaba lejos de su familia por primera vez. Nadie sabía exactamente dónde estaba, ni siquiera ella. Estaba disfrutando de su vagabundeo y de la hospitalidad sin límites de los canadienses que había conocido hasta entonces. Cuando llegó Clifford, estaba convencida de que todos los habitantes del país eran amables y serviciales. Cuando se ofreció a llevarla en su coche, e incluso a enseñarle algunos de los atractivos locales, pensó que era lo habitual, con todas las demás personas encantadoras que había conocido antes.

Incluso le ofreció una bebida, ya que era un día caluroso, y aunque ella no solía ser aficionada al alcohol, quiso ser cortés con su anfitrión y se la bebió de inmediato.

El mismo patrón que se había seguido tantas veces antes, fue reproducido. La violó mientras las drogas la mantenían indefensa, y luego sacó su martillo y comenzó a golpearla metódicamente, terminando con golpes letales en su cráneo. Mientras que antes había cavado tumbas para sus víctimas, el frenesí que lo impulsaba ese día, no le dejó tiempo para esas actividades civilizadas. Arrojó su cuerpo a una zanja llena de agua junto al río en Richmond y no pensó más en ello. Nada de eso importaba. Era invencible. Había pasado mucho tiempo acobardado y escondiéndose cuando no era necesario. La noche anterior había matado a un chico con una piedra; no había necesidad de hacerse el listo. No era intocable por ser listo.

Fue entonces cuando la policía empezó a centrar su investigación en Clifford. La mayor parte del cuerpo policial aún no consideraba que fuera el autor de los crímenes, pero pensaban que podría ser una valiosa fuente de información. Con la nueva acusación de agresión sexual contra él aún pendiente, tenían una ventaja, y pretendían utilizarla.

Al traerlo para interrogarlo una vez más, la policía le preguntó extensamente sobre los niños desaparecidos y cualquier cosa que supiese sobre nuevos criminales en la zona que pudiesen ser los responsables. Sintiendo una oportunidad lucrativa de utilizar su conocimiento de la situación en su beneficio, Clifford preguntó inmediatamente cuánto estarían dispuestos a pagar por la información. La policía dio vueltas a los fondos discrecionales de los que podría disponer para dar alguna propina a su informante, pero a menos que pudieran estar seguros de que lo que dijera Clifford conduciría a un arresto, no sabían qué podían hacer.

En cuanto a Clifford, obviamente no estaba dispuesto a meterse en la cárcel por algo de dinero cuando la policía no tenía nada contra él.

Su cabeza daba vueltas tratando de idear la mejor manera de sacar provecho de la situación sin incriminarse. Intentó evitar relacionarse con los delitos y acabó alertando a la policía de su implicación directa en ellos. En lugar de ofrecerse a encontrar al autor, les sugirió que podría encontrar los cuerpos de las víctimas por ellos, guiándoles hasta los lugares secretos en los que habían sido escondidos a cambio de grandes sumas de dinero.

Se trataba de una información que no podía ser adquirida a través de simples rumores, sino que era algo que sólo el autor o un cómplice de los crímenes podría conocer. Clifford pasó de ser una de las docenas de fuentes potenciales, a alguien que tenía garantizado el contacto directo con el asesino. La policía se excusó diciendo que cualquier dinero que se pagara tendría que venir del lado político de las cosas, y luego lo dejaron libre mientras hacían averiguaciones sobre lo que los fiscales locales podrían estar dispuestos a pagar por los cuerpos.

El plan nunca fue pagarle. En cambio, Clifford fue puesto inmediatamente bajo vigilancia. A lo largo del día, la policía le seguiría la pista mientras realizaba sus actividades hasta que regresara a casa, dando por sentado que no era más que el ex convicto de poca monta que aparentaba ser y que no establecería ningún contacto con el asesino durante las horas de luz.

Fue un error que resultaría fatal.

Volviendo sobre sus pasos y reviviendo sus asesinatos, Clifford regresó al predio donde vivía Christine Weller para detectar a otra víctima que esperaba sus cariñosas atenciones. Terri Lynn Carson, de quince años, vivía en un complejo de apartamentos justo al lado del de Christine, y aunque Clifford no se abalanzó inmediatamente para secuestrarla, sí que la observaba casualmente cada vez que pasaba por allí. Al final, la vio alejarse de su casa y finalmente la interceptó en la Avenida 108, donde aguardaba pacientemente la llegada de su autobús. Su rutina habitual se vio alterada en favor de ofrecerle a la chica un aventón. Hacía tres días que no se satisfacía, desde la desafortunada turista alemana, y la necesidad aumentaba bruscamente en su interior. Si no hubiese sido Terri, habría sido cualquier otra chica. Ella era la desafortunada en la que su ojo se había posado. Una vez que la tuvo en el coche, la atiborró de bebida, como había hecho con tantas otras antes que ella, y una vez que estuvo insensible, condujo hasta una zona remota al este de Chilliwack para cerrar el trato.

La violó como había hecho con las anteriores, mientras las drogas en su sistema la mantenían todavía insensible, pero luego esperó y esperó mientras la comprensión y el pánico volvieron a aparecer en sus rasgos. Esperó hasta que ella tuvo los medios para respirar y

gritar, y entonces, antes de que el sonido pudiera escapar de ella, le puso sus manos carnosas alrededor de la garganta y la estrujó.

La mayoría de sus víctimas habían muerto por actos de violencia verdaderamente horribles. Apuñalamientos y palizas brutales. El tipo de cosas que sólo un animal salvaje en piel humana podría infligir. La pobre Terri era diferente. La forma en que la mató fue casi suave en comparación, íntima, mientras la miraba fijamente a los ojos y le ahogaba la vida mientras ella se sacudía. En su mente, estaba reviviendo su primer asesinato, intentando recuperar el subidón inigualable que había sentido cuando empezó a recorrer este terrible camino. Era la misma chica, en su cabeza, la misma chica del mismo callejón sin salida, a la que podía hacer cualquier cosa y nunca sufrir las consecuencias. Esta vez podría tomarse su tiempo. Podría hacerlo bien.

Fue casi suficiente como para sentirse tan bien como la primera vez. Casi.

Una vez más, cayó en el mismo estado de evasión, pasando por su vida cotidiana como si estuviera en piloto automático mientras vivía y revivía todos sus sórdidos actos como una fantasía. Dejando que el hambre se acumule de nuevo. Normalmente, cuando un asesino en serie entra en una fase de locura como la que estaba experimentando en aquel mes, el desmoronamiento de su organización resultante da lugar a su pronta captura, pero no había ningún cambio real en las pautas de comportamiento de Clifford. Persistía ese mismo equilibrio de pasión y cálculo, como si estuviera en piloto automático cuando se trataba de ocultar sus crímenes tanto como de arreglar fregaderos atascados o enseñar a su hijo a caminar. Habían pasado tres días entre cada uno de sus asesinatos anteriores, y tres días después de la muerte de Terri, volvió a matar.

Louise Chartrand era un poco mayor que sus víctimas habituales, con diecisiete años. Iba de camino al trabajo en Maple Ridge, Columbia Británica, cuando él se detuvo junto a ella y se ofreció a llevarla el resto del camino. Incluso con todas las historias de chicas muertas que circulaban, a Louise no se le pasó por la cabeza que aquel encantador hombre de mediana edad que le ofrecía llevarla al trabajo, pudiera ser el monstruo que estaba detrás de la ola de crímenes. Sin embargo, no estaba del todo desprovista de ingenio. Mientras viajaban, notó pronto cuando él pareció alejarse de su trabajo, y su sentido de la responsabilidad la llevó a rechazar la oferta del licor.

Cuando las cosas estaban tomando claramente un giro hacia lo peor, ella trató de dialogar para salir de la situación, y luego alcanzó la manija de la puerta a pesar de la velocidad a la que se movían. Clifford no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Con un solo movimiento, sacó el martillo de debajo de su asiento y la golpeó en la

sien. Ella quedó inconsciente antes de que él diera otro golpe.

Siguió el viaje por la carretera para salir de la ciudad y subir a la montaña Whistler, donde descargó el cuerpo de Louise, que aún respiraba, y le infligió todos sus horrores habituales. Si tales cosas le producían satisfacción, apenas se notaba ya. Ya no era suficiente. Ni siquiera matar día tras día era suficiente para satisfacer sus impulsos. En el momento en que enterró el cuerpo, volvió a ponerse en marcha. De nuevo a la caza.

Pacto con el diablo

En un mes, Clifford había matado a más niños y adolescentes que en toda su vida, un frenesí sangriento que no podía pasar desapercibido para la policía que buscaba a su asesino en serie. A pesar de tener a Clifford bajo vigilancia esporádica tras su intento de venderles información que sólo el asesino podría conocer, la policía no creía que el hombre estuviera realmente detrás de los asesinatos. Nada en su historial sugería el tipo de violencia de que se trataba, y a nadie le cabía en la cabeza la idea de que este don nadie de poca monta pudiera ser en realidad un prolífico asesino en serie. La mayor parte de la investigación, ya sobrecargada, lo consideraba una pista muerta que consumía valiosos recursos humanos, una pérdida de tiempo cuando había tantos delincuentes graves que encajaban mucho mejor con el perfil.

Los agentes del grupo de trabajo le observaron cometer una serie de delitos menores durante el tiempo que le estuvieron vigilado, incluidos un par de lucrativos robos. No les sorprendía, dado su historial, y eso explicaba de dónde procedían sus ingresos cuando sus negocios eran claramente un mero montaje. Les interesaba poco. Lo dejaron libre sin siquiera interrogarlo. Tenían peces mucho más grandes que freír que un delincuente de poca monta que entraba a robar en las casas.

Sin embargo, todavía había algunos oficiales de menor rango que se aferraban a Clifford a pesar del desinterés general por él, hombres que consideraban la posibilidad de que su oferta fuera legítima y de que podría haberse topado con asesino en sus andanzas por el submundo criminal. Esos mismos agentes informaron a sus superiores, día tras día, que no habían observado que se pusiera en contacto con ninguno de los posibles sospechosos, como se les había pedido, pero también empezaron a sacar algunas conclusiones propias, observándolo.

Su comportamiento errático, su consumo de drogas y sus cambios de comportamiento a lo Jekyll y Hyde cuando creía que no le observaban, preocupaban a los observadores, y poco a poco empezaron a considerar la posibilidad real de que fuera, de hecho, el asesino con el que esperaban encontrarse. Incluso cuando no estaba previsto que lo vigilaran, los agentes empezaron a asegurarse de que uno de los miembros de su pequeño equipo observara sus actividades, y aunque su cobertura no era optima, significaba que cada vez se observaba más su comportamiento, lo que aumentaba sus sospechas, aunque los momentos exactos en los que atacaba, pasaran desapercibidos.

Eso cambiaría muy rápidamente.

Clifford se dedicaba a sus asuntos como siempre, sin darse cuenta de que la policía le seguía. En realidad, nunca había un patrón en su comportamiento, ni siquiera cuando no estaba haciendo nada sospechoso. Parecía viajar casi al azar por la zona, conduciendo durante horas, hablando con cualquiera que se encontrara pero sin establecer un contacto duradero más allá de eso. Era como si estuviera en su propio mundo. Durante estos viajes, se le observó bebiendo y tomando pastillas, pero no parecían suponer ninguna novedad en él. No cambiaba nada en él. Cualquiera que fuera el estado alterado en el que se encontraba, era demasiado profundo para que la bebida o las drogas lo tocaran.

Los altos mandos del departamento de policía consideraban estos viajes como la mayor pérdida de recursos y tiempo, dada la duración de los mismos y la cantidad de terreno que conseguían cubrir. Sólo en gastos de combustible, Clifford le costaba a la policía una pequeña fortuna. Pero aquel fatídico día de agosto, por fin dio sus frutos.

Llevaba horas recorriendo de un lado al otro la isla de Vancouver cuando se acercó a un par de autoestopistas a un costado de la carretera en Ucluelet. Desde su coche de civil sin identificación, la policía podía verlo todo. Bajó la ventanilla y se asomó para charlar con las chicas. Las dos eran adolescentes. Las dos encajaban perfectamente en el tipo de víctimas preferidas del asesino en serie.

Lo que había sido un viaje rutinario y aburrido, se convirtió de repente en el momento más tenso de la vida de los jóvenes agentes. Se sentaron, observando cómo hablaba con las chicas de forma lenta, tranquila, casi desinteresada, como si no le importara que dieran un paseo con él o no. Era como todas las veces que se había acercado a charlar a lo largo del día. Completamente normal y correcto—a menos que fuera el asesino en serie.

Si era el asesino, la policía le estaba viendo secuestrar a sus últimas víctimas. En el momento en que estuvieran en su coche, podría pasarles literalmente cualquier cosa, y los agentes que lo observaran tendrían que pasar el resto de sus vidas destrozados por saber que podrían haber intervenido. Podrían haber salvado la vida de esas chicas.

A medida que la conversación se alargaba, el pánico en el coche de policía comenzó a aumentar. Discutían una y otra vez, citando las pruebas que habían reunido. Intentando frenéticamente unir todo. Para demostrarse a sí mismos que Clifford no era el asesino en serie. Iban y venían, citando pruebas y rebatiéndolas con la siguiente palabra, sin que ninguno de los dos agentes estuviera realmente seguro, pero con el temor de que su inacción pudiera provocar la muerte de dos chicas inocentes. La decisión se les quitó de las manos un momento después, cuando las chicas dieron la vuelta para subir a

la cabina del camión: el momento de la verdad, cuando los investigadores tenían que decidir si estropeaban su investigación por la seguridad de los ciudadanos o dejaban que las cosas se desarrollaran para poder obtener las pruebas que necesitaban. Cuando Clifford Olson se alejó con las chicas en su camioneta, la humanidad se impuso.

Haciendo sonar una sirena, el automóvil sin identificación detuvo la camioneta. Los agentes sacaron a las niñas del coche de Clifford mientras éste se mostraba perdido y confuso; luego, en un breve momento de brillantez, los policías que lo seguían lo arrestaron por los robos que sabían que había cometido. Era obvio para todos los implicados que lo que les importaba a los agentes encargados de la detención, era la seguridad de las niñas, dado que se tomaron la molestia de organizar la salida del coche para ponerlas a salvo.

Cualquier esperanza de atraparlo en el acto se arruinó. Cualquier esperanza de seguirle hasta dar con el asesino había fracasado. La larga y costosa investigación de Clifford tuvo un final ignominioso. Se le recluyó en una celda de Burnaby por los cargos de robo, sin esperanza de fianza, dado su largo historial de intentos de fuga. Fue entonces cuando intervinieron los oficiales de mayor rango de la investigación del asesino en serie, que seguían sin creer que Clifford fuera el responsable, pero que esperaban convertir su última detención en el tipo de presión que podría hacer que les diera más información sobre el asesino si la tenía.

Entraron esperando que se comportara de la misma manera que siempre lo hacía para evitar la cárcel, pero el hombre que tenían en esa celda no era el Clifford con el que estaban acostumbrados a tratar. El encanto seguía ahí, pero todo el miedo y la debilidad fingidos parecían haber desaparecido. Les ofreció un trato: les guiaría hasta los cuerpos si le pagaban en efectivo. En fideicomiso para su mujer y su hijo, por supuesto. Cuando le preguntaron cuál creía que podía ser el valor de esa información, respondió que 10.000 dólares por cuerpo. La policía consideró que todo este asunto era absurdo, una especie de estafa. Sin embargo, una vez más, los agentes más jóvenes implicados en el caso insistieron en la idea de que Clifford podría ser su autor. Su extraño comportamiento en el interrogatorio fue suficiente para convencer a los agentes que lo interrogaron de que algo no andaba bien con el hombre, aunque no estuvieran preparados para creer que era su asesino, así que dieron el visto bueno y, de repente, el grupo de trabajo entró en acción de la forma en que debería haberlo hecho desde el primer momento en que se detuvo a Clifford.

Empezando por su camioneta, los forenses buscaron pruebas. Casi de inmediato descubrieron su pequeña caja de juguetes: las jeringuillas, las drogas y las armas que había utilizado para llevar a

cabo sus terribles asuntos, pero todas estaban limpias y no mostraban signos de uso ilegal. Sin embargo, cada nuevo objeto que descubrían añadía otra capa de sospecha. Revisaron cada centímetro del coche con un peine de dientes finos, buscando cualquier prueba de las víctimas anteriores, o incluso cualquier cosa que pudiera relacionar a Clifford con las zonas donde habían sido secuestradas en su momento. Tickets de estacionamiento, recibos, cualquier cosa que pudiera servir para ubicarlo. Sin embargo, a pesar de su apariencia de absoluta despreocupación, Clifford tenía un rasgo de organización que no era inmediatamente evidente. Cuando entraba en el estado de fuga que lo gobernaba mientras mataba, parecía volverse hiperconsciente de cualquier cosa que pudiera ser usada en su contra posteriormente. Se había deshecho de absolutamente todo.

Todo menos un cuaderno que los investigadores encontraron escondido debajo del asiento del copiloto, tan atrás que atascaba el mecanismo de ajuste de la posición del asiento: un cuaderno escolar con el nombre de Judy Kozma escrito en la portada, de su puño y letra.

El interrogatorio se detuvo abruptamente. El curso de la investigación había cambiado por completo. Ya no se trataba de un asunto periférico que preocupaba al grupo de trabajo, sino que se había convertido en el objetivo principal de toda la investigación. Los interrogadores originales fueron sustituidos por los detectives principales, a quienes se les informó rápidamente sobre el hombre al que habían ignorado por completo desde la desaparición inicial que dio inicio al verano del terror.

Conversaron durante horas y horas, y tuvieron que enviar comida y cigarros a Clifford varias veces para mantener la charla. Al final de la conversación, todos los miembros del grupo de trabajo estaban convencidos de que Olson era el autor de los crímenes, sólo por sus referencias a cosas que el público en general no podría haber conocido jamás. Era el asesino que estaban buscando.

Y no tenían nada con qué incriminarlo.

No había una prueba material que vinculaba a Clifford con el crimen. Incluso si el caso llegara a los tribunales, cualquier juez sensato lo desecharía. Peor aún, aunque consiguieran extraer una confesión del astuto hombre que resoplaba alegremente en la sala de interrogatorios, el tribunal no la consideraría admisible a menos que hubiera algo que la respaldara. Aquello no era el Salvaje Oeste, donde la palabra de un hombre era todo lo que se necesitaba para cerrar un caso. Se necesitaban pruebas contundentes para encerrar a un hombre por asesinato. De lo contrario, las confesiones forzadas estarían a la orden del día.

La policía presentó los resultados del interrogatorio a los fiscales

provinciales, ofreciendo todas las pruebas circunstanciales que habían reunido sobre Clifford, incluyendo toda la información que se le había escapado durante el interrogatorio, pero aún no era suficiente. No se sostendría en la corte. Tenían al asesino en serie bajo custodia, e iba a salir impune si no conseguían pruebas.

A estas alturas, la policía sólo tenía cuatro cuerpos, y nada que relacionara a Clifford con ninguno de ellos. En los registros frenéticos de su casa no se había encontrado nada. Los interrogatorios a su mujer no habían aportado nada.

El cabo Fred Maile regresó a la habitación a solas con él para negociar un acuerdo. Era el único hombre con estómago para ello. El tono de las cosas cambió por completo. Ya no se trataba de un intento de engañar o coaccionar con información a un interrogado poco dispuesto; era una reunión de negocios en la que ambas partes buscaban obtener beneficios.

"Once cuerpos por 100.000 dólares", fue la primera oferta de Clifford.

Maile se la repitió cuidadosamente. "Por 100.000 dólares en efectivo, nos proporcionarás los cuerpos de los niños desaparecidos".

"Y una declaración sobre cada uno de ellos. Pruebas, restos de los cuerpos, cosas que sólo el asesino podría tener. Señalaré a cada uno de ellos".

Los ojos de Maile se entrecerraron. "Bueno, escucha, tendríamos que arreglar algo. No podemos darte todo ese dinero solo a cambio de tus promesas. Necesitaríamos algún tipo de garantía de que colaborarás".

"Lo mismo digo. Quiero asegurarme de que mi Joan va a recibir el dinero antes de seguir adelante, asegurarme de que esto no es una especie de trampa. Así que, creo que lo que haremos es lo siguiente, te daré un pequeño adelanto como muestra. Te daré un cuerpo y una declaración. Tú tendrás los 10 mil en efectivo preparados, y cuando terminemos en la escena, llamarás a tu hombre y él se lo entregará a mi Joanie. Entonces llamaré a Joan, para asegurarme de que lo tiene. Y tú llamarás a tu hombre. Luego podremos seguir con el resto".

Era un plan bien formulado, cuidadosamente calculado. Por lo menos, el nivel de detalle y planificación que se había empleado en él, convenció a los policías que lo observaban de que podría tratarse del asesino en serie organizado que habían estado acechando, en lugar del torpe zoquete que habían estado viendo en el pasado.

Sin embargo, Maile no estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que dijera ese criminal sin ofrecer ningún tipo de oposición. Su ceño se frunció mientras trataba de analizar los defectos del plan, aparte del obvio suicidio profesional si la noticia de este trato salía a la luz.

"¿Y tu abogado? ¿Crees que se va a quedar de brazos cruzados y

dejar que su cliente sea condenado por todos estos asesinatos?"

"¿Mi abogado?" Clifford sonrió. "Él trabaja para mí. Hará lo que yo le diga".

Clifford anunció que necesitaban un contrato y, como aún tenía las manos esposadas, no tuvo más remedio que dictárselo a Maile, que lo garabateó en un papel en blanco.

"El presente es un compromiso de acuerdo entre la Gendarmería Real de Canadá y Clifford Robert Olson. La Gendarmería Real de Canadá pagará lo siguiente a la señora Joan Olson por la siguiente información: 10.000 dólares en efectivo por cada cuerpo de los desaparecidos, hasta siete cuerpos. 30.000 dólares por la información de cuatro cuerpos que ya han sido recuperados y que se relacionan con las otras siete personas desaparecidas antes mencionadas. El acuerdo debe ser asumido y será vinculante ante la ley en cuanto a no revelar la información de este acuerdo a la prensa canadiense. Las siguientes personas desaparecidas están incluidas el presente acuerdo: Judy Kozma, Daryn Johnsrude, Raymond King, Simon Partington, Ada Court, Louise Chartrand, Christine Weller, Terri-Lyn Carson, Colleen Daignault y Sandra Wolfsteiner y una mujer no identificada. Se pagarán 10.000 dólares a la Sra. Olson hasta el total de la recuperación de siete cuerpos".

El bolígrafo se colocó en la mano de Clifford y éste rubricó su futuro. Al igual que Maile, aunque este último se apresuró a señalar a Clifford que cualquier acuerdo de esta envergadura tendría que ser aprobado por alguien más arriba en la escala de mando. Él no tenía autoridad para disponer de esa cantidad de dinero. A Clifford no le importaba. Estaba seguro de que recibiría su dinero porque tenía algo que nadie más tenía en el mundo. Mejor aún, por fin iba a poder salir de las sombras y hacer que se viera su magnificencia. Todos estos años había estado haciéndose pasar por un delincuente de poca monta. Todos estos años los grandes y temibles asesinos de las cárceles le habían mirado por encima del hombro. Pues bien, ahora sabrían que él era el mayor asesino de todos, y pronto todo el mundo lo sabría también. Era el hombre del saco, el monstruo bajo la cama de sus hijos; era todo lo que un padre podría temer.

Llamó a su mujer cuando terminó la entrevista, regodeándose de que iba a ser rica. Que iba a vivir rodeada de lujos gracias al nuevo acuerdo que acababa de cerrar. Ella estaba menos emocionada por eso y más preocupada por la policía que había estado destrozando su casa mientras él había estado desaparecido. Pero más que eso, estaba horrorizada por las preguntas que le habían hecho sobre él. Dónde había estado. Qué había estado haciendo. Si había llegado tarde a casa. Si había notado sangre en su ropa al lavarla. Al estilo típico de Clifford, había estado tan atrapado en la emoción de hacer el mejor

negocio de su vida, que había olvidado que ella podría estar un tanto molesta con él por ser un asesino en serie.

Consciente de que cualquier llamada que hiciera sería grabada, y con cuidado de no revelar ninguna pista antes de tiempo, la engatusó con la promesa de que se lo explicaría todo más tarde, en persona, y que no tenía nada de qué preocuparse. Que esperara la visita de su abogado, que le explicaría las cosas con más claridad, y que dejara de lado todas sus preocupaciones. Él había previsto un futuro brillante para ella y su bebé.

Cuando Maile dijo que no tenía autoridad para desembolsar la cantidad francamente ridícula de dinero que se necesitaba para cerrar este caso de una vez por todas, no estaba bromeando. Ni él, ni sus altos mandos, ni nadie dentro del propio cuerpo de policía tenía autoridad para hacerlo. La decisión se transmitió más y más arriba en la cadena hasta que, finalmente, llegó al Fiscal General Allan Williams, el hombre a cargo de la justicia penal de todo Canadá.

Williams no era ajeno a las decisiones difíciles, tampoco era de evitar las papas calientes en los asuntos políticos, pero había algo fundamentalmente erróneo en el acuerdo que se había establecido con Olson. En el sistema de justicia penal siempre ha habido un cierto grado de concesiones: pactos y acuerdos de fondo, reducciones de penas e intercambios de cargos, si con ello se aseguraba un veredicto de culpabilidad, incluso el flujo constante de dinero y la retirada de cargos de la que se habían beneficiado en el pasado informantes como Olson. Era el aceite que hacía que la maquinaria ruidosa de la policía y la fiscalía siguiera girando. Sin embargo, siempre había una regla fundamental que regía cada decisión que se tomaba. Nunca beneficiar al criminal. El crimen no debe ser rentable. Si los delincuentes pudieran entregarse para recibir pagos en efectivo, sería una pendiente resbaladiza hacia el colapso de todo el sistema.

Este acuerdo que Olson proponía, era totalmente contrario a esa norma fundamental. Estaba recompensando a un hombre por cometer los actos más atroces imaginables. Pero a la vez, era la decisión más correcta, al menos sobre el papel.

Quitando toda moralidad de la ecuación y mirando los números que tenía delante, el coste de mantener la investigación durante más tiempo superaría fácilmente lo que pedía Olson. Por no hablar de las innumerables muertes que inevitablemente se producirían. Ahora que era consciente de que estaba bajo investigación, sería bastante sencillo para un criminal astuto burlar sus equipos de vigilancia. Si Olson volvía a las calles, no había duda de que volvería a matar. Así que el juego de los números ya no era sólo el intercambio de fondos por una condena. Se trataba del coste humano, del número de personas que Williams estaba dispuesto a sacrificar en el altar de sus propios

principios.

Él mismo había examinado todas las pruebas y, tal y como se presentaban, no había forma de que pudieran conseguir una condena. Incluso si aceptaban el único "bono" que Olson había ofrecido y dejaban el resto sin resolver, sería una mancha permanente en el historial de su departamento de justicia, pero lo más importante es que dejaría a los padres de las víctimas en un limbo perpetuo, sin saber nunca si sus seres queridos habían sido presa de él o no. Mientras Olson tuviera ventaja, no habría forma de que renunciara a ella, y ahora que tenía una idea de cuánto valía su información, no habría esperanza de sacársela por menos. Si este caso debía cerrarse satisfactoriamente, tenía que ser ahora. Por no hablar del misterioso "otro cuerpo" que Olson había ofrecido para completar los diez. Un asesinato sin cuerpo, sin siquiera un nombre, no era el tipo de cosa que él quería que flotara en el aire.

El acuerdo establecía que Olson no revelaría que se le pagaría por su información, y parecía probable que lo respetara. No le interesaba desbaratar el acuerdo que había construido con tanto esmero y que tanto le beneficiaba. Mientras la policía departamental mantuviera la boca cerrada, podría salirse con la suya al cerrar este trato y mantener intactas todas sus carreras. En todo caso, cerrar este caso del asesino en serie sería una pluma en sus gorras, particularmente a los ojos del público en general.

Williams firmó el acuerdo, a pesar de no haber sido de su agrado.

Menos aún le gustó que Olson desfilara por su despacho unos días después, charlando alegremente con sus abogados, seguido de su catatónica esposa y de los agentes de policía que parecían estar de paseo. Se movía como si fuera el dueño del lugar, contando chistes y sonriendo mientras entraba en el despacho, en lo alto de la Torre del Sol.

El abogado de Joan se inclinó hacia ella y le preguntó: "¿Sabe su marido lo que está haciendo?".

Y aunque ella no se atrevió a hablar, consiguió asentir con la cabeza. Lamentablemente, la interacción fue suficiente para captar la atención de Clifford, que se abalanzó detrás de su mujer, todavía con una sonrisa de oreja a oreja, le puso las manos sobre los hombros y declaró al mundo: "¿Qué puedo decir, cariño? Yo lo hice. Todo lo que dicen que hice. Fue el alcohol y las pastillas. No yo".

El hecho de que no pudiera evitar notar el regocijo en su voz no ayudó a vender este patético intento de disculpa, y Joan se echó a llorar una vez más, claramente tan víctima de Olson como cualquier otra.

El asunto se volvió aún más desagradable cuando vio el maletín con el dinero junto al escritorio del Fiscal General. Empezó a frotarse

literalmente las manos.

Una vez más, hablando por encima de todos los demás en la sala, empezó a explicar cómo quería que se repartiera el dinero: la cantidad que se destinaría a los abogados para sus honorarios, el estipendio que quería que se pagara a sus padres por los viejos tiempos, y el resto que se pondría en fideicomiso para Joan y su bebé.

Mientras se contaba el dinero, empujó el brazo de su abogado con el codo. "¿Has visto alguna vez tanto dinero?"

Se dirigió a su abogado, Robert Shantz, y le sugirió que podría ganar más dinero si quisiera escribir un libro sobre el caso. El título que propuso fue "Despide a Papi con un beso", y se ofreció a dar a Shantz toda la información que quisiera sobre su carrera criminal a cambio de una parte de los derechos de autor. Aunque Shantz estaba dispuesto a cobrar sus honorarios de Olson, parecía que eso era lo más lejos que quería que llegaran sus acuerdos comerciales. Prácticamente se tapaba la nariz mientras estaba al lado del odioso hombre.

En cuanto a Williams, más tarde describió que se sintió físicamente enfermo cuando el dinero manchado de sangre fue entregado a los abogados de Olson. Dijo que si el mismísimo Satanás hubiera aparecido allí en una nube de fuego y azufre, no se habría sorprendido.

A partir de ahí, el día sólo se volvió más horrendo y perverso. Olson se vistió con el uniforme de policía, con una gorra calada sobre la cara a modo de disfraz, y entonces comenzó la gira de sus grandes éxitos. Se sentó en el asiento trasero de un coche civil junto con cuatro detectives. El cabo Maile se sentó a su lado con una grabadora en la mano, el micrófono apuntando hacia Olson para grabar cada palabra que salía de su boca durante el viaje. Clifford estaba en su elemento como centro de atención, deleitándose en el hecho de que todo el mundo estaba pendiente de cada una de sus palabras, encantado de ser apreciado por su verdadera esencia, en la medida en que alguien pudiera apreciarlo. Si los asesinatos habían sido sexo para él, esto era el puro de después. Parecía casi dichoso mientras relataba dónde había recogido a cada una de sus víctimas, cómo las había convencido de subir a su camioneta con la promesa de 10 dólares por hora de trabajo y cómo las había drogado con hidrato de cloral, "Mickey", como le llamaban en su jerga, para asegurarse de que estuvieran demasiado débiles y desorientadas para luchar contra él cuando llegara el momento de violarlas, torturarlas y asesinarlas. Todos los detectives que iban en el coche eran agentes veteranos y, sin embargo, todos estaban asqueados por las descripciones que Olson estaba proporcionando. No se trataba de los informes imparciales a los que estaban acostumbrados, en los que toda la profundidad de los detalles era despojada y saneada para su consumo habitual. Esto era

pornografía para asesinos en serie, cada detalle horripilante descrito. Los traqueteos de la muerte, los olores y las sacudidas que podían extraerse de un cadáver al retorcer una púa metálica en su cerebro.

Un convoy de coches de policía siguió al primer coche: oficiales para asegurar cada uno de los once lugares, perros de policía para olfatear los cuerpos, y todo el departamento forense que se necesitaría para registrar cada uno de los vertederos.

En el lugar indicado de cada cadáver, Clifford se bajaba del coche, caminaba hasta el punto exacto en el que se encontraba el cuerpo y volvía a representar el asesinato. Haciendo pantomimas de sus acciones, describiendo los forcejeos de su víctima y proporcionando a la policía todos los detalles que necesitaban para condenarlo. Su memoria de los asesinatos era enciclopédica; ni una sola vez los llevó por el camino equivocado. Era como si los momentos en los que mataba se hubieran grabado a fuego permanentemente en su mente, un objeto inamovible en un mundo que, por lo demás, estaba en constante cambio para él. Su identidad cambiaba de un momento a otro cuando presentaba la cara que creía que su público quería ver. Nada de eso le parecía real, pero esto sí: cuando se quitaba la máscara y podía hacer lo que quería, ser quien quería ser, por encima de ideas insignificantes como la popularidad o la moralidad. Aquí tenía una claridad perfecta.

Cada cuerpo fue exhumado, el lugar asegurado y la confesión de Olson completamente grabada antes de que se hiciera una llamada a su abogado para transferir el dinero a la cuenta bancaria de Joan. Fue el día más provechoso de la vida de Clifford y, a pesar de que se deleitaba con la experiencia de ser el centro de atención, parecía estar constantemente deambulando, desesperado por pasar al siguiente sitio y depositar más dinero.

Resulta que, sin la intervención de Olson, es muy probable que los cuerpos no se hubieran descubierto nunca. Incluso si lo hubieran hecho, el estado de descomposición de los cadáveres habría impedido su identificación. Uno de ellos estaba momificado para el momento en que fue extraído del suelo de turba. Otro sólo pudo ser identificado por los registros dentales. Se necesitaron patólogos para identificar a la mayoría de ellos. Al encontrarse con los restos de la turista alemana Sigrun Arnd, el cuerpo no identificado de una víctima desconocida, la policía se dio cuenta de que ni siquiera la habrían echado de menos de no ser por las confesiones de Clifford. Habría desaparecido sin dejar rastro. Incluso con su cuerpo y su descripción, se tardó meses en recuperar los registros oficiales de ella para que su muerte pudiera ser debidamente certificada.

Durante todo el proceso, Clifford fumaba alegremente sus cigarros y bromeaba con los policías como si fueran sus compañeros de

trabajo. A su modo de ver, lo eran. Él puso los cuerpos en la tierra, ellos los desenterraron, como un agricultor que planta y recoge una cosecha. Según su razonamiento, todo esto también era una buena noticia para la policía. Su récord de resolución de casos estaba a punto de dispararse. Deberían adorarlo.

Los detectives que tenían que viajar con él, escuchando sus espantosas descripciones de muerte y destrucción, no se dejaban llevar por su actitud jovial, pero los demás policías del convoy, encontraban al carismático monstruo demasiado encantador para resistirse. Cuando llegaba la hora de comer, eran ellos los que llevaban a Olson a un asador donde engullía alegremente refrescos de cola, gruesos solomillos y patatas asadas mientras todos charlaban amistosamente.

Estaba viviendo la gran vida, y sólo se le negaba el licor fuerte y las drogas habituales. Podría acostumbrarse a ese tipo de trato.

Conforme conducían de una escena del crimen a otra, el interminable desfile de muertes no se detenía. Incluso cuando Clifford guardaba silencio, la radio crepitaba y parloteaba con los informes que cada hora publicaba la prensa local sobre la recuperación de cadáveres de cada día. Cuando aquello no sonaba, se escuchaba la radio interna de la policía, en la que los patólogos y los investigadores de la escena del crimen pasaban informes de un lado a otro y descubrían cada espantoso detalle de los asesinatos exactamente como lo había descrito Olson, hasta el patrón de golpes con su "martillo de plata" o la muerte invisible que provocó una embolia. Para Clifford todo eran buenas noticias. Todo verificaba que lo que él decía era la verdad, y la verdad tenía que ser recompensada. Cuerpo a cuerpo, los depósitos se hicieron en la cuenta de Joan hasta que finalmente, días después de que comenzara el horrible desfile, éste terminó. Ella era 100.000 dólares más rica, y la policía tenía once asesinatos que podrían marcar como resueltos.

Había sido llevado nuevamente a la comisaría para esperar a que terminara el auténtico maremágnum de papeleo que había generado su jornada, cuando exigió una nueva reunión con el cabo Maile. Hasta ese momento, todo había ido según lo previsto. Incluso mejor de lo previsto, ya que el fiscal general había pedido una tonelada de favores para controlar la información de los medios de comunicación sobre el asunto. A cambio de un flujo constante de información por parte del departamento de justicia, la prensa no tentaría a la suerte investigando el caso más allá de lo necesario. Dada la profundidad de los detalles que se estaban "filtrando" a lo largo de los primeros días, no es de extrañar que la prensa canadiense no tuviera prisa por indagar: apenas tendrían tiempo de informar de algo más de lo que ya habían hecho. El espacio en los periódicos y las horas de televisión son limitados. Cualquier otra cosa que hubieran recibido habría

desbordado los márgenes.

Maile acudió corriendo a la llamada de Olson, temiendo el inevitable giro cuando el asesino se le escapara de las manos o le apuñalara por la espalda. Eso no era lo que Clifford tenía en mente. Estaba más que satisfecho con cómo habían salido las cosas finalmente. Tenía su dinero, tenía su legado, todo estaba saliendo a pedir de boca. No. Lo que quería era hacer otro trato.

Sabía que la policía lo tenía acorralado. Iría a la cárcel y cumpliría su condena. No había forma de que volviera a ver la luz del día después de todo lo que había confesado. Pero eso no significaba que no pudiera facilitarles el trabajo y embolsarse algo más de dinero para Joan y su hijo.

Les había dado la primera prueba gratis. Habían estado dispuestos a pagar 100.000 dólares por sólo diez cuerpos. 10.000 dólares cada uno. Ahora les ofrecía un descuento por compra al por mayor. Estaba dispuesto a rebajar su precio a 5.000 dólares por cuerpo para los próximos veinte asesinatos resueltos.

Maile se quedó boquiabierto. No sólo por la oferta, sino por la idea de que Clifford pudiera haber matado no a once personas, sino a treinta y una. Tomó nota del trato y explicó con toda la educación que pudo reunir que tendría que llevar el trato a sus superiores y dejar que ellos tomaran la decisión.

Lo que había sido un caso abierto y cerrado volvió a cobrar vida de repente. Los cuerpos que habían recuperado estaban casi todos relacionados con un caso de personas desaparecidas que se habían relacionado con su misterioso asesino, casi como si Olson, en contacto constante con la policía y siendo interrogado sobre los desaparecidos, les hubiera dado exactamente los casos en los que ya creían que era responsable, más el cuerpo extra, desconocido, para cubrir el hueco que el haberles dado el regalo al principio del trato, había creado en su lista.

Había una posibilidad muy real de que Olson hubiera matado a veinte personas más. Su patrón nunca había sido consistente. Su selección de víctimas siempre había sido aleatoria. Había suficientes personas desaparecidas como para explicar estas víctimas adicionales en las zonas que ya se sabía que cazaba, y si sólo había denunciado algunos de sus crímenes, era lógico que también delatara algunos de sus terrenos de caza. Cuando le seguían, sin duda había pasado tiempo conduciendo lentamente por zonas que no se consideraban sus terrenos de caza. La policía se esforzó por reunir toda la información sobre los desaparecidos por esas zonas, sacando a la luz también los casos sin resolver. Intentando averiguar no sólo si Olson había sido realmente tan prolífico como afirmaba, sino si era posible que se hubieran colado más casos en su caza.

Pamela Lorraine Darlington fue encontrada desnuda, violada y mutilada sexualmente, flotando boca abajo en el río Thompson, en Kamloops, Columbia Británica, en noviembre de 1973. En un principio, se la relacionó con la serie de asesinatos de Clifford, pero el hecho de que fuera mayor que sus víctimas habituales, hizo que se la eliminara de la búsqueda de ese asesino en serie en particular. En su lugar, se había asumido que era víctima de un segundo asesino, el supuesto "asesino de la autopista", responsable de la muerte de catorce mujeres que hacían autostop y que fueron recogidas a lo largo de las Rocosas canadienses entre 1972 y 1981 en la autopista Yellowhead, o en las carreteras afluentes que conducían a ella. El hecho de que se recuperaran los cuerpos de estas víctimas había sugerido a la policía que, a pesar de la agresión sexual asociada a los asesinatos habituales de Olson, éstos eran obra de un asesino diferente. La decimoquinta víctima de este supuesto asesino, Monica Jack, desapareció sin dejar rastro mientras recorría en bicicleta los caminos rurales cercanos a la Yellowhead. Tenía doce años, coincidía exactamente con el perfil habitual de las víctimas de Olson, y su cuerpo nunca fue recuperado.

Este cluster de asesinatos era sólo una fracción de lo que ahora parecía posible que hubieran sido obra de Clifford Olson Junior. Diecisiete mujeres jóvenes y seis chicas asesinadas entre la autopista de Kamloops y Banff también encajaban en sus patrones habituales de comportamiento.

Verna Bjerky era una camarera de 17 años de la pequeña comunidad de Yale de la Columbia Británica, que desapareció sin dejar rastro después de un turno de noche sirviendo mesas en el restaurante de carnes y pizzas "Godfather" en la cercana Hope de la Columbia Británica. La mayoría de las noches trabajaba muy tarde para llagar tomar el autobús, por lo que se quedaba con una amiga en lugar de pagar los quince dólares del taxi que la llevaría de vuelta a Yale, pero en ocasiones tenía suerte y podía hacer autostop en la dirección correcta. La noche en que desapareció, no tuvo suerte.

A pesar de que toda la comunidad se movilizó para intentar encontrarla, permaneció completamente desaparecida hasta octubre de 1981, cuando se encontraron algunos de sus efectos personales esparcidos a cinco kilómetros de la carretera de Hope, en el desvío hacia la zona agreste donde Olson había llevado a muchas de sus víctimas para rematarlas y enterrarlas. Hope era una de sus paradas habituales cuando realizaba sus largos viajes en coche, y la policía le había visto comer en el Godfather cuando se detenía allí para cenar.

Mary Ellen Jamieson desapareció el 7 de agosto de 1980, y fue vista por última vez haciendo autostop en la autopista 101, a la altura de la bahía de Davis, en la isla de Vancouver, otra zona que no se consideraba oficialmente parte de los cotos de caza de Olson, pero que

había sido la zona en la que le habían cogido por primera vez con dos autoestopistas en el coche. Había salido a cenar con su novio, pero ninguno de los dos tenía coche, por lo que también habría querido evitar el pago de un taxi. Un amigo de la familia descubrió su cuerpo nueve días después, enterrado en una fosa poco profunda al lado de una carretera forestal, exactamente el tipo de zona donde Clifford había arrojado otros cuerpos. La razón por la que nunca se la relacionó con la ola de asesinatos de Clifford fue que fue recuperada completamente vestida, aunque su cuerpo tenía un patrón de moretones alrededor del cuello. Si la colocáramos en la lista junto a sus otras víctimas, habría sido durante el período en que Clifford mataba a sus víctimas por estrangulamiento.

Para el creciente horror de Maile, se hizo evidente que Olson tenía casi con seguridad la información que necesitaban para cerrar todos esos casos. Tenían tantos asesinatos cometidos durante la época en que Olson estaba más activo, que no podrían confirmar que fueran suyos a menos que entregara la información. Sin más remedio, el cabo llevó la petición de fondos al escalafón superior.

El dinero se detuvo casi inmediatamente en el momento en que Maile habló con sus superiores. Tras la firma del primer trato, Williams había dado la orden de que no se ofrecieran más tratos en efectivo a Olson bajo ninguna circunstancia. La idea era que habían tenido suerte con esta primera ronda de víctimas, y el departamento de justicia no tenía intención de volver a tirar los dados. Williams ya había quemado una buena parte de su influencia manteniendo el acuerdo original en secreto, y no tenía intención de repetir la actuación cuando todo el asunto podría convertirse en un fiasco en cualquier momento. Tenía su victoria, y se la guardó en el bolsillo.

Así que Maile volvió a la mesa de negociación sin nada en sus manos, obligado a rogarle a Olson que le diera su información mientras el otro hombre se volvía cada vez más beligerante ante la falta de una oferta adecuada. Se sentía como si hubiera sido excepcionalmente generoso en el trato que había ofrecido a la policía, dado que ya habían establecido el valor de los cuerpos en 10.000 dólares cada uno. Para Olson, ser rechazado era como si la policía mordiera la mano que le daba de comer. Estaba enfadado, pero, como de costumbre, lo ocultó y sonrió a los agentes, diciéndoles que los cadáveres seguirían estando allí cuando llegaran. Tampoco es que fuera a ir a ninguna parte. Ellos sabrían dónde encontrarlo.

El juego continúa

A la espera del juicio, Olson fue confinado en la cárcel junto a la población general. Pero su experiencia entre rejas esta vez fue totalmente diferente. Ya no podía pasar desapercibido y cumplir su condena en paz. Los otros presos le lanzaban cigarrillos encendidos cuando pasaba. Le arrojaban basura en su celda mientras dormía. Le empujaban y abusaban de él hasta que finalmente acabó confinado en una celda de aislamiento durante todas las horas del día para su propia protección, excepto dos. Una hora la utilizaba para hacer ejercicio en el patio cuando no había nadie más. La otra hora parecía dedicarla a ser noticia de primera plana en todos los sitios que podía. Llamaba a los periodistas locales y se quejaba de las condiciones en las que vivía, durmiendo en el suelo, sin agua corriente y sin luz. Vivía como un perro, tal como él lo describía. También se sintió muy ofendido cuando descubrió que el traje que llevaba puesto cuando fue detenido había sido despojado de sus botones, y que algún alma bondadosa había escrito "violador de niños" en su camisa, para refrescarle la memoria sobre el motivo de su confinamiento. "Ese traje me costó 200 dólares", se quejaba a quien quisiera escucharle. Y la camisa 60 dólares. No tengo por qué aguantar esta mierda. "Creo que debería recibir un trato justo por parte de la prensa, y debería estar separado de los reclusos comunes".

Aunque sus constantes quejas y sus incesantes lloriqueos le llevaron a las preimeras planas de los periódicos de todo Canadá, junto con los escabrosos detalles de todos sus delitos, la historia de su trato con el departamento de justicia permaneció fuera de la atención pública. Esto era especialmente interesante porque Clifford se había dado cuenta de que la negativa del departamento de justicia a ofrecerle un segundo trato, se debía principalmente a que tenían miedo de que aumentaran las posibilidades de que su primer trato se hiciera público. Para eliminar esa preocupación, Olson decidió que lo mejor para conseguir su segundo pago de la policía, sería hacer público su primer trato. Cada vez que se ponía en contacto con la prensa, les contaba los detalles de los acuerdos que había hecho y que le llevarían a la condena. Sin embargo, no publicaron nada de eso. A pesar de que el acuerdo de "dinero por cadáveres" era la historia de su vida, las noticias locales anteponían su lealtad hacia Williams.

Aquellos que no pudieron ser ganados con la promesa de favores, se enfrentaron a la amenaza de que podrían ser declarados en desacato si publicaban información sobre el trato. No había manera de que el conocimiento del acuerdo no se considerara perjudicial para cualquier jurado que participara en el juicio de Olson. Cualquier medio de comunicación que envenenara al jurado tendría que

enfrentarse invariablemente a cargos, multas o cosas peores. Y eso sin tener en cuenta el hecho de que se anularía el juicio y un notorio asesino quedaría libre para volver a matar.

Incluso cuando los detalles del acuerdo llegaron a la Cámara de los Comunes y se sometieron a debate, se censuró la difusión habitual de los acontecimientos. Las familias de las víctimas, que ahora deberían estar en paz, se vieron enfrentadas a historias contradictorias cuando pidieron información a la policía, como si ésta tratara de ocultar la historia de cómo habían atrapado a un notorio asesino en serie en lugar de alardear de ello. Empezaron a crecer las sospechas sobre algún tipo de encubrimiento.

Se fijó la fecha del juicio de Olson, pero finalmente no se convocó al jurado. Olson optó por seguir el espíritu de su acuerdo original con el departamento de justicia y admitió su culpabilidad. Incluso se las arregló para hacer correr algunas lágrimas que parecieran creíbles mientras confesaba sus crímenes públicamente por primera vez. Después de que el secretario judicial leyera cada uno de los once cargos de asesinato en primer grado que se le imputaban, respondió con voz ronca: "Culpable".

El juez Harry McKay presidía el tribunal, y durante la sentencia, tuvo mucho que decir sobre Clifford Olson Junior. "Ningún castigo que cualquier país civilizado pudiera imponer sería adecuado para la gravedad de sus crímenes. No se le concederá la libertad condicional durante el resto de sus días. Sería temerario dejarlo en libertad".

En cuanto estuvo fuera de la vista del tribunal y de las cámaras, las lágrimas de cocodrilo dejaron de fluir y volvió a su habitual comportamiento jocoso. Cuando se le preguntó qué pensaba de la decisión de no concederle jamás la libertad condicional, pareció aceptarla, y confió al oficial que le acompañaba que, si alguna vez le dejaban en libertad, probablemente seguiría donde lo había dejado.

Fue confinado en la Penitenciaría de Kingston, donde pasaría el resto de su vida, y por un momento pareció que el circo que le rodeaba llegaría por fin a su fin. Pero entonces se publicó la noticia de su acuerdo.

Cuando un medio de comunicación publicó los detalles del acuerdo de dinero por cadáveres, una vez que el riesgo de ser procesado por interferir en el juicio había pasado, todos los demás consideraron que su obligación con Williams también había expirado. Después de todo, el gato ya estaba fuera de la bolsa, y parecería aún más sospechoso si no informaran sobre lo que había ocurrido.

Como es lógico, tanto las familias de las víctimas como la opinión pública se indignaron. Inmediatamente se puso en marcha una campaña para exigir la devolución del dinero. O para que el dinero se destinara a las familias de las víctimas de Olson, pero Joan no estaba

dispuesta a renunciar a su sustento tan fácilmente.

La prensa se ensañó con Williams, que se vio obligado a hacer una declaración pública y a abrir una investigación sobre la forma en que su departamento había manejado el caso. "Considero que este caso es único. No espero que vuelva a ocurrir algo así. La decisión no fue fácil ni para mí ni para la Gendarmería Real de Canadá. Es habitual el destino de fondos de diversas maneras para obtener información, para proteger a los testigos y, a veces, para proteger a otras personas que puedan estar relacionadas con los delitos. Este asunto es una extensión de ese principio, que no espero que se repita. Los crímenes fueron tan horribles que no deberían ser revelados. No aporta nada detenerse en detalles de ese tipo".

A pesar de este retroceso y de los intentos de cerrar la investigación, las demandas públicas de justicia se hicieron cada vez más fuertes. Incluso Robert Shantz, el abogado de Olson, denunció la decisión como impropia y "políticamente insensata". Los miembros del Parlamento condenaron el pacto, y la carrera política de William se acabó en el acto, pero eso no sirvió para resolver el sentimiento de las familias de las víctimas de que aquello no había sido más que sal en la herida.

La policía intentó confiscar el dinero que se había ingresado en la cuenta de Joan, pero rápidamente descubrió que ya no estaba allí. A pesar del desprecio que Shantz sentía por su cliente y por toda la situación, había desempeñado sus funciones eficientemente, organizando la transferencia del dinero al extranjero para evitar exactamente este tipo de reacción instintiva de la policía canadiense. La policía se enfureció y se ensañó, pero fue impotente gracias a sus cuidadosos arreglos.

Se inició una investigación pública sobre la cadena de acontecimientos que condujeron a la decisión radical, pero a pesar de una campaña de prensa masiva para encontrar pruebas de irregularidades, la policía, el departamento de justicia y los forenses cerraron filas y esencialmente declararon que se había tomado la decisión correcta. Los lugares donde se habían arrojado los cuerpos nunca se habrían encontrado sin la ayuda del asesino. La decisión de no perseguir a Olson desde el principio, a pesar de haber sido señalado tan pronto en la investigación, fue la correcta, ya que parecía que no era una pista viable. Se hicieron una serie de recomendaciones para evitar que la historia se repitiera, como asegurar una mejor cobertura de vigilancia de cualquier persona vinculada a un caso de asesinato en serie, pero más allá de eso, la policía se lavó las manos ante cualquier negligencia.

Al mismo tiempo, Joan fue acosada por la prensa y el público por haber aceptado el dinero que su marido le había legado y se vio

obligada a esconderse. En las pocas entrevistas que dio, se absolvió de toda culpa. "Soy una buena persona. Puedo mirarme a los ojos en el espejo y no sentirme avergonzada". Resulta fácil considerarla una víctima de las maquinaciones de Olson como cualquier otra persona, pero incluso mientras procedía a su divorcio y su cambio de nombre, las familias de las víctimas se abrían paso en las escaleras de los tribunales, exigiendo que se anulara el trato y se devuelva el dinero.

Sin embargo, incluso en el Tribunal Supremo, descubrieron que no tenían capacidad legal para hacerlo. El contrato que se había redactado para Olson era hermético. Que fuera inmoral no significaba que fuera ilegal, por lo que los tribunales no podían ofrecer ninguna reparación.

Por supuesto, a lo largo de todo esto, Olson no estaba dispuesto a sentarse callado y aguantar. Pasó a la ofensiva en el momento en que los procedimientos judiciales comenzaron a arrebatarle su gran victoria. Las familias de sus víctimas seguían optando por interferir en su vida, así que él iba a interferir de nuevo. Les envió cartas y les llamó por teléfono, regodeándose de las cosas horribles que había hecho a sus hijos. Cómo había disfrutado de sus cuerpos. Cómo había disfrutado de sus muertes. Cómo los había torturado. Cómo habían suplicado piedad y él no se la había otorgado. Si las familias querían luchar contra él, quería que supieran que no se guardaría nada para su comodidad. Como dijo a uno de los guardias: "Si me importaran estas familias, no habría matado a sus hijos".

Cuando se le cortó la comunicación abierta, Olson empezó a transmitir sus historias a los periódicos, dirigiéndose exclusivamente a los que prestaban servicio en las zonas donde vivían las familias de sus víctimas. Su campaña de terror funcionó. Varias de las familias que emprendían acciones legales contra él desistieron y optaron por retirarse para no tener que seguir reviviendo el horror de su pérdida una y otra vez.

Sin embargo, al final algunos de ellos consiguieron cierta medida de venganza. A través de los tribunales civiles, demandaron a Olson por las lesiones y pérdidas, consiguiendo el importe total de su acuerdo como pago, dividido entre las familias que seguían buscando justicia y el equipo legal que finalmente les había conseguido esta victoria.

Por desgracia, no había dinero que llevarse. Olson no tenía nada. Ni un céntimo a su nombre. El único dinero que había estado involucrado en el caso, había sido pagado a su esposa, que era una entidad legal completamente distinta. Legalmente, Olson podía deber 100.000 dólares a las familias, pero no había forma de que pudiera pagarlos. Todo el ejercicio había sido en vano. Estaba en bancarrota.

Aun así, la pérdida irritó a Olson, así que arremetió de la única

manera que podía: señalando que el director de la prisión le había prohibido escribir y enviar pruebas al tribunal durante el proceso. En este caso, no se le había permitido defenderse legalmente ni instruir a sus abogados para que lo defendieran. Por supuesto, el alcaide le había prohibido a Olson la comunicación después de que la utilizara para atormentar a las familias de sus víctimas, pero aquello se volvió contra él. Al haberle recortado sus derechos legales, el tribunal dictaminó que el Servicio Penitenciario de Canadá era responsable de los gastos en los que había incurrido. Las familias de sus víctimas recibieron su dinero, y él pudo regodearse de haberlo sacado del bolsillo del sistema que lo mantuvo confinado. Todos salieron ganando.

Durante un breve tiempo, Olson se mantuvo silencio en la cárcel, enviando correos a la prensa y teniendo sus extraños momentos de protagonismo, pero rara vez volvió a aparecer en las portadas. Escribió con la misma frecuencia al departamento de justicia, ofreciendo más cadáveres a cambio de más dinero o, más adelante, de una libertad condicional anticipada. Todas sus ofertas fueron rechazadas unilateralmente.

De repente, se ofreció a viajar a la isla de Vancouver y revelar los lugares donde había cometido más asesinatos, sin ningún tipo de compromiso. Le llevaron por los bosques, parando en el mismo asador en el que había cenado durante su primera excursión con la policía para devorar algo de comida antes de llevarles a una búsqueda inútil durante el resto del día. Estaba aburrido y le apeteció salir.

Harto del trato que recibía de su propio país, Olson dirigió sus esfuerzos al sur de la frontera y se puso en contacto con el fiscal del distrito del estado de Washington, Estados Unidos, ofreciendo información sobre los asesinatos que había cometido allí a cambio de inmunidad judicial. Redactó su solicitud con mucho cuidado para evitar cualquier cuestión que pudiera ser tomada como una admisión de culpabilidad, ya que era muy consciente de que la pena de muerte seguía vigente en los Estados Unidos, y finalmente proporcionó información que explicaba una serie de cuerpos que habían sido descubiertos durante su período de actividad. A diferencia de sus intentos de colaborar con las autoridades canadienses, sus relaciones con la policía estadounidense parecían ser principalmente un ejercicio para paliar el aburrimiento. Del mismo modo, se dispuso a ayudar a la policía de Toronto a resolver un asesinato que había cometido allí a cambio de inmunidad judicial, pero finalmente se vino abajo cuando no le ofrecieron suficientes garantías. No parecía haber un patrón de comportamiento egoísta en sus ofrecimientos, hasta que se tuvieron en cuenta sus anteriores estancias en prisión. Intentaba reconstruir la buena voluntad de sus captores, tratando de ser visto como alguien

que podía ayudarles. Alguien en quien podían confiar y a quien podrían recompensar.

Las autoridades de diferentes países también recibieron correos de Olson mientras intentaba conseguir su extradición a cambio de información sobre otros asesinatos. Ni Suiza ni ninguna de las embajadas a las que escribió parecieron interesarse.

Olson se centró en conseguir la libertad condicional, afirmando que había hecho arreglos para escribir tres libros sobre sus crímenes, con anticipos millonarios, que desembolsaría con gusto a las familias de sus víctimas si el tribunal de libertad condicional se encargaba de liberarlo. Lógicamente, ninguno de ellos aprovechó la oportunidad y se le denegó la libertad condicional. En cada oportunidad que se le presentaba, volvía a presentarse ante la junta de libertad condicional, y cada vez que lo hacía, se le denegaba. Se había familiarizado por completo con el sistema jurídico de Canadá, aprovechando todas las oportunidades y resquicios legales para intentar conseguir su libertad, incluso testificando en su propia defensa, apelando al público de las galerías que se había reunido para ver su circo habitual, preguntándole si parecía un loco de atar. El público respondió con firmeza que sí.

Poco a poco, sus campañas de captación de atención empezaron a tambalearse. El público había perdido el interés por él, la prensa ya no publicaba sus cartas y, sin nuevas polémicas, se estaba desvaneciendo en la oscuridad, salvo por un breve estallido de notoriedad en 2010, cuando se descubrió que había estado recibiendo sustanciosos pagos de pensiones del gobierno, mantenidas en fideicomiso para él hasta que consiguiera la libertad. Esto llevó al Primer Ministro, Stephen Harper, a exigir una investigación que finalmente puso fin a los pagos de Olson. Luego de eso, Olson envió como broma a Harper, uno de sus cheques suspendidos, pidiendo que se utilizara para su campaña de reelección. Un último intento por captar la atención pública antes de ser olvidado por completo.

En septiembre de 2011, Olson fue diagnosticado de un cáncer terminal. Fue trasladado al Hospital Laval en Quebec, donde sobrevivió sólo unas semanas antes de morir a los 71 años, el 30 de septiembre.

El monstruo perfecto

Desde los diecisiete años, Clifford Olson Junior sólo pasó 1.501 días fuera de la cárcel o prisión. A pesar de sus constantes fugas. Sin embargo, si nos atenemos a sus afirmaciones, durante esos pocos días, cometió un promedio de un asesinato cada diez días. Si consideramos todos los asesinatos de los que presumió, ciento cuarenta parece un número relativamente probable, sin tener en cuenta los asesinatos de los que nunca habría mencionado.

Durante su confinamiento, Clifford recibió una gran atención por parte de criminólogos y psiquiatras que intentaron comprender qué le había llevado a comportarse de la forma en que lo había hecho a lo largo de su vida. Durante estas entrevistas, dio cuenta de literalmente cientos de abusos sexuales a niños, admitió haber cometido necrofilia con sus víctimas y proporcionó toda la información que, una vez corroborada con otras fuentes, ha constituido la base de este libro.

Psicológicamente, parece haber sido un psicópata clásico, desprovisto de cualquier remordimiento por sus acciones o incluso de la capacidad de sentir tales emociones. Muchas de las herramientas utilizadas para evaluar la sociopatía se aplicaron a él durante sus años de confinamiento, y las entrevistas y los estudios sobre él incluso constituyeron la base de muchos métodos de diagnóstico de esta condición.

Existe una especie de lista de comprobación clínica que se aplica para calificar la gravedad de la psicopatía y la ausencia de empatía en un paciente: La escala de evaluación de Hare. Cuando Clifford fue evaluado según esta escala, obtuvo una puntuación de 38 sobre 40, la más alta jamás registrada. El umbral estándar es de entre 25 y 30.

Stanley Semrau fue el psicólogo forense al que se le asignó el estudio de Olson tras su condena, y su descripción de Clifford coincide perfectamente con todas las definiciones conocidas de lo que es un psicópata. Podía matar, no por ira o disgusto, sino por deporte y diversión. No comprendía la enormidad y el horror de sus actos, porque no era capaz de entender el dolor de los demás. De hecho, por su personalidad, se dedicaba a dañar y manipular a los demás para favorecer sus propios intereses. Fue un psicópata antisocial y narcisista que se jactaba alegremente de sus asesinatos y hazañas en las entrevistas, manipulando deliberadamente a todos los que conocía y sin sentir ningún escrúpulo moral por todo lo que hacía. Se le describió como un adicto al asesinato, con una fascinación morbosa por el proceso de la muerte, que observaba con gran placer. Cualquier afirmación de remordimiento que expresara, era un intento vacío de manipulación, y creía que las familias de sus víctimas le debían gratitud por haber revelado la ubicación de sus cuerpos,

comparándolo con la Segunda Guerra Mundial, en la que Japón y Alemania se convirtieron luego en aliados de los Estados Unidos cuando antes eran enemigos. No podía entender por qué la gente no podía "superar" sus crímenes pasados. A sus propios ojos, había pasado de ser un don nadie a una celebridad a través del proceso de sus asesinatos y los consideraba un factor positivo en su vida. Semrau llegó a la conclusión de que Clifford no sólo era un psicópata, sino que estaba muy complacido de serlo. Que no tenía ningún deseo de cambiar, y que cualquier apariencia de cambio sería invariablemente otra artimaña utilizada para obtener algún beneficio.

Mientras que muchos asesinos en serie han sufrido traumas en su infancia que podrían entenderse como una especie de justificación de su visión del mundo, Olson no tuvo ningún momento definitorio en su historia que diera lugar a su comportamiento perverso. No hubo ninguna lesión en la cabeza que pudiera haber dañado los centros de empatía de su cerebro, ni ninguna razón física para que se convirtiera en lo que fue. Provenía de un hogar acomodado, con hermanos que crecieron y se convirtieron en miembros totalmente funcionales de la sociedad. Lo que fuera que le haya ocurrido, fue algo completamente interno: producto de algún defecto de nacimiento o un fracaso en el desarrollo de las habilidades sociales básicas que permiten a la humanidad como especie sobrevivir. Imitaba las emociones, pero no las sentía. Podía replicar perfectamente los debates filosóficos, citar las escrituras y los estatutos legales, pero en su interior ninguna de estas cosas conectaba. Podía entender cómo se aplicaban las leyes y la moral a otras personas, y utilizaba esos lazos para manipularlas muy fácilmente, pero nada de eso se aplicaba a él. Estaba por encima del bien y del mal. Estaba más allá de la ley. Sencillamente, carecía de conciencia.

Una última anécdota de despedida sobre cómo Clifford veía el mundo. La película El silencio de los corderos se proyectó en la prisión de Olson muchos años después de su estreno, y uno de los periodistas locales se dio cuenta de los paralelismos y fue a consultar a Clifford hasta qué punto la había disfrutado.

Al preguntarle si encontraba alguna semejanza con el personaje de Hannibal Lecter, respondió entre risas: "Él es un personaje inventado. Yo soy la realidad".

CONFÍA EN MÍ

La verdadera historia del asesino confeso Henry Lee Lucas

Escucha mi confesión

El coche yacía inmóvil a un lado de la carretera; no con la fría quietud de una cosa muerta, sino con la calma expectante de una serpiente de cascabel enroscada, esperando su momento para atacar. Allí, en medio de la nada, la desolación del Sur de los Estados Unidos estaba presente en todo momento. Existen desiertos y témpanos con más vida en ellos que aquella pequeña porción de la nada. Nada que hacer y nada que ver, excepto el uno al otro.

No había urgencia de sexo: el coche ni siquiera se balanceaba sobre su suspensión. No había amor, ni siquiera mucho deseo a decir verdad. La cara de Ottis estaba pegada a la tela del asiento trasero y sus dientes torcidos se engancharon en las costuras rotas al girar su cabeza para tomar aire. Ambos estaban empapados en sudor, con sus ropas pegadas a los firmes pliegues de sus cuerpos. Las ventanas estaban empañadas y el coche se sentía sofocante con el aire acondicionado apagado. Henry se cernía sobre la espalda de Ottis, con la boca abierta en un perpetuo gemido silencioso. Ante la tenue luz del coche, con las cejas fruncidas, parecía que no tuviera ojos: dos cuevas oscuras en lugar de la única cuenca vacía que solía mostrar. No había amor, ni urgencia, ni deseo, sólo el movimiento mecánico del balanceo que les ayudaba a pasar el tiempo hasta que sonó el teléfono.

Aquella era la única peculiaridad de ese tramo de la nada que nadie había mencionado antes: el teléfono público que se erigía imponente sobre la tierra al borde de la carretera, esperando a ser utilizado cuando algún pobre desafortunado colapsara allí, sin ayuda alguna en cien millas a la redonda. Uno no pensaría que un teléfono como ése, tuviera siquiera un número para recibir llamadas, sin embargo se equivocaría. Era la razón por la que Henry y Ottis estaban esperando allí. El agudo sonido del timbre del teléfono, era lo que ambos se esforzaban por escuchar por encima del sonido de su propia respiración agitada y sus gemidos. Debería sonar en cualquier momento.

El sol bajaba hacia el horizonte, rojo cereza y vacilante tras el creciente calor del día. La puesta de sol era la hora señalada para su llamada, pero la caída de la oscuridad aquí y la caída de la oscuridad en Florida, podrían ser en momentos diferentes. Ni Henry ni Ottis tenían los conocimientos necesarios para descifrarlo por sí mismos, así que esperaron pacientemente junto al teléfono, haciendo lo que les resultaba natural mientras las horas pasaban.

La situación no tenía fin para ninguno de los dos. Con el calor y la oscuridad, estaban demasiado agotados para realizar los esfuerzos necesarios para llegar a un momento de verdadero placer, pero su lujuria no se conformaría hasta que se hubiera saciado, así que

siguieron meneándose.

El teléfono empezó a sonar.

Henry se escabulló de Ottis y salió por la puerta lateral del coche antes de que el otro hombre tuviera tiempo siquiera de gemir en señal de protesta. Con todo derecho, Ottis debería haber sido el que respondiera a la llamada. Él era el elegido. Él era el que había sido marcado por su abuela y el diablo. Henry lo debilitó, le hizo entregar el control de las cosas que deberían haber sido suyas, y sólo suyas. Así de poderoso era Henry, así de majestuoso.

Henry cogió el teléfono con los vaqueros todavía a medio camino de sus piernas. De todos modos, no había nadie que lo viera.

"Dime, muchacho, ¿aceptas a Satanás como tu amo y señor?"

Henry se rió en el tubo del teléfono. Todo un alarde de confianza incluso ante una pregunta como esa. "Sabes que sí".

La voz en el teléfono era gutural y monstruosa, lo suficiente como para poner blanco el cabello de cualquier joven. "¿Y servirás a la majestad oscura con todas las fuerzas de tu cuerpo?"

"Definitivamente". Henry seguía sonriendo como si todo esto fuera un juego para él. Ottis había caído sobre el asfalto, con las rodillas casi ardientes por el contacto. Se estremecía cada vez que Henry se mostraba impertinente con sus amos. Cada pequeña broma o burla que hacía llenaba de terror a Ottis.

"¿Estás listo para cumplir tu propósito en el gran diseño de nuestro Señor y maestro, Satanás, el Ángel Oscuro?"

Henry le hizo un guiño a Ottis. "Sólo dime dónde ir y qué hacer".

"Hay un pueblo, a cuatrocientas millas al oeste de donde te encuentras ahora, fuera de ese pueblo, encontrarás a una chica. Su pelo es largo y oscuro. Su piel es pálida y con pecas. Llevará una mochila con una flor de loto púrpura bordada. La reconocerás por estas señales, y te la llevarás. Mata a la chica y acerca el plan de caos de nuestro maestro a su realización. Haz lo que quieras con el cuerpo después. Toma el placer que Satanás te permita. Pero primero, asegúrate de enviar su alma a las profundidades del infierno para que él pueda darse un festín".

"Como usted ordene". Las palabras llegaron torpemente a la boca arrogante de Henry. No le gustaban las órdenes, ni siquiera cuando venían del mismísimo Príncipe de las Tinieblas. 'Tú eres nuestras manos, y a través de ti, haremos su voluntad infernal. Ustedes son las Manos de la Muerte, y con cada asesinato, sembraremos más terror y discordia en esta gran nación hasta que caiga de rodillas". Las siguientes palabras parecieron salir de Henry involuntariamente, como un aullido. Echó la cabeza hacia atrás y bramó: "¡Salve Satanás!".

"¡Salve Satanás!", resonaron tanto desde el teléfono como de Ottis, desde su lugar en la tierra al borde del camino.

Luego, el silencio volvió a invadir el desierto. Henry dejó caer el auricular del teléfono en su sitio y se volvió hacia Ottis con satisfacción y hambre.

Tomó al hombre allí, en la tierra al borde del camino, rugiendo los nombres secretos del diablo con cada embestida, convirtiendo a Ottis en una ofrenda al igual que lo haría con esa pobre chica que el culto de las Manos de la Muerte había elegido como su más reciente víctima.

Antes de que la luna se elevara sobre ellos, se alejaron por la carretera hacia el oeste, deseosos de cumplir con la voluntad de su amo, sometidos a cumplir sus demandas, deleitándose en el mal a petición suya. Ningún hombre podía resistirse a la voluntad de Satanás, así que no se les podía culpar por las cosas que harían a continuación o por los actos pecaminosos que habían cometido hasta entonces.

"Alto".

Apenas había salido el sol cuando vieron a la chica al costado del camino. Ella era la elegida. La que su señor oscuro había elegido para ser su próxima víctima. Ella era la que...

"Para. Basta con toda esta tontería de adoración del diablo. No tiene ningún sentido".

La bien practicada narración de Henry de su crimen se detuvo. "¿Qué sucede ahora?"

El detective del otro lado de la mesa se inclinó para ofrecerle otro cigarrillo. Tenían que mantener la habitación bien llena de humo para tapar el singular hedor que parecía brotar de cada uno de los poros de Henry. Había sido envenenado de niño. Eso habían dicho los médicos de la prisión. Por eso desprendía ese olor que escocía los ojos. La opinión colectiva de todos los miembros del cuerpo era que un buen baño probablemente eliminaría la mayor parte de ese olor, pero los médicos insistieron.

"Lo del satanismo". El detective suspiró. Nadie se lo cree, Henry.

Henry ladeó la cabeza y se rascó la cuenca del ojo. No era fácil con las cadenas atadas en sus muñecas introducidas en el aro del centro de la mesa. "¿De qué estás hablando ahora?"

"Nadie cree que hayas sido enviado en una misión por Satanás para asesinar a todas estas chicas. No sé quién te ha metido en la cabeza la idea de que obtendrás una sentencia más leve si metes al diablo en el asunto, pero no lo harás. Sólo dinos la verdad, y nada más que la verdad. ¿De acuerdo?"

Henry parecía realmente perplejo. "¿Pero las Manos de la Muerte? ¿Qué pasa con ellos, eh?"

"La policía de Florida ha pasado por los Everglades. Han ido a todos los lugares donde dijiste que estos cultos tenían sus reuniones.

No había nada allí. Ni rastro de nadie. Ni sacrificios humanos. Nada, Henry. Es sólo una fantasía, y estoy cansado de oírla".

Henry se mojó los labios. "Está bien, está bien, está bien".

Se tomó un momento para recuperar la compostura y luego volvió al relato de su historia como si no le hubieran llamado mentiroso.

Se detuvieron junto a la chica que hacía autostop, con sus sonrisas idénticas de caimán en sus rostros. "Oye, ¿qué hace una cosita tan bonita como tú aquí sola?"

Estaba oscuro dentro del coche. Podía ver el brillo de sus sonrisas pero no el hambre en sus ojos. Estaba disgustada, necesitaba un lugar donde desahogar su frustración, y dos extraños amistosos parecían ser justo el boleto para ello. "Acabo de romper con mi novio. He terminado con los hombres. Son lo peor".

"Me ofendería, pero estoy de acuerdo con usted, señorita. Nunca he conocido a un hombre, aparte de mi buen amigo aquí a mi lado, que pudiera soportar durante mucho tiempo. Apuesto a que ni siquiera vale la pena escupir a ese novio tuyo si ha sido tan ruin".

Henry poseía un extraño encanto, el mismo que había atrapado a Ottis con tanta facilidad y profundidad. Era como una vieja estrella de cine en blanco y negro salida de la pantalla, vagando por ahí. Era más grande que la vida. La gente quedaba atrapada en su estela, y el mundo entero parecía redimensionarse a su alrededor. Nadie podía encantar a una chica desde un coche como Henry. Era como un regalo que no paraba de dar, según la mirada de Ottis.

La chica cayó fácilmente bajo su hechizo y se echó a reír. "Bueno, no es tan malo".

Henry ni siquiera tuvo que cambiar su discurso. Con la misma suavidad que un estafador de Las Vegas, respondió: "Me alegra oírte decir eso. De hecho, porque ese chico tuyo, debo decirte, se siente muy mal por cómo te ha tratado. Nos detuvo a mí y a mi amigo y nos rogó, de rodillas, que viniéramos a buscarte y te lleváramos a él. Sabe que ha cometido un error y quiere repararlo".

"Espera" -un ceño fruncido cruzó su rostro-, "¿los ha enviado Kenny?"

"Espero que no pienses que tengo la costumbre de pararme a charlar con todas las chicas guapas que me cruzo en la carretera. Por supuesto que nos ha enviado Kenny. Quiere que te llevemos con él para poder disculparse como es debido".

Era difícil sospechar ante el abrumador encanto de Henry, pero aun así lo intentó. "¿Por qué no ha venido él mismo si está tan arrepentido?"

"¿No lo sabes? Eso también es parte de esta triste historia. Tu chico estaba listo para salir rugiendo de la ciudad detrás de ti cuando reventó su maldito neumático. Lo atravesó con un clavo. Así es como

conocimos a Kenny para empezar, ya ves. Vimos a ese pobre muchacho parado a un lado de la carretera tratando de meter un gato debajo de su coche y, como buenos samaritanos que somos, salimos a ayudarle. Pero, ¿se dejó ayudar?"

Ottis sacudió la cabeza en el momento justo. "Nop".

"No, seguro que no". "Nos dijo: No se queden aquí. Tengo una chica ahí fuera, bajo este sol despiadado que necesita ser rescatada. ¿Ustedes, buenos muchachos, podrían ayudarme? Entonces vuelvan a ese coche suyo y vayan a buscar a mi chica antes de que llegue demasiado lejos, porque me he comportado mal con ella y debo repararlo".

"Eso fue lo que dijo". Ottis asintió.

La chica vaciló al borde del camino. Henry estaba seguro de que ella no dudaba de su palabra, así que la única alternativa tenía que ser que dudara de su novio. Se recostó en su asiento. Escucha, señorita. No tengo ningún apego por tu chico Kenny. Si me dices que no quieres volver a verlo, te llevaré a donde tengas que ir para alejarte de él. Ni siquiera he oído su versión de la historia, sólo sus lamentos de que lo siente, así que no sé en qué clase de situación nos hemos metido mi amigo y yo".

Eso pareció convencerla. "No. No, quiero ir a escuchar lo que tiene para decir. Al menos me debe una disculpa".

Abrió la puerta trasera del coche y subió, envuelta en el olor a humo de cigarrillo y sudor.

"¿Y esto fue el día veintiocho?" El detective volvió a interrumpir a Henry, con el bolígrafo golpeando en su portapapeles.

"¿Qué ocurre ahora?"

"Recogiste a esta chica el 28 de agosto. ¿Es eso lo que estás diciendo?

"Sí, eso es. Por supuesto. El veintiocho. Ottis la estranguló esa tarde. Yo me la cogí. Luego la enterramos junto al granero desvencijado, justo donde dije que la encontrarías. La desenterraste, ¿verdad?"

"Oh sí, encontramos el cuerpo exactamente donde dijiste que estaría". El detective asintió. Pero aquí está la cosa. Tú no la mataste".

Henry se estaba enfadando. Su cuenco ocular vacío empezó a lagrimear. "Ya te he dicho que Ottis la mató y yo me la cogí".

"Tengo una nómina de un trabajo de Richmond, Virginia. Dice que el día 28 estabas techando la casa de una anciana. ¿Cómo has podido estar en dos lugares al mismo tiempo?"

Dio una larga calada a su cigarrillo. "¿Qué es esto? ¿Ya no quieres mis confesiones?"

El detective se sentó con un suspiro. "Queremos la verdad, Henry. Eso es todo lo que siempre quisimos. La verdad".

"Bueno, tal vez ese era sólo Ottis entonces. No puedo recordar cada pequeña cosa. Cuando haces muchas cosas, todas se mezclan. ¿Recuerdas cada cagada que te has mandado?"

El detective extendió la mano sobre la mesa y sacó el paquete de cigarrillos del alcance del asesino. "Bueno, veamos si podemos refrescar esa memoria".

El hijo de una puta

El 23 de agosto de 1936, Henry Lee Lucas nació en el crudo piso de tierra de la cabaña de madera de su familia, en los bosques de Blacksburg, Virginia. Lo que habría sido motivo de celebración en cualquier familia normal, resultó ser una molestia y una grave imposición en el hogar de los Lucas.

Su madre, Viola, tenía más de cincuenta años pero seguía trabajando duro como prostituta del pueblo, y cada día que sus genitales estaban fuera de servicio debido a otro bebé no deseado, era un día que la familia perdía la miseria de dinero que le pagaban por sexo, normalmente unos diez céntimos por cliente. No es que su padre, Anderson, aportara mucho para mantener a su mujer y a los treinta y tantos hijos bastardos que había engendrado. Aunque solía ganarse la vida decentemente trabajando en los ferrocarriles, su alcoholismo pronto cortó con eso, y también con él. Una noche, estando ciego de alcohol, se desmayó sobre las vías y un tren de carga le pasó por encima, cortándole ambas piernas. Sobrevivió a la experiencia, pero pasó el resto de sus días en un pequeño carro de madera al que empujaba con la ayuda de un palo de escoba.

Fue la última vez que probó el licor. En el momento en que Viola se convirtió en el sostén de la casa, se impuso como matriarca y jefa de toda la familia, manejando los hilos de su extremadamente exigua fortuna y utilizándolos como una más de sus muchas herramientas para dominar y menospreciar a todos los que la rodeaban.

Incluso cuando Henry era un bebé, su madre le pellizcaba cada vez que lloraba o se alimentaba. No había bondad para Henry que no viniera acompañada de dolor en igual medida. En cuanto tuvo la edad suficiente para sobrevivir a los alimentos sólidos, Viola lo dejó en el suelo y jamás lo volvió a levantar. El afecto era algo que debía comprarse, no era algo que se daba gratuitamente. Pero de sufrimiento, tenía mucho de sobra para su último hijo.

En la cabaña no había saneamiento, ni electricidad, sólo una estufa a leña que Viola utilizaba para preparar las comidas para ella, su proxeneta y, muy ocasionalmente, su marido. La comida caliente era un lujo que el pequeño Henry nunca experimentaría. Al ser sorprendido tratando de robar las sobras del plato de su padre una noche, fue desterrado de la casa para vivir en el gallinero.

A menudo se podía ver a Henry roer las tablas de madera del gallinero cuando empezaron a salirle los dientes. Masticó cantidades considerables de la pintura de plomo que la recubría y, combinado con la ausencia de cualquier tipo de rutina de limpieza, no tardó en sufrir varios tipos de envenenamiento: envenenamiento por plomo de la pintura y envenenamiento por cadmio de los excrementos de las

gallinas y el insecticida que a veces se guardaba allí. Cuando tuvo la edad suficiente para caminar, estos venenos ya habían impregnado su cuerpo hasta tal punto que el olor a cadmio se filtraba constantemente por sus poros. Cuando tuvo la edad suficiente para ir a la escuela, el olor era suficiente para hacer llorar los ojos de sus compañeros. En el aula se sentaba junto a una ventana abierta, hiciera el tiempo que hiciera, pero ni siquiera eso era suficiente para aliviar el hedor y tampoco el odio que infundía en sus compañeros. Henry era odiado tanto por sus profesores como por los demás alumnos. Estaba completamente aislado de la comunidad de Blacksburg, y sólo la dudosa compañía de su familia lo salvaba de ser un paria total.

Sus padres, tal y como eran, permanecían más o menos inalcanzables para la escuela o las autoridades, y cualquier mensaje que Henry les llevara, era descartado sin pensarlo dos veces. Pero finalmente, una de las muchas peticiones de que el chico se lavara para hacer frente a su impío olor, llegó a oídos de Viola y la hizo entrar en cólera. Arrastró al aterrorizado muchacho hasta el pequeño estanque que bordeaba su propiedad, lo desnudó y lo mantuvo bajo el agua mientras lo fregaba y abusaba de él por igual.

"Si quieren que sea una niña que huela bien, eso es exactamente lo que les daremos".

Todavía tenía ropa de todos sus hijos mayores guardada para usarla como prendas de segunda mano, pero una prenda en especial ocupaba un lugar de honor entre las pertenencias de todos los hermanastros de Henry: un hermoso vestido de flores que había sido pensado para que su hermana mayor lo llevara a la iglesia. Viola obligó a Henry a ponérselo y luego lo paseó por toda la ciudad, gritando: "Miren qué guapa es mi niña. Creía que era un niño, pero creo que me he equivocado".

Lo hizo desfilar a través de las puertas de la escuela y hacia el edificio antes de escabullirse de regreso al bosque. Henry tuvo que sentarse con el vestido durante toda la jornada escolar antes de que se le permitiera correr a casa, sollozando durante todo el camino.

No fue, ni mucho menos, la última vez que se puso ese vestido. Se convirtió en uno de los castigos favoritos de Viola para el niño: obligarle a llevar ropa de niña. Ya había pasado suficiente tiempo de su vida a merced de los hombres, por lo que la oportunidad de vengarse un poco de ese género, era muy bienvenida. Detestaba y temía a todos los hombres, por lo que poder quitarle a uno de ellos el poder de cualquier manera, significaba una gran emoción para ella. Durante mucho tiempo había estado usando la emasculación como herramienta para controlar a su marido. Cada vez que llegaba un cliente a la casa, colocaba a su marido en un rincón de la habitación y le obligaba a mirar. Pronto, a ese hombre discapacitado se le unió lo

que parecía ser una chica notablemente fea. Henry estaba inmovilizado por el miedo a su madre, repugnado y horrorizado por las cosas que hacía por dinero. Cualquier último rescoldo de humanidad que pudiera seguir ardiendo en el interior del chico a pesar de todos los abusos que había sufrido, murió en aquella lúgubre cabaña, viendo cómo un hombre tras otro montaba a su madre y le dejaba unos cuantos centavos a cambio.

Henry necesitaba desesperadamente un amigo. Sus hermanos mayores habían percibido el particular antagonismo de su madre hacia Henry, y temían sufrir las consecuencias de parecer confabulados con él. Su padre, atormentado por un dolor constante, a quien se le había negado el alcohol que siempre había utilizado para adormecerse, se veía obligado a ver cómo un hombre tras otro yacía con su esposa. Estaba completamente perdido en su propia miseria. Si Henry llegaba a acercársele, arremetía contra el chico con el palo de escoba que utilizaba para trasladarse.

No había nadie que pudiera ayudarle a soportar la insoportable carga de su horrible infancia. Ningún ser humano quería tener nada que ver con él por miedo a ser arrastrado a la vorágine que le rodeaba, pero al fin encontró una criatura en todo Blacksburg que parecía preocuparse por él: una mula a la que se paraba a visitar cada día después de la escuela.

El animal sin nombre era propiedad de uno de los antiguos amigos del trabajo de Anderson, y no tenía ningún propósito más que merodear por su propiedad. Por eso, cuando descubrió el placer que el joven Henry sentía al jugar con el animal, se sintió más que feliz de poder regalárselo al niño.

Viola miró al animal con recelo cuando Henry lo llevó al patio con la ayuda de una cuerda de trapo. No entendía por qué el chico lo había traído, y fueron necesarias varias rondas de despiadadas acusaciones antes de que se calmara lo suficiente como para escuchar su torpe explicación. Miró al niño, luego a la bestia y viceversa, vio el afecto en los ojos de su hijo, la admiración por un animal que la mayoría habría pasado por alto por completo. En el momento en que reconoció que era amor, se sintió consumida por los celos. Viola detestaba a Henry, no quería tener nada que ver con él, ni siquiera en los mejores momentos, pero tampoco podía soportar la idea de que encontrara consuelo o amor en otro ser.

Viviendo al margen de la civilización y con animales domésticos propios, la familia Lucas necesitaba un arma. Se utilizaba muy poco, y apenas se pensaba en ella la mayoría de los días, pero Viola podía encontrarla entre las oscuras vigas sólo con el tacto. La escopeta se guardaba cargada para casos de emergencia, y aquella mirada de Henry, la suavidad y la amabilidad que había allí, constituían sin duda

una emergencia a juicio de Viola.

Disparó a la mula, justo en la cara. Henry fue rociado con su sangre. Lo cegó. Se limpió los ojos con ambas manos. Sintió que un grito le subía por la garganta, pero el firme revés de Viola lo cortó antes de que pudiera escapar. "¿Por qué has tenido que hacer eso? Ahora tengo que pagarle a alguien para que se lleve este cadáver inútil, estúpida rata de mierda".

Lo golpeó de nuevo, una bofetada con la mano abierta que le hizo caer de rodillas con un grito ahogado. Tenía las manos manchadas de sangre. Le dio una patada en las costillas, lo suficientemente fuerte como para hacerlas crujir.

Fue culpa suya. No debería haber amado a esa mula. Esto era lo que su amor traía consigo. Viola le dio un pisotón en la mano cuando él se la tendió en señal de súplica desesperada. Le habían enseñado de joven que el amor traía dolor, que la felicidad tenía un precio. ¿Por qué no había escuchado? ¿Por qué no había aprendido?

Viola siguió dándole puñetazos y patadas hasta dejarlo inconsciente, y luego lo arrastró de vuelta al gallinero para que se calmara. No era la primera vez que lo golpeaba así, y ciertamente no sería la última.

La campaña de abusos que infligía a Henry y a su padre para "mantenerlos en su sitio" era implacable. Insistía en que ambos observaran cómo atendía a sus clientes, a veces disfrazando a Henry de chica y amenazando con ofrecerlo a sus clientes junto a ella, a veces simplemente empujándolos a una esquina de la habitación para que no molestaran demasiado a sus "caballerosos clientes".

Henry nunca parecía quedar insensibilizado a ese dolor en particular, sin importar cuántas veces fuera expuesto a la misma rutina. Todavía se estremecía con el sonido de la carne martilleando contra la carne, todavía luchaba por evitar que la bilis subiera por su garganta. La primera vez que había intentado huir, Viola se le había echado encima como un tiro, como una bestia salida de una pesadilla. Desnuda, hinchada y pálida a la luz del fuego, lo había arrastrado de vuelta a la habitación por los tobillos, y el hombre que había pagado por follársela yacía riendo en la cama mientras ella pateaba una y otra vez en la cabeza a su hijo.

A partir de entonces, se volvió más creativa en sus castigos. Lo dejaba correr, pero cada vez que estaba fuera de su vista, su terror aumentaba. Sabía que ella vendría por él cuando terminara. Sabía que los tormentos que le infligiría serían aún peores si le negaba su satisfacción inmediata. Cuando ella terminaba su trabajo, Henry volvía a la casa para recibir su paliza, sintiéndose el cobarde indefenso y aterrorizado que ella le acusaba de ser mientras lloraba y sangraba, suplicándole piedad.

Esta violencia alcanzó su punto álgido cuando Henry apenas tenía nueve años. Viola le había encomendado la tarea de reparar la cerca que rodeaba su propiedad, solo, con algunos restos de madera de desecho que ella había adquirido a cambio de sus servicios. Trabajó en esa tarea durante todo el día, faltando gustosamente a la escuela, donde le trataban como si fuera basura, y encontrando una pequeña satisfacción en hacer un buen trabajo con sus manos. Su fijación en la tarea fue tan intensa, que cuando Viola le llamó, no acudió inmediatamente corriendo como solía hacerlo. Tenía un cliente esperándola, ya medio desnudo en su dormitorio, y Henry no acudió a la llamada. La misma furia de siempre brotó en ella. Se apresuró a acercarse a la pila de leña, agarró un palo de dos por cuatro y le dio un golpe en la nuca a Henry. El chasquido fue tan fuerte que probablemente lo oyeron desde el pueblo, y él cayó de bruces sobre la hierba amarillenta. Viola le escupió, y luego volvió a su actividad de prostitución sin pensarlo dos veces. Eso le enseñaría al chico algo de respeto; se levantaría dolorido por la mañana y se arrepentiría de haber pensado en cruzarse con ella.

La noche llegó y se fue, las horas de trabajo más ocupadas de Viola y la hora de la bebida, todo en uno. Unas horas después del amanecer, se levantó de la cama y se dirigió al gallinero para decirle al chico lo que pensaba ahora que estaría lo suficientemente consciente como para escucharla. No había ni rastro de él. Con un resoplido, Viola giró sobre sus talones y se dirigió hacia la cabaña. "Niño estúpido, pensó que podría escaparse a la escuela y estar a salvo allí. ¿No sabe que cada vez que huye es peor? Pequeño cobarde. Pequeño idiota. ¿Está buscando que le den otra paliza? "

Ya casi había llegado a la casa cuando vio aquel bulto cubierto de rocío en la hierba. Justo en el mismo lugar donde había dejado caer a Henry ayer. El pequeño cerdo perezoso ni siquiera se había arrastrado a su gallinero. Corrió un poco y lo pateó tan fuerte como pudo en el trasero. Le empezó a doler el tobillo. "Levántate cerdo, perezoso de mierda. Tienes una cerca por terminar".

Henry no movió ni un músculo. Ella le dio otra patada. Y luego otra más, lo suficientemente fuerte como para que su cuerpo inerte rodara y su expresión de mandíbula floja quedara expuesta al cielo de la mañana. Esto fue suficiente para que incluso Viola se detuviera. Con un temblor en las manos, le tocó la cara. Estaba frío. Bajó las manos hasta sus labios y las mantuvo firmes. El aliento de él le hizo cosquillas en las yemas de los dedos, y el aliento que había estado conteniendo salió en un suspiro. "Levántate, perezoso. Levántate. Despierta".

Cuando se hizo evidente que Henry no iba a moverse por sus propios medios, Viola dispuso que un par de sus hermanos mayores lo

arrastraran al interior y lo apuntalaran en una esquina donde no estorbara. Anderson estaba estacionado en la esquina opuesta, totalmente ignorado por el enjambre de niños que siguieron con su día como si nada. Ambos fueron olvidados.

Henry permaneció allí durante un día entero, completamente abandonado. Luego otro. Viola lo había apartado de su mente. Anderson habría sido impotente para ayudarle, incluso si no hubiera estado tan perdido en su propia miseria que apenas se hubiera dado cuenta del estado del chico. Henry habría muerto allí mismo, en el piso de tierra de aquella cabaña, de no ser porque el más improbable de los benefactores acudió a su rescate.

El proxeneta de Viola, el "tío Bernie", había estado yendo y viniendo como de costumbre durante los últimos días, trayendo clientes y volviendo para obtener su parte de las ganancias, y se había percatado del chico herido. Finalmente, su humanidad básica se impuso a su deseo de mantenerse al margen del horrible drama familiar. Recogió a Henry, lo metió en la parte trasera de su camioneta y lo llevó al hospital.

Incluso unos pocos minutos de inconsciencia inducida por una conmoción cerebral son motivo de preocupación para los médicos, y Henry llevaba tres días en un coma no controlado. El personal médico no podía creer que el chico siguiera vivo y, desde luego, no esperaban que recuperara la conciencia después de sufrir lo que suponían era un daño cerebral importante. Pasó una semana antes de que recuperara la conciencia, y cuando lo hizo, estaba solo en un lugar extraño y blanco, completamente diferente a todo lo que había experimentado anteriormente en su vida. La gente de allí le hablaba con suavidad y amabilidad. Con la suficiente lentitud como para no tener que cuestionarles ni dudar de sus propios recuerdos. Durante un tiempo, pensó que había muerto y que había ido a parar al cielo, pero entonces empezaron las pruebas en serio. Las agujas y las interminables preguntas.

¿Qué le había pasado? ¿Cuánto podía recordar? ¿Cuándo había estado expuesto al cadmio? ¿Cuándo había estado expuesto al plomo? ¿A qué colegio había ido? ¿Quién era el hombre que lo había traído? No podía ni siquiera empezar a entender algunas de esas preguntas, y mucho menos responderlas. Tomaron su mutismo ante las preguntas como un signo de amnesia o de retraso por la falta de oxígeno. Aceptando que los accidentes simplemente ocurren a veces.

Cuando el tío Bernie volvió a comprobar cómo estaba el niño, no se les ocurrió ninguna razón de peso para que no pudiera llevárselo a casa.

Los ataques no llegaron hasta más tarde. Brutales, aplastantes, que Henry no podría recordar después. Cada músculo de su cuerpo se

contraía, temblando y esforzándose contra todos los demás. Los ojos se le metían en la cabeza. Echaba espuma por la boca, soltaba pequeños aullidos y gritos. Por aquel entonces, los médicos los llamaban ataques de "gran mal", es decir, convulsiones violentas que le destrozaban todo el cuerpo y lo dejaban dolorido durante días, aunque ni siquiera se diera cuenta de que habían ocurrido. En un momento estaba bien, y al siguiente se revolcaba en el suelo, indefenso y perdido en la estática negra de su propio cerebro.

Después de aquella desgarradora experiencia, Henry quedó al margen de los castigos de su madre. Viola lo habría castigado antes, le habría dado varias palizas sangrientas y lo habría atormentado aún más, pero a instancias del tío Bernie, que no quería ver cómo su plato de comida iba a parar a la cárcel por maltrato infantil, se relajó con Henry.

Una vez eliminado el peligro evidente de provocar la ira de Viola, sus hermanastros estuvieron encantados de acogerlo en la familia. Las chicas se apiadaron de Henry, le enseñaron a lavarse correctamente, a limpiar su ropa para que no fuera un blanco tan obvio para los matones de la escuela. Los chicos, por su parte, se alegraron de tener un nuevo compañero de juegos después de tantos años de estancamiento. Corrían, gritando y chillando, por los bosques que rodeaban su casa. Se peleaban, nadaban en el arroyo y cazaban ardillas hasta mucho después de que se pusiera el sol y tuvieran que regresar a la interminable miseria junto a sus padres.

Cuando llegó a los diez años, en 1946, Henry empezaba a ser tan normal como era posible para alguien con su educación. Empezaba a tener cierto éxito en la escuela, y los matones que le habían acosado en sus primeros días, se calmaron cuando descubrieron, por las malas, que llevaba un cuchillo en el cinturón en todo momento, al igual que sus hermanos.

Esos cuchillos formaban parte de la vida cotidiana de los niños Lucas. Los usaban para fabricar juguetes en el bosque y para despellejar las ardillas que atrapaban. Hay cientos de pequeños usos posibles para un cuchillo en la vida rural. Pero sobre todo, los usaban para luchar. No sólo con extraños, sino también para resolver discusiones dentro de la familia. No había un solo niño Lucas que no tuviera una cicatriz de cuchillo en alguna parte de su cuerpo, y con lo débil y hambriento que estaba Henry tras sus primeros años de abandono, llevaba más de ellas que la mayoría.

Desde su coma, los movimientos de Henry eran a veces erráticos y torpes, como si hubiera olvidado cómo debía encajar su mente en su cuerpo. En las peleas de cuchillos de la familia, esto lo convertía en un peligro tanto para los demás como para sí mismo, tambaleándose inesperadamente hacia el camino del peligro.

Fue durante uno de esos juegos con cuchillos, en un día soleado en el bosque, cuando Henry se lanzó inesperadamente hacia adelante, empalando su propio ojo en el cuchillo de su hermanastro. El globo ocular estalló inmediatamente, el vítreo pegajoso se deslizó por su mejilla y arrancó un grito de la garganta de su hermano. Henry no gritó. Ni siquiera gritó. Parecía demasiado sorprendido para responder siquiera al estímulo. Se tiró al suelo como si sus emociones le estuvieran pasando por encima, luego un ataque lo sacudió mientras su hermanastro corría en busca de alguien que lo ayudara a arrastrarlo de vuelta a la cabaña.

Viola echó un vistazo a su hijo, con la sangre y las hojas secas pegadas a la cara, y se encogió de hombros. "No hay nada que hacer al respecto ahora. Simplemente, no vuelvas a ser estúpido".

Sus hermanos hicieron todo lo posible para lavar la cuenca entonces vacía, mientras Henry les maldecía a todos con un lenguaje sorprendentemente variopinto. Como de costumbre, Viola no tenía intención de buscar atención médica para su hijo herido, y sin ningún marco de referencia, los niños le siguieron la corriente. De alguna manera, a pesar de que un cuchillo sucio le infligió la herida, de que se le restregó tierra y hojas en descomposición, de que se utilizó el agua de un arroyo para lavarla y de que nadie practicó la higiene necesaria, la herida no se infectó. Tres semanas después de la pérdida del ojo, se estaba curando tan bien que los profesores de la escuela de Henry supusieron que realmente había sido tratado.

Henry había empezado a desarrollar un poco de personalidad una vez que había salido de la sombra de Viola. Tenía un sentido del humor irónico que pasaba desapercibido para la mayoría de los niños de su edad, pero que de vez en cuando provocaba la risa de sus profesores. No era ni mucho menos uno de los favoritos, y su presencia seguía siendo la mayoría de las veces una molestia en el aula. Pero era callado y atento, aunque no lograba entender ninguna de las asignaturas más complejas. Dejaba en paz a los profesores y ellos le dejaban en paz a él.

No se puede decir lo mismo de todos sus compañeros de clase. Eran la habitual mezcla de payasos y niños aburridos que componen la mayoría del alumnado las escuelas, y por ello recibían su buena dosis de castigo por parte de sus profesores.

Un día, Henry estaba sentado, ocupándose de sus propios asuntos y haciendo todo lo posible por estar atento a lo que decía su profesora, cuando el chico de al lado empezó a gastar bromas a un compañero. Henry tampoco les prestó atención, pero al poco tiempo las constantes carcajadas habían enfurecido a su profesora. Ella se dio la vuelta y le lanzó una regla de madera al chico. Pero falló. El pequeño trozo de madera se clavó en la cuenca ocular vacía de Henry y se quedó allí.

Todo el escándalo que nunca había hecho cuando perdió el ojo, salió de él entonces. Sonaba como un cerdo que estaba siendo desollado vivo. Su profesora se apresuró a acercarse y presa del pánico, trató de sacar la regla, pero estaba firmemente clavada en el tejido blando. Tuvo que retorcerla para sacarla.

Después de ese pequeño incidente, se produjo una infección. Nada que pusiera en peligro su vida, nada que pudiera afectar demasiado a su vida, pero un pequeño y persistente cultivo de bacterias que duraría el resto de la vida de Henry, haciendo que su cuenca ocular vacía llorara lágrimas lechosas en momentos inoportunos cuando no tenía el ojo de cristal en su lugar.

Dolores en aumento

En el invierno de 1949, la tensión de vivir con Viola se había vuelto demasiado para Anderson. Había hecho todo lo posible por criar a sus hijos con cierta decencia y dignidad a pesar de todo, pero Viola lo había marginado tanto que sus lecciones nunca lograron echar raíces. Al final, se limitaba a golpear a sus hijos con el palo de la escoba cada vez que venían a atormentarlo. Su trato lo había reducido a menos que un hombre, a menos que un animal, y podría haber seguido viviendo otros veinte años en ese mismo infierno cotidiano si no hubiera tenido un breve momento de autorreflexión. En medio de la noche, se arrastró fuera de la cabaña hacia la nieve. Siguió arrastrándose durante todo el tiempo que pudo, sus músculos atrofiados cobraron nueva fuerza al saber que había un objetivo a la vista, que su sufrimiento pronto terminaría.

Esa última carrera desesperada hacia la libertad fue un éxito total. Cuando los niños lo encontraron por la mañana, ya estaba medio muerto por la exposición al frío. Incluso después de que lo llevaran al hospital y de que la neumonía se instalara realmente, nunca recuperó la conciencia.

En la primavera de 1950, Anderson Lucas había muerto, y todos los intentos que había hecho por inculcar valores o moderación a sus hijos fueron olvidados junto con él.

La pubertad golpeó a Henry Lee Lucas como el tren de carga que se llevó las piernas de su padre muerto. Pasó de no tener ningún interés por las chicas de fuera de su familia a tener demasiado interés en el transcurso de unas pocas semanas. Pasó el verano de 1950 persiguiendo implacablemente a todas las chicas de su clase, siendo brutalmente rechazado por cada una de ellas. No tenía las habilidades sociales necesarias para sortear su reputación en la ciudad, ni su penetrante aroma. El encanto que acabó desarrollando no saldría a la luz hasta pasados unos cuantos años.

A los catorce años, las salidas para sus impulsos sexuales eran extremadamente limitadas, pero una vez más, sus hermanos acudieron al rescate. Habían pasado muchos años cazando ardillas y conejos en los bosques que rodeaban su cabaña, pero fue recién entonces, cuando el impulso sexual de Henry comenzó a aumentar, que descubrió por qué sus hermanos mayores seguían con esos juegos infantiles. Tenían sexo con ellos. La misma suerte habría corrido su querida mula si Viola no hubiera intervenido tan pronto.

Henry asimiló tan bien las lecciones de sus hermanos que al poco tiempo era él quien dirigía la cacería y ampliaba tanto el repertorio de animales de los que abusaban, como las técnicas específicas que utilizaban para maximizar su placer en cada caso. Fue Henry quien

descubrió que degollar a un animal justo cuando se acercaba a su orgasmo hacía que éste se agitara de una forma especialmente excitante, y fue Henry quien descubrió una y otra vez el placer de seguir follando a un animal después de muerto.

Por aquel entonces, la carrera académica de Henry llegó a su fin. El bosque estaba lleno de animales que le llamaban, sus hormonas estaban disparadas y no tenía ningún interés en ningún tipo de trabajo; no cuando su extensa familia ya le había dado vueltas a una forma mucho más lucrativa de pasar el tiempo. Sus primos, en su mayoría parientes de Viola, siempre pasaban por la casa de los Lucas, ya que toda la familia de Anderson se distanció sabiamente de él después de que cometiera el error fatal de haberse casado con ella. Y aunque no todos eran delincuentes o vagabundos, muchos de ellos iban a dejar una huella permanente en el joven Henry.

Una serie de robos surgió a lo largo del Estado de Virginia, principalmente centrados en Richmond, pero extendiéndose en todas las direcciones. A partir de informes y de testigos dispersos, parecía que había una banda itinerante de adolescentes y adultos jóvenes que atacaban objetivos casi al azar, teniendo muy poco cuidado de evitar ser descubiertos y confiando casi exclusivamente en su suerte para llevarlos a cabo. Sin embargo, no importaba lo lejos que vagara o el dinero que consiguiera, Henry volvía siempre a Blacksburg, a la incesante malicia de su madre, que siempre le estaba esperando.

Con el dinero llegaron mejores perspectivas para el muchacho. En 1951 tenía quince años, más rico que nunca en su vida, adquirió por primera vez algo de confianza en sí mismo gracias a los largos periodos de tiempo pasados fuera de la influencia de su madre. Su ausencia parecía hacer que su corazón se volviera más cariñoso, y muchas de las chicas que no le daban ni la hora cuando iban juntos al colegio, de repente comenzaron a interesarse por el único chico de su edad que conducía un coche en lugar de un tractor. Su interés por las mujeres nunca fue romántico, sino una expresión de sus infinitos deseos carnales, pero aprendió a jugar el juego, al menos un poco. Y cuanto más actuaba como si sólo estuviera interesado en salir con las chicas que perseguía, más éxito tenía con ellas, hasta cierto punto.

Henry dedicaba una cantidad desmesurada de tiempo y atención a cortejar a las chicas que perseguía, intentando obsesivamente comprar lo que consideraba la conclusión natural de su acuerdo. Las chicas, por su parte, habían sido bien advertidas de los peligros del sexo prematrimonial y de las profundidades de la depravación y la indigencia a las que las podía conducir, utilizando a menudo a la familia Lucas como ejemplo en la charla.

Tras un intento de cortejo de un mes, interrumpido únicamente por sus viajes para hacer pequeños allanamientos de morada y por las

complejidades de mantener su relación en secreto ante todos los habitantes de la ciudad, Henry regresó para encontrar al objeto de su afecto tan reacio a ir más allá de las caricias como lo había estado antes de marcharse. En su coche, en lo más profundo del bosque, más allá de los lugares habituales de Blacksburg que suelen frecuentar los adolescentes para besarse, le planteó un ultimátum. "O te entregas a mí como se supone que debes hacerlo, o no nos veremos más. No más flores, no más paseos en coche cuando te plazca. No más nada".

A pesar de ese argumento persuasivo, sus rodillas no se separaron. "No soy así, Henry".

Un temblor recorrió su cuerpo, no era una convulsión, sino rabia. Después de todo lo que había hecho por ella. Después de todo el dinero que había gastado en ella. ¿Ella no era así? Él la haría ser así. La haría ser como él quisiera, cuando él quisiera.

Se lanzó encima de ella y sus manos se aferraron, no a su pecho, como ella habría supuesto, sino a su garganta. Las manos le temblaban mientras los músculos de sus brazos se ponían de manifiesto. La chica ni siquiera tuvo tiempo de pensar, no tuvo tiempo de cambiar de opinión ni de defenderse. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, su mundo ya había empezado a oscurecerse. Lo último que vio fue a Henry Lee Lucas cerniéndose sobre ella, con los dientes apretados y la cuenca del ojo llorando de frustración y esfuerzo.

Una vez muerta, se deshizo rápidamente de su ropa interior, cortándola y tirándola a un lado. Estaba íntimamente familiarizado con la mecánica del sexo, ya que había pasado gran parte de su vida con un asiento en primera fila en un prostíbulo, y no tardó mucho en follar alegremente el cadáver aún caliente.

Una vez saciados sus impulsos, Henry miró a la chica con asco y arrepentimiento; no porque la hubiera matado -le daba igual que estuviera viva o muerta- sino porque ahora iba a tener que ocuparse del cadáver. Cavó una tumba poco profunda junto al camino y la arrojó dentro, aún parcialmente vestida. Mientras la tapaba con tierra, Henry pontificó sobre la situación. El sexo con las chicas muertas siempre iba a ser mejor porque no podrían decir que no a nada de lo que les pidiera. Si hubiera pasado directamente a matar a esa zorra, se habría ahorrado mucho trabajo y dinero, y al final habría conseguido exactamente lo mismo. Era como coger animales con sus hermanos. La emoción de la caza añadía una pequeña ventaja a su excitación.

El asesinato no provocó nada en él. Sabía que algunos de sus parientes se regocijaban en ello -tenían una verdadera sed de sangre- pero para él, fue tan vacío como cualquier otro acto. Un paso necesario para conseguir lo que quería, tal vez, pero no algo para recordar o apreciar. Le importaba tan poco esa chica, que cuando llegó el momento de confesar sus crímenes, ni siquiera pudo recordar

su nombre. Su cuerpo aún yace en algún lugar de los bosques de Virginia, sin ser descubierto en una tumba sin nombre o desenterrado y destrozado por animales carroñeros. Si su familia la echó de menos, no hay rastro de ello en los registros oficiales.

Más tarde, el relato de Henry sobre este crimen cambió. Describió una serie de circunstancias totalmente diferentes, una chica completamente diferente, a la que había recogido al azar en una parada de autobús, a la que había golpeado hasta dejarla inconsciente y a la que había llevado al bosque para violarla. Afirmó que ella se despertó durante el acto de penetración e intentó defenderse, lo que le llevó a estrangularla hasta dejarla inconsciente. Aún más tarde, se retractó de estas dos confesiones afirmando que nunca había matado a nadie.

La verdad fue siempre un blanco móvil para Henry Lee Lucas, y sin cuerpo ni pruebas forenses que examinar, es imposible saber cuál de las tres versiones de la realidad ocurrió realmente y cuáles fueron engendradas por el engaño y la confusión. Más recientemente, se ha relacionado esta confesión con la desaparición de Laura Burnley, de diecisiete años, pero nunca se han aportado pruebas adicionales que confirmen ese nexo.

Con el tiempo, los delitos de Henry le alcanzaron. No el asesinato, ni las numerosas agresiones sexuales que había cometido a lo largo de los años antes de llegar finalmente a su revelación asesina, sino los pequeños robos que habían sido sus únicos ingresos. En 1954 fue declarado culpable de varios cargos de robo y condenado a seis años de prisión. En lugar de enviarlo a una cárcel de adultos y exponerlo a las privaciones que probablemente sufriría allí, Henry fue internado en la Escuela de Formación para Niños de Beaumont.

No fue un internado exitoso. Henry era un niño intensamente disruptivo y rebelde, y parecía totalmente incapaz de absorber ninguna de las lecciones que la escuela intentaba inculcarle. Un miembro del personal lo describió más tarde como "un niño salvaje".

En el plazo de un mes, logró escapar de la institución, huyendo de vuelta a Blacksburg, al abrasador desprecio de Viola. No había tenido ningún lugar donde descargar sus frustraciones durante el mes dentro de esa institución; nadie que fuera el destinatario de sus viles intereses carnales.

Una de sus sobrinas, de una de sus hermanastras mayores, había quedado al cuidado de Viola. Tenía doce años y estaba más que aterrorizada por su tío adolescente de aspecto salvaje. Ese miedo estaba bien fundado: la violaba detrás del gallinero que le había servido de hogar durante toda su infancia, y la amenazaba con degollarla como a una ardilla si decía una sola palabra al respecto a alguien.

A pesar de todos los indicios de que era un sociópata, Henry seguía aferrándose a la familia como algo sacrosanto. A pesar de todo el mal que les infligía y que su madre le había infligido a él en su momento, no mataría voluntariamente a su sobrina, aunque su única conexión con ella fuera tenue, a través de la genética y no de ningún tipo de vínculo sentimental.

Su bien pensado plan de huir de aquella prisión de baja seguridad pudo llevarle a casa, pero sólo unos días después fue recogido por el sheriff local y entregado de nuevo al Estado. Una vez ingresado en una prisión para adultos, el proceso judicial siguió adelante y se añadieron más años a su condena. Pero a esas alturas, a Henry eso le importaba un bledo. La cárcel era un paraíso para él.

Por primera vez en su vida, tenía una cama propia. Por primera vez tenía comida caliente y garantizada, independientemente de que trabajara o no. No hubo paraíso terrenal más dulce para Henry que su estancia en esa cárcel.

Donde antes sólo tenía a su familia para educarle en los caminos del crimen, ahora tenía a cientos de hombres, todos ellos arrestados por una gran variedad de delitos, con su experiencia a su disposición. Aun así, no buscó activamente nuevas empresas criminales a las que dedicarse, sino que prefirió disfrutar de la buena vida mientras pudo.

Incluso su aspecto mejoró mientras estuvo preso, ya que los médicos echaron un vistazo a su cuenca ocular vacía y le colocaron inmediatamente una prótesis de cristal para evitar las constantes infecciones que le asolaban. En un instante pasó de ser horrendo a ser simplemente desagradable; algunos dirían incluso fornido.

Muchos hombres se entregan a la bisexualidad oportunista cuando su entorno lo exige. En las cárceles, en las fuerzas militares, en cualquier lugar donde haya segregación por sexos, hay hombres o mujeres que encuentran el amor entre sus compañeros de cautiverio. Este fue el caso de Henry. Aunque había mostrado preferencia por las mujeres fuera de la cárcel, esto se debía principalmente a la falta de educación sobre sus opciones. No era consciente de que los hombres podían tener sexo entre sí, pero una vez que lo descubrió, su pequeño trozo de cielo se volvió un poco más celestial. No hace falta decir que se hizo muy popular entre sus compañeros de prisión.

Esa popularidad se extendió por toda la prisión, y con sus nuevos amigos y su nueva red de apoyo, Henry empezó a florecer, convirtiéndose en una persona completa por primera vez en su vida, desarrollando una personalidad y un poco de aquel encanto que le serviría tanto con el paso del tiempo. Comenzó a escribir a las mujeres a través del servicio de amigos por correspondencia de la prisión, y aunque carecía del arte de algunos de sus compañeros de prisión cuando se trataba de expresar palabras bonitas, su honestidad y su

entusiasmo casi infantil por recibir noticias del mundo exterior, le hicieron bastante popular también en ese aspecto.

Cuando se le ofreció la libertad condicional anticipada por buen comportamiento, Henry estaba en camino de ser un personaje, al menos parcialmente, reformado. Por primera vez en su vida, creyó que podía ser alguien, que podía hacer algo con su vida. Mientras se mantuviera fuera del alcance de su familia, y más concretamente de la venenosa influencia de Viola, Henry tendría una oportunidad de vivir una vida normal.

La luz agonizante

En 1959, a la edad de veintitrés años, a Henry se le concedió la libertad anticipada y salió al mundo. Habiendo experimentado relaciones positivas, tenía suficiente perspectiva para alejarse de Viola por su cuenta. En lugar de regresar a Virginia, al tugurio que había sido su hogar durante toda su infancia, se fue a vivir con su hermanastra, Opal, en Tecumseh, Michigan.

Henry tenía un gran número de parientes a lo largo y ancho de los Estados Unidos y, a pesar de todo lo que le había sucedido en su vida hasta la fecha, casi todos ellos habrían estado muy dispuestos a acogerlo hasta que se restableciera. Opal nunca había estado mucho más cerca de Henry que cualquiera de sus otros parientes. Aparte de ser la chica para la que se había comprado el vestido con el que había pasado tanto tiempo de niño, no tenían ninguna conexión especial. Aun así, acogió a su hermano pequeño en su casa con los brazos abiertos y sin hacer preguntas sobre sus planes y perspectivas de futuro. No era el primero de su familia que pasaba un tiempo en la cárcel, y seguramente no sería el último, así que tampoco había que juzgarlo en ese sentido. El hecho de que Opal trabajara en largos turnos a todas horas, ayudaba sin duda a que su convivencia fuera fluida, al igual que los disciplinados hábitos de limpieza que la cárcel le había inculcado.

Aun así, no tenía mucha intención de prolongar su estancia allí. Ya había otra casa que llamaba a Henry. El hogar de una mujer que ya había anunciado su voluntad de ser su novia en muchas cartas, antes de su liberación.

Stella no era un buen partido a los ojos de la mayoría de la población de Michigan. Había una razón por la que había recurrido a las prisiones del mundo en busca del amor. No se la consideraba particularmente una belleza, sus hábitos personales a veces rozaban lo asqueroso, y esperaba plenamente contar con Henry para alimentar su hábito de beber una vez que se casaran. Nada de eso le importaba a Henry. Por primera vez en su vida, había encontrado a alguien a quien amar; alguien que parecía corresponderle también.

Por el amor de esta mujer, Henry estaba dispuesto a dar la espalda a su pasado criminal, a dejar de lado los horrores de su infancia y a intentar al menos convertirse en una persona decente. La cárcel le había dado la libertad para convertirse en un hombre mejor, pero en Stella encontró una razón para querer hacerlo. Se puso a buscar trabajo en la ciudad, un trabajo remunerado de verdad y no otra oportunidad para delinquir. Aunque no iba a ganarse a nadie con su historial de empleo o sus aptitudes, había muchos trabajos de fabricación en los que la inteligencia y las aptitudes estaban bastante

abajo en la lista de prioridades, que consistía en "presentarse a trabajar al menos el cincuenta por ciento de las veces" y "tener brazos para tirar de las palancas". Incluso el hecho de que fuera un delincuente no contaba en su contra, ya que tenía el suficiente sentido común para mentir sobre dónde había estado en el transcurso de la última década.

Con su vida encauzada, hizo su jugada por el tipo de vida normal que siempre le había sido esquiva, arrodillándose en la nieve de Michigan y proponiéndole matrimonio a Stella, después de haberla recogido para su cita habitual. Ella aceptó encantada y salieron a emborracharse para celebrarlo.

Al volver a casa por la noche, compartió la buena noticia con Opal, que estaba encantada de oír que su hermano pequeño por fin estaba encauzando su vida. A la mañana siguiente, mientras él seguía durmiendo tras los efectos de los festejos, Opal comenzó a hacer rondas en la familia para difundir la alegría.

Cuando la noticia llegó a Viola, no le gustó nada el hecho de haberse enterado a través de un tercero, y menos aún que Henry llevara semanas fuera de la cárcel sin ni siquiera pasar a informarle.

En los años transcurridos desde el arresto de Henry, la vida de Viola había dado un vuelco descendiente. Después de dispararle a un cliente en la pierna con su escopeta por haberle gritado, su trabajo con los clientes de la ciudad empezó a disminuir. Su edad, cada vez más avanzada, no sirvió para tentar a nuevos clientes, e incluso su antiguo acuerdo con el tío Bernie no tardó en desmoronarse ante la realidad de su decreciente atractivo. En resumen, estaba arruinada, sin amor y sola, no por primera vez en su vida, pero ciertamente para el resto de su vida. Todos sus hijos se habían largado en cuanto tuvieron la edad suficiente para huir de ella, y se habían dispersado por todo Estados Unidos, algunos llegando hasta la costa opuesta en su desesperación por escapar de su alcance.

Al entrar en decadencia, Viola se decidió por una línea de acción. Necesitaría que uno de sus hijos volviera a vivir con ella, para mantenerla económicamente y cuidarla en su avanzada edad. Preferiblemente alguien de voluntad débil y sin vínculos reales fuera de la familia. Alguien a quien pudiera amedrentar e intimidar para que le rindiera pleitesía con el mínimo esfuerzo, de modo que pudiera volver a relajarse y disfrutar de los productos del viejo alambique de Anderson hasta que la muerte se la llevara.

Naturalmente, su elección preferida para esta tarea ingrata era su hijo más joven, y más maltrecho. El hecho de que Henry rehiciera su vida, descuidara lo que ella consideraba sus deberes y se escapara de ella, interfirió en sus planes. Así que, por primera vez en muchos años, Viola dejó la vieja cabaña de madera, bajó a la ciudad y abordó un

autobús con destino a Michigan.

Llegó a Tecumseh justo al anochecer del 12 de enero de 1960, y no tardó en localizar a su hija. Opal estuvo encantada de informar a su madre que debía trabajar en el turno de la noche y, por lo tanto, no estaría disponible para entretenerla, pero la vieja Viola dejó muy claro que no estaba allí para ver a su hija de todos modos. Sus ojos estaban puestos en Henry. Así que, con una pequeña punzada de culpabilidad, Opal envió a Viola a su casa. Sólo unos minutos en compañía de su madre habían sido más que suficientes para Opal. Pero, tal y como ella lo veía, era él quien había hecho caer a la anciana sobre ellos, así que debía ser él quien sufriera con su visita.

Henry y Stella estaban en un bar cuando llegó Viola, celebrando formalmente su compromiso con sus amigos y los compañeros de trabajo de él. El nuevo Henry, el extrovertido y alegre Henry, el que salía con amigos y comenzaba a forjar su propia vida, se encogió en el caparazón del antiguo Henry cuando ella se acercó. Se quedó casi mudo cuando Viola irrumpió en el salón, y sólo cuando Stella le incitó a hacerlo le explicó. "Mamá".

Stella trató de saludar a Viola cordialmente, pero no recibió más que una sonrisa de desprecio. "No tengo tiempo para ti. He venido a ver a mi hijo".

Pasó por delante de Stella y agarró la camisa de Henry. "¿En qué estabas pensando, muchachito? ¿Qué asquerosos pequeños pensamientos están dando vueltas por esa cabeza tuya?"

Ni siquiera pudo mirarla a los ojos. "Me voy a casar, mamá".

"Ninguna mujer se va a casar contigo. Eres una escoria. Las chicas te tirarían sus botas si te mancharan con ellas. Nadie podría amar a un sucio bastardo como tú, Henry Lee. Nadie". Se acercó lo suficiente como para que él pudiera oler su fétido aliento. No una vez que les cuente todo lo que hiciste. Una vez que sepan lo que eres, nadie te va a querer jamás".

Por primera vez en meses, el ojo que le faltaba empezó a llorar. "Mamá, por favor".

"¿Por favor? No recuerdo que me hayas dicho nunca por favor. No recuerdo que hayas dicho por favor a ninguno de los animales ni a los niños a los que le has metido tu sucia y pequeña verga. ¿Creías que no lo sabía, Henry? ¿Creías que nadie sabía lo que hacías, pequeño bastardo asqueroso? ¡Monstruo!"

No sollozaba, pero las lágrimas corrían por sus mejillas. Esto es lo que vas a hacer, Henry. Vas a despedirte de tu putita. Vas a empacar tus cosas. Luego, vas a subir al autobús conmigo y vamos a volver a casa a donde pertenecemos. ¿No te gustaría eso, Henry? ¿Volver a casa como estabas destinado a hacerlo cuando saliste de la cárcel?"

En algún lugar del interior de la cáscara de Henry Lee Lucas, se

encendió la última chispa de esperanza. Le llevó a enfrentarse a su madre por primera vez en su vida. "No, mamá. No. Stella me ama. Nos vamos a casar".

Desde tan cerca, el grito de Viola fue casi ensordecedor. ¿No? ¡No me vas a decir que no a mí, muchachito!".

Empezó a darle bofetadas al principio, luego cambió a los puños cerrados cuando quedó claro que él se acobardaría y aguantaría sin reaccionar. "No me vas a decir que no a mí. Nunca le dirás que no a tu madre".

Sus puños lo sacaron de foco, mezclando el momento presente con todos los cientos de golpes como este que Henry había recibido antes durante toda su infancia. Pero entonces, de repente, se detuvo. Como un ángel vengador, Stella se había interpuesto entre Viola y su presa. Las dos mujeres se gritaban mutuamente, una por encima de la otra. Ninguna de las dos mujeres conseguía decir algo. Sin embargo, Stella se mantuvo firme, manteniendo su cuerpo entre Henry y su madre como un escudo. "¡No puedes tratarlo así!"

Viola gritó. "¡No necesito que una basura como tú me diga cómo puedo tratar a mi hijo!"

Entonces, sus puños se levantaron de nuevo. Si Stella había pensado que la cordura o la decencia general iban a protegerla de la ira de Viola, estaba tristemente equivocada. Si bien había habido una furia sombría en el rostro de la anciana mientras golpeaba a su hijo contra el suelo, ahora fue reemplazada por un oscuro deleite. Esto era lo que ella había querido desde el principio. Todo lo que había querido era encontrar a la pequeña zorra que se atrevió a arrebatarle a su hijo y romperle los dientes. Fue como un sueño hecho realidad.

Derribó a Stella al suelo y comenzó a patearla antes de que finalmente interviniera el portero del bar, arrastrando a la anciana delirante fuera del bar y arrojándola a la calle cubierta de nieve.

Henry se precipitó al lado de su amada y trató de coger a Stella en brazos, pero ella le empujó. Se escabulló de su alcance cuando las manos de él volvieron a perseguirla. Le horrorizó haber visto aquella faceta de Henry. Conocía una pequeña parte de su sórdida historia desde que eran amigos por correspondencia, pero no tenía ni idea del monstruo que lo había criado, ni de lo impotente que era él frente a ella. Con las manos aún temblorosas, se quitó el anillo de compromiso del dedo y se lo lanzó a Henry. Sollozó. "No puedo soportar esto. ¿Esa cosa era tu madre? ¿Esto es de lo que vienes? No puedo casarme contigo. Esto es demasiado para mí".

Sus amigos se abalanzaron sobre ella, la ayudaron a ponerse en pie y formaron una burbuja protectora de cuerpos alrededor de su amiga caída para mantener alejados de ella los agarres, ruegos y súplicas de Henry. En algún lugar entre la presión de los cuerpos y el

bullicio, Stella consiguió escapar de él sin ser vista.

A sus amigos les dijo que sólo necesitaba un tiempo para reflexionar. Y una vez pasado el shock inicial, era probable que hubiera acogido a Henry de nuevo en su vida. Sin embargo, nunca tuvo esa oportunidad. Ese tren ya había descarrilado, sólo que los pasajeros aún no se habían dado cuenta.

Henry se sentó en el bar hasta que apagaron las luces, bebiendo para adormecer el dolor de su cara y de su corazón, jugueteando con su navaja de la forma en que siempre lo hacía cuando estaba angustiado. Abriendo y cerrando la navaja con el pulgar. Para cuando le obligaron a salir a la calle, estaba ciego y borracho de una forma a la que no estaba acostumbrado. Sabía que estaba triste porque Stella lo había dejado, sabía que estaba triste por la forma en que su madre lo trataba, pero no hizo la conexión mental con la vida mejor que había planeado para sí mismo. No comprendió que el hecho de que su madre asustara a Stella era sólo el comienzo de la agonía de su sueño de una vida normal.

Entró en el apartamento de Opal sin llamar a la puerta. Sabía que ella trabajaba toda la noche, y no era que ninguno de los chicos Lucas hubiera tenido nunca problemas para sortear una cerradura. Se sintió anormalmente pesado mientras caminaba hacia la cama, como si hubiera algo enorme y pesado colgando sobre él que no podía ver.

Una media hora más tarde se despertó con el constante tamborileo del palo de una escoba sobre su cráneo. Viola se cernía sobre él como una pesadilla que le había perseguido desde el sueño. Estaba rugiendo y golpeándolo con todas sus fuerzas con la escoba, y cada golpe hacía estallar fuegos artificiales en su cráneo medio borracho.

"¡Faltarme al respeto a mí! ¡Irte por ahí con una puta! ¡Respondiéndole a tu madre!". Cada grito iba acompañado de un nuevo golpe.

Se levantó de la cama tratando de proteger su cabeza y pasó por delante de Viola hasta el salón mientras ella seguía dándole golpes por toda la espalda desnuda. "¡Mamá, para! ¡Mamá, para!"

Suplicar nunca había funcionado antes y no empezaría a hacerlo ahora. Viola era implacable. Lo golpeó con la escoba hasta que esta se rompió, luego cambió a bofetadas salvajes. Todas las esperanzas y los sueños de Henry fueron aplastados bajo esa ráfaga de golpes brutales. Le escupió. Lo maldijo. Hizo todo lo que pudo para recordarle que debía estar en el suelo a sus pies, arrastrándose por su atención. No podía ver al hombre en el que se había convertido; a sus ojos, siempre sería el pequeño llorón que mendigaba sus sobras. Con cada golpe, ella lo hacía retroceder, lo llevaba más y más adentro de sí mismo hasta que él también empezó a creerlo. Hasta que no quedó nada de Henry, excepto el miedo, el dolor y la desesperación. Hasta que por fin

llegó a los límites de su humanidad y se precipitó hacia su más crudo instinto animal.

Ni siquiera se dio cuenta de que su puño se movió hasta que ya había sucedido. Fue un golpe torpe y salvaje que alcanzó a su madre en el cuello y no en la mandíbula. Sin embargo, aquel golpe fue suficiente. Viola cayó al suelo del oscuro apartamento, inconsciente, o al menos lo suficientemente aturdida como para que Henry pudiera escapar. Salió corriendo por la puerta principal sin mirar atrás ni hacia abajo. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que su navaja seguía en su mano, bañada en sangre, y que se había quedado dormido antes de volver a guardarla.

Salió corriendo a la calle, puso en marcha el coche más cercano y huyó de Míchigan, todavía a medio vestir y aterrorizado.

Al haber regresado a su estado de infancia por la última ronda de abusos de Viola, no debería sorprenderle a nadie que también volviera a sus comportamientos de la infancia. Sabía que había hecho algo malo, aunque no pudiera comprender del todo la magnitud de sus propios actos. Sabía que su madre se iba a poner furiosa y que retrasar el castigo sólo serviría para que fuera mucho peor de lo que debería que ser.

Henry condujo durante toda la noche, todo el camino de vuelta a Blacksburg, Virginia. Huyó hasta la cabaña y se acuclilló en el suelo de tierra, sollozando y esperando que su madre volviera a casa para castigarlo. Encogido de miedo, pero seguro de que hacía lo correcto. Que su presencia allí complacería a su madre. Que sería amable con él porque él había hecho eso para aplacar su furia.

Estuvo allí un día entero antes de darse cuenta de que algo andaba mal. Pero aun así, se arrastró fuera de la cabaña con cautela, esperando que la ira de su madre cayera sobre él en cuanto saliera a la luz del sol. Debía estar esperando a que volviera al apartamento de Opal. Se sintió tan estúpido por pensar que ella volvería allí en lugar de quedarse. Estúpido, estúpido, estúpido. Como ella siempre había dicho que era. Volvió a subir a su coche prestado y emprendió el largo viaje de vuelta a Tecumseh, pero sólo llegó hasta Toledo, Ohio, antes de que el sheriff local lo detuviera por una orden de detención en su contra. Sólo una vez que lo sujetaron debidamente le dijeron por qué estaba siendo arrestado. El asesinato de Viola Lucas.

Le repitieron su versión de la historia con un detalle insoportable para forzar su confesión. Después de que su madre le despertara en mitad de la noche para continuar la discusión que había iniciado en el bar, había cogido su cuchillo -el que aún tenía en su poder cuando le detuvieron- y la había apuñalado en la garganta con él. No había muerto rápidamente. De hecho, el pequeño corte que le había infligido apenas había rozado la arteria. La sangre no había salido de su cuerpo

de forma precipitada. Había salido gota a gota mientras su madre yacía abandonada y sola en el suelo de un apartamento extraño de una ciudad extraña. La anciana tardó toda la noche en desangrarse. Pero para cuando Opal había regresado a casa tras su largo turno de la noche, todo había terminado.

Al principio, Henry intentó explicar que nunca supo que el cuchillo estaba abierto, que había olvidado que lo tenía en la mano, pero esa historia era demasiado dudosa para justificar una respuesta más allá del desprecio. Luego, trató de argumentar que había sido en defensa propia, y las pruebas forenses ciertamente apoyaban esa interpretación hasta cierto punto. Henry estaba cubierto de moretones, el palo de la escoba roto se encontró tirado justo fuera del alcance de Viola, y su historial de violencia era un factor a tenerse en cuenta, sin duda. Pero nadie podía creer que un ex convicto joven y sano en su mejor momento físico no pudiera evitar que una mujer de más de setenta años le atacara sin tener que recurrir al asesinato.

En Michigan, fue juzgado por su crimen, y el jurado estaba aún menos inclinado a creer en sus alegatos de inocencia que la policía. No creyeron la afirmación de la fiscalía de que el asesinato fue premeditado, pero creyeron firmemente que Henry tuvo la intención de matar a Viola cuando la golpeó. Cierta parte culpable de Henry también tuvo que admitir la verdad en ese sentimiento. En ese momento, por mucho que quisiera a su madre, la había deseado muerta. Ella le había quitado todo, y ahora, en un último acto de despecho, le quitó la libertad. Fue condenado a cuarenta años de prisión, con la posibilidad de acceder a la libertad condicional en veinte. Tuvieron que sacarlo de la sala, una cáscara rota de hombre que se dirigía a la Prisión Estatal del Sur de Michigan.

Un niño llamado Susan

El 5 de marzo de 1947 nació otro niño en circunstancias apenas más fortuitas. Jacksonville, Florida, no era en 1947 la extensa urbanización en la que se convertiría más adelante. Más allá del alcance del núcleo central de la ciudad, por donde discurría todo el tráfico, aún existían comunidades que llevaban una vida incivilizada al alcance de las comodidades urbanas. La familia Toole vivía en lo que actualmente se consideraría un suburbio, pero que entonces no era más que otra urbanización levantada de forma precipitada y desordenada para contener la última afluencia de colonos rurales que esperaban escapar de sus vidas de pobreza, y que, en cambio, encontraban toda una nueva vida de miseria esperándoles. El dinero era escaso y el licor abundante; en resumen, aquello era un barril de pólvora.

Ottis no era el niño más saludable, ya que padecía una grave epilepsia que le provocaba ataques de gran intensidad a la primera de cambio. Tras años de estas convulsiones, un médico acabó por intervenir, diagnosticando la epilepsia pero sin ofrecer ningún tratamiento ni medidas paliativas. En el momento del chequeo se le realizó un test de inteligencia y se descubrió que tenía un leve retraso mental, probablemente como resultado de los daños cerebrales causados por las convulsiones.

Debido a la escasa comprensión de los ataques epilépticos en aquella época, en los círculos más religiosos de la comunidad se rumoreaba que el niño estaba poseído. Pero para llevar a cabo un exorcismo o cualquier otro tipo de intervención religiosa, habría sido necesario que alguno de sus padres se preocupara por él.

Desde muy joven, la madre de Ottis dejó claro que quería otra hija y que no necesitaba un hijo. Lo vestía casi exclusivamente con vestidos heredados de sus hermanas mayores, se refería a él en público como una niña y lo llamaba Susan en cada oportunidad que se le presentaba.

Susan no era, ni mucho menos, la chica más guapa de la casa Toole, pero sí la más indefensa. Cuando el padre de Ottis agasajaba a los demás alcohólicos del vecindario, era ese niño de cinco años el que se veía obligado a atenderlos mientras sus hermanas mayores se mantenían bien alejadas, temerosas de los asquerosos ancianos y sus manoseos. Si no hubiera llevado un vestido todo el tiempo, es posible que no le hubieran molestado. Si su padre no hubiera visto el signo de dólar la primera vez que una mano se metió en la falda del chico para acariciarlo, todo el curso de la vida de Ottis podría haber cambiado. Pero lo hizo, y entonces nada cambió. El padre de Ottis lo entregaba a sus amigos a cambio de unos centavos por turno. No importaba que

Ottis les gritara o abofeteara. Estaban metidos de lleno en la bebida y los gritos sólo aumentaban su excitación.

Después de esa primera noche, el padre de Ottis volvió a intentar prostituir al niño, pero a la fría luz del día, todos esos violadores borrachos vieron sus acciones tras un nuevo cristal. De vez en cuando, encontraba a alguien nuevo en la ciudad con las proclividades adecuadas, pero Jacksonville no era más que una parada en la carretera para la mayoría: no había muchos clientes que volvieran.

A pesar de la escasa frecuencia de su prostitución, el conocimiento de que la "Pequeña Susie" era una puta, cambió por completo las ya abusivas relaciones familiares que tenía. Fue tratado como basura por su devota madre, como si hubiese sido su culpa que los hombres lo hubieran sujetado y violado mientras su padre se reía. La noticia corrió rápidamente por el vecindario, y las chicas que antes lo veían como una rareza y un motivo de compasión, ahora consideraban su forzado travestismo como un signo de depravación. Las agresiones y los abusos sexuales se convirtieron en algo cotidiano, no sólo por parte de un par de hombres del barrio que tenían esa inclinación, sino también por parte de las chicas, incluidas sus hermanas y su madre, que le agarraban por debajo de la falda mientras hacían comentarios despectivos sobre su virilidad.

Un día, huyendo de este horrible trato, Ottis salió corriendo al porche de la casa familiar, a pesar de que estaba en desuso desde hacía varios años, debido a la podredumbre. Su peso fue suficiente para atravesar la madera podrida y cayó de bruces. En sí mismo, éste no habría sido un momento memorable en la miserable vida de Ottis; el dolor no era inusual para él. Lo que sí era inusual fue el clavo expuesto que en la caída se le había clavado justo en el cráneo, cinco centímetros dentro del cerebro. Su madre lo sacó sin pensarlo dos veces y, de repente, sus habituales convulsiones se hicieron mucho más frecuentes.

El padre de Ottis se marchó sin decir nada a nadie, una tarde de primavera de 1957. Había sido alcohólico durante años y vendedor ambulante durante más tiempo, así que no fue una gran sorpresa para nadie. Siempre había bebido más de lo que ganaba, por lo que el abandono no supuso un esfuerzo económico. Pero sin su influencia apaciguadora, la madre de Ottis se volvió más y más celosa en su persecución al niño por motivos religiosos. Es probable que esto hubiera llegado a una conclusión letal si no fuera por la intervención de una figura más poderosa en la cosmología familiar que el propio Dios: La abuela de Ottis.

Donde otros veían sus arrebatos y su historial sexual como signos de influencia demoníaca, la abuela de Ottis veía... exactamente lo mismo. Pero mientras que para la comunidad cristiana de Jacksonville

esto se consideraba algo terrible, su abuela y sus compañeros satanistas lo tomaron como una bendición.

Tomó a Ottis bajo su tutela, llamándolo su "Niño-Diablo" y frenando los peores excesos de su madre con la aplicación de un buen miedo al diablo a la antigua. Lo vistió con ropa de niño, aceptó sus rarezas como signos de intervención infernal y cuidó del niño a su manera. Con esos cuidados, el niño adquirió una nueva serie de obligaciones. Ya no tenía que servir como criado en la mísera casa de su madre. Ahora tenía una vocación más elevada, y un amo mucho más grandioso para el que actuar.

Existe un gran debate sobre la cantidad de ritos satánicos que Ottis relató sobre su infancia y sobre la cantidad de ellos que fueron fruto de su febril imaginación. Las automutilaciones que describió más tarde fueron corroboradas por las cicatrices de su cuerpo, y existen varios informes sobre profanaciones de tumbas que coinciden con sus actividades. Pero las historias de sacrificios humanos que afirmó haber presenciado y los festines caníbales -una inversión del sacramento católico- carecen de pruebas que los respalde. Sin duda, hubo personas desaparecidas en los alrededores de Jacksonville en aquella época, y es posible que algunas de ellas cayeran bajo la cuchilla de algún cultista, pero es igualmente probable que estas historias fueran meras invenciones de Ottis durante una de las fases en las que intentaba urdir un significado mayor para sus acciones; mucho mayor que el simple placer hedonista.

La pubertad golpeó con fuerza a Ottis y lo hizo muy pronto. A los doce años, en 1959, empezó a mostrar barba incipiente y se vio obligado a admitir que era diferente de los demás chicos, que ya no eran una fuente de miedo y confusión para Ottis, sino que se habían convertido en una fuente de excitación insospechada.

Como nunca fue de mentir, Ottis fue sincero con su familia sobre su incipiente homosexualidad, e incluso les contó a sus hermanas sobre un chico del barrio con el que había mantenido una relación. La noticia no fue bien recibida. El fervor con el que su madre le había atormentado en sus primeros años, volvió triplicado. Lo golpeaba en cada oportunidad ante las pruebas más espurias, y al poco tiempo Ottis empezó a dormir en edificios abandonados antes que correr los riesgos que implicaba volver a casa.

En Jacksonville no escaseaban las casas abandonadas, ya que las familias rurales que intentaban empezar de nuevo descubrían rápidamente que allí no les esperaban oportunidades, así que Ottis no tuvo muchos problemas para encontrar lugares en los que alojarse noche tras noche. Lo único que le preocupaba al principio era el frío. Tardó más de lo que le hubiera gustado admitir en averiguar cómo encender un fuego en las casas donde dormía, pero incluso una vez

que había resuelto la mecánica básica del mismo, seguía siendo descuidado. Menos de un mes después de encender su primer fuego, perdió el control de uno y éste quemó la casa donde pretendía pasar la noche.

Algo en su cerebro hizo clic al ver ese fuego. Fue como si las llamas fueran el agente catalizador que su floreciente despertar sexual necesitaba para completar su formación. Empezó a encender fuegos con más frecuencia, más deliberadamente. Se excitaba cuando encendía esos fuegos y, en poco tiempo, todas las casas en las que dormía se convertían en cenizas a la mañana siguiente. Los incendios se convirtieron en la razón, más que por su seguridad, por la que se escabullía alrededor de las casas abandonadas por la noche.

En 1961, a los catorce años, Ottis había abandonado toda esperanza de llevar una vida normal. Todos los días de su vida le habían llamado bicho raro, desviado, monstruo, y él nunca había visto nunca prueba alguna de lo contrario. Abandonó la escuela, en la que apenas se echó de menos su presencia, y comenzó una carrera de delitos menores: vendiendo artículos rescatados de casas abandonadas antes de quemarlas, mendigando y, finalmente, ejerciendo la prostitución.

Había pocos bares gays en Jacksonville, pero el joven Ottis, de catorce años, se convirtió en un habitué de todos ellos. Al principio, no era por el deseo de comerciar, sino por el deseo de compañía. Quería desesperadamente a alguien como él, alguien que pudiera entender por lo que estaba pasando. En cambio, los hombres le echaron un vistazo y lo juzgaron. Era pobre, un poco sucio, de una manera que no era del todo desagradable, sólo había una cosa que un chico así podría estar buscando. Puede que no le ofrecieran la comprensión que tanto ansiaba, pero el sexo y el dinero fueron fáciles de conseguir. Ottis tomó lo que pudo conseguir.

Había una pequeña comunidad gay en Jacksonville, pero un porcentaje desproporcionado de esa población se dedicaba a la prostitución, gracias a todos los viajeros que pasaban por allí. Aunque no apreciaban la competencia extra que suponía Ottis, no eran de piedra. Cuando el chico confundido se encontró bajo su cuidado, hicieron lo que pudieron para mantenerlo a salvo. A la escena gay local no le gustaba que sus miembros se aprovecharan de la comunidad, así que no pasó mucho tiempo antes de que Ottis aprendiera a recoger a sus clientes en las paradas de camiones y similares en lugar de merodear por los bares. Hizo una clara división entre su vida laboral, en la que mantenía relaciones sexuales con los viajeros al borde de la carretera, y su extremadamente pobre vida social, que pasaba bebiendo y ligando en los bares gays de la ciudad.

Una noche, Ottis fue recogido por un vendedor ambulante. Eso fue

suficiente para que se sintiera incómodo de por sí, enredándose con sus recuerdos de los abusos de su padre, antes incluso de que la situación empezara a desarrollarse. No todos los clientes de Ottis eran especialmente amables con él, ni siquiera elogiosos, pero rara vez temía por su vida. Este cliente era diferente. En el momento en que subió a Ottis al coche, arrancó por la autopista sin detenerse ni un momento, riendo durante todo el camino. En medio de la nada, a diez minutos de la ciudad, se desvió de la carretera y frenó de golpe, lanzando a Ottis, que no estaba asegurado, contra el paragolpes y dejándole sin aire por el golpe. Arrastró al muchacho aturdido fuera del coche y lo obligó a ponerse en cuatro patas bajo el resplandor de los faros. No hubo ninguna pausa para prepararse, ni ningún atisbo de humanidad. Violó a Ottis, deleitándose con los gritos y sollozos del chico. "Vamos, grita. Nadie te va a oír aquí".

Cuando terminó, el vendedor arrojó un puñado de monedas sobre el cuerpo tendido de Ottis y regresó tambaleándose hacia su coche, manoseándose dentro de sus pantalones y riendo todo el camino. Se detuvo delante del coche para encender un cigarrillo y volvió a mirar a su presa de la noche con otra risita. Dejó de reírse bruscamente cuando se dio cuenta de que el chico había desaparecido. Se dio la vuelta e hizo una carrera hacia el lado del conductor, pero Ottis llegó antes. La sangre, y algo peor, resbaló por sus piernas desnudas hasta manchar el tapizado cuando cerró la puerta de golpe, pero no le importó.

Ottis metió la marcha atrás y se abalanzó sobre el vendedor con toda la potencia que pudo. El golpe del impacto habría sido lo suficientemente fuerte como para alertar a la gente en una milla a la redonda, pero el vendedor se había asegurado de que estuvieran en un lugar donde nadie pudiera oírlos. Ottis dio marcha atrás sobre el hombre y volvió a colocar el coche a un lado de la carretera. Se bajó para recuperar sus pantalones y comprobar que el vendedor estaba muerto. Lo estaba. Su cráneo había quedado hecho papilla. Otro hombre podría haber escupido a su violador, pero una pasión más oscura que la venganza había envuelto a Ottis. Se agachó y se masturbó sobre el cadáver de su primera víctima hasta que tuvo, lo que más tarde describiría como, el mejor orgasmo de su vida.

Una vez hecho esto, cogió todo el dinero que pudo encontrar, se vistió y condujo de vuelta a las afueras de la ciudad antes de dejar el coche en uno de los cientos de terrenos abandonados: su primer asesinato se había consumado y la asociación entre el asesinato y el sexo quedaría firmemente consolidada en su mente. La última pieza del rompecabezas del sexo, el dolor y el fuego encajaba por fin en su sitio: la muerte.

Durante casi tres años, Ottis vivió su vida adolescente

prostituyéndose, vagabundeando, durmiendo en una casa abandonada diferente cada noche, manteniéndose alejado de su familia, en particular de su abuela, que todavía ejercía un poder casi sobrenatural sobre él. Es muy posible que hubiera seguido viviendo así en los márgenes de Jacksonville para siempre, si no hubiera sido por un gobernador del estado que había decidido que ser duro con la delincuencia y la inmoralidad iba a asegurarle los votos que necesitaba para las próximas elecciones.

El joven de diecisiete años fue detenido por policías vestidos de civiles durante una operación en uno de sus lugares habituales de recogida en agosto de 1964. No pudieron demostrar que se dedicara a la prostitución, principalmente porque la prueba que solían utilizar para condenar este tipo de delitos, era la posesión de dispositivos profilácticos como los preservativos, y Ottis, al carecer de educación sexual más allá de la mecánica, ni siquiera había oído hablar de ellos. Recibió seis meses de cárcel por "merodear con intención", aunque no pudieran demostrar cuál era esa intención.

Al igual que Henry Lee Lucas, Ottis descubrió que su estancia en prisión distaba mucho de ser el castigo que había imaginado. No tenía que trabajar para cenar y el único sexo que mantenía era totalmente consentido, que era más de lo que podía decir de su vida en libertad. Y lo que es más importante, su encarcelamiento cortó cualquier vínculo que aún tuviera con la comunidad de Jacksonville y le llenó de una nueva confianza en que podía sobrevivir fuera de la sombra de su familia.

Al ser liberado, Ottis tenía el mundo entero a sus pies, nada que lo atara, y toda América como su patio trasero. Se robó un coche a un par de calles de donde le había dejado el autobús de la cárcel y se lanzó a explorar ese nuevo mundo. Se abrió camino a la deriva, mendigando y prostituyéndose por los estados del sur, bajo el radar de las fuerzas del orden, escabulléndose de los registros oficiales durante años.

Creando al asesino perfecto

Henry Lee Lucas se encontraba en un pozo de desesperación cuando volvió a la cárcel por segunda vez. La Penitenciaría Estatal de Jackson, en el sur de Michigan, era todo lo que su primera prisión no había sido: sucia, sin recursos y llena de hombres llevados más allá del límite del comportamiento razonable debido a sus circunstancias. Las peleas eran frecuentes, prevalecía el hacinamiento y Henry, perdido en sus propios pensamientos, no hacía nada por tomar la iniciativa y buscarse un sitio dentro de ese ecosistema.

Todo el progreso que había hecho hacia una vida normal estaba hecho añicos; cualquier esperanza que hubiera tenido de humanidad había sido despojada. Que hubiera matado a su madre por accidente o con intención era irrelevante: seguía siendo el hombre que había matado a su propia madre. El resto de su familia lo había perdonado con sorprendente rapidez -ya sea porque creían su historia del accidente en defensa propia o porque simplemente se alegraban de que la monstruosa mujer estuviera finalmente fuera de sus vidas- pero la única persona que nunca podría perdonar su crimen era el propio Henry. Viola se había tomado muy poco tiempo para inculcarle valores a Henry, pero el valor principal, que le habían inculcado una y otra vez, era la importancia de respetar y obedecer a su madre. Henry había roto la única regla sagrada que le habían enseñado y no podía vivir con esa terrible vergüenza.

Su primer intento de suicidio estuvo a punto de ser un éxito. Se fabricó una soga con la ropa de cama y se colgó en su celda durante casi veinte minutos antes de que un guardia que patrullaba se diera cuenta. La cuerda improvisada no estaba lo suficientemente tensa como para cortar el suministro de sangre a su cerebro, sino que lo interrumpió lo suficiente como para dejarlo inconsciente y, posiblemente, añadir un poco más al extenso daño cerebral que ya padecía. Las lesiones fueron lo suficientemente leves como para que el médico ni siquiera reportara el intento de suicidio: demasiado papeleo y demasiado esfuerzo para montar una guardia para un don nadie.

Henry fue devuelto a la población penitenciaria general, siguió obedientemente los pasos que debía seguir para mantener contentos a los guardias y, unos dos meses después, cuando había recuperado las fuerzas y estaba seguro de que nadie lo vigilaba, volvió a intentarlo. La segunda vez acertó con la cuerda, las sábanas se retorcieron lo suficiente como para morderle el cuello, para dejarle sin sentido al instante en lugar de los agónicos y persistentes jadeos que le había provocado el primer intento de suicidio. Lo que no había tenido en cuenta era un cambio en la rotación de la guardia. Sólo estuvo colgado dos minutos antes de que los guardias lo encontraran y lo

llevaran al pabellón médico. Esta vez, no hubo ninguna duda en denunciarlo. Había pasado de ser un error tonto a una pauta de comportamiento, y una pauta de comportamiento significaba que Henry Lee Lucas podía ser endosado a alguna otra instalación superpoblada del gobierno en lugar de seguir siendo su problema persistente.

El destinatario de esta carga sería el Hospital Mental Estatal de Ionia. Fue allí donde el complejo entramado de miseria que componía el estado mental de Henry Lee Lucas se sometió finalmente a un cierto escrutinio. Cuando se le preguntó por sus intentos de suicidio, acabó admitiendo que había escuchado la voz de su madre diciéndole que lo hiciera. Día y noche. Incluso luego de su muerte, Viola no dejaría a su hijo en paz. En el estado de Ionia no había ninguna receta para la culpa o los fantasmas. Tampoco había ninguna forma real de ayudar a un paciente que había sido educado desde su nacimiento para mantener cada detalle de su vida en secreto para su propia protección, alguien con un historial de criminalidad tan brutal que divulgar sus secretos en terapia probablemente le llevaría a la pena de muerte o a la cadena perpetua. Todo lo que pudieron hacer fue tratar ese único síntoma, las alucinaciones, como si fuera la suma de todos sus males.

Recibió un extenso régimen de sedantes para mantenerlo calmado y obediente durante el resto de la terapia, y para lo que los médicos denominaron "delirios esquizoides" recibió una terapia electroconvulsiva semanal. Esencialmente, le provocaban las fuertes convulsiones que le habían asolado desde la infancia con la sombría esperanza de que finalmente se despertara con el cerebro "reseteado" regresando a la normalidad.

Con el daño cerebral convenientemente agravado debido a la terapia de electroshock recibida y los elementos más agresivos de su personalidad suprimidos casi por completo gracias a la medicación que recibía, Henry se convirtió en uno de los pacientes favoritos del personal. Pronto reconocieron la chispa de inteligencia que aún ardía en él, cuidadosamente atenuada por la bruma de la sedación, y lo pusieron a trabajar en la sala de archivos, organizando los expedientes de los demás pacientes. El hospital albergaba a algunos de los peores criminales de los estados locales. Aquellos que habían cometido crímenes tan graves que se consideraban superiores a las acciones de los cuerdos. Los expedientes que se le entregaban a Henry contenían una descripción completa de cada uno de sus crímenes, junto con una explicación completa de todos los agujeros en el sistema de justicia penal por los que estos criminales habían podido colarse, asegurando que sus rachas de crímenes pudieran continuar mucho más allá del punto en que la lógica sugeriría que pudieran ser detenidos.

Sentado a solas en la sofocante sala de archivos durante días y

días, Henry recibió una educación completa sobre cómo evitar la detección y captura; una clase magistral de algunos de los delincuentes más despreciables del mundo y de las fuerzas del orden más competentes. Descubrió que trasladándose de un estado a otro, podría obstaculizar por completo una investigación, ya que los distintos departamentos de policía no se comunicaban adecuadamente entre sí. Descubrió los distintos medios para contrarrestar las investigaciones forenses, destruyendo el cuerpo de una víctima de asesinato o cambiándolo de lugar para robarle a la policía pruebas que lo corroboraran. Finalmente, aprendió que los patrones eran el enemigo de todo asesino en serie. Usando siempre los mismos métodos para cazar a sus víctimas. Usando siempre los mismos métodos para despacharlas. Estos eran los errores de aficionado de los asesinos menores que pronto eran atrapados. Moviéndose de un lugar a otro, destruyendo pruebas, cambiando sus métodos de asesinato, Henry se dio cuenta poco a poco que podría pasar años sin que la policía estableciera ninguna conexión entre sus crímenes. Hasta ese entonces, había cometido dos asesinatos, y sólo por el primero, en el que había una conexión familiar obvia y directa, lo habían pillado. La selección aleatoria de víctimas se añadió a su lista de métodos para evitar la captura.

En ese punto, toda esa información era totalmente académica. No tenía intención de cometer más delitos. De hecho, para cuando saliera de la cárcel, esperaba ser demasiado viejo para dedicarse a cualquiera de los placeres que alguna vez habían constituido la columna vertebral de su existencia. Su condena a cuarenta años de prisión no se había visto reducida por su traslado al hospital. En todo caso, se había alargado. Ahora, no sería libre hasta que el personal médico considerara que ya no era un peligro para sí mismo ni para los demás, algo que Henry sabía desde el fondo de su corazón, que nunca ocurriría.

En el fondo, él era un asesino. Habiendo tenido unos años para reflexionar sobre la muerte de su madre, había aceptado que su participación en ella no habría sido una mera coincidencia. Siempre había tenido el instinto asesino enterrado bajo la telaraña de horrores que había sido su infancia. El hecho de que sólo hubiera aflorado un par de veces en su vida, se debía más a la falta de oportunidades y a la suerte de sus potenciales víctimas, que a cualquier otro tipo de freno. Había roto la única norma que se le había impuesto y se había librado de ella sin consecuencias. Era realmente libre de hacer lo que quisiera. Si no fuera por las restricciones del encarcelamiento, no tenía ninguna duda de que mataría de nuevo, y de nuevo, y de nuevo; para su propia diversión, para su propio beneficio, tal vez incluso sólo por el placer de ver morir a alguien.

Era un pequeño alivio para él que nunca tendría que enfrentarse a la decisión de quién viviría y quién moriría. Al menos hasta que, tras diez años de condena, le informaron repentinamente que sería liberado.

"Debe haber habido un error. Hasta dentro de diez años no me darían la libertad condicional".

El médico levantó la vista de su portapapeles, tranquilo y reflexivo. No hay ningún error, señor Lucas. Este centro sufre de un grave hacinamiento, y usted ha mostrado una notable recuperación en el tiempo que lleva con nosotros. Siempre que siga con el régimen de medicación que se le ha prescrito, no veo ninguna razón para que...

Henry interrumpió. "Voy a matar de nuevo. Si me dejan salir de aquí, juro que lo haré".

"Señor Lucas", suspiró el médico, "no ha mostrado ningún indicio de comportamientos esquizoides desde que se sometió a la terapia, y parece bastante claro que las circunstancias de su crimen fueron... únicas, por decirlo de alguna manera."

"No, doctor. No lo fueron. Nunca van a faltar cuellos ni cuchillos. Si me libera, dejaré un cuerpo frente a su puerta".

El médico finalmente se mostró incómodo bajo su delgado barniz de profesionalidad. "Independientemente de sus sentimientos sobre este asunto, me temo que la decisión ya ha sido tomada, en un nivel superior al mío. Mañana por la mañana saldrá de aquí como un hombre libre, señor Lucas. Le sugiero que aproveche el tiempo que le queda aquí para despedirse de sus amigos y para orientar su mente hacia vías más positivas. Considere las formas provechosas en que podría hacer uso de su libertad. Las formas en que su nueva claridad podría ayudar a otros".

Su perfil psicológico enumeraba una amplia variedad de síntomas que podrían haber estado relacionados con otros tantos trastornos diferentes, pero la mayoría de sus problemas se atribuían únicamente al traumatismo craneal sufrido durante su infancia; de hecho, un psicólogo dijo que Henry estaba fundamentalmente sano, excepto por ser "excepcionalmente dependiente" como resultado de la negligencia sufrida en su infancia.

A la mañana siguiente, el 22 de agosto de 1970, Henry fue liberado de forma inevitable. Aquí es, una vez más, donde la realidad que describió en sus confesiones y la realidad que pudo ser probada, divergen. A la vista del Hospital Mental del Estado de Ionia, Henry afirmaría más tarde haber conocido a dos chicas bonitas, adolescentes, del tipo que él siempre había preferido. Las llevó a un lugar privado, las atiborró de licor y las estranguló a ambas, primero a una, mientras la otra estaba distraída, casi inconsciente y luego a la otra. Se tomó su tiempo, teniendo sexo con sus cadáveres durante toda la noche, luego

robó un coche y se fue de la ciudad a la mañana siguiente. No se han encontrado pruebas de este doble homicidio, y Henry se retractó más tarde de su confesión, pero una vez más, hubo varios casos de personas desaparecidas en la zona en ese entonces, que quedaron sin resolver. No está fuera del ámbito de la posibilidad el que hubiera cometido estos crímenes y ocultara las pruebas con la suficiente habilidad como para que nunca se descubrieran los cuerpos. Después de todo, acababa de pasar diez años estudiando criminología.

En ese momento habría tenido sentido que Henry se desvaneciera por completo, que fuera a la deriva, como había elegido hacer Ottis Toole, y que utilizara sus nuevas habilidades especializadas para satisfacer todos sus impulsos más oscuros, pero todavía había un vínculo que lo unía a su humanidad. Su árbol genealógico se extendía como una plaga por toda América, enorme y complejamente enredado. En esa época de incertidumbre, fue a ellos a quienes recurrió. Durante los siguientes años, Henry se apegó a sus diferentes primos, tíos, medio hermanos, medio hermanas y suegros como una sanguijuela, viviendo de cada uno de ellos todo el tiempo que le toleraran hasta que acababan por echarlo. Se convirtió en una broma dentro de la familia, y cada vez que Henry era expulsado de una casa, se avisaba a todos los parientes cercanos de que pronto iría a parar a otra. Henry no era exactamente odiado por su familia. Tenía un temperamento bastante bueno en comparación con la mayoría del clan Lucas, era relativamente encantador y siempre que no se le dejara a solas con los hijos de nadie, no habría ningún problema. Siempre había una forma segura de librarse de Henry cuando llegaba el momento. Bastaba con que alguien mencionara la muerte de Viola para aturdirlo y que guardara un hosco silencio. Se marchaba poco después de que le recordaran a su madre, sin falta.

En 1971, volvió a tener problemas con las fuerzas del orden, en primer lugar por intentar recoger a una chica de quince años en su coche, con la excusa de que su novio estaba enfadado con ella para intentar engañarla para que subiera al vehículo. Al no conseguirlo, la chica informó a la policía del incidente y ésta lo detuvo, sólo para descubrir que estaba en posesión ilegal de un arma, lo que suponía una violación de su libertad condicional. Esto le valió una nueva condena de cuatro años en una prisión de Michigan. Para Henry, esto supuso una vuelta a la normalidad, a una rutina, un pequeño empujón a su memoria sobre lo cómodas que podían ser las comidas calientes regulares y una cama de verdad. Fue suficiente para convencerle de que le gustaría establecerse durante un tiempo. Volvió a recurrir al sistema de amigos por correspondencia de la prisión y encontró a una mujer inexplicablemente dispuesta llamada Betty en Port Deposit, Maryland.

Tardó bastante tiempo en descubrir lo que le pasaba a Betty. Nadie que buscara el amor entre rejas lo hacía porque tenía un buffet de opciones en el mundo exterior. Pero a diferencia de Stella, Betty no parecía ser una de las escorias de la sociedad como Henry. Finalmente, admitió que tenía dos hijas preadolescentes. Pero si esperaba que eso desanimara a su nuevo pretendiente, estaba tristemente equivocada. Él se interesó inmediatamente por las niñas, conteniéndose lo suficiente como para que su interés pareciera más paternal que lascivo. Betty pensó que por fin había encontrado a un hombre de confianza.

En 1975, Henry había terminado su condena y, a las pocas horas de su liberación, estaba en un autobús hacia Maryland y más tarde en el sofá de su primo Wade, que vivía convenientemente a poca distancia de Port Deposit.

Betty quedó prendada de su futuro marido, y no pasó mucho tiempo antes de que Henry se asegurara un trabajo en el deshuesadero de autos local, donde resultó que todos sus años robando autos le habían proporcionado todas las habilidades vitales para desmontarlos y convertirlos en valiosos componentes e incluso para reconstruirlos, asegurando la suficiente estabilidad como para que Betty estuviera dispuesta a comprometerse con él cuando le pidiera matrimonio.

Sin la interferencia de Viola, la planificación se apresuró y la ceremonia -con gran asistencia de las ramas locales del clan Lucas- se celebró el 5 de diciembre de ese mismo año. La feliz pareja y las dos hijastras recién adquiridas por Henry se instalaron en una casa móvil recuperada en el lote C3 del *"Parque de Casas Rodantes de Benjamin"* en Port Deposit, Maryland.

Las cosas comenzaron bastante tranquilas para Henry y Betty hasta que él descubrió que conduciendo con sus placas de desguace, podía eludir por completo la detección de la policía caminera y de la policía estatal. Fue entonces cuando Betty descubrió que él desaparecía durante varios días y que regresaba apestando a alcohol y con ligeros toques de perfume. Supuso que si él era mujeriego, se enteraría a través de la red de cotilleos de la ciudad. Pero quienes hayan sido las mujeres con la que Henry se fue, deben haber desaparecido después, porque ni un solo rumor llegó hasta Betty.

Henry no era un marido perfecto en ningún aspecto, pero su forma de beber era en general razonable. Pagaba todo, nunca le levantaba la mano a Betty y era bastante encantador. Lo único que le sentaba mal era la forma en que las chicas parecían haberse enfriado con él de repente. Al principio, la perspectiva de un nuevo padre había sido motivo de gran excitación para ellas, y Henry había sido casi prepotente en la amabilidad que les prodigaba. Los regalos habían sido bien recibidos, pero la atención había sido lo que realmente

ansiaban. Después de tanto tiempo sin padre y con una madre que trabajaba largos turnos para mantenerlas, la adoración abierta de Henry hacia las niñas había significado el mundo para ellas. Hasta que de repente dejó de serlo.

Ella no sabía lo que estaba ocurriendo. No tenía ninguna base de comparación. Incluso cuando se dio cuenta de que algo andaba mal, Betty no pudo atar cabos, hasta que una horrible mañana fue a cambiar las sábanas de las niñas y vio las reveladoras manchas platinadas, moteadas de óxido por la sangre de sus hijas.

Henry llegó tarde a casa aquella noche, con el tenue aroma del bourbon pegado a sus labios cuando intentó apretarlos contra la mejilla de Betty. Ella no le levantó la mano -todavía no se atrevía a arriesgarse a algo así después de los años de palizas de su primer marido- pero se apartó y no pudo reprimir las palabras que siseaban entre sus dientes. "Cabrón".

Henry se limitó a sonreír, de la forma en que siempre lo hacía, de forma desarmante y suave como un beso. "Ahora, ¿qué se supone que he hecho mal esta vez?"

"Sé lo que has hecho, Henry". Betty no había sido encantada por él esta vez. Su voz era fría como el hielo. "No hay duda de lo que has hecho. Sólo estoy tratando de decidir qué hacer al respecto".

Su antiguo marido tenía una mirada cuando estaba a punto de empezar a gritar. Sus ojos se entrecerraban, su cara se ponía roja. Henry no era así. Apenas levantaba la voz, a decir verdad, pero en los momentos en que ella lo había visto enfurecerse, era invisible. Cualquiera que fuera la expresión de su cara antes, permanecía allí como una máscara mientras actuaba su furia. Incluso tan cerca, Betty no podía decir si estaba insensible por la bebida, genuinamente desconcertado, o preparándose para romperle los dientes. Ese misterio en él había sido atractivo al principio, pero ahora, casi un año después de que saliera de esa prisión y entrara en su vida, la irritaba. Podría estar pensando en cualquier cosa y ella nunca lo sabría.

Su voz era casi antinaturalmente suave cuando finalmente respondió. "No tengo ni idea de lo que estás hablando, y apuesto a que tú tampoco tienes ni idea".

No era una amenaza exactamente, sólo una declaración de cómo Henry quería que fuera el mundo. Una acusación tan amplia como la que Betty acababa de lanzar habría hecho que la mente de cualquier persona normal se revolviera entre todos los pequeños secretos que guardaba, tratando de averiguar cuál debía proteger. Henry no estaba tan dividido en sus propósitos. Cada uno de sus secretos era suficiente para ganarse una cadena perpetua o algo peor. La única pregunta en la mente de Henry era el nivel de respuesta que sería necesario esta vez.

"Has estado tocando a mis hijas. Has estado entrando en sus habitaciones por la noche y..." Se cortó en un sollozo estrangulado.

La tensión en Henry se aflojó un poco. ¿Eso era todo? No valía la pena hacer un escándalo por eso. "Jamás he hecho nada de eso, Betty. Nunca le pondría una mano encima a ninguna de esas chicas. Lo juro por mi madre". Si eso pretendía ser irónico, Betty nunca lo sabría.

"Vi el..." Se interrumpió con un escalofrío. Hablé con las chicas. Me dijeron lo que hiciste. No tiene sentido mentir sobre ello ahora. Lo sé, y muy pronto todo el mundo lo sabrá también. Voy a decirle a todo el mundo que Henry Lucas toca a las niñas".

Se produjo otro momento de su extraña quietud. Luego pareció decidirse por un curso de acción. "Ahora escucha. Si ya has tenido suficiente conmigo, entonces está bien. Sólo tienes que decir las palabras y yo haré las maletas. Pero no le digas a la gente ninguna mentira sobre mí sólo para echarme. ¿Quieres la casa rodante? Es toda tuya. Pero no vayas a decir mentiras sobre cómo toqué a esas chicas tuyas. Las cuidé como si fueran mis hijas, y no sé qué clase de historias sucias les has metido en la cabeza, pero no me voy a sentar aquí a escuchar esto".

Ella lloraba, ligeramente, pero tal vez esto fuera lo mejor para todos. "Será mejor que te vayas de aquí, Henry. Si te veo de nuevo por aquí, se lo diré a todo el mundo. Llamaré a la policía. ¿Me oyes?"

"Tengo una reunión familiar en Virginia este fin de semana". Henry seguía hablando en voz baja, todavía trabajando en la idea. "Voy a ir allí con Wade. Estaremos fuera unos días. Tal vez eso te dé tiempo para pensar. Decidir si quieres seguir mintiendo o si me quieres cerca".

Ella siseó. "Eres una basura, Henry Lee Lucas. Peor que la suciedad que pisas".

"Apuesto a que también te retractas de eso después de haberme echado de menos un par de días". Volvió a mostrarle esa vieja y encantadora sonrisa. No funcionó, ni siquiera un poco. "No vuelvas nunca más aquí. Jamás".

La sonrisa se desvaneció hasta quedar en blanco. Toda la emoción se esfumó de su voz. "No vayas a arruinar la vida de las chicas sólo para librarte de mí".

Betty se estremeció. "¡Fuera, Henry! Sal de aquí".

Un viaje por carretera con Henry solía ser un momento divertido, y Wade había estado esperando con ansias el viaje a Virginia Occidental. Se quedó atónito al descubrir que su primo, habitualmente alegre, había caído en un estado de ánimo sombrío.

Tuvieron que pasar cientos de millas antes de que Wade le diera a Henry la oportunidad de volver a hablar, pero una vez que se abrieron las puertas no hubo forma de callarlo. "Betty está tratando de

deshacerse de mí. Se ha puesto en mi contra. Está diciendo todo tipo de mentiras desagradables sobre mí. Va a ir difundiendo esas mentiras por ahí. Arruinará mi vida. Maldita perra".

No le importó cuántas veces Wade intentó cambiar de tema, Henry simplemente no se detuvo. "No puedo volver allí, primo. No puedo volver. Betty arruinará todo si lo hago. Difundirá sus sucias mentiras. Me hará parecer un monstruo. No puedo hacerlo".

Esto siguió y siguió hasta que se detuvieron en el tráfico. Había un puente en reparación más adelante, que reducía la carretera a un solo carril y estaba provocando un atasco. Henry bajó la ventanilla, todavía murmurando sobre Betty.

"¿Me hablas a mí, amigo?" Había un camión aparcado junto a ellos, esperando la oportunidad de cruzar el puente, un gran transporte de mercancías con el conductor medio colgado de la ventanilla.

"Sólo estoy hablando conmigo mismo".

El camionero se rió. "Bueno, esa es una forma de asegurarte de no llevarte ninguna sorpresa".

Henry le sonrió sin quererlo. Lo miró por un instante y finalmente le preguntó. "¿Hacia dónde te diriges?"

Se escondía una sonrisa de dientes blancos bajo el bigote del camionero. "Voy hasta Shreveport, Luisiana. ¿Y tú?"

Henry miró a Wade, contempló sus opciones y dijo: "Bueno, supongo que yo también me dirijo a Shreveport, si me llevas".

El camionero se rió. "Diablos, no tengo compañía. Sube aquí entonces".

Así de fácil, el breve intento de normalidad de Henry se desmoronó de nuevo. Desapareció de los registros oficiales y comenzó a ir a la deriva. En Shreveport, su nuevo amigo le regaló un coche robado para que condujera hasta Los Ángeles, pero nunca llegó hasta allí. Incluso entre los círculos criminales, Henry se convirtió en un fantasma.

Una alianza hecha en el infierno

Durante un tiempo, Henry Lee Lucas no fue más que una leyenda. El vagabundo tuerto de las historias de hogueras. Viajó a lo largo y ancho del país, y según los registros, fue visto en Wilmington, Delaware, y Hurst, Texas. Paró durante un tiempo en casa de Opal, que le había perdonado con bastante facilidad por haber traído el asesinato a su puerta cuando se le presentó la oportunidad de liberarse de su madre para siempre, pero las historias se abrieron paso poco a poco a través del árbol genealógico llegando a Opal.

Él se había quedado durante un mes con su otra hermana, Almeda, cuando ella descubrió que estaba abusando de su nieta y lo mandó a pasear con el sheriff local pisándole los talones. Opal ya tenía sus propios hijos, y por mucho que se preocupara por su tonto hermanito, no era tan ciega ni tan estúpida como para dejar que se produjera el mismo tipo de situación allí en Michigan.

Todas las puertas que solían estar abiertas para él se cerraron de golpe cuando las historias de su depravación lograron alcanzarlo. Su último contacto real con su familia fue otra visita a Almeda. Ella le recibió con escopeta en mano, pero él insistió en que no estaba allí para ver a su sobrina nieta, ni siquiera a Almeda. Estaba allí por un trabajo de desguace para su marido, que era el dueño del deshuesadero local. Había robado un camión parcialmente reformado y las placas del deshuesadero le permitirían circular en él sin dejar constancia oficial.

La siguiente señal de la existencia de Henry Lee Lucas fue hacia finales de 1977, cuando apareció muy brevemente en Beckley, Virginia Occidental. A raíz de una especie de lesión, se encontró brevemente hospitalizado, por lo que no pudo conducir durante unos meses. Así que Henry hizo lo de siempre, se buscó una mujer sencilla a la que acosar y encontró el tipo de trabajo en el que un hombre con una fuerza considerable podría ganar algo de dinero sin necesidad de presentar papeles. La mujer en este caso era una leyenda local llamada Rhonda Knuckles.

Dicen que los hombres se sienten atraídos por las mujeres que les recuerdan a su madre. Y frente a las pruebas en el caso de Rhonda Knuckles, esa idea es difícil de discutir. Tenía más hijos de los que se podría contar con los dedos de las manos, con más padres de los que se podrían nombrar, un verdadero bufé para un depredador de niños como Henry Lee Lucas.

Encontró trabajo en el almacén local de alfombras, transportando y midiéndolas para cortarlas y distribuirlas. Se quedó un poco más de lo que pretendía. Empezaron a surgir acusaciones de pederastia en su contra, no sólo de la prole de los Knuckles, sino también de otros

niños de la ciudad, y su supervisor le comentó a Henry que la gente de esos lugares no era muy apegada a la letra de la ley. Había un viejo árbol de linchamiento, no muy lejos del pueblo, que no se había utilizado en algunos años, pero que aún parecía lo suficientemente robusto como para soportar al menos un cuerpo más.

Henry abandonó la ciudad a la mañana siguiente en una camioneta robada, dirigiéndose hacia el sureste, hacia el único rincón del sur de Estados Unidos que aún no le había oficiado de hogar.

En la primavera de 1978, llegó a Florida. Sin dinero y sin perspectivas de trabajo, se encontró haciendo cola en un comedor social de Jacksonville, Florida, donde se encontró con el hombre que se convertiría en el centro de su mundo para el resto de sus días.

El niño débil que había sido Ottis había quedado ya muy atrás. Ahora lucía una barba incipiente y las cicatrices de un hombre que sobresalía por encima de todos los que le rodeaban con sus dos metros y medio de estatura. Henry se puso a la altura del gigante ceceante, fascinado por la yuxtaposición de un hombre claramente peligroso y unos modales tan afeminados. Henry no era ajeno al sexo con hombres, pero en la cárcel y en los rudos márgenes de la sociedad en los que había vivido, siempre había sido algo secreto, algo vergonzoso. Ottis había convertido la homosexualidad en una parte de su personalidad, de su identidad. Había tomado lo que otros habrían utilizado para avergonzarlo y lo había llevado como una armadura. Henry apenas podía apartar los ojos de aquel hombre.

Al principio, Ottis lo tomó por un admirador más, pero después de insinuar que estaría dispuesto a pasar un rato en privado con él, se sorprendió al ver que Henry parecía querer realmente ser su amigo. Ninguno de los dos había tenido nunca mucha suerte o experiencia con la amistad. Henry era demasiado introvertido y reservado como para compartir mucho sobre sí mismo, así que esos primeros días los pasó siguiendo a Ottis mientras hacía su rutina habitual, en lugar de intentar tomar el control de la situación, como lo hacía habitualmente.

Hubo dos momentos muy concretos en esa primera semana, que cimentaron la confianza entre los dos hombres. El primero fue cuando Henry acompañó a Ottis a visitar a su madre. Ella había muerto hacía sólo dos años, y cada vez que Ottis pasaba por Jacksonville se aseguraba de parar en su tumba para presentar sus respetos.

Mientras Henry estaba allí, Ottis se hundió en la tierra desnuda y dejó escapar un suspiro. "Puedo sentir la calidez, ¿sabes? Y si me quedo tumbado aquí el tiempo suficiente, a veces puedo sentir que se mueve debajo de mí. Como si intentara darme un abrazo".

El hecho de que ambos fueran perseguidos por los fantasmas de sus propias madres fue suficiente para convencer a Henry que la conexión entre ellos era algo profundo. Pero seguía siendo reticente a

compartir cualquier detalle de su propia vida, aunque Ottis se había percatado ahora del misterio subyacente de su nuevo admirador y empezó a indagar sobre él. Al caer la tarde, le preguntó a Henry si le apetecía ir a tomar una copa, y como buen hijo de su padre, Henry accedió.

Hicieron una breve parada en el coche de Ottis antes de salir por la noche para que pudiera cambiarse. Fue casi como una prueba, para ver hasta dónde se podía empujar a Henry. Una prueba que superó con creces, tanto al admirar abiertamente el cuerpo desnudo del otro hombre mientras se despojaba de sus sucias ropas, como al no expresar ninguna objeción cuando Ottis se puso un vestido de lentejuelas.

En el primer bar, les miraron con recelo y se rieron más de una vez, pero nadie estaba lo suficientemente ebrio como para causar problemas aún. En el segundo bar, Ottis se convirtió en una fuente de diversión más que de ira. Henry se encontró siguiendo la estela del otro hombre, disfrutando de su compañía y de sus agudos comentarios. Sólo después del segundo bar, cuando se dirigían al tercero, comenzaron los problemas. Un idiota local le lanzó un insulto a Ottis. Surgió la palabra "abominación". Sólo tuvo tiempo de mencionarla una vez antes de que Ottis se echara encima del hombre, con sus puños en alto. El lugareño contaba con varios amigos, y antes de que Henry supiera lo que estaba haciendo, se encontró en medio de en una pelea callejera a los puñetazos, defendiendo el honor de un hombre con vestido que había conocido sólo un par de días atrás. Resistieron a ese primer grupo, pero entonces una segunda oleada de lugareños salió a raudales del bar y fue a por ellos. Henry tuvo que tomar a Ottis por el brazo y quitarlo de encima del hombre al que estaba golpeando hasta convertirlo en una masa sangrienta. "Vámonos, ahora. No hay problema por el que valga la pena morir".

Por un momento, pareció que Ottis iba a volcar su furia desenfrenada también sobre Henry, pero entonces sus ojos parecieron centrarse. Se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla, y luego los dos corrieron por su vida hasta el coche de Ottis. Sólo un hombre entre la multitud de sus atacantes, fue lo suficientemente estúpido como para perseguirlos. Sólo un hombre lo suficientemente consumido por el odio, como para que la sola visión de un hombre con vestido le hiciera pensar que podría enfrentarse a esos dos. Los alcanzó en un callejón a una calle de donde se dirigían, lanzando insultos a todo pulmón al doblar la esquina. La imagen que le esperaba fue suficiente para robarle el grito de su garganta. Ottis había metido la mano en su bolso y había sacado un revólver. Con un gruñido de placer carnal, apretó el gatillo. No sólo una, sino seis veces. Se acercó a medida que el hombre caía para asegurarse de que cada bala diera en el blanco.

Se volvió hacia Henry, con los ojos nublados por la lujuria y la sangre salpicada en su vestido. "¿Estás de acuerdo con esto, cariño?"

Henry le devolvió la sonrisa. "Definitivamente".

El gran viaje

Su primer encuentro en Florida precipitó una rápida salida. Tanto Henry como Ottis estaban más que acostumbrados a salir de la ciudad antes de que los problemas los atrapen, y esta vez no fue diferente. Excepto que lo era. No estaban huyendo solos, desapareciendo con el viento: estaban juntos. Por primera vez en sus vidas, Henry y Ottis habían encontrado a alguien que podía conocerlos en su totalidad y no retroceder debido al miedo. Fue una experiencia terriblemente estimulante para ambos, saber que no estaban solos en el universo, saber por primera vez, que no eran los únicos portadores de mentes completamente diferentes a las de todos los que les rodeaban. En los confines sudorosos del coche de Ottis, ambos intercambiaron historias de sus vidas, salpicadas por sus asesinatos.

Ottis había logrado evitar ser detectado como asesino hasta ese momento, simplemente porque sus hábitos de vagabundeo coincidían perfectamente con las "mejores prácticas" que Henry había aprendido en su tiempo leyendo cientos de registros sellados e informes criminales. Cometía algunos delitos aquí y allá, pero seguía dependiendo casi por completo de la prostitución y los pequeños hurtos para mantener su estilo de vida de bajo costo. Pero para cuando la policía local se enteraba de su existencia, ya había seguido adelante. Una o dos veces había sido detenido y encarcelado por delitos menores, pero como ninguno de los departamentos de justicia del país se comunicaban entre sí, cada vez que lo atrapaban, lo trataban como si fuese su primer delito y no como parte de un patrón de conducta delictiva. Además, sus modales increíblemente afeminados, le ayudaron a frenar cualquier temor que un jurado pudiera tener de este increíble gigante. Lo mismo que hacía que la gente pensara en él como un bicho raro fuera de la sala del tribunal, le confería una capa de protección inesperada dentro de ella.

Ambos hombres habían desarrollado el gusto por matar a estas alturas de sus vidas. Henry como medio para conseguir un fin y Ottis como fuente de momentos únicos de placer en un mundo por lo demás aburrido y gris. Ninguno de los dos compartía la misma perspectiva sobre el asesinato, pero no tardaron en darse cuenta de que la diversidad de sus puntos de vista los beneficiaba. Ottis mataba porque le gustaba matar. Porque le excitaba. Henry mataba, en su mayor parte, por practicidad, y para procurarse una salida sexual cuando escaseaban los cuerpos calientes y dispuestos. No había ninguna razón por la que los dos no pudieran coexistir perfectamente, satisfaciendo las necesidades de ambos con cada víctima.

No tardaron en poner a prueba esa teoría. Al salir de Florida, el dúo se dio cuenta de que estaba escaso de fondos, así que planearon

un rápido robo en una licorería de Alabama. Justo antes de entrar por la puerta, Ottis le lanzó el revólver a Henry con una sonrisa. Su relación era intensa hasta el momento, pero también era nueva, y Ottis no tenía forma de saber si todo lo que Henry le había contado era verdad. Esta era su manera de llegar a la verdad rápidamente. ¿Henry era un asesino, o no lo era? Si lo era, entonces iban a pasar un buen rato. Si no lo era, entonces no había razón para tener miedo de poner un revólver en sus manos. De cualquier manera, Ottis obtendría todos los beneficios de un robo sin ninguna de las posibles consecuencias de portar un arma. Era más inteligente de lo que parecía.

Henry no decepcionó a su nuevo amigo, irrumpiendo en la tienda con la pistola ya apuntando al dependiente sin dudarlo ni un instante. "Escúchame bien. Danos todo el dinero en efectivo o salpicarás de sangre todos los cigarrillos que tienes delante. Demonios, danos también algunos de esos cigarrillos. Y una botella de whisky. Muévete o piérdete".

El dependiente entró en pánico, con los ojos desorbitados mirando de un lado a otro a los dos hombres. A Henry le pareció que estaba a punto de hacer una locura.

"No intentes nada raro, muchacho".

El pánico anuló cualquier lógica que estuviera operando en el cuerpo del empleado. Intentó correr hacia la puerta trasera. El revólver de Ottis fue casi ensordecedor dentro de ese espacio cerrado. Cada uno de los tres disparos rugió de él y les devolvió su eco. Las tres balas alcanzaron por la espalda al dependiente durante su intento de huida. En el centro. Ordenadas como cualquier recorte de campo de tiro.

Cuando recuperó el oído, Henry casi se quedó sordo de nuevo por los gritos de Ottis. Se encontró envuelto en un abrazo apretado y desgarbado y con un beso en la frente. "Lo has conseguido, cariño. Lo has hecho muy bien".

Ottis ni siquiera se molestó en la caja registradora; se dirigió directamente al cadáver y empezó a desabrochar el cinturón del empleado muerto. Henry se quedó mirando, hipnotizado, mientras Ottis conseguía bajar los pantalones del chico lo suficiente como para servir a sus propósitos. Después de los disparos y los gritos, la tienda quedó en un silencio casi ensordecedor. Henry podía oír cada respiración jadeante de Ottis. Se acercó al mostrador en sigilosamente para tomar el dinero, pero sus ojos no abandonaron la escena junto a la pared del fondo. Ottis dejó escapar un pequeño gemido, y luego miró hacia atrás, consciente de repente de los ojos que lo miraban. "Puedes ir a esperar al coche si quieres. O puedes mirar si eso es lo que te apetece". Henry se apoyó en el mostrador y miró fijamente a

Ottis, casi desafiante. "Así que eres de los que miran, ¿verdad, cariño?"

Era otro pequeño desafío. Otro pequeño empujón para ver hasta dónde era capaz de llegar Henry. Y resultó ser hasta el final. Tuvieron sexo por primera vez en el asiento trasero del coche de Ottis, lleno de basura, a pocos kilómetros de aquel asesinato. Ambos se excitaron con el trabajo de la noche. Henry no quiso hablar de ello después, y Ottis ya le había presionado tanto por una noche que no se atrevió a ir más allá. Al fin y al cabo, todavía tenía el revólver, y ahora Ottis sabía con certeza que estaba preparado y dispuesto a utilizarlo.

Los dos vagaron por los estados del sur durante meses. Matando, violando y robando sin rumbo fijo. Su vida sexual era inconsistente. Si se encontraban en medio de la nada y Henry no tenía otra salida, se llevaba a Ottis con gusto al asiento trasero del coche, pero si había mujeres cerca, su preferencia era bastante clara. Las veces que Ottis se entrometía en el coqueteo de Henry eran las únicas en las que ambos estaban en desacuerdo.

Henry Lee Lucas y Ottis Toole trabajando en tándem, representaban un espectáculo de pesadillas. Durante un año, estuvieron en la carretera compartiendo las lecciones que habían aprendido, follando, discutiendo, y emborrachándose a ciegas al borde de la carretera hasta que todas esas cosas se mezclaron en un largo y ruidoso borrón. Henry le enseñó a Ottis las cosas que debía hacer para eludir los métodos que la policía podría emplear para atraparlo; cómo desmembrar un cadáver antes de enterrarlo para que no pudiera ser identificado o cómo quitarle la matrícula a un coche y hacerlo circular con placas de desguace para que siempre lo pasaran por alto. A cambio, Ottis enseñó a Henry nuevas profundidades de depravación. De su relación sexual, Henry no aprendió nada que no hubiera visto una docena de veces antes en las duchas de la cárcel, pero su relación criminal era algo totalmente distinto. La necrofilia formaba parte del comportamiento habitual de Henry, pero Ottis le empujaba a ir más allá. A tener sexo con los cuerpos de sus víctimas en descomposición cuando tenían que esperar durante el día antes de que la oscuridad de la noche pudiera encubrir un entierro improvisado. A comer la carne de los muertos asada al borde de la carretera, en una pequeña barbacoa que Ottis transportaba del maletero de un coche robado al siguiente. Henry sólo la probó una vez antes de declarar que no le gustaba la salsa barbacoa de Ottis y no volver a entregarse al canibalismo. Resultaba extraño que fuera él quien tuviera más escrúpulos por primera vez en su vida, pero se volvió aún más extraño cuando se hizo evidente hasta qué punto dominaba la relación. Después de su primera noche juntos, Henry ya no sentía ninguna necesidad de probarse a sí mismo ante Ottis, y con la llegada de ese nuevo flujo de confianza, el otro hombre descubrió de repente una

abrumadora atracción por Henry. Ottis cometió el error más tonto en una vida llena de ellos: se enamoró de Henry.

No se sabe cuántas personas mataron en ese primer año de viaje juntos, en gran parte debido al número de confesiones que los dos hombres hicieron, se retractaron y luego volvieron a hacer cuando les convenía. Al reunir los detalles de sus confesiones y estudiar los puntos en los que coinciden, queda claro que la presencia de otro asesino, llevó a cada uno de ellos a traspasar nuevos límites. Pasaron una cantidad sorprendente de tiempo intentando superar el uno, las últimas actividades del otro.

Una de las historias que ambos contaron con vívido detalle fue la de la vez que vieron a una joven pareja haciendo autostop por Texas. Henry conducía esa noche, tratando de acomodar su trasero en el impoluto asiento del coche recién robado que habían recogido unos pocos pueblos atrás. Tenían que poner cierta distancia entre ellos y el propietario del vehículo antes de que fuera denunciado al sheriff local. Por eso planeaban conducir durante toda la noche, con la intención de consumir todo el depósito de gasolina y toda una franja de la autopista antes de que alguien supiera que algo andaba mal. Los chicos que se encontraban al borde de la carretera eran adolescentes, o quizás veinteañeros. La chica se mantenía detrás de su chico, como si éste pudiera protegerla de todos los peligros que acechan en la noche. Eran perfectos, ambos, la imagen misma de un comercial de la típica pareja americana.

Henry dio un empujón a Ottis para que se despertara y se detuvo. El chico levantó una mano en señal de saludo cuando se abrió la puerta del lado del pasajero. Ottis respondió con su revólver. Le voló la mitad de los dedos al chico con el primer disparo, y luego giró su puntería hacia su torso, disparando las otras cinco balas tan rápido que la chica ni siquiera tuvo la oportunidad de gritar. Henry no se quedó de brazos cruzados mientras su amigo y amante se ponía a trabajar; había salido del coche y lo había rodeado antes de que se produjera el último disparo. La chica intentó correr, pero el horror había convertido sus pies en plomo. Tropezó y se tambaleó al girar hacia el desierto, y antes de dar un paso, Henry estaba sobre ella. Sus manos sucias rasgaron su ropa. Su aliento a cerveza rancia le pasó caliente por la cara mientras la manoseaba. Ella consiguió apretar su puño y golpear la cara de Henry, pero fue como golpear una pared de ladrillos. La sonrisa en el rostro de él no se borró. Ni siquiera pareció darse cuenta. Se limitó a rodearle la cintura con los brazos y a levantarla de la arena. Hubo un horrible momento de vértigo cuando la gravedad la abandonó, junto con toda la lógica y la razón, pero luego volvió a orientarse hacia la tierra, colgada del hombro de aquel hombre monstruoso, con una clara visión de todo lo que había pasado

y de la extensión vacía de nada, que era todo lo que podía ver en cualquier dirección. Gritó de todos modos, no por la esperanza de ser escuchada, sino como única salida para el terror absoluto que la invadía. Lo único que consiguió fue que él se riera.

Podía ver todo lo que ocurría detrás de ella. Podía ver lo que el otro hombre, aquel enorme monstruo, le hacía a su novio muerto. Podía oír cada gruñido y cada gemido incluso cuando cerraba los ojos para evitarlo. Henry le dio una palmadita en el trasero cuando se quedó sin fuerzas, y ella tuvo una terrible premonición de su futuro. Se golpeó la nuca contra el marco de la puerta del coche cuando él la arrojó al asiento trasero, llenándole la cabeza de una oscuridad sonora. Cuando él se subió encima de ella, trató de perseguir esa oscuridad hacia la seguridad de la inconsciencia, pero su cuerpo la traicionó. Volvió a sentir los dedos callosos de él arrastrándose por su piel desnuda, sus dientes marrones mordisqueando su estómago.

Ottis volvió a subir al coche mientras Henry seguía violando a la chica en el asiento trasero, más que satisfecho con su propia velada. Prefería que sus hombres estuvieran calientes a que se enfriaran, pero no era exigente, y matar a un hombre tenía su propio encanto. Sin embargo, parecía que Henry iba a tardar un rato, y tenían que continuar su viaje, así que arrancó el coche y salieron por la autopista, con los gritos sonando detrás de él.

Ninguno de los dos hombres era ajeno a la carretera, pero mientras Henry estaba aprendiendo todas las formas en que el hecho de no pertenecer a ninguna parte lo hacía libre, Ottis era diferente. Ansiaba vivir entre otras personas, aunque fuera rechazado. Estaba irremediablemente enamorado de Henry, pero su constante aislamiento y proximidad estaban haciendo que la dulzura de ese amor se volviera amarga. Quería que Henry le correspondiera, pero el otro hombre no parecía capaz de hacerlo. No importaba mucho si eso se debía a que Ottis era un hombre, o si era por el vacío que resonaba en Henry donde otras personas guardaban sus emociones. Ottis podía intuir lo fácil que era que su amor se transformara en resentimiento y odio si las cosas seguían como hasta entonces, y no tenía ningún deseo de convertir a Henry en su enemigo. Si se establecían en algún lugar, otras personas podrían servir de amortiguador, una inoculación de interacción social para que pareciera al menos que Henry no era la única persona en el mundo aparte de él.

Para Ottis, su hogar se encontraba en Florida. No se había acercado a la tumba de su madre en todo un año, el período más largo que había permanecido alejado, y aunque detestaba a su familia, seguía sintiendo su ausencia con intensidad. Henry no quería ir. No quería establecerse en ningún sitio. Clavó sus talones en el suelo y se rebeló contra ello. Finalmente se dirigieron a Florida.

La intensa relación que había cultivado con Ottis era un arma de doble filo. Conocía todos los puntos débiles de la psique del otro hombre, pero había quedado igualmente expuesto y abierto a su manipulación. En última instancia, ninguno de los dos estaba preparado para que su viaje terminara aún, y ambos estaban dispuestos a hacer algunas concesiones para seguir adelante juntos.

La novia niña

La familia de Ottis no sabía cómo tratar a Henry. No sabían si Ottis traía a casa un amigo, un amante o algo parecido. La forma en que los hombres se comportaban entre sí no delataba mucho, y mientras Ottis era tan extravagante que su sexualidad era a menudo evidente para la gente de varias calles más allá, Henry era un libro cerrado. Andaban a la deriva por la periferia de la familia Toole, sin ser nunca bien recibidos ni rechazados del todo. El dúo se alojó en casa de varias hermanas de Ottis durante sus primeros meses en Jacksonville, pasando de un apartamento a otro a medida que su presencia se convertía en una molestia. Las hermanas de Ottis habían sido una fuente de miseria constante para él en su vida anteriormente, pero ahora, sin su madre y sus constantes incitaciones a atormentarlo, todas habían caído en relaciones familiares más tradicionales. Henry se encontró rápidamente ocupando exactamente el mismo papel que Ottis en esos hogares, un tío político de todos los sobrinos de Ottis, incluidos Frank y Freida, los hijos gemelos de su hermana mayor, Drucilla.

Drucilla era una madre soltera que trabajaba mucho más allá de los límites de su propia resistencia para intentar mantener a su familia, y se sentía increíblemente aliviada al encontrar un par de niñeras preparadas que dormitaban en los sillones de su salón a todas horas del día. Podría haber encontrado algo sospechoso en la forma en que ese casi extraño Henry se interesaba por sus hijos. Si favorecía a uno o a otro, se empeñaba en prodigarles atenciones a ambos por igual, incluso llevándolos con él y Ottis cuando hacían pequeños viajes de carretera por Florida.

Sinceramente, a Henry no le importaba mucho Frank -lo consideraba un niño caprichoso la mayor parte del tiempo- pero soportaba su compañía a cambio del acceso que le otorgaba a su hermana. A sus diez años, Frieda era la niña de los ojos de Henry, que se interesó por ella de forma más que paternal, al igual que por las hijas de su ex mujer.

Casi inmediatamente después de conocerla, empezó a llamarla "Becky" en privado. A ninguno de los dos les importaba su nombre de pila, y ella se emocionaba cada vez que le oía susurrar el apodo que él le había asignado. Henry había leído los expedientes de muchos pedófilos secuestradores de niños en su época; sabía lo fácil que era pillarlos cuando cogían a sus dóciles víctimas en público sólo porque cometían un desliz y los llamaban por su verdadero nombre. Se entrenaba a sí mismo y a Frieda ante esa posibilidad. Al día de hoy, nadie tiene del todo claro qué era lo que tenía Frieda Powell que resultaba tan increíblemente atractivo para Henry Lee Lucas, si era su

estrecha relación con el tío al que Henry no estaba dispuesto a admitir que amaba, o si había algo en su personalidad de púber que encajaba perfectamente con su propia red de psicosis. Fuera cual fuera el apego, ambos lo llamaban amor, y cuando llegó el momento de seguir adelante, Henry volvió a clavar los talones.

No estaba dispuesto a abandonar la carretera por completo. Incluso durante los meses en los que habían permanecido en Jacksonville, el dúo realizaba a menudo largos viajes por las carreteras y caminos, acechando a cualquier transeúnte que encontraban fuera de la civilización y cometiendo robos a mano armada donde se atrevían, pero Henry tampoco estaba preparado para romper su incipiente relación con Frieda. No estaba claro si había empezado a abusar sexualmente de ella en ese momento, aunque las discusiones posteriores que el dúo mantendría al alcance de testigos, parecen indicar cierto grado de castidad por parte de Henry, posiblemente por primera vez en su vida.

Ottis se casó con una mujer en 1979, en una relación que le hizo descubrir públicamente su homosexualidad a todo el mundo en Jacksonville, ya que el rumor se extendió después de que la relación se rompiera. Ella nunca nombró al amante que él habría traído a casa y la habría echado de su propia habitación para tener sexo con él, pero para todos los que conocían a Ottis, estaba muy claro que ese amante era Henry. Esto creó una situación extremadamente incómoda para Ottis, que normalmente habría abandonado la ciudad después de armar semejante alboroto, y tuvo muchas discusiones acaloradas con Henry por ese motivo.

Para mantenerse cerca de Frieda, Henry, y por ende Ottis, se vieron obligados a conseguir trabajos en la ciudad. *Southeast Color Coat* era una empresa de tejados de Jacksonville a la que Henry consiguió impresionar con sus habilidades técnicas, y al final de su entrevista ambos hombres estaban en la nómina de la empresa, aunque a menudo les descontaban el sueldo por no presentarse a trabajar: la llamada de la carretera y la vida delictiva que ambos adoraban, era demasiado fuerte para ignorarla algunos días.

Según sus confesiones, aquella fue la época más fructífera en la carrera de Henry y Ottis como asesinos, y aunque los miles de asesinatos que confesaron no pudieron haber sucedido todos realmente, hubo un asesinato que definitivamente ocurrió.

En Georgetown, Texas, murió una autoestopista de Oklahoma. Su cuerpo fue encontrado tirado al lado de la carretera, completamente desnudo a excepción de un par de calcetines naranjas. Hasta el día de hoy, la persona no ha sido identificada, a pesar de haber habido tanta publicidad en torno al caso, su falta de identificación es probablemente lo más sorprendente de su muerte a estas alturas.

Murió estrangulada a un costado de la Interestatal 35 y fue arrojada por encima de la barrera para caer en la tierra, donde sería descubierta más tarde. Estos son hechos reales sobre el asesinato de "Calcetines Naranjas". Más allá de este crimen, todo está envuelto en mentiras por parte de uno u otro de los dos asesinos en serie.

Según Henry, recogió a la chica cuando viajaba solo y mantuvieron relaciones sexuales consentidas al borde de la carretera. Cuando ella se negó a tener sexo con él por segunda vez, diciendo "ahora no", él desvió el coche a un lado de la carretera y la estranguló hasta matarla mientras la violaba.

De acuerdo a la historia contada por Ottis, ella era una amante habitual de Henry, a quien él había asesinado en un ataque de celos al ver a su amante en brazos de otro. Inicialmente, Ottis afirmó haberle cortado la garganta mientras ambos mantenían relaciones sexuales, pero al enterarse de la evidencia forense, modificó su historia para incluir el estrangulamiento con un par de medias. Independientemente de qué historia fuera la verdadera, el dúo pudo proporcionar algunos detalles muy específicos, tanto sobre la ubicación del cuerpo como sobre algunas pruebas materiales encontradas alrededor del cadáver, que solo alguien que haya estado presente en la escena del crimen podría haber sabido: detalles que ni siquiera fueron incluidos en los informes policiales por haber sido considerados irrelevantes, como una toalla de mano doblada que "Calcetines Naranjas" habría estado usando en lugar de una toalla femenina.

A pesar de sus ausencias casi constantes en el trabajo, Henry y Ottis lograron mantener la cabeza baja lo suficiente como para mantenerlo durante dos años completos. Años en los que Henry tuvo más tiempo para congraciarse con la siempre halagada Frieda. Henry y Ottis mantuvieron ese patrón de comportamiento, trabajando, robando, matando y violando acorde a sus necesidades durante todo ese tiempo, solo esperando el catalizador que reencausara sus vidas de nuevo. Este llegó en 1981, cuando la hermana de Ottis y madre de los gemelos, se ahorcó en su apartamento. Los niños fueron los que la encontraron.

Henry y Ottis intervinieron de inmediato para reclamar la tenencia de los niños de doce años, a pesar de las protestas generalizadas de la familia Toole. Las otras hermanas no estaban en mejor posición que Ottis para cuidar de los niños, y los niños apenas las conocían ya que habían pasado casi dos años al amoroso cuidado de Henry.

A partir de ese momento, ambos niños viajaron en la parte trasera de la camioneta dondequiera que Henry y Ottis fueran, sentados fuera de sus trabajos de techado bajo el calor sofocante y aparcados afuera de las estaciones de servicio en el frescor de la noche, mientras sus

falsos padres entraban a robar y asesinar. Hay pocos secretos que se puedan esconder en un espacio tan reducido, y hay aún menos que no se puedan ver con solo una mirada a través de un parabrisas cubierto de insectos. Ambos niños entendieron exactamente lo que estaban haciendo sus nuevos tutores y respondieron a esa información de maneras completamente diferentes.

"Becky" se había enamorado profundamente de Henry, de la manera en que solo las jóvenes extremadamente ingenuas pueden hacerlo. Su perfección se había convertido en la piedra angular de su visión del mundo, y cualquier cosa que pudiera perturbar esa idealización la habría lastimado, por lo que la rechazaría, así como a la ley, lo que sería una fuerza rectora en su vida. Si Henry violaba la ley, era porque la ley estaba mal. Si mataba gente, era simplemente porque era necesario hacerlo.

Frank se volvió loco. No está claro si eso fue un síntoma de la debilidad mental que Henry siempre le había atribuido, o el resultado inevitable de tantos trastornos en su joven vida. Con la muerte de su madre, toda su vida se desmoronó, y las personas que debían cuidar de él, resultaron ser unos criminales empedernidos con muy poco interés en su estado mental la mayor parte del tiempo o incluso en su supervivencia. De acuerdo a una reconstrucción ficticia de los hechos, Frank habría sido testigo de uno de los espantosos asesinatos de Henry y Ottis y esta fue la razón por la que su mente enloqueció. Pero en realidad, fue la lenta rutina de la vida bajo su cuidado lo que lo llevó al estado casi catatónico en el que se encontraba, cuando los lentos engranajes de los servicios de protección de la infancia finalmente comenzaron a girar.

Ambos niños fueron trasladados directamente desde la escuela a hogares de menores donde permanecerían bajo la tutela del Estado hasta que cumplieran los dieciocho años. De ahí, Frank pronto fue trasladado a un hospital para enfermos mentales, donde permaneció el resto de su corta vida.

En el hogar, la llamaban Frieda, y a ella le parecía una mentira cada vez que respondía a ello. Ya no era Frieda, era Becky, su Becky. Las otras chicas del hogar se metían con ella por su nombre o por ser sucia, o por cualquier otra nueva excusa que hubiesen inventado ese día, pero todos esos pequeños dardos pasaban de largo a través de ella.

Ella no pertenecía a ese lugar. Su lugar estaba en la carretera junto al hombre que amaba. Todas las noches pegaba su cara contra el cristal de la ventana y miraba a través de la húmeda oscuridad más allá de los barrotes. Desde su habitación podía ver la carretera más allá del alto muro y su armadura de árboles. Había estado mirando fijamente desde que llegó, segura en su interior de que este no era el

final para ellos, segura de que su amor nunca la abandonaría. Miraba fijamente esa carretera como si pudiera hacer que apareciera de la nada una camioneta de aspecto desvencijado. Lo imaginó tan intensamente que cuando finalmente vio el coche en marcha, estaba casi segura de que todo aquello era simplemente un sueño. Desde allí no podía estar segura, no sabía si era Henry quien salía del lado del pasajero y se escabullía hacia el muro, pero llevaba demasiado tiempo esperando esto como para preocuparse.

Bajar a hurtadillas no le fue difícil: había un flujo constante de movimiento en toda la casa, ya que todos sus habitantes acudían a los baños comunes a cualquier hora de la noche, pero la puerta principal sería más difícil de sortear. La cerraban al anochecer. No tenía que haberse preocupado. Cuando bajó, Henry ya estaba allí, con una palanca en la mano y una sonrisa en la cara. Si hubieran sido inteligentes, habrían huido. Pero eran románticos, así que la cogió en brazos y la besó como un héroe de las películas.

Al llegar al muro, la impulsó y, por primera vez en toda la noche, la ansiedad se deslizó a través de ella. Era un muro alto. ¿Cómo bajaría al otro lado? "Déjate caer, cariño, yo te atraparé".

Ottis estaba allí, con una sonrisa tan amplia como la de Henry. Cayó en sus brazos con un pequeño aullido, y su tío le dio un último apretón para que supiera que estaba a salvo, para que supiera con certeza que estaba de nuevo en casa.

Siguieron merodeando por Jacksonville durante casi un año entero después de que Becky saliera del centro de detención de menores, pero en enero de 1982 las autoridades los estaban cercando. Sus delitos habían pasado casi totalmente desapercibidos hasta ese momento gracias a la inestimable educación que Henry había recibido en el estado de Ionia. Pero Becky no pudo evadir la atención. Existía un registro oficial de su fuga de la tutela y una campaña en marcha para restituirla a la custodia del Estado. Enfrentada a la elección de quedarse en Florida y ser separada de Henry, o huir a través del país con los dos hombres, no hubo ninguna duda, ni ninguna elección que hacer.

Esta vez, cuando Ottis y Henry salieron a la deriva por los estados del sur, lo hicieron con una niña en el asiento trasero del coche. Ella era el complemento perfecto para su pequeña unidad familiar; dispuesta a pasar por alto a los dos que se revolcaban en la tierra al lado del coche cuando la creían dormida, dispuesta a apartar la mirada cuando robaban y masacraban con desenfreno, y sirviendo todo el tiempo como el camuflaje perfecto. Los dos hombres solos daban miedo, incluso con la extravagancia de Ottis. Pero con la adición de una niña a la que los dos trataban con evidente amor y cuidado, eran capaces de pasar por debajo del radar de cualquiera que

estuviera al acecho del peligro. Las víctimas se ponían voluntariamente a su alcance. La sospecha se les escapaba por completo. Todo era más fácil cuando eran tres. Mientras estuvieron juntos, fue la época más feliz de sus vidas. Pero incluso para los asesinos en serie, todo lo bueno llega a su fin.

Cuestiones de abandono

Cuando llevaban menos de tres meses de viaje juntos, Ottis cayó enfermo. Había sido un alcohólico devoto desde que tenía edad para abrir una botella por sí mismo, y con el tiempo, el licor le había carcomido el hígado causándole todo tipo de problemas médicos menores. Esta vez, adquirió un aspecto ictérico, se tornó desganado y vomitaba cada vez que intentaba ingerir alimentos. Ni Henry ni Becky tenían idea de qué hacer para ayudarle. Se dieron la vuelta y regresaron a Florida, dejándolo en el primer hospital que encontraron para luego dar marcha atrás, huyendo antes de que las autoridades pudieran advertir la presencia de Becky. Ottis nunca se había sentido tan abandonado. Su familia siempre había sido tóxica, pero habían sido persistentes. Puede que le odiaran, pero nunca jamás le habrían dejado así.

Pasó casi un mes más hasta que se recuperó lo suficiente de su enfermedad como para salir del hospital, y para entonces no tenía forma de localizar a su amante y a su sobrina. Se encontró abandonado, enfadado y entrenado para matar sin ser detectado por una de las mejores mentes de la afición a los asesinatos en serie. No tardó en encontrar una salida a sus frustraciones.

Al principio, volvió a caer en los viejos patrones, provocando incendios por la oleada de excitación que le provocaba cada acto incendiario, pero después de experimentar la intensidad del asesinato de forma regular, descubrió que los incendios provocados habían perdido su emoción; al menos hasta que empezó a incendiar edificios en Jacksonville en los que sabía que había gente durmiendo dentro. Dos personas murieron como resultado de los incendios que él había provocado, y aunque eso le excitó mucho, también atrajo una atención no deseada. Se robó un Cadillac blanco y se fue a dar una vuelta por la costa este. Fue allí, en Hollywood, Florida, donde Ottis tendría su siguiente coqueteo con la fama.

Adam Walsh no quería ir a la tienda. Tenía seis años y los centros comerciales le atraían muy poco, sobre todo en los días templados de finales de julio, cuando podría estar jugando al béisbol. El centro comercial no era tan malo después de todo, pensó. El aire acondicionado era bastante agradable después de unos largos y pegajosos meses. Había allí incluso jugueterías y otras cosas que él preferiría visitar en lugar de la tienda Sears, pero su madre estaba empeñada en comprar una lámpara que estaba en oferta, así que él se limitó a acompañarla en silencio, como lo hacía respecto a casi todo en la vida. No le gustaba ser el centro de atención, ni ser el protagonista de los problemas. Si podía mantener la cabeza gacha y hacer que su madre sonriera, eso era exactamente lo que haría,

especialmente si eso significaba que podrían pasar por la juguetería al salir del centro comercial.

Sears resultó tan tedioso como siempre. Adam podía sentir el aburrimiento instalándose sobre él como una pesada manta. Incluso su madre, perdida en una conversación con la primera vendedora a la que pudo echar mano, lo notó decaído. Fue entonces cuando algo llamó su atención y una pequeña sonrisa iluminó su rostro. Arrastró su cuerpo, poco dispuesto, hacia un pequeño grupo de chicos un poco mayores que él, junto a los aburridos microondas y demás electrodomésticos. Sonaban pitidos y música en medio de la presión de los cuerpos que se agolpaban en una especie de sala de juegos. El peso del aburrimiento disminuyó ligeramente cuando su madre lo acercó lo suficiente como para ver la pantalla. ¡Un Atari! Los otros niños se turnaban para jugar. ¡Adam deseaba tanto jugar!, pero pudo ver que ya había una especie de cola, una que ya era algo inestable sin que él se metiera. Su madre ya había desaparecido cuando se le ocurrió mirar hacia atrás. Eso estaba bien. Esto era mucho más interesante que una estúpida lámpara.

Los otros chicos se estaban entusiasmando. Gritaban, y si Adam hubiera tenido un poco más de valor, podría haber gritado con ellos, pero en su lugar, se limitó a acechar en la parte trasera del grupo, agachándose y moviéndose de un lado al otro para ver la pantalla a través de todos ellos. Una partida terminó y otra comenzó, pero hubo cierta confusión sobre quién tenía el siguiente turno. Uno de los chicos seguía agarrado con fuerza su mando y otros dos intentaban arrebatarle el mando al otro. La situación se agravó con empujones y más gritos antes de que la extensa sombra de un guardia de seguridad se cerniera sobre ellos. "Muy bien, ya es suficiente. Salgan todos".

Extendió los brazos y los empujó, y Adam fue empujado con ellos. Los otros chicos eran más grandes, de diez o doce años; probablemente estaban allí por su cuenta. Pero Adam tenía que volver antes de que su madre descubriera que había desaparecido. Intentó decir algo, encontrar su voz más allá de su timidez, pero no lo consiguió. Antes de que se diera cuenta, estaba fuera, no sólo del centro comercial, sino en la calle, y el guardia había vuelto a entrar. Se giró para hablar con los otros chicos, pero ya se habían alejado juntos por la calle, riendo y empujándose como si nada hubiera pasado. Adam no sabía a dónde ir. No sabía qué hacer. Había oído hablar de "chicos perdidos", pero nunca había pensado que pudiera ocurrirle a él. Era un buen chico que siempre hacía lo que le decían, así que no podía pasarle nada malo, ¿verdad? Había adultos que pasaban junto a él en la calle, pero ninguno bajaba la mirada. Si volvía a entrar en la tienda, ¿le seguiría esperando el guardia de seguridad? ¿Se metería en un problema aún mayor? Su madre estaría

descontenta con él. Estaría enfadada, como la vez que salió al jardín a jugar sin decírselo antes. La toma de decisiones complejas no formaba parte de las habilidades de un niño de seis años, así que cuando escuchó una suave voz que le arrullaba desde el borde de la carretera, fue un alivio más que otra cosa para él. Aunque dirigirse hacia el coche fuera una decisión equivocada, al menos alguien la estaba tomando por él. "¿Estás bien, cariño? ¿Dónde está tu mamá?"

Había un gran Cadillac blanco parado al borde de la carretera, como sacado de una película, y esa voz, también sonaba como salida de una película. Como si un personaje de Disney hubiera cobrado vida. "¿Estás perdido, pequeño?"

"¿Quieres venir conmigo? Tengo un montón de juguetes para jugar aquí. También tengo algunos dulces, por si tienes hambre".

Era una estratagema sacada de algún programa especial extracurricular, pero Adam era demasiado joven para que le inculcaran siquiera el principio del miedo a los extraños. Se acercó al coche lentamente, más por timidez que por miedo. Dentro le esperaba Ottis. "¿Alguna vez has ido adelante cuando has salido con tus padres?"

"No".

"¿Quieres probarlo? ¿Dar una vuelta a la manzana buscando a tu madre?"

Adam asintió con la cabeza y cogió la manivela. Era un plan mejor que la nada que se le había ocurrido. Dentro del coche, olía un poco raro, como su ropa después de haber estado jugando al béisbol todo el día bajo el sol, pero no le dijo nada al amable señor. Eso sería una grosería. El buen hombre también tenía un aspecto un poco raro. Era realmente grande, y su pelo se volvía un poco fino en la parte superior, como si llevara oculto un gran huevo debajo. Pero le sonreía a Adam muy amistosamente, así que decidió no preocuparse por ello. Condujeron por la carretera y giraron a la izquierda, tal y como el hombre dijo que harían. Adam apretó la nariz contra el cristal y miró a la multitud, pero no había rastro de su madre por ninguna parte. Probablemente seguía discutiendo sobre su estúpida lámpara con alguna vendedora de Sears.

"Sabes, he estado pensando que me gustaría tener un niño como tú para mí. Mi amigo, Henry. Se consiguió una niña. Mi sobrina. Y si él tiene eso, ¿por qué no podría yo tener un niño?"

Adam se giró lentamente en el asiento para mirar al hombre, confundido y aún demasiado tímido para decir mucho. Ottis no titubeó. "Quiero decir, claro, eres algo pequeño comparado con ella. La gente no te va a confundir con mi esposa ni nada por el estilo. Pero tú y yo podríamos funcionar bien. Podrías ser mi hijo. No voy a tener ninguno de cualquier manera. Yo te cuidaría bien, y tú podrías

quererme como se supone que debe hacerlo un chico. ¿Qué te parece eso, hijo?"

Adam estaba más confundido que asustado. ¿De qué estaba hablando ese hombre? Siguieron recto en lugar de girar a la izquierda en el siguiente cruce, y eso fue suficiente para forzar finalmente las palabras. "Tengo que volver".

"No hay necesidad de volver, cariño. Ahora estás conmigo. Me harás compañía. Me amarás. Harás todo lo que te pida, como la gente que se quiere".

Adam estaba asustado ahora. Asustado de verdad en lugar del miedo imaginario que experimentaba en sus juegos. Quería a su madre. "Quiero a mi mamá".

Ottis se rió como si el niño estuviera diciendo una tontería. "Ahora soy tu mamá, cariño. Te alimentaré y te vestiré y..."

"¡Quiero a mi madre! insistió Adam, encontrando por fin la voz.

El puño de Ottis se extendió, casi tan grande como la cara de Adam. Adam no sintió el golpe. En un momento tuvo una sensación de movimiento y luego todo el mundo se volvió blanco. El dolor apareció un momento después y las lágrimas empezaron a correr por su rostro enrojecido. "¡Déjenme salir! Quiero a mi mamá".

La cara de Ottis se congeló en un rictus de frustración. Una rápida bofetada pretendía calmar al niño, no alterarlo aún más. "No. ¡No!"

Adam forcejeó la cerradura del coche, tratando de arrojarse a un lado de la carretera, pero Ottis no estaba dispuesto a dejarlo ir. Golpeó al niño en la cabeza con su carnoso puño, una y otra vez. Gritando para ahogar los sonidos de los sollozos del pequeño. Entonces, por fin se hizo el silencio.

Ottis condujo hasta que el sol se escondió detrás de los manglares, entonces se apartó del camino de tierra que había estado siguiendo para ocuparse de Adam de forma más permanente. Cuando extendió su mano para arrastrar al chico, no podía creer que éste aún respirara. Todavía refunfuñaba por haber sido despertado de su sueño conmocionado. Toda la rabia y la amarga decepción que Ottis sentía después de que Henry lo abandonara, salieron a borbotones. Rodeó con sus dedos la pequeña garganta del pequeño Adam y apretó todo lo que pudo hasta que pudo sentir el crujido de sus huesos. Luego dejó que el pequeño cuerpo cayera a la tierra, y su entrenamiento de todos esos años con Henry se puso en marcha.

Sacó un machete del maletero y con tres cortes brutales le arrancó la cabeza al chico. El resto del cuerpo lo llevaría a un lugar más familiar y lo quemaría hasta convertirlo en huesos y cenizas, pero la cabeza lo hacía demasiado fácil de identificar. Los registros dentales era en lo que Henry constantemente insistía. Lo más fácil era tirar la cabeza entera en algún lugar donde nunca la encontraran. Ottis arrojó

la de Adam a un pequeño canal cerca de donde se había detenido y volvió a limpiar aquel desastre. La satisfacción que esperaba no estaba allí.

El secuestro de Adam Walsh se convirtió en uno de los crímenes más publicitados de la historia de Estados Unidos, lo que dio lugar desde la aprobación de múltiples leyes para la protección de los niños, a la creación de "Los más buscados de Estados Unidos", dirigido por el padre de Adam durante su existencia, y a una persecución que no terminaría hasta 2008, cuando la policía confirmó finalmente la participación de Ottis Toole en el crimen. Antes de esa confirmación, se especuló mucho sobre quién había asesinado al joven Adam, después de que se recuperara su cabeza en una zanja de drenaje al principio de la búsqueda, el mismo día en que se ofreció una recompensa de 10.000 dólares por su regreso sano y salvo. Curiosamente, parece que Ottis Toole no fue el único asesino en serie que estuvo ese día en el centro comercial de Hollywood.

Jeffrey Dahmer vivía en Florida en el momento del secuestro de Adam, y un hombre que se ajustaba a su descripción fue visto varias veces en el centro comercial ese día, incluso en la sección de juguetes del Sears en cuestión. Años más tarde, la policía se enfrentó a Dahmer con estas pruebas y le exigió su confesión, y él se rió en su cara. Estaba encarcelado con múltiples cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional, y había confesado gustosamente cada uno de sus crímenes una vez que fue capturado. Señaló el fallo en la lógica de la policía. Si había cometido el delito, no tenía nada que perder y todo que ganar al admitirlo, así que ante la negativa, podrían creerle.

Ottis regresó a Jacksonville al día siguiente, encontró un frigorífico abandonado y lo utilizó como incinerador improvisado para los restos del cuerpo de Adam, la misma solución que Henry había utilizado para deshacerse de sus víctimas durante años, cuando las circunstancias lo permitían. Provocó unos cuantos incendios más, inició unas cuantas peleas de bar y dejó que los días y las semanas pasaran en una bruma gris de miseria. Nunca volvería a encontrar el amor, y no tenía forma de perseguirlo. Todo lo que podía hacer era esperar y no perder las esperanzas.

Sin el impulso de Ottis, Henry decidió intentar crear algún tipo de vida estable para él y para Becky. Ella había crecido lo suficiente como para que la perspectiva de que fueran una pareja, no fuera tan ridícula para el observador externo, así que alquilaron un apartamento en Maryland bajo el pretexto de ser recién casados. Henry encontró trabajo en el deshuesadero local y empezaron a instalarse en el tipo de rutina que en la vida de cualquier otra persona podría considerarse normal, pero que tanto para Henry como para Becky significaba una extraña desviación de su comportamiento habitual. Jugando a la

normalidad.

Becky estaba completamente aislada de todos los que la rodeaban. No se atrevía a conocer a los vecinos por si se le escapaban detalles de su vida, y mientras Henry era libre de ir y venir a su antojo, permaneciendo fuera hasta la medianoche a veces, ella pronto descubrió que existía un lazo invisible que la mantenía presa a poca distancia de su pequeño apartamento plagado de pulgas. Sin otra salida en su vida, sus sentimientos por Henry se intensificaron. Él se convirtió en todo su mundo. Se acercaba a los quince años y todo el romance idealizado que había definido su relación hasta entonces, se enfrentaba ahora a la realidad hormonal de una adolescente en pleno desarrollo. Henry era su marido, en todos los sentidos excepto en los que importaban, y ella quería cambiar eso. Sabía que él se acostaba con otras mujeres cuando salía por las noches. Sabía que él tenía necesidades que no estaban siendo satisfechas por su relación, y eso la ponía furiosa. Ella era su esposa, y quería que él fuera su marido en todos los sentidos. Incluso en el dormitorio.

La primera vez que trató de montarlo mientras se besaban, él casi la arrojó al otro lado de la habitación. La siguiente vez, él la sentó y le dio su mejor interpretación de una charla sobre los pájaros y las abejas, junto con varios comentarios de mano dura sobre que ella todavía era una niña; comentarios que realmente no cayeron bien.

El sexo se convirtió en una de las principales fuentes de tensión en el hogar, con Becky tratando de presionar a Henry para que llevara su relación al siguiente nivel, mientras él trataba de resistirse a la tentación, algo en lo que nunca había tenido mucho éxito. Cuanto más lo presionaba, más la evitaba, y más segura estaba ella de que él salía todas las noches a tener sexo con otras mujeres, enloquecido de lujuria por sus desesperados y torpes intentos de seducción.

La desafortunada verdad del asunto era que Henry salía a saciar su apetito sexual exactamente de la misma manera que siempre: mediante la violación, el asesinato, la necrofilia y la agresión sexual. Su habilidad para intimidar y manipular a sus víctimas no había hecho más que mejorar con el tiempo, y todos los errores de aficionado que habría cometido en sus primeros años de carrera criminal, le habían servido de útiles lecciones. Consiguió durar meses sin que un solo rumor de sus crímenes llegara a la policía, a pesar de encontrarse en una pequeña ciudad con una saludable red de rumores. Entonces, una de las chicas de la localidad, una adolescente sólo un poco más joven que Becky, se presentó con su historia sobre él forzando sus manos hacia abajo y dentro de sus pantalones.

Henry fue arrestado por agresión sexual y Becky fue descubierta holgazaneando en su apartamento. Por ser su "primer delito", él recibió una condena relativamente corta de sólo tres meses en la

cárcel local, pero el destino de Becky fue considerablemente más permanente. Fue fácilmente cotejada con los registros de personas desaparecidas de Florida y enviada allí inmediatamente, devuelta al último pariente que ejerció su tutela oficial, con la intención de que su familia la encaminara de nuevo a la salvación. Ottis se reunió con ella en la comisaría de Jacksonville con una sonrisa en su rostro. Becky había vuelto, y Henry seguramente la seguiría.

Con la condena cumplida, Henry se montó en un tren de carga que iba en la dirección correcta y realizó todo el trayecto sin detenerse a descansar. Cuando se presentó en el umbral de Ottis, Becky y el imponente gigante lo envolvieron en un aplastante abrazo. Estaban de nuevo donde debían estar. La fiesta que siguió duró casi una semana entera, con los tres borrachos y aturdidos, pero al final de esa semana, cada uno de ellos estaba deseando volver a salir de Jacksonville. Se subieron a otro coche "prestado" y se dirigieron a California.

Para Henry, esa era la situación ideal. Podía tener la relación que deseaba con Becky, pasar el tiempo que disfrutaba con Ottis y tener al otro hombre para que sirviera de amortiguador cuando ella empezara a presionar para tener una relación sexual. Para los otros dos, era menos ideal. Becky quería a Henry sólo para ella, y sus crecientes celos empezaron a abrir una brecha entre ella y su tío. Para Ottis, era como su peor pesadilla hecha realidad: ver a Henry todos los días y ver cómo su relación con Becky, cada vez más intensa, lo alejaba cada vez más de su alcance.

Se alojaron en casa de amigos y conocidos, yendo de un lugar a otro. En Hemet, California, ocuparon la casa de Jack y O'Bere Smart, y pasaron casi cuatro meses restaurando muebles para ganarse el sustento. Los Smart querían deshacerse de ellos después de un mes, pero el trío no dio ningún motivo real para echarlos. Eran ruidosos y su triángulo amoroso era un poco nauseabundo una vez que los Smart comenzaron a entenderlo. Pero más allá de eso, hacían un buen trabajo con los muebles y se mantenían casi siempre al margen como la gente que tiene demasiado que ocultar. Finalmente, O'Bere dio con una solución. Su anciana madre llevaba años arengándola para que fuera a cuidarla a Texas, y ahora tenían un grupo completo de ayudantes y amas de casa dispuestos a trabajar a cambio de alojamiento y comida. Kate Rich tenía ochenta años, era la orgullosa matriarca de su familia que ahora pasaba por momentos difíciles. El dinero no era un problema para ella, pero su cuidado requería de la presencia física de personas, y con sus hijos dispersos por los estados, eso era algo de lo que Kate carecía.

En el camino a Texas, las cosas finalmente llegaron a un punto de ebullición cuando Becky sorprendió a Henry y Ottis teniendo sexo mientras ella dormía. Ella dio el primero de sus muchos ultimátums.

Henry tuvo que elegir, allí mismo, a cuál de los dos Tooles quería mantener en su vida. Podía tener a Becky como su esposa, en cuerpo y alma, o podía aferrarse a la pequeña y sórdida relación que había mantenido a escondidas con Ottis. Le dieron hasta llegar a Texas como plazo para tomar una decisión. Henry no era un hombre inclinado a la introspección. Las decisiones en su vida hasta ese momento habían servido para uno de dos propósitos: sobrevivir y alimentar sus deseos. Este era probablemente el desafío mental más extenuante al que se había enfrentado, y odiaba cada minuto de él. Los tres viajaron en un hosco silencio, con sus habituales bromas y charlas silenciadas por la inminente resolución que les esperaba.

Ottis se sentía miserable. No tenía ninguna duda de a quién iba a elegir Henry, y se había pasado todo el tiempo que estuvieron en compañía el uno del otro, evitando ese mismo conflicto. Sabía que Henry prefería a las mujeres. Sabía que Henry nunca le iba a amar como él quería ser amado, pero había sido capaz de mantener vivas sus esperanzas mientras Henry le mantenía detrás de él. Cuando llegaron a Texas, Ottis ni siquiera trató de convencer a Henry de que lo amara, sino que le hizo un último favor a su querido amigo al quitarle la difícil decisión de sus manos. Dejó a Henry y a Becky al borde de la carretera y se marchó con lágrimas en los ojos. Fue la última vez que los hombres se verían.

Al fin solo

Así fue, que Henry Lee Lucas y la chica conocida como Becky se encontraron varados a un lado de la carretera a cien millas entre Texas y el refugio más cercano. Henry había estado tan perdido en su reciente ejercicio intelectual que se había olvidado de su propia supervivencia y comodidad. No estaba contento con Becky. Ella había tomado su vida ideal y la había hecho pedazos en nombre de su sueño, y un dúo más introspectivo podría haberse dado cuenta de que él nunca iba a ser capaz de perdonar eso. Tal como estaban las cosas, caminaron juntos, cansados y azotados por el sol, a lo largo del borde de la carretera con su escaso equipaje y sus pulgares levantados con esperanza puesta en cada coche que pasaba. El tiempo se dilataba lento y perezoso en el calor. Cada minuto parecía una hora. El sol del mediodía les golpeaba como si fuera un insulto personal, y al poco tiempo, la letanía de quejas de Becky empezó a salir de su boca. Tenía demasiado calor. Estaba cansada. Le dolían los pies. Las manos de Henry se cerraron en puños al oír su voz. Podría haberla matado allí mismo por lo que le había hecho, pero entonces se habría quedado sin nada. Ella era todo lo que le quedaba en el mundo y dejarla ir era demasiado difícil, incluso cuando el sonido de su voz quejumbrosa le ponía los pelos de punta.

Cuando un coche finalmente se detuvo ante ellos, Henry ni siquiera se dio cuenta al principio. Estaba tan abatido. Sólo cuando el conductor se levantó y declaró en voz alta: "Bueno, hijos míos, parece que han pasado por la guerra", Henry se espabiló por fin.

"Oiga, señor, ¿existe alguna posibilidad de que nos lleve?" No tenía la energía necesaria para reunir una perorata.

Por suerte, este era un extraño que no necesitaba ser atraído. Un extraño con su propio conjunto de motivos ulteriores. "¡Por supuesto! No he parado aquí, en medio de la nada, por el bien de mi salud. ¿Hacia dónde se dirigen?"

"No somos muy pretenciosos". Gimió Becky. "Cualquier lugar con algo de sombra estaría bien".

El hombre le sonrió. "¡Bueno, suban entonces, tórtolos! ¡Pongamos en marcha este espectáculo!".

El coche era estrecho, pero estaba limpio, y con todas las ventanillas bajadas había suficiente brisa como para que fuera una gran mejora respecto a estar de pie bajo el sol. La radio no funcionaba, pero el conductor lo compensaba con creces, llenando cada momento vacío con cantidad de palabras. "Díganme, queridos muchachos. ¿Estaría en lo correcto al pensar que si no tienen un destino en particular en mente, eso podría significar que tampoco tienen un lugar para colgar su sombrero y llamarlo propio? ¿Que son

itinerantes?"

Henry ladeó la cabeza. "La verdad es que no lo sé, señor, pero no tenemos ningún lugar al que volver corriendo, si es eso es a lo que se refiere".

"Perdidos y necesitados de un pastor, tal y como sospeché la primera vez que puse mis ojos en vosotros. Permítame presentarme adecuadamente. Soy el reverendo Ruben Moore, padre y predicador de la Casa de Oración. Tenemos un pequeño lugar aquí al final de este camino. Un pequeño hogar para aquellos que no tienen uno. Un lugar que podrían llamar hogar, si así lo desearan".

Henry se rió. "¿Así que solo nos estás ofreciendo un lugar para quedarnos? ¿Sin ataduras?"

Era como si Moore ya hubiera memorizado todo el discurso. "La única atadura que te impondría serían los lazos de amistad y comunidad, hijo mío. Serían libres de ir y venir como quieran, aunque preferiría que no trajeras ningún pecado o tentación entre los más vulnerables de entre nosotros. Recién casados como tú, necesitan el mejor comienzo de vida que el mundo les pueda dar. Solo estoy haciendo lo que el Señor hubiese querido. Ofreciendo lo que tengo y no necesito, a aquellos que lo necesitan pero no lo tienen".

Henry todavía dudaba, pero una mirada hacia Becky, con sus ojos muy abiertos y excitada, le dijo exactamente lo que ella quería. Le encantaba hacer el papel de recién casada, y si estuvieran viviendo en una comuna de Jesús, ella podría interpretar esa parte a su antojo.

"Muy bien, Rev, te escuchamos". Henry se reclinó en su asiento con un suspiro. "Cuéntanoslo todo".

Al final del día, Henry y Becky se instalaron en la "suite de luna de miel" de la comuna de la Casa de Oración en las afueras de Stoneburg, Texas. Tenía una ubicación ideal para Henry y Becky, a poca distancia en coche hacia el sur de Ringgold, donde se suponía que debían cuidar a Kate Rich. Habían conocido a algunos de los vagabundos y sin techo que Moore había atraído con su parloteo y sus promesas de una vida mejor. La mayoría de ellos ahora trabajaban para el Reverendo en su empresa principal, una compañía de carpintería y techado. La comuna era tanto una ciudad empresarial como una organización religiosa, y era a la vez, un refugio para personas sin hogar.

Henry apenas logró cerrar la puerta antes de que Becky estuviera sobre él, y esta vez no hizo nada para luchar contra ella. Había tratado de mantener pura su relación. Había tratado de evitar lastimarla. Pero en ese momento estaba enojado y confundido con solo una cosa familiar a la que aferrarse, y se aferraría a ella con todo su vigor. Él la lastimó, tal como lo había temido. Ella no le dejaría detenerse, ni siquiera al darse cuenta que se desangraba. Por fin, todos sus sueños se habían hecho realidad. Por fin, ella era su esposa en todos los

sentidos que importaban.

Al día siguiente, tomaron prestado uno de los camiones de la comuna y se dirigieron al trabajo. A Kate Rich le gustó inmediatamente Becky y estuvo dispuesta a pasar por alto a su malhumorado marido a cambio de esta nueva hija. A los ojos de Henry, el trabajo que Becky estaba realizando parecía más como vagar por la casa en lugar de hacer algo, mientras que él hacía duros trabajos de mantenimiento todos los días en la propiedad de los Rich. Pero era un pequeño precio a pagar para mantener a la vieja dulce mientras él ordeñaba su cuenta bancaria por todo lo que valía. Las extensas reparaciones y renovaciones de la gran casa antigua conllevaron muchos costos de materiales, costos por los que Kate tuvo que firmar tantos cheques que eventualmente comenzó a firmar unos tantos a la vez y entregárselos a Henry para que terminara con los detalles. Este no era su tipo habitual de delito, pero había leído lo suficiente sobre el tema, para saber cómo la gente solía ser atrapada. Cuando comenzó a hacer algunos cheques extra para sí mismo, lo hizo de a pequeñas cantidades. Cincuenta dólares por aquí. Cincuenta dólares por allí. Cantidades ínfimas para alguien con tanto dinero como la señora Rich. Cantidades que podrían haber sido destinadas a reparar cualquier cantidad de pequeñas cosas en la casa. Si lo hacía a lo grande, alguien podría notarlo, pero con un poco de dinero por aquí y otro poco por allá, podría seguir haciéndolo para siempre, y además, seguir recibiendo un cheque como pago de la anciana.

Kate Rich hacía honor a su nombre, con suficiente dinero en el banco para mantenerse hasta bien entrada su vejez sin ningún problema. No le habría dado importancia a ninguno de esos chequecitos, y el plan de Henry para estafarla habría salido a la perfección si no fuera porque los Smarts también hacían honor a su nombre. Siempre habían sospechado que algo andaba mal entre Henry y Ottis, aunque nunca habían sido capaces de descubrir que era. Los habían vigilado de cerca mientras estaban bajo su techo, y tenían la esperanza de que nunca más se presentaran en Texas. Tenían razón a medias. Ottis había desaparecido. Henry era un hombre cambiado sin él y, de repente, aquella niña, Becky, que creían que podía ser su hija, era su esposa. Todo era demasiado extraño, así que examinaron la situación de cerca, tratando de encontrar algo fuera de lugar.

En sus finanzas, encontraron unos ciento cincuenta dólares fuera de lugar, tomados en pequeñas cantidades a lo largo del tiempo. Cuando Kate le pidió a Henry que diera cuenta del dinero que faltaba y tranquilizara a su inquieta hija, él respondió desapareciendo. Ni él ni Becky volvieron al trabajo al día siguiente, y nadie tenía los medios para ponerse en contacto con él. Kate estaba dispuesta a perdonar y olvidar, pero O'Bere se sintió personalmente ofendida por el hombre al

que había dado cobijo durante tantos meses. El hombre que ahora intentaba robar a su madre. Así que presentó una denuncia a la policía que más tarde resultaría decisiva para poner fin a la campaña de terror de Lucas.

De vuelta a la Casa de Oración, Henry estaba listo para hacer las maletas y salir de la ciudad antes de que tanto Becky como el propio Ruben intervinieran. Se turnaron para ensalzar las virtudes de su actual situación de vida ante Henry. Ruben estaba feliz de alojarlos sin pagar alquiler hasta que Henry consiguiera un nuevo trabajo. Becky se había encontrado por primera vez rodeada de una comunidad que no la juzgaba como inferior, donde no tenía que ocultar nada para ser aceptada. Esta "nueva normalidad" le estaba dando la confianza en sí misma para hablar incluso cuando no estaba desesperada, y no tenía intención de tirarla por la borda por nada. Entre los dos consiguieron convencer a Henry de que se quedara, y a la mañana siguiente ya tenía un nuevo trabajo en uno de los equipos de techado del reverendo.

Pasó un mes, y luego otro, sin ningún tipo de emoción de que hablar. Becky y Henry continuaron su relación sexual, aunque a él le producía muy poco placer; después de tanto tiempo, la caza y la violencia se habían convertido en parte integrante de su placer. No era como Ottis, que necesitaba matar cada vez que deseaba una satisfacción sexual, pero necesitaba algo más que las tímidas tentativas de una adolescente enferma de amor. Echaba de menos su antigua vida. Echaba de menos a Ottis. Pero incluso las cosas que solían ser recuerdos fiables de esa antigua vida comenzaban a erosionarse en la Casa de Oración.

Becky se estaba convirtiendo en creyente. Pensó que podría buscar la salvación de su vida anterior en la oración y la virtud, que podría convertirse en algo más que la basura blanca que todos habían asumido siempre que era. Podría haberlo conseguido si por un solo momento hubiera soltado su fuerte ancla de Henry. Cuando Henry la miraba, tan sólo podía ver a Ottis en su rostro. Apenas podía recordar por qué la había deseado alguna vez. Hizo lo posible por ignorar su nueva perorata sobre Jesús, cumplió con su deber en el dormitorio y trajo a casa el dinero suficiente para que pudieran comer.

No había licor en el colectivo de la Casa de Oración, y eso le pesaba. Al igual que Becky se regocijaba por no tener que ocultar nada, Henry se sentía bajo el escrutinio más intenso de su vida. No podía salir a beber. No podía salir a buscar chicas a las que acosar. Estaba atrapado. Inmovilizado en este punto en blanco del mapa por su obligación con una chica a la que apenas soportaba oír hablar. Las cosas llegarían pronto a un punto crítico. Su temperamento se desbordaría y se marcharía a la gran nada de nuevo. Tal vez

encontrara a Ottis, tal vez se iría solo por ahí. Pero nunca tuvo la oportunidad. El crecimiento personal de Becky y su creciente creencia en las enseñanzas del reverendo Ruben Moore, habían llegado finalmente al punto en que se sentía preparada para enfrentarse a sus viejos demonios. Ya era lo suficientemente mayor como para que el sistema de Florida no intentara apoderarse de ella de nuevo. Y si lo hacía, seguramente sería una pequeña penitencia a pagar a cambio del perdón de su familia. Acudió a Henry con una simple petición. Quería que la llevara de vuelta a Florida. Lejos de todo esto. Él no podría haber estado más feliz de complacerla.

Cuando partieron en el coche, a Henry le vinieron un montón de buenos recuerdos. Recordó lo dulce que había sido su vida juntos y le dio la esperanza de que los dos pudieran volver a eso. Había muchos estados entre Texas y Florida. Un montón de diversión estaba esperando más allá del horizonte. El tipo de diversión que se había perdido mientras estaba encadenado a un trabajo, a un hogar y a una esposa. Henry quería retroceder el reloj y empezar de nuevo con Becky, para que las cosas volvieran a ser como antes, cuando era tan feliz sólo con verla. Lamentablemente, esa persona que solía ser, ya no existía.

No pasó mucho tiempo en su viaje antes de que Becky comenzara a exponer los motivos de su peregrinaje a casa. Había hecho cosas malas en su vida, había pecado de más maneras de las que podía contar, y sabía en su corazón que no sería perdonada ni se le concedería un lugar en el Cielo si no intentaba disculparse y enmendar las cosas con los que había dejado a su paso. Henry se limitó a asentir a todas las frases de Jesús como siempre lo había hecho. Pronto ella empezaría a acosarle para que se uniera a Jesús como ella, y él cambiaría de tema las suficientes veces como para que ella acabara desistiendo. "La confesión es el primer paso para el perdón, ¿sabes?"

Eso le sacó de su ensueño. Confesión era una palabra muy peligrosa. Si Becky quería confesar todos sus pecados, seguramente lo estaría manchando con la misma brocha, y aunque ella había visto sólo una parte del mal que él había hecho, no tenía ni idea de lo oscuro que había sido el camino que había recorrido. Si ella andaba por ahí hablando de todas las cosas malas que habían hecho juntos, era cuestión de tiempo para que todo se volviera contra él y la gente empezara a investigar su historia más a fondo de lo que a él le gustaría. "¿Pero no vas a molestar a la gente de nuevo? ¿Reviviendo todo el mal que les has hecho? ¿No es mejor dejarlo así como está?"

Era la primera vez que Henry hablaba desde que Becky había abordado el tema, y aunque estuviera discutiendo con ella, al menos estaban hablando. Si le hablara y ella le escuchara, tal vez todo esto tendría una solución.

"No se trata de lo que es fácil para ellos o para mí, se trata de lo que es correcto. Hay heridas que nunca podrán sanar si las sigues cubriendo. El reverendo Ruben dice que hay que iluminar los lugares oscuros. Descubrir los secretos que nos hacen daño".

Henry reprimió su primera respuesta. "Pero algunos secretos están ahí para proteger a la gente. Si le cuentas todo a todo el mundo, sus sentimientos se verán afectados, o algo peor".

"El reverendo Ruben dice..."

"Ya he oído bastante de lo que dice el reverendo Ruben. Ahora escucha lo que digo yo. Si vas por ahí haciendo ojitos tristes y lamentándote con toda tu gente, eso sólo va a traer un montón de problemas para nosotros. ¿Quieres ir a la cárcel? Si pensabas que el reformatorio era malo, no has visto nada hasta que llegues a una prisión estatal. ¿Crees que tú y yo podremos tener una vida juntos entonces?"

Volvió a mirar a la oscura carretera. Se puso firme. "Tienes que hacer sacrificios para hacer lo correcto. A veces es así. Especialmente si has hecho algo malo".

"¿Así que no te importa que me vaya?" La voz de Henry salió en un duro susurro. "¿Ya no me quieres?"

Ella no tuvo respuesta para eso. Henry ya no era el centro de su universo. Seguía profundamente apegada a él, pero a medida que crecía, las grietas en su fachada empezaban a aparecer, y ella empezaba a pensar en su vida como algo propio en lugar de como un papel en un romance de cuento de hadas. Cuando ella tuviera edad para beber, él tendría cincuenta años. Para cuando ella tuviera su edad, él probablemente estaría muerto y desaparecido. Incluso antes de empezar a considerar seriamente la inmoralidad de su vida, tenía que lidiar con esa diferencia de edad, y aunque la atención de un hombre mayor había sido halagadora de niña, ahora sentía que podía ver a Henry con claridad. Siguieron en silencio durante un rato, y luego, casi sin previo aviso, Henry se salió de la carretera y entró en una parada de camiones a las afueras de Bowie, Texas.

Dentro de la cafetería, Henry aprovechó el café y las instalaciones gratuitas, y cuando la camarera se acercó, comieron todo lo que una parada de camiones podía ofrecer. Todo esto se llevó a cabo en un silencio glacial. Henry no tenía nada que decirle a Becky en ese momento. Su mente había vuelto al viejo tema de la supervivencia, y a la forma menos dolorosa de mantener su libertad.

Caminaron rodeando la parte trasera de un remolque, dirigiéndose a su coche, cuando el neón de la parada de camiones se apagó, dejándolos sólo a la luz de la luna. Becky se volvió hacia él, con su piel brillando en la oscuridad, y él pudo ver la misma sonrisa de siempre en su rostro, la que decía que estaba un poco nerviosa pero

que confiaba en él para salir adelante. Él cerró los ojos mientras sus dedos se apretaban alrededor de la garganta de Becky. Al menos este sería el final.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Becky ya se había ido. La chica de la que se había enamorado hacía tantos años se había vaciado de este cuerpo como el agua derramada de un vaso. Ahora era tan solo una chica cualquiera, otra serie de maniobras por las que pasar para mantener su libertad. Era más fácil ahora que ella no estaba mirando. Para cuando llegó al medio de la nada, ni siquiera pudo reconocer el cuerpo que solía ser Becky. Sacó su machete y se puso a trabajar, cortando cada uno de los miembros por las articulaciones, quitando la cabeza de su cuerpo y enterrándola al lado del camino antes de salir al gran vacío oscuro para esparcir sus otras partes al viento. No era Becky. Ya no lo era.

Al terminar, Henry se sentó en el coche y trató de planear su siguiente movida. Incluso ese simple proceso fue difícil para él mientras se sentía tan aturdido, así que tuvo que confiar en su instinto. No podía mentir a Ottis. No podía volver a Florida y enfrentarse al tío de la chica que acababa de masacrar con la esperanza de volver a ver amor en la cara de ese hombre. Era demasiado pronto, demasiado crudo. Necesitaba tiempo para quitarse de la cabeza la última imagen del rostro de Becky. Necesitaba moverse. Necesitaba huir lo más lejos posible. Pero para hacerlo, necesitaría algo de dinero. Por suerte, sabía de alguien que tenía dinero de sobra.

La espiral descendente

Kate Rich no se había olvidado de Henry y Becky, a pesar de los largos meses transcurridos desde la última vez que los había visto. En ocasiones había preguntado por ellos en la ciudad, aunque a menudo le costaba salir por su cuenta. Había sentido cierto parentesco con Becky cuando ésta aún estaba presente, y había visto algún indicio de su juventud en aquellos ojos grandes y tristes. Kate no conocía todos los detalles de su situación, pero sospechaba mucho a partir de las interacciones que había presenciado entre Henry y la chica. Por eso, cuando alguien llamó a su puerta a última hora de la tarde, tenía la esperanza de bajar las escaleras y encontrar a una adolescente fugada esperándola. Henry fue una sorpresa no deseada. "¿Qué quiere exactamente, señor Lucas? ¿No ha tenido ya suficiente conmigo?"

Sus ojos estaban rojos como si hubiera estado llorando. Lo siento, señora Rich, pero no sabía a quién más acudir. Siempre ha sido una buena amiga para nosotros, y me siento muy mal por cómo se sucedieron las cosas. Es Becky, ya ve. Ha desaparecido y no tengo ninguna otra persona por estos lugares a la que acudir. Estamos solos aquí".

Eso la detuvo en seco. "¿Dices que Becky ha desaparecido? Entonces será mejor que entres".

Henry se escabulló, con los ojos recorriendo la calle como si estuviera visitando a su amante. ¡Qué hombre tan extraño! Kate se sacudió el pensamiento, no era el momento. "¿Por qué no me cuentas exactamente lo que ha pasado, para que pueda ayudarte?"

"Nos peleamos, se enfadó conmigo y se fue furiosa. Estábamos en una parada de camiones, volviendo al sur para ver a sus padres, y se fue corriendo y ahora no sé qué hacer para encontrarla. ¿Me puede a ayudar?"

"Bueno, yo diría que parece que no quiere que la encuentres". Kate frunció los labios. "¿O es que me quieres engañar?".

La expresión de dolor de Henry se transformó en una sonrisa. "¿Qué pasa con los viejos como tú, que siempre ven a través de uno?"

"Una vez mordido, eres dos veces más desconfiado. Eso es lo que dicen". Ella se estremeció al encontrarse con su sonrisa. "¿Así que estás aquí con algún engaño para robarme una vez más? Debes saber que se lo contaré todo a la policía".

Henry se acercó más. "No creo que le cuentes mucho a nadie cuando acabe contigo".

Henry no solía matar a mujeres mayores. Siempre había preferido a las jóvenes y guapas cuando tenía elección, pero se las arreglaba con los recursos que tenía a su disposición. Estranguló a Kate Rich con sus propias manos, sintiendo cómo su piel de papel se desgarraba bajo sus

dedos excavadores. Luego la violó, igual que había violado a todas las demás mujeres que había matado, excepto a la última. Cuando terminó, la llevó al cobertizo y la cortó en pedazos, de la misma manera que le había enseñado a Ottis. Y al igual que le había enseñado a Ottis, se pasó el resto de la noche quemando todos y cada uno de esos trozos hasta que no quedó ni rastro, en una vieja estufa de leña.

A fin de cuentas, había poco dinero en efectivo en la casa, mucho menos de lo que Henry había imaginado que la gente rica guardaba allí. Y sin medios para extraer una firma del montón de cenizas de las letrinas, el talonario tampoco podía servirle de nada. Volvió a poner la casa en orden, limpió cualquier rastro de que había estado allí, y se marchó tranquilamente a primera hora de la mañana, con el dinero justo para mantener el coche lleno de combustible mientras emprendía su loca carrera hacia la libertad.

La suerte que había preservado a Henry durante toda su vida empezaba a agotarse. El mundo había cambiado mientras él no lo había estado contemplando, y el estilo de vida al que estaba acostumbrado se había convertido en algo del pasado. Ya nadie quería trabajadores itinerantes. La tecnología estaba en auge, las ciudades crecían y todos los lugares en los que florecía la civilización eran un anatema para un hombre como Henry, que sobrevivía únicamente deslizándose por las grietas. Aceptó un par de trabajos temporales por los estados del sur, pero pronto se dio cuenta de que no podía mantenerlos cuando una simple comprobación de antecedentes arrojara como barrera todos los detalles de su pasado criminal oficialmente reconocido. Con todos sus sueños muertos y enterrados detrás de él, se volvió hacia el oeste y emprendió camino hacia California una vez más.

El dinero se le agotó rápidamente. Henry bebía mucho para contener sus sentimientos, y mantenerse en un estado nebuloso para no pensar, lo le costaba más que mantener el coche en marcha. Sin ningún trabajo que lo mantuviera, pensó que podría volver a cometer pequeños robos, como lo había hecho en su adolescencia, pero al igual que con todos sus otros delitos, parecía haber perdido su atractivo ahora. Tal vez, con el tiempo, su apetito por la destrucción y la maldad habría vuelto a él, pero a corto plazo, aún necesitaba salir adelante.

Su familia ya no quería saber nada de él. Las historias de sus abusos sexuales a menores se habían extendido por todas partes, y los cambios culturales de finales de los 70 y principios de los 80, lo condenaban mucho más que antes. Las cosas que él consideraba normales eran ahora aborrecibles. Incluso los hermanastros violadores de ardillas de su juventud lo miraban ahora con asco y desprecio.

Todos los hijos de Viola habían salido de los bosques de Virginia; habían hecho lo posible por hacer algo de sí mismos, por ser algo más que los niños asilvestrados que sus padres hicieron de ellos. Todos ellos, excepto Henry, el doloroso recordatorio de su origen y de lo que habían sido.

Así que, sin ninguna red de contención y con sólo unos pocos dólares robados en los bolsillos, Henry decidió volver a visitar a unos viejos amigos. Los Smarts se quedaron absolutamente boquiabiertos cuando contestaron al teléfono y encontraron a Henry al otro lado. En cuanto se dio cuenta de quién estaba en la línea, O'Bere empezó a gritarle por haberle robado a su madre. Estaba ya en la tercera ronda de improperios cuando Jack consiguió arrancarle el teléfono de la mano. Le tapó la boca con una de sus manos hasta que dejó de gritar, y luego se llevó el teléfono al oído. Aunque se sorprendió al darse cuenta de que Henry había llamado, no fue nada comparado con su sorpresa de que Henry siguiera en la línea después de todos esos insultos. "Lo siento, Henry. Hubo un gran malentendido sobre la situación del dinero. ¿Cómo estás?"

O'Bere echaba humo, pero pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo su marido, así que mantuvo la boca cerrada mientras él asentía y emitía sonidos de aprobación mientras Henry contaba una historia de desdicha y abandono, repitiendo las mismas mentiras una y otra vez, como si intentara desgastar la verdad sólo con la repetición. Finalmente, cuando Henry sintió que le creían, preguntó si todavía necesitaban ayuda con su negocio de restauración de muebles. Ahora estaba solo, y sólo necesitaría una fracción del alojamiento y la comida que su pequeña familia había requerido la última vez. Estaba de capa caída. Sería un acto de caridad. Jack no era tan tonto como para traer a Henry a su puerta. Rápidamente hiló una triste historia sobre su negocio que se estaba hundiendo, pero elaboró una solución alternativa. Tenía un amigo que vivía un poco más adelante en la carretera, que estaba buscando ayuda en su rancho. ¿Estaría Henry dispuesto a realizar algunos trabajos esporádicos? Era justo el cebo que se necesitaba para atraer al hombre.

Al día siguiente, Henry completó el largo viaje hacia California y siguió las instrucciones que había anotado obedientemente en una servilleta hasta que llegó a la puerta pintada de blanco del rancho descrito. Un coche de policía se detuvo en el camino de tierra detrás de él, encendiendo sus luces azules y rojas en su espejo retrovisor. Henry soltó un gemido. Jack Smart le había tendido una trampa.

Los Smart y Henry nunca se relacionaron en todo el tiempo que estuvo en Hemet. Habían hecho sus declaraciones a la policía antes de que Henry llegara, y ahora habían regresado a casa para esperar los resultados que el sistema de justicia penal pudiera arrojar. La noticia

de la ausencia de Kate les había llegado sólo unos días antes de que llegara Henry, y no consideraban una coincidencia que una mujer mayor de la que se había aprovechado el hombre en una ocasión, hubiera decidido abandonar la ciudad sola en mitad de la noche sin decírselo a nadie. Con un poco de distancia de su tiempo juntos y la oportunidad de sacudirse del hechizo carismático que había ejercido sobre ellos, ahora creían que Henry era peligroso. Habían presentado todas sus sospechas a la policía, junto con las pruebas que habían recogido del pequeño fraude de Henry.

El detective encargado de investigar el caso, se presentó en su casa veinticuatro horas después y se sentó con ellos durante un rato. Henry había sido puesto en libertad. No había pruebas suficientes para retenerlo, y no tenían forma de corroborar la historia que los Smarts les habían contado cuando la policía de Texas trataba el caso como si se tratara de una anciana con demencia que se había extraviado. Incluso las acusaciones de fraude carecían de pruebas suficientes para retener a Henry. A pesar de todas sus sospechas y de su rotunda negativa a responder a una sola pregunta, no había ninguna razón legal para retenerlo por más tiempo.

Henry huyó de la civilización por las carreteras secundarias, convencido de que seguía bajo vigilancia policial, incómodamente sobrio por primera vez en semanas. Necesitaba un lugar donde pasar desapercibido hasta que el calor amainara. Debía encontrar un lugar donde la policía y la civilización no se interpusieran. Un lugar que, en la jerga moderna, lo llamarían "fuera de la red".

Como no era de los que repiten el mismo error dos veces, Henry no llamó a la Casa de Oración antes de llegar. El reverendo Ruben Moore se sorprendió al ver que el hombre regresaba después de haberse desvanecido en la noche, pero se sorprendió aún más de que Becky no estuviera con él. Eso hizo saltar inmediatamente las alarmas en su mente. Ruben no era más tonto que Jack Smart. Puede que estuviera más centrado en tratar de ver lo mejor de las personas, pero no estaba ciego a sus defectos. No podría dirigir una comuna que ofrecía alojamiento a drogadictos y delincuentes profesionales sin tener cierta conciencia, o no viviría mucho tiempo. Además de esa conciencia, tenía el dedo en el pulso proverbial en el área que rodeaba su pequeño pedazo de cielo, constantemente haciendo un balance de las opiniones expresadas para poder proteger más fácilmente a su pequeño rebaño de cualquier alma vengativa que los culpe por aquellos que los perjudicaron. Sabía todo sobre los manejos de Henry con Kate Rich, y había escuchado los rumores sobre la desaparición de la anciana. No era una vagabunda que Henry había encontrado al borde de la carretera. Era un pilar de la comunidad local, y ante su desaparición, se la echaba de menos.

Aunque se resistía a llamar la atención de la policía sobre la Casa de Oración, sus sospechas sobre Henry no se detenían ahí. Había observado la ciega devoción de Becky por Henry y el desprecio del hombre por ella. Sabía que ella nunca se habría separado de él de buena gana, y cuando le presionaron, Henry soltó la misma historia que había inventado antes sobre la discusión con ella en una parada de camiones y su partida con algún camionero sin miramientos, exactamente igual que lo había contado la última vez.

Moore se ocupó de encontrar un espacio para que Henry durmiera, le prometió refugio de los peligros del mundo y una garantía de trabajo cuando lo hubiera. Hizo exactamente lo que un predicador debía hacer y le quitó todas las preocupaciones al hombre. Luego, en el instante en que Henry se durmió, Ruben se dirigió al pueblo en busca del sheriff.

Ruben Moore tenía una excelente relación con las fuerzas del orden locales por necesidad, y realmente no podía permitir que las personas a su cargo lo vieran traicionar la confianza de ninguno de ellos si esperaba mantener el control sobre ellos. Tener a Henry bajo custodia era importante para la policía local, pero no tanto como para pasar por alto el avispero de posibles problemas que podría representar la Casa de Oración si se rompía su equilibrio. Se acordó que vigilarían el coche de Henry por la ciudad y lo detendrían como si fuera un control de tráfico de rutina. Todo lo que Ruben tenía que hacer ahora era enviar al hombre a hacer un recado.

A la mañana siguiente, el 15 de junio de 1983, Henry llegó a la ciudad y fue detenido por un agente de policía de Texas llamado Phil Ryan. Una inspección de rutina del interior de su vehículo reveló la posesión de una pistola no registrada. Como delincuente, era ilegal que Henry poseyera tal arma. Por fin tenían la excusa que necesitaban para arrestarlo, y una vez que lo tenían, no había ninguna posibilidad de que se le permitiera salir libre hasta que respondiera por lo que le había hecho a Kate Rich.

Todo lo que diga

El procedimiento operativo estándar de la policía local pareció pasarse ligeramente por alto cuando se trató de Henry Lee Lucas. Se le leyeron sus derechos durante la detención, pero cuando intentó invocarlos después, descubrió que esos derechos invariables que se conceden a todo estadounidense parecían desvanecerse ante el asesinato de una anciana. Lo desnudaron hasta la ropa interior como parte de un "registro de armas", pero nunca le devolvieron su ropa. Fue encerrado en una celda de hormigón helado entre los interrogatorios. La policía, misteriosamente, no quiso traerle sus cigarrillos, y cuando se quejó de hambre y sed, lo pasaron por alto para exigirle más respuestas. Si pedía un abogado, le devolvían a la celda para que esperara otra hora mientras "trataban de encontrarle uno". Esto se repitió una y otra vez durante casi cuatro días, con cada nuevo turno de policías que entraba a probar suerte.

Todo el mundo sabía que Henry tenía algo que ver con la desaparición de Kate Rich: tenían la denuncia previa de que la había estafado para relacionarlo con un caso que, por lo demás, era inexpugnable. Era su única pista, e iban a hacerle confesar, de un modo u otro. Sólo cuando cambiaron de táctica al inicio del segundo día, empezaron a obtener respuestas de Henry. Empezaron a preguntar por Becky. Henry perdió casi inmediatamente la cabeza, tratando de arrojarse con fuerza sobre la mesa para atacar al sonriente oficial. Tuvieron que sujetarlo y arrastrarlo de vuelta a su celda para que se calmara. Habían encontrado la palanca que iban a utilizar para abrir el cofre.

Les costó una hora de interrogatorios antes de que les contara su historia, ya bien ensayada, de que Becky había huido en una parada de camiones, y los agentes fueron enviados inmediatamente, una vez establecida la cronología de los hechos, para encontrar pruebas de lo contrario. Lo que descubrieron, en cambio, fue a una camarera que recordaba a Henry y Becky discutiendo al salir, tal y como él había descrito. Sospechaba que había visto a la chica subir a uno de los camiones y marcharse, pero no podía recordarlo con seguridad. Apoyaba completamente la versión de los hechos de Henry, así que la policía la ignoró. Con la posibilidad real de que fuera un callejón sin salida, y con Henry habiendo pasado otras varias horas en la celda helada, volvieron a interrogarle sobre Kate Rich. Todo lo que necesitaban era una pequeña admisión de culpabilidad y las compuertas se abrirían. Cualquier mínimo error de su parte y podrían abalanzarse sobre él. Ahora lo tenían hablando, aunque sólo fuera para negarlo todo, y a partir de ahí podrían relacionarlo con lugares y fechas. Podrían encontrar el agujero en su historia y escarbar a través

de él hasta llegar a la verdad, o al menos a una confesión lo suficientemente plausible que pudieran utilizar. Henry seguía teniendo la misma mirada calculadora que había tenido desde su llegada. A pesar de todo lo que había pasado, seguía tratando de averiguar cómo podía convertir la situación en una ventaja, cómo podía sobrevivir y prosperar cuando todas las reglas habían cambiado para él.

Respiró profundamente y confesó todo de lo que le habían acusado, al menos en lo referente a Rich. Afirmó que no recordaba dónde había quemado el cuerpo de la anciana, pero admitió haberla estrangulado hasta la muerte, tal como lo había hecho. Como por arte de magia, apareció un cigarrillo encendido en su mano y se encontró su ropa perdida. Le trajeron una comida caliente, hecha a su gusto. Pasó de ser más bajo que el más bajo de los gusanos a ser la persona favorita de todos los policías. Así que siguió hablando -dando detalles torpemente, que más tarde serían suficientes para garantizar su condena- hasta el momento en que volvieron a entrar con un nuevo paquete de cigarrillos y una confesión escrita a máquina para que la firmara. La firmó de inmediato, con una pequeña adición manuscrita en la última página: "No se me permite contactar con nadie. Estoy aquí solo y todavía no puedo hablar con un abogado sobre esto. No tengo derechos, así que ¿qué más puedo hacer para convencerlos de todo esto?".

Henry ya estaba en la cárcel cuando se reunió con su abogado defensor designado. Ron Ponton echó un vistazo a la confesión, habló con Henry durante cinco minutos y luego lo hizo retractarse de ella oficialmente. La confesión había sido extraída bajo tanta coacción que sería casi imposible para cualquier tribunal otorgarle credibilidad. En su desesperación por condenar a Henry, habían inutilizado la única prueba real que tenían contra él. Por supuesto, ése no era el único frente en el que Ponton tenía que luchar en este caso. El sheriff no estaba llevando a cabo una operación hermética. La policía había permitido que se filtrara tanta información sobre el caso -incluidos casi todos los detalles de la confesión de Henry- que ahora cualquier persona ajena al caso que buscara llamar la atención pública, podría participar y reproducirla. No sólo habían dejado sin valor la confesión de Henry, sino que también habían dejado sin valor cualquier confesión hecha por cualquier otro sospechoso o testigo. La policía estaba tan segura de que tenía a su asesino, que se había saltado varios pasos y había empezado a influir en el grupo de jurados potenciales a favor de su caso.

Ponton combatió el fuego con fuego, soltando una incendiaria declaración a la prensa que puso a todo el departamento de policía en su contra durante años. Describió el trato inhumano que había sufrido Henry, añadiendo que estaba "calculado únicamente para exigir a mi

defendido que se confesara culpable, tanto daba que fuera inocente o culpable". El caso expuesto fue archivado y pasado a fojas cero, y la policía esperaba que sus equipos forenses compensaran sus fallos.

En el horno de leña de la casa de Kate Rich se encontró un único fragmento óseo ennegrecido y se confirmó que era un hueso humano, pero debido al calor al que había sido expuesto, no había forma de extraer más información de él. Podía ser de Kate o de cualquier otra persona. Incluso existía una posibilidad marginal de que ni siquiera fuera humano. Las contramedidas de Henry habían dado buenos resultados. Más allá de ese hueso, había rastros de Henry en los alrededores de la casa de los Rich, pero constaba que había trabajado allí durante algún tiempo, así que no había forma de saber con precisión cuándo habían llegado originalmente esas muestras. Enfrentados a un callejón sin salida en ese sentido, pero todavía seguros de la culpabilidad de Henry, aunque la confesión no pudiera utilizarse en el juicio, decidieron presionar desde otro ángulo.

La búsqueda del cuerpo de Frieda "Becky" Powell fue ardua y lenta. Sólo disponían de la ubicación de la parada de camiones en Bowie y de una vaga cronología de los hechos ocurridos, pero a partir de ahí pudieron extrapolar un círculo en el que era probable que hubieran arrojado su cuerpo. Partiendo de allí, redujeron la búsqueda a zonas más aisladas y, por tanto, más probables. Encontraron el cuerpo de la niña pieza por pieza y el equipo de forenses lo recompuso minuciosamente. Una vez reunido todo lo que pudieron encontrar, pudieron confirmar que se trataba de los restos de una chica, probablemente en su adolescencia. Pero más allá de eso, su identificación fue imposible. Sin la cabeza que faltaba, los registros dentales eran inútiles. Ni siquiera pudieron indicar con precisión la hora de la muerte. No cabe duda de que había una adolescente muerta cerca del lugar donde Henry dijo haber visto a Becky por última vez, pero más allá de eso, no podían estar seguros de nada.

Aun así, las pocas pruebas circunstanciales que habían conseguido acumular, acompañadas de la confesión de Henry, ahora desacreditada, probablemente fueran suficientes para condenarlo por ambos asesinatos. Los detalles específicos que había dejado escapar sobre el asesinato de Rich eran demasiado concretos como para proceder de alguien que no estuviera implicado, y por otro lado, él era el único con algún motivo para hacer daño a la joven Frieda Powell. Sería suficiente para convencer a un jurado, y eso era lo único que les importaba a los fiscales.

Cuando Henry tuvo su día en la corte, se declaró culpable de ambos asesinatos haciendo gala de algo parecido al orgullo, en lugar de permitir que Ponton hiciera su trabajo y luchara contra el caso que el Estado había construido. Nada de esto era particularmente inusual,

pero lo que ocurrió después fue mucho más interesante: al final de su confesión en público de haber matado a Frieda Powell y a Kate Rich, añadió: "Y también he matado a otras cien mujeres". Su abogado estuvo a punto de perder la cabeza, pero Henry le siseó. "Si me van a hacer confesar algo que no hice, entonces lo confesaré todo".

Era una especie de suicidio legal. A Henry no le importaba volver a ser libre. Apenas le importaba seguir vivo. Todo lo que le importaba había desaparecido y lo había matado con sus propias manos. Recibió dos sentencias de cadena perpetua por sus crímenes y no hizo nada para rebatirlas o apelarlas. Luego, fue llevado a la cárcel del condado de Williamson, donde viviría el resto de sus días. En cualquier mundo sensato, la historia de Henry habría llegado a un final abrupto, pero sus descabelladas declaraciones ya habían llamado la atención de los medios de comunicación, obsesionados con los asesinos en serie, y del fiscal general de Texas. Su confesión podía ser una mentira descarada, pero era una que esas dos poderosas fuerzas podrían utilizar en su beneficio, así que la aprovecharon.

La única persona que podría contradecir a Henry y poner fin a aquel inminente circo era su compañero de andanzas, Ottis Toole. Pero Ottis tenía sus propios problemas en ese momento. A su llegada a Jacksonville tras dejar a Henry y Becky, Ottis había encontrado a la policía ya esperando en la puerta de la casa de su hermana. Acudió a la comisaría esperando algunas preguntas de seguimiento sobre su sobrina desaparecida, por lo que cabe decir que se sorprendió cuando la policía le presentó no uno, sino dos cargos de asesinato en su contra a causa de incendio. El entrenamiento proporcionado por Henry, había protegido a Ottis de los forenses en todos los asesinatos directos que habían llevado a cabo desde que se conocieron, pero cuando se trataba de su antigua afición de prender fuego a los edificios, su técnica no había mejorado desde que tenía catorce años. Los testigos oculares le situaron en la escena de cada crimen, pero las pruebas físicas necesarias para atribuirle ambos incendios estaban fuera del alcance de los forenses de la época. Su coche fue confiscado para su inspección y se le dejó libre, con la advertencia de que si intentaba salir de la ciudad sería arrestado, con o sin pruebas.

Durante el siguiente año, vivió en un estado de limbo, sobreviviendo a duras penas gracias a la ayuda de su familia y a los pocos dólares que lograba ganar desguazando coches destrozados, tal y como le había enseñado Henry. Sus verdaderas pasiones por el asesinato y el caos parecían marchitarse sin nadie con quien compartirlas, y cuando la ciencia avanzó lo suficiente como para vincularle con certeza a los asesinatos de los que se sospechaba, se marchó en silencio, con una tristeza contenida de la que nadie podría haber adivinado que aquel monstruo ruidoso y torpe fuera capaz.

Sin Henry, no tenía ninguna razón para vivir en libertad, y no tenía ninguna razón para luchar contra los cargos que se le imputaban. Confesó de buena gana los dos cargos de incendio y los asesinatos que lo acompañaban en un acuerdo de culpabilidad que lo mantuvo fuera del alcance de la silla eléctrica. Debía cumplir dos cadenas perpetuas consecutivas por sus crímenes, al igual que Henry. Y, al igual que Henry, estaba a punto de descubrir el increíble poder de contar una mentira en la que todo el mundo quiera creer.

En diciembre de 1983, la historia de Henry se había filtrado hasta Ottis, incluso dentro de la cárcel, y siguió los pasos de su amante alegremente, deteniendo a un guardia que pasaba con un guiño coqueto. "Oh, oficial, he hecho algunas cosas muy malas y quisiera hablar de ellas".

Incluso antes de que Henry fuera enviado a la cárcel del condado de Williamson, donde debería pasar el resto de sus días, los Rangers de Texas ya habían caído sobre él. Formaron el "Grupo de Trabajo Lucas", tomando sus confesiones de asesinatos en serie completamente al pie de la letra y utilizándolo para esclarecer doscientos trece asesinatos no resueltos anteriormente a través de sus confesiones.

Por primera vez en su vida, Henry era tratado bien por otras personas. Más que bien, de hecho. Era una celebridad y recibía un trato preferente allá donde iba. Viajaba por el país en un jet privado, se alojaba en hoteles de lujo, comía en restaurantes y cafés en todos los lugares en los que se detenía y, en general, era tratado como la realeza. En las comisarías de policía donde pasaba la mayor parte del tiempo durante cada fase de las confesiones, se le daba rienda suelta para pasearse, incluso se le concedían códigos de seguridad para abrir las puertas. Llevaba su propia ropa, rara vez tenía que llevar esposas y era tratado más como un asesor que como un convicto.

En Huntington, Virginia Occidental, Henry confesó haber matado a un hombre cuya muerte se había considerado un suicidio. Esa confesión fue suficiente para obligar a la compañía de seguros a pagar la póliza de seguro de vida de su "víctima", concediendo a la viuda la ayuda financiera que necesitaba para sobrevivir sin su marido. Los Rangers estaban encantados: se gastaron 3.000 dólares en organizar una fiesta para Lucas en el Holiday Inn, trayendo licor y prostitutas para celebrar su "gran victoria".

Las confesiones de Henry fueron absolutamente perfectas, con grabaciones de vídeo y audio de cada una de ellas, y se ofrecieron detalles específicos de los asesinatos que nadie, excepto los investigadores y el asesino, podría conocer. El único problema era que algunos de ellos se contradecían directamente con los hechos. Henry poseía cierta astucia animal y era un manipulador con talento, pero no era un hombre inteligente ni mucho menos. Las fechas de varios de los

asesinatos que confesó sí coincidían, pero habrían requerido algunos actos notables de transporte para hacerlos posibles, incluyendo un memorable viaje de cinco mil millas a través del país en veinticuatro horas.

Los acuerdos normales se habían suspendido en torno a Henry Lee Lucas, y el resultado final fue que éste accedía a información sobre los crímenes que más tarde confesaría. Tenía acceso a ordenadores en algunos de los departamentos de policía que visitaba. Se le mostraban fotos de las escenas del crimen con antelación para "refrescar su memoria". Incluso leía los informes de la policía mientras preparaban el equipo de grabación para "asegurarse de que lo tenía todo claro".

Aquella era la situación más cómoda en la que había estado Henry jamás, y se aseguró de exprimirla al máximo. Su celda en el condado de Williamson estaba equipada con todas las comodidades modernas, incluyendo una televisión, una cama decente y un pequeño armario para su ropa, ya que no estaba obligado a llevar el uniforme de la prisión. Cuando estaba de viaje, a menudo daba órdenes a los Rangers de Texas que se suponía que le custodiaban, y la policía local maravillada, salía corriendo para cumplir con todos sus caprichos. Mientras sus confesiones siguieran fluyendo, iba a vivir la gran vida, y así se lo transmitía en sus cartas a Ottis, que rápidamente adoptó la misma actitud de "decirles lo que quieren oír", apoyando las historias de Henry cuando le convenía y contradiciéndolas cuando le apetecía.

El dúo mantenía un contacto telefónico frecuente, a pesar de todas las formas en que esto podría empañar las pruebas que aportaban, y en determinado momento, decidieron que querían crear una historia más grande a partir de sus crímenes y sus mentiras; un gran drama americano representado a través de sus confesiones que los absolviera a ambos de la culpa y que al mismo tiempo les permitiera cosechar las recompensas que sus confesiones traían consigo.

La infancia de Ottis les proporcionó exactamente la inspiración que necesitaban, y así nacieron las Manos de la Muerte.

Fruto del árbol envenenado

Cada nueva confesión de Henry iba acompañada de una introducción, relativa a las órdenes que le daba la oscura y misteriosa secta conocida únicamente como Las Manos de la Muerte. Afirmaba que él, Ottis y muchos otros asesinos en serie activos en los Estados Unidos durante los años 70 y 80 no eran psicópatas independientes, como se habría asumido anteriormente, sino que, de hecho, todos eran servidores de una organización satánica que se servía del caos que propagaban para desestabilizar América

Parece una suposición absolutamente ridícula hoy en día, pero en aquella época, el "pánico satánico" estaba en pleno apogeo. Una parte importante de la población estadounidense creía en la existencia de cultos de adoración al diablo escondidos a plena vista por todo el país y que la decadencia de la fortuna de Estados Unidos tras los años de bonanza que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, podría atribuirse a aquella influencia infernal. A medida que los años del "flower power" y la contracultura hippie llegaban a su fin, todos los abusos de poder dentro de las comunas y cultos de esa época se hicieron públicos. Esto, combinado con algunos casos de gran repercusión en los que se culpó al satanismo de crímenes relacionados con el abuso de menores, creó un público sorprendentemente crédulo para las historias de Henry.

No está claro si Ottis se cruzó alguna vez con algún satanista más allá de su abuela, aunque estaría encantado de contar historias de misas negras y festines caníbales si se le diera la oportunidad. Pero el escaso conocimiento que tenía sobre el tema, superaba con creces el de quienes investigaban sus afirmaciones. Al igual que en el caso de las confesiones falsas, él y Henry fueron capaces de proporcionar los suficientes detalles realistas para que sus historias de cultos asesinos satánicos parecieran plausibles.

La policía de Florida fue enviada a rastrear los Everglades, en busca del cuartel general secreto de la secta Las Manos de la Muerte, y mientras tanto, Henry y Ottis seguían soltando más detalles escabrosos sobre sus crímenes al servicio de ésta. Sobre la chica que secuestraron en la carretera y trasladaron a los Everglades para que sirviera de alimento en la iniciación de los nuevos miembros. Sobre los demás asesinos en serie que conocieron y que también trabajaron para el desarrollo del gran objetivo de la secta de destruir América.

Con todos los hilos que estaban tejiendo, no era de extrañar que algunos de ellos se enredaran un poco, y fue aún menos sorprendente que finalmente uno de ellos se tejiera en forma de nudo. El caso de los "Calcetines Naranjas" había acaparado la atención nacional durante un tiempo. Llevaba el tufillo de la celebridad, y ahora que tenían una

confesión completa del asesinato, el Fiscal del Estado de Texas estaba más que dispuesto a presentar cargos. Después de consultar los archivos policiales, Henry había presentado una confesión casi perfecta del crimen, y no habiendo ninguna prueba que contradijera inmediatamente la idea de que realmente pudiera haber sido él, siguieron adelante con el caso. Henry entró felizmente en la sala del tribunal, siendo tratado como uno más de los muchos días de salida que le otorgaba su condición de pseudocelebridad en la cárcel. Al jurado se le mostró el vídeo de su confesión, que había sido fuertemente editado, eliminando el interrogatorio y las preguntas capciosas de los funcionarios presentes en la sala en el momento de la grabación. Henry no hizo ningún intento de discutir el vídeo, aunque su abogado -que comprendía un poco mejor la magnitud de la situación- se apresuró a impugnar la veracidad de la confesión basándose en esa edición y en que podía presentar una confesión grabada de un asesino completamente diferente que eliminaría todas sus culpas, o al menos reduciría en gran medida la culpabilidad de su cliente por sus crímenes. Por primera vez, las contradicciones que Henry y Ottis habían introducido en sus historias compartidas se convirtieron en una ventaja: ambos hombres afirmaban haber matado a "Calcetines Naranjas", pero sólo uno de ellos podía haber cometido el acto en sí.

El jurado prefirió las pruebas de la televisión, al hombre de traje que no paraba de hablarles. Henry fue condenado por el asesinato y lo tomó con calma. Estaba a punto de cumplir cincuenta años. Una condena prolongada ya no significaba nada para él, y por eso se sentía tan alegre al confesar todos los crímenes a la luz del sol. Sonrió en la sala hasta el momento en que el juez dictó su sentencia
de pena de muerte. De repente, su sonrisa desapareció y empezó a hablar en duros términos con su abogado. No era consciente de que la muerte estaba sobre la mesa cuando comenzó todo esto. Después de haber sido arrestado por primera vez, estaba en el punto más bajo de su vida, pero ahora vivía como un rey y no quería que eso acabara tan pronto. Le rogó a su abogado que lo sacara de ahí, que arreglara las cosas. Así que pronto se puso en marcha un recurso.

A pesar de haber sufrido aquel susto, no sirvió para frenar el rollo de Henry a la hora de confesar. El Grupo Operativo Lucas volvió a recogerlo unos días después para salir a recorrer más escenas del crimen. Desgraciadamente para Henry y Ottis, a estas alturas, sus afirmaciones empezaban a ser objeto de cierto escrutinio. Varios oficiales con los que el Grupo Especial Lucas había interactuado, se habían dado cuenta de la extraña forma en que estaba siendo tratado, y la forma completamente inapropiada en que se le estaba dando acceso a la información de los casos antes de sus confesiones. Se

presentaron suficientes quejas como para que los Rangers de Texas empezaran a sufrir un fuerte cuestionamiento, y como resultado, tuvieron que empezar a manejar un barco más estricto, con una marcada reducción de la información que le daban a Henry por adelantado. Por supuesto, a estas alturas, Henry era prácticamente un experto en fabricar confesiones convincentes y en evitar cualquier detalle potencialmente contradictorio en sus relatos. La falta de hechos sólidos en los que basarse, hizo que sus confesiones fueran un poco más inestables, pero no por ello menos elaboradas.

Después de que Henry confesara trece asesinatos distintos, no vinculados entre sí en Houston, llamó la atención de la detective de Dallas, Linda Erwin. Erwin pensaba que Henry era un mentiroso desde el momento en que leyó los primeros informes sobre él, pero ese último cúmulo de confesiones fue suficiente para empujarla a tomar medidas. Se puso en contacto con el Grupo de Trabajo de Lucas sobre un asesinato que tenía en los libros, un caso sin resolver que sonaba como un ajuste perfecto para el perfil de las víctimas de Lucas. Se preguntó si podrían traer a Lucas y echarle un vistazo antes de salir de la ciudad. Henry examinó la serie de fotos que le habían aportado del caso, escuchó a escondidas las conversaciones que mantenía con los Rangers de Texas fuera de la sala, y luego entregó una confesión plagada de suficientes detalles como para ser condenado fácilmente por el crimen. Todo habría sido un día normal de trabajo para el Grupo Especial Lucas si no fuera porque Erwin había fabricado todo el caso utilizando fotos antiguas de una escena del crimen y un poco de su propia imaginación.

Informó de ello a Phil Ryan, de los Rangers de Texas, y en poco tiempo repitió el experimento con regularidad con el Grupo Especial Lucas, dándoles los detalles de un caso inventado y observando cómo extraían una confesión que se ajustaba perfectamente a los detalles del caso. A estas alturas, Henry había producido más de tres mil confesiones distintas de crímenes tan dispares, que se acercaba al punto de lo ridículo. Su devoción por la historia de las "Manos de la Muerte" sólo hacía que sus afirmaciones fueran aún más incrédulas. Pero incluso la idea de que había asesinado a tres mil personas no era nada comparada con algunas de las historias que se inventaba sobre la marcha. Declaró haber estado involucrado en el asesinato de Jimmy Hoffa, a través de los vínculos de la secta con la mafia. Afirmó haber protagonizado una serie de películas snuff, filmadas en la sede de la secta en las profundidades de los Everglades. Incluso aseguró que cuando Jim Jones decidió que había llegado el momento de matar a sus seguidores en Jonestown, Henry y Ottis fueron los encargados de suministrar el veneno. Si hubiera confesado haber tendido una emboscada a Neil Armstrong cuando salió por primera vez a la Luna,

no habría sido más descabellado que algunas de las historias que pretendía que la gente creyera. Fue recompensado cada vez que inventó una historia ridícula, así que siguió contando historias ridículas. Para el limitado intelecto de Henry Lee Lucas, ninguna confesión era más ridícula que otra. La verdad y la mentira se habían mezclado en su mente hasta el punto de que realmente no podía distinguirlas.

Nunca se pudo encontrar prueba alguna de las Manos de la Muerte, a pesar de la cantidad francamente ridícula de recursos invertidos para tratar de rastrear el culto satánico y la insistencia interminable de Henry de que definitivamente existían.

En medio de todo este sinsentido, Henry comenzó a retractarse de sus confesiones cuando le convenía, para luego volver a confesar los mismos crímenes alterando los detalles. No está claro si trataba de hacer que sus confesiones parecieran más creíbles o simplemente de enredar aún más la red para quienes trataban de crear juicios reales a partir de sus afirmaciones, pero el resultado final fue que casi nada de lo que dijo fuera utilizable en un tribunal, aunque sólo fuera porque su complicado sistema de confesión, retractación, reconfirmación y posterior negación de detalles clave, habría hecho las cosas demasiado difíciles de seguir para un jurado.

En 1986, casi todas las fuerzas del orden del país habían aprendido que no se podía confiar en las mentiras de Henry, y el estilo de vida de jet-set al que estaba acostumbrado, se había instalado en una vida más holgada y asentada en el corredor de la muerte. El fiscal general de Texas, Jim Mattox, había visto cómo sus subordinados utilizaban a Lucas para limpiar los libros de crímenes no resueltos y estaba indignado por su traición al sistema que habían jurado defender. Impulsó un informe sobre las confesiones y condenas relacionadas con Henry Lee Lucas, conocido informalmente como "El Informe Lucas", que demostraba sin lugar a dudas que la mayoría de sus confesiones, si no todas, eran probadamente falsas.

Trabajando a través de todos los registros oficiales de la vida de Henry, fueron capaces de construir una línea de tiempo de sus movimientos a lo largo de los años. Hubo grandes zonas grises cuando contaba con dinero en mano o se desplazaba por todo el país, pero pronto fueron descartadas varias de las confesiones realizadas.

El asesinato de Curby Reeves en el condado de Smith, Texas, ocurrió el 10 de agosto de 1977. A pesar de haber confesado el crimen y de haber proporcionado detalles que "sólo el asesino podría haber conocido", Henry se encontraba trabajando en esa fecha en un turno de doce horas en una granja de setas en Pensilvania. Del mismo modo, el asesinato de Elaine Tollett en Tulsa, Oklahoma, en 1979, se produjo mientras Henry estaba hospitalizado en Bluefield, Virginia Occidental.

Y lo que es más apremiante, el asesinato de "Calcetines Naranjas" en Texas, coincidió con un trabajo de techado en el que Henry estaba registrado en Florida. Existía la posibilidad de que Henry hubiese alterado los registros de ese trabajo como medida forense, o simplemente para reclamar unos salarios a los que no tenía derecho, pero el dueño de la casa se acordaba específicamente de él. Henry se mantuvo firme en su culpabilidad, pero el Estado de Texas no estaba dispuesto a matar a un hombre cuando la única prueba de que había cometido un delito, era la palabra de un conocido mentiroso.

En la prisión de Raiford, en Florida, no se había intentado construir un proceso a partir de las confesiones de Ottis Toole. Gran parte de su historia era fluida. Muchas de sus confesiones eran circunstancialmente correctas en el mejor de los casos. Ottis fue condenado con éxito por un par de asesinatos más a lo largo de los años, pero nunca fue como resultado de sus confesiones, sino producto de un sólido trabajo policial, el testimonio de testigos oculares y nuevas pruebas descubiertas. Dos autoestopistas, David Schallart y Ada Johnson, estaban entre sus confesiones, pero las pruebas de ADN en ambos cuerpos fueron las que cerraron ambos casos.

Se añadieron más años a su condena, pero nunca se pidió la pena de muerte, no cuando estaba claro que todos los años de apelaciones resultarían inútiles ante la inminente mortalidad de Ottis. En lugar de convertir a Ottis en el centro de atención, el estado de Florida le dejó marchitarse en la oscuridad, y apenas tardó en agotarse su constante flujo de confesiones sin recompensa material. Llevaba una vida relativamente cómoda en la prisión en comparación con las condiciones a las que se enfrentaban muchos de los demás presos, pero no fue elevado a un estado de realeza como Henry, o Ted Bundy, quien dormía en la celda contigua a la suya. El único placer real que Ottis parecía encontrar en su vida carcelaria era su llamada telefónica semanal con Henry, en la que a menudo se le oía expresar su amor eterno por el otro hombre, aunque sabía que Henry no podía corresponderle. Incluso en su última llamada, en 1996, cuando hubo que llevar un teléfono al lado de su cama en el ala médica, Henry nunca le dijo a Ottis que le quería. Toda una vida dura de alcoholismo alcanzó a Ottis el 15 de septiembre de 1996, cuando, a la edad de 49 años, su hígado colapsó. Su sobrina fue la única que estuvo junto a su cama para escuchar sus últimas palabras: su confesión en el lecho de muerte de ser el responsable de la muerte y decapitación de Adam Walsh, junto con la triste historia que la acompañaba. Nadie reclamó el cuerpo de Ottis, por lo que fue enterrado en una tumba sin nombre en el cementerio de la prisión. Si Henry lloró la muerte de su mejor amigo, se cuidó de no dar ninguna señal de ello. Fueran cuales fueran sus complicados sentimientos hacia Ottis, los mantuvo encerrados en

su interior, para no ser escuchados por ningún alma viviente.

A raíz de las conclusiones del Informe Lucas, en 1998, el gobernador George W. Bush conmutó la pena de muerte de Henry por la de cadena perpetua, la única vez que el futuro presidente conmutaría una pena de muerte durante todo su mandato.

El fiscal del condado de Williamson, que había dedicado gran parte de sus esfuerzos a lo largo de los años a intentar conseguir una condena por el caso de los " Calcetines Naranjas", se sintió al mismo tiempo reivindicado y furioso por todo el asunto. Había habido otros sospechosos mucho más factibles en el caso que ahora se habían escapado del alcance de la justicia debido a las confesiones de Henry, y probablemente había miles de otros criminales que seguían caminando por las calles gracias a su injerencia. Por cada asesinato en serie por el que Henry se había atribuido el mérito de su trabajo, había probablemente un centenar de asesinos comunes y corrientes encantados de que la atención se desviara de ellos. Las condenas basadas únicamente en confesiones, pronto se convirtieron en una rareza en el sistema de justicia penal estadounidense debido al accionar de Henry Lee Lucas y Ottis Toole.

El 13 de marzo de 2001, Henry había sido olvidado casi por completo. Incluso los criminólogos y estudiantes que solían visitarlo, habían dejado de hacerlo después de que las conclusiones del Informe Lucas demostraran que cualquier declaración que hiciera carecería de valor. A lo largo de los años se presentaron algunos creyentes de sus confesiones, personas con algún interés político en que Henry fuera todo lo que decía ser, pero permanecieron al margen, sin poder real para cambiar su vida, por lo que fueron ignorados por él. Permaneció en un estado de relativa comodidad dentro de la prisión, sin tener que trabajar por los privilegios por los que otros presos se esclavizaban, gracias a los tratos que había hecho durante su racha de confesiones. Se encontraba arropado, en una cama real, con un colchón de verdad, en un estado de comodidad que quienes le rodeaban jamás volverían a experimentar, justo hasta el momento en que su corazón dejó de latir.

Los perfectos mentirosos

Si uno creyera sin dudas cada parte de los relatos de Henry y Ottis, entonces, serían el dúo de asesinos en serie más prolíficos y peligrosos de la historia de los Estados Unidos. Una leyenda urbana hecha realidad: uno de ellos, un monstruo imponente y socarrón que sólo podía alcanzar el orgasmo matando, el otro, un vagabundo tuerto que exudaba un literal miasma de maldad.

La verdad es un poco más compleja. Algunos de los acontecimientos de este libro pueden no haber sucedido exactamente como se describen. No sólo los pequeños detalles de las palabras específicas que utilizaron las personas, las horas exactas del día o las complejidades de sus motivaciones, sino que los crímenes reales que conformaron el centro de las historias de Henry y Ottis pueden no haber ocurrido en absoluto. Es casi imposible separar la realidad de la ficción cuando se trata de estos asesinos, y sólo mediante el cotejo entre sus historias, los registros oficiales, los relatos de los testigos presenciales y cualquier otra fuente disponible, es posible reconstruir algo parecido a la verdad.

Ambos hombres carecían de empatía, interesándose en su propio placer hedonista por encima de todo y dedicándose a asesinar como herramienta para alcanzar sus objetivos. Eran psicópatas en el sentido más puro, moldeados por la biología y las circunstancias para perseguir únicamente sus propios intereses con exclusión de todo lo demás, y entonces se encontraron con el sistema que estaba destinado a mantener a hombres así alejados de la civilización. Las prisiones transformaron a estos burdos animales asesinos en criminales perfectos, dándoles la educación que necesitaban para evitar ser detectados durante décadas y proporcionándoles la clara evidencia de que sus vidas importaban más que las de sus víctimas. Cada acto de maldad que cometían era recompensado, tanto por el placer que les proporcionaba como por la comodidad que más tarde disfrutarían en la cárcel.

A pesar de lo ridículo de su afirmación de que había una oscura sociedad secreta que proporcionaba a Henry y Ottis a sus víctimas y un propósito en la vida, ésta resultó ser cierta. El sistema de justicia penal, que se suponía que debía detener a hombres como ellos, en su lugar les dio poder y los recompensó por sus crímenes.

Es innegable que estos dos hombres son asesinos en serie; se han acumulado suficientes pruebas a lo largo de los años como para que esta semilla de la verdad bajo la maraña de mentiras sea indiscutible. Pero más allá de eso, todo se reduce a la credibilidad. O bien asesinaron a las cuarenta personas que los criminólogos han podido relacionar con ellos con cierto grado de certeza, o bien asesinaron a

más de tres mil personas mientras eludieron con facilidad su detección y captura durante décadas.

En última instancia, el mayor legado de Henry y Ottis no son sus acciones, sino sus historias. Construidas con torpeza y contadas alegremente, sus historias los convirtieron en leyendas vivientes. Ciertamente son materia de pesadillas, pero no el tipo de pesadillas que se olvidan fácilmente cuando amanece. El tipo de pesadillas que siguen acechando tu mente y vuelven a ti cada vez que te acuestas a dormir para llenarte de miedo. No mataron a toda la gente que dijeron, pero podrían haberlo hecho. Cualquiera podría ser igual de prolífico y evitar la detección con esa misma facilidad. Y esa posibilidad es aún más aterradora que cualquier hecho frío y crudo.

VIUDA NEGRA

La Verdadera Historia De Nannie Doss, La Abuelita Risueña

Diosa Doméstica

Sonaba un suave jazz en la radio ubicada sobre el alféizar del ventanal de la cocina, y Nannie tarareaba al son de la música. Era curioso pensar que hace apenas unos años ese tipo de música era patrimonio de rebeldes y adolescentes, cuando ahora se podía escuchar con sólo girar un botón. La luz del sol de la tarde aún se filtraba entre los árboles de afuera y, aunque seguramente el aire se enfriaría por la mañana, Nannie estaba calentita aquí, junto a la puerta abierta de su horno.

La elaboración de la masa de tarta es un fino arte que se le escapa a la mayoría de los cocineros domésticos, pero Nannie dominaba la técnica, ganada a base de años en la cocina. Cortaba la manteca en pequeños trozos con harina y sal hasta que parecían pequeños guisantes, luego tomaba la jarra de agua que había dejado enfriando en la sombra del porche y la añadía de una sola vez. Sus manos se movían solas, sin necesidad de su intervención, mientras sus labios se fruncían y silbaban al ritmo de la música de la radio.

Si su mente hubiera estado aquí, en este momento, tal vez habría sido feliz. Era muy parecido a cualquier momento idílico de su vida hasta el momento y quizás mucho mejor que la mayoría de ellos. Si pudiera apartar sus pensamientos de las cosas que podrían haber sido —las cosas que anhelaba tan desesperadamente— entonces tal vez podría haberse conformado con este momento como el más feliz.

El golpe de frío en las yemas de sus dedos la devolvió a la realidad con un sobresalto. Cuando miró hacia abajo, tenía un tenedor en una mano, trabajando en la masa, y su otra mano se había alejado por la encimera rozando la jarra de afuera. Se rió de su propia tontería y cogió la botellita de vinagre con tapón de corcho para añadir un chorrito, como le había enseñado su madre.

Debería haberse sentido feliz aquí, en esta cocina, en esta casa. Su marido volviendo del trabajo para cenar junto a ella. Sus días dedicados a las suaves labores de la comodidad total. Los callos en sus manos de años de duro trabajo se habían desvanecido. Los dolores de las articulaciones en las mañanas frías, se aliviaban con el calor del hogar que había construido. Debería ser feliz. ¿Por qué no era feliz?

Manipuló torpemente el corcho y el vinagre se esparció por la encimera, llenando toda la cocina con su olor acre. Cogió un paño de cocina e hizo todo lo posible por limpiarlo, pero sintió que las lágrimas se le escapaban por las comisuras de sus ojos. ¿Por qué no era feliz? Tenía todo lo que siempre había deseado. Tenía un marido y un hogar; tenía amor en su vida. ¿Por qué no era feliz? Un sollozo subió por su garganta, pero lo atrapó antes de que se escapara y lo convirtió en una risita. "Qué tonta soy".

No tiene sentido llorar por el vinagre derramado, ¿verdad? Sólo un pequeño inconveniente más. No vale la pena perder el control. El vinagre no había llegado muy lejos antes de que ella enderezara la botella y limpiara. Y con aquel paño empapado en vinagre, podría limpiar las ventanas una vez que metiera el pastel en el horno. No lo necesitaban —la luz del sol entraba a raudales—, pero estaba sacando lo mejor de una mala situación, y eso es lo que a Nannie siempre le habían enseñado a hacer.

Las manos de Nannie volvieron a trabajar en la tarta, y ella volvió a replegarse en sí misma, soñando con París, imaginando flores y bailes. El romance siempre había sido su droga preferida, desde que era pequeña, y no le hacía daño a nadie soñando despierta. Si el hombre de sus sueños no era exactamente igual a su marido, no perjudicaba a nadie. Eso es lo maravilloso de los sueños: puedes imaginarte haciendo casi cualquier cosa sin tener que lidiar con las consecuencias. No tienes que pensar en dónde vas a dormir al día siguiente cuando has tirado toda tu vida por la ventana y te encuentras abandonada en la calle. No tienes que mirar a la gente a los ojos, sabiendo que conocen exactamente lo que has hecho.

Si Nannie hubiera podido vivir en sus sueños, lo habría hecho. Qué vida tan hermosa sería. Desayunos en la cama, almuerzos en algún restaurante elegante, paseos en carruaje por el parque, ramos de rosas esperándola detrás de cada puerta cerrada, y un único y dulce beso en los labios, como en las películas en blanco y negro que amaba desde el primer momento en que las había visto. El verdadero romance. De eso estaban hechos sus sueños. No había sudor goteando por sus ojos, no había gruñidos ni ronquidos ni olores odiosos, sólo estaba ese beso perfecto y luego el fundido a negro.

El fundido a negro nunca llegó. Ese era el problema de su vida real. Había encontrado a su marido, él la había seducido, se había derretido en sus brazos y ahora... nada. No podía quedarse derretida para siempre. La vida seguía avanzando y desgastándola, y en retrospectiva, ese momento perfecto no le parecía tan perfecto. No le faltaba amor en su vida, pero ninguno era verdadero. Ninguno era puro. Siempre había algún motivo oculto, algún secreto sórdido que esperaba ser descubierto. Los hombres eran criaturas defectuosas, lo entendía —Dios, sí que lo entendía—, pero ¿era demasiado pedir que solo uno de ellos la amara de verdad?

Sabía que el amor era real, si no, ¿cómo habrían podido escribir todos esos libros y canciones acerca de él? Más que eso, sin embargo, sabía que era real del mismo modo que sabía que había un cielo sobre ella incluso cuando tenía los ojos cerrados. El amor era una verdad fundamental del universo.

Colocó la masa de la tarta bajo un paño limpio para que se

asentara, y su atención volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Tenía una pequeña cesta de mimbre llena de manzanas del jardín, demasiado ácidas para comerlas crudas, pero brillantes y firmes, perfectas para cocinarlas. Su cuchillo danzaba suavemente a través de la pálida pulpa, cortándola en rodajas muy finas que colocaba en la base y en la parte superior, para darle textura y sabor. Un ligero espolvoreo de azúcar y especias y ya estaban listas.

Las ciruelas pasas fueron el último toque. Ricas y dulces una vez guisadas, una vieja receta familiar que su madre y sus suegras habían disfrutado, incluso en sus lechos de muerte. Hacía falta más azúcar de la que Nannie jamás hubiese admitido para que tuvieran el sabor adecuado, para que estuvieran en equilibrio con las manzanas, pero de todos modos, no iba a probar bocado de aquella tarta. Le gustaban más los libros y las revistas que los pasteles.

Una vez que las ciruelas pasas se cocinaron, Nannie dirigió su atención a los cristales de la ventana. Sabía que podía ser un poco negligente en lo que respecta a las tareas domésticas. Cuando su estado de ánimo se tornaba oscuro, le resultaba cada vez más difícil encontrar la energía para ocuparse de tonterías como fregar el suelo o quitar el polvo de las estanterías. Algunos días parecía una batalla el mero hecho de salir de la cama, y su querido marido, la luz de su vida, la reprendía como si fuera una niña malcriada que no quería hacer su parte de las tareas, aunque su parte de las tareas en esta casa parecía ser cada una de ellas, mientras él se escabullía a quién sabe dónde, con chicas risueñas de la mitad de su edad. Sinvergüenza. Debió pensar que ella era una tonta. Debió de pensar para sí mismo: "Esa Nannie está tan perdida en sus propios sueños que ni siquiera se dará cuenta si paso por encima de ella".

Ella se había dado cuenta. Se daba cuenta de todo. Era una esposa obediente y atenta, incluso cuando el peso de esta vida miserable y de esta horrible casita la presionaba como si estuviera clavada como tornillo en un banco. Ella sabía todo lo que ocurría en su vida, pero él no sabía absolutamente nada de la de ella y eso era exactamente lo que ella quería.

Cuando él entraba pisando fuerte, demandando, tirando sus revistas como si fueran basura en lugar de tesoros, era cuando su humor oscuro se hacía más fuerte. Cuando él la dejaba sola, corriendo detrás de aquellas adolescentes y sólo se acercaba a comer la comida por la que ella trabajaba incansablemente para poner en su mesa, era más fácil hacerle creer que todo iba a estar bien, que su vida juntos era el verdadero romance de sus sueños y no una farsa vacía construida sobre un lecho de mentiras.

Por mucho que se esforzara en las ventanas, seguía sin poder ver con claridad a través de ellas. La luz del sol entraba a raudales, pero

cuanto más se esforzaba por verla, más distante la sentía. Cuanto más se esforzaba por hacerlo bien, más rayado y opaco se volvía el cristal.

Algo se estaba quemando. Su olor la sacó de su furioso fregado y tiró el paño agrio al fregadero con un gruñido. Las ciruelas pasas se estaban pegando. Revolvió la olla furiosamente, raspando el fondo con la cuchara de madera y esperando no haber desperdiciado toda una lata de ciruelas pasas en aquel desastre. Revolvió y revolvió hasta estar segura de que la fruta caramelizada se había mezclado por completo. Entonces probó un poco. El pastel estaría bien. Podía saborear un cierto matiz de amargura, un indicio de que estaba quemado y estropeado, pero podría echar más azúcar y especias y todo se desvanecería. Su falta de atención había provocado eso. Algo que debería haber sido perfecto, por poco se había estropeado por completo sólo porque la única persona en el mundo que debía ocuparse de ello había estado demasiado ocupada persiguiendo otras cosas. Cosas que realmente no importaban. Sin embargo, ella podía disimularlo todo. Se le daba muy bien disimularlo todo.

Abrió el armario y dejó que sus manos volvieran a hacer las cosas por sí mismas. El azúcar lo arreglaría todo. Un poco más de dulzura en su vida era exactamente lo que necesitaba. Espolvoreó el polvo blanco y observó con un suspiro cómo se disolvía en las ciruelas. Un poco más de dulzura era todo lo que necesitaban para que todo saliera bien.

Dejó el recipiente de veneno para ratas junto al paquete de azúcar, y entonces la conciencia volvió a ella, y se rió de su estupidez. También se había olvidado de añadir el azúcar. No sería bueno que el sabor almendrado fuera demasiado amargo. Si lo era, su marido podría no comer suficiente pastel. Un solo bocado no sería suficiente. Tenía que gustarle tanto que no quisiera que se acabara nunca. Tenía que engullir ese pastel como si fuera su última comida en la Tierra.

Una vez que estuvo segura de las medidas, Nannie colocó las ciruelas pasas sobre la masa y lo coronó todo con las rodajas de manzana restantes. Una vez satisfecha con su perfección, introdujo la tarta en el horno y cerró la puerta.

Hasta ese momento, la cocina se había mantenido cálida, pero el frío de la noche se entrometió. Aquella habitación era el corazón de la casa, y el calor de su cocina emanaba para llenar todo el espacio, pero con la tarta en el horno, ya no había excusa para seguir demorándose allí. Nannie lavó la vajilla, tiró el trapo de cocina estropeado y volvió a colocar todo en su sitio con cuidado.

Con un suspiro, apagó la radio y salió al frío. Quería que toda la casa estuviera perfecta antes de que su marido llegara. Después de todo, pronto recibirían un montón de visitas y no quería pasar vergüenza.

Lejos de Arcadia

Blue Mountain, Alabama, parece ser el tipo de lugar con extensos campos, vistas panorámicas, bosques de pinos y veranos cálidos y húmedos que se prolongan hasta la segunda mitad del año, y en su mayor parte es cierto. Existe allí una verdadera belleza natural, pero los humanos han construido un legado de miseria justo encima de ella.

La granja Hazle dista mucho de la imagen idílica que la mayoría tiene de la vida rural. Había más barro que hierba y más maldiciones que rezos. James Hazle la había heredado de sus padres mucho más joven de lo que cabría esperar, y después de pagar los préstamos que habían contraído para futuras cosechas que ni siquiera se habían plantado, su herencia se había reducido a unas cuantas hectáreas de tierra y unas cuantas edificaciones que necesitaban desesperadamente algo de mantenimiento. Estaba solo en el mundo, sin un centavo de más para contratar ayuda, pero, como sucede con tantos hombres, todo lo que le faltaba en riqueza lo compensaba con orgullo. Habría rechazado cualquier mano que le ofreciera caridad, aunque nadie se la había ofrecido.

Sus perspectivas eran pobres y el panorama de su futuro era sombrío. Ninguna mujer decente se casaría con un hombre que seguramente la llevaría a la indigencia. Ningún banco o empresa de préstamos para semillas le daría el dinero necesario para volver a poner en marcha la granja. Tenía suficientes ahorros y ganado lechero para subsistir durante unos años, pero sin una suma de dinero importante para poner en marcha esa granja, su situación nunca mejoraría.

Lou también estaba pasando por una situación complicada. Por mucho que lo intentara, ya no podía ocultar su embarazo a su familia y, sin un padre para su futuro hijo, estaba destinada a ser una más de las muchas "mujeres arruinadas" que las madres de Alabama señalaban a sus hijas como advertencias vivientes sobre cómo una vida pecaminosa las recompensaría. Su padre se tomó la noticia como se esperaba, y si no hubiera sido por la rápida intervención de su madre, probablemente la habría golpeado hasta que el problema desapareciera. Aunque se complacía en golpear a su hija de forma violenta, no se atrevía a golpear a su mujer. Así que, al no poder continuar recurriendo a la violencia directa contra Lou por sus malas decisiones, cambió de táctica y recurrió a un tipo de violencia más insidiosa. La echó de casa sin medios para subsistir —así, abandonada por toda su familia, soltaría el nombre del padre de la criatura en camino, para que el comportamiento despiadado de éste se volviera contra él y organizaran una boda a punta de escopeta.

Para sorpresa de todos, Lou se mantuvo firme ante esta

adversidad, ya sea porque realmente no conocía la identidad del padre de su hijo no nacido, porque estaba tan enamorada de él que no estaba dispuesta a arruinar su vida como él había arruinado la suya o, lo más probable, porque fuera uno de los soldados de la cercana base de Anniston. Quienquiera que fuera el padre de su hijo, no recibió ningún tipo de ayuda económica de él. Se las arregló en Blue Mountain haciendo trabajos esporádicos para algunas mujeres solidarias de la ciudad, pero el costo del alquiler de la habitación en la que vivía, era más de lo que ganaba la mayoría de las semanas.

Al entrar en la última etapa de su embarazo, Blue Mountain se adentraba en un feroz invierno, y entre el costo de la madera, el costo del alquiler y la ínfima cantidad de trabajo que podía hacer mientras estaba a punto de dar a luz, Lou acabó endeudada durante meses sin poder salir de ese agujero.

La hija de Lou, Nancy, nació, fuera del matrimonio, el 4 de noviembre de 1905. Lou era oficialmente una "mujer arruinada" a los ojos de la comunidad, y era bien sabido por todos los habitantes del pueblo que ningún hombre respetable tendría jamás nada que ver con ella, algo que le recordaban a Lou casi a diario los miembros de su extensa familia, que no habían podido resistirse al atractivo de un adorable bebé recién nacido a pesar del estigma que conllevaba.

Pero Lou se rió en sus caras. No más de una semana después del nacimiento de la bebé, recibió una propuesta de matrimonio de un granjero local. Un hombre con acres a su nombre, una ética de trabajo dura, y absolutamente ningún reparo sobre el hecho de que Lou llevara un bebé a cuestas. Se casó con James Hazle y se instaló en su nueva vida en la granja antes de finalizar el año. La fábrica de chismes del pueblo se puso en marcha, por supuesto, pero no pasó mucho tiempo antes de que todos se decantaran por el camino de la menor resistencia: creer que Nancy Hazle era hija de James, tanto por la sangre como por el nombre, y que la cronología de los acontecimientos había sido la única parte desafortunada de la historia de su familia.

Si la vida en solitario había sido dura para Lou, la vida con James lo era aún más. Durante el embarazo había estado hambrienta de la más básica amabilidad humana, y el mínimo cariño que James le había proporcionado entonces, le había parecido un regalo del cielo. Pero ahora que era su esposa, se daba cuenta con horror de que ese mínimo cariño, era todo lo que él tenía para dar. James era un hombre adusto y miserable, con una vena mezquina que salía a relucir cada vez que se le sometía a la menor tensión.

No hubo período de luna de miel para Lou. Desde el momento en que se instaló en la pequeña granja, él comenzó a impartirle órdenes, y cuando ella no era lo suficientemente dócil u obediente para su

gusto, arremetía tanto con insultos como con el bastón que utilizaba para conducir su ganado. El hombre y su esposa salían desde el amanecer para limpiar los campos de escombros, para plantar las cosechas, para ordeñar las vacas. La lista de tareas que había que hacer en la granja era interminable, y la mayoría de las noches se quedaban despiertos hasta bien entrada la madrugada, tratando de cumplir con la lista de sus tareas diarias.

La pequeña Nancy, conocida ya entonces como Nannie, pasó la mayor parte de sus primeros años de vida completamente ignorada, a menos que gritara, era un obstáculo para los adultos mientras realizaban el agotador trabajo de intentar sacar adelante la granja. Cuando tuvo la edad suficiente para caminar, la pusieron a trabajar. Como niña pequeña, había pocas cosas en la granja que pudiera realizar físicamente, pero todas las tareas pequeñas y engorrosas que no requerían fuerza bruta se le encomendaban a ella, y recibía el mismo castigo severo que su madre si no lograba completar sus trabajos en el tiempo asignado.

James la observaba con los lentos engranajes de su cerebro girando, calculando cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera limpiar un campo de escombros, cuánto tiempo hasta que se pudiera confiar en ella para ir a buscar cosas al almacén o limpiar la granja por sí misma para poder obtener un mejor rédito de Lou. Al igual que calculaba el rendimiento de su ganado o de cualquier otro animal de la granja, calculaba cuánto tiempo pasaría hasta que esta pequeña familia que había adquirido, produjera la cantidad óptima de mano de obra, y cuánto trabajo de Lou estaba dispuesto a perder si eso significaba que habría más manos disponibles para el trabajo más adelante.

Un hermano y tres hermanas siguieron a Nannie en un mundo de rápida sucesión, todos programados cuidadosamente para que los embarazos de Lou no interfirieran en la cosecha.

Desde que Nannie tuvo la edad suficiente para retener sus recuerdos, reconoció que odiaba a su padre. Como hija mayor, el cuidado de todos sus hermanos y hermanas recayó en ella. Era la que les preparaba la comida, les cambiaba los pañales y resolvía sus disputas, a pesar de que apenas era una niña. En 1910, cuando los demás niños de su edad se dirigían a la escuela cada mañana, Nannie seguía atrapada en casa, cuidando de los bebés y limpiando el campo de restos, antes del arado. Era como si su vida se hubiera detenido antes de empezar. Todas las esperanzas o sueños que hubiera podido cultivar para su futuro habían sido triturados y depositados como abono para la granja. A pesar de todos sus esfuerzos, la granja rara vez daba más que para cubrir los gastos. Las cosas no mejoraban.

En invierno, cuando había menos cosas que hacer en la granja, a

Nannie y a su hermano mayor se les permitía ir a la escuela, caminando dos millas bajo la lluvia y la nieve para llegar allí, y lo mismo de vuelta. Incluso esa pequeña escapada era una experiencia miserable para ella. No podía ponerse al nivel de los demás niños desde el punto de vista académico debido a la gran cantidad de tiempo que había perdido en la escuela, e incluso cuando conseguía algunos avances, éstos se esfumaban en primavera cuando la arrastraban de nuevo a trabajar en la granja. Para empeorar las cosas, los otros niños de la escuela despreciaban a los niños Hazle, identificándolos correctamente como pobres y burlándose de ellos por sus extraños modales y sus personalidades introvertidas.

La educación formal de Nannie nunca progresaría más allá de su educación elemental, aunque pudo asistir a la escuela con más regularidad a medida que sus hermanos crecían y empezaban a asumir algunas de sus responsabilidades. A pesar de todo, desarrolló un amor por la lectura para toda la vida. En parte, esto se debía a que esta habilidad le había costado mucho trabajo, y estaba orgullosa de su logro, pero sobre todo porque la lectura era un escape de su vida infeliz. Con un libro, podía estar en cualquier otro lugar, podía ser otra persona. No era de extrañar que supusiera una alternativa tentadora a la realidad en la que estaba atrapada.

Más allá de sus odiosos compañeros de escuela, la vida social de Nannie se extendía sólo hasta su árbol genealógico. Cuando el clima les impedía seguir trabajando en la granja, toda la familia se abrigaba y se dirigía a la ciudad para visitar a sus parientes, y cuando parecía que el mal tiempo iba a persistir durante más de unos días, hacían planes para ir aún más lejos, tomando el tren fuera de Anniston para visitar a la familia en todo Alabama.

En la primavera de 1912, mientras una tormenta asolaba el campo, la familia Hazle emprendió otra visita, esta vez con la intención de tomar el tren para pasar el fin de semana con algunos familiares de James en el sur. El viaje comenzó tan bien como de costumbre, con todos los niños empapados resbalando y deslizándose por el vagón hasta que su padre les gritó para que se sentaran antes de que se lastimaran, para luego pasar a la fase más tranquila e inquietante del viaje, cuando Lou repartió revistas viejas de su bolso, lo que les tranquilizó. Le dio a Nannie un viejo y maltrecho ejemplar de *Romance Verdadero* porque sabía que era su favorito, y aunque lo había leído una docena de veces o más, bastó un momento para que Nannie se perdiera en las historias una vez más. No había mucho que Lou pudiera hacer para mejorar la vida de su hija, pero en el momento en que había descubierto el amor de Nannie por las historias románticas, había empezado a apartar todo el dinero que le sobraba para comprar más libros amarillentos y revistas polvorientas que

pudieran saciar su hambre.

Nannie estaba completamente perdida en la historia cuando todo se oscureció abruptamente. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con un mundo de dolor. Sentía la cabeza como si se la hubiesen martillado, como su dolor empeoraba, inmediatamente comenzó a sollozar. Cuando consiguió abrir los ojos por la fuerza, descubrió que estaba tumbada en la mecedora de la casa de su tío en el sur de Alabama. El viaje de un día se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos. Su madre se apresuró a entrar cuando oyó los sollozos de Nannie y le aplicó una compresa fría en la cabeza que casi la dejó inconsciente por la cantidad de dolor que le infligió. Pasaron horas antes de que ese dolor punzante se calmara lo suficiente como para que Nannie pudiera escuchar la historia de lo que le había sucedido.

La misma tormenta que los había liberado de la granja, había estado azotando todo el estado, y en su furor, había logrado derribar un pino justo al lado de una curva de la vía férrea. Cuando el conductor lo vio, frenó bruscamente, lanzando a todos los que iban a bordo hacia delante, fuera de sus asientos. Los demás niños tenían algunos moretones y rodillas raspadas, pero Nannie había quedado sentada justo delante de una barra metálica. Cuando los frenos se activaron, fue lanzada de cabeza contra ella y quedó inconsciente durante el resto del viaje.

A los siete años, Nannie sufrió una conmoción cerebral tan grave que le dejó daños permanentes en el cerebro. Durante el resto de su vida, sufriría dolores de cabeza agudos y repentinos que podían durar varios días, y su temperamento, antes brillante y alegre ante la adversidad, parecía haber desaparecido por completo. A partir de ese momento, fue propensa a sufrir graves depresiones, que se manifestaban sobre todo en "estados de ánimo oscuros" que podían durar incluso más que los dolores de cabeza, pero también en breves ataques de ira incontrolable antes de poder recuperar el control de sí misma.

Un largo período de convalecencia no estaba previsto para Nannie. En cuanto volvieron a la granja, ella volvió a trabajar. Durante el año siguiente, sufrió desmayos, fuertes dolores de cabeza y largos ataques de depresión, hasta el punto de que verla sin lágrimas corriendo por su cara se consideraba una rareza. A pesar de todo, James no permitió que Lou la llevara a un hospital. No les sobraba el dinero y él no podía prescindir de la chica en la granja, aunque no trabajara a su capacidad habitual. Si hubiera sido un animal, la habría sacrificado. Si fuera su hija de sangre, su actitud también habría sido diferente. Fue durante este tiempo cuando la diferencia en la forma de tratar a Nannie se hizo más evidente. Seguía siendo duro con los otros niños, implacable ante sus quejas o fallos, pero reconocía que tenía límites que no se podían sobrepasar. Con Nannie, y en menor medida con Lou, seguía presionando hasta que sobrepasaba el límite de lo que incluso él mismo podría soportar.

Aquellos largos meses de dolor y miseria pusieron en perspectiva el trato que recibía de él y, por primera vez en su vida, Nannie conoció el odio. James se había convertido en el centro de su pequeño mundo, aislada en el campo, a kilómetros de distancia de su vecino más cercano y negada incluso a la vida social más básica gracias a sus interminables exigencias. Había dejado claro que todo lo que ocurría en sus vidas estaba bajo su completo control, así que cuando se sintieran miserables y sufrieran, ¿a quién más iban a culpar? Se había erigido como el Dios de la Granja Hazle, y eso convertía a Nannie, su enemiga, en el Diablo.

Con sus nuevos estados de ánimo depresivos y sus ataques de furia, ella encajaba bien en ese título. Sus hermanos no tardaron en darse cuenta de que, aunque su padre se había alejado de ella, no era seguro que ellos también la trataran mal. Lou seguía siendo ferozmente protectora con su hija mayor, y aunque James se había puesto por encima de todos ellos, estaba bastante contento de que su mujer les infligiera la disciplina que, en su opinión, tanto les faltaba a los niños. Y lo que es más importante, esta nueva y miserable hermana suya estaba más que dispuesta a repartir palizas ella misma cuando la furia se apoderaba de ella, así que se cuidaban de no provocarla. No temía las palizas que James le propinaría si la pillaba pegando a sus hermanos menores. Ya sufría un dolor constante, ¿qué le haría un poco más de dolor?

Era como si Nannie viera a su padre por primera vez. Pasó de ser el centro de su mundo y el foco de todos sus esfuerzos a un matón de poca monta. Seguía teniendo un inmenso poder sobre ella, y ella era consciente de ello, pero su devoción por él estaba rota. El primer

hombre que había amado en su vida la había defraudado de la forma más brutal imaginable, demostrando que no le importaba si vivía o moría. Aquel sería un momento decisivo en su vida.

Si antes del accidente Nannie había disfrutado de las revistas y libros románticos de su madre, ahora se habían convertido en su obsesión. El amor se convirtió en su obsesión, del tipo que había leído en las revistas y no la frialdad que siempre presenció entre sus padres. Su vida iba a ser como la de las mujeres de las revistas. Iba a amar y ser amada, no a hundirse en una rutina de miseria y odio que se repetiría hasta que uno de los dos muriera.

El romance se convirtió en su sueño y en su única ambición, encontrar un amante que la alejara de toda esta pobreza extrema y del trabajo agotador y la tratara como la dama que merecía ser. Nada de la vida en la granja era romántico. Incluso las pocas historias románticas rurales que Nannie leía, parecían hablar de un lugar completamente distinto, donde cada hora no estaba llena de estiércol, sudor y reprimendas. Montar a pelo en un caballo con la melena al viento sonaba como la cúspide del romance, pero eso era sólo si no tenías que limpiar los establos después.

Es difícil mantener un sueño cuando no hay forma de acercarse a él. No había bailes ni ferias del pueblo para las chicas Hazle. No había citas ni salidas con hombres. A pesar de que tanto Nannie como Lou eran hábiles con la costura para hacer vestidos pasablemente bonitos, a las chicas se les prohibía llevar algo que James considerara "atractivo". Era obsesivamente posesivo con sus hijas, y estaba convencido de que las niñas serían molestadas si las dejaba andar por ahí con ropa bonita o maquillaje. La única vez que pilló a Nannie intentando arreglarse el pelo como las chicas de las revistas, esta recibió una paliza. Incluso cuando entraron en la adolescencia, a ninguna de las niñas se le permitió ir al pueblo sin que su padre o su hermano estuvieran allí para acompañarlas, y muchas noches las pasaron mirando con nostalgia por la ventana en dirección al granero donde se celebraba la fiesta de ese fin de semana, esforzándose por oír los sonidos de la música y el baile.

James estaba obsesionado con mantener su pureza, aunque era algo que no había valorado en absoluto en su propia esposa. Lou ni siquiera podía discutir con él porque sabía lo mal que podía resultar el sexo fuera del matrimonio, y él utilizaba esa vergüenza para golpearla cada vez que intentaba hablar en favor de las niñas.

Todo lo que Nannie podía hacer era esperar y esperar a que llegara su futuro, caminando en el filo de la navaja de la desesperación entre el deseo de tener un marido —y el escape que él le traería de su actual estado de cautiverio— y el temor a que todos los hombres fueran animales lascivos como los pintaba su padre.

Al final, el asalto no provendría de extraños del exterior, como las niñas habían sido entrenadas para esperar, sino de algún lugar más cercano a casa. Incluso cuando se hicieron mayores, toda la familia siguió viajando con James y Lou para visitar a sus parientes, asistieron a varias "reuniones familiares" que básicamente se convertían en emborracharse en un granero. La extensa familia Hazle era tan numerosa que casi cualquiera podría haber asistido a estos eventos, y aunque los despiadados arrebatos de James y su demanda de respeto a toda costa habían tenido como objetivo hacer que sus hijas se mantuvieran dóciles y calladas, esto a la vez las convirtió en las víctimas perfectas para los depredadores que revoloteaban entre sus parientes. Cuando James descubría a un tío o a un primo propasándose con una de sus hijas, los golpeaba con contundencia, y el resto de la familia cerraba filas contra ellos. No pasó mucho tiempo antes de que se extendiera el mensaje a lo largo de cada rama retorcida del árbol genealógico de que estaban fuera de los límites. Excepto para Nannie. Cuando James pilló a uno de sus primos intentando subirle la falda a la fuerza detrás del granero cuando sólo tenía doce años, fue ella quien recibió el castigo y el destierro del evento social. Cuando pilló a un tío desabrochándole el vestido, fue ella la que fue enviada a su habitación por haberle coqueteado. El rumor corrió para los pervertidos llevando el mensaje a cualquiera que quisiera escucharlo: a James le importaba un bledo lo que le sucediera a Nannie Hazle.

James arremetía contra ella cada vez que la llevaba a casa después de uno de esos incidentes, culpándola del terrible ejemplo que estaba dando a sus hermanas menores y dando a entender con fuerza que la manzana no había caído lejos del árbol, refiriéndose a su madre. Esto fusionó la rabia de Nannie por haber sido molestada —cuando se suponía que estaba a salvo— y su odio hacia su padre, en algo nuevo y peligroso. Se encendió un fuego en ella que la llevó a la acción, cuando durante años había sido complaciente.

Su material de lectura favorito cambió. Tras años de fantasía romántica, ahora estaba obsesionada con iniciar su propia historia de amor. Dejó a un lado las revistas románticas y comenzó a recoger los periódicos desechados por su padre, aferrándose a las columnas "Corazones solitarios" y "Lazos perdidos" buscando entre todas las cartas enviadas alguna que pudiera corresponderle a ella. Si no podía ir a los hombres, entonces los hombres tendrían que venir a ella. Si no podía emprender una gran aventura para encontrar al hombre con el que estaba destinada a estar, entonces tendría que llamar algún valiente caballero errante a la puerta de su padre y esperar a que luchara por su libertad.

Consiguió enviar a escondidas algunas cartas a lo largo de los

meses, pero si alguna vez recibía una respuesta era interceptada por James antes de que la viera. Nunca la golpeó por intentar ponerse en contacto con aquellos hombres, así que es de suponer que quedaron sin respuesta.

En 1920, Nannie tenía quince años, había dejado de lado por completo sus fallidos intentos de ir a la escuela y estaba preparada para seguir adelante con su vida; otra de las muchas cosas de la vida que deberían haber sido sencillas y agradables y que, en cambio, se transformaron en una ardua batalla de voluntades con James. Él no quería perderla de vista, sobre todo ahora que era lo suficientemente mayor y fuerte como para empezar a llevar todas las cargas de su madre en la granja. Nannie sabía que cualquier apelación emocional frente a él caería en saco roto, así que en su lugar, tenía que llegar a él con un argumento lógicamente construido a favor de su libertad. James siempre se había mostrado ferozmente protector con el trabajo de contabilidad en la granja, a pesar de que era algo de lo que Nannie podía encargarse (incluso durante sus períodos de migrañas en la cama). Pero aun así, ella había logrado deducir de las conversaciones sibilantes que escuchaba a altas horas de la noche, y de su actual estado de pobreza, que la granja no daba suficiente dinero. Así que le propuso una solución sencilla: dejarla salir a trabajar. Él perdería su mano de obra en la granja, y la cantidad que ella podría ganar en un trabajo de fábrica de nivel básico no superaría la cantidad que podría generar haciendo sus tareas, pero el dinero de una fuente externa era regular y estaba garantizado. Sería un amortiguador durante los largos meses entre cosechas, y un colchón en caso de que una vaca enfermara o una cosecha saliera mal. James reflexionó al respecto durante toda la noche, pero por la mañana no se le ocurrió ningún argumento decente para evitar que ella hiciera su parte para mantener a la familia.

Nannie salió a buscar trabajo a la mañana siguiente, respirando el dulce aire del verano y sintiéndose libre por primera vez en su vida.

La primera en llegar al altar

Nannie no tardó en conseguir un trabajo en la fábrica de hilos de lino de Blue Mountain y sus pequeños sobres color marrón con el dinero de su sueldo comenzaron a llegar a casa para suavizar el ceño fruncido de su madre.

Por primera vez, parecía que la vida en la granja iba a empezar a mejorar. La huida de Nannie de las garras de su padre, sirvió de acicate para que los niños más pequeños empezaran también a planificar su futuro. Hasta ese entonces, todos parecían estar condenados a una eternidad trabajando en los campos, mayormente infructuosos, pero Nannie les había demostrado que había una salida. Si lograban demostrar que irse traía más dinero a la familia que quedarse, por fin tendrían oportunidades y opciones más allá de madurar lentamente hasta convertirse en clones de sus miserables padres. Aun así, todo ese progreso y cambio era sólo la primera etapa del gran plan de Nannie.

Su padre seguía prohibiendo a Nannie el uso de maquillaje, pero sus elecciones de ropa se volvieron menos anodinas por una cuestión de necesidad, para poder encajar con el resto de las chicas de la fábrica, y por una cuestión de practicidad, ya que los vestidos exagerados estilo saco que su padre prefería, se habrían enganchado en la maquinaria. Cuando se le permitió vestirse como cualquier otra chica y salir de la sombra de su padre, Nannie se hizo popular; una mariposa social durante las horas de trabajo. Tenía amigos en todos los sectores de la fábrica a los que iba, y como iba al pueblo todos los días, acabó siendo también la encargada de los recados de toda la granja. En poco tiempo, la gente de Blue Mountain comenzó a pensar en Nannie cuando oía el nombre de Hazle, en lugar de su insular padre. Por fin estaba viviendo una vida normal, y aunque otros no habrían encontrado felicidad alguna en ello, la novedad aún no había desaparecido para ella. Todos los que se cruzaban con ella eran correspondidos con una sonrisa; cada pequeña ayuda que podía dar a los demás, la daba.

Era el orgullo de Blue Mountain, y esa popularidad no se limitaba a las mujeres. Los hombres mayores eran cautelosos a la hora de acercarse a ella: era todavía muy joven, a pesar de lo bonita que era, y nadie quería tener la reputación de perseguir niñas. Recibía una considerable admiración de los hombres solteros de la ciudad, pero siempre de forma contenida, aunque estaba claro que disfrutaba de cada cumplido.

Como perspectiva de matrimonio para la mayoría de la comunidad agrícola, era una propuesta inestable, aunque no tan arriesgada como lo había sido su madre. La mayoría de las mujeres

debían llevar una dote o la promesa de alguna propiedad cuando se casaban, pero era de sobra conocido que la granja de los Hazle era demasiado pequeña para ser repartida y demasiado pobre para ofrecer un gran incentivo financiero. Tomar como novia a una joven bonita como Nannie se consideraba un lujo extravagante que sólo podrían permitirse los ricos. Las ideas románticas estaban muy bien, pero la supervivencia seguía siendo la principal preocupación de la mayoría de los habitantes de la América rural, incluso en los años veinte.

Por suerte, los hombres mayores de Blue Mountain estaban lejos de ser las únicas perspectivas de Nannie. La propia fábrica estaba repleta de jóvenes atractivos, y aunque sus padres todavía podían tener suficiente influencia para alejar a la mayoría de ellos de la encantadora joven Nannie, algunos eran demasiado testarudos para ser controlados o carecían de una apropiada orientación paterna.

Nannie empezó a fumar para tener una excusa para quedarse fuera de la fábrica con todos los chicos, y ganaba suficiente dinero en la fábrica como para que incluso su padre nunca se molestara en quejarse de la frivolidad de su pequeño hábito. Pero a pesar de estar disponible en el patio, era en la ruidosa fábrica donde la mayoría de ellos se acercaban a ella. En el patio, ella mantenía la corte, pero cuando llegaba el momento de los avances reales, los jóvenes querían la relativa privacidad que el ruido de la máquina podía proporcionar.

Con el ejemplo de su madre en mente, Nannie dejó claro a todos sus pretendientes que sólo estaba interesada en el matrimonio y no en simples coqueteos. Eso fue suficiente para desanimar a la mayoría de los adolescentes que la habían perseguido, pero ciertamente no a todos. Un chico en particular, Charley Braggs, estaba tan enamorado de ella que casi le propuso matrimonio en el acto.

Charley tenía diecisiete años, era alto y guapo, con una melena rizada y una sonrisa que incluso consiguió derretir el corazón de la extremadamente recelosa Lou Hazle en la única noche en que fue invitado a cenar a la granja. De todos los posibles pretendientes de Nannie, él fue el único que logró conquistar tanto a Lou como a James: a Lou con su encanto y su buena apariencia y a James con su carácter poco común. Mientras que otros chicos de su edad se paseaban por los cafés y las fábricas de ginebra de Anniston, escuchando jazz y retozando, Charley tenía un carácter más solitario, gastando sus cheques en el cuidadoso mantenimiento de su casa familiar y en el cuidado de su madre enferma. El respeto a los mayores era un tema constante en los sermones de James a sus hijos, por lo que no era de extrañar que esta devoción hiciera ganar al joven Charley algunos puntos con el anciano.

Estaba claro que a James no le importaban mucho los cotilleos del pueblo y no se entrometió en la historia o la familia del muchacho. Si

se hubiera preocupado por esas cosas, para empezar nunca se habría casado con Lou, y en lo que respecta a Nannie, consideraba que los mendigos no podían darse el lujo de elegir. Si este chico estaba dispuesto a quitarle de encima el coste de cuidar a la rebelde Nannie de forma permanente, entonces se alegraba de que lo hiciera cuanto antes.

Apenas cuatro meses después de empezar a cortejarla, Nannie y Charley caminaron juntos hacia el altar. Ella no llevaba nada más que un cajón lleno de ropa confeccionada por ella misma y la promesa de que se esforzaría por ser una buena esposa para él.

No era el gran romance con el que siempre había soñado. No hubo flores ni comidas elegantes, no la llevaron a un lugar exótico ni la colmaron de regalos. Apenas contenía el nivel de romanticismo que cabría esperar de un noviazgo adolescente habitual. Charley pasó un poco de tiempo con ella, pero como ninguno de los dos podía hacer vida social fuera de las horas de trabajo, sólo quedaban las pocas comidas familiares a las que asistía en los meses intermedios, que apenas se prestaban para grandes gestos románticos.

Por las esporádicas anotaciones de su diario en 1921, podemos ver que Nannie se había sentido forzada a casarse. Sentía como si la gran fuga que había estado orquestando acabara de ser socavada por completo por la conformidad de James y, de hecho, por su deleite ante la perspectiva de su matrimonio. Mientras ella seguía tanteando el terreno con otros pretendientes, Charley la había presionado con su propuesta a través de su padre y, junto a su familia, la había empujado a ello. En lugar de haber sido el momento más maravilloso de su vida, la boda le pareció una transacción, como cuando su padre compraba o vendía una vaca.

La ceremonia fue poco inspiradora y con escasa asistencia por parte de Charley. Asistió su madre, y un trío de chicos del trabajo, pero él no tenía muchos amigos. Su total ausencia de vida social no le dejaba mucho tiempo para mantener relaciones, y la mayoría de los chicos del trabajo que tenían más o menos su edad, estaban molestos porque se había lanzado a por Nannie. El lado de Nannie de la iglesia estaba mucho más lleno, con su extensa familia descendiendo como buitres a la primera señal de que podría haber comida gratis y algo de licor. Aunque se llevaba bien con todas las chicas del trabajo, nunca había desarrollado ninguna amistad en particular, por lo que su invitación general sólo había atraído a algunas de las mujeres mayores de la fábrica, que estaban allí principalmente para despedirse de ella, ya que no esperaban que siguiera trabajando mucho después de la boda. Tenían toda la razón, por supuesto, ella no tenía intención de volver a trabajar. Eso no formaba parte de su gran plan.

A pesar de que los detalles del marido eran ligeramente diferentes

de lo que ella podría haber pretendido, Nannie planeaba ser la esposa perfecta. Mantendría la casa, criaría a los niños, cocinaría todas las comidas y superaría cualquier expectativa que Charley pudiera tener sobre ella. Su amor y su apoyo le ayudarían a prosperar, y fuera de los caprichos controladores de su padre, podría encontrar por fin un poco de diversión en su propia vida. Era su oportunidad de liberarse por fin de las figuras paternas controladoras y empezar a vivir su vida, y aunque él no hubiera sido su primera elección, al menos confiaba en que el tranquilo y poco exigente Charley sería lo suficientemente fácil de manipular para poder hacer lo que ella quería, un escenario que era completamente opuesto al de su obstinado y abusivo padre.

Mamá lo sabe todo

Una vez terminada la ceremonia y la fiesta, Nannie rebosaba de emoción. Vivió toda su vida en una granja, por lo que conocía bien la mecánica del sexo y, desde muy joven, había establecido la conexión entre el acto físico y la "felicidad conyugal" sobre la que había leído tanto. El sexo era el trasfondo de todas las historias románticas que había leído en su vida, aunque estaba prohibido escribir sobre el acto en sí. También había sido el telón de fondo de su propia vida, sirviendo como motivación para las insinuaciones amorosas de todos los jóvenes que había conocido, la historia de horror del embarazo extramatrimonial de su madre, el impulso para los abusos sexuales a manos de sus parientes, y ahora su matrimonio, en el que se le permitiría, por fin, disfrutar de este placer secreto que se le había negado durante tanto tiempo.

A primera hora de la tarde, llegaron a la nueva casa de Nannie, el primer lugar al que realmente podría llamar suyo. Por la mañana se ocuparían de los pequeños detalles: de abrir los regalos y guardar su pequeña maleta de ropa. Los jóvenes amantes sólo tenían ojos el uno para el otro. Según todos los indicios, Charley pasó una velada perfectamente agradable, pero para Nannie, el aplastante anticlímax de su primera intimidad no fue el final perfecto para el día que había tenido. Aun así, pensó que las cosas podrían mejorar y ser menos dolorosas con el tiempo. Su propia madre se lo había insinuado durante la charla extremadamente vaga que le había dado a Nannie sobre los "deberes de esposa" durante la fiesta. Las cosas no eran perfectas, como siempre había soñado, pero tampoco estaban arruinadas.

Todavía tenía esperanzas en su futuro, hasta que bajó las escaleras por la mañana y encontró a su suegra sentada en la mesa de la cocina, mirándola con una mueca despectiva en el rostro. "Charley necesitará desayunar antes del trabajo. Será mejor que vaya a despertarlo mientras tú te encargas de ello".

Nannie apenas había visto a la madre Bragg antes de la boda, en gran parte debido a la mala salud de la mujer, que se recrudecía cada vez que se programaba un compromiso social con la familia Hazle. Ahora parecía notablemente sana mientras impartía órdenes, pero Nannie hizo todo lo posible por calmar su mal genio. Después de todo, esta situación era sólo temporal; le sorprendía que su madre pareciera haberse quedado a dormir en su casa la noche anterior sin que nadie se lo dijera, pero al menos no tendría que soportar la lengua afilada de la mujer durante mucho tiempo.

Cuando Charley bajó, pasó por delante del plato que ella le había preparado para besar a su madre en la mejilla antes de decir "buenos

días", y tardó casi todo el tiempo que estuvo preparándose para el trabajo antes de que Nannie consiguiera acorralarlo y preguntarle amablemente cuándo volvería su madre a casa.

"Está en casa, tonta. Vive aquí con nosotros".

Nannie quedó tan aturdida que ni siquiera tuvo la oportunidad de formular algún tipo de contraargumento antes de que él saliera por la puerta y se dirigiera al trabajo. Pasó el resto del día realizando las tareas domésticas bajo la atenta mirada de su nueva suegra, y aunque la mujer no solía golpearla como lo hacía James, encontraba defectos en absolutamente todo lo que Nannie hacía. Nada estaba a la altura de lo que ella esperaba en su casa, y esperaba que Nannie repitiera cada tarea hasta que la hiciera bien. Al final, Nannie apenas consiguió realizar una cuarta parte de las tareas que se había propuesto realizar en su primer día, y estaba demasiado agotada y abatida cuando Charley volvió, para asimilarlo todo con consternación.

Había cambiado un amo de esclavos por otro, y aunque nunca había sentido ningún reparo en desafiar a su propio padre, cada vez que decía algo mínimamente crítico sobre su nueva suegra parecía herir físicamente a Charley.

Estaba atrapada en una red de obligaciones sociales y de cortesía, mucho más que las amenazas de violencia que la habían retenido toda su vida. Delante de su hijo, la madre Braggs no era más que magnánima con Nannie, apenas si la corregía cuando cometía errores en la casa. Apenas hablaba lo suficientemente alto para que Charley escuchara la letanía de los muchos defectos de su nueva esposa. La madre de Charley se había pasado toda la vida mimando y manipulando a su hijo, y había convertido aquello en un arte.

La madre Braggs era una madre soltera de forma muy parecida a la madre de Nannie, pero mientras que Lou se había salvado de una vida de vergüenza y desastre a último momento, no se podía decir lo mismo de su homóloga. Charley se había criado en la más absoluta pobreza hasta que una temprana herencia les permitió ascender por la jerarquía de la propiedad, y desde muy joven fue preparado para ser el hombre de la casa y el proveedor de su madre. Lo que había comenzado como un halago sobre su madurez pronto se transformó en realidad cuando lo enviaron a trabajar, y gran parte de su personalidad había sido cuidadosamente moldeada por su madre para asegurarse de que siempre pusiera los deseos y necesidades de ella en primer lugar.

Nannie esperaba poder sortear a la madre Braggs cuando Charley estaba en casa, pensando que esta no se arriesgaría a mostrar su verdadera naturaleza delante de su hijo, pero la anciana tenía la suficiente experiencia como para dejarse frustrar tan fácilmente. Si Nannie quería salir a comer con su marido, Madre Braggs estaría

sufriendo una dolencia estomacal. Si quería ir al cine, Madre tendría un mareo y acabarían sentados alrededor de la mesa de la cocina jugando al Mah-jong una vez más. La vida social que Nannie había anhelado tan desesperadamente se mantenía una vez más fuera de su alcance, y su vida cotidiana era cada vez más miserable.

El mundo de fantasía del romance le había sido robado por las constantes demandas y exigencias. Aunque le habían quitado su propia oportunidad de ser "feliz para siempre", tenía la esperanza de encontrar al menos una vía de escape en sus queridas historias, pero la madre Braggs consideraba la lectura de romances como algo parecido a la infidelidad y destruía, en cuanto las veía, cualquier revista que Nannie consiguiera introducir a escondidas en la casa. Durante un tiempo, jugaron al gato y al ratón, con Nannie buscando escondites para sus materiales de lectura y la anciana cazándolos, pero finalmente se llegó a un punto crítico cuando Madre Braggs expuso con excesivo detalle, delante de Charley, lo satisfecha que estaba al ver que Nannie no se llenaba la cabeza con esas tonterías infantiles como otras niñas más frívolas de su edad. Con los dos ahora al acecho, abandonó toda esperanza, más allá de ojear los estantes de la tienda local.

Una a una, sus vías de escape se fueron cerrado. La relación de Nannie con su propia madre siempre había sido buena, a pesar de que consideraba a Lou impotente para detener los peores excesos del comportamiento de James. Sin embargo, seguía siendo una aliada contra él y había sido lo más parecido a una amiga y confidente que Nannie había tenido jamás. Incluso en su vida de casada, esperaba seguir viendo a Lou con regularidad y hasta tenía la intención de preparar elegantes tés de tarde para cuando viniera a visitarla. Cuando Lou venía, recibía una fría acogida por parte de la madre Braggs y siempre era expulsada de la casa inmediatamente después de la cena, y cualquier sugerencia de que se quedara a pasar la noche era inmediatamente desechada. Por su parte, Charley parecía ser casi totalmente ajeno a toda la situación, tanto como a todo lo demás que ocurría en su casa. Para él, lo que dijera su madre era la ley, y no tenía sentido discutirlo.

Con la desesperación en aumento, Nannie empezó a buscar otras vías de escape. El hábito de fumar, que había utilizado como excusa para escapar del trabajo, se convirtió en una barrera contra la madre Braggs —que detestaba el olor, pero no encontraba la forma de exigirle a Nannie que lo dejara sin parecer poco razonable— que luego se convirtió en una adicción, con la recién casada fumando cuarenta o más cigarrillos al día. Y lo que es peor, recurrió al gabinete de licores de los Braggs para aliviar la decepción y la desaprobación.

Puede que el alcohol aliviara el dolor brevemente, pero no pasó

mucho tiempo antes de que el desorden de la química cerebral volviera a afectar a Nannie. Los ataques de depresión, totalmente razonables, que experimentaba después de ver cómo le habían arrebatado su sueño, iban ahora acompañados de una niebla constante. Su humor oscuro pasó de ser un extraño visitante a un compañero constante. No había un solo día en el que no tuviera ganas de hacerse un ovillo y morir en lugar de volver a intentar complacer a la madre Braggs. En cierto modo, fue esa relación antagónica la que salvó la vida de Nannie. No podía quedarse en la cama todo el día, porque eso demostraría que todas las insinuaciones de Madre sobre su pereza eran ciertas. No podía acostarse y morir, porque eso significaría dejar que la vieja bruja ganara.

El mismo desafío que había caracterizado la relación de Nannie con su padre volvió a salir a la luz, y cada día se esforzaba por ignorar todas las palabras de Madre y fingir que la anciana no se pasaba todo el tiempo susurrando sus defectos al oído de Charley.

Después de tres años de trabajar para complacer a su suegra, Nannie dejó de pensar en la anciana, porque, en última instancia, tenía dos armas vitales —pero relacionadas— en su arsenal, que Madre Braggs nunca podría esperar igualar. Durante los tres primeros años de su matrimonio, le dio a Charley todo el sexo que quería, cuando lo quería. Y cuando su interés por lo carnal empezó a desvanecerse, junto con la novedad de ella, le dio hijos, uniéndolo a ella para siempre, a pesar del odio que había llegado a sentir por el renacuajo sin carácter con el que había sido obligada a casarse.

Tuvieron cuatro hijas, una por año entre 1923 y 1927, la mayor se llamó Melvina y la menor Florine. Entre sus embarazos, Nannie llegó a aborrecer el contacto con Charley. Él seguía siendo tan apático como siempre, completamente ajeno a su sufrimiento o incluso al agotamiento que la maternidad había traído consigo. Sólo sufría el sexo con él en contadas ocasiones y sólo cuando el momento era el adecuado para asegurarse de volver a quedar embarazada. Por lo demás, evitaba el lecho conyugal en la medida de lo posible, y optaba por dormir en la habitación de las niñas por si la necesitaban por la noche y por buscar consuelo en otra parte.

Con las niñas de por medio, ya no existía la amenaza de que la madre Braggs pudiera hacer algo para poner fin al matrimonio, por lo que el desprecio de Nannie hacia ella fue en aumento. Todas las quejas y los reproches que hirieron a Nannie en los primeros días de su matrimonio caían ahora en saco roto, y si Madre iba a contarle cuentos a Charley, éste nunca hacía caso de la noticia.

Cuando Lou o Madre Braggs podían ser presionadas para hacer de niñeras, Nannie dejaba a sus hijas y se dirigía a las destilerías de ginebra de Anniston para encontrar hombres que la hicieran sentir

hermosa de nuevo, como se había sentido cuando todo el mundo la cortejaba en la fábrica. A Lou le llegaban historias sobre la prostitución de su hija, sobre la chica que vagaba por los bares en topless, que se dejaba acariciar en público y que se metía en reservados traseros con borrachos. Nannie intentaba lavar todo el dolor en un mar de ginebra y sexo, pero nunca era suficiente, y por la mañana la resaca y el mal humor volvían a aparecer, junto con la vergüenza.

Ni Charley ni su madre pudieron confirmar nunca ninguna de las historias que se contaban sobre las infidelidades de Nannie, Charley vivía en una casa de cristal en lo que a eso se refería, ya que a lo largo de los años había tenido varias aventuras breves pero sin brillo con mujeres jóvenes en la fábrica de hilos de lino. Nannie lo sabía todo y guardaba notas sobre ellas en sus diarios para poder utilizarlas en contra de Charley si alguna vez intentaba ir contra ella o poner fin a su matrimonio de forma desafortunada.

En lo que respecta a sus hijas, Melvina era la niña de los ojos de Nannie, la chica en la que volcaba todas sus esperanzas y sueños. Melvina iba a vivir una vida maravillosa. Iba a tener un gran romance y nunca tendría que conformarse con un hombre despreciable. Todo lo que Nannie había imaginado para sí misma se lo prometió a Melvina.

Su propia vida se había descarrilado terriblemente, y cada hija después de Melvina se convirtió en una carga aún mayor para ella. De repente, no sólo tenía que cocinar, limpiar, vestir y consentir a su marido y a la madre de éste, sino también a cuatro niñas menores de cinco años. Cada momento en que estaba despierta era interrumpido por los gritos y las exigencias de uno de los seis, y los breves momentos de respiro que conseguía gracias al licor, el tabaco y la huida a los brazos de otros hombres eran cada vez más escasos.

Mientras tanto, las propias infidelidades de Charley se hacían cada vez más evidentes para todos los que le rodeaban. Mientras que Nannie había dominado el arte de poner una sonrisa y fingir que todo en su vida era perfecto alrededor de Blue Mountain, él dejaba muy clara su infelicidad a cualquiera que quisiera escuchar, y si alguna vez encontraba una mujer con un hombro comprensivo sobre el que llorar, no tardaba en convertir la relación en algo sexual. A menudo desaparecía durante dos o tres días seguidos, escapando con sus nuevas amantes, abandonando a Nannie para que se ocupara de todo por sí misma y proporcionándole apenas más apoyo que eso, incluso cuando estaba físicamente presente. Llegó a un punto en el que los dos se encontraban sólo por casualidad, en la mesa o en el dormitorio. Ambos estaban solos en la relación, pero mientras la madre Braggs, junto con las muchas mujeres con las que se acostaba, estaba allí para dar a Charley una salida emocional, no había tal consuelo para

Nannie. Al igual que en su infancia, estaba completamente aislada de la comunidad, siempre por la figura masculina dominante en su vida, y a pesar de que todavía soñaba con un gran romance, nadie era lo suficientemente tonto como para cortejarla abiertamente mientras estuviera casada. Probablemente habría considerado despreciable a cualquiera que intentara hacer tal cosa.

Así pues, los días se sucedían, agobiándola cada vez más con cada momento que pasaba. La resaca y la depresión nublaban su mente y la perseguían a cada paso. A menos que ocurriera algo drástico, Nannie tenía la certeza de que iba a quedar reducida a la nada.

La practicidad

El amor abrumador de Nannie por sus hijas era evidente para todo el mundo —a los ojos de la madre Braggs era el único rasgo redentor de la joven— pero pasaron muy rápidamente de ser el centro de su mundo porque estaba enamorada de ellas, a ser el centro de su mundo porque reclamaban su atención en todo momento. A menudo pasaba días sin dormir porque una u otra niña enfermaba, o simplemente porque no estaban cansadas porque su abuela había decidido ponerlas a dormir la siesta en mitad del día cuando los cuidaba mientras Nannie hacía recados.

Incluso cuando estaba de mal humor, Nannie era capaz de fingir una sonrisa para sus hijas, pero poco a poco, todas las sonrisas que les dedicaba comenzaban a ser cada vez más falsas. La alegría que había encontrado al convertirse en madre se había acabado, y la realidad de ser una madre para el resto de su vida comenzó a abrumarla. Intentó seguir adelante, centrándose sólo en los aspectos prácticos, incluso cuando descubrió que su amor por sus hijas flaqueaba, pero a medida que crecía su desesperanza, la solución práctica al problema se hacía cada vez más evidente. Tenía demasiadas hijas que cuidar.

Con casi cinco años, Melvina se registró en la mente de Nannie como un ser humano más y como alguien con quien sentía que tenía un fuerte vínculo emocional, aunque esa conexión estuviera actualmente adormecida por sus circunstancias. Las otras tres eran el problema. Todavía recordaba cómo se sentía al tener una sola hija que cuidar, cuando su marido todavía estaba presente, al menos parcialmente, y la seguridad que le proporcionó Melvina que le había dado el valor para enfrentarse a su autoritaria suegra. No había habido ningún otro momento en su vida en el que se hubiese sentido tan satisfecha o tan capaz como en ese primer año de maternidad. Era una madre increíble cuando sólo tenía que cuidar a una hija, cuando podía centrar toda su atención en las necesidades de la niña y aún le quedaba tiempo suficiente para ocuparse de sí misma.

Era una ecuación sencilla en la mente de Nannie. Podía tener cuatro hijas desdichadas y vivir su propia vida en una constante bruma de depresión y agotamiento, o tener una hija feliz y sana que haría cosas increíbles con su vida. No era una elección en absoluto.

La última vez que Charley volvió de una de sus juergas de tres días, todo el pueblo de Blue Mountain parecía estar concentrado en su casa. Tuvo que abrirse paso entre la multitud para entrar, y con la resaca y el desconcierto que tenía, aceptó todos los abrazos y condolencias sin entender en absoluto lo que había pasado. Cuando toda la ropa negra que vestía la gente empezó a calar en su cerebro, le entró inmediatamente el pánico, pensando que su madre había

muerto. Pero al cabo de poco tiempo la localizó en la cocina, celebrando la corte con las otras mujeres de cierta edad. Charley volvió a abrirse paso hasta la sala de estar, donde finalmente divisó a Nannie en el centro de la escena. Su madre estaba sentada a su lado, su padre acechando junto a la ventana, sin hacer ningún comentario sobre dónde demonios había estado su yerno. La bebé estaba pegada a su lado, durmiendo tranquilamente, y Melvina estaba sentada a sus pies, con Nannie acariciando suavemente su pelo. Las otras dos niñas brillaban por su ausencia. ¿Dónde están las niñas?

Los susurros y murmullos empezaron a extenderse entre la multitud a medida que la gente se daba cuenta poco a poco de que Charley aún no lo sabía. La curiosidad mórbida hizo que todas las miradas se dirigieran hacia él. Podía sentir el peso de su escrutinio, todo un pueblo preguntándose dónde había estado, qué había estado haciendo, por qué no había estado allí para su familia cuando más lo necesitaban. Nannie dejó que las lágrimas fluyeran y se vio envuelta en los reconfortantes brazos de su madre y de todas las demás mujeres que estaban cerca, y James cogió a Charley con firmeza del brazo y lo arrastró para que nadie pudiera ver cómo el muchacho se quebraba.

Florine seguía siendo amamantada y Melvina no había comido más que una tostada aquella fatídica mañana, así que lo que fuera que hubiera salido mal con los granos de avena pasó de ella. Pero las dos del medio habían desayunado y se fueron riendo con el mismo desenfreno imprudente que a diario plagaba los días de Nannie. A la hora de comer, ninguna de las dos podía ni siquiera caminar. El médico había acudido rápidamente y reconoció los signos de una intoxicación alimentaria aguda, pero la ciencia médica no tenía respuesta para ello. Si se hubiera detectado inmediatamente, se podría haber inducido el vómito antes de que la enfermedad se manifestara, pero nadie había sospechado que algo anduviera mal. Incluso la Madre Braggs, normalmente dispuesta a condenar a Nannie al instante por el más mínimo error, no pudo encontrar ningún fallo en sus acciones. Sus hijas estaban muertas, y Charley ni siquiera había estado allí para despedirse. Por primera vez en su vida, Charley sintió el peso de la desaprobación de su madre, amplificado mil veces por el escrutinio del pueblo.

En medio de este circo, Nannie estaba sentada con enormes lágrimas no derramadas colgando de sus ojos oscuros, mirando a Charley, con los ojos clavados en él a donde quiera que fuera. No le dijo ni una sola palabra. No lo condenó por su ausencia ni le confió su dolor. No parecía interesarse por él ni de una manera ni de otra. En los días siguientes, pareció deleitarse silenciosamente con toda la atención y las condolencias que recibía, y la muerte de las niñas fue, en general, tratada por el pueblo como un terrible acto de Dios, en el

que Nannie fue considerada la heroína por soportarlo con tanto estoicismo. Dondequiera que fuera Charley, la gente cantaba las alabanzas de Nannie, e incluso en su propia casa, en compañía de su propia madre, sus intentos de quejarse de ella eran cortados en seco. "Nunca entenderás cómo ama una mujer a sus bebés, así que no digas ni una palabra contra tu esposa hasta que todo esto esté zanjado y acabado".

El funeral llegó casi inmediatamente, con Nannie fingiendo desesperación por acabar con todo y la gente del pueblo más que dispuesta a complacerla. Tampoco hubo retrasos por parte del Estado: el médico había observado a las niñas en sus últimos momentos y había diagnosticado el problema en el acto. No hubo necesidad de una autopsia, sólo de tirar los granos contaminados que las habían matado. No hubo ni siquiera un indicio de que Nannie pudiera haber hecho algo malo, ya que su casa era conocida por estar siempre impecable y su cocina era la envidia de los maridos de todo el mundo. A pesar de todo lo sucedido, se las arregló para preparar una maravillosa comida para después del funeral.

Los murmullos habían perseguido los pasos de Charley desde que regresó para encontrar su vida en ruinas. Había pasado de ser un hombre querido a ser objeto de escarnio y desprecio. A medida que la estrella de Nannie subía, la suya caía en picada. Para el momento del funeral, empezó a considerar seriamente la posibilidad de que había hecho mal a su esposa y a su familia y que él era la fuente de la infelicidad que había plagado su hogar desde el principio. Después de todo, todos podían ver lo perfecta que era Nannie. Todos menos él. Incluso su detractora más acérrima, la Madre Braggs, trataba a Nannie como un ángel preciado. Pero todo ese desprecio por sí mismo y esas dudas se esfumaron abruptamente cuando Nannie puso un plato de comida frente a él y le dedicó una sonrisa triste y bien practicada. No había sido capaz de mirarla a los ojos desde que había vuelto a la ciudad —la vergüenza y el temor de que ella pudiera compadecerse y hacer pedazos su corazón roto, le habían impedido hacerlo— pero en cambio se encontró con sus ojos oscuros y se quedó paralizado de miedo. No había nada en ellos. Ella no estaba triste. No estaba enfadada. Todas las emociones humanas que podría haber esperado encontrar estaban simplemente ausentes, y en su lugar había un vacío oscuro e insondable. Uno que él había ayudado a crear.

En plena noche, con dos de sus hijas recién enterradas, Charley hizo las maletas, cogió a Melvina de su cama y corrió para salvar su vida. No le cabía ninguna duda de que Nannie había matado a sus hijas y menos aún de que, ahora que le había cogido el gusto a la compasión y la adoración del pueblo, no tardaría en intentar quedarse viuda también. Florine estaba acurrucada en los brazos de Nannie

cuando Charley emprendió la huida, de lo contrario se la habría llevado también.

Las muestras de compasión hacia Nannie se redoblaron cuando se descubrió la traición de su marido. Al principio, ella había intentado considerarlo como una más de sus juergas, pero el hecho de que él se hubiera escapado por la noche con Melvina le reveló que no tendría tanta suerte. Durante un tiempo, pudo vivir la vida que deseaba, relacionándose con la gente del pueblo, viviendo más o menos sola y sin ser molestada en la casa de los Braggs, con sólo la sombra de su suegra todavía rondando, pero cualquier disfrute que pudiera haber tenido al ver cumplidos sus deseos, se vio empañado por la pérdida de Melvina. Si hubiera podido deshacerse de Florine sin sospechas, probablemente lo habría hecho, pero Melvina lo era todo para ella.

1927 fue el año más largo de la vida de Nannie, que anduvo sin rumbo, rechazando todas las ofertas de su madre para volver a casa y traer a la bebé consigo. Los escasos ahorros de la familia Braggs no tardaron en agotarse, y se vio obligada a trabajar en una fábrica de algodón para mantenerse no sólo a sí misma y a su hija, sino también a su suegra. Al menos esa última boca que alimentar exigía muy poco. La madre Braggs había quedado impactada por las acciones de su hijo y comenzó a decaer poco después. Su "mala salud", que hasta entonces sólo había brotado cuando intentaba manipular a su hijo, se había convertido ahora en una presencia constante y real en su vida. Tenía dolores de estómago tan fuertes que la mayoría de los días no podía salir de la cama y se veía obligada a depender de la amabilidad de Nannie para sobrevivir. A pesar de todo lo ocurrido, Nannie seguía alimentando y dando de beber a la anciana todos los días, llegando incluso a guisar ciruelas pasas para tratar de aliviar sus doloridos intestinos. Al final, todo fue en vano: la madre Braggs murió en el verano de 1927, con su hijo aún desaparecido y sin que la gente del pueblo dudara en absoluto de que su muerte se debiera realmente a causas naturales. Después de todo, había pasado tantos años acosada por esta enfermedad, que no era de extrañar que finalmente se la llevara.

Nannie tenía ahora toda la casa para ella, aunque apenas podía permitirse una fracción de su mantenimiento, y legalmente, Charley seguía siendo el único propietario. Era un curioso estado de limbo, en el que tenía todo lo que quería y nada al mismo tiempo, incapaz de seguir adelante con su vida hasta que su marido errante volviera a aparecer para liberarla, pero temiéndolo igualmente.

Cuando las hojas empezaron a cambiar y el cálido verano se convirtió en un suave invierno, Nannie luchó por encontrar el equilibrio. Trabajar a tiempo completo y cuidar de su bebé el resto del tiempo seguía siendo un gran alivio en comparación con la carga de

trabajo a la que se había enfrentado con anterioridad, pero incluso con sólo dos bocas que alimentar se dio cuenta de que luchaba con sus ingresos, y la casa empezó a deteriorarse. Y lo que es más importante, volvió a sentirse intensamente sola. De vuelta a casa, tenía a su madre y a sus hermanas para distraerla del vacío social en el que normalmente se encontraba, ya que por muy encantadora y agradable que fuera, carecía de las habilidades fundamentales necesarias para entablar amistades más profundas que las relaciones casuales de los que había disfrutado en la Compañía de Hilos de Lino. Su padre se había encargado de ello aislándola durante sus años de formación. La única relación que había tenido que tuviera alguna sustancia, había sido con Melvina, y le había sido arrebatada en la noche.

En el verano de 1928, Charley volvió a casa, llegando sin avisar en un taxi desde Anniston con Melvina, una mujer extraña y un niño pequeño. Nannie se quedó en la puerta de la casa y los vio acercarse, con la furia creciendo en su pecho.

Charley nunca había tenido problemas para atraer al sexo opuesto, y aunque tener una hija a cuestas le ponía un ligero freno a su estilo de vida, no tardó en empezar a utilizarla en su beneficio. Al darse cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cocinar, ni de limpiar, ni de criar a un niño, se puso a buscar una madre sustituta, y antes de que pasara un mes, se había instalado en una vida bastante cómoda con una viuda, que tenía un hijo de la edad de Melvina, a unos cuantos pueblos de distancia. En teoría, su vida era tan cómoda como antes —incluso mejor si se tenía en cuenta que su "esposa" era mucho más agradable— pero algo seguía pareciéndole mal a Charley. Sentía que lo habían echado del pueblo en lugar de haber elegido él irse por su propia voluntad, y si era sincero consigo mismo, no había huido por el juicio del pueblo sino porque tenía verdadero pavor a Nannie.

No había forma lógica de explicarlo. Con sus suaves rizos y su cara redondeada, Nannie tenía un aspecto casi angelical, y era tan evidentemente bondadosa que su amabilidad y devoción por su familia eran la comidilla del pueblo. Cuanto más tiempo pasaba Charley lejos de ella, más se acordaba de todo aquello y se preguntaba de qué demonios había tenido tanto miedo. Nannie era una granjera blanda y protegida. Cada vez que pagaba el alquiler de su nueva casa, sentía que el resentimiento afloraba. ¿Por qué tenía que pagar un alquiler mientras Nannie vivía bajo el manto del lujo en su propia casa a cambio de nada? Cuando por fin se filtró la noticia de la muerte de su madre y supo que ya no tendría que enfrentarse al peso de su desaprobación por encima de sus miedos, se decidió a volver a casa y echar a Nannie.

La encontró de pie frente a la puerta, luciendo el mismo aspecto que él recordaba: perfecta e inmaculada, con su hija acurrucada en la

cadera. Por un momento, retrocedió en el tiempo y la vio como la había visto por primera vez, cortejándola en el patio de la fábrica, con todos aquellos hombres pendientes de cada una de sus palabras, corriendo para encender su cigarrillo. Una pizca de glamour entre la miseria de la vida cotidiana. Una sonrisa le hizo cosquillas en los labios, y luego se obligó a alejarla, ahuyentando cualquier alegría que hubiera podido sentir por su matrimonio en la cabalgata de quejas contra Nannie, tanto las de su madre como las que él había forjado para reflotarlas. Al fin y al cabo, su madre siempre tenía razón, y estaba seguro de que habría aprobado mucho más a su nueva novia. Era mucho más respetable, aparte de su disposición a vivir con un hombre casado.

Intercambiaron muy pocas palabras. Nannie sabía que ese día llegaría. Había abandonado las ilusiones de que Charley fuera a volver corriendo a estrecharla entre sus brazos como ella siempre había soñado. Cualquier cosa que se pareciera a un sueño romántico con él, hacía tiempo que se había marchitado ante la triste realidad de que no era más que un niño mimado y estúpido.

Recogió su ropa y la de las niñas, tomó a Melvina de sus brazos que no opusieron resistencia y se alejó de ellos. Le robó cualquier triunfo que pudiera haber sentido al echarla de su casa y se marchó con dignidad, a pesar de que el estado de ánimo más oscuro y asesino que había experimentado en su vida acababa de descender sobre ella. El rostro de Nannie se transformó en una máscara de tristeza al pasar junto a la nueva familia Braggs, y la nueva esposa de Charley se sintió abrumada de compasión por ella a pesar de todas las historias de horror que le habían contado. Pero el propio Charley volvió a vislumbrar la oscuridad que había detrás de los ojos de Nannie, y sintió el mismo terror escalofriante que lo había alejado de casa la primera vez. Si hubiera estado solo, no le cabía duda de que ella lo habría matado a la primera oportunidad. El tiempo demostraría que esta suposición era cierta.

La esperanza es eterna

Nannie regresó a la granja familiar y a las constantes exigencias de su padre. Lou estaba encantada de tener a sus nietas bajo su techo, pero James esperaba que Nannie reanudara inmediatamente sus tareas en el lugar ahora que su matrimonio había fracasado. La granja seguía yendo mal y seguiría yendo mal a perpetuidad. Los papeles del divorcio no tardaron en llegar y Nannie no tuvo inconveniente en terminar con su matrimonio siempre que el motivo del divorcio fuera la infidelidad de Charley. Teniendo en cuenta que él vivía con otra mujer y con un niño que se refería a él como "papá", no fue precisamente difícil conseguir esa condición. Después de ocho años, su primer matrimonio se disolvió.

Con Melvina por fin en casa, Nannie se olvidó rápidamente de su devoción por su hija. Seguía queriendo a Melvina, incluso la amaba, pero la devoción por su hija se desvanecía ante la imposibilidad de tener una relación real con la niña de seis años. Puede que fuera la relación más importante en la vida de Nannie, pero eso no significaba que fuera en absoluto satisfactoria.

En lugar de soportar los regaños de su padre durante todo el día y progresivamente los de su madre, Nannie buscó un trabajo que la sacara de casa y la alejara de todos ellos. Charley había retomado su antiguo puesto en la fábrica de Lino de Blue Mountain donde se habían conocido, así que esa vía estaba cerrada para ella. La otra fábrica del pueblo en la que había encontrado trabajo la había contratado sólo como operaria de temporada y la habían despedido en cuanto su divorcio se hizo público, así que tampoco le quedaba ese recurso. Sin otra alternativa, empezó a buscar trabajo más lejos y finalmente se instaló en una fábrica de algodón en Anniston. El viaje al trabajo era un fastidio, el trabajo era duro y las condiciones en la fábrica eran tan calurosas que apenas se podían tolerar. Pero además de estar mejor pagada que cualquier otro trabajo que hubiera hecho en Blue Mountain, también le proporcionaba largas temporadas lejos de la granja y toda la atención masculina que hubiera podido pedir.

Cuatro embarazos y un divorcio no habían hecho nada para atenuar la belleza natural de Nannie, que se pasaba casi todo el tiempo en el trabajo siendo admirada por los numerosos hombres que trabajaban en la maquinaria. Disfrutaba de esta atención, y le ayudaba mucho a mitigar su ego herido el hecho de que tantos hombres la desearan, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a meterse en la cama con alguno de ellos tan rápidamente. No volvería a cometer el mismo error de casarse con un hombre sólo porque fuera el primero en ofrecerse, y se encargaría de que sus padres no tuvieran nada que decir en ninguno de sus futuros arreglos románticos, con el fin de

asegurar su futuro.

Examinó cuidadosamente a cada uno de sus pretendientes en la fábrica de Anniston y descubrió que todos ellos eran decepcionantes. Los más jóvenes aún estaban demasiado sometidos a la influencia de sus padres, y no había nada que Nannie temiera más que la idea de heredar otro amo de esclavos junto con el hombre que eligiera. En cuanto a los mayores, los hombres que habían trabajado en el molino toda su vida o bien carecían de ambición o estaban demasiado maltrechos por el trabajo en el molino como para encajar en otro sitio. No es que le repelieran, sino que no había posibilidad de que cumplieran con sus fantasías románticas, así que los descartó de inmediato. Ya no se conformaba con nada que no fuera el amor verdadero, aunque eso significara que tardara un poco más en encontrarlo.

La soledad siempre había sido la piedra angular de la psique de Nannie. Su larga y solitaria infancia, seguida de su matrimonio sin amor, habían convertido ese sentimiento en un impulso que persistiría durante el resto de su vida. Las revistas románticas que atesoraba y releía una y otra vez, la ayudaban a aliviar el dolor durante un tiempo, pero eso no duraba mucho tiempo. Necesitaba encontrar a alguien que llenara ese vacío, que la hiciera sentir plena. Así que pasó de uno de los grandes consuelos de su infancia a otro: las columnas de "Corazones Solitarios".

Al rememorar las cartas que había enviado cuando era una adolescente desesperada, la ahora adulta Nannie las encontraba entrañables e ingenuas al mismo tiempo. Habiendo ya experimentado el sexo, podía reconocer el trasfondo de aquellos mensajes. Algunos de los hombres a los que había escrito en el pasado, buscaban algo muy diferente a lo que ella les ofrecía, así que no era de extrañar que ninguna de sus primeras cartas hubiera obtenido respuesta. Con la madurez y la experiencia adquiridas con el tiempo, Nannie era ahora capaz de añadir una dimensión completamente nueva a sus fantasías y reflejar esas fantasías a los hombres con los que se comunicaba.

Se hizo unas fotografías para enviarlas junto con las cartas y los pasteles horneados por ella misma que empezó a distribuir, aunque no le hacían justicia. Sin el brillo de la vida en sus ojos y el pequeño atisbo de una sonrisa que asomaba de la comisura de su boca, parecía casi normal, en lugar de ser reconocida al instante como una mujer de distinción. Pero lo que faltaba en el estímulo visual que enviaba, se compensaba con creces en otros aspectos. Su cocina siempre había sido el orgullo de la familia Hazle, e incluso la Madre Braggs nunca había sido capaz de encontrar un defecto en ella. Lo mismo había ocurrido a los pocos hombres a los que había agasajado, atrapándolos con sus pasteles. Y si el sabor de la comida casera no era suficiente

para conquistar a aquellos hombres, las cartas que enviaba junto con esos pasteles estaban al borde de lo lascivo.

Durante varios meses, ésta fue la vida de Nannie: respondiendo con esmero a cada una de las cartas que recibía, revisando el periódico en busca de nuevos aspirantes a su corazón y sintiendo por primera vez que era posible que su sueño de romance se hiciera realidad. En persona, los hombres se presentaban siempre bastante despojados en sus deseos por ella, pero por carta, se veían obligados a vestir sus sórdidos deseos con poesía y prosa para conquistarla. Era como estar en una de sus novelas románticas: por fin le hablaban como si fuera la protagonista de su propia historia, en lugar de una segunda opción o un estorbo.

De todos los pretendientes que consideró, sólo hubo uno que fue más allá de un intercambio de cartas. En 1929, Nannie recibió una carta con bellos versos y una fotografía de un hombre que podría haber sido una estrella de cine, con el pelo ondulado de Grant Withers y la barbilla con hoyuelos de Clark Gable. Robert Franklin Harrelson, conocido por todos como Frank, era un obrero de veintidós años de la cercana Jacksonville. Era dos años menor que Nannie, pero le impresionaba su madurez, sobre todo en comparación con su ex marido. Vivía solo en un modesto apartamento en la ciudad, donde había adquirido una vida social media y una afición por el jazz. En respuesta a su encantadora carta, Nannie le contestó con un trozo de tarta de especias, una copia de su fotografía y una carta propia menos poética pero con un poderoso subtexto.

Al día siguiente de su respuesta, llamaron a la puerta de la granja Hazle. Frank había terminado de leer su carta e inmediatamente se subió al coche para ir a ver a esa belleza en persona. Quedó estupefacto cuando la Nannie de carne y hueso abrió la puerta. En persona, era vibrante y encantadora, de una manera que ninguna carta o foto podría haber transmitido. Estaba completamente enamorado de ella, y más que dispuesto a cargarla en el coche y llevársela a casa ese mismo día. Durante las siguientes semanas, la visitó con frecuencia y la colmó con el tipo de regalos románticos con los que ella siempre había soñado, pero que había aprendido a no esperar. Flores, bombones, encajes y otras cosas llegaban en paquetes cuidadosamente envueltos con más poesía encantadora de Frank. Un caballero así era suficiente para hacer girar la cabeza de cualquier chica, pero para Nannie, con sus sueños de un gran romance, era embriagador más allá de todo lo que había experimentado antes.

Él le propuso matrimonio sólo dos meses después de que se conocieran, y ella aceptó sin pensarlo dos veces. Él era un sueño hecho realidad, un personaje más imponente que los de las películas —sería una tonta si dejara pasar esta oportunidad jugando a la

coquetería, ahora que su nueva vida se encontraba en ciernes.

Frank tenía sueños más grandes que cualquiera de los hombres con los que había coqueteado antes. Planeaba llevarla lejos de todo esto, para empezar una nueva vida sin la interferencia de su familia ni la mirada juzgadora de la gente de Blue Mountain. Antes de que se planeara la boda, él había conseguido un nuevo trabajo en la fábrica textil Goodyear de Cedartown, Georgia, que no suponía un gran avance con respecto a su puesto actual en una fábrica de Jacksonville, pero que ofrecía mejores perspectivas de progreso y el atractivo añadido de un lugar más exótico.

A la segunda boda de Nannie asistió más gente de la que cabía en la iglesia, y todo el pueblo de Blue Mountain acudió para desearle lo mejor y verla partir hacia su nueva vida, una última muestra de solidaridad con una mujer que había sufrido tanto, tan joven. Los únicos que parecían descontentos con el acuerdo eran los padres de Nannie. No se les había consultado en absoluto sobre el matrimonio, y mientras que Lou se había dejado seducir fácilmente por los ojos de gacela y el corazón palpitante de Nannie, su padre se mostraba menos inclinado a tener en cuenta sus sentimientos, prefiriendo juzgar a Frank por sus propios méritos, que a su juicio eran escasos. Al fin y al cabo, ningún hombre que mereciera la pena tendría que utilizar palabras tan bonitas para ganarse a la gente.

El único punto en el que ambos padres de Nannie estaban de acuerdo era el de los nietos. Desde que volvieron a casa, Melvina y Florine habían sido básicamente adoptadas por Lou, mientras Nannie se dedicaba a trabajar la mayor parte del día y a escribir cartas el resto. Y ahora, sin previo aviso, iban a ser arrancadas de sus brazos y llevadas al otro lado del país, donde tal vez nunca las volverían a ver. Por supuesto, todo lo que Nannie tenía que hacer para acallar cualquier queja de cualquiera de ellos era invocar el nombre de Charley Braggs.

A pesar de las quejas de Lou y James, Nannie, Frank y las niñas subieron al coche con las maletas repletas de todas sus pertenencias mundanas y partieron hacia el noreste sin mirar atrás, hacia su nuevo hogar. Frank tenía los ahorros suficientes para depositar una fianza en una cabaña de madera de dos habitaciones en las afueras de Cedartown, un lugar bastante modesto comparado con alguna de las casas en las que había vivido Nannie, pero que cumplía a la perfección con las tantas fantasías que le habían inculcado las historias románticas.

Con las niñas durmiendo plácidamente en su dormitorio y la noche acercándose, los dos hicieron el amor junto al fuego de leña. Fue perfecto. Este era el final de la historia que ella había estado tejiendo en su mente durante toda su vida, cuando todo se arreglaría y

ella viviría feliz para siempre.

Pero el fundido a negro nunca llegó. A la mañana siguiente, se despertó en los brazos de Frank y siguió viviendo, a pesar de que la historia había terminado.

Durante el "período de luna de miel" de su matrimonio, trató de recuperar ese mismo momento de felicidad perfecta, y la mayoría de las veces lo consiguió. Frank seguía siendo un caballero consumado, tratándola exactamente como ella siempre había querido ser tratada, disfrutando de cada momento con ella y alagándola por todo lo que hacía. Ambos tenían sus pequeños secretos que se ocultaban el uno al otro, pero las partes que se exponían encajaban perfectamente. Lo único que le molestaba a Nannie era que Frank parecía disfrutar demasiado del whisky y con demasiada frecuencia para su gusto. Ella había estado en el mismo barco cuando estaba casada y era desgraciada, así que no se sentía con derecho a lanzar ninguna acusación sobre su conducta, pero aun así la hizo detenerse y preguntarse si él era secretamente desgraciado, como lo había sido ella. Cuanto más lo presionaba para que compartiera sus sentimientos, él más cerrado se volvía, así que trató de aceptar sus palabras al pie de la letra y de aceptar su consumo excesivo de alcohol como una pequeña peculiaridad de su personalidad y no como un signo de un problema más profundo y oscuro. Al fin y al cabo, el hecho de que su relación con el alcohol estuviera marcada por la miseria, no significaba que la de él tuviera que serlo.

La Ley Seca estaba en sus últimos días cuando Nannie y Frank se casaron, y fue poco más de un año después de que se establecieran en Cedartown cuando él pudo cambiar el caro e ilegal alcohol que había estado consumiendo por whisky comprado legalmente que, por costumbre, seguía vertiendo en una jarra de arcilla y escondiendo en algún lugar del jardín. Pero con la fácil disponibilidad del licor, el problema de Frank con la bebida se acentuó. Pasaba el tiempo en la ciudad después del trabajo bebiendo con sus amigos en lugar de volver a casa con Nannie.

Las deliciosas comidas caseras que ella había preparado para él se enfriaban en la mesa mientras ella se sentaba mirando su asiento vacío vibrando a la luz de las velas. Sus viejos y oscuros estados de ánimo nunca se habían ido muy lejos, y cuando se quedaba sola no tardaban en brotar. Sin embargo, sabía que Frank era un hombre sociable cuando decidió casarse con él, y tendría que ser una verdadera arpía de esposa para negarle un poco de tiempo con sus amigos. Sufrió en silencio, se tragó sus sentimientos y volvió a sus historias y a su escasa vida social con sus hijas.

Tenía todos los motivos para ser feliz. Tenía la vida que siempre había deseado, suficiente dinero para no tener que preocuparse por llegar a fin de mes, dos hijas perfectas que se estaban convirtiendo en jóvenes encantadoras y un hogar que podría haber salido directamente

de un libro de cuentos. Era normal que echara de menos a su marido cuando estaba fuera. Completamente normal. Pero esa sensación de fatalidad seguía presente en ella, y Nannie seguía adelante con las tareas de la maternidad y de la casa con la extraña sensación de que todo aquello era temporal, esperando la desgracia.

Una noche, uno de los amigos de Frank se presentó en el porche de la casa con el sombrero en la mano, después de que ella hubiera pasado otra larga noche alimentando su miseria a solas. Nannie se quedó helada en la puerta, paralizada por la terrible sensación de que había llegado el momento, de que la fatalidad que había estado esperando por fin se estaba cumpliendo. Pero resultó que a Frank no le había ocurrido ningún accidente terrible más allá del que él mismo se había infligido voluntariamente. Estaba en el calabozo del Departamento de Policía de Cedartown tras meterse en una pelea en la puerta del bar del pueblo, y como descubriría Nannie cuando fue a recogerlo, no era la primera vez que se encontraba en circunstancias similares.

En Jacksonville, Frank tenía fama de bebedor y era reconocido por su mal genio. Había sido acusado dos veces de "agresión grave" e incluso había cumplido condena en la cárcel por sus actos bajo la influencia de la droga. Su familia esperaba que un matrimonio feliz y una vida asentada, fueran el perfecto nuevo comienzo para él, que se fuera del estado para empezar de nuevo en la vida en lugar de huir como un cobarde de las consecuencias de sus actos. Parece que ellos, y Nannie, habían dado a Frank demasiado crédito porque aquí estaba de nuevo en la misma situación.

Nannie lo llevó a casa con una furia silenciosa, atrapada entre dos impulsos poderosos, pero opuestos. Una parte de ella quería fingir que esto no había sucedido, que su vida en común podía seguir siendo el glorioso sueño que ella deseaba y que Frank podía seguir siendo el marido perfecto que ella siempre había anhelado pero nunca había encontrado. La otra parte quería matarlo ahora mismo por mentirle, por arrastrarla lejos de todo lo que había conocido. No valían los términos medios ni los compromisos para Nannie, ningún cambio gradual podría producir la felicidad que ella deseaba. O todo era perfecto o todo era una catástrofe, y hasta que no pudiera averiguar cuál de las dos situaciones ganaría, estaba atrapada en un limbo.

Los años pasaron con Nannie todavía atrapada por la indecisión. Intentó que Frank dejara la bebida, pero él la abandonó para irse de juerga tres días con sus amigos. Con ese fracaso en su haber, probó la táctica contraria, acompañando a Frank cuando salía a beber, igualándolo copa a copa hasta que los dos quedaban completamente destrozados.

Un día, fueron de juerga con Frank, dejando a la ya adolescente

Melvina en casa de un amigo al salir de la ciudad, pero olvidándose por completo de Florine. La niña volvió a casa del colegio y encontró la cabaña vacía y abandonada. Estuvo allí durante dos días antes de que la policía saliera a buscarlos, y recorrió el condado de Polk en busca de Nannie y Frank antes de entregar a la niña a su padre en Alabama. Pasó un incómodo fin de semana en la casa de los Braggs, siendo evitada por Charley y su nueva esposa, hasta que Nannie se presentó en una furia ardiente para recuperarla al cabo de unos días. Puede que a Nannie no le importara especialmente su hija menor, pero prefería morir antes que dejar que Charley la tuviera.

Después de aquella desventura, Nannie volvió a reducir su consumo de alcohol y decidió simplemente intentar aguantar, ser la buena esposa que siempre había querido ser y aceptar los momentos románticos tal y como vinieran, aunque ahora llegaran con cuentagotas debido a las resacas de Frank. Por su parte, Frank consiguió mantener el mismo trabajo en la fábrica con el que había empezado a pesar de sus frecuentes ausencias, pero nunca apareció ninguno de los ascensos con los que había soñado. Su fama de borracho le precedía, y a medida que se le cerraban las puertas en la cara y se le negaba lo que consideraba que era su derecho, se refugiaba cada vez más en el consuelo de la botella.

La ridícula conducta de su marido le hizo perder el gusto por el licor, por lo que Nannie recurrió a distracciones más familiares en busca de consuelo. La ficción romántica dominaba el hogar, y ella hojeaba todos los periódicos que llegaban, leyendo las cartas de la columna "Corazones solitarios" sin escribir nunca a ninguno de los muchos corazones solitarios que le llamaban la atención, pero siempre anhelando hacerlo. Siempre al borde de la ruptura, pero sin conseguirlo. Así como sus estados de ánimo sombríos la habían tomado anteriormente, ahora se combinaban con un flujo constante de insultos de su "gentil" marido para convencerla de que ella era la culpable. El único hilo conductor entre los dos hombres "perfectos" que había encontrado había sido ella, por lo que comenzó a asumir que, de alguna manera, ella los estaba transformando en esas caricaturas bestiales del marido negligente. Cuando Frank comenzó a golpearla en sus arrebatos de borrachera, su oscuro estado de ánimo le decía que se lo merecía. Cuando él hacía lo mismo con sus hijas, ella se consideraba afortunada por no estar aquella noche en el extremo receptor de sus puños.

A pesar de todo, Frank sería el marido de Nannie durante dieciséis años, y sus dos hijas llegarían a la edad adulta bajo su techo. Las niñas se convirtieron en jóvenes encantadoras. Al igual que Nannie, que había superado su propia educación para buscar el amor, ellas también lo hicieron. Tanto Melvina como Florine habían crecido

inmersas en la biblioteca de ficción romántica de su madre, pero entendían la fantasía en su esencia, de una manera que su madre nunca había podido comprender. Entendían que tenían que casarse para salir del techo de su padre, así que perseguían ese objetivo con la misma determinación que Nannie, pero no esperaban la perfección ni nada especialmente emocionante de sus maridos. Todo lo que querían era una vida mejor que la que Frank y Nannie podían proporcionarles.

La vida amorosa de Florine pasó casi desapercibida para Nannie, gracias a su continuo desinterés por la chica, pero Melvina era una historia diferente. Su madre examinaba a todos los posibles pretendientes con unos criterios mucho más exigentes que los que ella había utilizado siempre para seleccionar a sus propios hombres, como se demostraba con Frank. Pero de todos los hombres de la zona que vinieron a husmear cuando oyeron los rumores de que la hermosa joven que vivía en el bosque estaba lista para empezar a ser cortejada, el único que pasó el examen de Nannie fue un joven llamado Mosie Haynes.

Mosie tenía dieciocho años, igual que Melvina. Tenía un trabajo fijo en la ciudad, dos padres que le apoyaban, pero no se implicaban demasiado, y una casa propia que estaba más que dispuesto a compartir con una de las jóvenes más bellas de la ciudad. Lo más importante, desde el punto de vista de Nannie, era que parecía ser debidamente respetuoso tanto con ella como con su hija. Un verdadero caballero para enmendar el error que Nannie había cometido con su propio marido.

Los dos se casaron en 1942 y se instalaron rápidamente en una vida cómoda pero tranquila, tolerando las raras y breves visitas de Nannie y Frank, pero sin buscarlas nunca. Nannie hizo lo posible por no ofenderse. Ella había sido joven una vez, no hacía mucho tiempo, así que sabía cómo eran esos primeros meses de romance, cuando todo el mundo se desvanecía y sólo existía la persona de la que te habías enamorado.

Nannie sabía exactamente lo que habría estado haciendo si hubiera tenido a su disposición a un joven apuesto como Mosie, y parecía que sus sospechas sobre las actividades de su hija se habían demostrado acertadas cuando, a menos de un año de su matrimonio, Melvina anunció que estaba embarazada. Nannie expresó su felicidad a la pareja en términos extravagantes, les prometió toda la ayuda que pudieran necesitar, pero se resistió ante el impulso natural de irrumpir como la suegra dominante. En parte, esto se debía al miedo de parecerse a la monstruosa criatura que había sido la madre Braggs, quien aún la atormentaba en sus pesadillas, pero otra parte se debía a un sentimiento de profunda ambivalencia respecto al bebé. Por un lado, se trataba de la progresión natural de la vida de su hija —el matrimonio y la maternidad iban de la mano en los años 40— pero por otro lado, también simbolizaba el final de su vida.

Nannie tenía amargos recuerdos de la forma en que sus hijas habían atrofiado su propia feminidad, robándole las oportunidades de viajar y encontrar el gran romance de su vida, atrapándola con un

hombre que se enfriaba cada vez más con cada boca que lloriqueaba para ser alimentada. Nannie debería haberse alegrado por su hija, pero no podía borrar el recuerdo de esa época de su propia vida; sus oscuros estados de ánimo la obligaban a revivirlos una y otra vez. Melvina había sido su oportunidad para escapar del mismo ciclo, una oportunidad para revivir su juventud sin cometer los mismos errores una y otra vez. Pero ahora su hija se había escapado de su alcance, y no había nada que pudiera hacer para evitar la inevitable conclusión de este embarazo. Melvina tendría a su bebé, los ojos de Mosie empezarían a desviarse y acabarían tomando caminos distintos. Era inevitable. Nannie podía sentir esa fatalidad como un plomo que recubría sus huesos mientras seguía los pasos de una abuela feliz.

A principios de 1943, el bebé llegó con tanta facilidad que Nannie ni siquiera fue llamada al hospital a tiempo para sostener la mano de su hija. Robert Lee Haynes se convirtió en el centro de la vida de su madre, al igual que Melvina había sido la única fijación de Nannie. Los buenos recuerdos de su preciosa hija rompieron por fin la profunda y constante depresión de Nannie. Era posible que el ciclo de la maternidad no terminara nunca para Melvina, pero el ciclo de la miseria podría hacerlo si tuviera el sentido común de detenerse allí mismo en lugar de dejar que el tonto de Mosie le plantara un bebé tras otro hasta que estuviera tan agotada que prefiriera morir antes que seguir viviendo un día más.

Nannie ofreció su ayuda a su hija sin condiciones. Lo único que quería era aligerar la carga que se le había impuesto a la niña —carga que los hombres nunca verían ni entenderían— y las dos volvieron a conectar por primera vez desde que Melvina era una niña pequeña, reavivando su estrecha relación tras años de distanciamiento.

Florine, siempre en segundo plano, se trasladó a casa de su hermana para ayudarla con el cuidado del niño hasta encontrar su propio marido. Pero es difícil decir si Nannie se dio cuenta. La joven nunca había provocado más que una fría indiferencia en su madre, así que no era de extrañar que estuviera dispuesta a aprovechar la primera oportunidad para salir de casa. Su relación con Melvina siempre había sido estrecha, ya que las dos se aliaban contra las privaciones de los dos terribles padres con los que habían crecido.

En 1944, mientras la guerra hacía estragos en todo el mundo, surgió un nuevo conflicto en Nannie cuando Melvina anunció que estaba embarazada de nuevo. Los peores temores de su madre se hicieron realidad. Otro bebé, y tan pronto después del primero. Esa bestia babeante, Mosie, ni siquiera había dado tiempo a que el precioso cuerpo de Melvina sanara antes de volver a subirse encima de ella. El bebé iba a venir a arruinar todo. Incluso arruinaría la fresca y tímida amistad que finalmente había forjado con su hija a través del

vínculo común de la maternidad. Lo peor era que nadie más podía ver la pesadilla que estaba a punto de desarrollarse, y nadie creería a Nannie si les decía la verdad sobre la condena que su hija llevaba en el vientre. Todo se iba a desmoronar y ella no podía hacer nada para evitarlo.

Melvina era una mujer pequeña y, al final de su segundo embarazo, apenas podía caminar debido a sus caderas desplazadas. Cuando comenzó el parto por segunda vez en su vida, en julio de 1945, creyó sinceramente que el dolor podría matarla. Las dudas que aún quedaban en la mente de madre e hija se desvanecieron en el calor del momento. Cuando comenzaron las agónicas contracciones, fue a su madre a quien llamó a gritos, y fue su madre quien respondió al instante. Nannie tomó el control de la habitación del hospital, enviando a Mosie a buscar toallas frescas y vasos de agua fría mientras ella permanecía junto a la cama de su hija, secándole el sudor de la cabeza, cogiéndole la mano y hablándole en cada paso del parto. Nannie incluso daba órdenes al personal médico, que obedecía tímidamente sus órdenes. El parto se prolongó durante toda la noche, pero mientras todos los demás flaqueaban, Nannie se mantuvo fuerte y decidida, haciendo que todos volvieran a la acción de forma constante y dando a Melvina todo lo que necesitaba para seguir adelante.

Finalmente, después de muchas horas, nació una niña sana. Melvina estaba tan agotada y debilitada por su terrible experiencia y por las abundantes aplicaciones de éter que la habían hecho soportar el dolor, que ni siquiera tuvo fuerzas para sostener a su bebé cuando todo terminó. La bebé fue entregada a Nannie, que se sentó junto a la cama de su hija con una sonrisa artificial dibujada en su rostro, presumiblemente para cubrir su propio agotamiento. Cuando el médico volvió a la habitación, la bebé estaba muerta. Nannie la entregó rápidamente al personal médico en cuanto alguno de ellos dio cuenta de que no respiraba, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Tras el prolongado parto, parecía probable que la bebé hubiera estado privada de oxígeno durante demasiado tiempo y fuera incapaz de sobrevivir por sí misma, pero el examen no mostraba una causa clara de la muerte. Hubo que explicárselo a Melvina una y otra vez antes de que pudiera entenderlo, e incluso entonces se negó a creerlo. Su bebé no podía estar muerta. No podía. Después de todo lo que había sufrido para traerla al mundo, no había forma de que ningún Dios misericordioso pudiera haberle arrebatado esa bebé.

Al día siguiente, Melvina regresó a casa con Florine y Mosie, todavía completamente angustiada y confundida por el agotamiento, la pérdida de sangre y el abundante éter. Pero fue solo gracias a su estado destrozado que estuvo dispuesta a compartir la pesadilla que

había experimentado, bajo la influencia del éter, en confianza con su hermana. En esa pesadilla, había visto a su propia madre sacar un alfiler de su sombrero y empujarlo en el punto blando de la cabeza de la bebé. Había presenciado cómo su bebé era asesinada por su propia madre. ¿No era un sueño ridículo? ¿Su hermana le daría la seguridad de que no podía haber visto lo que ella creía haber visto? Florine se dejó caer en la cama de su hermana en un silencio horrorizado. Había estado fuera de la habitación cuando la bebé murió, dándole la buena noticia a Mosie en los asientos de fuera, donde yacía después de que Nannie lo hubiera echado. Pero cuando regresó después de que se declarara la muerte de la bebé, recordó haber visto a Nannie muy claramente, todavía sentada junto a la cama de su hija, con una expresión de dolor cuidadosamente preparada mientras jugaba con un alfiler de sombrero, haciéndolo bailar entre sus dedos.

Sólo pensarlo era suficiente para que Melvina volviera a caer en otra espiral de desesperación. Sin pruebas, cualquier acusación que hiciera sonaría a locura. Era una locura. Cualquiera podía ver lo devota que era Nannie por el pequeño Robert. La idea de que pudiera haber hecho daño a uno de sus nietos era una auténtica locura. Así que sus dos hijas se tragaron sus sospechas y trataron de seguir adelante.

Mosie no podía entender lo que había pasado. Era un hombre sencillo, resuelto en su optimismo de que todo iba a salir bien, y la muerte de su bebé sacudió sus creencias hasta el fondo. Con una muerte que parecía tan aleatoria, ni siquiera había alguien a quien pudiera culpar, así que fue volcando su resentimiento por la tragedia hacia Melvina. Ella se lo puso fácil. Estaba completamente destrozada por la muerte de su bebé y completamente apagada emocionalmente. Cuando se dio cuenta de que se estaban distanciando, ya era demasiado tarde para salvar la relación, y ella estaba demasiado lejos para preocuparse. Cada vez más a menudo, dejaba a Robert al tierno y amoroso cuidado de su madre, tratando de probarse a sí misma una y otra vez que no eran ciertas sus sospechas sobre Nannie y el alfiler de sombrero.

Sin señales de divorcio a la vista, Melvina empezó a buscar consuelo en los sitios equivocados, persiguiendo intensamente una relación con un soldado destinado en Anniston, cerca de la casa de su padre. Pasaba los fines de semana en Blue Mountain, lejos de todos sus problemas, y dormía, la mayoría de las veces, en los brazos de su nuevo amante en lugar de hacerlo en el incómodo silencio de la casa de los Braggs.

Nannie no tardó en enterarse de la floreciente relación, y tardó aún menos en desaprobarla. Vio que Melvina cometía los mismos errores que ella, que se descarrilaba en el mismo punto en que su

propia vida se había descarrilado. Todo lo que había intentado evitar con un breve golpe de aguja se estaba cumpliendo a pesar de todo. Acorraló a Melvina cuando regresó a casa después de un fin de semana fuera oliendo a alcohol, cigarrillos y loción de afeitar barata. Le dijo, sin rodeos, que estaba arruinando su vida, que aún estaba a tiempo de encontrar un nuevo y respetable marido, que aún era joven y que la gente era más comprensiva de lo que su virulencia sugería.

O bien Melvina no creía a su madre, o bien estaba demasiado ida para que le importara. El viernes siguiente, se presentó con el pequeño Robert a cuestas, lista para otra fiesta de pijamas de fin de semana. Las mujeres tuvieron una fuerte discusión por la cabeza del niño de dos años. Nannie no dejaba que Melvina se fuera sin escuchar su versión, y Melvina se negaba a escuchar una sola palabra. Era su vida, para vivirla como quisiera, y ya había tenido más que suficiente con la interferencia de su madre. Si no hubiera sido por Nannie, nunca se habría casado con Mosie. Si no hubiera sido por Nannie, Melvina podría haberse quedado en Blue Mountain con su padre, viviendo juntos como una familia en lugar de tener que soportar los insultos y las bofetadas de Frank a lo largo de los años. Todo lo malo que Nannie había achacado a sus propios padres era ahora descargado sobre ella por la única persona en mundo que le importaba lo suficiente como para sentirse herida. Fue suficiente para que la cabalgata de exigencias y desprecios de Nannie se detuviera bruscamente, y en el silencio de la conmoción, Melvina se escabulló hacia su coche y se marchó.

La rabia de Nannie no se fue con su hija. La rabia la invadió durante todo el día mientras cuidaba de su nieto, y una vez que éste se instaló en la camita plegable para pasar la noche, volvió a invadirla, llenándola hasta que no pudo recordar nada más. Frank había desaparecido, como de costumbre, y las palabras de la página que tenía delante parecían bailar y desdibujarse, más allá de su capacidad para descifrarlas. Todo la enfurecía aún más, y el persistente dolor de cabeza que se le había despertado en cuanto vio a Melvina no ayudaba a aliviar su oscuro estado de ánimo. Pasó toda la noche tumbada, esperando que Frank volviera a casa para poder descargar sus frustraciones con él, pero nunca llegó.

Al amanecer, Nannie se levantó con los ojos rojos y sin haber dormido para atender las necesidades del pequeño Robert. Le sirvió el desayuno, lo lavó y lo mandó a jugar al jardín. Entonces, Nannie se encontró en la cocina como siempre que estaba desbordada de esa energía estática sin ningún lugar donde descargarla. Comenzó a hornear, sus manos realizando los movimientos que había aprendido de la mano de su propia madre, sin requerir de su cerebro que estaba demasiado dedicado a su propio caos interno como para proporcionar a su cuerpo algo parecido a una instrucción competente. A los niños

pequeños les encantaban los pasteles y los dulces, y Robert no era ni más ni menos que el típico niño pequeño. Desde la ventana de la cocina podía verlo corretear por el jardín, blandiendo un palo como si fuera un arma y estuviera en el frente de Europa, parloteando con su vocecita chillona, como si los disparos hubieran sido alguna vez tan adorables. Nannie podía recordar a Melvina a esa edad, antes de que el mundo se llevara a su hija y la convirtiera en una ramera.

¿Cómo pudo Melvina hacerle esto? Después de tantos planes y las grandes esperanzas depositadas en ella, su vida se estaba desmoronando con la misma intensidad que la de Nannie. Siempre había sido una chica obstinada, y Nannie nunca había estado dispuesta a sacarle eso a golpes como su padre le había enseñado las lecciones cuando era sólo una niña. Se había librado de la vara durante demasiado tiempo. Melvina creía que podía hacer lo que quisiera —y también hacerlo con quien quisiera— y si seguía así iba a sufrir un fuerte choque. Iba a toparse con la dura realidad de un mundo del que Nannie había pasado todos sus días protegiéndola. Nunca había conocido las verdaderas penurias, el hambre que aprieta el estómago en una cosecha fallida o el recuerdo de las ásperas manos de los extraños deslizándose sobre su piel desnuda. Esa chica necesitaba una lección de humildad. Necesitaba el tipo de lección dura que el mundo no tardaría en darle si no entraba en razón. Algo que la sacara de esta espiral descendente en la que se había metido.

La mente tempestuosa de Nannie se apresuró a ofrecer excusas y justificaciones para lo que sus manos ya estaban haciendo, pero la verdad era que estaba enfadada. Siempre había estado enfadada. La vida que siempre había deseado estaba perpetuamente fuera de su alcance. Cada momento de cada día era una lucha constante contra su propia depresión inherente y las pequeñas pruebas que se veía obligada a sufrir. Estaba furiosa de que su vida fuera así, y aunque no podía hacer pagar a las personas que le habían causado todos sus problemas, el niño que jugaba en el jardín estaba al alcance de su mano. Era completamente inocente, probablemente la única persona en la vida de Nannie que nunca le había hecho nada malo, pero podía hacerle daño. Así que lo hizo.

Siempre había tenido problemas con los roedores allí, en las afueras de la ciudad, al igual que en el sólido campo agrícola donde Nannie creció, por lo que el veneno para ratas fue un compañero constante durante toda su vida. El arsénico era el veneno preferido en aquella época, que se vendía en pequeñas cajas de polvo blanco platinado. Nannie guardaba el suyo en la cocina, en el estante más alto, para asegurarse de que nadie lo cogiera por accidente. No fue ninguna casualidad cuando lo bajó y lo añadió a la mezcla en su bol. La primera tanda de galletas estaba lista antes del almuerzo, pero le

hizo tomar su sopa antes de permitirle comerlas, como haría una buena abuela. Poco a poco, fue repartiendo las galletas que había preparado a lo largo del día, aumentando gradualmente el veneno en el interior del pequeño Robert hasta que, finalmente, éste se sintió tan lento y dolorido que se fue a la cama temprano.

En cualquier momento podría haber dejado de hacerlo y el niño podría haberse recuperado. En cualquier momento podría haberse desviado del curso de acción que su rabia le había impuesto. No fue un segundo de locura en el calor del momento; Nannie alimentó gradual y meticulosamente con veneno a un niño pequeño porque su madre no la había obedecido.

Esa noche, Nannie durmió profundamente con una sonrisa de satisfacción en su rostro. Por fin había encontrado una salida para toda su rabia, y ahora podía dejarla ir. Por la mañana, Robert ya estaba frío, pero Nannie siguió con todos los movimientos frenéticos para intentar despertarlo, llamando a un médico e intentando desesperadamente localizar a su hija, que se había ido con su amante en lugar de quedarse en casa de los Braggs como había prometido.

El médico examinó el cuerpo del pequeño y, considerando su edad, lo declaró muerto por "asfixia", diciendo esencialmente que el niño había muerto por causas naturales, de la manera que hoy se conoce como muerte de cuna. No se podía sospechar de Nannie ante tan desafortunado giro de los acontecimientos. Y el hecho de que estuviera tan obviamente atormentada por el dolor eliminó cualquier indicio que el médico pudiera tener de que se trataba de un juego sucio. Nannie tenía fama de ser una mujer encantadora, que sufría la desgracia de un mal marido con la mayor elegancia posible, y no tenía ningún motivo posible para matar a un niño pequeño, aunque fuera el tipo de persona que pudiera tener esa inclinación.

Al día siguiente, Melvina volvió a casa con la noticia de que sus dos hijos habían muerto muy cerca de Nannie. Todas sus sospechas sobre el alfiler de sombrero volvieron a surgir, pero una vez más Nannie se había rodeado de un capullo de lugareños, amigos y familiares compasivos para que no pudiera enfrentarse a ella. Fue una repetición perfecta de su primer asesinato, hasta la verdadera víctima que ella intentaba ocultar volviendo a casa avergonzada en medio de las secuelas, para enfrentarse a un sólido muro de preguntas sobre dónde habían estado. Melvina consiguió desviar todo eso en poco tiempo, siguiendo el ejemplo de su madre y lanzándose a una salvaje muestra de dolor, pero en el fondo de su mente, una pequeña parte de ella seguía intentando averiguar si aquello había sido un movimiento calculado por parte de Nannie, o si realmente era el terrible giro del destino que Nannie y los médicos afirmaban que era.

En el funeral, unos días después, Melvina volvió a estar con Mosie.

El dolor por la pérdida de otro hijo la hizo precipitarse de nuevo a sus reconfortantes brazos. Las dos estaban junto a Florine, junto a la tumba, y vieron cómo Nannie tenía ataques de sollozos histéricos antes de tirarse al barro desmayada. Frank había resurgido por fin de su última borrachera, así que le tocó levantar a su mujer y arrastrarla a casa antes de que se hiciera daño, pero regresó a beber con sus hijas adoptivas una vez que Nannie estuvo a salvo. Sacó a las chicas de su ensueño con un anuncio revelador. "Creo que soy el siguiente".

Los tres compartían sus sospechas, pero no tenían pruebas. Ni siquiera podían convencerse de que Nannie fuera capaz de cometer los crímenes que había cometido, así que ¿cómo iban a convencer a alguien más? Todo lo que podían hacer era observarla desde una distancia segura y esperar.

La guerra en casa

Durante el tumultuoso matrimonio de Nannie con Frank, pudo haberle parecido que el resto del mundo se había detenido fuera de su propia burbuja personal de depresión, pero lamentablemente no fue así. Cuando su nieto murió en 1945, el mundo entero estaba inmerso en un conflicto masivo que empequeñecía en todos los sentidos las pequeñas disputas y crueldades de Nannie. La Segunda Guerra Mundial había convertido a todos los continentes en un campo de batalla, y Estados Unidos no era la excepción. En 1941, la base naval de Pearl Harbor fue bombardeada por las fuerzas japonesas, lo que hizo que Estados Unidos entrara finalmente en el conflicto.

Si bien existía un sistema de servicio militar obligatorio que podría haber librado a Nannie de su odiado marido, el gran número de soldados voluntarios en los primeros días de la participación de Estados Unidos en la guerra, generó un verdadero temor de que el "frente interno" de servicios básicos y producción de materia prima se detuviera por cada cuerpo caliente que fuera a luchar al extranjero. Se promulgó una orden ejecutiva de emergencia que impedía que cualquier persona de entre dieciocho y treinta y siete años se ofreciera como voluntaria para el servicio militar, y en poco tiempo, la selección aleatoria de nuevos reclutas fue sustituida por un sistema administrativo para proteger a cualquier persona que se dedicara a la manufactura de ser enviada a luchar.

Frank estaba protegido por el trabajo del que había llegado a resentir, de ser enviado a morir en el frente, pero no estaba protegido del desprecio de la comunidad que lo consideraba un cobarde por no presentarse antes de que se cambiara la ley. Había vivido toda su vida adulta como objeto de desprecio y de burla gracias a su afición por la bebida, pero ésta era la primera vez que sentía la hostilidad de las críticas que recibía. A pesar de todos sus defectos, siempre se había considerado valiente, y atribuía su falta de voluntariado más a su constante estado de embriaguez que a cualquier deseo de evitar servir a su país. Todos los días, durante los cuatro años de participación de Estados Unidos en la guerra, salió a beber con normalidad, sólo para descubrir que más de sus antiguos compañeros de bebida habían desaparecido de la noche a la mañana, enviados a algún frente lejano al que los ataques de los submarinos alemanes aseguraban que muchos de ellos nunca volverían.

Todas las familias recibían una carta cuando moría un marido o un hijo, pero esas noticias rara vez se transmitían a la despreciable multitud del bar local. Por lo que sabían los bebedores de Cedartown, cada vez que uno de ellos desaparecía, había ido a parar a la muerte. Las tensiones eran enormes, con los hombres que seguían en la lotería,

exaltados y horrorizados al mismo tiempo, ante la perspectiva de su reclutamiento, y los hombres exentos se convirtieron en el foco constante de su energía frenética.

Frank se metió en más peleas de bar durante los años de reclutamiento que nunca antes en su vida, incluyendo su salvaje juventud, y le tocaba a Nannie ir a recogerlo del suelo cada vez que lo golpeaban. No hace falta decir que su propio sufrimiento pronto le llevó a infligir más de la misma violencia contra Nannie para calmar su propio ego herido.

A medida que la guerra en el extranjero alcanzaba su punto álgido, también lo hacían las indignidades que Frank, y a su vez Nannie, padecían, hasta que finalmente, todo llegó a un abrupto y ardiente final. El 6 de agosto de 1945, menos de un mes después del funeral de Robert, Estados Unidos lanzó un arma nuclear sobre Hiroshima. El 8 de agosto, la Unión Soviética invadió el territorio japonés y Estados Unidos lanzó una segunda bomba atómica sobre la ciudad de Nagasaki. Por orden del emperador, Japón se rindió incondicionalmente ante las potencias aliadas, y la guerra llegó a su fin, con el anuncio oficial de la rendición dando la vuelta al mundo el 15 de agosto. Fue un motivo de celebración en toda América. La guerra por fin había terminado, y todos los supervivientes iban a poder volver a casa. Casi todo el mundo en Cedartown lo vivió como una fiesta nacional, y la producción en la fábrica se detuvo al mediodía, cuando finalmente se abandonó el frenético ritmo de producción que habían mantenido durante toda la guerra.

Sin sorprender a nadie, Frank propuso a sus compañeros de trabajo que salieran a tomar una copa con él para celebrar la victoria de su gran nación y, para variar, estos se mostraron realmente dispuestos a acompañarle. Sería una oportunidad para aclarar las cosas antes de que todos los chicos del extranjero volvieran a casa, para presentar un frente unido a los hombres que iban a necesitar su apoyo. Y lo que es más importante, era una oportunidad para que todos volvieran a sentirse iguales, en lugar de que la mitad del pueblo tuviera que andar con pies de plomo mientras culpaba a la otra mitad por su desgracia. Todos los antiguos compañeros de bebida de Frank, que se habían distanciado, estaban dispuestos a recibirlo de nuevo con los brazos abiertos, y el pequeño grupo de hombres como él —que se habían ido aislando, volviéndose insulares a medida que avanzaba la guerra— sentían que podían volver a respirar. Fue el momento más feliz que Frank recordaba haber vivido. La bebida se prolongó durante todo el día hasta la noche, y todos los hombres del pueblo se acercaban a comprar una ronda, o al menos eso le parecía a la multitud adicta al alcohol. La camaradería y la buena voluntad eran tales, que todos los viejos pecados de Frank fueron perdonados por los

hombres que hace una semana le habrían quitado la sonrisa de un puñetazo y le habrían dejado sangrando en el barro. Estaba en un momento de euforia como nunca antes había experimentado. Por eso, cuando la multitud del bar empezó a dispersarse, no es de extrañar que intentara mantener la fiesta. Primero, volvió a casa de un amigo, donde se dio el gusto de beber un poco del barato whisky local que había persistido después del fin de la prohibición. Luego, cuando todos los bebedores empedernidos empezaron a retirarse hacia el amanecer, se vio obligado a llamar a su mujer para que viniera a recogerlo.

Aunque en el pasado Nannie siempre había soportado estos viajes nocturnos con tranquila dignidad, esta vez se encontró realmente divertida por el abrumador buen humor de Frank. Le recordó los primeros días de su matrimonio, cuando los dos aún se comportaban como amantes en lugar de enemigos, y se encontró riendo con sus bromas como si no hubiera pasado el tiempo. Durante aquel corto viaje en coche, Nannie casi olvidó todas las crueldades innecesarias que él le había hecho sufrir. Casi volvió a pensar en él como una posible pareja romántica. Casi.

No está claro si Frank estaba tan contento que creía de verdad que su relación con Nannie era salvable o si veía su actitud más suave hacia él como un signo de debilidad, una grieta en la inexpugnable armadura de hielo que ella había forjado alrededor de sí misma y de su lecho matrimonial. Pero en cualquier caso, él se volvió cada vez más amoroso a medida que se acercaban a casa, hasta que ella se vio obligada a quitarle la mano de la rodilla para poder cambiar de marcha. Una vez que entraron en la casa, pareció que cualquier indicio de restricción humana abandonó a Frank por completo. Empujó a Nannie contra la pared, asfixiándola con besos impúdicos y tanteando su falda. Hasta cierto punto, ella correspondía a sus avances. Todo aquello le resultaba tan familiar: el olor a whisky de centeno en el aliento de un hombre, el ardor de su barba en su cuello, el dolor cuando su dedo se clavaba demasiado en sus muslos. Todo ello le recordaba a su búsqueda de consuelo en los brazos de otros hombres, a los amoríos de su adolescencia y a la búsqueda desesperada de cualquier tipo de escape que había caracterizado su primer y miserable fracaso matrimonial. Fue demasiado.

Ella le agarró de las muñecas y le apartó las manos antes de que pudiera hacer algo más que dejar algunos moratones. "Suéltame".

Frank no parecía dispuesto a aceptar un no por respuesta. Se zafó de su agarre, clavó sus dedos y empezó a desgarrarle la blusa. Se le escapó una carcajada mientras ella se retorcía y luchaba contra él. Su resistencia lo excitaba más de lo que lo había hecho su flexible sumisión. Ella le dio una patada en la espinilla, pero el dolor apenas se

percibió a través de la bruma del licor. Intentó zafarse de él, negarle el acceso a las partes de su cuerpo que él parecía tan decidido a retorcer hasta hacerla llorar, pero eso sólo le dio un mejor agarre. Le retorció el brazo por la espalda hasta que pudo sentir el crujido del hueso en su interior y ella gritó de dolor. "Si no me escuchas, mujer, no voy a estar aquí la semana que viene".

Las lágrimas corrían por sus mejillas y sus dientes se apretaron para contener un grito mientras él se enroscaba y retorcía. Justo cuando ella estaba segura de que su brazo iba a romperse, él se detuvo. La mantuvo en el momento exacto de la agonía durante casi un minuto completo hasta que ella gimió. "Bien".

Era la primera vez que compartían el lecho conyugal en años, pero cualquier pasión que este lugar y aquellos movimientos pudieran haber despertado en ella, se había quemado en las llamas de su furia. Se quedó tumbada, mirando al techo, con las lágrimas inundando su cara mientras Frank se dejaba caer encima de ella, gruñendo y gimiendo, sacando sangre, sudor y lágrimas de su amada esposa antes de que finalmente, con un gran arco en su espalda, acabara. Se desmayó justo encima de ella. A Nannie le costó toda la fuerza que le quedaba salir de debajo de él y de la cama antes de que él pudiera despertarse del estupor de su borrachera y exigirle que volviera a cumplir con sus "deberes de esposa".

Se sentó en la pequeña y tranquila biblioteca que había construido para sí misma en su salón, rodeada de todas sus preciadas historias de amor, y sintió su propia sangre mezclada con la asquerosa semilla de Frank resbalando por su pierna. No dormiría esa noche, como no había dormido la noche anterior a la muerte del joven Robert. La misma rabia había vuelto, tan abrumadora que era un milagro que no se apoderara por completo de su cuerpo y la hiciera marchar hasta la cocina para sacar un cuchillo.

Frank se había salido con la suya durante años. La había pisoteado, la había tratado como si fuera parte del mobiliario, y ella se había limitado a agachar la cabeza y aceptarlo porque no quería admitir que había algo esencialmente erróneo en su matrimonio. Ese era el tipo de admisión que podría llevar a una persona a la introspección, el tipo de revelación que podría hacer que una mujer se cuestionara por qué elegía constantemente a esos monstruos rotos como hombres. Admitir que había algo mal en su matrimonio equivalía a admitir un profundo y oscuro defecto en su propia psique, y había hecho todo lo posible hasta el momento para evitarlo.

Independientemente de cómo se sintiera al respecto, y de las incómodas justificaciones que había estado teniendo que darse a sí misma, lo esencial era que aquello no podía quedar así. Su tolerancia había sido tomada como una invitación a más crueldad, su amabilidad

había sido tomada como debilidad, y esta última intrusión espantosa era la gota que colmaba el vaso. Su marido había traicionado su confianza de la peor manera posible, y ahora debía pagar el precio de esa traición, de haber destruido su sueño de una vida llena de amor con nada más que la mezquina maldad de un hombre de voluntad débil e insignificante. Frank debía morir. No había otra opción.

Pero mientras que el pequeño Robert había estado completamente en su poder y había sido fácil de eliminar sin apenas pensarlo, los aspectos prácticos de matar a Frank eran un poco más complejos. Si moría, no sería fácil adjudicarlo a la "muerte de cuna" ni nada parecido. Habría preguntas que necesitarían ser respondidas, y Nannie sabía que la mayoría de esas preguntas irían dirigidas a ella. Tenía que morir tan limpiamente como lo había hecho Robert, con una excusa razonable para su muerte ya incorporada. Había sido descuidada con Robert, y sólo la suerte la había salvado del escrutinio. Había aprendido la lección de ese último asesinato. No podía actuar sólo por la rabia; tenía que haber planificación y delicadeza para enterrar a su marido, porque todo el pueblo ya sabía cómo había abusado de ella, y ella sería el blanco principal de cualquier sospecha en el aire.

Evitar la detección era sólo una parte del problema. Frank ya no comía en casa, siempre había escondido su licor para que Nannie no tuviera oportunidad de derramarlo, y después de que se le pasara la borrachera lo suficiente como para recordar lo que había hecho la noche anterior, su guardia iba a estar aún más alta que de costumbre. El veneno siempre había sido su arma preferida —fácil de usar y difícil de detectar— pero con Frank no tenía ninguna oportunidad de utilizarlo. La distancia que había cultivado con tanto cuidado para mantenerse fuera de su alcance ahora lo protegía a él.

Al día siguiente, se mantuvo alejada de él cuando por fin se despertó, escuchando desde su refugio en el jardín cómo él se paseaba y refunfuñaba por la casa, su casa, como si tuviera derecho a cada centímetro de ella cuando ella se la había ganado con una década de duro trabajo. Nannie estaba desesperada por irrumpir en la casa y empezar a gritarle, pero temía cualquier nuevo horror que fuera a salir de su boca. Bastaría con una sola mirada lasciva y entonces no creía que fuera capaz de controlar sus propios actos.

Permaneció en el jardín durante toda la mañana, incluso después de que Frank se hubiera ido tambaleando al trabajo sin siquiera echar una mirada atrás. La casa que había convertido en un hogar durante todos estos años se sentía ahora como una prisión, demasiado claustrofóbica para tolerarla siquiera un momento. Frank había aparecido y arruinado eso para ella, al igual que había arruinado cualquier otra parte de su vida. Todo lo que le quedaba que fuera verdaderamente suyo, era aquel jardín. Las flores que había plantado.

Las hierbas que había cultivado. Los árboles de los que había recogido manzanas. Cada parte de él había sido cultivada y se le había permitido florecer bajo su ojo vigilante. A ninguna de sus plantas se le había permitido crecer de forma salvaje y causar problemas por sí misma, o causarle problemas a Nannie. Ninguna de ellas necesitaba ser arrancada de raíz porque arruinara todo lo demás. Todo estaba perfectamente bajo su control, y por ello eran perfectas.

Cuando encontró el parche debajo de uno de sus rosales que había sido arrancado, todas las lágrimas que había estado conteniendo desde la noche anterior salieron a borbotones. Incluso esto estaba arruinado. Incluso esto había sido manchado por las manos torpes e inútiles de un hombre. El único santuario que le quedaba, la única parte de ella que nunca debería haber sido violada. Y aquí estaba la prueba, la evidencia de lo que había ocurrido. Ni siquiera cogió la pala, sino que escarbó en la tierra con sus manos desnudas, recogiendo la tierra arcillosa mientras sollozaba. ¿Qué podía ser tan importante como para arruinar la santidad de su jardín? ¿Qué era tan importante para Frank como para entrometerse en un lugar por el que nunca había mostrado ningún interés?

Las yemas de sus dedos rozaron el duro esmalte de la botella de whisky y se quedó helada. Sus sollozos se volvieron primero histéricos y luego se convirtieron en una carcajada jubilosa y estridente. Esto era exactamente lo que necesitaba. Así era como podía llegar a Frank, y nadie pestañearía siquiera. Había puesto en sus manos el instrumento de venganza más perfecto y poético.

Con cuidado de no mancharse de barro, Nannie llevó la botella a su montón de abono y vertió una pulgada del alcohol. Luego fue a la cocina y sacó el veneno para ratas. Llenó la botella hasta que volvió a estar al mismo nivel, y luego la agitó, haciendo un lento y alegre vals alrededor de su jardín con la botella en sus brazos y la melodía en su cabeza. Una vez que el arsénico se hubo disuelto en el ya agudo licor, fue el trabajo de unos pocos minutos devolver la botella a la tierra y enterrarla de nuevo, ocultando cualquier señal de que había sido manipulada.

Al igual que antes, toda la rabia que había impulsado a Nannie durante la larga noche de insomnio abandonó su cuerpo de forma precipitada una vez completado el acto en sí. Quedó casi inerte por el alivio. Dentro de la casa, apenas tuvo tiempo de lavarse y esconder las pruebas de su crimen antes de caer en una siesta, satisfecha junto a la hoguera. Durmió hasta la noche, cuando se preparó una pequeña cena y se acostó temprano, con una sonrisa dibujada todavía en su rostro dormido.

Por la mañana, encontró el cuerpo de su marido fuera y fue a buscar a la policía. El cadáver estaba prácticamente encurtido de licor

cuando el médico vino a examinarlo, tan lleno del whisky de maíz local que su olor superaba incluso la descomposición. Frank no se había movido desde que las violentas y dolorosas contorsiones de la noche anterior habían llegado a su fin, por lo que era demasiado fácil construir una historia a partir de la escena. Allí yacía, con el alcohol ilegal en la mano, desmayado y expuesto a todas las inclemencias. Tanto si su corazón se rindió, como si el frío de la noche le afectó, o si la cirrosis hepática acabó con él, no hubo ningún indicio de que se tratara de un hecho delictivo.

Se temía que el alcohol ilegal hubiera sido la causa de su repentina muerte, una preocupación bastante acuciante para el médico, ya que él mismo había bebido un poco de forma ilícita, pero no quedaba nada en la jarra de whisky para que lo examinaran. A primera vista, parecía que Frank se había bebido hasta la última gota, aunque la verdad era que la habían lavado con mucho cuidado en la cocina antes de devolverla a su posición incriminatoria junto al cadáver. No se realizó ninguna autopsia y en una semana se celebró un funeral muy concurrido.

Aunque las dos hijas de Nannie asistieron al evento, ninguna de ellas se acercó a su madre. De hecho, ninguna de ellas volvió a hablar con su madre durante el resto de su vida, haciendo todo lo posible por distanciarse de su horrible legado. Con la muerte de su padre adoptivo, vieron por primera vez con claridad las acciones de Nannie. Las dos muchachas creyeron por fin que sabían lo que les había pasado a sus hermanas, y Melvina sintió por fin que conocía el cruel destino que les había tocado a sus hijos. Fue suficiente. Las pruebas suficientes para respaldar sus sospechas. Y aunque les importaba un bledo si Frank estaba vivo o muerto, habían amado tan intensamente a los hijos de Melvina que incluso la fuerte sospecha suponía un peso intolerable para mantener cualquier tipo de relación con su madre.

Tras la muerte de Frank, Nannie obtuvo una ganancia inesperada. Al principio de su matrimonio, cuando las cosas todavía iban bien y la bebida de Frank estaba controlada, él había contratado una póliza de seguro de vida bastante considerable para proteger a Nannie y a sus pequeñas niñas. Con su inesperada muerte y sin ningún indicio de juego sucio, esa póliza se hizo efectiva. Ella nunca había tenido dinero en su vida, habiendo sobrevivido siempre con sueldos de subsistencia, luchando cada día para estirar el limitado dinero en efectivo que sus maridos se dignaban a compartir con ella, gastándolo en comida suficiente para un mes. La idea de tener tanto dinero como para no tener que preocuparse, en un momento en el que le habían cortado bruscamente todos sus lazos con las personas a su cargo, era embriagadora. Si Frank hubiera estado vivo, se lo habría bebido todo. Si Charley aun estuviera en escena, lo habría gastado todo en

devolverle a su vida algo del brillo y el glamour que su madre recordaba de su juventud. Para Nannie, hija de un granjero y sorprendentemente astuta mujer de negocios por derecho propio, sólo había una inversión que tenía sentido con esa suma de dinero. Compró un terreno. Diez acres en las afueras de Jacksonville, Alabama. En un rincón del terreno, se construyó una pequeña casa de campo, más parecida a una biblioteca que un hogar. Estaba lo suficientemente cerca del pueblo donde había crecido como para no sentir la nostalgia o la pérdida, pero lo suficientemente lejos de toda su familia e historia como para no sentirse perseguida por su pasado. Su pequeña parcela fue adoptada rápidamente por los aparceros locales, y trabajada hasta el límite, proporcionándole unos ingresos regulares que complementaban la suma de su seguro y las pequeñas pensiones que había adquirido a lo largo de los años. Por primera vez en su vida, era completamente independiente desde el punto de vista económico, capaz de atender sus propias necesidades sin depender de un hombre que la mantuviera, con todas las exigencias que la simple provisión de necesidades conllevaba.

Además, por primera vez estaba completamente sola con sus pensamientos. Todos sus deseos de una vida mejor, todos los sueños que había albergado de una gran aventura amorosa en su vida, incluso sus sueños de viajar a lugares exóticos, de repente ya no estaban exclusivamente en el ámbito de la fantasía. Podía ir a cualquier sitio y hacer cualquier cosa que quisiera, sin que nadie le dijera lo que tenía que hacer. El tiempo que pasaba fuera de Jacksonville era de una soledad terrible. Toda su familia, incluso su querida Melvina, había cortado los lazos con ella a la vista de los rumores que corrían. Sus propias hermanas se negaban a creer que Nannie pudiera hacer daño a una mosca, pero su madre, Lou, recordaba mejor el fuego de la joven a la que había criado y los extremos a los que podría llegar para fastidiar a su padre si se le daba la oportunidad. Ella mantuvo las distancias. Nannie se carteaba con sus hermanas, debido a la distancia que las separaba, pero compartía con ellas pocos detalles de su vida real, prefiriendo deleitarlas con historias de sus planes para el futuro y sus esperanzas en una oportunidad más en el amor antes de que su vida terminara.

Corazones errantes

La ociosidad siempre había sido el mayor pecado imaginable para la familia Hazle, así que no había posibilidad de que Nannie se quedara sentada deseando un futuro mejor. Comenzó a encargar periódicos de sitios más lejanos, para ampliar el alcance de su búsqueda de marido a nuevas columnas de corazones solitarios. Si bien su reputación a nivel local continuaba siendo sorprendentemente limpia, únicamente empañada por la pena asociada, no sentía que el grupo de citas para mujeres de su edad fuera particularmente profundo

Para empezar de nuevo y tener la posibilidad de un futuro sin ataduras a su desagradable pasado, necesitaba ampliar su red, cruzar las fronteras del estado y rodearse de hombres que hasta entonces habían estado fuera de su alcance, en cuanto a su clase socioeconómica.

Nunca había existido una estructura de clases formal en Estados Unidos, pero la sociedad se había estratificado de forma muy parecida a la que se podía encontrar en la vieja Europa. Las consecuencias de la guerra sacudieron ese sistema. De repente, los hombres volvían del extranjero y recibían una educación superior gratuita gracias a la Ley G.I. Bill. La propiedad de la vivienda también estaba al alcance de todos los veteranos de guerra —este fue el nacimiento de la enorme clase media estadounidense— y Nannie, con su nueva posición de terrateniente, ascendía junto con el resto de sus pares, aunque su viaje hubiese sido por una ruta algo más tortuosa.

Tras tomar una determinación sobre la calidad de los hombres con los que se había relacionado hasta entonces, Nannie decidió que había llegado el momento de cambiar de aires. Aunque su educación había sido mínima, sus extensas lecturas le habían proporcionado un vocabulario suficiente para pasar por cualquier clase social que quisiera imitar. Escribió su propio anuncio de corazones solitarios y lo envió a los periódicos de todos los estados. La respuesta que recibió fue casi abrumadora. El cartero empezó a temer la ruta que pasaba por su casa ya que su bolsa estaba a punto de estallar debido a toda la correspondencia de Nannie.

Nannie seleccionaba con mucho cuidado a los hombres a los que quería responder, sacando más información de cada uno antes de divulgar demasiado sobre ella misma. Había aprendido la lección tras su último intento de correspondencia de este tipo. Un hombre que apareciera en su puerta con otra propuesta de matrimonio y que ella se sintiera obligada a aceptar por lo romántico del gesto, era precisamente lo que esperaba evitar. En consecuencia, mostró una clara preferencia por los pretendientes que venían de más lejos y que

parecían contentarse simplemente con las cartas, las fotografías y los productos de pastelería que ella estaba dispuesta a enviarles.

Durante los dos años que transcurrieron entre la muerte de Frank y su siguiente gran romance, Nannie estuvo muy poco tiempo en casa. Viajó por Estados Unidos en tren, visitando ciudades y posibles pretendientes en todos los lugares a los que iba. Existen registros parciales de su estancia tanto en Idaho como en Nueva York en diferentes momentos, viviendo la gran vida con su nueva fortuna personal. En el estado de Nueva York, algunas conversaciones con amigos y corresponsales de Nannie insinuaron que había llegado a un rápido acuerdo para casarse con un hombre llamado "Hendricks", pero nunca se ha presentado ninguna licencia de matrimonio para respaldar esta afirmación, y todos los biógrafos oficiales de la vida de Nannie se han visto obligados a dejar de lado a este marido en particular, y posible víctima, debido a la falta de registros, al igual que haría la policía más tarde durante sus propias investigaciones. Con la colosal población de Nueva York en aquella época y el enorme volumen de muertes misteriosas que el asediado cuerpo de policía tenía que manejar durante aquellos años de bonanza, no es de extrañar que un hombre de mediana edad se perdiera. Tanto si se casó como si no lo hizo, lo que sí sabemos es que siguió manteniendo correspondencia con muchos de los hombres que le habían atraído, dándole largas a cada uno de ellos hasta que pasara por su ciudad, o posiblemente examinándolos más a fondo de lo que ninguna de sus anteriores conquistas se había molestado en hacer por ella.

Uno de esos hombres era Arlie Lanning. Arlie residía en Lexington, Carolina del Norte —a dos estados de distancia de la finca de Nannie— y sus cartas estaban llenas del mismo tipo de lenguaje con el que las novelas románticas le habían hecho volar la imaginación durante toda su vida. Nacido en Alabama, se había establecido en la costa este después de la guerra y había fundado un pequeño imperio en esa lejana costa. Nunca se había casado, aunque aparentemente no fue por falta de intentos de su parte. Nannie no tardó en traducir sus tópicos sobre "no encontrar nunca a la persona adecuada para sentar cabeza" en la verdad más evidente de que el hombre había sido un perro de presa persiguiendo a diferentes mujeres toda su vida. Recién ahora se estaba dando cuenta de que si no sentaba cabeza rápidamente, se iba a quedar solo sin nadie que le calentara la cama, pero aun así, no parecía tener ninguna prisa loca por poner un anillo en el dedo de Nannie. Por supuesto, eso no fue suficiente para disuadir a Nannie. Había leído suficientes historias de amor redentor como para pensar que tenía buenas probabilidades de transformar a un chico travieso en un buen hombre, aunque su experiencia personal le había demostrado todo lo contrario. Además,

había algo en la tranquila confianza de Arlie que realmente funcionaba para Nannie. No se mostró insistente para conocerla; apenas se mostró insistente para obtener una respuesta. Apreciaba mucho las fotos y los regalos que ella le enviaba, sin exigir nunca más, y ofrecía libremente cualquier cosa que ella pidiera a cambio. Parecía otra relación celestial, al menos sobre el papel.

Casi dos años después del final de la guerra, y de la muerte de Frank, Nannie se embarcó en un tren que cruzaba el país y emprendió la siguiente gran aventura de su vida. Tenía cuarenta y dos años, una vez divorciada, una vez viuda, y seguía tan radiante y rebosante de personalidad como cuando era adolescente. Cuando Arlie la vio al bajar del tren en Lexington, se quedó boquiabierto. Las fotos que le había enviado no hacían justicia a su imagen en vivo. Nannie viajaba envuelta en una nube de perfume, maquillada como estrella de cine, la ropa impecablemente planchada y los rizos cuidadosamente peinados para acentuar la larga línea de su cuello. Sabía que seguía siendo una belleza. Hacía todo lo que podía para resaltar su propio atractivo, pero nunca había sido por presunción. En parte, se trataba simplemente de su obsesión por el glamour en todas sus formas, algo que por fin podía perseguir activamente ahora que su empobrecido pasado había quedado atrás. En parte se trataba también de sus constantes intentos de atraer el romance a su vida, todo un mundo de posibles pretendientes que necesitaba que se fijaran en ella. Sin embargo, en su mayor parte, era una cuestión de comodidad. Sus historias románticas siempre habían sido el lugar en el que se había sentido más feliz, así que no era de extrañar que eligiera disfrazarse como un personaje de sus historias e hiciera todo lo posible por invocarlas en la realidad sólo con la fuerza de voluntad.

Para cuando Arlie levantó su mandíbula del andén del tren, Nannie ya le había ofrecido una mano para besar y un pequeño paquete con sus delicias caseras para que las disfrutara después de la cena de esa noche. Había reservado una habitación en el mejor hotel de Lexington para las tres noches siguientes y regresaría a casa por la mañana del cuarto día. En resumen, se trataba de una audición. Si Arlie conseguía impresionarla tanto con una conversación real como con sus cartas, entonces ella consideraría la posibilidad de permitir que su coqueteo continuara. Ninguno de los dos dudaba de quién tenía el control de la situación, pero Arlie, muy relajado, parecía estar completamente de acuerdo con ceder las riendas a Nannie, el primer hombre de su vida que se había contentado con aceptar su papel de actor secundario en sus grandes sueños románticos.

En Lexington, Arlie era muy conocido; un trabajador antes de la guerra que había pasado a dirigir su propia empresa tras su regreso. Había servido con distinción en la Armada durante la guerra, lo que le

valió el respeto de sus compañeros, y mientras que sus aventuras románticas del pasado habrían sido motivo de escándalo en la Alabama rural, allí en la ciudad, apenas merecían atención. Tenía varios familiares en la zona, entre ellos una hermana que había caído en desgracia y había buscado refugio bajo su ala, y su madre a la que había ayudado a trasladarse desde Alabama hacía apenas un año, tras la muerte de su marido. Esto último había sido una fuente de cierta alarma para Nannie en un principio, pero más allá de pagar un pequeño estipendio para su mantenimiento, no parecía que Arlie se ocupara demasiado de su madre. Eso era bueno: lo último que Nannie quería en su vida era otra suegra prepotente que intentara decirle cómo vivir.

Las mujeres solteras de Lexington seguían considerando a Arlie como un buen partido, aunque ninguna de ellas había conseguido todavía atraparlo, y esta extraña y hermosa mujer de fuera de la ciudad era una especie de mosca en la sopa para muchos de sus planes. A pesar de la fría recepción inicial, Nannie pronto se ganó a las damas de la vida de Arlie con su genuino buen humor y amabilidad. En ese momento de su vida, su humor oscuro se había alejado por completo dejando atrás la oscuridad y la miseria para convertirse en la persona que siempre había soñado ser. Mientras se mantuviera en la fantasía, su antigua vida no podría entrometerse, no mientras se mantuviera centrada en crear una nueva Nannie como protagonista de un gran romance. Su depresión y su temperamento violento fueron completamente suprimidos.

Arlie fue un perfecto caballero durante toda la estancia de Nannie en la ciudad, a pesar de las formas a menudo escandalosas en las que ella coqueteaba con él, y para el final de su visita, ya se había decidido por él. Estaba claro que había estado persiguiendo a los hombres equivocados toda su vida, cuando con sólo subir un peldaño en la escala socioeconómica podría haber encontrado a alguien como él.

Hicieron los arreglos para una boda inmediatamente después de su regreso a Alabama, y en una semana estaba de vuelta en un tren con las maletas hechas, lista para comenzar su nueva vida como Nannie Lanning. La boda fue muy concurrida por parte de él, y la ausencia de invitados en el lado de ella de la iglesia se tomó como una señal de su naturaleza misteriosa y excitante, más que como un indicio de que podría haber algo malo en ella. Después de todo, ¿cómo podría una mujer tan adorable y encantadora como ella, ser algo más que una buena persona?

Los dos se instalaron en la cómoda casa de Arlie en la ciudad sin ningún problema, y pronto fueron la viva imagen de la felicidad hogareña. Nannie le tenía preparada una hermosa comida todas las

noches cuando volvía del trabajo. Los dos salían a bailar, al teatro, e incluso al cine en ocasiones, cuando había una película especialmente romántica. Desde fuera, Nannie había creado otro matrimonio perfecto para ella. Pero las semillas de la duda y la desconfianza habían sido plantadas en ella hacía tiempo, y no tardarían en volver a dar sus frutos. Cada momento que no estaba en compañía de Arlie, la acribillaban las sospechas sobre sus actividades extramatrimoniales. No era una arpía estridente, haciendo constantes acusaciones, pero estableció una sólida red de espías entre las demás mujeres de la ciudad, y los movimientos de Arlie eran anotados y transmitidos a ella diariamente.

El tiempo que Arlie pasaba trabajando era, en realidad, la mitad del tiempo que pasaba en la ciudad cada día, y la gran mayoría del trabajo físico real que realizaba su equipo sólo requería un poco de orientación de su parte antes de pasar a cosas más grandes e importantes. En lugar del whisky ilegal de Frank, Arlie, con su mayor categoría, bebía vinos y cervezas, pero el resultado final era el mismo. Al principio, lo mantuvo bajo control. Estaba realmente enamorado de Nannie, y sabía que su forma de beber y retozar con otras mujeres podía molestarla, como lo había hecho con sus muchas parejas sentimentales en el pasado, así que hizo lo que consideraba lo más honorable y le mintió. Lo que ella no sabía, no podría perjudicarla, y mientras mantuviera su consumo de alcohol a un nivel razonable y no se descuidara, podría mantener las dos facetas de su vida sin ningún problema: un matrimonio feliz y su estilo de vida festivo.

No hace falta decir que menos de un mes después, se "descuidó". Se quedó dormido en casa de una de las mujeres con las que había estado manteniendo relaciones sexuales, en lugar de volver a casa para cenar como de costumbre. En un principio, esto no pareció ser el fin del mundo: sólo llegó dos horas tarde a la cena. Era la primera vez que tenía un desliz en su rutina, y Nannie siempre había sido muy comprensiva con las exigencias de su vida laboral. Podría haber sido el tipo de cosa que una disculpa, una mentira y un ramo de flores podrían arreglar. Pero no fue así. Nannie era totalmente consciente de dónde había estado y de lo que había hecho. Volvió a casa y se encontró con una casa fría y vacía. Al principio, estaba angustiado, luego frenético. Buscó a Nannie por toda la ciudad en sus lugares habituales, con la intención de disculparse y arreglar las cosas, pero una vez más, no la encontró. Era casi medianoche cuando regresó a casa, con un pequeño rescoldo de esperanza de que Nannie solamente se hubiera alejado de él por un tiempo, de que estuviera sentada en su sillón junto al fuego o apoyada en sus almohadas, leyendo, con su sonrisa socarrona todavía dibujada en el rostro. No estaba allí. Pero con la prisa de la primera vez, no vio la nota que ella había dejado

sobre la mesa de la cocina, junto a su cena, ya fría. Decía, simplemente, "Me fui de viaje. Volveré pronto".

Pasó una semana antes de que regresara. Oficialmente, había ido a supervisar su granja en Alabama, asegurándose de que su explotación se desarrollara correctamente y de que sus inversiones estuvieran a salvo. Sin embargo, el tren en el que regresó a Lexington venía del norte, no del oeste, y la ropa, los sombreros y las pieles que compró en sus viajes tenían todo el brillo y el glamour de Nueva York, incluso allí. Arlie no se atrevió a hacer ningún comentario. Estaba mortificado por su propio comportamiento, horrorizado por haber sido descubierto y completamente arrepentido cuando llegó el momento de admitir sus faltas. Se disculpó con Nannie sin reservas, juró dejar el alcohol por completo y juró que se convertiría en la clase de marido que había prometido ser tanto en sus cartas como el día de su boda.

Durante un tiempo, incluso lo consiguió. Dedicó más tiempo al equipo de trabajo y aportó al hogar más dinero del que él o su acomodada esposa podrían necesitar razonablemente. Sus empleados estaban encantados de ver más a su jefe, sobre todo cuando volvía a ocuparse del trabajo en lugar de limitarse a dar órdenes para luego dirigirse al bar. Sin embargo, su sobriedad tenía algunos inconvenientes. Ya no había holgazanería ni empatía por los retrasos de sus trabajadores. Si Arlie establecía para sí mismo un mayor nivel de exigencia, tenía la intención de arrastrar a todos los demás con él, incluso si eso significaba perder su reputación como el jefe más bondadoso de todo Lexington. No pasó mucho tiempo antes de que sus amigos y familiares se dieran cuenta de que estaba bajo algún tipo de tensión, aunque no pudieran descubrir que estaba en una batalla mortal con su propia adicción.

Por su parte, Nannie siguió adelante como si no hubiera pasado nada, presentándose al mundo como la esposa y el ama de casa perfecta, prodigando hermosas comidas a Arlie cada noche y atendiendo todas sus necesidades, siempre que él se mantuviera leal y sincero con ella. Si hubiera tenido algún tipo de red de apoyo, la historia de Arlie podría haber sido feliz, en lugar de una tragedia, pero en lugar de eso, tenía un pueblo entero que echaba de menos al "viejo" Arlie, con sus bromas bonachonas y su enfoque desenfadado de la vida. No hizo falta mucho esfuerzo por parte de sus trabajadores para convencerle de que saliera a tomar una copa después del trabajo para celebrar un trabajo bien hecho. Sólo una copa. Eso fue lo que le dijeron. Pero ese único trago fue demasiado, y pronto descubrió que su único trago vino en una gran cantidad de vasos diferentes y duró hasta bien entrada la noche.

Ni siquiera se sorprendió cuando, a la mañana siguiente, se arrastró hasta su casa y encontró que Nannie ya no estaba. Esta vez, su

nota fue aún más breve y su ausencia aún más prolongada. "Regreso pronto" significaba, al parecer, que regresaría casi un mes después, con la última moda en sus maletas nuevas y una total falta de explicaciones para su angustiado marido. Arlie volvió a subirse al tren, se disculpó hasta la saciedad y cortó todos los lazos con los hombres que, según él, le habían llevado por el mal camino. Una vez más, Nannie se mostró magnánima y amable, aunque dejó perfectamente claro que no estaba dispuesta a tolerar una tontería más por parte de Arlie. Estaba tan obsesionado con arreglar las cosas que ni siquiera se le ocurrió cuestionar lo que ella había estado haciendo todo este tiempo, o con quién lo había estado haciendo.

A medida que pasaban los años, el ciclo continuaba. Arlie tenía un desliz, se metía en la cama de otra mujer o se desmayaba en un bar y entonces Nannie se iba a otra gran aventura por el país, en brazos de otro hombre, u otros. Su eterno deseo romántico de ser seducida estaba siendo cumplido por una cabalgata de nuevos pretendientes que no sabían que estaba casada. Su necesidad de un hogar estable y de un marido, estaba siendo satisfecha por Arlie. Decir que estaba satisfecha sería simplificar en exceso la constante fluctuación de sus estados de ánimo y deseos, pero los tropiezos de Arlie le daban suficiente excusa para escabullirse y aliviar la presión de mantener su fachada de perfección con la suficiente frecuencia como para mantener las cosas más o menos equilibradas.

Durante cinco años, Nannie y Arlie mantuvieron viva su relación a través de sus altibajos, pero a pesar de todo lo que ella hizo para mantener la oscuridad a raya, no pasó mucho tiempo antes de que los pequeños desaires de un matrimonio normal empezaran a acumularse. Bastaron tres meses, en los que Arlie consiguió mantener su sobriedad, para que Nannie llegara al límite. Desde el comienzo del largo invierno de 1951, que se extendió hasta enero de 1952, Arlie se quedó en casa en lugar de salir a hurtadillas con sus amigos. Esto se debió en gran parte a que un virus de gripe letal había llegado a Lexington, y los hombres sanos y saludables caían como moscas durante toda la temporada de nieve, pero también fue alimentado por su genuino deseo de ser un mejor marido, una hazaña que se hizo más fácil al eliminar las invitaciones a salir y las tentaciones que venían con ellas.

Como "recompensa" por su buen comportamiento, Nannie pasó casi un mes entero horneando y cocinando todos los platos favoritos de su marido, prodigándole atenciones y realizando las tareas de esposa que normalmente había preferido cumplir fuera de su lecho conyugal durante sus excursiones para reunirse con otros "corazones solitarios" a través de los diferentes estados.

Cuando pasaron las Navidades, una vez más sin una sola tarjeta de ninguno de sus familiares, algo pareció quebrarla. La casa fue cayendo

poco a poco bajo un estado de poca limpieza. Las comidas se convirtieron en sobras, luego en sándwiches y más tarde en nada. Incluso el perpetuo glamour de Nannie empezó a resquebrajarse bajo el interminable e involuntario escrutinio de su marido. Tenía un aspecto descuidado y desaliñado. Algunas mañanas no se molestaba siquiera en maquillarse. Sus oscuros estados de ánimo empezaron a traspasar su máscara de amabilidad que siempre había mantenido entre su marido y la realidad. Él había descubierto a la verdadera Nannie por primera vez, sólo un atisbo de quién era realmente debajo de todas las mentiras, y ella no podía soportarlo. De repente, abruptamente, volvió a su aspecto habitual perfectamente cuidado. Hizo un gran despliegue para poner todo en orden en la casa y, por primera vez en su relación, ofreció una disculpa propia hacia Arlie, llegando incluso a prometerle que le haría un regalo especial para compensar su mal trato hacia él—un pastel especial. Uno de sus favoritos. Relleno de ciruelas pasas guisadas y azucaradas, con un extraño y amargo regusto que él no pudo identificar, pero que se negó a comentar ya que Nannie se había esforzado tanto en hornearlo para él.

A la mañana siguiente llamó al médico, y cuando finalmente llegó a su casa después de atender otra media docena de llamadas de naturaleza muy similar, declaró a Arlie Lanning muerto en el acto. Un examen del cuerpo dio como resultado que la causa de la muerte había sido una insuficiencia cardíaca, pero eso no era más que la abreviatura que los médicos de la época utilizaban para referirse a las muertes por gripe. Los profesionales médicos no querían sembrar el pánico. No hubo ninguna sospecha sobre lo que le había ocurrido a Arlie, y mientras todo el pueblo lloraba su fallecimiento, se unió a la pobre Nannie en su difícil momento e hizo lo que pudo para apoyar a la desdichada viuda. Sucedió lo mismo que cada vez que Nannie instigaba una tragedia —fue la destinataria inmediata de todos los beneficios que la tragedia traía consigo: ser el centro de atención, la destinataria de la caridad y los obsequios. Toda la amabilidad de la que había carecido en sus primeros años de vida se le entregaba a raudales cada vez que mataba a otra persona. No es de extrañar que el asesinato pasara pronto de ser un medio, a ser el fin en sí mismo para ella.

La familia local de Arlie la acogió bajo su ala, y su madre invitó inmediatamente a Nannie a quedarse con ella todo el tiempo que necesitara, si quería estar fuera de la casa donde había perdido a su marido. Nannie era reacia a abandonar la casa que creía haberse ganado con su cuidada actuación durante años, pero no se le ocurrió una forma educada de rechazar la invitación y seguir manteniendo la apariencia de viuda afligida. Así que metió su ropa de luto en una

maleta y cargó el resto en cajas para enviarlas de vuelta a Alabama en cuanto tuviera tiempo. Su tiempo en Lexington estaba llegando a su fin, y cuanto antes pudiera dejar atrás la ciudad, más fácil sería dejar atrás cualquier historia que pudiera surgir sobre ella.

Antes de que el cuerpo de Arlie estuviera enterrado, Nannie comenzó a hacer discretas averiguaciones sobre el cobro de la póliza de seguro y sobre la venta de la casa para poder regresar a su casa de campo en Alabama y volver a sumergirse en las columnas de corazones solitarios que había estado descuidando durante la última media década —planes que fueron casi inmediatamente desbaratados por ciertos arreglos de los que no había sido informada.

El precio de una vida

El testamento de Arlie no se había actualizado desde la boda con Nannie, y aunque la mayor parte de su limitado patrimonio pasaba directamente a ella, ciertos objetos señalados en su antiguo testamento tenían otros destinos prefijados. En particular, estaba la casa donde Nannie había vivido durante los últimos cinco años. Cuando la hermana de Arlie se había mudado a Lexington por primera vez, se encontraba en una situación financiera desesperada, mantenida casi exclusivamente por su hermano, y aunque su situación era considerablemente más estable ahora, los arreglos que él había hecho para que ella recibiera su casa si algo le sucedía a él, seguían en pie. Nannie se iba a quedar sin nada que reclamar por su matrimonio, al no haber conseguido un seguro de vida para este marido entre sus muchas expediciones fuera de la ciudad.

Aunque actualmente vivía sin pagar alquiler con su suegra, era una situación incómoda que seguía exacerbando sus ansias de viajar que la habían llevado a matar a Arlie en primer lugar. Se sentía atrapada de nuevo, inmovilizada. Y sin una ganancia sustancial que cubriera su nuevo y más extravagante estilo de vida, no estaba segura de cómo iba a lograr liberarse. A pesar de esta tensión, Nannie no fue tan desvergonzada como para sugerir que la casa de Arlie debería ser para ella en lugar de para su hermana, aunque sí disfrutaba de la compasión extra que le producía la misma sugerencia expresada por otros. Pobre Nannie. Primero perdió a su marido y ahora perdería su casa. ¿No era terriblemente cruel?

La hermana de Arlie parecía extrañamente resistente a cualquier tipo de insistencia de amigos y familiares en ese sentido. Había pasado por momentos difíciles y era una superviviente. Sabía que si dejaba pasar una oportunidad como ésta, acabaría teniendo problemas más adelante, y sin el apoyo de Arlie, temía que cualquier inconveniente en el futuro pudiera arruinarla definitivamente. No prestar atención a las sugerencias no significaba que no tuviera justificación para ignorarlas; sabía que Nannie tenía una casa en Alabama y unos ingresos procedentes de la agricultura que se realizaba en sus campos, y no tenía reparo en mencionarlo si alguien se quejaba de su "egoísmo".

Como solía ocurrir, Nannie se mostraba amable por fuera e internamente echaba humo por la situación, o al menos lo hacía hasta que se encontró con los documentos del seguro de la casa y se dio cuenta de que, en caso de catástrofe, el pago le correspondería a ella y no a ningún nuevo propietario. Siempre se le había dado bien moverse con rapidez una vez que un plan se había formado en su mente, y mientras su cuñada empacaba todas sus pertenencias y cancelaba su

contrato de arrendamiento, Nannie llevaba a cabo algunos rápidos ajustes por su cuenta.

Fue un largo mes de espera para Nannie —atrapada en la pequeña y pobre casa con su suegra, mientras los bomberos locales y la compañía de seguros investigaban el incendio que había destruido la casa de Arlie. Pero finalmente cedieron. Nadie pudo demostrar que el incendio que se había iniciado en la querida cocina de Nannie había sido un acto provocado, aunque todo el mundo lo sospechara y la hermana de Arlie no dejara de clamar por ello. Por supuesto, ninguna de las pertenencias de Nannie fue afectada el incendio; ya habían sido enviadas al Este cuando ella se apartó amablemente para que su cuñada se quedara con la casa.

Las sospechas empezaron a arremolinarse en torno a Nannie a raíz del incendio, y pronto se dio cuenta de que su suegra había pasado de ser su compañera durante una época difícil, a ser su carcelera, vigilando todos sus movimientos y evaluando su culpabilidad. Nannie tenía todo lo que necesitaba para alejarse, excepto la forma de desligarse de la familia Lanning y de las expectativas que tenían sobre ella.

Si hubiera estado dispuesta a escabullirse en la noche sin mirar atrás ni considerar la impresión que dejaría, entonces tendría todo lo que necesitaba para hacerlo. Pero la mera idea de que alguien pudiera pensar mal de ella, de que pudieran sospechar de las fechorías que cometía con suma frecuencia, significaba un auténtico anatema para ella y probablemente una razón importante por la que sus crímenes tardaron tanto en ser descubiertos. Nannie se había convertido en una experta en el manejo de la opinión pública, y se dio cuenta muy pronto de que la buena opinión de Lexington dependía del informe que su suegra diera sobre ella a la comunidad local. Por suerte, ya tenía a mano la solución ideal. Tras unos días como invitada en casa de su suegra, Nannie insistió en ayudar en las tareas del hogar, y aunque la anciana fue en un principio reacia a romper su rutina habitual, tuvo que admitir que Nannie era mucho mejor cocinera, así que le cedió su cocina.

La Sra. Lanning sufrió un largo período de enfermedad en los primeros meses de 1952, tras la muerte de su único hijo. Algunos pensaron que se trataba del mismo virus de la gripe que había azotado a la población, causando tantos estragos. Otros, como su hija, estaban convencidos de que se trataba de algún tipo de cáncer de estómago. No obstante, el médico examinó a la anciana con detenimiento e hizo sus propias conjeturas sobre su estado de salud. Después de permanecer en la cama durante meses, sin fuerzas para masticar ningún alimento más denso que las ciruelas guisadas de Nannie, su cariñosa cuidadora, falleció. Todo el distanciamiento que había

afectado a la familia Lanning desde el incendio, se desvaneció en su dolor, y Nannie y su cuñada volvieron a estar unidas como verdaderas hermanas en poco tiempo. Todo el pueblo había visto su bondad, cuidando a la anciana enferma incluso en su propio período de duelo, y el hecho de que la casa de la anciana fuera a parar a su hija, dejando a Nannie sin hogar de nuevo, fue más que suficiente para que el tribunal de la opinión pública se inclinara a su favor.

Se quedó en Lexington sólo el tiempo necesario para participar del entierro de su suegra. Luego, en medio de declaraciones de eterna hermandad y afecto, tomó un tren de regreso a Alabama y a su antigua vida, con varios miles de dólares más que cuando comenzó.

El regreso de Nannie a su antigua casa de campo fue una sensación agridulce. Volvía a estar rodeada de todas las comodidades de su hogar y acompañada de todos los nuevos lujos que había adquirido en sus viajes, pero estaba, una vez más, terriblemente sola en el mundo. Comenzó a retomar su correspondencia habitual, recuperando el hábito de escribir cada día antes de volver a sumergirse en el caos de las columnas de corazones solitarios. Pero a las pocas semanas, recibió correspondencia de prácticamente toda su familia, rogándole que fuera a visitar a su hermana Dovie, que se había puesto enferma. Pero entre su correspondencia se destacaba la ausencia de cualquier carta de Dovie.

Normalmente era una de las personas que respondía regularmente a Nannie, sin embargo, se encontraba inusualmente ausente. Nannie apenas había desempacado sus cosas antes de cargarlas de nuevo en una maleta y partir hacia el sur de Alabama para visitar a su hermana postrada en cama. Dovie se había visto afectada por una especie de enfermedad degenerativa que, para cuando llegó Nannie, la había convertido de una bonita mujer de treinta y tantos años en algo parecido a un esqueleto cubierto de piel flácida. Llevaba dos semanas postrada en su cama, con sólo visitas ocasionales de sus familiares para romper la monotonía, y estaba agotada sólo por el esfuerzo de sus temblorosas caminatas al baño. Nannie tomó inmediatamente el control de la situación, limpiando la casa y a su hermana, como había hecho cuando la niña era un bebé, antes de acomodarla de nuevo en una cama limpia y prometerle que estaría con ella en todo momento, para cuidarla hasta que se recuperara, por mucho tiempo que pasara.

Al parecer, las promesas de Nannie iban mucho más allá de su paciencia. Sólo hizo de niñera durante una semana, alimentando a su hermana y atendiendo todas sus necesidades, antes de llegar a la conclusión de que Dovie no iba a mejorar. En los siete días que Nannie había estado cuidando de ella no se había producido ninguna mejora notable en su estado, no había vuelto a crecer su musculatura ni había cambiado su terrible palidez. Nannie concluyó que su hermana se

estaba muriendo. Luego, poco después, decidió facilitar ese viaje lo más rápido posible, para que su muerte no fuera un inconveniente.

Ella controlaba todo lo relacionado con la vida de Dovie en esos últimos días, desde los momentos en que la ayudaban a colocar el orinal, hasta la comida y el agua que le proporcionaban. No era de extrañar que las ciruelas pasas guisadas estuvieran en el menú, ya que era un alimento básico para los bebés y un dulce comparable a la compota de manzanas para los que necesitaban consuelo, o para los que tenían problemas intestinales como los que sufría Dovie. Tampoco fue de extrañar que Dovie falleciera tras sólo una semana de cuidados por parte de su hermana. Su enfermedad había sido un tema de gran discusión en el grupo de la iglesia al que asistía regularmente, y desde allí se había extendido por la comunidad rural local. El funeral fue pequeño y con poca asistencia, pero los que estaban allí notaron la gracia de la dulce Nannie bajo presión. A pesar de que acababa de perder a su hermana y a su marido, estaba allí atendiendo a todos los demás, sirviendo una impresionante comida y haciendo todo lo posible para facilitar la vida a los amigos de Dovie. Ninguno de sus padres asistió, aunque sus hermanos sí lo hicieron, y sólo después de que Nannie acorralara a sus hermanos y les echara la culpa, se derrumbaron y le dijeron por qué sus padres no estaban allí: James Hazle había muerto.

Nannie había cultivado deliberadamente la distancia frente a sus padres durante su segundo y tercer matrimonio, consciente de la rapidez con que la ficción de su vida, tan fina como el papel, podría ser destrozada por alguien que la conociera demasiado bien. Y lo que es más importante, la relación con sus padres nunca se recuperó del trato que recibió de ellos cuando era niña. Con la desaparición de James, toda la rabia que Nannie sentía hacia él ya no tenía salida ni dirección. Esa rabia, se había convertido en la base de la furia que sentía hacia todos los hombres en cada una de sus relaciones. Pero ahora que el objeto de su odio había desaparecido, se encontraba luchando por navegar sin ese punto de referencia fundamental en su geografía mental.

Todos sus planes para el futuro parecían desmoronarse ante este cambio repentino. Mientras fuera la protagonista de los grandes cambios de su vida, a Nannie no le costaba navegar por ellos, pero al enfrentarse a algo así —algo completamente fuera de su control que, sin embargo, tenía un tremendo impacto sobre ella— estaba perdida.

Después del funeral de Dovie, huyó a su casa de campo en un estado de angustia, un estado que todo el mundo atribuyó a ser testigo de la temprana muerte de su hermana. Nada más lejos de la realidad. Siempre había albergado la fantasía de vengarse de su padre por el modo en que la había tratado de niña. Junto con sus sueños de amor,

había sido una de las únicas cosas que la hacían superar la desolada soledad de sus años en la granja. Ahora parecía que otra de sus deseadas fantasías había sido arrancada por la cruel realidad. Se quedó en casa durante unos días, incapaz de concentrarse en nada, encontrando todas sus antiguas distracciones insípidas y desagradables. Finalmente, cuando se dio cuenta de que sólo la acción iba a servir de algo, preparó una maleta de viaje y se dirigió a su casa, a la granja Hazle, por primera vez desde que había huido del estado para escapar de él.

Lou se había transformado completamente desde la muerte de su marido. Al igual que su hija, por fin había empezado a florecer una vez alejada de su sombra. Pero mientras Nannie había escapado décadas antes, Lou había sufrido toda una vida de su fría e indiferente crueldad antes de encontrar la libertad, y no tenía ni idea de qué hacer con ella, sin la rígida estructura que él había impuesto en su vida. Ya era demasiado vieja para ocuparse de la granja, que nunca había conseguido dar ningún tipo de beneficio a lo largo de su vida; como mucho, se las arreglaba para subsistir año tras año. Para hacer mejoras y mantener las cosas a flote, James estaba endeudado constantemente, y con su muerte, ninguna de sus deudas habían sido perdonadas. La granja pasaría a manos del banco dentro de un mes más o menos. Cualquier esperanza de herencia que Nannie o los otros hijos Hazle pudieran esperar, se desvanecería con ella, y Lou se enfrentaba a la falta de hogar por segunda vez en su vida, sin posibilidad de mantenerse esta vez. Pronto debería recurrir a la caridad de sus hijos, quienes tenían poca voluntad para la caridad. Toda una vida en la escalofriante compañía de su padre había dejado a los dos chicos emocionalmente atrofiados e interesados sólo en la mecánica de su propia supervivencia, no tenían ningún interés en apoyar a una anciana por la que no sentían ningún apego particular, especialmente cuando era bien sabido que Nannie, su hija favorita, tenía mucho dinero y espacio de sobra.

Aunque habían perdido el contacto, Lou no sintió ningún resentimiento hacia Nannie cuando se presentó en su puerta. En todo caso, su hermosa y glamorosa hija la llenaba de orgullo; después de todo, no sólo había escapado de la vida de pesadilla a la que Lou la había consignado sin darse cuenta, sino que había hecho algo de sí misma, incluso si lo que había hecho de sí misma hubiera sido convertirse una viuda rica.

Así fue, como las dos viudas se fueron a vivir bajo el mismo techo, al menos por un tiempo, para que Lou pudiera poner en orden los últimos asuntos de la desahuciada granja y preparar la mudanza a la casa de campo de Nannie. Una vez más, Nannie sintió que su vida se le escapaba de las manos, como le había ocurrido siempre que sus

padres habían estado involucrados. Lo que ella quería y necesitaba no significaba nada frente a las reglas dictadas por James desde lo alto, y parecía que Lou, que había sido su mensajera tantas veces, había asumido ahora el manto de dictadora, esperando que la obedecieran en todo momento sin rechistar. No había ninguna amenaza detrás de sus demandas. En cambio, había algo mucho más insidioso: la presión de las expectativas y la opinión pública. ¿Qué pensaría la gente de Nannie si abandonara a su propia madre? ¿Qué pensarían de ella si acogiera a Lou y luego la tratara mal? Las expectativas de la sociedad estaban a sus pies como una trampa para osos abierta, esperando a cerrarse sobre ella si no cedía a lo que su madre quería. Y el hecho de que Lou pareciera disculparse por toda la situación no hacía más que enfurecer a Nannie.

Era una mujer que tenía todo el poder del mundo sobre ella, alguien que podría haber cambiado por completo el curso de la vida de Nannie si hubiera tenido el valor de defenderse a sí misma y a su hija. Y ahora, incluso ahora, después de que el monstruo de su marido estuviera muerto y enterrado, seguía acobardada y débil. Para Nannie, esto era una afrenta aún mayor que cualquiera de las indignidades que había sufrido en silencio de niña para facilitar la vida de esta mujer. Esto puso en duda todo lo que Nannie sabía sobre su madre. Le hizo preguntarse si en lugar de ser otra víctima de la egolatría de James, su madre había sido en realidad una colaboradora, o incluso instigadora, en su infernal infancia.

El mundo de Nannie ya se había sumido en el caos con la muerte de su padre, desequilibrada por la pérdida del pilar en torno al cual había construido su odio hacia las figuras de autoridad masculinas. Pero con esta lenta constatación de que la protectora heroica de su mitología personal podría no haber sido de ninguna ayuda, otro de los pilares de su visión del mundo, se estaba desmoronando. Y lo que es peor, todos sus planes de volver a montar en el caballo y perseguir sus sueños iban a arruinarse con una madre anciana a la que cuidar. Toda su vida se le escapaba de las manos, así que hizo lo único que podía para reafirmar el dominio sobre su propio destino, exactamente de la misma manera que siempre lo había hecho.

La bondad de Nannie volvió a ser la comidilla de Blue Mountain, apareciendo de la nada en el momento de necesidad de su madre y acogiéndola. Fue muy generosa con su tiempo, cuidando a la anciana mientras se ponía cada vez más enferma, preparando todas las comidas para su madre incluso cuando la anciana acabó postrada en la cama. Todo el pueblo acudió al funeral cuando la anciana finalmente falleció, e incluso entonces, cuando estaba inundada de muestras de simpatía por todas partes, Nannie fue la cúspide de la buena voluntad, asegurándose de que todos sus invitados fueran atendidos y apenas

dedicando un momento a su propio dolor. Era tan triste —había perdido un marido, una hermana y una madre, todo en pocos años. Una verdadera tragedia.

Con la muerte de su madre, Nannie quedó completamente desvinculada de su historia personal. Los hermanos que le quedaban no tenían ningún interés en mantener una relación con ella, sus hijas habían huido para escapar de las sospechas que tenían sobre ella, y sus parejas sentimentales habían fallecido todas, con excepción de Charley, que había provocado tanto escándalo al traicionar a su mujer en su momento de necesidad que, de todos modos, nadie habría escuchado nunca una palabra de lo que dijera sobre Nannie. Sentía que era libre de inventar su propia historia una vez más y así comenzó a fantasear sobre su futuro.

El Club del Círculo de Diamantes

Por mucho que a Nannie le gustara negar la realidad a cada momento, existían ciertos hechos que ninguna clase de cuento podría borrar. Sus rizos oscuros se estaban volviendo innegablemente grises en las sienes, su cintura antes esbelta, se había engrosado y su elegante escote había manifestado una papada. Cuando intentaba leer sus amadas columnas de corazones solitarios ahora, necesitaba un par de gafas para lograr ver algo más que manchas. La edad y el exceso de buena comida empezaban a tener un efecto en su atractivo para los hombres. Los jóvenes llenos de pasión que siempre la habían perseguido, eran ahora escasos, así que puso sus ojos en un tipo de caballero más maduro, pasando de su antiguo terreno de caza en las columnas de corazones solitarios a una organización nacional más refinada conocida como el Club del Círculo de Diamantes.

Por una cuota nada despreciable de quince dólares, los miembros de este club se incorporaban a una lista de posibles pretendientes, y cada mes se distribuía una lista de todos los miembros disponibles y algunos detalles sobre ellos para ver si se podía estimular algún romance.

En 1953, Nannie se convirtió en miembro y pronto le llovieron ofertas de todos los Estados. Siempre había sabido cómo venderse. La mayoría de los hombres que la perseguían, no estaban interesados en un revolcón rápido, como lo estaba la mayoría de los pretendientes de corazones solitarios. De hecho, el sexo parecía estar bastante abajo en su lista de prioridades en esta etapa tan avanzada de la vida. La mayoría buscaba algo más parecido a una criada o ama de casa, una mujer que asumiera el papel de las esposas que habían perdido o de las madres que habían superado hacía tiempo. Había pocos pretendientes auténticos entre ellos —la mayoría de esos hombres habían renunciado al amor a esa edad al no haber tenido éxito antes— pero una de las cartas que recibió Nannie, parecía ser de un auténtico caballero que buscaba un romance de verdad. Creía en el amor, aunque floreciera tarde en la vida, y buscaba una compañera genuina con la que pasar el tiempo que le quedaba en la Tierra. No tenía la habilidad poética con la que muchos de los anteriores amantes de Nannie la habían seducido, pero sin esa capa de arte que cubría sus cartas, éstas resultaban casi dolorosamente genuinas, al igual que sus cumplidos. Nannie ni siquiera sospechaba que hubiera algún tipo de engaño o adulación cuando él la describía como la cosa más hermosa que había visto jamás, porque él no parecía capaz de hacer ese tipo de cosas, y porque incluso después de todo este tiempo y de un buen puñado de golpes, su ego seguía siendo una fuerza a tener en cuenta.

Encantada por sus dulces cartas y aceptando que no todos sus

pretendientes deberían ser los hombre más guapos, Nannie se dispuso a conocer a Richard Morton poco antes de que la primavera entrara en pleno apogeo, tomando un tren hacia el noroeste, en dirección a Kansas. Los campos llanos y ondulados del estado la cautivaron. Nannie había vivido toda su vida entre los bosques montañosos de Alabama y Georgia, sin llegar a ver el horizonte. Pero ahora, por primera vez, podía mirar por la ventanilla y ver el mundo entero desplegado frente a ella como un gran libro abierto. En todos sus viajes, e incluso en sus fantasías, nunca había aparecido el centro de América, pero ahora la verde extensión de Kansas la había cautivado, y sus sueños se habían dotado de un nuevo telón de fondo.

Morton se reunió con ella en la estación y esta vez, fue Nannie quien se llevó una agradable sorpresa. Sabía que tenía más de sesenta años, que era un vendedor jubilado que buscaba establecerse adecuadamente en su ciudad natal ahora que la vida en la carretera había quedado atrás, pero no tenía ni idea de que sería alto, moreno y guapo. De padre nativo americano, había heredado unos buenos rasgos de halcón, unos ojos penetrantes, una piel bronceada y un pelo grueso y oscuro que no mostraba ni un ápice de canas a pesar de su avanzada edad. Nannie se sorprendió al descubrir que estaba enamorada de él, tal como se había enamorado de Kansas. Los dos entablaron una conversación fluida, y Nannie empezó a temer, a medida que avanzaba el día, que la chispa que había estado esperando, simplemente no existiera. Pero cuando llegó la hora de retirarse a su hotel para pasar la noche, Richard la abrazó y la besó, dejándola ir a la cama con una excitación todavía adherida a su piel y un pequeño paquete envuelto en papel marrón que contenía un hermoso collar hecho por un artista local.

Los regalos y los besos de película siguieron prodigándose a Nannie durante toda su estancia, y antes de que pudiera escribir a casa para pedir que le enviaran sus cosas, Richard le había propuesto matrimonio. Al cabo de un mes, se casaron y ella se mudó a su casita en la pradera. Richard envió una carta al Club del Círculo de Diamantes, en la que solicitaba amablemente que tanto él como Nannie fueran eliminados de su lista de miembros disponibles, agradeciendo profusamente por haber propiciado la presentación que los había llevado por ese camino y llamando a Nannie "la mujer más dulce y maravillosa que he conocido".

El nuevo hogar de Nannie estaba aislado de la ciudad pero era idílico, y se dispuso a vivir exactamente el tipo de vida de casada que siempre había soñado tener. Todas las mañanas podía mirar por la ventana y no ver más que un cielo azul y claro y la línea recta del horizonte más allá de los campos de maíz. Podía pasar el día en la cocina o en el jardín a su antojo, sin hijos que atender y con un

marido que casi siempre estaba cerca para hacerle compañía. Atrás quedaban los días en los que tenía que preguntarse a dónde había ido a parar su marido. Todos sus temores de traición parecían haberse disipado. Sus días eran muy relajados, llenos sólo de las cosas que ella quería hacer, y cada noche se acomodaba al lado de su encantador marido para relajarse y ver la televisión —la imagen del sueño americano hecho realidad.

Los únicos momentos en los que Nannie se quedaba sola con sus pensamientos eran los pocos días en los que Richard tenía que ir a la ciudad a por provisiones, y esos breves periodos de silencio total suponían un alivio para Nannie después de que el periodo de luna de miel de unas pocas semanas de felicidad conyugal llegara a su fin. No es que no disfrutara de la compañía de Richard, sino que se había acostumbrado a pasar tiempo a solas en el transcurso de sus últimos matrimonios. Pero con el tiempo, la espera para que él volviera a casa, empezó a hacerse cada vez más larga. Él se subía a su camioneta y se dirigía a la ciudad por la mañana y algunos días no regresaba hasta el final de la tarde. Cuando ella le preguntaba por qué había tardado tanto, él se limitaba a decir que se había "entretenido". En los primeros días de su demora, cualquier irritación se desvanecía en la marea de regalos que le llevaba a Nannie después de cada viaje a la ciudad. Ella sabía, por sus cartas, que él tenía una buena posición económica, pero no tenía ni idea de que la trataría como una princesa cada momento de cada día, prodigándole pieles y joyas de forma tan constante que apenas tenía tiempo de emocionarse con un regalo antes de que llegara el siguiente. Al cabo de un mes, dejó de sentirse un trato real y empezó a parecer un bombardeo, como si Richard no supiera expresar su afecto de otra forma que no fuera comprando cosas. Esto indicaba un enfoque muy transaccional del romance en su historia, y una vez que la emoción de los regalos se había desvanecido, se instaló la pregunta de por qué tardaba tanto en la ciudad.

La red habitual de contactos de Nannie nunca había tenido la oportunidad de desarrollarse en Kansas, principalmente porque Richard la mantenía bastante aislada, por lo que no tenía forma de enterarse realmente de lo que ocurría cuando ella no estaba. Sus propias oportunidades de ir a la ciudad eran escasas, y siempre llevaba a Richard del brazo cuando hacían el viaje juntos, así que había muy pocas oportunidades de saber más sobre sus actividades. Sólo en el espacio sagrado y la breve intimidad de la peluquería pudo por fin sonsacar a las mujeres del lugar algunos detalles de la vida de Richard antes de su llegada.

Como sospechaba, le habían precedido una serie de mujeres más jóvenes, interesadas únicamente en las cosas que Richard podía comprarles a cambio de su compañía. Habría sido suficiente para

inducir la simpatía por el solitario y viejo soltero si no hubiese sido porque algunas de esas mismas mujeres más jóvenes seguían recibiendo regalos con regularidad. Una chica en particular, que era lo suficientemente joven como para ser la nieta de Richard, había sido visitada por éste cada vez que estaba en la ciudad en una de sus entretenidas carreras de compras, y había recibido regalos idénticos en cada detalle, a los que Nannie recibiría más tarde en el día. Las mujeres del salón se sorprendieron de lo bien que Nannie se tomó la noticia una vez que les infundió suficiente simpatía con sus historias sobre su vida de mujer aislada por un marido controlador, a medio mundo de distancia de su familia. Esperaban un colapso emocional. Esperaban que la mujer mayor montara una escena, pero, en cambio, fue como si se hubiese zampado la noticia de un solo trago. Cuando Richard fue a recogerla después del secado, ella le recibió con la misma sonrisa socarrona con la que se había despedido de él, incluso cuando el resto del salón le frunció el ceño desde detrás de sus revistas por atormentar a aquella pobre y dulce mujer con sus infidelidades.

Richard había cometido un terrible error al casarse con Nannie sin intención de serle fiel. Su bondad, combinada con la fidelidad, probablemente le habría proporcionado un largo y feliz retiro con Nannie, que a estas alturas estaba tan defraudada por los demás hombres de su vida, que estaba dispuesta a aceptar una infinidad de defectos, excepto éste. Puede que él mintiera diciendo que sólo le era fiel a ella, pero Nannie ocultaba algo considerablemente más peligroso en su propia historia.

Nannie comenzó a contactarse con una nueva serie de caballeros por correspondencia, asegurándose de hacer notar que había enviudado recientemente en Kansas y que estaba abierta a viajar y emocionarse en otro lugar después de un matrimonio sin brillo. Siempre se despertaba antes que su nuevo marido, por lo que asegurarse de que éste nunca interceptara su correspondencia le fue bastante sencillo. Las cartas que iban dirigidas a ella las metía dentro de su blusa hasta que encontraba el momento de encerrarse en el baño para leerlas. La chispa del romance había vuelto a su vida, aunque sólo fuera una fantasía encendida a partir de algunas cartas arrugadas, pero las llamas del mismo no tardarían en consumir la vida que había creado en Kansas. Entre las muchas cartas que ocultaba debajo de su blusa, había formularios de solicitud de varios seguros de vida de su marido. Ya la habían pillado una vez, cuando Arlie murió y se lo dejó todo a su hermana, y no pensaba volver a batallar para conseguir dinero en un futuro próximo.

A pesar de que temía que Richard leyera su correo, no le daba reparo abrir el suyo mientras él aun dormitaba por la mañana. Los extractos bancarios, los documentos de las pensiones y las cartas de

los préstamos se amontonaban junto a sus propias cartas, y rápidamente se hizo una idea más completa de las finanzas de Richard, una imagen mejor de la que incluso él habría sido capaz de articular. Su casa había sido rehipotecada, sus pensiones apenas alcanzaban para pagar los intereses de sus deudas, y cada día que pasaba empeoraba las cosas con sus gastos extravagantes. Ni siquiera su seguro de vida iba a ser suficiente para cubrir sus deudas cuando falleciera. Nannie iba a tener que echar mano de las pólizas que había contratado para cubrirlo todo. El viejo idiota tenía la intención de arruinarle la vida con su muerte, tan egoísta que no le importaba que la estuviera condenando a una vida de indigencia, después de que él se fuera al más allá. Nannie tenía claro que iba a tener que actuar rápidamente para evitar que él la endeudara aún más con sus escandalosas compras.

A los tres meses de casada, Nannie se hizo viuda una vez más. Utilizó la misma receta de ciruelas guisadas y veneno para ratas, esta vez horneada en una tarta de manzana que, según ella, era receta de su madre. Richard se fue a dormir una noche y a la mañana siguiente no despertó. Era un hombre mayor, por lo que no había nada que sospechar en lo que respectaba al médico, y aunque las mujeres del pueblo conocían un muy buen motivo para el crimen, ninguna de ellas se sentía siquiera inclinada a compartir esa opinión con la policía o con sus maridos. Si Nannie había matado a su marido, como algunas de ellas sospechaban, él se lo había buscado, y ella era una heroína local.

No permaneció mucho tiempo en Kansas después de la muerte de Richard, sólo lo suficiente para que el banco ejecutara la hipoteca de su casa y para que se pagaran las diversas pólizas de seguro de vida que ella había contratado. Cuando todo estuvo dicho y hecho, el matrimonio le reportó casi dos mil dólares de ganancia, pagados en forma de media docena de pólizas de seguro que había contratado para Richard inmediatamente después del matrimonio. En 1953, esa cantidad de dinero equivalía a unos veinte mil dólares actuales. No era la fortuna que ella esperaba obtener del acuerdo, pero seguía siendo una cantidad considerable de dinero.

Lo único que se tomó el tiempo y el cuidado de atar antes de dejar Kansas para siempre fue su correspondencia, enviando una carta a todos los hombres que le habían escrito en los meses anteriores, para informarles de su nueva dirección. No quería que quedara ninguna pista de su propia infidelidad. No podía soportar la idea de que nadie, en ningún lugar, supiera ni siquiera una fracción de los secretos que guardaba.

Esposa de un predicador

El Club del Círculo de Diamantes no recuperó a Nannie como miembro. Por muy emocionado que hubiese estado Richard por su maravilloso hallazgo entre ellos, Nannie consideraba ahora que ese grupo de citas estaba contaminado. La calidad de los hombres que ofrecían —incluso los de mejor aspecto y más amables— estaba siendo claramente muy mal juzgada por quienquiera que estuviera a cargo, por no mencionar el hecho de que habían permitido la entrada de una asesina en su seno sin pensarlo dos veces. En su lugar, continuó su campaña de correspondencia individual con los pocos hombres elegibles que consideraba dignos de su tiempo, emprendiendo viajes para reunirse con algunos de ellos, pero aplicando un conjunto de normas más exigentes, más allá de si podían o no cautivarla. Poco importaba si un hombre podía hacer vibrar su corazón cuando hacía lo mismo con otra docena de mujeres. Poco importaba que fuera guapo si la iba a hundir en las deudas o en la desesperación con sus borracheras y tonterías.

Poco a poco, Nannie se dio cuenta de lo mismo que la mayoría de las mujeres mayores cuando intentan salir con alguien: los hombres que quedan en la alberca de las citas después de que todos los demás peces hayan sido capturados, suelen ser los que se alimentan del fondo o los tiburones. Por cada encuentro que organizaba, Nannie salía más deprimida con su suerte en la vida. Ya no buscaba un gran romance —había dejado que ese sueño se extinguiera en algún punto entre sus últimos maridos— pero seguía buscando un hombre decente con el que pudiera vivir el resto de sus días; el tipo de hombre con bases sólidas sobre el que pudiera construir un matrimonio y una vida. No era necesario que le encendiera el corazón ni que la llenara de placeres en cada momento; había llegado a aceptar que la realidad nunca estaría a la altura de sus historias y fantasías en ese sentido. Todo lo que necesitaba era un hombre que no traicionara su confianza como lo habían hecho los anteriores. Un hombre decente en todo el mundo. ¿Acaso era mucho pedir?

Cuando llegó a Oklahoma por primera vez, lo encontró bastante aburrido, como una mala copia de Kansas, con sólo una pizca de la vegetación con la que había crecido en Alabama. Su decepción no se extendió al hombre que había ido a conocer.

Samuel Doss era un hombre de complexión robusta, pero una vida limpia le había permitido no mostrar sus cincuenta y nueve años de edad en su rostro. Combinado con un corte de pelo conservador, su aspecto era más parecido al de una de las viejas estrellas de cine en blanco y negro de Nannie, que al de cualquiera de los hombres a los que había estado persiguiendo en la última década o más. Su forma de

vestir era igualmente conservadora, con trajes a medida que le daban una sutil apariencia de riqueza sin ninguna muestra de ostentación. Durante el tiempo que pasaron juntos, Samuel expuso su vida ante los ojos de Nannie con una honestidad inquebrantable. Era inspector de carreteras del estado, lo que le llevaba a la carretera durante toda la semana, pero los domingos era predicador en la iglesia local, ayudando a guiar a las almas hacia Dios, ya que había sido liberado de los peligros del pecado cuando era sólo un joven. Nunca fumó, nunca bebió, nunca había perseguido a las mujeres de manera significativa desde que era un adolescente, el juego era aborrecible para él, y consideraba que las malas palabras eran un signo de mala educación y crianza. Era un caballero.

Tras unos pocos días en su compañía, se dio cuenta de que ninguno de los problemas que habían asolado a sus anteriores maridos iban a aflorar en esta relación, y pensó que bastaría con eliminar todas las cosas que habían ido mal para que las cosas salieran bien.

En junio de 1953, apenas un mes después de haber enterrado a Richard, se celebró la boda y Nannie se mudó a su nueva casa en Tulsa, Oklahoma. Samuel se tomaba el tiempo para considerar cuidadosamente todo en su vida, y la rápida propuesta podría haber parecido fuera de lugar para él, si no fuera por la larga correspondencia que le había precedido. Todo lo que realmente sabía de Nannie después de años de intercambiar correspondencia de forma intermitente, era que era viuda, una excelente cocinera y una belleza incluso ahora en sus últimos años. A menudo aconsejaba a la gente de su congregación que consideraran sus bendiciones, y tenía todas las intenciones de seguir su propio consejo. Puede que no sintiera una gran pasión por Nannie, pero ¿qué importaba eso cuando ella parecía encajar perfectamente en su estilo de vida? Necesitaba a alguien que cocinara y limpiara para él, y que le proporcionara comodidad en su vida, y ella cumplía con todos los requisitos.

Samuel no tenía nada de la bravuconería de los anteriores maridos de Nannie, ni tampoco su postura de macho alfa "rey de la casa". La ayudaba en la cocina si lo necesitaba, sin pensarlo dos veces, y aunque insistía en que la casa se mantuviera limpia, estaba más que dispuesto a prestar sus esfuerzos para asegurar que se mantuviera ordenada. Nunca se mostraba amenazante o violento si Nannie no cumplía con sus normas, sólo se mostraba decepcionado y ocasionalmente persuasivo. El problema no era que ella se sintiera amenazada o intimidada cuando no cumplía con sus normas, sino que sus exigencias eran excesivamente elevadas. Su tacañería se extendía a todos los aspectos de su vida. A Nannie no se le permitía utilizar el ventilador eléctrico de la casa hasta que la temperatura fuera "insoportable". Cuando salía de una habitación, las luces debían estar apagadas y la

puerta cerrada para mantener el calor. Si deseaba leer, sólo debía utilizar la lámpara de lectura, que iluminaba una única silla en la habitación que, de otro modo, estaría a oscuras. Todos los aspectos de su vida estaban cuidadosamente reglamentados, con la hora de acostarse y de cenar programada para cada día y el sexo planificado con antelación y marcado en el calendario. No había espontaneidad en ninguna de sus acciones, y ahora tampoco podía haber espontaneidad en ninguna de las de Nannie. Toda la alegría que había encontrado en la vida en solitario le estaba siendo arrebatada hasta que lo único que le quedó fueron los fríos huesos de la realidad para masticar. No había espacio en su presupuesto para caprichos o lujos, y Nannie tenía que justificar todo lo que compraba como una necesidad o sufrir la indignidad de tener que volver al pueblo para devolverlo por "frívolo". Atrás quedaron los cortes de carne selectos que antes preparaba, adiós a la ropa elegante y a los vinos finos. La rigurosa mediocridad era la intención de Samuel para sus últimos años, dedicados a la causa de vivir una vida más devota. Nannie no podía soportarlo.

A los tres meses de casada, huyó y regresó a su casa de campo en Alabama, donde pensaba lamerse las heridas y hacer planes para el siguiente paso en su vida. No estaba claro si se trataba de un movimiento calculado para provocar algún tipo de cambio en Samuel, un intento desesperado de liberarse de las opresivas condiciones de vida a las que había sido sometida, o si simplemente Nannie estaba actuando. Pero independientemente de la motivación, huir de su marido la llevó a un viaje emocional para el que no estaba preparada.

En el viaje en autobús a casa, Nannie sintió que se quitaba un peso de encima. La presencia de Samuel le resultaba demasiado familiar, incluso después de todos estos años, un hombre mayor con un rígido conjunto de reglas sobre lo que ella debía hacer en cada momento de su día. Un hombre que determinaba cuándo se le permitía experimentar excitación y lujuria y la trataba como una ramera pecadora por sentir cualquier cosa fuera de esos momentos. Un hombre que trataba cada centavo de su bolsillo como si valiera más que todo el afecto que Nannie le había ofrecido gratuitamente. El argumento puede haber cambiado del deseo de complacer a su padre, a tratar de complacer al Padre Nuestro que está en los Cielos, pero el día a día era idéntico. Samuel Doss no era más que otro matón de pueblo, tan arraigado a sus costumbres que prefería aplastar toda la vida de una mujer antes de escuchar cualquier opinión discrepante. Haber escapado de él se sintió igual que huir de la granja Hazle hace tantos años.

Cuando llegó a su casa de campo en desuso, una carta de Samuel ya la estaba esperando. No era el grito apasionado de un amante despechado —un hombre como Samuel habría encontrado algo así

demasiado grosero—. En cambio, era una explicación cuidadosamente razonada de por qué Nannie no debía dejarlo. Tenía una no disculpa cuidadosamente redactada en la que explicaba que él estaba muy arraigado a sus costumbres tras años de repetirlas y que ella pronto caería en los mismos patrones junto a él mientras continuaban su vida juntos. Después de leer esa frase, Nannie se sintió indignada. Estaba claro que el hombre no había entendido nada del sufrimiento que le había hecho pasar. Seguía empeñado en obligarla a hacer todo a su manera durante el resto de su vida en común.

Su padre tampoco se había disculpado nunca. Siempre había sido capaz de presentar alguna justificación de por qué las cosas debían hacerse a su manera, incluso cuando estaba claramente equivocado. La versión de la lógica de Samuel se parecía demasiado al razonamiento del hombre que había obligado a los niños a trabajar en el campo en lugar de ir a la escuela, que los había tratado a ella y a sus hermanos como bestias de carga. Había sido criada y cocinera de algunos de sus maridos, pero había sido por el deseo de complacerlos, no por esto. Nunca esto.

Tardó casi una hora en calmarse lo suficiente como para volver a leer la carta de Samuel, y lo que vio allí sólo hizo que toda su rabia volviera a estar a punto de estallar. Él había seguido la carta con su falta de disculpas y sus insinuaciones no muy sutiles sobre su temperamento huidizo con una lista de algunos incentivos para animarla a volver a casa con él inmediatamente. Intentaba comprarla. Ofreciendo amabilidad y ecuanimidad con la misma reticencia con la que se desprendía de su dinero. La esencia de la oferta era bastante sencilla: si Nannie adoptaba los mismos hábitos que él y seguía el régimen que él exigía, entonces él pondría todo su dinero en una cuenta compartida que podrían utilizar para las compras de la casa en lugar de hacerla venir a mendigar dinero cada vez que necesitara hacer una compra. Si podía confiar en que ella se comportaría como él quería, entonces estaría dispuesto a darle el mismo control sobre las finanzas, al igual que esperaba tener el mismo control sobre su casa y su tiempo.

Si el muro de escarcha que lo rodeaba se hubiera quebrado y él le hubiera dado una disculpa genuina por la forma en que la había tratado —una disculpa humana en lugar de una disfrazada con el lenguaje de la santidad— es muy posible que las cosas hubieran sido diferentes. Pero en esa carta, Nannie volvió a ver el rostro de su padre mirándola fijamente y, por primera vez, se dio cuenta de la oportunidad que podría suponer para ella el poder cerrar el círculo. Así como la muerte de James Hazle la había sumido en el desorden todos aquellos años, ahora el asesinato de Samuel Doss podría poner las cosas en su sitio. Por fin tendría la oportunidad de vengarse. Por

fin tendría la oportunidad de matar al hombre que la había arruinado. Era demasiado tentador para dejarlo pasar. Todo lo que tenía que hacer era esperar una justificación adecuada. Todo lo que Samuel tenía que hacer para firmar su propia sentencia de muerte era romper el pacto que ofrecía en esa carta.

Se quedó en su casa de campo durante un día para recoger algunas de las pertenencias que no había llevado cuando se mudó a Oklahoma y responder a algunas de las cartas que se habían acumulado mientras estaba fuera casándose. Todavía había unos cuantos pretendientes prometedores que esperaban tímidamente su respuesta a la última súplica, y ahora que su relación actual se dirigía a un final prematuro, sentía una renovada necesidad de mantenerlos en el anzuelo. Inventó una historia sobre un viaje, se la contó a todos y prometió escribirles en cuanto volviera a casa, afirmando con cierta seguridad que estaría de vuelta en su casa de Alabama antes de que transcurrieran tres meses.

Samuel no sabía que le quedaba poco tiempo en este mundo. Estaba absolutamente encantado cuando Nannie regresó a la ciudad, y aunque no fue nada extravagante en su trato con ella cuando llegó, hubo una breve grieta en su conducta estoica, el indicio de una lágrima en sus ojos cuando la atrajo a sus brazos. Esa noche no hubo ninguna alteración en su matrimonio programado regularmente, a pesar de los intentos de Nannie por incitarlo a la acción, pero a la mañana siguiente, Samuel la llevó al banco y cumplió todas sus promesas sobre el acceso de ella a sus cuentas. El director del banco también asesoró a la aparentemente feliz pareja, y Samuel cambió el beneficiario de su póliza de seguro de vida que había contratado para asegurarse de que Nannie estaría protegida en caso de que le ocurriera algo. Él no lo sabía, pero acababa de clavar otro clavo en su ataúd.

Nannie nunca había matado a un marido sólo por el dinero. Siempre había habido un componente emocional en sus asesinatos. En los momentos en que era dominada por la razón, parecía no poder justificarlos, así que tenía que encontrar algún punto en el que fijarse, alguna razón que avivara las llamas de su rabia hasta que fuera suficiente para superar cualquier escrúpulo que tuviera para acabar con la vida de un hombre que le declaraba su amor casi a diario. En todo caso, los pagos del seguro de sus primeros asesinatos habían sido una bonificación más que cualquier tipo de objetivo, pero ahora estaba cayendo en los mismos patrones lógicos con los que Samuel insistía en guiar cada decisión, y él acababa de proporcionarle el último de una larga serie de incentivos para matarlo lo antes posible.

Gran parte de lo que Nannie había traído de Alabama era su biblioteca personal de sus adorados libros románticos. Desplazó muchos de los tomos encuadernados en cuero de los estantes de

Samuel en la sala de estar y los sustituyó por sus propios libros de bolsillo, que ya había leído una docena de veces y que, sin embargo, todavía la emocionaban y la reconfortaban. Casi instantáneamente, todas las magnánimas promesas que Samuel le había hecho a Nannie sobre la moderación de sus ridículamente altos estándares se evaporaron. No quería esos libros en su casa. Cuando ella trató de cambiar el rumbo de la conversación hacia él, para señalar que pasaba casi todas las noches leyendo, él la acalló bruscamente. Los libros que leía eran para su superación intelectual y espiritual. Eran obras de literatura, objetos de iluminación y herramientas de educación, mientras que los de ella eran simplemente basura, el entretenimiento del más bajo denominador común, diseñado explícitamente para inducir pensamientos y prácticas pecaminosas. Aprender y mejorar era divino, pero revolcarse en la inmundicia que ella había traído a su casa, era una garantía de condena en sí misma. Debía dejarlos de lado si quería tener alguna esperanza de una vida después de la muerte. Tenía que apartarse de la vida de pecado que la había llevado a permanecer patética y sola en sus últimos años, la vida de pecado que la había recompensado con nada más que un marido muerto y una cintura cada vez más ancha. Dios la recompensaría si se apartaba de ese camino, y Samuel estaría encantado de guiarla hacia la rectitud. No se podía discutir con él. Samuel se consideraba claramente el portavoz de Dios en ese asunto, así que, por mucho que ella discutiera, no serviría de nada, porque la decisión ya había sido tomada por encima del nivel de Samuel.

Nannie nunca había comentado el hecho de que Samuel no tuviera una televisión, a pesar de que claramente tenía la riqueza para permitirse una, asumiendo que era sólo otro síntoma de su tacañería, pero ahora se enteraba de que era porque consideraba que todo lo que se emitía era una inmundicia y una degeneración. La televisión pudría el cerebro, según Samuel, y él no tomaría parte en la destrucción de sus propias facultades y en el rumbo hacia las llamas eternas de la perdición. Cuando hablaba de Dios, era la única vez que Nannie veía siquiera una chispa del hombre que Samuel podría haber sido. Era el único momento en que levantaba la voz o hablaba con pasión, y lo desperdiciaba todo en reprenderla por no seguir unas reglas sin sentido que él había inventado y añadido al final de los mandamientos.

Se puede decir que Nannie no era una mujer religiosa. Probablemente se habría descrito a sí misma como mundana sin inmutarse, y la idea de que algo tan pequeño como leer el tipo de libro equivocado pudiera tener un impacto en su alma inmortal, cuando la matanza al por mayor de sus maridos, hijos, nietos y más no lo había tenido, era irrisoria para ella. Sin embargo, no había nada

que ella pudiera hacer para apartar a Samuel de su fanatismo religioso, y no había nada que él pudiera hacer para convencerla de que la vida espiritual tenía que estar desprovista de placeres y pasiones mundanas. Sus visiones del mundo eran fundamentalmente opuestas, así que Nannie hizo lo que siempre había hecho cuando se enfrentaba a una diferencia de opinión con su marido: guardó silencio y comenzó a hacer planes para deshacerse de él lo antes posible.

La última cena

Finalmente, no necesitó mayor provocación que la de Samuel tirando sus libros. Puede que él soñara con el Cielo y el descanso y la recompensa que encontraría allí, pero para Nannie, esos libros de bolsillo manchados eran sus textos sagrados, y el mundo de la imaginación al que le habían permitido escapar había sido su salvación de las miserias de la vida. Sin ellos, se encontraba tan desconsolada como lo habría estado él si le hubieran quitado la fe, aunque nunca se tomó el tiempo para entenderlo.

Con Samuel Doss, Nannie se enfrentó a un reto directamente opuesto al que había encontrado con Frank Harrelson. Mientras que Frank nunca había estado cerca para comer la comida envenenada que ella preparaba, Samuel estaba allí cada vez que ella estaba en la cocina, merodeando y holgazaneando. Sin embargo, era peor aún, sentía poco agrado por los dulces, y sin azúcar para cubrir el sabor del arsénico que ella siempre había utilizado, Nannie no sabía cómo envenenarlo. Finalmente, optó por mezclarlo en la taza de café que él tomaba con la cena cada noche.

Para septiembre, la acumulación gradual de veneno había empezado a pasar factura. El apetito y la fuerza de Samuel disminuyeron. Perdió cinco kilos de peso y se quedó en la cama durante una semana, constantemente atormentado por espasmos y calambres estomacales. Su médico se quedó perplejo y acabó hospitalizando a Samuel para que recibiera atención las 24 horas del día. Se le diagnosticó una grave infección en el tracto intestinal y se le administró inmediatamente un tratamiento de penicilina, pero incluso con los últimos conocimientos médicos implementados, no parecía recuperarse. Permaneció en el hospital, atendido por el Dr. Schwelbein, un gastroenterólogo especializado en casos como el suyo, durante veintitrés días antes de recuperarse. Su obediente esposa Nannie estuvo junto a su cama cada uno de esos días, impresionando a todos con su profunda amabilidad y el profundo amor que claramente albergaba por Samuel.

Mientras disfrutaba de su tiempo a solas en casa entre los momentos de actuación para el personal del hospital, Nannie no podía relajarse plenamente en su nuevo hogar, sabiendo que pronto Samuel volvería a arruinarlo todo. Cada día, antes de coger el autobús para ir a verle, tenía que recoger todos los libros y revistas que había estado leyendo y guardarlos cuidadosamente en secreto para que él no los descubriera si le daban el alta. Era ridículo y agotador. Se encontró a sí misma cumpliendo con la hora de acostarse prescrita por Samuel, sólo porque estaba tan fuera de sí que no sentía que pudiera disfrutar de nada. Era la primera vez que cometía un error así en su vida, y se

había visto forzada a una situación incómoda por su mala apreciación de la dosis de arsénico. Samuel era mucho más corpulento y sano de lo que habían sido sus anteriores maridos, nunca había vivido en el límite de la pobreza, y el método de administración desconocido por ella implicaba que no podía estar segura de la cantidad exacta que se necesitaba para hacer el trabajo y de la cantidad que se haría notar sin azúcar para ocultar su sabor característico.

El vigésimo tercer día, Nannie trajo a su marido a casa. Samuel estaba de buen humor cuando por fin le dieron el alta del hospital. Todavía estaba retraído y débil por la experiencia, pero el dolor que le había llevado a rezar cada pocos minutos por fin había remitido, y sentía que la vida regresaba a su cuerpo una vez más. En Nannie, vio una nueva esperanza para el futuro. Se había dado cuenta de lo bien que ella lo cuidó a través de la adversidad, y creía que esto podría ser un nuevo comienzo para ambos. Una oportunidad para que él aflojara un poco las riendas y para que ella floreciera como su cariñosa y protectora esposa, hasta que la muerte los separara. Manteniendo vivo ese sueño, se asombró al ver que Nannie había preparado una hermosa comida para su primera cena en casa —un asado de cerdo con todos los detalles y una humeante taza de café caliente, tal como a él le gustaba. Ella le aclaró que el gasto extra que había realizado no se convertiría en algo habitual —sabía lo mucho que él valoraba la vida ahorrativa— pero que por esta vez quería ofrecerle un capricho especial para celebrar su regreso a casa. Después de tanto tiempo con la dieta extremadamente limitada que los médicos habían insistido en que ayudaría a su recuperación, y el largo período anterior en el que no había tenido apetito, Samuel estaba absolutamente hambriento. Sólo el decoro le impidió meterse puñados de la deliciosa comida directamente en la cara. Cada bocado lo regaba con otro trago de café, y Nannie, siempre atenta, mantenía su taza llena. Cuando hubo comido y bebido hasta saciarse, Nannie lo llevó a la sala de lectura que compartían para que descansara, lo acomodó en su asiento favorito y le puso en las manos un libro nuevo e inspirador para que pudiera disfrutar plenamente de la velada, mientras ella volvía a la cocina y limpiaba minuciosamente todo, poniendo especial cuidado en limpiar la cafetera. Cuando ella terminó, él ya se quejaba una vez más de dolores en el estómago, pero tanto él como Nannie lo atribuyeron rápidamente al exceso de comida, y comenzó a reprenderse por su gula mientras ella lo ayudaba a llegar cojeando a su cama matrimonial. Se acomodó sobre las almohadas con un gemido, y Nannie lo calmó presionando sus labios sobre su frente por última vez. Volvió a su asiento en la otra habitación, encendió todas las luces y sacó una revista romántica de debajo de los cojines. Luego, esperó, haciendo todo lo posible por ignorar los gemidos de angustia que

provenían de la otra habitación, desapareciendo en su propio mundo romántico. Una sonrisa se extendió lentamente por su rostro mientras estaba sentada en su pequeño foco de luz, rodeada de noche por todos lados. Sabía que volvería a encontrar el amor. El amor siempre estaría ahí fuera, esperándola. Siempre lo había estado, y siempre lo estaría. Todo lo que tenía que hacer era dar un paso fuera de la puerta de su casa y sería suyo.

Cuando la ambulancia respondió a su llamada por la mañana, hizo un buen trabajo para obligarse a llorar. La larga enfermedad de Samuel era bien conocida por el médico, que rápidamente atribuyó la muerte a la misma infección gástrica que le había aquejado. Su cuerpo fue enviado a la morgue del hospital, y el pueblo comenzó a reunirse en torno a la pobre viuda Nannie. Todo iba según lo previsto, aunque él la había descolocado un poco al negarse a morir la primera vez. Nannie habría superado el falso duelo y el funeral como siempre y habría cobrado su cheque antes de coger un tren de vuelta a Alabama y a la pila de pretendientes que le esperaban en el buzón, si no hubiera sido por un pequeño obstáculo: El Dr. Schwelbein.

Schwelbein era un auténtico experto en su campo, y se había sentido confundido por la resistencia de la infección de Samuel a los antibióticos durante su estancia en el hospital. Cuando descubrió el cuerpo de su paciente en la morgue, justo un día después de que Samuel hubiera sido dado de alta, supo inmediatamente que algo no andaba bien. Legalmente, Schwelbein no tenía derecho a realizar una autopsia al cadáver, aunque tuviera sus sospechas sobre la causa de la muerte. El informe oficial ya había sido archivado. Sin embargo, su curiosidad y sus abrumadoras sospechas no cedían, así que hizo lo único que podía hacer para descubrir la verdad: se dirigió directamente a Nannie y le pidió permiso para realizar la autopsia del cadáver.

La acorraló en su casa en medio de una multitud de dolientes y comenzó a hablar en voz alta sobre la curiosa muerte de su marido. Los habitantes del pueblo reunidos estaban fascinados al escuchar que, a pesar de las apariencias, la enfermedad de Samuel había sido en realidad terriblemente inusual, posiblemente el resultado de algún tipo de contaminante ambiental con el que había estado en contacto como resultado de su trabajo. Podría significar una crisis de salud pública si no se investigara adecuadamente. Aunque le causara cierta angustia saber que el cuerpo de Samuel iba a ser examinado, seguramente podría consolarse con el hecho de que al hacerlo podría salvar las vidas de muchos más. Si hubiesen estado solos, habría sido posible que Nannie se librase de ello mediante la palabra, pero tal y como se encontraba, rodeada de testigos, no podía hacer otra cosa que dar su consentimiento y firmar el maldito permiso del médico. La

misma apariencia de respetabilidad que siempre había protegido a Nannie, la estaba condenando ahora que alguien estaba investigando realmente sus crímenes.

En el estómago de Samuel Doss, Schwelbein encontró casi la mitad de un asado de cerdo con todo su acompañamiento —apenas digeridos— los restos del café y suficiente cianuro para matar a un caballo. Eran pruebas irrefutables que sólo podían apuntar a una sospechosa.

Apenas unas horas después de la autopsia, la policía llegó para interrogar a Nannie. Ella negó absolutamente todo, por supuesto, pero su tono era extraño. No paraba de soltar pequeñas carcajadas estranguladas, casi histéricas, como si la idea de que hubiera matado a su marido fuera tan ridícula que ni siquiera sabía cómo tomarla en serio. Para cuando la llevaron a la comisaría y luego a la sala de interrogatorios, ya había recuperado el control, y aquellas carcajadas ahogadas se habían convertido en una risita desinteresada. Había traído una de sus revistas de casa y la hojeaba mientras la policía la presionaba para que respondiera. No les dio nada. Durante horas y horas, el interrogatorio persistió sin dar frutos. La policía sabía que Nannie había matado a Samuel, no había duda, pero mientras ella se negara a confesar el crimen, no había garantía de condena. A estas alturas de su vida, la risueña anciana era la imagen misma de una dulce abuelita, y la policía no dudaba de que si la ponían delante de un jurado, los cautivaría y desarmaría con la misma facilidad con la que seguía desconcertando a sus interrogadores.

La abuelita risueña

Mientras que al típico sospechoso se le habría arrancado la revista de las manos y se le habría aplicado una fuerte paliza poco después, los investigadores no pudieron superar la imagen que presentaba Nannie, desviando despreocupadamente cualquier sospecha y riéndose de la idea de que pudiera haber hecho daño a Samuel. Después de pasar casi un día bajo custodia, la policía local se retiró de la sala sin estar más cerca de una confesión, y fue cuando intervino el agente especial Ray Page. Si bien la policía local había trabajado incansablemente con Nannie y se había marchado con aspecto extenuado, ella no había ni siquiera comenzado a flaquear bajo la presión. De hecho, parecía estar floreciendo gracias a toda la atención que había estado recibiendo. Pero mientras atacaban una y otra vez, la investigación había ido avanzando sin que se diera cuenta, y Page había logrado construir ahora una línea de tiempo de la vida de Nannie. Una línea de tiempo que estaba salpicada de misteriosas muertes que la beneficiaban cada pocos años.

Cruzó la mirada de Page cuando éste entró en la habitación, Nannie aun mostraba un brillo en sus ojos y una sonrisa que seguía bailando en sus labios. "Eres un joven muy guapo, pero si crees que he hecho daño a alguien, me temo que eres tan guapo como tonto".

Page la había estado observando entre las muchas llamadas telefónicas que había hecho ese día, y había llegado a creer que, o bien estaba completamente loca y alejada de la realidad, o bien era la mejor actriz que había visto jamás. Pero en cualquier caso, iba a tener que romper el muro que ella había construido a su alrededor si quería llegar a la verdad. Le quitó con cuidado la revista de las manos y la puso delante de él en la mesa, llamando su atención. "¿Crees en los fantasmas, Nannie?"

La pregunta estaba tan fuera de lugar que rompió su barniz de buen humor y la dejó en silencio. Page continuó. "Después de algunos años de trabajo, empiezas a creer en ellos. No persiguen lugares, sino personas. Conozco a mucha gente embrujada, haciendo mi trabajo. Gente que ha hecho el mal y que sabe que lo ha hecho".

Nannie volvió a reírse. "Sigo diciéndoles, muchachos, que no sé de qué están hablando".

"¿Cuántos maridos has enterrado, Nannie? ¿Cuántos de sus fantasmas están en esta habitación con nosotros ahora mismo?"

El brillo de sus ojos se apagó y, por un momento, Page pudo ver el negro abismo que se escondía tras su máscara de cordura. Suspiró, pero no dijo nada.

"Podemos hacer esto de la manera más difícil, recorriendo el país y reuniendo las pruebas de todas las personas a las que has matado. Si

tengo que hacer eso, entonces pediré la pena de muerte. Pero si admites lo que has hecho, las cosas serán más fáciles para ti".

Se produjo un largo momento de silencio y luego volvió a soltar esa maldita risita. "Bien, bien. Puse veneno para ratas en su café".

Tras la ventana de observación, toda la comisaría se había quedado en un silencio sepulcral. Page lo había logrado. Lo había conseguido de verdad. Nannie continuó. "Era un hombre miserable. No me dejaba ver mis programas en la televisión, no me dejaba encender el ventilador ni siquiera en las noches más calurosas. En fin... ¿qué mujer podría vivir en circunstancias así?"

Page le siguió el juego. "Suena muy cruel, Nannie".

Dejó escapar una bocanada de aire. Luego otra risita, como si fuera una niña a la que han pillado robando una galleta en lugar de una asesina confesa. Ahí lo tienes. Ahora tengo la conciencia tranquila. ¿Puedo recuperar mi revista ahora?

"Si nos hablas de tus otros maridos, te la devolveré con mucho gusto".

"¿Me lo prometes?"

Page asintió. "Lo prometo. Ahora háblame de Morton".

En el transcurso de otro día completo, Page consiguió que Nannie confesara el asesinato de cuatro de sus maridos. Ella negó rotundamente haber hecho daño a sus familiares, incluidos sus hijas y nietos, y con todas las confesiones que Page ya tenía por escrito, no presionó a la anciana para que fuera totalmente sincera. Tanto él como Nannie sabían que ella había asesinado a todas y cada una de las personas de su lista, pero como ella no saldría de la cárcel con vida de todos modos, no sintió la necesidad de complicar más la situación.

Nannie fue detenida y los agentes de policía se desplegaron por todo el país para comenzar la espeluznante tarea de exhumar los cuerpos de sus víctimas. Al examinarlos, cada uno de ellos resultó estar plagado de arsénico. Sólo los cuerpos de sus hijas quedaron intactos. El Estado tenía pruebas más que suficientes para encerrarla y no tenía intención de someter a nadie a más traumas de los necesarios. Los reporteros se lanzaron a por Charley Braggs, "el que se salvó", quien ganó bastante fama y dinero divulgando su historia por todo el mundo.

Por supuesto, cuando la policía revisó las pertenencias de Nannie en su casa de campo en Alabama, descubrió que Charley no era el "único" que se había salvado, sino uno de los tantos. Nannie aún tenía una docena de pretendientes en el anzuelo, listos para ser atrapados en el momento en que terminara con Samuel Doss. Tenía una selección de nuevas víctimas que se ofrecían a ella, desesperadas por su atención letal.

La propia fama de Nannie se avivó cuando los reporteros tuvieron

por fin la oportunidad de hablar con ella, y su encantadora y risueña personalidad sorprendió a toda una nación. Le preguntaron qué castigo creía que merecía por haber matado a Doss, y ella respondió: "Lo que decidan hacerme quedará en su conciencia".

Se reunió un panel de psiquiatras para examinar a Nannie antes de la fecha de su juicio, pero por más que lo intentaron, no pudieron encontrar motivos para impedir que fuera juzgada por su salud mental. Estaba sana y sus acciones habían sido claramente calculadas y deliberadas, no actos pasionales. El Estado sólo se molestó en buscar una condena por el asesinato de Samuel Doss, a pesar de que se disponía de amplias pruebas en los otros casos. El juicio de Nannie ya se había convertido en un circo, y no tenían intención de recompensarla con más atención si podían evitarlo. Debía ser juzgada el 2 de junio de 1955 en el Tribunal Penal de Tulsa, pero sus abogados no pudieron presentar ningún tipo de defensa en su favor en todas sus deliberaciones. Por sugerencia de ellos, se declaró culpable el 17 de mayo. Tras una breve audiencia, el juez Elmer Adams la condenó a cadena perpetua sin libertad condicional, pero prohibió el uso de la silla eléctrica debido a su sexo. No tenía ningún deseo de lidiar con la reacción personal de ejecutar a una anciana encantadora, que tan casualmente podía inventar una historia de maridos abusivos para excusar sus propias acciones.

Fue trasladada a la prisión estatal de Oklahoma, donde vivió los últimos diez años de su vida respondiendo al correo de sus numerosos admiradores, tanto hombres como mujeres. Incluso entonces, no renunció a toda esperanza de romance en su vida, encendiendo el coqueteo en muchos de sus corresponsales, incluso sabiendo que no era probable que volviera a ver la luz del día. En 1965, Nannie fue trasladada al ala hospitalaria de la prisión para vivir sus últimos días en la comodidad de los opiáceos. La leucemia acabó con ella. Su corazón seguía latiendo tan fuerte como siempre, pero la sangre que bombeaba se había convertido en veneno. El 2 de junio, a la edad de cincuenta y nueve años, Nannie Doss murió, completamente sola.

Nannie Doss no fue la típica asesina en serie, nada más lejos de eso. Incluso si sus crímenes hubieran sido alimentados por un deseo de gratificación a través del asesinato, en lugar de simplemente como una forma de deshacerse de las personas no deseadas en su vida, el patrón de sus asesinatos fue tan aleatorio e imprevisible, que probablemente habrían pasado desapercibidos de todos modos.

Muchos han atribuido su conducta asesina a la lesión en la cabeza que había sufrido en su infancia, como si ésta hubiera dañado algún "centro moral" de su cerebro, pero la verdad es, por supuesto, considerablemente más complicada. Un historiador familiar señala con bastante propiedad que, a lo largo de las generaciones, en ambos lados

del árbol genealógico de Nannie habría habido personas violentas e iracundas, y que el temperamento de Nannie siempre la había metido en problemas, incluso antes del fatídico golpe en la cabeza. La verdad es que había dos ideales diametralmente opuestos que impulsaban cada una de las acciones de Nannie. El primero, se lo transmitió su padre: la idea de que la vida humana es intrínsecamente inútil y que las personas sólo tienen valor si producen algo o pueden ser útiles, una afirmación bastante común entre los sociópatas. El segundo, le fue transmitido indirectamente por su madre: que el amor verdadero era el objetivo supremo en la vida. Irónicamente, fue este último ideal el que resultó ser el más letal a fin de cuentas. Si sólo le hubieran inculcado el desprecio por los demás, lo más probable es que los hubiera dejado en paz, pero al verse abocada a mantener relaciones románticas exitosas a lo largo de su vida, y al depender su felicidad del éxito de esas relaciones, la joven soñadora se transformó en una máquina endemoniada que habría seguido arrollando la vida de los hombres para siempre hasta que la detuvieran, más por suerte que por cualquier tipo de intervención.

La sociedad que creó a Nannie, con su desprecio por las mujeres más allá de su condición de esposas y madres, le proporcionó asimismo la cortina de humo perfecta tras la que operar. Nadie podía esperar que una mujer frágil y simpática como ella estuviera detrás de una brutal serie de agónicas muertes por envenenamiento. La vida y los tiempos en los que había nacido fueron el camuflaje perfecto para sus acciones.

Hasta hoy, el legado de "La abuelita risueña" perdura en la conciencia pública, y se repite una y otra vez en la ficción criminal, recordada, a veces demasiado tarde, cada vez que una esposa agraviada recibe la humilde tarea de preparar una comida para su marido.

MATAR A TODOS

Una Historia Real Sobre Violaciones, Venganza y La Creación de un Monstruo

Perdido en el mar

Carl lo deseó incluso antes de saber por qué. Había muchos marineros en los bares de Nueva York cada noche, y hay mucho que decir sobre el atractivo de un hombre con uniforme. De hecho el propio atractivo del uniforme había sido suficiente para tentar a Carl a tomar algunas malas decisiones a lo largo de su vida, pero nada de eso tuvo relevancia a la luz de la sonrisa confiada y el paso arrogante que divisó al otro extremo del salón. Ese pequeño bastardo se creía el rey del mundo. Creía que su uniforme planchado y su barbilla hendida le daban el dominio del lugar, que viviría eternamente y sería el protagonista de los sueños de todos los hombres, mujeres y niños con los que se cruzara. Carl había conocido a muchos hombres así a lo largo de los años y, a su debido tiempo, los había destrozado a todos.

No había sonido más placentero en todo el mundo que el pequeño gemido animal que emitían cuando todas sus ilusiones sobre el mundo se desvanecían. Cuando se daban cuenta de que el fino barniz de la civilización podía ser despojado fácilmente para revelar la salvaje verdad que había debajo. A Carl le encantaba aleccionarlos. A todos esos jóvenes presumidos, honrados ciudadanos que creían que el mundo les debía algo más que dolor. Le encantaba estar allí cuando se daban cuenta de que había un poder en este mundo más grande que el suyo. Y ese poder quería que sufrieran.

Por supuesto, tenía la suficiente experiencia como para dar a conocer su interés por este nuevo chico. Si lo hacía muy evidente, se sentirían amenazados y volverían corriendo a sus barracones con el rabo entre las piernas. Carl tenía que provocarles, esperar a que se tomaran sus copas y averiguar qué tipo de presión tenía que ejercer para que se fueran con él. Si se habían criado en la pobreza, como él, era sólo cuestión de mostrarles algo de dinero y ofrecerles una ayuda con su barco. Los chicos pobres eran los más fáciles de detectar, siempre prestando demasiada atención a controlar sus zapatos para poder bailar correctamente.

Más allá de los que se podía conseguir con sólo un destello verde, abundaban en la marina los sodomitas a los que podía convencer para que se unieran a él sin ningún precio, más allá de la promesa de su sonrisa depredadora. Eran los que más le gustaban, porque eran los que más tenían que perder si se filtraba un solo susurro de lo que planeaba hacerles. Por supuesto, no habría tenido ningún reparo en marcar a todos los otros hombres que violó en su barco con la misma brocha, pero estos ni siquiera podrían fingir que se tratara de una mentira. Preferirían desmentir haberse ido con él, antes que admitir que les gustaba que les dieran por el culo. Podría soltarlos después de haber terminado con ellos, si así lo deseara. Pero claro que no lo

deseaba.

El último grupo era el más difícil de atrapar, pero resultaba mucho más satisfactorio para Carl cuando lo conseguía; los chicos engreídos como el que acababa de entrar. Había que darles licor, reforzar su ego, engatusarlos un poco. Era todo un gran acto de malabarismo para convencerlos de que, de alguna manera, les convenía venir a pasar un día navegando. Un día en un yate privado durante su licencia, les permitiría ganar suficiente dinero para hacer que el resto de su licencia en tierra fuera placentera. Carl hablaba de ello como si fuera una fiesta, que apenas navegarían, que habría mujeres hermosas y alcohol a raudales. En su barco habría alcohol, pero las únicas mujeres serían las que él haría de aquellos chicos de rostros lozanos, cuando les inmovilizara la cara contra los duros bancos del camarote y les hiciera aullar llamando a sus madres.

Por mucho que Carl deseara a aquel nuevo marinero, era más una criatura de oportunidades que de deseos. Cuando la banda dejara de tocar y los jóvenes del bar comenzaran a emparejarse, él se lanzaría a por el marinero y, si la suerte le acompañaba, conseguiría que el chico subiera al *Akista* con las mentiras habituales de que necesitaba que lo repararan, o que necesitaba que le echaran una mano con la navegación y la fiesta al mismo tiempo. Si el chico pareciera resistirse a la idea —o si parecía que iba a dar más problemas de los que valía— Carl pasaría al siguiente. Apenas podía moverse uno en estos bares debido a la cantidad de marineros fuera de servicio que acudían. No le costaría encontrar al menos a uno que le gustara y que fuera lo bastante tonto como para tragarse la historia.

La noche avanzaba y el licor corría a raudales. Había muy pocas cosas en su vida que Carl disfrutaba realmente en lugar de padecerlas, pero el whisky ocupaba el segundo lugar entre ellas. Y aquella noche, como en la mayoría de las noches, se esforzó por disfrutar de él todo lo que le fuera físicamente posible, sin que interfiriera en sus otros planes. En todo caso, el tono de su voz no hacía más que dar crédito a la idea de que era un tonto con demasiado dinero para gastar, empeñado en pasarse la vida de fiesta. Nadie esperaba ser burlado por un borracho. La subestimación siempre había sido una de las cosas en las que Carl confiaba. Si parecía un hombre estúpido, la gente pasaría por alto los momentos en los que había sido más astuto que ellos, tratándolos como simples coincidencias.

Había pasado toda su vida asegurándose de que lo pasaran por alto de esa forma. Encorvando los hombros para parecer más pequeño. Manteniendo una sonrisa inexpresiva en su rostro cuando era insultado por personas que pensaban que estaban hablando por encima de su cabeza. Conocía el secreto detrás del velo del mundo. No sentía ninguna necesidad de llamar la atención; mostrarse a sí mismo

sólo invitaría a los problemas. Si fuera por Carl, atravesaría la vida como un tiburón en el agua, sin dejar ni una sola onda.

Todo dio resultado cuando el chico llegó y se sentó en un taburete junto a Carl sin siquiera haberlo invitado. Entre copa y copa, Carl había estado tanteado a algunos de los marineros presentes de aspecto más suave, uno que lo había mirado de arriba abajo con una mirada depredadora y otro que cuidaba tanto de su uniforme que había empezado a deshilacharse en los puños. Ambos objetivos fáciles, con los que se habría conformado de buena gana si la suerte no le hubiera acompañado, pero parecía que esta noche, precisamente, las fuerzas del caos entre bastidores estaban completamente de su lado.

"He oído que estás buscando a alguien que navegue por ti mañana. Alguien con un poco de experiencia". Carl no pudo evitar reírse de aquel imbécil de barbilla calva, que intentaba hacerse pasar por un viejo y sabio marinero. "Esos dos de ahí son buenos tipos, y Dios sabe que a Tony le vendría bien el dinero. Pero por lo que he oído, necesitas un toque de clase. Tienes un yate, no un pequeño bote, y quieres a alguien que no sólo sepa cómo manejar el aparejo, sino que pueda comportarse adecuadamente frente a tus invitados. Esos muchachos, los amo, y podrían hacer funcionar tu yate a buen ritmo, sin duda. Pero en cuanto les presentas a alguien de la alta sociedad, se les traba la lengua. Te avergonzarían delante de tus amigos elegantes".

Carl soltó un suspiro y disimuló la sonrisa, luchando por recomponerse con otro sorbo de whisky. "Gracias por la advertencia, chico. Supongo que seguiré buscando entonces".

"No hace falta, amigo. Tengo al marinero adecuado para ti, sentado justo aquí".

Carl se empeñó en mirar más allá del chico, sólo para ver hasta qué punto podía enfurecerlo, pero una vez más, la suposición era que el idiota era Carl, no él. "No, amigo. A mí. Quieres contratarme para que maneje tu barco por ti".

No era frecuente que Carl consiguiera uno tan desesperado por morir. "No estoy seguro. Esos otros chicos parecen haber estado en el mar mucho más que tú".

"Esa es la verdad, amigo, pero todo lo que tienen es tiempo en los vapores. No distinguirían una vela mayor de un timón aunque los pusieras en un yate. ¿Yo? He navegado en barcos de verdad desde que era demasiado joven para mear por la borda".

Carl dejó que un esbozo de sonrisa se dibujara en su rostro. “¿Es así?”

“Lo es. Me he quemado más con la cuerda que esos chicos con las cenas calientes, y si quieres a un marinero de verdad en tu yate, soy tu hombre".

Carl bebió el resto de su whisky y sonrió mientras tragaba

quemando su garganta. "Muy bien, muchacho, coge tu abrigo".

“¿Lo dices en serio, amigo?” La cara del arrogante bastardo se iluminó de alegría.

Carl se estremeció. Iba a amar cada momento de esto. Iba a exprimir la felicidad de ese chico hasta que no le quedara más que dolor. Y luego iba a hacer que ese dolor pareciera un simple tirón de orejas. Sonrió. “Tengo una botella del mejor licor en el barco y un camarote para que duermas allí. Así estarás listo para mañana. ¿Qué te parece?”

“Me parece muy bien, amigo. Déjame tomar mis cosas".

Carl lo detuvo con un férreo apretón en la nuca cuando vio el primer destello de confusión tras el estupor de la borrachera, acercó al chico para susurrarle al oído. "Es mejor que no le cuentes esto a tus amiguitos. No querrás que se enfaden sólo porque te he elegido a ti antes que a ellos".

"Tienes razón, amigo. No quiero que me sacudan el esqueleto".

Carl aflojó la mano y la deslizó hacia abajo para palmear la espalda del marinero. "Nos vemos en el frente, entonces".

Afuera en la calle completamente a oscuras, aun se podía escuchar el eco de la música de una docena de bares y clubes. Carl iba a la deriva, tratando de distinguir una sola melodía en el pandemónium sin conseguirlo. La luz salía por entre las persianas mal colocadas e iluminaba, tan solo por un momento al pasar, su rostro frío y demacrado, carente de emoción alguna. El chico del bar lo alcanzó a la carrera. "Oye, espera ahí arriba".

“No me iba a ir sin ti, muchacho. No te preocupes".

El chico buscaba a tientas en su bolsillo un cigarrillo armado a mano, y Carl sintió el placer al cegarlo con el destello de una cerilla que le ofreció. El chico parecía tan joven e inocente en ese momento de sobresalto que Carl estuvo a punto de tirarlo a la cuneta y hacer lo que quisiera con él en ese mismo momento, tirando por la ventana toda su cuidadosa trama y planificación, sólo para llegar antes a ese perfecto momento de desesperación. No lo hizo, porque ser impetuoso lo había metido en más de un problema en su momento, pero la tentación era real.

Pasó su brazo por los hombros del marinero y lo guió con cuidado por los adoquines, alejándolo de las miradas indiscretas y distracciones. Había más whisky esperando al chico en el barco, mejor que aquel de mala calidad que vendían en el bar. Aquello fue suficiente estímulo para que el pequeño bastardo se enganchara. Luego, una vez que estuviera bien dormido, Carl le haría lo único que le gustaba en el mundo más que el whisky, con los dedos apretados alrededor de la garganta del despreciable bastardo.

Por la mañana, el *Akista* zarparía, tal como había prometido Carl

en el bar. No había mentira en eso. El único engaño era quién estaría al timón y qué tipo de travesía harían. El marinerito estaría en la bodega para que su olor no pudiera irritar la nariz de Carl, y su destino sería su vertedero favorito para todos los marineros que había violado y robado en el pasado. Nunca se molestó en aprender sus nombres. Ninguno de ellos duró más que la primera noche.

Nacido en el Fango

El 28 de junio de 1891 nació un niño en East Grand Forks, Minnesota, el octavo y último hijo de la pareja de inmigrantes prusianos Johann y Mathilda Panzram. Decir que Carl no era tan querido como sus hermanos mayores sería quedarse corto. No es que sus padres tuvieran favoritos, ni que lo trataran con especial crueldad. Simplemente estaban agotados. La pareja trabajaba día y noche como "labradores de tierra" en un terreno infértil que la familia poseía en las afueras de Warren, Minnesota. En cuanto un niño tenía edad suficiente para caminar, también lo ponían a trabajar. En ese momento de la historia, la tierra se seguía repartiendo a los emigrantes que llegaban a los Estados Unidos y, a pesar de su falta de experiencia como agricultores, Johann y Mathilda estaban decididos a alcanzar el sueño americano, un sueño que se alejaba cada vez más con cada nueva boca que tenían que alimentar y cada cosecha fallida que tenían que soportar.

Cada uno de los siete hermanos mayores de Carl tenía sus tareas en la granja, y no pasó mucho tiempo antes de que Carl se viera obligado a realizar las mismas tareas ingratas. El Estado obligaba a todos los niños a ir a la escuela a partir de los cinco años, y Carl quizá esperaba que eso le permitiera librarse del trabajo agrícola, pero el tiempo que dedicaba a la educación no salía de las horas asignadas para trabajar en la granja. Por el contrario, se le quitaba del tiempo de sueño, de modo que finalmente este se redujo a sólo dos horas, pasando el resto de la fría noche fuera haciendo el duro trabajo manual que antes ocupaba sus días.

La falta de sueño y el duro trabajo pronto empezaron a hacer mella en la salud del niño. Durante la primera semana de esta rutina, Carl se limitó a estar agotado, pero a partir de entonces su estado no dejó de deteriorarse. Su trabajo escolar empezó a resentirse de inmediato, y a cada pregunta que se le planteaba sólo respondía con una mirada perdida. Fuera, en el patio, sus compañeros se esforzaban por sacarle una respuesta cuando llegaba la hora de jugar, incluso cuando intentaban atraerlo con su juego favorito: vaqueros e indios. Carl era como un muerto en vida, con apenas 7 años y completamente perdido en el mundo. Los efectos físicos de este agotamiento siguieron poco después de su desolación mental. Desarrolló una tos atroz que nunca parecía desaparecer, junto con una docena de otras dolencias menores y su familia no podía permitirse el lujo de que un médico lo examinara. Tras meses de esta rutina, desarrolló una peligrosa infección de oído que le provocó una inflamación tan aguda que le dejó sordo de un oído. Ni siquiera sus padres, tradicionalmente negligentes, podían dejarle seguir en ese estado. Además de dejarle

sordo, la infección había afectado tanto a su equilibrio que ya no era capaz de caminar recto. Si Carl no podía caminar, no podía trabajar, y eso era una situación inaceptable. A pesar de lo enfermo que estaba, la situación económica de la familia no había cambiado mucho, así que su padre decidió que aplicaría la experiencia que había desarrollado trabajando con animales de granja en su propio hijo.

Una noche, toda la familia se reunió en torno a la mesa del comedor sujetando el cuerpo debilitado e indefenso de Carl, mientras su padre se dedicaba a trabajar en su oído con un cuchillo de cocina, tratando de extirpar el origen de la infección como lo haría con una vaca ulcerada. Cada uno de sus hermanos tuvo que poner todo su peso encima de Carl para mantenerlo inmovilizado mientras chillaba de agonía y su padre lo rebanaba displicentemente. Fue una suerte que se desmayara del dolor antes de que sus golpes le clavaran el cuchillo en el cerebro. Largos y húmedos minutos después le despertaron de su sueño al verterle agua caliente casi hirviendo en la oreja para "limpiar la herida", y esta vez ni siquiera la fuerza de toda la familia fue suficiente para sujetarle. Se liberó gritando a todo pulmón, y cuando uno de sus hermanos trató de acercarse lo suficiente como para agarrar al chico de nuevo, fue replicado con un puñetazo en la cara. Carl había perdido todo el control de su temperamento desde que le hicieron la primera incisión. Sus hermanos afirmarían más tarde que el dolor lo había llevado al frenesí, pero la espantosa verdad del asunto era que los ineptos intentos de cirugía de su padre muy probablemente invadieron su cerebro, en particular, el lóbulo frontal donde se centra el control de los impulsos.

Desde ese día, Carl adquirió la reputación de ser salvaje y violento. Hasta el más mínimo insulto era respondido con sus puños. Si la operación hubiera tenido éxito, probablemente esto habría supuesto un problema más grave a corto plazo antes de que aprendiera a controlar su temperamento. Pero, tal y como estaba, la infección de la oreja siguió extendiéndose hasta que Carl tuvo que ser hospitalizado durante varias semanas para recuperarse. Los cortes que le habían hecho en la oreja, permitieron que la bacteria se extendiera aún más profundamente en su cabeza, y es bastante probable que sufriera alguna inflamación del cerebro durante su estancia en el hospital, lo que le provocó algunos ataques menores mientras estaba internado.

Finalmente, le devolvieron a casa, pero para entonces las cosas ya habían empezado a desmoronarse para la familia Panzram. El coste de su estancia en el hospital había arrastrado sus ya tambaleantes finanzas por las alcantarillas, y un hermano tras otro había ido encontrando trabajo en otro lugar y había seguido adelante con sus vidas lo antes posible. Carl se convirtió en el terror de la casa,

totalmente incontrolable por cualquiera de sus padres, y tan propenso a arremeter como a obedecer cuando se le asignaba una tarea en la granja.

Sin esperanzas de mantener vivo su sueño de una granja próspera, Johann desapareció poco después del último de sus hijos, aparentemente en busca de ayuda de parientes lejanos que se habían establecido más al este, pero en realidad nunca tuvo la intención de regresar. Dejó la granja completamente desprovista de mano de obra capaz y a la pobre Mathilda cargando con todas las deudas pendientes de la propiedad. Con la ayuda de la comunidad local, y mediante la venta de grandes porciones de sus tierras, fue capaz de mantener la casa de la familia intacta y fuera de las manos del banco, pero esto los dejó como indigentes, raspando y luchando sólo para poner comida en la mesa y ropa sobre sus espaldas. Todos los hijos que tenían edad para trabajar habían abandonado el barco a la primera señal de problemas, y aunque Mathilda podría haber esperado algún apoyo de los hijos que había criado, el entorno frío y sin amor no había infundido en ninguno de ellos sentimiento alguno. Estaba sola con Carl, y éste se estaba convirtiendo rápidamente en un peligro para sí mismo y para los demás.

La ausencia de Johann Panzram fue el sello final del comportamiento de Carl. Sólo la amenaza siempre presente de la violencia de su padre había mantenido a Carl a raya, incluso antes de que perdiera todo el control sobre sus estados de ánimo. Pero, una vez levantada esa restricción, empezó a comportarse precisamente como quería. Su asistencia a la escuela nunca se recuperó después de su ausencia médica, con algunas visitas puntuales durante los meses siguientes, seguidas de un ausentismo escolar perpetuo. Por primera vez en su vida, Carl disponía de mucho tiempo libre para deambular por Warren, contemplar el entorno y pensar por sí mismo.

Como la mayoría de los sitios de EE.UU. a principios de siglo, Warren era una ciudad de extrema riqueza, que convivía junto a una pobreza espantosa, a menudo a un paso de distancia. Carl intentaba descifrar por qué algunas personas tenían todo lo que podían desear y otras no tenían nada, pero todavía era demasiado joven para elaborar una filosofía coherente que lo explicara. Lo único que sabía con certeza era que quería las cosas que tenía la gente rica, y si encontraba la oportunidad, la aprovecharía.

Su primer arresto llegó poco después. No por robo o hurto, sino por embriaguez pública. Había estado robando las provisiones de licor de su padre desde mucho antes de que el hombre huyera de la granja; sus hermanos mayores le habían enseñado a forzar la sencilla cerradura del armario. Pero, desde que se agotaron las provisiones, Carl había comenzado a frecuentar los bares de la ciudad, donde había

sido adoptado por algunos de los alcohólicos locales como una especie de mascota. Era una situación que había intentado cultivar nuevamente varias veces durante su juventud, pero la relación amistosa, casi familiar, que había conseguido mantener con aquellos borrachos, en la que le daban sorbos de whisky por nada más que su juvenil compañía, no era algo que pudiera volver a encontrarse una vez fuera en el mundo. La policía lo detuvo inicialmente por una pelea en la calle con un chico varios años mayor que él. Estaban dispuestos a considerarlo como una travesura juvenil, pero cuando se hizo evidente que estaba borracho, no tuvieron más remedio que detenerlo.

Después de que lo dejaran al cuidado de su madre, Carl apenas dudó un momento antes de volver a la barra en busca de su próxima bebida. El alcohol hacía que su dolorosa e injusta vida pareciera menos injusta, y rápidamente se convirtió en una necesidad para pasar el día. El único efecto negativo del alcohol, más allá de las resacas que se veían empequeñecidas por sus habituales dolores de cabeza, era la disminución de sus inhibiciones. Con su temperamento violento, no tener ninguna barrera antes de entrar en acción, significaba un peligro para todos los que le rodeaban. Por suerte, cuando su baja inhibición le llevaba a tener problemas, éstos eran de tipo infantil. A menudo se sentaba en una colina con vistas a la granja de su vecino —inmaculadamente mantenida y cargada de lujos— y se preguntaba qué era lo que les hacía tener más derecho a las comodidades que él y su propia familia. Y en su estado de embriaguez, se dio cuenta de que la única diferencia entre él y ellos era que ellos habían conseguido lo que querían.

Se dirigió a casa de sus vecinos y entró por la puerta principal abierta. Pasó a la cocina y robó una tarta y una manzana. Si ese hubiera sido el final de esas "travesuras juveniles", probablemente la ley nunca se hubiera involucrado. Su madre le habría dado una reprimenda y le habría obligado a disculparse, pero el joven Carl todavía tenía ideas románticas sobre sí mismo a esa edad.

Quería ser un vaquero cuando fuera mayor, así que cuando vio un revólver en una vitrina de vidrio, se gravitó hacia él como una polilla atraída por la llama. Con el revólver metido en el cinturón y el pastel bajo el brazo, Carl salió corriendo hacia su casa, satisfecho con su botín.

La policía llegó poco antes de la puesta de sol. Apenas tuvieron que hacer una sola pregunta en la granja vecina antes de que la identidad del culpable saliera a la luz. Carl era conocido por la policía como un alborotador, y esta vez no se saldría con la suya. El tribunal pretendía dar un escarmiento para mantener a raya a todos los demás niños pobres que pudieran verse tentados a tomar algo de sus superiores.

La Sala de Pintura

En 1902, Carl pasó al cuidado del Reformatorio del Estado de Minnesota, lo más parecido a una prisión para niños que tenía el Estado. Era un centro cristiano, construido en torno a los principios de disciplina y moral mediante la flagelación.

A su llegada, Carl, de 11 años, fue conducido entre los imponentes edificios de hormigón y las altas vallas hasta el acogedor despacho del director, que insistía en que todos los niños a su cargo se refirieran a él como "Padre". Una vez que la puerta se cerró con llave detrás de Carl, el director comenzó a interrogarlo sobre sus tendencias homosexuales. A los 11 años, Carl no tenía ninguna. Nunca había oído hablar de la homosexualidad antes de esa conversación, pero estaba a punto de recibir un curso intensivo con todos los detalles morbosos. Carl fue desnudado de la cintura para abajo, y el director montó un gran espectáculo examinando cuidadosamente sus genitales y su recto en busca de cualquier "señal de pecado". Con el chico expuesto, el director, con su cara roja, comenzó a describir exactamente lo que un homosexual depredador podría querer hacerle. Esta descripción pronto fue más allá de las palabras y llegó a las demostraciones físicas de algunos de los actos. Carl salió de su despacho una hora más tarde, conmocionado por el trato que acababa de recibir. La situación sólo empeoraría una vez terminada su inserción.

Las literas eran austeras, pero no peores a lo que Carl estaba acostumbrado, y su fama de pendenciero le precedía, por lo que no fue necesaria ninguna de las posturas habituales frente a los demás chicos. Carl no tenía ningún interés en hacer amigos, y ellos no tenían intención de tender una mano de amistad a un extraño con el ceño fruncido que no sabía nada de cómo funcionaban las cosas allí. Durmió a duras penas durante la noche, haciendo todo lo posible por no pensar en lo que le habían hecho en la oficina del director. Por la mañana, un par de guardias, apodados "ayudantes" por el director, vinieron a recoger a Carl y lo instruyeron sobre las formas en que mejoraría mientras estuviera bajo su cuidado. Antes de que saliera el sol, se dirigió con ellos al extremo más alejado del recinto, lejos de la oficina del director, de la calle y de cualquier atisbo de civilización, hasta que llegaron a un galpón de madera escondido fuera de la vista de cualquier transeúnte. Este era el lugar que convertiría al joven Carl en el hombre que algún día llegaría a ser. Era la Sala de Pintura.

Cuando escuchó a los guardias describirla como tal, Carl supuso que iba a pasar las horas aprendiendo a pintar o, peor aún, que lo iban a meter en algún programa de arte afeminado, pero no tenía por qué preocuparse. Se llamaba Sala de Pintura porque allí llevaban a los niños a "pintar sus cuerpos de negro y azul". La intención de llevar por

primera vez a los recién llegados a la sala de pintura, era sacarlos de sus antiguos comportamientos y darles una indicación muy clara del trato que recibirían si se salían de la línea durante su estancia.

Por segunda vez en unos tantos días, Carl fue despojado de su ropa hasta quedar en cueros. Luego, lo sujetaron boca abajo en un banco de madera y le colocaron una toalla raída empapada en agua salada sobre la espalda. Poco después comenzaron los azotes. El cinturón con el que lo golpearon había sido fabricado especialmente por un marroquinero según el diseño del director. Era una amplia extensión de cuero, perforada por todas partes con agujeros, similares a los que se encuentran en un cinturón normal, pero con un propósito totalmente diferente. Cada vez que golpeaba la espalda del muchacho, arrancaba la piel que quedaba atrapada en esos agujeros hasta convertirse en ampollas, y cuando un golpe caía en el mismo lugar, esas ampollas estallaban, y el agua salada punzante comenzaba a hacer su terrible trabajo.

En esa primera de las muchas visitas al galpón, el propio director acudió a observar y a deleitarse con los gritos de dolor de Carl. Cada vez que Carl lanzaba un grito, la cara del director se enrojecía más. Disfrutaba de cada momento. A partir del momento en que Carl se dio cuenta de que sus captores estaban disfrutando de sus gritos de dolor, guardó un silencio sepulcral. Incluso cuando esto hizo que su torturador comenzara a golpearlo cada vez más fuerte, Carl siguió sin quebrarse ni gritar. Los brutales tormentos que debían sacar toda la maldad de estos chicos tuvieron un efecto totalmente diferente en Carl. En cambio, le sacaron toda su debilidad y empatía humanas. Lo convirtieron a la fuerza en un hombre.

No tuvo tiempo de descansar después de la flagelación. Carl tuvo que volver a ponerse la ropa sucia sobre la espalda en carne viva y dirigirse a las clases de la mañana. Las clases se centraban exclusivamente en el estudio de la Biblia y en discusiones sobre moral, aunque "discusiones" era un término demasiado fuerte para referirse al aprendizaje de memoria y a la repetición de los puntos de vista que el reformatorio se proponía impartir a sus pupilos.

Después de las clases, tenían un breve descanso para almorzar, y luego los niños pasaban a sus tareas. Como Carl no tenía ninguna habilidad especial, lo pusieron a trabajar en las cocinas, preparando la cena para los oficiales y el director. El primer día en la cocina, Carl realizó sus tareas mecánicamente, apenas lo suficientemente consciente de su entorno como para procurarse algo decente para comer más tarde, pero no tardó en darse cuenta de cómo podía vengarse de los guardias. Comenzó a orinar en cualquier líquido que pudiera tener a mano y a masturbarse sobre la comida en cada oportunidad que tenía, sin que los chicos mayores que debían ser sus

supervisores y el único guardia que estaba apostado en la cocina para asegurarse de que no se perdiera ningún cuchillo lo pasaran por alto.

No es necesario aclarar que a Carl no le iba bien en sus clases. No respetaba a los líderes pseudo-religiosos que se encargaban de educar a los chicos, no tenía fe para convencerse de que seguir sus consignas era el camino al Cielo, y no quería mostrar debilidad frente a los demás chicos ni frente a los guardias. Esto le llevó a ser arrastrado diariamente a la Sala de Pintura. Sus heridas nunca se cerraban, y era un milagro que no le generaran una infección, dado que los niños rara vez tenían la oportunidad de asearse.

Los guardias del reformatorio consideraban el comportamiento y la actitud de Carl como un desafío directo a su autoridad. Lo veían como el único niño al que no podían doblegar. Así que hicieron lo único que tenía sentido para ellos: se esforzaron más. Estos guardias no estaban formados, no se les exigía ningún tipo de evaluación ni educación como a los guardias de las prisiones reales. La rotación de nuevos guardias era astronómica cuando se enteraban de lo que realmente implicaban sus tareas, pero los que se quedaban, se quedaban allí de por vida, y las historias que difundían por la comunidad local atraían al reformatorio a todos los demás sádicos sin formación que buscaban empleo. Eran el tipo de hombres que, cuando se les daba el trabajo de golpear a los jóvenes hasta la sumisión, no sólo no se amilanaban sino que se entusiasmaban con la propuesta. Sin embargo, incluso ellos se encontraron sobrepasados ante el estoicismo de Carl. No importaba lo que hicieran con el chico, no podían doblegarlo, y la mayoría de las veces sus sesiones en el Salón de Pintura terminaban no porque el chico no pudiera aguantar más, sino porque sus torturadores estaban demasiado exhaustos para continuar.

Ante este reto, el director echó mano de sus profundos bolsillos y encargó una nueva pieza para la Sala de Pintura. Esta vez no se trataba de una simple pieza de marroquinería, sino de una máquina de remos que funcionaba a manivela y que simplificaba todo el trabajo de golpear a los niños para que se sometieran y se volvieran piadosos. Pero, aunque ciertamente eliminaba el esfuerzo de la tarea, era considerablemente menos eficaz que los golpes administrados con malicia humana. La misma consistencia para la que fue construida la máquina resultó ser su mayor debilidad. Todos los golpes que propinaba eran idénticos en cuanto a fuerza y ubicación, sin ninguna variación que se aprovechara de los puntos débiles o de la psicología del niño. Las sesiones de la Sala de Pintura podían prolongarse aún más que antes, pero resultaban totalmente inútiles para doblegar a Carl, y su eficacia con los demás chicos también se redujo notablemente. Si bien algunos culpaban de ello a la nueva máquina, el

director seguía estando seguro de que la disciplina vacilante era el resultado de la rebeldía del joven Carl. Para el director, los otros chicos lo veían como una especie de héroe por haber permanecido inconmovible ante tanto dolor, y sacaban su propia rebeldía de la reverencia hacia él. No podía soportarlo, así que el director empezó a interesarse personalmente en los castigos de Carl una vez más, encerrándose con el chico en la Sala de Pintura y añadiendo nuevas profundidades de humillación sexual a las pesadillas que ya tenía que soportar a diario.

Mientras tanto, Carl seguía haciendo sus pequeñas adiciones a la comida y la bebida del personal, sin llamar la atención de nadie. El propio director no solía comer en el comedor con los demás, prefiriendo su propia y refinada compañía y las comidas hechas por su mujer. Pero, cuando una noche decidió reforzar la moral sentándose con sus hombres, Carl vio por fin la oportunidad para una venganza más directa. En lugar de orinar o masturbarse en la comida del veterano, Carl localizó la provisión de veneno para ratas de la cocina y le echó una buena dosis. Fue la primera vez que Carl intentó asesinar deliberadamente a otro ser humano, un acto al que se había visto empujado por la constante brutalidad a la que había estado sometido, además de su propia e inagotable rabia. Pero, mientras todas sus adiciones más corporales a la comida pasaron desapercibidas, su supervisor en la cocina detectó el veneno para ratas abierto y evitó que el café saliera.

Después de que Carl fuera denunciado por este intento de asesinato, se le retiró del servicio de cocina y se le adjudicó la tarea de mantener el recinto limpio, por dentro y por fuera. Había intención de castigar más al chico, pero los guardias y el director habían llegado al límite de su imaginación cuando se trataba de nuevas torturas que infligirle. Ya le habían hecho lo peor que podían al chico, y lo único que habían conseguido era enfurecerlo cada vez más.

Durante su estancia en el reformatorio, Carl comenzó a aprender algunas lecciones morales, pero ciertamente no eran las lecciones que se impartían en clase. Eran los mensajes prácticos que recibía cada día mientras estaba atado a un banco y era golpeado con toda la fuerza de una docena de hombres adultos. Los fuertes se aprovechan de los débiles. Esa era la verdad fundamental que Carl no podía quitarse de la cabeza. Los guardias eran más fuertes que él, y eso les daba derecho a infligirle los tormentos que quisieran mientras estuviera en su poder. Pero Carl no era el más débil del campo. Ni mucho menos. Había chicos más jóvenes que él en el instituto, e incluso algunos de los chicos varios años mayores que él, no podrían enfrentarse a él en una pelea. Él era más fuerte que ellos, y ellos tenían miedo de esa fuerza. Puede que no fuera capaz de vengarse de los guardias o del director,

pero esos otros chicos —esos débiles niños— eran la válvula de escape ideal para su furia.

En aquel momento, existía un precepto filosófico que aún circula con fuerza. Una mezcla de puro interés propio y los ideales más amplios del imperialismo y el derecho divino a gobernar. Mientras el reformatorio cristiano enseñaba la versión más abstracta, que giraba en torno a que Dios daba a las personas que tomaban las decisiones correctas, el poder que necesitaban para gobernar, citando cualquier número de reyes bíblicos en apoyo de la idea, Carl era capaz de reducirlo a la verdad más fundamental que los adultos solían esgrimir cuando pensaban que los jóvenes impresionables no estaban allí para absorber sus malas lecciones: el poder otorga el derecho.

Intimidaba y golpeaba a los demás chicos hasta casi matarlos, aceptaba sin inmutarse los castigos por salirse de la línea y escupía en la cara a la autoridad en todo momento. El director, indignado por esta rebelión abierta, como una prueba más de la "naturaleza fundamentalmente malvada" de Carl, aumentó los castigos que recibía hasta que se pasaba casi todas las horas de trabajo recibiendo golpes de los diferentes turnos de guardias en la Sala de Pintura. Su propia carga de trabajo se prolongaba hasta la noche, suponiendo que sólo el agotamiento le impediría actuar de acuerdo a sus impulsos malignos. Pero Carl, ya acostumbrado a vivir con sólo dos horas de sueño, era tan inmune a esta tortura como lo había sido a todas las demás. El resultado final fue el de haber adquirido la libertad para vagar por el recinto por la noche, casi sin supervisión. Supuestamente, esto era para que pudiera hacer toda la limpieza que no había podido hacer durante el día, pero sin nadie que lo vigilara, se convirtió rápidamente en el momento de diversión para el joven.

Por mucha educación que le faltara en materias no morales, Carl seguía poseyendo una inteligencia feroz, y no tardó en darse cuenta de que los productos químicos de limpieza que los guardias repartían libremente eran en realidad sustancias extremadamente peligrosas en las manos equivocadas, y las suyas eran sin duda las manos equivocadas.

Utilizando removedor de pintura y productos análogos a los acelerantes, cometió su primer acto pirómano vengativo en la oscuridad de la noche. No había nadie en la Sala de Pintura cuando encendió el fuego, aunque dado lo dispuesto que estaba Carl a envenenar al director, parece poco probable que la idea del asesinato fuera lo suficientemente aborrecible para él como para frenar su venganza.

El director estaba absolutamente furioso por el incendio y la destrucción de los artículos especiales que había creado para esa sala, pero no tenía forma de demostrar que había sido Carl, ni siquiera que

había sido un incendio provocado, no sin involucrar a los bomberos locales, atrayendo un escrutinio no deseado a las prácticas del reformatorio. Entre los internos no era un secreto que Carl era el responsable de la destrucción de la odiada Sala de Pintura, y aunque se había ganado el respeto de los mayores con su temperamento inquebrantable y su disposición a luchar contra cualquiera, ahora también tenía su gratitud. Un día, después de la comida, algunos de los "alumnos mayores" lo apartaron y empezaron a instruirlo sobre cómo salir del reformatorio. Ahí fue donde Carl aprendió la segunda lección valiosa de este periodo de su vida: las personas se creerán cualquier mentira que les cuentes siempre que sea lo que quieren escuchar.

A la mañana siguiente, en las clases, se mostró atento y educado con los profesores, repitiendo como un loro, sin demora, cualquier fragmento de dogma que le soltaran. Pero, más que rendir adecuadamente, Carl parecía empeñado en sobresalir. Formulaba preguntas para obtener respuestas más complejas a los dilemas morales, mostraba una verdadera comprensión de los temas que se discutían y, lo que es más importante, empezaba a mostrar signos reales de haber adoptado la fe como propia.

La conversión de Carl fue la comidilla de los guardias, y toda su actitud y comportamiento hacia ellos cambió al dejar que las lecciones de humildad y obediencia guiaran sus acciones. Al cabo de un mes, el director estuvo encantado de firmar los papeles de su libertad condicional y enviarlo de vuelta al mundo, rebosante de orgullo por el cambio que sus métodos habían provocado en el chico.

Ese orgullo era bastante errado. Todo lo que Carl había aprendido de aquella experiencia había sido un odio absoluto por sus semejantes, que los fuertes se aprovechan de los débiles y que mintiendo conseguiría todo lo que quería.

Fuera de los carriles

Carl regresó a casa al cuidado de su madre a principios de 1904, a la edad de 13 años, e inmediatamente fue presionado a volver a trabajar en la pequeña parcela de tierra de cultivo que había dejado la familia. De la familia Panzram, sólo quedaron él y su madre, todos sus hermanos habían cortado el contacto cuando las peticiones de ayuda económica de su madre se hicieron más persistentes y desesperadas. El único de sus hermanos que había permanecido para ayudar en la granja, había muerto ahogado en un trágico accidente, mientras se bañaba en un estanque cercano, apenas unas semanas antes del regreso de Carl a casa. Su madre, que nunca había gozado de buena salud, cayó en cama casi inmediatamente después, dejando la granja desatendida, lo que la llevó finalmente a la ruina. Sin ningún tipo de cuidado, los campos se habían llenado de maleza, las cosechas se habían podrido y los pocos animales para los que habían conseguido dinero estaban a las puertas de la muerte a causa del hambre y la poca atención. Todo se estaba desmoronando, y Carl estaba absolutamente encantado de ver la destrucción de un lugar y una familia que siempre había detestado, con tanta pasión como nunca había sido capaz de reunir por cualquier otra cosa.

Ahora que había vuelto a encontrar su libertad, Carl no tenía intención de desperdiciarla revolviendo tierra por el resto de sus días. Sacó de la miseria a todos los animales que pudo, vendió a los supervivientes y destrozó deliberadamente cualquier cultivo que pareciera tener alguna posibilidad de recuperación. Cuanto antes muriera la granja, antes se libraría de este miserable trabajo para siempre. A medida que el lugar se hundía más y más en la decadencia y se acumulaban más responsabilidades sobre sus hombros, Carl comenzó a regresar a sus antiguos lugares de reunión en la ciudad donde su madre no podría encontrarlo, redescubriendo los placeres del licor y llegando a la desafortunada conclusión de que la ternura de un niño alcohólico era considerablemente más potente a la hora de conseguir bebidas, que la simpatía de un adolescente hosco y bebedor.

A menudo robaba dinero del monedero de su madre para financiarse la bebida, pero era muy poco lo que podía conseguir, así que no tardó en cometer asaltos de poca monta a sus antiguos compañeros de colegio para conseguir un poco de cambio chico para llenar su bolsillo. Un joven nativo americano, que ya era marginado en el pueblo debido a su ascendencia, no tardó en convertirse en su cómplice, y con la unión de las fuerzas, su operación se volvió aún más temeraria. Carl no se limitaba a robar a los hombres que tomaban como rehenes, sino que también los desnudaba y los hacía correr después. Todavía no era un violador, pero el placer que sentía al

humillar sexualmente a aquellos niños y hombres, era una clara señal de lo que vendría. Es probable que si no hubiera tenido a su cómplice juzgando, hubiera ido más lejos, pero tal como estaban las cosas, debía mantener al menos una apariencia de civismo para mantener la relación. En el fondo, Carl sabía que nadie lo aceptaría si dejaba aflorar sus verdaderos instintos animales, así que practicaba la hipocresía y el engaño que tan bien le habían enseñado en el reformatorio, actuando siempre como si los tormentos que infligía a sus víctimas fueran simplemente para avergonzarlas lo suficiente como para que no se arriesgaran a hablar de sus jóvenes asaltantes; un recurso que en realidad resultó sorprendentemente eficaz. Ningún hombre quería admitir que un par de adolescentes le habían desnudado y robado sólo con la amenaza de la violencia, mientras se reían de ellos.

Su madre comenzó a temer por el rumbo que estaba tomando la vida de su último hijo. Ella no sabía ni una mínima parte de los crímenes que estaba cometiendo, pero veía el dinero en sus bolsillos y olía el licor en su aliento. Algo malo estaba ocurriendo, y ella debía ponerle fin antes de que los destruyera a ambos. Finalmente, logró acorralarlo una noche antes de que se escabullera a los bares y le exigió que tomara algunas decisiones sobre su vida.

Ella quedó sorprendida y encantada en partes iguales cuando él le anunció que quería ser sacerdote. Afirmó que había encontrado su vocación en el reformatorio —lo cual era cierto, en cierto sentido— y que se aburría enormemente haciendo trabajos agrícolas cuando sentía que había varias cosas más importantes a las que debería dedicarse. Aquella misma noche, Mathilda escribió una carta al seminario local, suplicando que se admitiera a su hijo y que se le concediera algún tipo de beca para costear los gastos de su educación. Ella fue bastante persistente.

Para alegría de ambos, recibieron una carta de invitación para que el joven Carl comenzara sus estudios inmediatamente, y antes de que pasara una semana, se encontró enclaustrado en el mundo académico, un mundo seguro y tranquilo, donde su excelente memoria y su capacidad para asumir cualquier posición moral en pro de un argumento, pronto lo hicieron muy querido entre sus compañeros y tutores, todos menos uno.

Un sacerdote luterano alemán era profesor invitado en el seminario, y donde otros veían el ingenio y el encanto de Carl, él veía a través de la fina fachada el vacío que había debajo. No creía que Carl tuviera ninguna fe ni ninguno de los valores morales que defendía a capa y espada. Así que se propuso demostrarlo. Desde el principio de la educación de Carl, se convirtió en una especie de adversario académico, interrogándolo e interpelándolo

constantemente, presionando al muchacho para que cometiera algún desliz en su retórica o en sus argumentos y así poder denunciarlo. Carl fue capaz de hacer frente al hombre durante un tiempo, pero su temperamento se enardecía, y no pasó mucho tiempo hasta que las réplicas civilizadas que fue capaz de producir en los primeros días, se convirtieran en discusiones a gritos. Este signo de mal temperamento era exactamente lo que el luterano había estado buscando. Iba más allá de la conversación adversa y entraba en la falta de disciplina, algo para lo que el seminario sólo tenía un tipo de castigo. El castigo corporal.

Los tranquilos días de Carl en el colegio pronto se vieron salpicados por las palizas diarias del alemán, y eso le enfureció. ¿Cómo se atrevía ese cura a tratarlo de esa manera cuando decía cada mentira exactamente como debía decirlas? ¿Acaso el viejo bastardo no entendía que así era como debía ser? Uno decía las mentiras correctas en el momento adecuado, decía las palabras que ellos querían que dijera y la gente le obedecía. Así era como funcionaba la iglesia, entonces ¿por qué no funcionaba así con el luterano?

Carl había seguido cometiendo algunos robos menores mientras estaba en el seminario para conseguir dinero para la bebida, pero encontró que los robos eran la forma más fácil de conseguir todo lo que quería. La gente de Warren seguía dejando las puertas sin cerrar todo el día. Era un pueblecito tranquilo y sin sospechas, lleno de vecinos amables dispuestos a ayudar en lo que podían y esperaban que uno devolviera el favor de la misma manera: un terreno de caza ideal para un chico como Carl. En su afán por robar, sólo había adquirido unos pocos objetos de valor real, además de las monedas que sacaba de los bolsillos de la gente, pero entre esos objetos preciados destacaba un revólver Colt que uno de los granjeros locales había guardado en una caja bajo su cama. Carl lo llevaba consigo a todas partes, disfrutando de la sensación de poder que le proporcionaba el arma letal, sin sospechar siquiera en que su madre podría deshacerse de ella si se le presentara la oportunidad.

En lo que se convertiría en el último día del muchacho en el seminario, el sacerdote luterano se enfrentó a Carl después de la clase, exigiendo más pruebas de su comprensión del material, y recurriendo a la violencia poco después cuando le pareció que las respuestas rápidas pero bruscas de Carl suponían otra señal de insubordinación. Durante la consiguiente paliza, el revólver se escapó de la chaqueta de Carl y cayó al suelo. Tanto el hombre como el chico se quedaron paralizados durante un instante, mirando el mortífero trozo de metal que había entre ellos. Entonces, sin dudarlo, Carl cogió el revólver, cargó el martillo, apuntó justo entre los ojos de su torturador y apretó el gatillo.

El luterano se quedó atónito en silencio. El único ruido en la habitación era la respiración entrecortada de Carl y el suave chasquido que producía el martillo una y otra vez sin efecto alguno. El arma había estado en desuso durante demasiado tiempo en su caja de seguridad bajo la cama de algún granjero. Nunca se había mantenido, y ahora su funcionamiento interno estaba atascado. Sin embargo, la furia de Carl no disminuía. Siguió apretando el gatillo mientras el arma chasqueaba inútilmente hasta que fue abordado por un par de profesores que habían venido a ver qué era todo ese alboroto.

Nadie quería que la policía se involucrara, y menos el luterano, que tendría que explicar cómo hizo que un joven campesino, temeroso de Dios, pasara de querer ser sacerdote a querer ser asesino. Carl fue llevado a un lado por el rector para conversar tranquilamente sobre su futuro y las formas en que no era apto para la soledad y las tribulaciones del sacerdocio. No se le juzgó, sino que se le sugirió amablemente que siguiera una carrera en otro lugar. Al final, el único castigo que recibió Carl por el intento de asesinato, fue la pérdida de su preciada pistola, que de todas formas había demostrado ser inútil.

Mathilda no se dio cuenta de que su hijo ya no iba a la escuela todos los días, ya que retomó su antigua costumbre de vagar por la ciudad, buscando problemas. Lo que sí notó fue cuando dejó de recibir la beca. Fue entonces cuando se enfrentó a Carl sobre el seminario y la verdad salió a la luz. Proclamó en voz alta su decepción con él, pero eso no era nada nuevo, y le anunció que al día siguiente volvería a trabajar en la granja si seguía queriendo dormir bajo su techo. Parecía un precio demasiado alto para Carl. Recogió sus escasas pertenencias y se marchó esa misma noche.

En aquella época, viajar a través de los estados, y de hecho del mundo, era una perspectiva totalmente diferente a la que tendrían los vagabundos de las generaciones futuras. Las carreteras eran en su mayoría caminos de tierra, el número de coches que circulaban por ellas se podía contar con los dedos de las manos, y aquellos eran curiosidades más que un transporte práctico. Hacer autostop estaba descartado. Los caballos seguían considerándose el medio de transporte más viable a nivel local, y para distancias más largas, se hacía necesario abordar a una locomotora. Los ferrocarriles estadounidenses eran amplios, caros y un elemento importante en el funcionamiento diario de la nación. Como tales, estaban ferozmente protegidos por los "toros" del ferrocarril; ejércitos de seguridad privados de las compañías ferroviarias cuya misión principal era asegurarse de que nadie interfiriera en la carga y de que absolutamente nadie se colara en los trenes.

A pesar de su diligente atención y de sus violentas respuestas, los toros no podían atrapar a todos los transeúntes que se subían a los

vagones, y en aquella época existían subculturas enteras de transeúntes que utilizaban los trenes como principal medio de transporte. Algunos eran trabajadores itinerantes que tenían que viajar para encontrar trabajo. Otros eran indigentes normales que aceptarían un trabajo si pudieran conseguirlo, pero que no tenían ningún interés real en formar parte de la sociedad en general. Los enfermos mentales también estaban bien representados, expulsados de sus hogares por una sociedad que tenía poca o ninguna comprensión de cualquier trastorno mental más allá de la "criminalidad". Había un elemento criminal real que también estaba bien representado entre la población transeúnte: los que elegían esa vida y los que se veían empujados a ella porque sus inclinaciones eran incompatibles con una sociedad civilizada. Por desgracia, para un joven que salía al mundo por primera vez, la distinción entre todos esos grupos, era difusa. Carl no había aprendido los signos que distinguían a unos de otros, y pronto resultó víctima de su ignorancia.

Sus primeros encuentros con la comunidad de transeúntes habían sido en su mayoría positivos. Carl se mantenía principalmente al margen, a no ser que le invitaran a compartir la botella que se pasaban para entrar en calor, y eso le hizo ganarse el cariño de los vagabundos y pordioseros más insulares, que no apreciaban que nadie se metiera en sus vidas. También había cierta simpatía por Carl, que había sido empujado a esta vida ambulante tan joven e inocente. Era el tipo de amabilidad y camaradería que sólo había experimentado en los bares de su pueblo, y pronto le condicionó a aceptar como amistoso a cualquier otro vagabundo con el que se cruzara.

Cuando se coló en un vagón enganchado a un tren que se dirigía a Nebraska y se encontró con un grupo de cuatro indigentes de mediana edad, no le dio importancia. Los hombres parecían sorprendidos por su presencia al principio, pero una vez que el tren se puso en marcha y todos se acomodaron en los fardos de paja, la conversación volvió a fluir. Por lo que contaban, los cuatro eran amigos que llevaban muchos años viajando juntos por los rieles, compartiendo por igual todos los pequeños placeres que estaban al alcance de los hombres de su condición, pero estaban más que dispuestos a compartir un poco también con Carl, el niño de 14 años. Primero se pasaron una botella de whisky, que Carl disfrutó encantado junto al resto, pero luego la velada tomó un cariz más siniestro.

"Escucha, chico, hay algo que nos gusta hacer juntos. Algo que nos hace sentir muy bien, y que creemos que disfrutarás tanto como nosotros".

Comenzaron a desatar sus cinturones de cuerda y a quitarse sus ropas andrajosas y mugrientas para exponer sus cuerpos que apenas estaban más limpios. Carl había sido educado a fondo en los males de

la sodomía hacía más de un año, pero el recuerdo se hizo presente en su cabeza al ver aquella mirada depredadora en sus rostros. "No estoy tan seguro, amigos. ¿Por qué no siguen adelante y los hacen ustedes mismos? No les prestaré atención. Creo que he tenido suficiente diversión por una noche".

"Bueno, chico, en realidad no funciona así. Verás, tú eres una especie de pista central en este circo. Eres el que todos queremos ver". Se acercaron, pálidos y monstruosos a la luz de la luna que entraba por la puerta agrietada del vagón.

Aunque Carl hubiera sido capaz de retroceder, una corta vida de conflictos con hombres como estos, le había enseñado que mostrar debilidad nunca era el camino a seguir. Les he dicho que no. “No quiero nada más. ¿Entendido?”

"Oh sí, chico, lo entendemos. Pero tú eres el que lo tiene que entender".

Se abalanzaron sobre Carl todos a la vez, desgarrándole la ropa hasta dejarlo desnudo como cuando llegó al mundo, tumbándolo luego sobre los fardos de heno. Hicieron falta tres de ellos para sujetar al muchacho mientras el primer hombre se acercaba por detrás de Carl para tomar su turno, e incluso una vez que el hombre estuvo dentro de él, desgarrándolo y sacando jadeos de agonía de Carl, éste no dejó nunca de luchar. Durante la primera violación, luego la segunda, la tercera y la cuarta, Carl trató de liberarse, mordiendo las manos cuando se acercaban lo suficiente, pateando sin fuerzas al hombre que estaba detrás de él. Todo fue en vano. Se turnaron con él durante toda la noche, hasta que su sangre y sus fluidos corrieron libremente por sus muslos y estuvo lo suficientemente agotado para mover otro músculo. Le arrojaron del tren en marcha justo antes de llegar a la siguiente parada. Habían visto el grado de resistencia del chico, y no tenían intención de dormir con él cerca de ellos. Pero, por muy pederastas y violadores que fueran, seguían ateniéndose al código que regía a los transeúntes ajenos a esas proclividades. Tiraron las escasas pertenencias de Carl y se deshicieron de la ropa junto con él. El robo no era su estilo.

No fue hasta la mañana siguiente cuando Carl volvió a recuperar su agónica conciencia. Estaba tumbado en un campo junto a las vías. Sus pocas pertenencias habían salido de su mochila y se habían esparcido a su alrededor como si hubieran estallado en una explosión. Cada vez que intentaba moverse, un nuevo pico de agonía ardiente se disparaba en su interior. Cuando se palpó llorando el trasero, lo encontró cubierto de sangre y otros fluidos más desagradables. Se quedó tumbado conteniéndose, hasta que pudo respirar con tranquilidad, entonces se vistió, reunió lo poco que tenía y comenzó la larga, lenta y ardua caminata hasta el pueblo más cercano.

Todo lo que Carl había aprendido sobre la crueldad hasta ahora había sido a manos de otros hombres, y en aquel vagón, rodeado por el almizcle y el calor de aquellos viles hombres, había aprendido una lección completamente nueva. Había más placer que obtener de los demás que la simple satisfacción de la venganza o el placer de la superioridad. Su carne también podía ser una fuente de placer. A partir de ese momento, se convirtió en un devoto defensor de la sodomía, y comenzó a desarrollarse en él un creciente interés por practicarla por sí mismo, desde la posición de máxima dominación. Nunca se había sentido más humillado que cuando aquellos vagabundos se turnaban para violarlo, nunca se había sentido más débil o inútil, ni siquiera cuando el director del reformatorio le había hecho su extenso examen de admisión. La idea de que podría causar el mismo tipo de sufrimiento y terror a sus víctimas que él mismo había experimentado en ese momento, sólo hacía que las perspectivas fueran mucho más dulces. Al igual que había transmitido el dolor de sus palizas en el reformatorio a los chicos más jóvenes y débiles, también transmitiría los horrores de esta violación en grupo a cualquiera que pudiera echar mano.

A partir de entonces, Carl tuvo mucho más cuidado con las situaciones en las que se metía. Estudiaba cuidadosamente a cada grupo, antes de acercarse a ellos, y cada vez desconfiaba más de cualquier tipo de amabilidad. Comenzó a madurar su propia visión nihilista del mundo de los fuertes y los débiles, asumiendo que cualquiera que tuviera más experiencia en el mundo que él, iría por ese mismo camino, listo para arremeter y demostrar su dominio a la primera de cambio. Era una suposición que lo mantenía a salvo, pero que también lo alejaba de cualquier posibilidad de contacto humano normal. Se movía por la vida como si estuviera rodeado de depredadores que esperaban su oportunidad para atacar. Su intención era atacar a cada uno de ellos primero. Nunca más se dejaría engañar por la amabilidad, real o fingida.

Incluso con esta nueva lección grabada a fuego en su mente, sus heridas internas apenas se habían curado antes de sufrir otra brutal violación. Por muy inteligente o cuidadoso que fuera, Carl seguía siendo un chico de 14 años que intentaba desenvolverse en un mundo lleno de delincuentes ambulantes que se cebaban con niños como él.

La comunidad de transeúntes tenía muy pocas reuniones, siempre les iba mejor cuando se dispersaban y evitaban la atención, pero las ciudades de tiendas de campaña que surgían en las zonas rurales donde había rumores de trabajo, eran puntos de reunión no oficiales para ellos. Un lugar en el que podían intercambiar los últimos cotilleos y orientaciones, dirigirse a lugares jugosos que esperaban ser robados, o simplemente compartir un tiempo raro y preciado en

compañía de humanos que no los consideraran el equivalente a las cucarachas. Carl había estado evitando este tipo de reuniones durante la mayor parte de su tiempo en los rieles, pero la sobriedad empezaba a pasarle factura, y sabía que correría el whisky nacional y no se harían preguntas incómodas sobre su edad en aquellas hogueras dispersas lejos de las luces de la ciudad.

Eligió un pequeño grupo heterogéneo y se mezcló con mucho cuidado, cuidando de ser lo más reservado posible y de beber sólo lo necesario para mantenerse consciente. A medida que la noche avanzaba y la multitud se reducía, Carl entabló una conversación más profunda con un joven que parecía interesarse de forma casi cómica por todo lo que tenía que decir. Había una botella de whisky descansando entre ellos y un agradable calor que emanaba del fuego cuando se abordó sutilmente el tema de la sodomía. El hombre preguntaba por la experiencia de Carl con ella, no como una amenaza ni para lanzarse a despotricar sobre el pecado, sino como un coqueteo, como un preludio de lo más parecido a una relación sexual que Carl había experimentado jamás.

Una vez despertado el interés de Carl, su nuevo amigo lo condujo hacia un granero en ruinas que algunos de los residentes de la ciudad de las tiendas de campaña habían canibalizado para hacer leña, lo suficientemente lejos del campamento principal como para no llamar la atención si hacían ruido. Siguieron dando tragos de whisky a medida que avanzaban, ya que el nuevo amigo de Carl insistía en que sería más fácil y se sentiría mejor si ambos se relajaban. Acordaron turnarse, para que ambos jóvenes pudieran experimentar ambos lados de la ecuación, pero cuando Carl insistió en ir primero, su nuevo amigo llamó a un grupo de sus amigos mayores y éstos rodearon al muchacho que se encontraba a esa altura, completamente ebrio. El único consuelo de Carl fue que estaba lo suficientemente borracho como para desmayarse antes de que terminaran de violarlo. Luego, se despertó debajo de una lona con todas sus pertenencias a salvo a su lado. Esta vez, los latidos en su cabeza fueron un impedimento mayor, que el dolor en el trasero. Lo único que hizo esta segunda lección para Carl, fue consolidar la idea de que sodomizar a los chicos debía ser uno de los grandes placeres de la vida, si tantos hombres estaban desesperados por hacerlo.

El largo viaje hacia el Este era muy fácil de desandar: había muchos más trenes que salían hacia el Oeste con provisiones que hacia el otro lado, cuando no había cosechas que distribuir. Aunque puede que no tuviera conscientemente la intención de volver a casa con el rabo entre las piernas, esa era sin dudas la dirección que estaba tomando el muchacho. La reticencia de Carl a viajar con otros transeúntes se había convertido ahora en una aversión, tras su segunda violación, pero sin la estructura de apoyo de otros en su misma situación, se volvió cada vez más dependiente del robo, para poner comida en su vientre y whisky en sus venas. La única vez que se acercaba voluntariamente a otro vagabundo, era cuando estaba seguro de que estaban solos, e incluso entonces, no era con el propósito de socializar. Al igual que Carl había sido violado, ahora él había comenzado a violar a otros. Una vez más, consiguió hacerse con una pistola durante uno de sus muchos robos, y con esa pistola adquirió cierta confianza. Cuando encontraba la oportunidad, Carl se acercaba a parejas de hombres que viajaban juntos y los obligaba a mantener relaciones sexuales para su diversión a punta de pistola. Una vez fue sorprendido por un guardafrenos de un tren mientras violaba a otro hombre en uno de los vagones, para luego dar la vuelta y obligar al vagabundo a violar al trabajador ferroviario en su lugar, antes de tomar su turno con ambos. Con una pistola en la mano y una mueca de desprecio en sus labios, Carl volvió a sentirse poderoso.

Su campaña de robos continuó sin interrupciones, y apenas se encontró de vuelta en Minnesota, la policía lo detuvo por un cargo de hurto. Al no poder calibrar con exactitud la edad del chico, debido a su estado demacrado y a la simpatía por la situación del pobre chico como niño sin hogar que probablemente era un huérfano perdido, se decidió que Carl sería corregido mejor en el Reformatorio de Red Wing.

Comparado con el reformatorio estatal al que había sido enviado antes, Red Wing era un paraíso para Carl. Se les imponía un duro trabajo físico durante todo el día, trabajando en la granja de la institución, pero no era nada que Carl no hubiera hecho antes en su vida. Era inmune al agotamiento que infectaba a todos los demás chicos y los debilitaba, al igual que era inmune a los mezquinos castigos corporales que le imponían los guardias cuando se mostraba desafiante. Era como si no sintiera las pocas palizas que le propinaban.

Red Wing era más una escuela que una prisión, situada en un bosque exuberante, lejos del bullicio de la civilización y de las tentaciones asociadas, con un programa educativo real en funcionamiento que Carl no tuvo problemas para superar, algo que los

otros chicos —con sus mentes adormecidas por el agotamiento del arduo trabajo duro— apenas podían comprender.

La percepción de la administración de Red Wing era que Carl era un joven que había pasado por una mala racha en su vida y sólo necesitaba un poco de orientación para volver al buen camino. La percepción de los otros chicos era totalmente diferente. Carl había pasado de ser un matón a ser un depredador. Todo lo que quería de otro chico, lo tomaba. Y lo quería todo. En Red Wing, el despertar sexual de Carl por fin llegó a buen puerto, pero cada acto que cometía con los chicos de su entorno en la oscuridad de la noche, venía acompañado de la amenaza de la violencia y la vergüenza. Se consolidó en su mente que el sexo era un producto de esa violencia y que el placer sólo podía llegar a costa del dolor de otra persona. Las personas a las que violaba nunca hablaban de ello, temiendo el ridículo y las burlas que recibirían. Pero, en poco tiempo, el rebelde desafiante, que podría haber sido un punto de encuentro para un levantamiento contra los guardias, se convirtió en un completo paria. Todo el mundo sabía lo que había hecho, todo el mundo sabía lo que era, y todo el mundo estaba aterrorizado de que si llamaban su atención, podrían ser los siguientes.

Todos, excepto Jimmy. Jimmy era un chico de 15 años de constitución ligera, que no representaba ninguna amenaza física para el ya sorprendentemente poderoso Carl. Mientras todos los demás se alejaban de él, Jimmy parecía contentarse con charlar con él como si no pasara nada. Los dos pronto se hicieron inseparables. Es probable que Jimmy se sintiera atraído por Carl y quisiera mantener una relación mientras estaban confinados juntos, ya que había oído hablar de su reputación sexual, pero Carl no tenía ninguna referencia para entender cómo podría ser una relación sana. Para él, el sexo era exclusivamente violencia y dominación, así que la idea de infligirlo a su único amigo en todo el mundo le parecía ridícula. A pesar de la falta de destreza física de Jimmy, aportó una nueva perspectiva a la vida de Carl y permitió que el dúo se asegurara una posición cómoda dentro de la jerarquía del reformatorio.

Pero incluso esta posición de comodidad, probablemente la mayor que Carl había experimentado en toda su vida, no le bastaba. Había una rabia en Carl que no podía calmarse con ningún tipo de vida fácil ni sexo fácilmente disponible. Puede que el whisky y la sodomía fueran sus mayores placeres en la vida, pero la venganza era su verdadera pasión, y había todo un mundo ahí fuera, más allá de las vallas que marcaban los límites de su confinamiento, del que quería vengarse.

Trabajando junto a Jimmy, que carecía de la inteligencia bruta de Carl, pero tenía bastante más paciencia, fueron capaces de formular

un plan de fuga —la primera de varias fugas en la vida de Carl. Al amparo de la oscuridad, los dos se escabulleron del instituto y se adentraron en la naturaleza, lejos de las miradas indiscretas de la civilización. Cuando finalmente regresaron a la civilización, lo hicieron con una misión de venganza en mente. Una que resultaría bastante provechosa para ambos.

La comunidad en la que creció Carl no era mucho más devota que cualquier otra de la época, pero aun así, le había resultado fácil ver de primera mano la cantidad de dinero que se introducía en el plato de la colecta cada domingo, en la que los agricultores más pobres solían aportar bastante más que los más ricos. En ningún lugar de las comunidades rurales donde comenzaron a asaltar, había más concentración de riqueza que en las iglesias, y en ningún lugar la rabia de Carl se dirigía con más facilidad que hacia el cristianismo y todos los muchos violadores, aduladores y mentirosos que sustentaba, que habitaban entre los ministerios de América. En la oscuridad de la noche, los dos chicos entraban en las iglesias vacías para robar cualquier cosa de valor. Luego, cuando terminaban su trabajo, Carl recogía los suministros que necesitaba dentro de la iglesia y prendía fuego a todo el lugar. Dejaban un rastro de fuego detrás de ellos mientras caminaban de pueblo en pueblo, iglesia tras iglesia incinerada hasta los cimientos, y una pequeña fortuna amasada en sus mochilas. Suficiente riqueza para permitirles algún tipo de vida acomodada si la quisieran. Sin embargo, no era lo que querían.

Carl y Jimmy eran una dupla perfecta, y eran casi totalmente invisibles para la policía gracias a su constante movimiento. Había muy poca comunicación entre los organismos policiales de la época, y sólo con ir a la deriva de ciudad en ciudad consiguieron evitar ser detectados durante casi cuatro meses, a pesar de la magnitud teatral de sus crímenes.

Por desgracia para Jimmy, su suerte no podía durar para siempre. Le pillaron tratando de vender un par de candelabros que habían robado de una de las iglesias y le arrestaron por hurto mientras Carl dormitaba en el campamento, esperando a que su amigo regresara. Sólo unos días más tarde, cuando por fin se aventuró a la ciudad, se enteró de lo que había ocurrido. Para entonces, Jimmy ya había sido enviado a una prisión para adultos para cumplir el resto de la condena que había eludido en Red Wing y las nuevas sentencias que se habían acumulado por su ola de crímenes. Jamás volvería a ver la luz del día.

Carl estaba abatido y sin rumbo tras la pérdida de su amigo, pero lo que le faltaba de compañía lo compensaba con creces en su bolsillo. Volvió a viajar en tren, huyendo en parte de la ley, pero también de sus recuerdos. Por lo que a él respecta, nunca había ocurrido nada bueno en Minnesota, y no tenía intención de pasar otro momento en

ese estado si podía evitarlo. Vagó por los estados durante varios meses sin dejar ninguna señal a su paso, evitando cuidadosamente a los demás transeúntes que se cruzaban en su camino; no tenía intención de compartir con ellos ni un solo céntimo de sus ganancias. Mientras que antes se limitaba a las pequeñas ciudades y comunidades rurales, para evitar el riesgo de llamar la atención, ahora había aprendido algunos de los beneficios potenciales de las grandes congregaciones de extraños desprevenidos. Pasó el tiempo en los bares de una docena de ciudades de casi otros tantos estados, dando tumbos antes de que nadie pudiera aprender su nombre. Cruzó la frontera con Kansas casi al mismo tiempo en que cumplió sus quince años de vida.

Fue allí, en Kansas, donde el dinero se agotó, y fue allí donde Carl, desde lo más profundo de sus copas, decidió que necesitaba encontrar un nuevo propósito para su vida. Un nuevo sentido. Sabía que disfrutaba con la violencia, sospechaba que matar sería la siguiente gran emoción que experimentaría, pero a la vez era todavía un niño, apegado a ideas románticas sobre sí mismo, y aferrado a la esperanza de poder convertirse en alguien tan legendario como los vaqueros de los que había oído hablar. Las guerras indias seguían causando estragos en el Oeste, y los nativos americanos aparecían en todos los medios de comunicación como salvajes despiadados que necesitaban desesperadamente de hombres duros que los llevaran al ostracismo que merecían. Carl no podía ser un vaquero pistolero como siempre había soñado, pero sin duda podría llevar su lucha contra los nativos americanos si se alistaba en el ejército. Había puestos de reclutamiento en todos los lugares a los que iba, y la idea le rondaba en su cabeza desde hacía tiempo. Tendría que mentir sobre su edad para entrar, pero eso no significaba una carga para su conciencia en comparación con todo lo que había hecho.

Se presentó en un puesto de reclutamiento, todavía borracho de la noche anterior, y estuvieron más que dispuestos a anotar su nombre. Para cuando se le pasó la borrachera, Carl se encontraba en el campamento de entrenamiento y ya empezaba a arrepentirse de sus decisiones. La misma resiliencia que le había permitido superar sus experiencias en la cárcel salió a relucir, impresionando a sus oficiales superiores. Sobresalía en su entrenamiento con armas tanto como en las actividades físicas gracias a su afición por ellas, pero parecía casi totalmente incapaz de acatar una orden sin tener que ser amedrentado. Su vena rebelde permanecía intacta después de todos esos años, y esta pronto eclipsó cualquier buen trabajo que pudiera hacer durante el entrenamiento. Entre los oficiales las opiniones estaban divididas. O bien Carl tenía madera de líder con el impulso necesario para llevar a sus subalternos a la batalla, o bien era un joven matón que no respetaba la cadena de mando. Ninguno de los dos

puntos de vista abarcaba completamente la verdad acerca de Carl, pero al final, no importó ni lo uno ni lo otro.

Como los sueldos de los nuevos reclutas se pagaban con más retraso de lo que le hubiera gustado, Carl estaba incómodamente sobrio por las noches, y aunque normalmente se entregaba a su segunda actividad favorita, el ejército estaba atento a cualquier tipo de chanchullo que se produjera en los barracones. Y lo que es peor, la mayoría de los hombres con los que Carl se entrenaba, eran bastante mayores y más fuertes que él, y habían tomado la decisión de alistarse en el ejército con un poco más de previsión y planificación sobre su futuro. No estaba seguro de poder obligar a ninguno de ellos a tener el tipo de sexo del que él disfrutaba, por lo que pronto, sus frustraciones empezaron a aflorar. Se escapó del campamento una o dos veces para gastar sus últimos ahorros en licor, pero su dinero se agotó tan rápido como su bienvenida. En pocos días, no le quedaba nada, y el frío amanecer trajo una resaca para acabar con todas las resacas, sin esperanzas de conseguir más alcohol para seguir el ritmo. Tenía que hacer algo.

La siguiente vez que salió del campamento, fue para llevar a cabo un negocio en lugar de entregarse a sus placeres. Localizó al guardia local y le interrogó sobre lo que consideraba los objetos más valiosos de la base militar. Con unos cuantos objetos en mente, Carl volvió a su entrenamiento al día siguiente con un plan ya cristalizado en su mente.

Menos de una semana después de comenzar su entrenamiento, Carl fue sorprendido saliendo a escondidas de la base. A pesar de todos los éxitos que había tenido robando en iglesias desocupadas, en realidad no era un gran ladrón, ya que había dependido siempre de su suerte, en lugar de haber desarrollado algún tipo de habilidad útil en ese ámbito. En sí mismo, escabullirse sólo le habría supuesto un castigo relativamente menor, el descuento de su salario y la realización de tareas desagradables. Pero el hecho de que tuviese una bolsa llena de uniformes del ejército que planeaba vender con fines ilícitos, sirvió para complicar las cosas. El hurto era un asunto criminal, y robar material del ejército por valor de 88 dólares equivalía a una traición. Aun así, a sus oficiales superiores les parecía que Carl había cometido un error tonto, de esos que son tan comunes entre los más jóvenes; por lo que no sabían la forma adecuada de castigarlo por la transgresión. Por suerte, formar parte de un ejército tiene una solución muy sencilla cuando te enfrentas a un problema que no sabes cómo resolver: una cadena de mando por la que se pueden pasar las preguntas hasta que lleguen a alguien que, o bien conozca la respuesta correcta, o bien tenga la suficiente influencia como para que elegir la respuesta equivocada no perjudique su

carrera. En este caso, la pregunta se trasladó hasta la cima. La responsabilidad recayó en William Howard Taft, el entonces Secretario de Guerra del Presidente Theodore Roosevelt. Taft echó un vistazo al caso y tomó una decisión en una fracción de segundo. Este chico de Panzram sería un ejemplo para cualquier otro hombre que pensara que podía traicionar al ejército de los Estados Unidos. A pesar de su juventud y de la naturaleza relativamente menor de su delito, Carl sería licenciado con deshonor del ejército, debiendo cumplir la máxima condena posible por sus crímenes en Fort Leavenworth, considerada la prisión más dura de toda América.

Tras meses de espera en el calabozo a que se dictara sentencia —meses en los que se le aseguraba constantemente que todo se iba a arreglar en cuanto alguien con las suficientes agallas decidiera dejar el asunto—, Carl se indignó por la decisión de Taft. Maldijo al hombre y juró vengarse, aunque la idea de que un simple muchacho pudiera ser una amenaza para uno de los grandes hombres de la nación resultara irrisoria para quienes le rodeaban. El consejo de guerra fue breve y conciso, no fue realmente un juicio sino una sentencia de dos años. Luego, Carl fue transferido.

Fort Leavenworth era todo lo que se le había prometido y más. Como prisión militar, todos los hombres que cumplían condena allí, habían sido sometidos a un consejo de guerra y licenciados con deshonor de un ejército que toleraba casi cualquier tipo de mal comportamiento por parte de sus soldados en aquella época. Los guardias solían apostar sobre la esperanza de vida de los recién llegados. Nadie daba por Carl unas probabilidades especialmente buenas. Puede que tuviera una buena constitución, pero sólo tenía 16 años, mientras que los violadores, asesinos y criminales empedernidos que llenaban la prisión de pared a pared, eran hombres adultos familiarizados con la violencia. Si bien el asesinato y la tortura de sus compañeros no ofendía a aquellos ex soldados, las historias inventadas sobre el robo de Carl y su condición de "traidor" hacían que muchos de ellos tuvieran sed de su sangre. Solitario por naturaleza, Carl no tenía ni las habilidades sociales ni la intención de unirse a ninguna banda en la prisión, así que las primeras semanas fueron brutales para él. Carl sobrevivió como siempre lo había hecho, sin mostrar ningún signo de debilidad o miedo ante el dolor.

El mismo comportamiento que había convertido a Carl en un héroe durante su última estancia en prisión, lo convirtió en un paria en Leavenworth. Los prisioneros se dividían en compañías, y si uno de ellos desobedecía una orden, toda la compañía era obligada a permanecer de pie en el patio durante toda la noche. Carl aceptaba los castigos con estoicismo, sin mostrar ningún signo de debilidad, pero los demás hombres no veían con buenos ojos que su naturaleza

rebelde les metiera en problemas. Sufrió unas cuantas violaciones y palizas humillantes, pero el hecho de que pareciera encogerse de hombros y seguir adelante como si nada, inquietó a los hombres que intentaban doblegarlo. No hubo ni una sola vez en la que Carl fuera atacado que se dejara vencer de buena gana, como hacían muchos de los matones y víctimas que poblaban los estratos sociales más bajos de la prisión. Se defendió cada vez, con todo lo que tenía. Al principio no fue suficiente, pero si algo aprendió Carl rápidamente fue la brutalidad. Al cabo de un mes, ganaba tantas peleas como las que perdía, por lo que comenzó a perder todo su atractivo para los violadores.

A regañadientes, sus compañeros de prisión comenzaron a respetar a Carl. Si bien no retrocedió ante ninguno de ellos, su respuesta a los guardias fue considerablemente más agresiva. Se negó a obedecer cada orden que le dieron, sin importar cuán pequeña fuera, y cuando intentaron usar la fuerza para salirse con la suya, los atacó con la misma facilidad como lo haría con cualquier otro hombre. La respuesta de los guardias era predecible. Lo atacaban hasta el punto de casi matarlo, esperando que los otros prisioneros terminaran el trabajo por ellos cuando Carl estaba debilitado. Un castigo común por el mal comportamiento era atar a los hombres con camisas de fuerza y ajustarlas hasta que perdieran el conocimiento: un estado en el que Carl se encontraba casi a diario. Esto realmente consolidó la posición de seguridad de Carl —sufrió solo en silencio, y la chispa de rebelión dentro de él fue suficiente para que muchos de los otros prisioneros se encendieran. Ya no era el traidor que había traicionado a su país y los había obligado a constantes episodios de castigo grupal. Era el rebelde que se enfrentaba a cualquiera que tratara de dominarlo. Los prisioneros cerraron filas a su alrededor, protegiéndolo de la atención de los guardias cuando podían y animándolo cuando no podían.

Cada día, los prisioneros del grado de Carl realizaban una marcha forzada de 4 millas hasta una cantera de roca, donde luego trabajaban en turnos de 9 horas antes de marchar de regreso. Pensando que esta era otra oportunidad para frenar la insubordinación de Carl, los guardias le colocaron la estereotipada bola y cadena, que tenía que llevar consigo dondequiera que fuera. Estaba destinado a agotarlo hasta el punto de que se rindiera, pero todo lo que provocó —junto a todos los demás tormentos— fue hacerlo más fuerte.

Al final del primer año en prisión, era tan fuerte como dos de los otros hombres y al menos tres veces más fuerte que el estadounidense promedio en ese momento. Cuando los guardias lo golpeaban, era más probable que rompieran sus porras que provocaran algún efecto real en él. Así como su primera estadía en prisión había endurecido su determinación y su voluntad en algo inquebrantable, Fort

Leavenworth convirtió su cuerpo en un estado similar.

Eventualmente, incluso los guardias comenzaron a tratar de distanciarse. Mientras tanto, Carl había estado buscando a los violadores y pederastas que se habían turnado con él cuando llegó por primera vez a Leavenworth y al encontrarlos, se vengó, afirmando su dominio sobre ellos de la única manera que sabía. En prisión, muchos hombres se convierten en nada más que animales enjaulados, pero para aquellos como Carl Panzram, fue la primera oportunidad de saborear su verdadera libertad. Su primera oportunidad de ser el tipo de monstruo que realmente era, sin cubrirse por ninguna de las muchas mentiras de la civilización que confundían las cosas.

Cuando Carl dejó Fort Leavenworth en 1910, la experiencia le había convertido en el hombre que sería el resto de su vida. En prisión, había visto que su cosmovisión nihilista, donde todos los hombres eran poco más que la suma de sus apetitos, era completamente precisa. Con ese conocimiento cimentado en su mente, se propuso hacer antes a los demás, lo que ellos pudieran hacerle a él. La campaña de terror en su vida, había comenzado.

Las manos ociosas trabajan para el diablo

A los 19 años, Carl era un joven atractivo, con ojos penetrantes y el tipo de físico que sólo los años de duro trabajo manual pueden otorgar: 1,80 metros de altura y 90 kilos de puro músculo. Volvió a viajar de ciudad en ciudad en tren, pero cualquier temor que tuviera de ser atrapado se desvaneció pronto. Ninguno de los matones quería ya enredarse con él, salvo los pocos grupos pequeños de vagabundos con los que se cruzaba. Perfeccionó sus habilidades de violencia sobre ellos, afirmando su control mediante la violación, sintiéndose bastante vengado contra los vagabundos que se habían aprovechado de él todos aquellos años.

En Denver, Colorado, hizo su primera parada de importancia. Carl negaría su homosexualidad durante toda su vida, inventando una plétora de excusas para explicar por qué prefería no acostarse con mujeres, pero su afirmación más común era que las mujeres eran de alguna manera impuras. Había violado a una vagabunda durante su viaje a Colorado, y cuando llegó a Denver, su pene dolorido goteaba pus y sangre, lo que más tarde se calificaría como un "caso de gonorrea de primera clase". No le quedó más remedio que detenerse, buscar tratamiento médico y esperar a que la mezcla de hierbas y regaliz que tenía que tragar cada día hiciera su trabajo.

Para cuando la medicina había secado su infección, estaba encerrado en la cárcel del pueblo por robar una bicicleta. Mientras estaba allí, su atención fue captada por un ladrón de cajas fuertes de 50 años que estaba cumpliendo una larga condena por su participación en el robo de un banco. Viendo la oportunidad de aumentar sus ganancias como delincuente, Carl se acercó al hombre y trató de aprender los métodos de su oficio. El anciano se benefició inmediatamente de la tremenda presencia física del joven monstruo, y cualquier amenaza contra su seguridad en el centro de detención se desvaneció rápidamente al unirse a Carl. A cambio de eso, y de muchas otras pequeñas atenciones, empezó a impartirle las lecciones que había aprendido a lo largo de su vida. Por desgracia para ambos, el comportamiento tranquilo y estudioso de Carl hizo que su condena se cumpliera sin necesidad de prórrogas. Le pusieron en la calle justo cuando estaba llegando a lo bueno. Esa misma noche, Carl volvió a colase en la cárcel con la intención de liberar a su profesor, pero pronto se encontró con un grupo de guardias que le obligaron a volver a su antigua celda y llamaron a la policía. Unas cuantas llamadas más tarde y ya tenía un mes más de condena y todo el tiempo que necesitaba para terminar sus clases.

Lamentablemente, no fue así. Cuando el viejo ladrón de cajas fuertes se enteró de lo que había hecho Carl, supuso que su relación

perseguía algo más que la fría practicidad. Pensó que Carl sentía algo por él de naturaleza romántica, y no era reacio a perseguir esa relación. Los dos encontraron una celda vacía a lo largo del día, como era su costumbre, pero esta vez, en lugar de lanzarse a una explicación detallada del uso de explosivos en los robos, el viejo le plantó un beso a Carl. Cuando Carl no respondió, el ladrón de cajas fuertes lo interpretó como una aceptación y trató de despojar al chico de su ropa. Nunca, en la experiencia de Carl, había llegado a un encuentro consensuado, por lo que inmediatamente se preparó para la violencia. Se volvió contra el hombre mayor, arrancándole el mono y tirándolo al suelo. Carl lo agarró salvajemente, sin importarle los gritos y los llantos. Las lecciones que había aprendido se apoderaron de su cuerpo y lo pusieron en movimiento. Tenía que herir antes de ser herido. Tenía que dominar o ser dominado. Luego de eso, el ladrón de cajas fuertes se arrastró hasta su habitación y Carl se sintió bastante seguro de haber hecho lo correcto, pero las lecciones no volvieron a reanudarse. El ladrón de cajas fuertes evitó a Carl durante el resto de su estancia. Carl salió de la cárcel un mes después sin mejores perspectivas que las que tenía al entrar.

Volvió a la deriva y a los robos de iglesias durante un tiempo, quemando las que podía y simplemente desvalijando el resto. Ahora se las apañaba mejor robando bicicletas en todos los lugares a los que iba y utilizándolas para cruzar los caminos de tierra que conectaban los pequeños pueblos, donde le gustaba aprovecharse de la falta de mundanidad de los lugareños. Cuanto más rápido se movía, menos veces lo atrapaban y más lejos podía vagar. Finalmente, se encontró en la Feria del Estado de Kansas, cara a cara con el primer trabajo que había considerado aceptar en su vida, en el espectáculo del salvaje oeste del coronel Dickie. El propio coronel, un anciano bastante desmejorado a estas alturas, lo contrató después de ver lo bien que se manejó en una trifulca en las gradas. Necesitaba hombres fuertes como él para manejar tanto a los animales como a sus clientes más bulliciosos. La perspectiva de pelear a cambio de un sueldo mientras recorría el país de forma gratuita le resultaba atractiva, así que aceptó la oferta, sólo para ser despedido a los pocos pueblos. El problema con el que se encontró, fue que era demasiado bueno en su trabajo. La gente de la feria era muy dura y no aceptaba ningún insulto, y Carl acabó peleándose con casi todos los hombres del circo al menos una vez. La gota que colmó el vaso para el coronel fue cuando uno de los caballos del espectáculo chocó con Carl mientras los trasladaba después de una función, y éste respondió apagando sus luces de un puñetazo. Podría haber tolerado algunas peleas entre sus hombres. Incluso podría haberse permitido el lujo de perder a algunos de ellos si se daba el caso. Pero los animales eran el sustento del espectáculo, y

no toleraría ninguna violencia contra ellos.

Este desaire no quedaría sin respuesta. Carl se subió a la parte trasera del tren del espectáculo cuando éste salió de la ciudad, y cuando acamparon en la siguiente parada, esperó hasta la noche para acercarse. Estaban lejos del verdadero Salvaje Oeste, y no había centinelas que vigilaran el campamento después de la puesta de sol. Carl pudo entrar a hurtadillas, robar un barril de aceite para faroles y dejar a oscuras tanto la tienda del cocinero como la de los caballos antes de prender fuego a ambas. El circo se despertó con el aterrador sonido de los animales moribundos. Lejos en la oscuridad, Carl encontró un lugar privilegiado en un mirador y disfrutó de cada minuto del espectáculo, la primera emoción real que había experimentado en cualquiera de sus actuaciones. Los caballos, envueltos en llamas, salieron de la tienda en llamas cuando se desintegró, embistiendo todo a su paso por el campamento, gimiendo y agitándose salvajemente. Prendieron fuego a media docena de tiendas más antes de que alguien consiguiera poner en marcha una cadena de cubos, pero para entonces el daño ya estaba hecho. Ni uno solo de los animales sobrevivió aquella noche, y el circo murió con ellos. Todos fueron consumidos por las llamas de la venganza de Carl. Con una sonrisa en su rostro y un paso ligero, Carl volvió a las vías y tomó el siguiente tren a San Luis.

Aunque seguía siendo un espíritu libre, Carl había disfrutado de su pequeña experiencia de trabajo remunerado, sobre todo por la autoridad que le daba sobre sus semejantes. Puede que fuera capaz de ver a través de todas las decepciones de la sociedad normal, pero no podía manipular la forma en que los demás se aprovechaban de él para su propio beneficio. Se había dado cuenta de que al dar la apariencia de seguir las reglas, hacía que los demás hicieran lo mismo y le daba una gran ventaja cuando sus expectativas eran que las cosas siguieran de la misma manera indefinidamente. Eso fue lo que le llevó a San Luis.

La compañía ferroviaria Illinois Central Railroad había sido paralizada por los trabajadores en huelga que buscaban un trato más justo a cambio de su trabajo, a menudo peligroso. Toda la plantilla se había declarado en huelga, y aunque no todos los trabajos requerían un alto nivel de destreza, el gran número de trabajadores implicados era casi abrumador. Había piquetes en todos los lugares por los que Carl frecuentaba, cada uno de ellos lleno de hombres prepotentes que se mantenían hombro con hombro, unidos por la camaradería y la certeza de que el derecho acabaría prevaleciendo sobre el poder. Eran personalmente ofensivos para Carl. Se oponían directamente a todo lo que él creía sobre el mundo. Sin embargo, probablemente habría pasado de largo y no habría pronunciado ni una sola palabra si uno de

los reclutadores del ICR no lo hubiera visto caminando por la calle, examinándolos a todos. Aquella noche le abordaron en un bar y le ofrecieron un trabajo como rompehuelgas.

En aquella época había dos tipos de rompehuelgas. Los más oficiales, conocidos como "esquiroles", estaban dispuestos a trabajar en los puestos de los hombres que estaban en huelga por el mismo mísero salario que recibían los trabajadores en huelga. Los piquetes estaban diseñados para intimidar a los esquiroles para que no fueran a trabajar, tanto bloqueando físicamente su entrada como avergonzándolos por traicionar a sus colegas, y con tan pocos esquiroles disponibles, esa táctica funcionaba bien en San Luis. Ahí fue donde entró en juego el otro tipo de rompehuelgas, los "carneros". Ese era el trabajo para el que se contrataba a Carl, con el dinero en la mano y la negación plausible lista. El trabajo de los "carneros" consistía en atacar la línea de piquetes y golpear a los trabajadores en huelga hasta someterlos. La violencia bruta estaba a la orden del día, y ahí era donde Carl destacaba. Mientras otros carneros trabajaban en pelotones contra el abrumador número de huelguistas, Carl podía actuar sólo, con los puños en alto. Era impermeable a cualquier débil defensa que los piquetes pudieran reunir, atravesándolos como un toro salvaje y rugiendo como tal. Tras su paso por la cárcel, sabía que era un hombre poderoso, pero esto consolidó en su mente la conciencia de su propia potencia física. No se trataba de una pelea, sino de una auténtica guerra, y Carl podía hacer frente a un pequeño ejército.

Es imposible decir que la huelga de St. Louisse rompió por la presión de la brutalidad de Carl Panzram, pero es difícil descartarlo por completo. Al cabo de una semana, el miedo al hombre era tan grande que para muchos huelguistas sólo bastaba con ver su malvada mirada para dar media vuelta y volver al trabajo. Carl estaba bien compensado, pero tan pronto como empezaba a entrar en el flujo de la violencia, ésta se detuvo abruptamente. La huelga se había roto. Le entregaron un buen fajo de billetes y le enviaron a casa sin ni siquiera una carta de recomendación. Todo el pueblo le odiaba ya, y no podía pasar ni una sola noche en los bares locales sin que algún joven matón intentara demostrar su valía atacándole mientras intentaba gastar en licor el dinero que tanto le había costado ganar. Permanecer en un solo lugar hacía que Carl se sintiera incómodo. Podía sentir los ojos de la ley y de los lugareños sobre él en todo momento. A la semana de terminar la huelga, desapareció, y las historias de sus acciones comenzaron a desvanecerse en el mito.

Si bien Carl habría rechazado cualquier noción moderna de una relación homosexual y parecía personalmente ofendido ante la idea de que pudiera estar interesado en cualquier tipo de relación con un hombre que no implicara una violación, existía un modelo horrible de

sexualidad masculina a su disposición entre las comunidades de indigentes con quienes viajaba con gran frecuencia. Los "Yegg".

Un yegg era un delincuente masculino mayor que mantenía como cómplice a un joven conocido como "gamberro", o "Angelina". El chico rara vez superaba la adolescencia, y la relación rara vez era consentida. Por lo general, se trataba de un secuestro prolongado de un niño que era tratado alternativamente como herramienta para los robos que requerían la circulación por espacios reducidos y como esclavo sexual. A menudo, las Angelinas se intercambiaban entre diferentes yeggs como si fueran objetos de su propiedad, como parte de una transacción financiera, porque su yegg actual se había aburrido de ellos o para ayudar a evitar ser descubiertos por parte de la ley.

Tras dejar St. Luis, con mucho dinero, Carl se propuso mejorar sus perspectivas criminales adquiriendo un par de pistolas a un vendedor ambulante y una Angelina a uno de los yeggs que encontró mientras viajaba en los trenes. El nombre del gamberro de Carl se ha perdido en la historia, ya que Carl nunca se molestó en aprenderlo, pero su descripción de un "gordito de pelo rizado, ojos azules y mejillas sonrosadas" era la descripción más elogiosa que jamás había otorgado a otro ser humano, aunque claramente veía al chico como un objeto para ser utilizado. Los dos cometieron robos por todo el país, y aunque Carl nunca perfeccionó su habilidad para abrir cajas fuertes, fue capaz de hacer lo suficiente como para que nunca les faltara dinero. A pesar de su nueva riqueza, Carl nunca gastó un céntimo que no tuviera que gastar, comprando ropa nueva sólo cuando la suya se caía a pedazos y molestándose en vestir a su gamberro sólo mucho después del punto de deterioro. Si se trataba de su naturaleza tacaña o de un intento deliberado de camuflaje para mantener en secreto el importante fajo de billetes que llevaba en la mochila, nunca estuvo del todo claro para ninguno de los dos. En cualquier caso, a simple vista, nadie sabría que eran otra cosa que los vagabundos que parecían ser.

Cuanto más dinero se llevaban, más rápido y más lejos se sentía Carl obligado a correr, y por eso cada vez le gustaba menos subir a los trenes si no lo necesitaba. Se acostumbró a llevar una Biblia y un libro de cuentas que utilizaba como prueba de que era un hombre temeroso de Dios caído en desgracia y no un verdadero vagabundo cuando se presentaban los guardias del ferrocarril. A los que podía ganarse por simpatía, lo hacía. A los que no podía, los arrojaba del tren en movimiento. Con el tiempo extra de viaje llegó más aburrimiento del que Carl supiera cómo llenar. Sólo había un número determinado de veces al día en que podía sodomizar al joven que arrastraba consigo, así que empezó a abrir la puerta del vagón y a disparar a las ventanas de las granjas y al ganado para afinar su puntería. No hay constancia de que matara a algún ser humano con estas payasadas, pero sin duda

mermó los rebaños.

Un mes después de adquirir sus armas, el dúo se encontró en Jacksonville, Texas, donde, durante un intento de robo en una vieja casa de la ciudad, los dos fueron atrapados con las manos en la masa por la policía local y condenados a trabajar en un equipo de carretera. La policía confiscó las armas de Carl, pero le dejó a su muchacho. Los dos se pusieron a trabajar en la reparación de las ya deterioradas carreteras de Texas, acampando bajo las estrellas por la noche y trabajando bajo el sol abrasador todo el día. El jefe de la cuadrilla de carreteras se encaprichó con el gamberro de Carl y lo confiscó para su propio uso, sacándolo de la cuadrilla y secuestrándolo en su propia tienda. Carl estaba furioso, pero con media docena de hombres armados entre él y lo que era suyo, no tenía salida para esa furia. Al cabo de una semana, el jefe se cansó de su nuevo juguete y lo devolvió a los prisioneros, esperando que al menos se entretuvieran un poco mientras se peleaban para ver quién tenía el siguiente turno con él. Ninguno se atrevió. Carl había estado irradiando furia desde el principio, y temían el eventual estallido que seguramente se produciría.

Inexplicablemente, nunca llegó. Carl cumplió tranquilamente sus cuarenta días en la cuadrilla y, al anochecer del último día, se acercó al jefe de la tripulación para pedir que le devolvieran sus pertenencias. El jefe se negó a liberarlo. Carl era un caballo de batalla, y si querían cumplir con sus tareas asignadas, necesitarían un hombre como él en la plantilla. Ni que decir tiene que a Carl no le gustó esta respuesta, pero una vez más se lo tomó con un silencio poco habitual. Esa misma noche intentó escapar, pero fue detenido por el cañón de una escopeta que le apuntó al pecho uno de los guardias, lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que los hombres como Panzram no aceptaban fácilmente las injusticias. A la mañana siguiente, se le impuso un castigo por su intento de fuga, aunque legalmente fuese un hombre libre. El "poste para bufar" era un castigo típico de las prisiones de la época. Se erigía un poste de 3 metros, se pasaba una cuerda por un aro en la parte superior y se ataba con un par de esposas. Se izó a Carl hasta que quedó en equilibrio sobre las puntas de los pies, se le desnudó y se le azotó con látigos de serpiente. Por muy cruel que hubiera sido en circunstancias normales, fue aún peor en el caso de la cuadrilla de carretera, ya que los guardias tenían látigos especiales de "serpiente negra" con puntas de plomo, tanto para impresionar a las grandes serpientes de cascabel que poblaban la zona como para poder utilizarlos como un cachiporra improvisada en caso de intento de fuga.

Durante una hora entera, los guardias azotaron a Carl de forma sangrienta, pero aunque el poste para bufar se llamaba así por los

ruidos que ese castigo sacaba de los hombres, no pudieron sacar ni un solo sonido de Panzram. Cuando lo volvieron a poner en pie, no hubo inestabilidad, y cuando el jefe de la tripulación se acercó a regodearse, no vio ni una pizca de miedo en el rostro de Carl. En sus propias palabras, Carl se dio cuenta de que había "sangre en su espalda y asesinato en su corazón" después de ese castigo, y pareció que el jefe también lo reconoció, liberándolo inmediatamente.

Carl se alejó del grupo sin nada más que la ropa pegada a su espalda por la sangre seca, sin molestarse siquiera en recuperar su Angelina que se quedó acobardado entre los demás prisioneros.

Podrían haber esperado que muriera allí sin medios para mantenerse y sin dinero para pagar sus gastos, pero Carl estaba hecho de una pasta más dura. Durante un tiempo, vivió como un animal voraz, robando gallineros y luego quemándolos. Provocando incendios de hierba para su propia diversión, para ayudar a aliviar algo de la furia que llevaba dentro. Todo lo que había ganado lo había perdido, y lo único que le quedaba era poder y rabia: una combinación letal.

Más peso

En algún momento, Carl encontró el camino a una estación de trenes y escapó de la zona rural de Texas, dirigiéndose hasta Oregón antes de que se pudiera encontrar cualquier otro rastro de él. Pasó unos meses trabajando como leñador de temporada en los ricos bosques de ese estado, manteniéndose alejado de la civilización durante un tiempo y dejando que se calmara el calor que había acumulado a raíz de su última ola de crímenes. No iba a durar mucho. Tan pronto como fue despedido a causa del invierno, volvió a la delincuencia, abriéndose camino por la costa del Pacífico, dejando un rastro de hombres maltratados con los bolsillos vacíos a su paso. Durante este tiempo, no hubo nada que no robara: dinero en efectivo, joyas, ropa, bicicletas e incluso un yate que intentó aprender a navegar por la costa antes de estrellarlo contra unas rocas y nadar hasta la orilla.

En San Francisco, trató de contactar con algunos de sus antiguos conocidos del inframundo para deshacerse de algunos de los bienes robados que había acumulado. Antes de ir a la ciudad, enterró todas sus ganancias en uno de los muchos alijos que había hecho por todo el país, embolsándose sólo algo de dinero para beber y una pistola para facilitar sus transacciones.

Había un bar en particular que era un lugar habitual de los bajos fondos criminales de San Francisco en aquella época: el Louvre, llamado así por la galería de París debido a las pinturas de desnudos que adornaban sus paredes y su techo. Carl se cruzó con un par de viejos rostros de sus anteriores visitas a la ciudad, pero ninguno de ellos quiso saber nada de él. A pesar de ello, no tardó en encontrar a un interesado en el reloj de oro que había traído para mostrar la calidad de su mercancía. Creyó que el hombre le llevaba a conseguir algo de dinero en efectivo para esa primera transacción, cuando un par de agentes uniformados se lanzaron sobre él y le pusieron las esposas. Después de su fanfarronada en el Louvre, la policía sabía que tenía muchos más bienes robados escondidos en algún lugar, y los policías de Oregón le presionaron enérgicamente para encontrarlos y devolverlos.

Hubo varias reuniones a puerta cerrada con el juez que presidiría el caso y el abogado defensor de Carl. En la cárcel, el abogado le propuso un trato: a cambio de revelar la ubicación de los bienes robados y declararse culpable, le darían una sentencia indulgente y podría volver a salir en poco tiempo. Ante la disyuntiva de elegir entre eso y los siete años que probablemente cumpliría por hurto mayor, la decisión correcta era obvia. Firmó la confesión, escribió una descripción clara del alijo y se marchó a su próxima ronda de prisión

con una sonrisa en la cara.

Sólo cuando llegó a la Penitenciaría Estatal de Oregón y fue procesado, se enteró de que el juez le había impuesto la condena completa de 7 años a pesar de todo. Argumentó con el alcaide que la sentencia era errónea, que había habido algún malentendido, pero el juez había enviado una carta adjunta, explicando que Carl era un criminal de carrera, conocido en todo el noroeste, y que su castigo tenía que reflejar no sólo los delitos por los que había sido condenado, sino también todos sus delitos menores anteriores.

Carl fue arrojado a una celda estándar cuando empezó a despotricar, desvariar y escupir insultos, pero la Penitenciaría Estatal de Oregón había subestimado mucho sus capacidades. En su furia beligerante, Carl fue capaz de doblar los barrotes oxidados de su celda y escapar. Pero, en lugar de buscar una salida, se adentró en la prisión, atascando trapos en todas las cerraduras para que nadie pudiera moverse dentro del edificio, golpeando a los guardias hasta dejarlos inconscientes y, finalmente, encontrando el contenido del taller, que utilizó para incendiar todo el lugar.

El fuego no se extendió tanto como Carl hubiera querido, pero con las puertas atascadas era prácticamente imposible combatirlo. Hubo que evacuar a los prisioneros al patio mientras llegaban los bomberos civiles. Las instalaciones estaban destrozadas y llenas de hollín, y se necesitaron casi todos los guardias que quedaban para sacar a Carl al patio. Los demás presos le aclamaban, se burlaban de los guardias y perdían todo el respeto por su autoridad. Era indomable. Los guardias inmovilizaron a Carl y le rompieron los tobillos a martillazos. No volvería a estar erguido y orgulloso delante de los demás prisioneros.

Los días que le quedaban en la Penitenciaría Estatal de Oregón fueron pocos. Lo dejaron tirado en el suelo de una celda de aislamiento, hambriento y en agonía mientras sus huesos desencajados empezaban a tejerse en la posición incorrecta. Cuando finalmente lo sacaron, no fue para proporcionarle el tratamiento médico que tanto necesitaba, sino para trasladarlo a la prisión más dura de todo Estados Unidos: El Correccional de Salem.

Cuando llegó a Salem, Oregón, Carl apenas se había recuperado, pero no estaba dispuesto a mostrar un solo instante de debilidad ante los guardias o los demás presos. En cuanto lo metieron en una celda, llenó un orinal y se lo tiró al primer guardia que pasó. Por muy duro que hubiese sido el trato durante sus anteriores estancias en la cárcel, Carl no podía imaginarse la brutalidad a la que se iba a enfrentar ahora en Salem. Un grupo de guardias armados lo golpeó hasta dejarlo inconsciente y luego lo encadenó, boca abajo, a la puerta de su celda. Puede que esto le ayudara, ya que este tiempo sin moverse le permitió curar sus tobillos sin peso alguno, pero Carl no lo vio así. Gritaba y

lanzaba insultos despiadados a cualquiera que pasara por allí. No mostraría debilidad, aunque lo tuvieran inmovilizado. No se doblegaría.

El correccional de Salem había caído bajo el control de un nuevo superintendente llamado Henry Minto, un ex jefe de policía que veía la prisión como una oportunidad de inversión. Para él, el objetivo de la prisión era generar un beneficio para el estado. Cuanto más grande fuera el beneficio, más podría desviar gran parte de ese beneficio para llenarse los bolsillos antes de que nadie se diera cuenta. Su primer acto al tomar el control de la prisión fue recortar en dos tercios el salario que se pagaba a los presos por día. También retuvo el dinero que debía asignarse a las familias de los presos hasta que pudieran presentar documentos que demostraran su parentesco, algo que casi nadie en los estratos inferiores de la sociedad analfabeta era capaz de hacer. Más allá de ser su alcancía propia, Minto también dirigía la prisión como su propio reino personal, exigiendo una obediencia personal absoluta a todos sus subordinados y el máximo nivel de respeto a los presos a su cargo. Si no recibía el respeto que creía que le correspondía —si se sentía menospreciado de alguna manera— tenía a su disposición un pequeño ejército de pequeños tiranos que dirigían cada ala de la prisión según sus propias especificaciones desquiciadas. El hombre encargado de doblegar a Carl y hacer que se adhiriera al programa, era conocido exclusivamente como "Vinagre".

Vinagre era un hombre curioso, en lo que respecta a los guardias de la prisión. Un hombre de gustos muy peculiares. Para quebrar a sus prisioneros cuando actuaban de manera insubordinada, los llevaba a una sala especial que reservaba para su uso. Estaba llena de pequeños jarrones repletos de rosas, cuyos pétalos se soltaban a menudo cuando Vinagre balanceaba el gato de nueve colas que mantenía escondido entre ellos. Durante horas, golpeaba las espaldas de los prisioneros como Carl con las cabezas de los látigos con punta de acero, cantando himnos para sí mismo mientras lo hacía. Es de suponer que empezó con esta costumbre para ahogar los sonidos de los gritos, pero cuando se trataba de Carl era totalmente innecesario. El hombre no hacía ningún ruido.

A pesar de todos los castigos, los guardias no pudieron hacer que Carl se sometiera. Ni siquiera Vinagre, que solía ser el más talentoso de los pequeños secuaces de Minto, tuvo suerte con él. Finalmente, Minto llamó a Carl a su despacho y se enfrentó al prisionero en igualdad de condiciones, pensando que un poco de respeto en ambos sentidos podría ser necesario para calmar al joven problemático. Carl le escupió ese respeto en la cara. Juró que nunca iba a cumplir esos siete años, y que nada de lo que hiciera Minto lo mantendría en la prisión. Con las líneas de batalla claramente trazadas, Minto sonrió e

hizo que Carl volviera a su celda. El siguiente paso de su plan de escalada comenzaría al día siguiente.

Una tortura bastante común en Salem consistía en encadenar a los presos desnudos a la pared y hacerlos estrellar con una manguera de incendios. El propio Carl había recibido ese tratamiento varias veces, causando que sus dos ojos se cerraran por la hinchazón en una ocasión. Pero aquel tratamiento de agua no era nada comparado con lo que a Vinagre le habían ordenado aplicar a continuación.

Carl no tenía ni idea de lo que le esperaba cuando le llevaron a la nueva sala, pero un baño no era ciertamente lo primero en su lista de preocupaciones. Se metió con gusto en la bañera de acero y dejó que Vinagre le esposara la muñeca y el tobillo a un aro situado en el centro, y sólo se estremeció un poco cuando el agua helada se introdujo hasta llenar la bañera por la mitad. Se había dado baños más fríos que aquel mientras crecía en una granja. Si Minto creía que un poco de frío iba a hacer tambalear su determinación, se esperaba otra cosa. Cuando Vinagre se puso un abrigo de goma y unos guantes para evitar el agua fría, Carl se echó a reír de lo ridículo que parecía. Fue entonces cuando se descubrió la esponja y la batería conectada a ella. Al sumergirla en el agua, lo único que hizo fue provocar a Carl una desagradable sensación de pinchazos por todo el cuerpo, pero cuando Vinagre empezó a subir, comenzando por las plantas de los pies, la agonía comenzó en serio. La mecánica de este aparato, conocido por los guardias como el "Colibrí", era similar a la empleada posteriormente en la silla eléctrica. La esponja húmeda conducía la electricidad a un punto concreto del cuerpo. Se sentía como si se clavaran agujas calientes en la carne de Carl, pero no quedaba ni una sola marca en su cuerpo. Podía ser torturado así sin cesar, sin posibilidad de morir ni de que nadie sospechara que le estaban haciendo algo indebido.

Como en todas las ocasiones en las que una institución se ensañó con Carl, éste se ensañó aún más con la prisión y con su director. Prendió fuego el taller de la prisión y, en medio del caos, consiguió hacerse con una de las hachas que utilizaba el personal del recinto. Se volvió loco, persiguiendo a los guardias por toda la prisión y ayudando a escapar a todos los prisioneros que pudo en la confusión. Se dio cuenta de que era demasiado grande para salir por las ventanas que había destrozado, pero si no podía salir él mismo de la prisión, se proponía liberar a todos los demás hombres. Mientras Minto gobernara, no tendría paz.

Este tipo de transgresión iba mucho más allá de todo lo que Minto había tenido que enfrentar antes. Necesitaba tiempo para pensar en una respuesta. Carl fue condenado al "calabozo", una celda solitaria subterránea donde pasaría los siguientes sesenta y un días en perpetua

oscuridad. No se le proporcionó comida. Tuvo que buscar en la oscuridad cucarachas para sobrevivir. Al final de este castigo, nadie en la prisión esperaba que saliera vivo y cuerdo, pero su comportamiento no cambió demasiado y parecía tan sólido como siempre, aunque un poco más delgado.

A partir de ese día, los intentos de fuga fueron interminables. Cada día, Carl tramaba un nuevo plan y lo ponía en marcha, y a menudo tenía media docena de planes diferentes en marcha al mismo tiempo. Robó jugo de limón de los almacenes de la prisión, lo destiló en licor y emborrachó a diez de los prisioneros más feroces lo suficiente como para atacar a los guardias, y luego hizo escapar a media docena de hombres en el caos que le siguió. Enseñó a otra media docena de hombres a sacar a escondidas hojas de sierra del taller y a utilizarlas para cortar los barrotes de las ventanas de sus celdas. Incluso el enorme muro que rodeaba la prisión era otro problema al que Carl podía aplicar su increíble mente maestra. Utilizando los mangos de los cubos y las cuerdas hechas con mantas destrozadas, hizo que los hombres montaran ganchos de agarre improvisados y los guardaran en el patio antes de que el siguiente grupo intentara escapar. El propósito y los esfuerzos de toda la población carcelaria con el tiempo pasaron de la obediencia y el trabajo, a las extravagantes fantasías de fuga.

El Colibrí cantaba para Carl todos los días, pero después de eso iba cojeando para subir a los hombres más pequeños a las ventanas, enseñando a los demás las rotaciones de los guardias y amenazando con la violencia a todos los guardias que le daban una segunda mirada. Entre esos hombres estaba Otto Hooker, un ladrón de 21 años por el que Carl se había encaprichado. Cuando escapó, se dirigió al pueblo más cercano y se armó inmediatamente con una pistola robada. El comisario Minto se unió a la caza del hombre con su vieja escopeta de servicio, como había hecho una docena de veces antes, pero esta vez las cosas fueron diferentes. Cuando acorraló a Hooker, el hombrecillo respondió con una ráfaga de balas que destrozaron a Minto.

Este fue el primer asesinato atribuido a Carl. Se le consideró culpable de las acciones de Hooker, y se añadieron siete años más a su condena. No es que él se hubiese enterado, desde el calabozo. Cuando salió del calabozo y escuchó la noticia de que Minto estaba muerto, se puso eufórico, pero esa alegría le duró poco. El hermano mayor de Harry Minto, John Wilson Minto, había sido nombrado superintendente interino hasta que se llegara a una solución más permanente, y culpaba por completo a Carl de la muerte de su hermano. La única razón por la que aceptó el trabajo fue para buscar venganza.

En septiembre de 1917, Carl finalmente escapó, combinando elementos de todos los intentos de fuga anteriores, lo que lo llevó a orquestar el plan perfecto. Utilizando una hoja de sierra, quitó los barrotes de la ventana de su celda. Con su nuevo físico, más delgado por las horas de caminar en círculos, fue capaz de deslizarse por el hueco resultante. Utilizando un gancho de agarre con mango de cubo, pudo superar el muro supuestamente inescalable y salir corriendo. Se dirigió a la ciudad más cercana: Tangent.

Al llegar a Tangent, irrumpió en la primera casa que encontró y se aseguró una muda de ropa y una pistola calibre 38 cargada. Se dirigía a la estación de tren para huir, cuando un subcomisario local lo reconoció por los carteles de "Se busca" recién impresos en la estación e intentó capturarlo. Se produjo un tiroteo, en el que ambos hombres vaciaron sus pistolas uno en dirección al otro, pero mientras el subcomisario tenía todo un cinturón lleno de municiones a su disposición, Carl sólo tenía los pocos cartuchos que tenía en su pistola. Se gastaron con demasiada rapidez. Se acercó al subcomisario con las manos en alto, pero en cuanto el hombre enfundó su pistola y buscó las esposas, Carl echó mano de su revólver de servicio. Se produjo un combate de lucha libre que sólo terminó cuando el resto del departamento del alguacil apareció con fuerza. Carl tiró las ventanas a patadas mientras lo arrastraban, clavó los dientes en las manos de los policías, hizo literalmente todo lo que estaba a su alcance para escapar, pero aun así lo arrastraron de vuelta a Salem, donde lo volvieron a confinar en aislamiento.

El nuevo Minto se dedicó a construir una prisión dentro de la prisión, diseñada explícitamente para contener a Carl y a los demás alborotadores que siguieran sus pasos. Cuando la construcción se completó, el hambre en el confinamiento solitario había reducido el número de cabecillas a sólo diez, pero esos diez fueron condenados al nuevo infierno que Minto había inventado: El Toril.

Se dibujó un círculo de tiza en el centro de la cavernosa sala, y todos los presos debían permanecer dentro de ese círculo durante 14 horas al día. Si se sobrepasaba esa línea durante esas horas, serían fusilados. Si quitaban las manos de los hombros del hombre que tenían delante, serían fusilados. Si disminuían su ritmo al caminar en círculo durante esas 14 horas completas, serían fusilados. Era más una trampa mortal que un medio de confinamiento, y varios prisioneros sucumbieron a ella en los meses siguientes, pero no Carl. Jamás Carl.

Cuando salió a la luz la noticia de los nuevos horrores que John Minto había infligido a los presos durante su mandato, el Estado no tuvo más remedio que sustituirlo por un nuevo superintendente. Murphy era todo lo contrario a los hermanos Minto, un reformista incondicional que creía que atormentar a los hombres en la cárcel no

hacía más que endurecerlos hasta convertirlos en criminales aún más devotos. Abolió todos los castigos corporales en Salem, derribó El Toril y prohibió el uso del aislamiento, excepto cuando fuera necesario para la protección de un preso. El peor castigo al que podían enfrentarse los reclusos revoltosos en sus manos, era ser obligados a pelar patatas para las cocinas. Mejoró la comida para eliminar el escorbuto rampante que asolaba la prisión, creó nuevos trabajos para que los presos ocuparan mejor su tiempo y se aseguró de que se les pagara más justamente por ese trabajo.

Todo el malestar desapareció. Carl se convirtió en la única voz de rebeldía en todo el edificio. Murphy respondió mejorando sus raciones y dándole revistas. Cuando se encontró una hoja de sierra en su celda, Murphy le llamó para mantener una conversación cortés. Carl expuso su posición: era el peor preso de la cárcel, y ningún trato suave iba a ablandarlo. Iba a luchar contra este director, igual que lo había hecho con todos los demás. La apuesta que hizo Murphy en respuesta a esta declaración fue impresionante. Si Carl prometía volver antes de la cena, las puertas de la prisión estarían abiertas para él al día siguiente. Podría salir, estirar las piernas, disfrutar del campo y hacer lo que quisiera, siempre que volviera antes de que terminara el día. Carl hizo la promesa con una mueca despectiva y toda la intención de coger el primer tren que encontrara.

Cuando llegó el día, caminó un rato, tratando de averiguar si se trataba de algún tipo de trampa, alguna excusa para disparar contra él como prisionero fugado, pero cuando el sol del mediodía se alzó sobre él en el cielo, Carl se dio cuenta de que en realidad era libre. Se sentó en una piedra y trató de comprender su situación. Esa noche, volvió a las puertas de la prisión y exigió que le dejaran entrar. La única manera de entender lo que estaba pasando era volver y averiguar más acerca del tema. Esto dio inicio a un breve período de reforma para Carl. Le dieron un trabajo en la prisión, y cuando destacó en él, le invitaron a unirse al equipo de béisbol que Murphy acababa de formar. Era malo en ese deporte, a pesar de su increíble condición física, y pronto se sintió frustrado por su propio fracaso. Murphy no estaba dispuesto a renunciar a Carl y lo trasladó a la banda de música, donde esperaba que la música pudiera calmar su alma. Una vez más, Carl no sobresalió de inmediato y se sintió intensamente frustrado. En una de sus habituales conversaciones con Murphy, afirmó que era demasiado estúpido para aprender un instrumento. El superintendente no estaba del todo de acuerdo, y nombró a Carl líder de la banda y director del equipo de béisbol en lugar de obligarle a dar más clases. Hizo una gira con el equipo de béisbol durante todo el verano, visitando otras prisiones y dirigiendo partidos de exhibición con un solo guardia para acompañarlos.

A su regreso a Salem, las condiciones se volvieron aún más laxas. Salía a beber con las enfermeras del hospital local, se paseaba fumando hasta altas horas de la noche, e incluso se le ofreció un puesto de trabajo. Se habló de la libertad condicional. Sólo le quedaban cuatro años de condena. Pero, con aplastante inevitabilidad, su naturaleza salvaje se reafirmó.

Se rebeló contra este trato amable al igual que lo había hecho contra la brutalidad. Y el 12 de mayo de 1918, Carl finalmente se fugó. En plena noche, repitió su primer plan al pie de la letra, pero mientras que antes había confiado en el sigilo para salir, esta vez caminó directamente hacia el muro sin inmutarse. Los guardias ya estaban familiarizados con la visión de Carl en el patio de noche, y no le dieron importancia, incluso cuando lanzó su gancho por encima. Sólo cuando se subió a la pared se dieron cuenta de lo que pasaba y abrieron fuego. Todas las balas parecían fallar. La mirada de Carl era tal que los guardias estaban demasiado asustados como para apuntar directamente. Echó una mirada despectiva hacia el correccional de Salem antes de dejarse caer en el bosque y desaparecer del mapa. Los guardias salieron corriendo tras él. Esa noche se dispararon más de 200 balas, pero ni una sola dio en el blanco.

Mejor servido frío

Después de escapar de Salem, Carl cambió su nombre y se afeitó el bigote, dejando el Noroeste en el primer tren que pudo encontrar. Murphy perdió su trabajo casi de inmediato, y todas las reformas que había impulsado fueron desmanteladas, lo que retrasó décadas la reforma penitenciaria. Carl estaba en el ruedo una vez más. Pero sus experiencias en prisión lo habían cambiado. A pesar de toda su charla nihilista acerca de odiar a toda la raza humana, estaba atormentado por la culpa por su escape y las consecuencias que este acarreó para el único hombre que lo había tratado decentemente en su vida.

Cambiaba su nombre de un pueblo a otro, cambiaba su apariencia tan regularmente como podía y cambiaba los patrones de sus crímenes aún más frecuentemente. Fue arrestado por incendio premeditado, robo e incluso vandalismo. Cada vez que lo encarcelaban se escapaba, burlándose de los guardias y policías que lo perseguían a cada paso. Las únicas veces que cumplía una sentencia completa, era cuando estas eran menores a un mes, e incluso entonces, solo sería si no tuviera mejores planes. Las prisiones simplemente no se construyeron pensando en un hombre como Panzram. Entre su fuerza física, su habilidad para manipular a otros prisioneros para que lo ayuden y su ingenio puro, Carl siempre encontró una salida.

Después de servir tres semanas en Rusk, Texas, Carl se fue de juerga, tratando de beber todo el whisky de la ciudad antes de seguir adelante. Después de unas horas de tranquila contemplación, decidió que había llegado de nuevo el momento de un empleo remunerado. El ejército de los Estados Unidos no lo aceptaría, por razones bastante obvias, pero él sospechaba que podría ganarse la vida decentemente matando gente para el ejército mexicano. Subió a bordo del primer tren que se dirigía al sur, pero antes de que el tren alcanzara velocidad, volvió a bajarse. Divisó a un hombre que se dirigía a uno de los pequeños pueblos por los que había pasado y que le había gustado.

Durante este tiempo en América, la Edad Dorada, se estaban haciendo fortunas por todas partes. La riqueza prometida del Nuevo Mundo se desbordaba en todas direcciones, e incluso allí, en la zona rural de Texas, algunos hombres comenzaban a mostrar algún destello. Este hombre en particular acababa de terminar su trabajo en los campos petrolíferos del sur y se dirigía a casa con un grueso sobre de dinero en efectivo que solucionaría todos sus problemas. No estaba claro si era el dinero o el hombre lo que le trajo problemas, pero antes de que hubiera dado dos pasos en la ciudad, Carl estaba sobre él. No hubo necesidad de ninguna astucia en este caso, ni de ninguna de las artimañas que a menudo empleaba en sus crímenes. Todo lo que Carl

necesitaba era la fuerza de sus brazos. Agarró al hombre por el cuello y lo arrastró fuera del alcance del oído del resto de la ciudad, luego siguió con su rutina habitual.

Aquel hombre no era débil por ningún tramo de la imaginación, no después de los largos meses en el campo, pero fue como un bebé en los brazos de Carl. Cuando no quiso desprenderse de su dinero voluntariamente, Carl lo golpeó hasta que cambió de opinión. Cuando no quiso quitarse la ropa, Carl lo golpeó hasta que cambió de opinión. Cuando no quiso que lo presionara boca abajo contra la arena y lo sodomizara con tanta fuerza hasta gritar y sangrar, Carl envolvió sus manos alrededor de la garganta del hombre y apretó hasta que quedó en silencio. Había pocos hombres que hubieran seguido luchando contra Carl después de la primera paliza, y menos aún que se hubieran defendido mientras él los violaba, pero ese espíritu no significaba nada frente al poder en bruto de Panzram. Carl estranguló al petrolero hasta dejarlo inconsciente mientras lo violaba, y fue solo después de que finalmente acabó que se dio cuenta de que, en algún momento del acto, su víctima había muerto.

Era la emoción que Carl había pasado buscando toda su vida. Mejor subidón que el whisky o la sodomía podrían proporcionarle. Aprendió a amar el poder que su cuerpo apenas contenía. En el estéril páramo de un mundo desprovisto de alegría, ser capaz de ejercer su dominio sobre otras personas era el único y verdadero placer que había encontrado, y allí, en ese pequeño tramo de desierto, encontró la expresión más pura de ese dominio. Era la primera vez que quitaba una vida, pero no sería la última.

Con ese asesinato, Carl dio marcha atrás en sus planes, se compró un billete de tren a las grandes ciudades de la Costa Este y decidió obtener todo el placer posible en su vida. Los esfuerzos del comisario Murphy habían ralentizado el descenso de Carl hacia la oscuridad y habían enturbiado su comprensión del mundo, pero el gozo animal que sintió al ahogar la vida de aquel desconocido, le devolvió la claridad ante la realidad: el salvajismo era lo único que importaba en este mundo, y no había nadie más salvaje que él.

Pasó algún tiempo en Nueva York, junto al puerto, contemplando los barcos británicos que atracaban allí. Aunque nunca había estudiado historia de manera formal, Carl había aprendido bastante sobre los enfrentamientos que los Estados habían tenido con sus antiguos dueños. Entre la Guerra de la Independencia y la Guerra de 1812, existía la persistente sensación de que Gran Bretaña iba a ser un enemigo que perseguiría a Estados Unidos a lo largo de la historia. A esa tensión histórica se sumaban los celos imperiales hacia los años de bonanza en los que se encontraba Estados Unidos. Carl disfrutaba del acto de asesinar, pero sólo la idea de la violencia y la muerte

generalizadas le atraía, aunque no pudiera participar directamente. Fantaseó con la idea de hacer estallar explosivos en los barcos británicos, haciéndolo parecer una acción militar y dando inicio a una nueva guerra con los Estados Unidos. Incluso empezó a trazar algunos planes en ese sentido antes de que se le pasara la borrachera.

La siguiente vez que salió a beber, sus oscuros pensamientos tomaron una dirección totalmente diferente. Se puso a charlar con algunos de los trabajadores de saneamiento de la ciudad y se enteró de la ubicación del embalse del que la mayor parte de Nueva York se abastecía de agua potable. Nunca había trabajado con veneno, pero sabía de algunos que seguirían siendo eficaces en ese tipo de dilución. Todo lo que necesitaría era algo de capital para hacer la compra y podría acabar con la mitad de la población de la ciudad de un solo golpe. Por suerte para los neoyorquinos, fue en ese momento cuando a Carl se le acabó el dinero de la bebida.

Había estado viviendo a lo grande con sus ganancias de Texas, pero ahora se estaban reduciendo a centavos. Completamente ebrio, se acercó a un barco de la marina y exigió que lo reclutaran. Inexplicablemente impresionado por esta actitud, y por el físico del hombre, el capitán del barco lo contrató y le dio un adelanto de su sueldo de la primera semana para que terminara los asuntos que aún tenía en la ciudad. Carl se llevó ese dinero directamente al bar más cercano y se dispuso a gastar su dinero allí. Por la mañana, se presentó a la hora que le habían indicado, lleno de sueños románticos sobre navegar por el mar y hacer la guerra. El capitán del barco le echó un vistazo, ciego de borrachera y apenas en pie, y lo echó del barco. La sobriedad perfecta no era un requisito para alistarse en la marina, pero presentarse al servicio estando demasiado ebrio como para poder excusarse siquiera, estaba más allá de los límites.

Cuando se le pasó la borrachera, el barco había zarpado, así que no tenía ningún recurso para su habitual y ardiente venganza. Con apenas una moneda en el bolsillo y un ardiente deseo de arremeter contra el mundo una vez más, Carl finalmente puso la mira en el hombre que, en su opinión, más le había perjudicado en sus 28 años de vida. El hombre que, desde cualquier punto de vista, estaba más lejos de su alcance: William Howard Taft. El hombre que lo había enviado a Fort Leavenworth y a la experiencia carcelaria más tortuosa de su vida.

En 1920, Taft había dejado de ser ministro de Guerra, había sido gobernador de Filipinas e incluso había sido presidente de los Estados Unidos tras ser elegido como sucesor de Theodore Roosevelt. Tras su presidencia, pensó en retomar su carrera de abogado, pero se dio cuenta de que todos los jueces federales que había nombrado mientras era presidente sufrirían un conflicto de intereses cada vez que él

estuviera en su sala, así que en su lugar aceptó un puesto de profesor de derecho en Yale. Este trabajo y su activa vida política mantenían a Taft alejado de su casa palaciega de New Haven hasta altas horas de la noche la mayoría de las veces, y fue esta ausencia la que Carl aprovechó.

Entró en la casa del ex presidente, en el número 133 de la avenida Whitney, a primera hora de la noche, forzando con facilidad las débiles cerraduras de una de las ventanas después de que los criados se hubieran ido a casa a pasar la noche. Se tomó su tiempo y empezó a saquear las habitaciones y un amplio estudio, acumulando varios miles de dólares en joyas y casi otros tantos en bonos. El premio de su botín fue una pistola automática calibre 45. Gracias a las charlas mantenidas durante sus últimas estancias en prisión, Carl había aprendido lo suficiente sobre la floreciente ciencia de la balística como para saber que cualquier crimen que cometiera con esta arma, volvería a Taft. Cada vez que acabara con una vida con esta pistola, William Howard Taft se enteraría de ello y recordaría cómo Carl le había vencido. No podía pensar en una venganza más dulce.

La casa era tan grande que Carl no tuvo tiempo de incendiarla después de saquearla, como habría pretendido en un principio. En su lugar, saltó por la ventana con su saco lleno de tesoros mientras salía el sol. Sin perder tiempo, se dirigió a la estación del ferrocarril y salió de New Haven antes de que el robo pudiera ser descubierto. No tenía intención de perder el mayor y más dulce botín de su carrera criminal.

En Manhattan, Carl pudo vender los bonos y las joyas por mucho menos de lo que valían. Si la venta hubiera sido legítima, probablemente habría ganado alrededor de 10.000 dólares. En realidad, se llevó unos 3.000 y una caja de municiones.

Llevaba bastante tiempo utilizando el nombre de John O'Leary en Nueva York, y fue con ese nombre con el que compró un yate llamado *Akista* que le costó la mayor parte de su dinero. Desde Manhattan, navegó por el East River, pasando por el estrecho de Long Island, donde redujo la velocidad para abordar las embarcaciones allí atracadas y despojarlas de cualquier objeto de valor. Pronto, su propio barco estaba cargado de lujos y licores. Atracó en un club náutico de New Haven durante un tiempo, con la esperanza de vislumbrar a Taft y disfrutar del fácil acceso al licor de contrabando que circulaba por la ciudad, pero después de unos pocos días soleados de holgazanería, se encontró de nuevo inquieto.

Izando velas, se dirigió hacia el Bronx, anclando frente a la costa de City Island. En aquella época, City Island era una comunidad marítima aislada, llena de pescadores y veleros que se mantenían al margen.

La actitud hosca del capitán O'Leary era notoria, pero no poco

frecuente entre los marineros viajeros, y dado que sólo bajaba a tierra para aprovisionarse, era probable que hubiera pasado totalmente desapercibido si hubiera sido eficiente en su último plan asesino.

Cuando bajaba a Manhattan, buscaba en los bares clandestinos y en las calles, a los marineros que buscaban trabajo hasta que empezara su siguiente turno. La parte astuta del plan de Carl para ellos, tenía que ver con la ubicación de su barco. Como había atracado tan lejos, los marineros se veían obligados a ir a recoger todas sus posesiones mundanas a cualquier alojamiento temporal en el que estuvieran o arriesgarse a que estas desaparecieran mientras navegaban con él.

Para la mayoría de aquellos hombres, aquel primer día de trabajo como tripulación del "Capitán O'Leary" fue el más fácil que habían hecho en su vida. Estaba claro que era capaz de manejar el barco por sí mismo, pero prefería tener a alguien con quien beber y charlar mientras transcurría el día. Al anochecer, echaba el ancla junto al faro de Execution Rock, en el estrecho, y preparaba una abundante comida para los dos, que solía incluir raciones extra de vino y licor en cada bocado. Completamente embriagados e incapaces de seguir el ritmo de la robusta constitución bebedora de Panzram, apenas se daban cuenta de lo que ocurría mientras él los desnudaba, los volteaba y luego los violaba como postre. Algunos de los hombres todavía tenían los medios para gritar, pero ahí fuera, en el océano, no había nadie para oírlos.

Una vez que Carl hubo terminado de disfrutar de los marineros ebrios y había recogido sus pertenencias en la cubierta, el siguiente sonido que resonaba en el *Akista* era el del agudo chasquido de una pistola calibre 45. La pistola de Taft. A continuación, Carl ataba una piedra al pie del cuerpo, arrojaba el cadáver desnudo por la borda y ponía rumbo a City Island para volver a empezar todo el proceso. Durante las tres semanas más calurosas del verano, fue y vino de Manhattan a Execution Rock, robando, violando y matando. Como resultado, hubo diez marineros muertos, hundidos frente a Execution Rock.

La gente de City Island había tomado nota por fin del cambio perpetuo de la tripulación de O'Leary y del hecho de que su barco rebosaba de propiedades que no tenía una buena explicación para acumular. Nadie se acercó a él, pero poco a poco fue consciente de las miradas que le dirigían cada vez que desembarcaba y decidió que había llegado el momento de seguir adelante.

Aunque tuvo que abandonar su amarre, aún no estaba preparado para abandonar su último plan asesino. Esta vez, cuando pasó por Manhattan, recogió dos nuevos marineros para tripular su barco. No eran tan guapos como sus anteriores adquisiciones, pero lo que les

faltaba de encanto lo compensaban con su disposición a infringir la ley bajo las órdenes de Carl. Si bien había leído historias de vaqueros cuando era niño, Carl había consumido otras tantas de piratas, y ése era otro ideal de forajido romántico al que estaba bastante apegado. Mientras navegaban por la costa de Nueva Jersey, Carl y su tripulación robaban a punta de pistola todos los yates con los que se cruzaban, acumulando un botín del que cualquier bucanero de las historias de Carl se habría sentido orgulloso. Fue generoso con el botín y el licor, prometiendo a sus hombres una parte mucho más grandes de lo que cabía esperar razonablemente por sus contribuciones bastante menores a los crímenes.

Al principio, puede que sospecharan que era un tonto, pero después de observar su comportamiento a sangre fría durante sus incursiones, los marineros se fueron dando cuenta de que Carl era más inteligente, y más astuto, de lo que parecía. Su destino final era la isla de Long Beach, un poco al norte de Atlantic City. Al llegar allí, Carl tenía la intención de violar y asesinar a sus dos co-conspiradores como había hecho con todos sus predecesores, arrojando sus cuerpos por la borda para que los encontrara quienquiera que los encontrara, antes de continuar por la costa este lejos de toda sospecha.

Cuando las luces de Atlantic City aparecieron en el horizonte, era agosto de 1920 y el calor del verano empezaba a dar paso a un tiempo más turbulento a medida que bajaba la presión. Carl era un marinero lo suficientemente capaz para cualquier hombre autodidacta, pero no tenía las habilidades para navegar a través de las tormentas a las que ahora se enfrentaban. Un enorme vendaval llegó desde el Atlántico y golpeó el *Akista* contra unas rocas ocultas. El casco cedió bajo la presión. Todo el botín que llenaba las cubiertas inferiores fue arrastrado en un instante, y entre un momento y otro Carl pasó de estar en la cima del mundo a ser arrastrado a las frías y oscuras aguas mientras su barco —su orgullo y alegría— se hundía en el fondo del mar.

No es de extrañar que Carl sobreviviera a esta prueba. Era un hombre fuerte, en la flor de la vida y un nadador capaz. Lo sorprendente fue que los dos marineros que llevaba a bordo también sobrevivieran, llegando a las playas de la ensenada de Brigantine y huyendo hacia las tierras de cultivo de Jersey antes de que Carl pudiera alcanzarlos. No está claro si tuvieron suerte o si sospecharon el destino que les esperaba y tomaron medidas para evitarlo. Pero el hecho es que esos dos hombres son las únicas víctimas que Carl Panzram marcó para la muerte, que sobrevivieron, y fue necesario un acto de Dios para librarlos de sus garras.

Carl estaba amargado por haber perdido su barco y toda la riqueza con la que lo había llenado, pero no estaba ni la mitad de

enfadado que por haber perdido la pistola de Taft en las turbias profundidades. El dinero era algo temporal en su visión del mundo, algo que pasaba por sus manos y tan rápidamente como llegaba, se iba, pero la venganza, la venganza era para siempre una vez que la tenía. Su furiosa venganza contra Taft, en particular, estaba destinada a durar años, con más y más asesinatos apuntados a la pistola del ex presidente cada día que pasaba. No estaba previsto que se interrumpiera por una ráfaga de viento y una salpicadura de lluvia. Carl se resistió a la injusticia de todo aquello, pero no tenía ningún recurso contra la naturaleza.

Un hombre normal

Sin ningún lugar en el que volcar su rabia, Carl volvió a sus viejas rutinas de brutalidad, montando en los trenes y forzando a cualquier hombre al que pudiera ponerle las manos encima. Ya no era suficiente. El subidón que le producía intimidar y violar a los hombres, se había desvanecido en comparación con la fuerte sacudida de placer extático que le producía matar. Incluso los placeres más dulces que había conocido antes, se desvanecían ante el asesinato.

Enloquecido como estaba, no es de extrañar que pronto atrajera la atención de la ley una vez más. Pensando en repetir el salvaje éxito de su robo en la mansión de Taft, donde había conseguido suficiente dinero para comprar el yate, volvió a la rica ciudad universitaria de New Haven en los primeros días de 1921, tomándose su tiempo para investigar algunas de las mini-mansiones que llenaban la ciudad antes de decidirse por una como objetivo. Casi inmediatamente, se encontró con problemas. La familia que vivía en la casa estaba presente y despierta cuando él entró, y aunque se acobardaron fácilmente cuando Carl agitó una pistola recién adquirida, el personal no fue tan tonto. Tras una rápida llamada telefónica, la policía local detuvo a Carl y se lo llevó. Acusado de posesión de un arma de fuego sin licencia y de robo, Carl debería haberse enfrentado a muchos años de cárcel, pero como dio un nombre falso a la policía de Bridgeport, este fue tratado como su primer delito, y recibió una sentencia de sólo seis meses.

Una vez más, Carl estaba confinado en una prisión dirigida por gente que no tenía ni idea de los problemas que acababa de acarrear. En el mundo real, cuando Carl maltrataba a un hombre, lo violaba o le robaba, podía esperar las consecuencias de sus actos, pero a la ley no le importaba que esas cosas le sucedieran a un preso. De hecho, había una aprobación tácita de cualquier tortura que Carl infligiera. Para Panzram eran casi como unas vacaciones, una oportunidad para recuperar las fuerzas y la compostura tras el naufragio. El encierro le vino bien: le ayudó a encontrar el equilibrio en lugar de caer en una espiral de autodestrucción. Cuando salió de la prisión en otoño, ya se comportaba como el asesino frío y calculador en el que se había convertido, en lugar de como una bestia voraz, y consideró que había llegado el momento de buscar un empleo remunerado que se adaptara a su talento.

El océano seguía llamando a Carl, pero ahora se daba cuenta de los peligros a los que lo había arrastrado su ignorancia sobre la navegación. Fue pura suerte que sobreviviera al hundimiento del *Akista*. Para un hombre tan empeñado en controlarlo todo como Carl, eso era intolerable, así que se propuso mejorar de la única manera que sabía, alistándose en el Cuerpo de Infantería de Marina.

Normalmente, no habrían tenido ningún interés en incorporar a un hombre con tan poca experiencia en el mar, pero la situación se complicó por el hecho de que el sindicato estaba en conflicto con sus empleadores y entraba en conflicto casi a diario con esquiroles y rompehuelgas. Puede que Carl aún no fuera un gran marinero, pero si había algo que sabía hacer era luchar. En el transcurso de un mes, refinó sus habilidades como marinero bajo la tutela de sus mayores y pagó esa educación con una carnicería muchas veces. Cuando Carl salió al piquete, los matones profesionales que las navieras habían traído para intimidar a los sindicalistas desaparecieron misteriosamente. Cuando los esquiroles intentaban atravesar el piquete, acababan con los huesos rotos, arrojados al puerto o algo mucho peor si Carl era capaz de arrastrarlos a un callejón del muelle. Carl era un gran activo para el sindicato, pero asimismo era incapaz de echarse atrás.

Cuando los carneros pasaron de los puñetazos a llevar armas, Carl los imitó, y cuando llegaron pisando fuerte cargados de armamento, Carl no les dio la oportunidad de usarlo. Abrió fuego contra los rompehuelgas antes de que se acercaran al piquete. Se inició un tiroteo entre las dos facciones y la policía llegó en medio de él. Inmediatamente se pusieron del lado de los hombres de la empresa, viendo esto como una oportunidad para acabar con las molestias de los huelguistas en sus piquetes, y mientras el resto del sindicato estaba dispuesto a retirarse ante la ley, Carl no lo estaba. Disparó contra la policía con la misma presteza con la que había atacado a los carneros. El tiroteo se intensificó aún más, ya que el sindicato se dio cuenta de que estaba luchando por su propia supervivencia y no sólo por la victoria en el conflicto, pero finalmente Carl y los otros pocos tiradores de la línea de piquete se quedaron sin munición, y la policía que cargó contra ellos fue capaz de reducirlos por el peso del número.

Nadie pudo decir con certeza quién había empezado el tiroteo cuando todo terminó. Los abogados del sindicato se aseguraron de instruir a todos los hombres que habían sido detenidos para que repitieran esa declaración de ignorancia. Por su parte, la policía se enfrentó a un escrutinio por la forma en que se involucró en el conflicto, con acusaciones de corrupción y soborno por parte de las grandes empresas. Todos los sindicalistas fueron puestos en libertad bajo fianza a la espera de un juicio por su implicación, fianza que fue pagada por el propio sindicato.

Carl se había convertido en un objetivo al desempeñar un papel tan importante en los conflictos sindicales, y no tardaron en llegar a los investigadores las noticias de sus hazañas en otros lugares. Aunque pudieron presentar cargos contra algunos de los sindicalistas por su participación en el enfrentamiento con la policía, la investigación

pronto se centró en Carl Panzram, junto con sus numerosos alias, fugas de prisión y órdenes de detención pendientes. Una vez que sólo tenían una parte de su caso completo contra Carl, la policía barrió los muelles en busca de él, dispuesta a devolverlo a la cárcel, a la que pertenecía por derecho, y a acumular suficientes años en sus numerosas condenas pendientes como para que no volviera a ver la luz del día. Pero no había rastro de él. Enviaron su descripción a todos los departamentos de policía del país, pero nadie le había visto ni un pelo desde que salió en libertad bajo fianza. Ni siquiera la vigilancia de los sindicalistas que podrían haberle dado cobijo proporcionó a la policía ninguna pista. Finalmente, desesperados, empezaron a buscar en los registros de todos los barcos que salían de EE.UU., alguno de los alias que Carl había utilizado a lo largo de los años, pero fue inútil. Era como si el hombre hubiera desaparecido.

Con poco dinero pero con mucha necesidad, Carl había hecho exactamente lo mismo que siempre para salir de la ciudad rápidamente: se había metido de polizón. El barco en el que se escabulló tenía como destino un lugar más allá del alcance de la ley estadounidense: La Angola portuguesa, en la costa occidental de África. Tras unos días de acecho en la bodega del barco, intentando pasar desapercibido, Carl se aburrió y se reveló a la tripulación. Al principio, el capitán se enfureció por el hecho de que un hombre viajara de polizón en su barco, pero Carl no tardó en poner en práctica las habilidades que había aprendido en el *Akista* y en la Escuadra de Marines, ganándose el respeto de la tripulación a regañadientes.

El viaje fue largo y con pocas paradas, pero cuando llegaron a la primera, en Portugal, para reabastecerse de provisiones, no era cuestión de postergar a Carl. Estaba haciendo el trabajo de dos hombres por nada a cambio de su pasaje. Cuando llegó a la costa de África, el capitán prácticamente le rogó que se quedara como parte permanente de la tripulación. Después de todo, el mar era un buen lugar para que un hombre con mala reputación o un pasado oscuro se perdiera y se olvidara de él. Carl se negó amablemente. El nivel de disciplina y trabajo duro que se exigía en un barco le recordaba demasiado a la vida en prisión. Quería vagar por el mundo y hacer las maldades que quisiera, sin tener que rendir cuentas a nadie. Estrechó la mano del capitán y salió a los muelles, libre de la amenaza constante de ser arrestado por primera vez en su vida adulta.

Angola era el lugar perfecto para Carl, un lugar donde la vida humana no valía nada, al menos para los colonizadores blancos que trataban a la población local como menos que animales. Protegido por el color de su piel, Carl vagó por Angola durante varias semanas sin temor a ningún castigo por sus acciones. Los pocos dólares con los que había salido de Estados Unidos valían infinitamente más allí que en su

país, y podía vivir cómodamente por unos centavos al día. Sin embargo, había lujos oscuros y horripilantes que podían comprarse abiertamente allí y que estaban ligeramente fuera de su alcance, y Carl los anhelaba. Con la población local tan indigente y los colonos blancos tan bien protegidos en caso de un levantamiento, robar para financiar su estilo de vida no era una opción, así que Carl tuvo que recurrir al trabajo una vez más.

La Corporación Petrolera Sinclair estaba realizando una exploración expeditiva de las reservas de petróleo de Angola; era una de las pocas empresas estadounidenses que se había afianzado en el país. La demanda de petróleo de Estados Unidos aumentaba exponencialmente a lo largo de los años, y se habían hecho suficientes fortunas en los campos de Texas como para que todo el mundo estuviera hambriento de un trozo de ese pastel. La compañía no tenía necesidad de reclutamiento en Estados Unidos, ya que podía elegir a los mejores hombres. Pero allí, en Angola, luchaban por mantener su plantilla completa. En gran medida, esto se debía a las exigencias morales del trabajo: el trabajo en los yacimientos de Angola era mortalmente peligroso, incluso para los estándares de la época, tan peligroso que la compañía no estaba dispuesta a permitir que ningún hombre blanco se arriesgara.

Los petroleros se habían convertido en poco más que en negreros glorificados para los trabajadores locales. Carl se tomaba el trabajo con un gusto que incluso sus empleadores encontraban un poco desconcertante. Se deleitaba en tratar a los hombres locales como si fueran basura, y presionaba a su pequeño equipo más de lo que cualquiera de los otros petroleros hubiera considerado. Lo que le faltaba en cuanto a conocimientos aplicables sobre la mecánica del trabajo, lo compensaba con creces con su entusiasta crueldad. La cantidad que producía su plataforma superaba todas las expectativas y Carl fue recompensado con creces por sus esfuerzos.

En África, sintió que podía volver a empezar. Tenía una vida completamente nueva, una vida que no se salía tanto de lo normal como para hacer que cualquiera de sus compañeros se sorprendiera. Su sadismo se veía recompensado tanto monetariamente como con la ardiente satisfacción que solía proporcionarle. Estaba convencido de que podía ser un hombre normal en Angola, pero para lograr esa normalidad, sentía que iba a tener que superar uno de sus mayores dilemas. En la ciudad costera de Luanda, cerca del lugar de la perforación, Carl se acercó a una familia local con dos hijas, y haciendo uso de uno de los traductores de la empresa les pidió que dijeran el precio de la mayor de las dos, una niña de 8 años. Tras un regateo, se acordó un precio de 6 dólares. Carl insistió en que el trato estaba condicionado a que la niña fuera virgen. No le servía de nada si

no era virgen. El padre prometió que no había sido tocada por ningún hombre, pero Carl seguía sospechando.

La empresa había proporcionado a Carl una espaciosa cabaña en la periferia de su campamento, y allí fue donde llevó a la niña aquella noche. Pretendía tener sexo con ella, para demostrar que podía ser un hombre de verdad. No podía entender por qué su cuerpo no respondía a las exigencias de su mente cuando normalmente no tenía ningún problema para rendir sexualmente a la primera de cambio.

Incapaz de enfrentarse al hecho de que no se sentía atraído por las mujeres o las chicas, echó la culpa al miedo a la infección. Tendría que probarse a sí mismo que esta pequeña era realmente virgen antes de tener relaciones sexuales con ella. El minucioso examen que llevó a cabo duró toda la noche, y los gritos estrangulados de la niña resonaron por todo el campamento, despertando a todos los demás hombres de Sinclair y haciéndoles preguntarse qué nuevo infierno había decidido entregar Angola a sus puertas. Por la mañana, Carl salió con la niña de 8 años colgando en su mano, mirando con desprecio a cualquier hombre que se atreviera a mirar hacia él. Volvió a Luanda y exigió a los padres que cambiaran a esta hija por la otra. La niña no cumplía sus requisitos y sospechaba que ya había mantenido relaciones sexuales. Sin otra opción, los padres entregaron a su hija de 6 años y llevaron a su hija mayor arruinada al interior para esperar que un médico local fuera a coserla.

Carl fue visto con la niña a cuestas cuando regresó al campamento, pero ninguno de sus compañeros se atrevió a enfrentarse a él. Sus idas y venidas habían sido comunicadas a su supervisor, pero la línea de la empresa era que, mientras no violara y asesinara a ningún blanco, les importaba un bledo. El campamento se preparó para otra noche de insomnio, con todos los oídos atentos al comienzo de los gritos, pero estos nunca llegaron.

En su cabaña, con la niña aterrorizada y desnuda en su cama, Carl se vio finalmente obligado a enfrentarse a la verdad sobre sí mismo. Por mucho que le gustara fingir que era igual que los demás hombres que trabajaban para Sinclair, él era fundamentalmente diferente. Todo era una farsa, y su falta de interés por el sexo opuesto lo marcaba como un monstruo en su propia mente. Era incapaz de sentir los placeres "normales" que los hombres sienten por las mujeres y sólo se excitaba al pensar en la violencia, los incendios y la sodomía. Vistió cuidadosamente a la niña y la llevó a casa de sus padres. Cuando llamó a la puerta en mitad de la noche, se prepararon para las siguientes y terribles exigencias de Carl, pero en lugar de eso, se encontraron con que su hija era empujada en sus brazos y con que el terrible gigante se alejaba en medio de la oscuridad sin siquiera exigir un reembolso. Para Carl, había valido la pena la inversión para

aprender la verdad sobre sí mismo, que incluso cuando una chica era virgen e indefensa para detenerlo, él seguía sin sentir deseos por ella.

Durante los días siguientes, Carl recurrió al whisky como consuelo, descansando en el comedor al aire libre que se había habilitado para los empleados blancos y entregándose a su primer amor verdadero hasta las primeras horas de cada mañana. El personal habitual se retiraba a medianoche, pero el hijo adolescente de uno de los trabajadores petroleros locales había conseguido un trabajo a tiempo parcial como camarero, y Carl era lo suficientemente generoso con las propinas como para que le mereciera la pena quedarse mucho tiempo después de que todos los demás se hubieran ido a la cama, sacando el whisky y rellenando el vaso de Carl cuando lo pedía. Carl era odioso con el chico, lo trataba como un salvaje con poco más de inteligencia que una bestia de carga, pero en esto no se diferenciaba mucho de otros hombres blancos que el chico había conocido, así que no se lo tomó como algo personal. A pesar de que Carl le hablaba con desprecio, seguía siendo bastante más civilizado que muchos de los hombres del campamento, que no podían entrar y salir del salvajismo que se les exigía tan fácilmente y tenían que mantener sus muros emocionales en todo momento.

A medida que pasaban más tiempo juntos, la formalidad de sus respectivos puestos se desvanecía, y el chico acabó sentándose y bebiendo junto a Carl en más de una ocasión. El chico empezó a sentir que le trataba de igual a igual, que los "discursos educativos" de Carl pretendían en realidad ayudarle a mejorar su inglés y su capacidad para participar en las conversaciones con los demás hombres blancos. Cuando Carl empezó a hablar de los antiguos griegos, el chico pensó que se trataba de otra lección de historia, otra serie de referencias que podrían ayudarle a desenvolverse en las conversaciones cargadas de modismos de los angloparlantes. Esa no era la lección que Carl pretendía impartir aquella noche. Tenía en mente una educación más física.

El chico no se tomó bien su educación en sodomía, y Carl no tuvo más remedio que obligarlo a tomar esa primera lección contra su voluntad. No fue ni más ni menos brutal que cualquiera de las otras violaciones que Carl había perpetrado en Estados Unidos, pero era la primera que ocurría en un país donde no existía un sentimiento inculcado de vergüenza ante la homosexualidad. El chico no se avergonzó de la agresión, ni creyó que eso le hiciera menos hombre, por lo que no tuvo ningún problema en denunciar las terribles acciones de Carl a su supervisor. El supervisor se encontraba en una posición incómoda. A fin de cuentas, le importaba un bledo un chico del servicio o su padre en la cuadrilla. Lo único que no le faltaba a la Compañía Petrolera Sinclair eran cuerpos negros para echar a la

trituradora. Pero la perversión que subyacía en las acciones de Carl podría causar problemas. Si el chico estaba dispuesto a hablar con alguien en una posición de autoridad, no había duda de que la historia se extendería en poco tiempo. Los americanos empezarían a venir y a quejarse de ello. Luego, habría que reorganizar los horarios para evitar que Carl estuviera cerca de los hombres que lo odiaban por su desviación. Normalmente habría sido mucho trabajo proteger a un desviado de su merecida paliza, pero en el caso de Carl, tendría que hacerlo por la protección del resto de la plantilla. Fuera lo que fuera Carl, no cabía duda de que era peligroso. El supervisor de Carl no necesitaba ese tipo de problemas en su vida. Despedir a Carl era el camino que menos problemas le traería a la larga. Era casi un acto de bondad hacia él sacarlo del campamento antes de que la historia empezara a difundirse y arruinara su reputación definitivamente.

Ni que decir tiene que Carl no lo vio así. Después de que su jefe lo llamara a la oficina antes de su primer turno del día para imponer la ley, se sentó en silencio durante la denigración. Cuando todo estaba dicho, se levantó de su asiento y le dio un puñetazo en la cara. Su supervisor no era un hombre débil. Había ascendido a través de la industria petrolera por el camino difícil en Estados Unidos, pero no era rival para la ferocidad bruta de Carl Panzram en un ataque de ira. Carl lo golpeó y lo golpeó hasta que el hombre no tuvo fuerzas para levantarse del suelo. Entonces Carl cogió su silla y lo golpeó con ella un poco más. Para cuando Carl hizo las maletas y se marchó del campamento, su antiguo jefe había entrado en coma.

Al principio, volvió a Luanda para esperar las consecuencias inmediatas de su último crimen con relativa comodidad. No había policía en Angola o, al menos, ninguna que se atreviera a detener a un estadounidense. Esto significaba que la empresa Sinclair era la ley en sí misma, lo que funcionaba perfectamente la mayor parte del tiempo, pero se desmoronaba cuando entraba en escena un hombre como Carl. Por razones obvias, Carl no recibió su última paga, y ya se había bebido la mayor parte de la anterior. Pasó una sola noche en uno de los bares de Luanda y se acercó a la quiebra. Sin perspectivas reales en Angola, dio media vuelta y huyó al consulado estadounidense para exigir un puesto en un barco que le llevara a casa.

El cónsul se negó rotundamente. Las historias sobre los crímenes de Carl ya le habían llegado por parte de la compañía Sinclair, pero habían sido precedidas por advertencias sobre un hombre peligroso que había escapado del alcance de la ley en Estados Unidos. Todos los crímenes de Carl volvían a perseguirle ahora que la policía de Nueva Inglaterra había empezado a reconstruir su historia, y habían sido entregados en un paquete ordenado al consulado de Angola, después de que las sospechas de que había abandonado el barco echaran

raíces. Si no hubiera sido por los guardias armados apostados en la puerta, el cónsul probablemente habría elegido sus palabras con más cuidado, pero tal como estaba, era libre de ser totalmente honesto. Le dijo a Carl que era un monstruo, que Estados Unidos no lo quería de vuelta, y que lo mejor para todos sería que se adentrara en el bosque más oscuro que pudiera encontrar y no volviera nunca, porque lo único que le esperaba en Estados Unidos era la cárcel, o la soga, si es que había justicia en el mundo.

Corazón de las tinieblas

Carl fue arrojado a las calles sin más recurso que los de los lugareños que lo rodeaban. Desterrado de su tierra natal por su brutalidad y sus inclinaciones, varado en el otro extremo del mundo sin acceso a nada familiar en lo que apoyarse. Se retiró a Luanda, viviendo tan libre de cargas y ataduras como cuando viajaba en los ferrocarriles de su país. No tardó en acampar en un parque cercano a los yacimientos petrolíferos, donde pretendía aprovecharse de los estadounidenses adinerados que viera salir a comerciar con los lugareños. Sus menguadas arcas volverían a llenarse y tendría la satisfacción de vengarse de la compañía Sinclair por haberle traicionado. Si tenía la oportunidad de mutilar o molestar a uno de los hombres a los que antes había llamado colegas, los que le habían mirado por encima del hombro durante todos esos largos meses, tanto mejor.

Los hombres del campamento sabían que Carl estaba en alguna parte, y aunque no había toque de queda ni política alguna, tendían a viajar en grupo cuando les tocaba hacer recorridos de abastecimiento. Ya temían a los levantamientos de los lugareños. Carl era un peligro más que se sumaba a la larga lista a la que se enfrentaban los petroleros colonizadores.

Así que los días se alargaron sin que Carl obtuviera ninguna satisfacción, cocinándose a la luz del sol y temblando durante la noche. Estaba tumbado en la hierba cuando uno de los chicos del lugar lo encontró una mañana. El chico no tendría más de doce años y apenas hablaba inglés, pero estaba claro que le habían enviado a hacer algún recado de la compañía Sinclair y se acercó a Carl confundido al no poder encontrar su campamento. Por su parte, Carl se prestó a seguirle la corriente y a hacer de guía, conduciendo al niño por un sendero del bosque y caminando durante una hora en agradable silencio hasta que llegaron a una cantera en desuso que la compañía Sinclair había explotado para obtener materiales de construcción para sus plataformas en los primeros tiempos.

El chico estaba confundido, y esa confusión se convirtió rápidamente en terror cuando Carl le arrancó la ropa y lo tiró al suelo. Mientras Carl se abría paso dentro del pequeño, los gritos del niño resonaban en la cantera, pero no había nadie cerca para escucharlo. Al darse cuenta de que no había esperanza de rescate y con un dolor agonizante, el niño trató de luchar contra Carl. Carl no se dejó disuadir tan fácilmente, sobre todo cuando ya estaba en medio de su acto favorito. Agarró la cabeza del chico con ambas manos y la golpeó contra la roca al ritmo de sus empujones, martillando aquel frágil cráneo contra la sólida piedra que tenía debajo. La sangre empezó a

brotar de los oídos del niño, pero éste seguía forcejeando y luchando, así que con un último y monstruoso esfuerzo Carl volvió a golpearlo, destrozando el cráneo del niño y alcanzando su clímax. Después de retirarse y ponerse a tientas los pantalones, Carl miró al niño muerto con feroz alegría. Los grumos gelatinosos del cerebro del niño supuraban por las orejas en medio de un baño de sangre. Extendiéndose por la piedra.

A pesar de todas sus demostraciones de que era un monstruo frío y endurecido, inmune a las costumbres de su tiempo, Carl parecía sufrir mucho cada vez que se le criticaba de alguna manera. Actuar con violencia era siempre su solución inmediata para reafirmar su control, pero cuando eso no era una opción, como no lo había sido cuando el cónsul se ensañó con él, le afectaba profundamente. Cada vez que se enfrentaba a una figura de autoridad a la que no podía culpar inmediatamente de todos sus males o escupirle a la cara, parecía sorprendentemente acobardado. Su visión nihilista del mundo parecía desmoronarse cada vez que se enfrentaba a la comodidad, la amabilidad o la normalidad. Después de enfrentarse a cualquiera de estos conflictos emocionales, hacía falta un acontecimiento dramático para recordarse a sí mismo quién decía ser. Matar a ese niño fue el detonante que devolvió a la vida al "verdadero" Carl, monstruoso y vengativo.

En el campamento de Sinclair, el nombre de Carl Panzram había quedado casi en el olvido. Su supervisor seguía bajo cuidados médicos, pero su coma había llegado a su fin, y los hombres habían vuelto a sus viejas rutinas, compitiendo entre sí por el primer puesto de producción ahora que no había un claro líder imbatible en la carrera. Después de un largo día de trabajo, los lugareños habían regresado a sus casas en Luanda y los trabajadores blancos se habían instalado en sus cabañas para pasar la noche, cansados pero satisfechos. Ninguno de ellos sabía lo que estaba ocurriendo cuando sonó la alarma, o cuando los guardias del campamento golpearon sus puertas, gritando por ayuda. Todo el campamento se despertó y salió tambaleándose y con los ojos desorbitados frente a la oscuridad total de la noche angoleña, sólo iluminada por el infierno en el horizonte. Una de las plataformas estaba en llamas.

No era de extrañar que todo el campamento se hubiese agitado. Si el petróleo se incendiaba, podían despedirse de su medio de vida, y muy probablemente de sus vidas. Incluso mientras corrían con cubos de agua para intentar apagar el fuego, la pregunta se repetía de un lado a otro. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? Nadie fue tan estúpido como para fumar junto a las plataformas, y nadie estaría en el campo en plena noche. No tenía sentido. Trabajando juntos en una cadena de cubos, todo el personal tardó tres horas en combatir el fuego, pero

incluso cuando se apagó fue sobre todo porque no había más madera para alimentar las llamas. La plataforma entera no era más que cenizas cuando todo terminó. Una décima parte de su producción desapareció en una noche.

Con el amanecer llegó de nuevo la pregunta, repetida una y otra vez por todo el campamento. Si había algún problema con las bombas que pudiera causar un incendio como ese, entonces los ponía a todos en peligro. Si había algún tonto paseando por el campo de noche fumando, entonces debían encontrarlo. Los dedos apuntaban en todas las direcciones excepto en la correcta.

Hacía mucho tiempo que Carl no cometía un acto de incendio vengativo, pero al igual que montar en bicicleta, uno nunca se olvida de cómo hacerlo una vez que lo ha aprendido. Dicho esto, Carl había aprendido algunos trucos nuevos a lo largo de los años desde que prendió fuego la Sala de Pintura por primera vez. Por ejemplo, había aprendido a deshacerse de las herramientas del oficio en el incendio que él mismo había provocado, y aprendió que después de apagar un incendio, todo el mundo empezaba a buscar al culpable, y que lo mejor para él sería no estar cerca cuando eso ocurriera.

Huyendo de Luanda con sus cada vez más escasos ahorros, Carl viajó por la costa hasta el pueblo pesquero de Lobito Bay. Lobito Bay hacía que Luanda pareciera cosmopolita, cumpliendo casi todos los estereotipos racistas que se habían perpetuado sobre los "salvajes" africanos, hasta las chozas con techo de paja. Aquí, Carl descubrió que el poco dinero que tenía rendía incluso más que en el norte, y pudo holgazanear durante varias semanas en los alojamientos más lujosos de la ciudad bebiendo el ron destilado local. Pero al final, incluso la sed de licor de Carl se apagó, y volvió a sentirse inquieto. En Lobito Bay había muy poco que hacer, pero algunos de los lugareños habían descubierto una industria artesanal que llevaba a los cazadores europeos en canoa hacia el interior y río arriba para cazar los cocodrilos del río, que se rumoreaba que eran tan grandes como los propios barcos. Por lo general, una tripulación de seis hombres acompañaba a un trío de cazadores en un viaje de ida y vuelta de tres días, pero Carl contrató a esos seis lugareños y su barco para sí mismo con sus últimos ahorros.

Durante todo el día, los hombres tiraron a contracorriente, señalando los cocodrilos más pequeños que bajaban hacia la desembocadura del río y prometiéndole una caza mucho mayor más adelante. Cuando cayó la noche, se aseguraron de arrastrar su barca tierra adentro todo lo que pudieron, conscientes de que los cocodrilos se volvían más activos por la noche, y de que estaban lo suficientemente adentrados en el bosque como para encontrarse con verdaderos monstruos. Adentrándose aún más en el bosque,

encontraron un viejo campamento y se prepararon con un fuego lo suficientemente alto como para pasar la noche. Los seis llevaban sus rifles en todo momento. Estaban a una buena distancia del río, pero los cocodrilos no eran los únicos depredadores que acechaban aquel bosque por la noche, y necesitaban protección. Nunca hubiesen sospechado el depredador más peligroso de la selva caminaba entre ellos.

Después de una mediocre cena de carne en conserva, se instalaron para pasar la noche, con un hombre haciendo guardia por turnos mientras los demás dormían, pero la misma inquietud que había expulsado a Carl de Bahía Lobito seguía viva en él. No podía dormir; apenas podía quedarse quieto. La anticipación de la matanza era abrumadora. El guardia intentó detenerlo cuando se dispuso a abandonar el campamento, pero su inglés no era lo suficientemente bueno como para entender las explicaciones de Carl hasta que empezó a hacer mímica. Una vez que comprendió que Carl se dirigía al baño, lo acompañó a regañadientes hacia la arboleda para vigilarlo mientras hacía sus necesidades. No regresaron durante bastante tiempo, tanto que el siguiente turno de vigilantes ya se había despertado cuando sonó un disparo a la distancia.

Ese sonido era tan familiar que ni siquiera despertó al resto de los cazadores de su sueño. Disparar un arma para ahuyentar a un depredador era tan habitual que si se levantaran cada vez que ocurría, no conseguirían dormir. Siguieron durmiendo, con la seguridad de que los vigilaba uno de sus amigos. Cuando Carl volvió solo al campamento, tuvo que recurrir a la mímica una vez más para atraer al siguiente guardia. Violó a ese segundo hombre igual que al primero, tirado sobre un tronco de árbol derribado y gritando pidiendo ayuda a sus compañeros que estaban demasiado lejos para oírle. Sus gritos se hicieron más fuertes cuando vio el cadáver del último guardia que yacía a unos metros con un agujero de bala en la nuca. Un presagio de su propio futuro.

Uno a uno, Carl atrajo a su equipo contratado, los violó, los asesinó y les robó el mismo dinero que había puesto en sus bolsillos durante las horas de luz. Seis hombres, asesinados uno tras otro, violados uno tras otro con apenas media hora de diferencia. Cuando Carl vino a por el último hombre, éste seguía soñando felizmente, aún ignoraba que la muerte se cernía sobre su cuerpo dormido con una sonrisa. Carl violó y asesinó a ese hombre allí mismo, en el campamento, y luego comenzó el arduo proceso de limpieza.

Junto al río, vio a los monstruosos cocodrilos que le habían prometido, pero mientras mantenía su arma preparada parecía que las criaturas percibieron algún parentesco primordial con el hombre y no lo molestaron en absoluto. En todo caso, parecía que los cocodrilos

estaban agradecidos a Carl por la sustanciosa comida que les entregó en seis trozos del tamaño de un bocado.

Una vez consumido el último de sus guías de caza, el éxtasis que había llevado a Carl desde que se levantó de su saco de dormir la noche anterior, empezó a desvanecerse bajo una ola de agotamiento. Arrastró la barca de vuelta al agua y se dejó llevar por las corrientes hasta Lobito Bay, con ganas de reanudar su vida de ocio y de pasar un buen día de siesta al sol para recuperarse.

Su estancia en Lobito Bay estaba a punto de llegar a un final abrupto. Allí le esperaban muchas preguntas, y los lugareños no se creían su historia de que los guías habían sido atacados por cocodrilos, ni siquiera por un momento. Todo el mundo le había visto contratar a sus guías, todo el mundo les había visto dirigirse juntos río arriba y todo el mundo había visto a Carl volver deslizándose río abajo sin un rasguño cuando todos sus entrenados y curtidos cazadores se habían desvanecido en la gran extensión verde.

La furia empezó a crecer, y la cantidad de culpa que se le atribuía a Carl era totalmente apropiada. Pero incluso sabiendo todos lo que había hecho, no se atrevieron a actuar. Por muy malvado que fuera Carl, y por muy terribles que fueran los asesinatos, no eran nada comparados con la miseria que se abatiría sobre Lobito Bay si los portugueses se enteraban de que un hombre blanco había sido asesinado allí. Todo el pueblo habría sido arrasado. Una vez más, la suerte salvó a Carl de afrontar las consecuencias de sus actos y pudo escabullirse.

No reapareció en Angola hasta pasadas unas semanas, viviendo a duras penas y vagando por las tierras de cultivo de la Costa Dorada, aprovechándose de los lugareños. Cuando finalmente reapareció ante la opinión pública, lo hizo por muy poco tiempo. Todos los barcos norteamericanos en los muelles habían sido advertidos sobre él, se les había dicho que era conocido como polizón y se les había informado de la naturaleza enfermiza de sus crímenes contra sus semejantes. Estaban preparados para recibirlo cuando llegara a pasearse por el muelle, y estaban preparados para recibirlo cuando intentara subir a bordo en la oscuridad de la noche. Frustrado y hundido una vez más, Carl cambió de táctica, ignorando los barcos que se dirigían a casa y tratando de encontrar uno que pudiera llevarle a cualquier parte. Tuvo suerte. Había muchos más barcos portugueses en el puerto que americanos, y no se le había ocurrido al cónsul, ni a la compañía Sinclair, que podría estar dispuesto a viajar de vuelta a casa por etapas.

Al embarcarse en un buque con destino a Portugal, repitió el mismo patrón de comportamiento que le había llevado a Angola, revelándose a la tripulación después de unos pocos días en el mar y

tanteando la conversación en portugués con el capitán lo suficiente como para poder exponer su caso y trabajar por su pasaje.

Llegó a Lisboa, Portugal, con un nuevo andar. Cada nuevo lugar que visitaba lo trataba como un nuevo comienzo, y aunque Portugal no se parecía mucho a América, había suficiente familiaridad como para que Carl pudiera encontrar algo de licor y gente que valiera la pena robar en poco tiempo. El viejo mundo era un lugar más pequeño de lo que Carl estaba acostumbrado. Mientras que en Estados Unidos podía cometer un delito y saltar a un tren fuera de la jurisdicción correspondiente, en Portugal la policía se le echaba encima como un sarpullido. Toda la vida fácil que había experimentado en Angola, donde básicamente trabajaba para los legisladores locales, le había dejado sin práctica. Así que a la semana de llegar a Portugal, Carl se presentó en el consulado americano rogando que le enviaran a casa.

Incluso a medio mundo de distancia de donde fue visto por última vez, las historias de sus crímenes le habían precedido. El cónsul en Portugal no era tan severo como su homólogo angoleño, pero seguía sin tener intención de ofrecer ninguna ayuda a Carl. Mientras estuviera fuera de Estados Unidos, era un problema de otros, y había una vaga esperanza de que se alejara tanto de los caminos trillados que acabara muerto y enterrado en una tumba poco profunda en algún remanso, librando al mundo de esta amenaza para siempre. Para no desanimarse, Carl hizo todo lo posible por embarcarse como polizón en un barco estadounidense, pero pronto descubrió que, una vez más, habían sido advertidos de su presencia y habían cerrado las escotillas, tanto en sentido figurado como literal. Así que volvió a colarse en un barco de otra nación, con la esperanza de continuar su viaje a casa en pequeños saltos a través del Atlántico. Se embarcó en un buque de la armada británica con destino a Glasgow, Escocia, con la intención de repetir el mismo patrón que le había llevado a salvo alrededor del mundo hasta entonces. Por desgracia para Carl, los británicos no compartían la actitud displicente de los marinos mercantes que había encontrado hasta entonces en lo que respecta a los polizones. Le descubrieron antes de que tuviera la oportunidad de revelarse, le azotaron contra el palo mayor y le encerraron en el calabozo antes de que tuviera la oportunidad de hablar. Pasó el resto del viaje encadenado y comiendo ratas en la chirriante oscuridad.

A su llegada a Gran Bretaña, su castigo no había terminado. Los registros oficiales de su confinamiento en la cárcel de Glasgow le marcaron una condena de un año, pero utilizando las habilidades que había adquirido durante sus años de formación, Carl fue capaz de escabullirse escondido entre la ropa sucia. Esta vez, se acercó a los muelles con un enfoque totalmente diferente, ofreciendo un nombre falso a cualquier capitán con destino a las Américas, pero relatando su

verdadera experiencia como marinero, pilotando su propio yate, formándose en el Sindicato de Marineros, y sus dos estancias en buques mercantes que entraban y salían de África. Había hombres con más experiencia que Carl en aquellos muelles buscando trabajo, pero no había ninguno que pareciera más fuerte o que estuviera dispuesto a trabajar por nada más que la comida y el pasaje. Abandonó Gran Bretaña con la siguiente marea y puso fin a su larga odisea por el este de América antes de que terminara el año.

Los chicos del verano

En 1922, Carl llegó a Nueva York justo cuando empezaba a calentar otro abrasador verano. Después de su experiencia en Portugal, no tenía intención de quedarse en una ciudad durante otra temporada de calor sofocante. Hizo una breve parada para adquirir los papeles archivados del *Akista* en la autoridad portuaria, sin mencionar que actualmente residía en algún lugar del fondo del océano. A continuación, comenzó a explorar los distintos muelles de la ciudad, con la intención de robar un yate lo suficientemente parecido al *Akista* como para poder reacondicionarlo y pintarlo sin demasiados problemas para que pareciera que era su barco. No había renunciado a su sueño de viajar libremente por el océano sin nadie que lo retuviera, y ahora tenía la habilidad de navegar sin temor a la ira de la naturaleza.

Después de recorrer los astilleros y muelles de Nueva York sin suerte, se dirigió más al norte. El puerto marítimo de Providence, en Rhode Island, parecía el lugar ideal para encontrar un barco como el *Akista*, Carl permaneció en esos muelles durante casi una semana antes de abandonar la búsqueda y seguir la ruta hacia Boston.

Durante sus largas temporadas en el mar, Carl se había vuelto bastante introspectivo. Se había dado cuenta de que su carrera como ladrón nunca había sido muy prometedora en comparación con su talento para otras cosas. La matanza de Lobito Bay había confirmado la sospecha de Carl de que el asesinato a gran escala era su vocación en la vida. Le había resultado tan fácil acabar con seis hombres adultos, armados y aguerridos, que había cambiado por completo su perspectiva de la vida. Matar había sido su pasión desde la primera vez que ahogó la vida de un hombre, pero nunca se le había ocurrido que pudiera ser una carrera lucrativa hasta que llegó a los Estados Unidos y vio la prohibición en pleno apogeo y a los mafiosos pavoneándose por las calles como si fueran estrellas de cine.

Adquirió una pistola de alto calibre de la misma marca que había utilizado en sus asesinatos en África y la llevaba consigo a todas partes, muriéndose de ganas de encontrar la oportunidad para utilizarla. En Hartford, Connecticut, encontró la última pieza del rompecabezas para comenzar su carrera de sicario: la empresa Maxim Silent Firearms. Esperó en silencio en sus oficinas mientras se realizaba el trabajo en su querida pistola, ignorando cualquier intento de cortesía por parte de las secretarias o el personal de ventas. Pagó su cuenta y abandonó la ciudad inmediatamente, dirigiéndose al terreno rural más cercano para probar su nuevo silenciador. No funcionó. O mejor dicho, funcionó, pero no lo suficientemente bien para el gusto de Carl. Un silenciador puede reducir el volumen de un arma lo

suficiente como para que el disparo no delate la posición de un francotirador lejano, pero aún no se había inventado uno que hiciera que el disparo de un arma sonara como algo distinto a un disparo. Estaba furioso, sintiendo que le habían engañado, despojándolo de su sueño, pero una vez más, no tenía ningún recurso. Tiró el arma a un río cuando se evidenció que era demasiado difícil de esconder con el nuevo accesorio, y continuó su viaje subiendo por la costa una vez más.

En Boston, no encontró casi ningún yate, la mayoría de ellos ya habían viajado más al sur en busca de un clima de verano más agradable, y de los pocos que había allí, ninguno de ellos se parecía en nada a su *Akista*. En medio de una creciente frustración, se dirigió a la última ciudad costera de la que había oído hablar que albergaba una flota decente de yates, una ciudad con un nombre cargado por su historia. Un nombre que le trajo oscuros recuerdos a Carl Panzram: Salem.

Era el 18 de julio de 1922, cuando Carl llegó a la ciudad. Un hermoso día sin una nube en el cielo, templado por una suave brisa marina que mantenía a todos a gusto mientras se ocupaban de sus asuntos. George Henry McMahon era una de esas personas agradables, que vivía una vida cómoda y sin problemas en un vecindario seguro donde los niños como él eran libres de vagar sin miedo. Vivía en Boston Street, justo al lado de donde Carl llegó a la ciudad, y tenía once años. Había pasado la mayor parte del día dando vueltas por el restaurante del vecindario para protegerse del sol, charlando con sus amigos mientras pasaban y haciendo algún que otro trabajo en el lugar a cambio de refugio. Margaret Lyons, la dueña del restaurante sin nombre, estaba feliz de tener al niño cerca. Vivía dos casas más abajo de la de ella, y había crecido siempre detrás de sus hijos, que ya eran mayores y se habían mudado. Él era un pequeño y agradable recordatorio de esa parte de su vida, y ella tenía cierta debilidad por él, aunque tenía cuidado de no hacérselo saber. Un poco después de las dos de la tarde, el restaurante se quedó sin leche para los cafés que repartían gratis a los clientes que pagaban, así que le dieron a George 15 centavos y le enviaron a la tienda de la esquina para que comprara una botella que les sirviera hasta que terminara el ajetreo de la cena.

George tenía una pequeña cesta para llevar la compra y la fue a buscar al guardarropa antes de salir por Boston Street. Apenas había dado unos pasos por el camino cuando una voz lo llamó: "¿Qué es eso que tienes ahí?"

Se dio la vuelta para observar la imagen poco común de un extraño: un hombre enorme vestido con un traje azul y con una gorra. "Es mi cesta de la compra, señor. Voy a buscar un poco de leche a la tienda".

"¿Puedo acompañarte? Todavía no sé moverme por la ciudad".

Carl y el niño caminaron juntos por la calle charlando. Carl se enteró de todos los detalles de la vida del niño, que los soltó a toda prisa, y él le devolvió el favor con algunas breves historias de lugares lejanos.

La tienda A&P era propiedad de la tía de George, que era una de las razones por las que la señora Lyons confiaba en que no lo engañarían al enviarlo allí. La tía de George y el empleado los saludaron calurosamente a él y a su invitado cuando llegaron. Carl charló un rato con el empleado, compró un refresco de cola y una revista para él y otra gaseosa para agradecerle al chico por sus indicaciones.

De vuelta al sol, Carl y el niño disfrutaron de sus bebidas y luego devolvieron las botellas para que se las cambiaran. Estaban a punto de separarse cuando Carl agarró a George por el brazo y le dijo: "¿Te gustaría ganar 50 centavos?"

Medio dólar era mucho dinero para un niño de 11 años en aquellos días. No era un salario injusto para algunos de los trabajos que hacían los adultos. Tenía cierta inquietud por abandonar su tarea de ir a buscar leche a medio camino, pero con 50 centavos siempre podía comprar más leche. Él asintió con la cabeza y Carl echó a andar, lo suficientemente rápido como para que George tuviera que correr para alcanzarlo.

Había un tranvía que recorría Salem en esos días, y Carl se subió a bordo y pagó su pasaje antes de que George tuviera la oportunidad de decir algo. Había vivido una vida protegida hasta el momento, y aquello parecía una gran aventura para el niño en lugar de una fuente de inquietud. Se aferró a la manga de Carl y vio pasar el pueblo que conocía tan bien.

Carl no le dijo a dónde se dirigían, pero tenía un tono jovial que hizo pensar a George que el secreto se debía a no estropear la sorpresa más que a algo siniestro. A un kilómetro y medio de donde subieron, se bajaron del tranvía en una zona desierta de la ciudad. George podría haber sentido algún indicio de que las cosas estaban mal, pero la promesa de los 50 centavos seguía ahí, fuera de su alcance. El tren se puso en marcha y volvió a sentir la reconfortante mano de Carl en su brazo. “Voy a matarte. Voy a sodomizarte hasta que mueras. Voy a romperte el cráneo hasta que el cerebro se te escape por las orejas. ¿Me entiendes?”

George no le entendió. Estas cosas estaban tan fuera del mundo que él conocía, que era como si Carl estuviera hablando en otro idioma. No entendió lo que pasaba mientras Carl lo arrastraba hacia las afueras de la ciudad. No entendió cuando Carl lo despojó de sus ropas, riéndose en su cara mientras intentaba luchar contra los dedos

intrusos y las manos que lo agarraban. Sólo cuando Carl lo inmovilizó contra la grava por la garganta y empezó a introducirse dentro de él, George comprendió por fin lo que estaba ocurriendo, e incluso entonces sólo fue a nivel primario. Lo que le estaba ocurriendo era dolor. Un dolor sin pausa y sin fin. Durante tres horas, Carl se tomó su tiempo para violar al chico, deleitándose con sus gritos y sus gemidos. No había nadie en esa parte de la ciudad que los oyera, y era lo más parecido al dulce recuerdo de aquel niño africano de Angola que Carl podía recrear cuando sus gritos resonaban en las paredes derruidas. Al final, aplastó el cráneo del pequeño contra una roca hasta que murió, aunque George había dejado de resistirse a él hacia el final de la primera hora. Con el niño muerto, Carl se limpió y le metió en la garganta varias hojas de papel que había arrancado de su revista. No parecía haber ninguna razón especial para hacerlo, más allá de marcarse como el hombre que había conocido la tía de George ese mismo día, pero lo hizo de todos modos. Cada vez que mataba, parecía añadir un nuevo giro para mantener las cosas emocionantes, para cambiar su firma para que fuera más difícil de rastrear para la policía.

En lugar de abandonar a George, recogió algunas ramas de árbol y cubrió el cuerpo para que fuera más difícil de encontrar antes de abandonar Salem por completo. Carl no se hacía ilusiones sobre el tiempo que tardaría en descubrirse el cuerpo de George, y cuando un par de testigos lo vieron alejarse del tramo abandonado de la ciudad, parecía casi aterrorizado, corriendo con su revista raída en la mano.

El 21 de julio, tres días más tarde, el cuerpo de George fue descubierto en las afueras de la ciudad en medio de la búsqueda del chico desaparecido. La policía de Salem reunió a un grupo de lugareños y recorrió las calles en busca de cualquier extraño en el pueblo para detenerlo. Detuvieron a media docena de hombres que estaban de paso por el pueblo, pero los testigos de Boston Road no pudieron identificar a ninguno de ellos como el hombre que habían visto con George el día de su desaparición.

El asesinato fue noticia, no sólo en los periódicos locales, sino también en los nacionales. Durante un par de semanas, el mundo entero conoció el nombre de George McMahon. Luego, poco a poco, fue olvidado. La caza del hombre se detuvo después de que un pedófilo local fuera linchado tres semanas más tarde, y aunque la policía continuó buscando pistas, no encontró ninguna.

El autor del terrible crimen había regresado a la costa de Nueva York, y más concretamente al condado de Westchester, para terminar su expedición de caza de yates antes de que se agotaran sus reservas de dinero. A estas alturas de su vida, Carl se había acostumbrado a un cierto grado de comodidad, y aunque no lo había ablandado, lo había

hecho más proclive a establecerse, al menos durante el más crudo invierno.

En los primeros días de 1923, "John O'Leary" consiguió un empleo como vigilante nocturno en la compañía Abecco Mill, en el 220 de la avenida Yonkers. Es de suponer que el director de la empresa pensó, con razón, que nadie sería tan tonto como para intentar entrar en el edificio si tenía que enfrentarse a Carl Panzram. Alquiló un apartamento en las inmediaciones y, por segunda vez en su vida, se encontró con una residencia permanente a la que llamar propia y una cama en la que apoyar la cabeza cada mañana. Los turnos nocturnos eran largos y aburridos, sin una pizca de la violencia y la acción que Carl ansiaba, pero tenían una pequeña recompensa. Uno de los adolescentes de la fábrica se quedaba después de su turno, compartiendo un cigarrillo con Carl cada noche antes de comenzar su trabajo. Al poco tiempo, una botella de alcohol ilegal se sumó a la ecuación, y las primeras partes de los turnos de Carl se convirtieron en un acontecimiento social que él esperaba con impaciencia. Con el tiempo, la tensión llegó a ser demasiado para Carl. Por mucho que quisiera conservar el trabajo, deseaba aún más a este chico, George Walosin.

En la fábrica sin luz, puso al chico de rodillas y lo montó. Pero, para su sorpresa, George no intentó defenderse. De hecho, parecía tener prisa por quitarse la ropa y seguir adelante. Por primera vez en su vida, Carl tuvo sexo consentido con otro hombre. Después, Carl no sabía qué hacer consigo mismo. Se sintió incómodo cuando George intentó darle un beso de buenas noches. Toda la energía acumulada durante las largas semanas de flirteo se había disipado, dejándolo tan vacío como el edificio que rechinaba a su alrededor. George se sintió un poco decepcionado por la falta de afecto, pero eso no le impidió volver la noche siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Al poco tiempo, el sexo con George se había convertido en parte de la rutina habitual de Carl. Bebían y fumaban, encontraban un rincón tranquilo en el que podían darse un capricho durante una hora más o menos, y luego despedía a George, a menudo con un dólar de sobra en el bolsillo para animarle a guardar silencio, aunque eso fuera completamente innecesario.

George era amable con Carl de una forma para la que no estaba preparado, y cuando empezó a desarrollar sentimientos por el chico, eso le creó otra crisis filosófica. Su visión del mundo se basaba por completo en la idea de que los fuertes y los poderosos dominaban a los débiles y los ingenuos, y sin embargo aquí estaba enamorando a este chico como si estuviera dentro de una historia del cine. Eso lo estremeció. Si el mundo no era como lo había imaginado, entonces sus acciones no podrían justificarse tan fácilmente. Si había otra forma de

vivir, tomándoselo con calma en un trabajo tan cómodo como este, teniendo el sexo que quería cuando lo quería sin que nadie saliera herido, entonces eso significaba que era un monstruo. El único monstruo en un mundo lleno de gente normal, no el único hombre honesto en un mundo lleno de monstruos que intentaban disfrazarse de algo más.

Éstas eran el tipo de dicotomías mentales por las que Carl se había comprometido a llevar una vida fuera de la ley para evitarlas, y ahora tenía que enfrentarse a ellas cada noche mientras George cedía de buena gana a sus avances. Sólo unos meses antes de llegar a Yonkers, Carl había violado y asesinado a un niño prepúber para conseguir el mismo tipo de gratificación que parecía que todo el mundo conseguía con sólo tropezar en una relación. Y ahora, aquí estaba, satisfecho con una vida en el lado correcto de la ley, con un chico que le correspondía y que no necesitaba ser forzado a ningún tipo de depravación. Se despertaba por la mañana realmente contento. Era demasiado para poder tolerarlo. Los recuerdos de lo que había hecho, de lo que era, le carcomían noche y día, empañando cada momento de paz que debería haber disfrutado. Recordándole que este lugar y este chico sólo podían ser temporales.

Cuando llegó la primavera y los días volvieron a ser más cálidos, Carl abandonó su apartamento y dejó su trabajo sin previo aviso. Si hubiera dejado atrás a George sin ni siquiera despedirse, el chico habría estado muy por encima de cualquier otro hombre del que Carl se hubiera enamorado, pero Carl era demasiado codicioso para eso. Quería su vida salvaje y desenfrenada, y quería que su chico le acompañara en el viaje. Esto suponía un problema. George era un chico mimado, a pesar de que sus inclinaciones le obligaban a entrar en contacto con un mundo sombrío en el que estaba totalmente fuera de sí. A la primera señal de problemas, Carl no estaba seguro de hacia dónde iba a saltar, y lo último que quería era hacer morir a su joven amante sólo porque no podía vivir con las cosas que Carl tenía que hacer para mantener su estilo de vida. Los dos hicieron un pacto. Carl se marcharía durante un tiempo para poner las cosas en su sitio, y cuando llegara el verano como es debido, volvería a recoger a George y lo alejaría de toda esa mediocridad. Finalmente se dignó a darle un beso al chico antes de marcharse, pero a ambos les pareció raro. La versión del afecto de Carl siempre había sido animal. Hacerse el blando no le convenía.

Si quería ser fiel a lo que era, estaba claro que Carl no podía quedarse fijo en un lugar, donde las pruebas contra él podrían reunirse con facilidad y sus crímenes podrían atribuírsele con la misma facilidad, ya que a medida que la tecnología avanzaba, a un criminal le resultaba cada vez más difícil moverse por los Estados

Unidos sin ser descubierto. Los coches eran todavía un invento nuevo con el que Carl no estaba familiarizado, y su infraestructura aún no estaba preparada para un viaje interestatal fiable. Y lo más preocupante, los ferrocarriles, que siempre habían sido el medio de transporte preferido de Carl, eran cada vez más inhóspitos. A medida que el crimen organizado iba adquiriendo importancia, los ferrocarriles habían sido identificados como uno de sus principales modos de contrabando de mercancías ilegales a través de las fronteras estatales. Los viejos toros del ferrocarril, a los que Carl estaba tan acostumbrado a golpear, estaban siendo sustituidos por agentes de la ley entrenados de diversos tipos, que no dudarían en abrir fuego contra un vagabundo sólo por viajar en tren.

La comunidad de vagabundos que siempre había dado cobijo a Carl se estaba dispersando en todas las direcciones, y sin los trenes para unir sus campamentos dispersos, las noticias no podían viajar y los grupos no podían reunirse como solían hacerlo. Para empeorar las cosas para los vagabundos, las pérdidas de cosechas en lo que pronto se convertiría en la cuenca de polvo, estaban llevando a más y más gente normal a un estilo de vida itinerante. Los yeggs y sus Angelinas no aparecían por ninguna parte, expulsados de los bajos fondos que solían ocupar por una afluencia de gente decente que no tenía tiempo para los enfermizos pervertidos y criminales de carrera que antes habían sido su pilar. Los tiempos estaban cambiando, y Carl se encontró indefenso ante el aplastante peso de la historia.

El único lugar en el que podía ser verdaderamente libre para vagar como lo había hecho antes, era en el océano. Así que volvió a su plan original de robar un barco y reacondicionarlo para que se pareciera al *Akista.* Finalmente encontró lo que buscaba amarrado en un puerto deportivo de Providence, Rhode Island. El nuevo barco no coincidía con las características del *Akista*, pero Carl empezaba a sospechar que sería más fácil pagar a alguien para que falsificara los datos del barco en sus documentos, que encontrar una embarcación que coincidiera. La embarcación que consiguió era una belleza de 38 pies de largo, equipada con todas las comodidades modernas. Con sus habilidades en el mar, ganadas con esfuerzo, Carl era capaz de manejar el barco sin tripulación y sin mucho más esfuerzo que el que haría un hombre normal al pasear por la calle. En plena noche, puso rumbo a aguas conocidas, y cuando amaneció, ya estaba bien encaminado hacia Long Island, donde los cuerpos de las víctimas de su último viaje en yate aún yacían en las profundas y oscuras aguas, siendo picoteados por los peces.

Sin miedo al océano, Carl también perdió el miedo a ser capturado. En el barco que había robado, y con sus habilidades como marinero, no había ni una sola fuerza policial en el mundo que tuviera

la posibilidad de capturarlo, y apostaría buen dinero a probabilidades iguales contra cualquiera de las marinas del océano también. Tenía planes para recoger a George pronto, pero hasta entonces, quería empezar a reunir un poco de dinero para hacer su vida en el mar un poco más cómoda. Quería que George experimentara todos los altibajos de la vida de un forajido sin mostrarle nunca los entretelones de ese estilo de vida.

El pirata del río

Atracado en un embarcadero cerca de New Haven, Connecticut, Carl comenzó su última ola delictiva. Recorría las calles por la noche en busca de hombres a los que violar y robar, y ganaba lo suficiente para salir adelante sólo con sus bolsillos, pero no era suficiente para mantenerlos a él y a George a flote durante todo el verano. Al poco tiempo, la tentación comenzó a hacerle cosquillas una vez más. Empezó a buscar casas grandes donde pudiera conseguir un botín comparable al del robo de Taft. Por muy tentadora que fuera cada una de esas mansiones en miniatura, había aprendido una pequeña lección la última vez que intentó robar una, y fue precavido. Con George esperándole en Yonkers, no quería acabar de nuevo en la cárcel, así que limitó un poco sus planes. En lugar de apuntar a los súper ricos como la última vez, asaltó algunas casas de clase media por las que la policía estaría menos preocupada. Los botines no eran comparables a la ridícula riqueza que había adquirido robando al ex presidente, pero los riesgos seguían siendo demasiado altos. Llevar todo lo que había sustraído de las casas a su yate le ponía los nervios de punta, y en poco tiempo se dedicó exclusivamente a buscar propiedades frente al mar.

Fue entonces cuando se le ocurrió una mejor idea. La gran mayoría de los yates amarrados en los alrededores de estas ricas ciudades marítimas de verano quedaban abandonados durante la noche, cuando sus propietarios se retiraban a la comodidad de sus propias casas. Muchos objetos de valor se dejaban a bordo de los barcos, confiando en que su posición alejada de la costa los protegía de los ladrones de poca monta. Después de todo, ¿cuántos ladrones había en el mundo que supieran navegar? Era una verdadera recompensa para Carl. No tanto como si hubiera asaltado una de sus casas, pero sí mucho más de lo que podría conseguir robando a cualquier individuo en la calle. Además del valor en efectivo de las pieles, las joyas y la ropa que había robado, Carl también consiguió hacerse con una buena cantidad de licor gracias a estos robos, ya que las personas solían guardar su alcohol ilegal a bordo, donde podrían tirarlo fácilmente por la borda si la policía pasaba por allí, en lugar de arriesgarse a que lo descubrieran en sus casas. Sin embargo, nada de eso se compara con su mayor hallazgo. Frente a la costa de Premium Port, Carl descubrió una pistola del calibre 38 en uno de los yates anclados, y con sólo indagar un poco en los papeles del barco, pudo identificar tanto el arma como el yate como pertenecientes al comisario de policía de New Rochelle. No era tan dulce como fastidiar a uno de los policías que le habían arrestado a lo largo de los años, pero aun así le producía a Carl cierta satisfacción vengativa pensar

que iba a cometer asesinatos con el arma de un jefe de policía.

Cuando el verano llegó a su punto álgido y el mes de junio se acercó, Carl cogió por fin el yate dirigiéndose a la costa a reunirse con George. Para entonces, George había perdido casi toda esperanza de volver a ver a su amante. Se sorprendió cuando Carl apareció de repente y le preguntó si estaba listo para irse, pero no tanto como para no dar aviso en su trabajo y despedirse de su madre con un beso, diciéndole que había encontrado un trabajo en un velero que le permitiría viajar como siempre había querido.

Una vez que George se despidió, la pareja se tomó un tiempo para reponer las provisiones que Carl no había podido reponer con su piratería. Luego, el 25 de junio, zarparon hacia el norte por el río Hudson en dirección a Peekskill. George estaba completamente abrumado por el yate y todas las riquezas que contenía. No podía creer que Carl hubiera estado trabajando como vigilante nocturno cuando era evidente que tenía buen dinero.

Por primera vez en su vida, Carl había encontrado a alguien a quien le resultaba incómodo mentir, pero no podía compartir la verdad con George si esperaba que siguiera a su lado. Se le ocurrió una explicación que incluía problemas con los papeles y el tiempo que había pasado fuera del país, pero eso sólo dio lugar a más preguntas a las que no quería responder. Finalmente, obligó a George a arrodillarse y se montó encima de él en lugar de intentar mantener la conversación un momento más. Mientras intentaba alejar todos sus problemas, el barco giraba lentamente en la corriente, a la deriva y perdido sin nadie al timón.

El cambio siempre había sido una constante en la vida de Carl, pero por primera vez, la naturaleza temporal de su situación le resultaba preocupante. Todo terminaría abruptamente cuando George descubriera la verdad sobre él, y Carl no se hacía ilusiones de poder mantener su verdadera personalidad oculta para siempre en una situación tan cercana y con semejante impedimento para sus habituales habilidades de engaño. Lo único que podía hacer era intentar mantener las cosas a flote el mayor tiempo posible.

Navegaron río arriba, recorriendo sólo 50 millas en dos días, y pronto se hizo evidente para Carl que George no estaba disfrutando del mar. El chico sufría mucho de mareos, no encontraba el equilibrio y sus constantes quejas empezaban a cansar al hombre mayor. Como una solución repentina, Carl decidió vender el yate y encontrar otra forma de "sentar cabeza" con el joven George. Atracó el barco en una bahía cercana a Kingston, para repintar el casco y cambiarle el nombre antes de llevar el barco hacia la ciudad y desembarcar. Pasó el día recorriendo los lugares habituales en busca del comprador ideal para el yate, uno que tuviera una cantidad decente de dinero pero que

no se preocupara demasiado por la procedencia de las cosas que compraba con ese dinero. Hacia el atardecer, le presentaron a un hombre que parecía tener la moral suelta y el dinero en efectivo que se requería, y lo llevó en un bote para que echara un vistazo a su posible compra. En la noche del 27 de junio, el trío de hombres se instaló en la cubierta del barco y comenzó a beber mientras concretaba los detalles del trato. El comprador había mostrado suficiente dinero en tierra como para que Carl lo persiguiera, pero ahora parecía reacio a desprenderse de él a pesar de que el barco era totalmente de su agrado. George pensó que se trataba de una estratagema para intentar regatear el precio, pero Carl sospechaba más de las intenciones del desconocido. Había estado en el otro lado de esta ecuación con la suficiente frecuencia como para reconocer las señales. Cuando el engreído "comprador" sugirió que podría quitarles el yate de las manos a cambio de nada, George no sabía a qué se refería, y cuando sacó una pistola para apuntar a los hombres, el miedo inmovilizó al joven de 15 años. Carl no tenía miedo. Si alguna vez lo había tenido, se había quemado en el crisol del sufrimiento hacía tiempo. Antes de que el ladrón pudiera terminar su amenaza, Carl había desenfundado su propia pistola y le había metido una bala en la cabeza.

Ese momento inicial de miedo en George se convirtió en una parálisis aterradora. Lo único que pudo hacer fue ver con horror cómo su amante se acercaba y rebuscaba en los bolsillos del muerto el dinero que había visto antes. La mayor parte resultó ser billetes falsos de mala calidad, pero había lo suficiente como para que la noche no hubiera sido un completo desperdicio.

"Tráeme el ancla de repuesto, Georgie".

El chico lo miró como si viera a Carl por primera vez. Como si hubiera visto detrás de la máscara de la cordura la realidad del hombre que había creído que era su alma gemela. No se movió. "Tráeme el ancla de repuesto, tenemos que deshacernos de él."

George se puso en pie a los tropezones, pero aún no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. "Le has disparado".

"Era él o nosotros, y nos prefiero a nosotros". Carl podía mentirle a George sobre muchas cosas, pero no estaba dispuesto a darle importancia a un ladronzuelo que había venido a por él con una pistola.

"Tenemos que avisar a la policía".

Carl se burló. "¿Crees que la policía cree en la palabra de hombres como nosotros? Dirán que lo atrajimos hasta aquí para sodomizarlo y quitarle el dinero. No puedes confiar en la policía, Georgie. Tratarán de endilgarte todo lo que puedan".

George no podía apartar los ojos del cadáver. "Pero está muerto".

"Y nosotros no. Tenemos que deshacernos de él y seguir adelante si no queremos pasar el resto de nuestros días rompiendo piedras".

Carl acabó sacando él mismo el pequeño peso del ancla de plomo cuando se hizo evidente que George iba a ser completamente inútil. Lo ató a la pierna del muerto y lo arrojó por la borda. George acabó hundiéndose en su asiento mientras Carl realizaba los trámites necesarios para volver a navegar río abajo. No tenía ni idea de a quién le había contado a su visitante sus planes para la noche, y aunque Carl no temía enfrentarse a ningún hombre, no quería volver a ver esa mirada en el rostro de George.

Navegaron río abajo durante toda la noche, captando sólo alguna brisa y sin hacer ningún esfuerzo por llegar a ninguna parte. George durmió intranquilo durante toda la noche, despertándose de a ratos para ver los ojos oscuros de Carl mirándole con ceño fruncido, observando y esperando a ver qué pensaba hacer a continuación. Apenas llevaban tres días de viaje juntos y todo se estaba desmoronando, pero Carl aún mantenía alguna esperanza de que las cosas pudieran salvarse. A diferencia de la mayoría de sus asesinatos, éste era indiscutiblemente en defensa propia, y si actuaba como si estuviera un poco más destrozado por ello, tal vez podría convencer a George de que era su primera vez.

Cuando amaneció, George se despertó de golpe y se dio cuenta de que habían dejado de ir a la deriva. No había rastro de Carl por ninguna parte. El hombre había ido a la orilla a robar algunas redes de pesca, suponiendo que al poder complementar sus recursos con una captura fresca, no tendrían que bajar a tierra tan a menudo. Planeaba llevar a George a cierta distancia en aguas abiertas y trabajar con él hasta que pudiera estar seguro de hacia dónde iba a saltar el chico cuando finalmente tuviera la oportunidad de hablar con alguien en tierra. Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo para asegurarse de que George mantuviera la boca cerrada o contara la historia tal como Carl quería que la contara.

George nunca le dio la oportunidad. Mientras Carl seguía en los muelles de Poughkeepsie cometiendo un nuevo delito, George saltó del barco al agua y nadó para salvar su vida, apuntando no a la orilla más cercana del Hudson sino a la opuesta. La corriente lo arrastró río abajo hasta Newburgh, donde un pescador local lo vio y lo ayudó a llegar a la orilla. Las primeras palabras que salieron de su boca una vez que pudo respirar fueron: "Policía. Necesito a la policía".

Informó de que Carl lo había subido a bordo del barco con falsos pretextos, alegando que le había prometido un trabajo, y que luego lo había violado repetidamente durante todo el tiempo que estuvieron juntos hasta que consiguió escapar esa mañana. Lo más importante es que informó a la policía del asesinato del hombre sin nombre y les dio

las indicaciones necesarias para recuperar el cuerpo. En ese momento, esa información no le sirvió de mucho a la policía: el cuerpo bien podría haber estado en el lado oscuro de la luna, pero finalmente pudieron encontrarlo en el fondo del Hudson. El testimonio de George les fue suficiente para enviar una alerta a todas las ciudades portuarias a lo largo del río para que buscaran al capitán John O'Leary.

Al regresar al yate, Carl se dio cuenta rápidamente de que George le había abandonado. Después de tantos años de soportar tantas traiciones, se podría pensar que el hombre podría no haber sentido nada en absoluto, pero estaba devastado. Esto era todo lo que había temido que sucediera. George no sólo le había rechazado por lo que realmente era, sino que estaba tan aterrorizado que había corrido directamente a los brazos de la ley. Carl pasó varias horas recorriendo las calles de Poughkeepsie en busca del chico, pero a pesar de todo, su ansiedad seguía creciendo. Cada momento que se quedaba quieto le acercaba a la captura. Tenía que seguir adelante. Cuando la presión fue demasiado para él, Carl se apresuró a volver a su barco y zarpó, siguiendo la corriente del río para poner la mayor distancia posible entre él y las acusaciones que George habría lanzado.

Al caer la noche, Carl había llegado hasta el pueblo de Nyack, donde enseguida se quedó sin fuerzas. Atracó en el astillero Peterson y se instaló para pasar la noche sin hablar con nadie más que con el jefe del muelle. Bajó a la estrecha cama bajo cubierta y se acostó en ella. Cuando navegaba solo, esa cama siempre le había parecido demasiado estrecha para su enorme cuerpo, pero ahora que, de nuevo, no tenía a nadie con quien compartirla, se sentía vacía. Se acurrucó alrededor del espacio vacío donde solía tumbarse George y se hundió en la oscuridad del sueño.

Se despertó mirando el extremo del cañón de una escopeta. Puede que la policía de Nyack no fuera la mejor ni la más brillante de toda América, pero no era tonta. Cuando se les pedía que vigilaran a un hombre en el río, tenían la sensatez de comprobarlo con todos los capitanes de los muelles antes de que nadie pudiera zarpar. En el mundo que Carl había conocido antes de su viaje al extranjero, los departamentos de policía no se comunicaban entre sí, y seguro que no se daban un toque rápido al teléfono cuando alguien a quien estaban persiguiendo se trasladaba a la siguiente jurisdicción.

Frente al crimen organizado, las fuerzas del orden por fin encontraban su lugar en América. Todos los viejos trucos que habían mantenido libres a Carl y a sus compañeros vagabundos, eran inútiles frente a ella, y aún no habían aprendido los nuevos trucos que los contrabandistas utilizaban para eludir la ley. La policía de Nyack confiscó el yate y arrestó a John O'Leary por cargos de sodomía, robo y hurto, de las únicas cosas que la policía de Newburgh sabía con

certeza que podía acusarlo utilizando a su único testigo. John declaró que su ocupación era "marinero", tenía 40 años y había nacido en Nevada. En realidad, Carl sólo tenía 32 años, pero una vida dura le había dado la apariencia de un hombre mucho mayor, así que nadie dudó de su historia. No está claro si Carl sabía siquiera su edad a estas alturas, después de tantos años vagando por el mundo sin hogar ni necesidad de calendario. Es muy posible que él mismo se creyera las mentiras que contaba. Eso explicaría por qué nunca se tropezó con ellas.

Al día siguiente, un par de detectives de Yonkers se presentaron en el ferry municipal para reclamar a John O'Leary e incautar oficialmente su yate antes de llevarlo río abajo a la cárcel de Yonkers para esperar el juicio. Carl se presentó tranquilamente, sin su habitual rencor, todavía angustiado por la profunda traición de George. Su estado de aturdimiento no duró mucho. Una vez de vuelta en el territorio familiar de una prisión, todos sus viejos instintos comenzaron a reafirmarse. Al igual que sus intentos de tener relaciones sexuales con aquellas niñas en Angola, esto no era más que otra confirmación de que nunca podría tener una vida normal ni disfrutar libremente de sus propias elecciones. George le había traicionado porque era débil y blando. No había tenido el valor de admitir que el asesinato, la sodomía y el robo eran el estado natural del hombre. También en Carl quedaba una pizca de esa misma horrible debilidad, la que le hacía rehuir los pensamientos de venganza contra George, a pesar de haber entregado a Carl a las autoridades. La pequeña chispa de humanidad que aún habitaba en algún lugar de su alma le hizo volcar ese odio hacia dentro. Por primera vez, Carl se odiaba a sí mismo tanto como al resto de la humanidad.

El 2 de julio, apenas unos días después de ser confinado, Carl intentó una fuga. Con otros cinco prisioneros alistados para ayudarle en sus planes, pasaron el día rompiendo sus camas para utilizar los marcos metálicos como herramientas para arrancar el hormigón de alrededor de las barras de sus ventanas y escapar. Empezaron a trabajar por la noche, con los sonidos de sus raspados disimulados por los gritos de los otros prisioneros. Junto con su compañero de celda, Fred Federoff, Carl avanzaba a buen ritmo, habiendo liberado una barra, cuando fueron descubiertos por los guardias durante una inspección rutinaria de la celda. Carl intentó cargar contra los guardias, utilizando la barra de la ventana como garrote, pero fue vencido por el peso del número y arrastrado al aislamiento. Los demás prisioneros que intentaron escapar, fueron capturados poco después, pero mientras todos ellos fueron devueltos a sus celdas, Carl permaneció en el agujero. Todos le habían señalado como el cabecilla

de su pequeño complot, así que asumió la carga del castigo por ello.

Comparado con algunos de los lugares en los que Carl había estado encarcelado anteriormente, el aislamiento en Yonkers era como un hotel de lujo. Incluso le daban de comer. Era el lugar ideal para descansar en paz y pensar en su próximo movimiento.

Desde la traición sufrida en San Francisco, Carl se había negado a hablar siquiera con un abogado en todas sus condenas posteriores. Incluso en la sala del tribunal, se sentaba junto a su defensor de oficio y lo ignoraba por completo, pero eso no significaba que no pudiera ver el valor de tener a un hombre de traje con bolsillos profundos de su lado. Pidió hablar no con un abogado de oficio, sino con uno perteneciente a uno de los mejores bufetes de Yonkers. El Sr. Cashin nunca había oído hablar del personaje de "John O'Leary" que intentaba ponerse en contacto con él, pero acudió a visitarlo en la cárcel por pura curiosidad de saber cómo había llegado su nombre a un personaje tan denostado.

Carl nunca compartió ese curioso dato, pero sí consiguió convencer a Cashin de que no era el rufián por el que la policía quería hacerlo pasar. Confesó que había ganado dinero con el petróleo -y fue capaz de proporcionar esa historia con suficientes detalles de su época en Angola como para que pareciera plausible- pero que no podía acceder a ninguna de sus riquezas debido a que estaba confinado al otro lado de Estados Unidos de sus posesiones en California. La fianza de Carl se había fijado en 5.000 dólares, una cantidad que, según él, normalmente no tendría problemas para reunir, pero el único activo que tenía allí en el estado de Nueva York era su yate, el *Akista*. Fue entonces cuando Cashin empezó a interesarse por las historias de Carl. Cashin llevaba varios años buscando un yate, pero nunca había conseguido reunir el dinero suficiente para comprarlo. Carl le ofreció la oportunidad en bandeja de plata. Cedería a Cashin su yate totalmente equipado, valorado en más de 10.000 dólares, a cambio de que el hombre pagara su fianza. Una vez fuera, no tendría problemas para contactar con su gente y conseguir que le transfirieran dinero para poder vivir cómodamente hasta la fecha del juicio.

Era una apuesta desde la perspectiva de Cashin, pero una con dos perspectivas bastante atractivas. Incluso si O'Leary se saltaba la fianza, 5.000 dólares no era un mal precio para pagar un yate, y era más que razonable para el yate descrito en los papeles modificados del *Akista*. Los dos hombres cerraron el trato, y antes de que terminara el día Carl volvió a ser un hombre libre.

Cashin fue directamente a recoger su nuevo yate a Nyack, y lo llevó a Nueva York con una tripulación contratada para poder registrarlo debidamente en la autoridad portuaria. Hacía mucho tiempo que esperaba este momento y estaba deseando codearse con

todos los grandes de Nueva York en los distintos clubes náuticos, donde a muchos de los abogados les gustaba reunirse. Entró en la autoridad portuaria con sus papeles en mano y una gran sonrisa en la cara. Los funcionarios sólo tardaron unos 5 minutos en borrarle la sonrisa. Una rápida inspección del yate demostró que no coincidía con los papeles, y tras consultar con sus propios registros no tardaron en darse cuenta de que los papeles también habían sido manipulados. Pronto se descubrió el verdadero nombre del barco, así como el hecho de que había sido robado en Providence. La policía llegó para confiscar la propiedad robada y dar una reprimenda a Cashin.

Enfurecido, Cashin cogió el primer ferry que subía por el Hudson e irrumpió en el hotel en el que O'Leary se había alojado, sólo para descubrir que el hombre se había escapado de allí la primera noche, y que ahora no estaba en ninguna parte. La policía de Yonkers tampoco ayudó a Cashin. De hecho, era una especie de broma para ellos: un abogado que había sido burlado por su propio cliente.

Dannemora

En junio de 1923, un yate desapareció del puerto deportivo de Larchmont, a pocos kilómetros de la frontera con Connecticut. El barco pertenecía a un médico llamado Charles Paine, y aunque informó inmediatamente de la pérdida a las autoridades, no estaba precisamente desconsolado. El barco estaba en un estado de deterioro espantoso, y el hombre esperaba a medias que se hundiera para poder recuperar parte de sus pérdidas mediante una reclamación al seguro.

Carl luchó con el barco hasta llegar a New Rochelle antes de que el timón se bloqueara y el barco se estrellara contra las rocas de la costa. Salió del océano empapado y furioso al ver que sus planes encallaban una vez más. Cada vez que sentía que avanzaba algo, acababa golpeado contra las rocas por el destino. Estaba dispuesto a admitir la culpabilidad de su último desastre -mostrando tanta debilidad buscando a su muchacho, George, para que lo acompañara-, pero ¿cómo iba a saber que el reluciente yate blanco con el que se había marchado, estaría plagado de podredumbre desde el nivel del agua hacia abajo? No podía ponerlos en dique seco antes de hacer su elección.

Después de tumbarse al sol un rato para secarse, Carl volvió a Larchmont para dar una segunda vuelta. Aquel barco fue más que inútil, pero en la ciudad había muchos más esperando ser arrebatados. Larchmont era uno de los destinos vacacionales favoritos de la élite de Manhattan, un hogar lejos de casa para muchos de los propietarios de esos yates, exactamente el tipo de gente que a Carl le gustaba robar. Y aunque el barco en el que se instaló no era el ideal, aún podía llevarse un botín decente yendo de barco en barco con un saco.

Una vez más, el destino parecía decidido a frustrar sus planes. Cuando llegó a la ciudad, había caído una cálida tarde de verano y todos los yates estaban en el agua, con las risas y la música de sus fiestas resonando en tierra. Estaban todos allí, con todo su dinero y su buena vida, justo fuera del alcance de Carl. Si no estuviera ya enfadado, esto habría bastado para llevarle al límite. Tal como estaban las cosas, fue suficiente para que se comportara como el joven temerario que solía ser.

Puede que los yates y todas sus riquezas estuvieran fuera de su alcance, pero esos ricachones tenían que llegar a la ciudad de algún modo. Ninguno de ellos sabía navegar, y ninguno de esos yates había atracado nunca en Manhattan, así que era evidente que los barcos se quedaban allí, en Larchmont, a la espera de que la alta sociedad apareciera y se los llevara. Carl no sabía mucho de coches, pero sabía que la carretera hasta allí era difícil de recorrer, incluso a pie. Apostó por que todos los ricos de Larchmont tomarían un tren hasta la

ciudad. Se acercó sigilosamente a la estación de tren cuando ya había caído la noche y la rodeó, mirando a través de las ventanas para ver si sus sospechas eran correctas. Los estantes de equipaje del interior estaban llenos de maletas, el juego había comenzado. Tras unos cuantos intentos fallidos de forzar las puertas, Carl cambió de táctica, tomando prestada el hacha de fuego de la plataforma y utilizándola para romper una de las ventanas altas. Tras atravesar el hueco y hacerse un buen corte con los cristales rotos, Carl se dirigió al interior de la estación y empezó a rebuscar en las vitrinas. Abundaban las pieles, los esmóquines y las joyas, suficientes riquezas para mantenerlo durante meses o incluso años. Era el tipo de botín que no había visto desde aquel robo a Taft. Carl era como un niño en una tienda de caramelos, abriendo cajas por todas partes y maravillándose con su contenido. Con estos fondos podría incluso comprar otro yate legítimamente y navegar hasta Sudamérica, como siempre había planeado. Estaba tan perdido en la emoción de su hallazgo que no se dio cuenta de la presencia del policía que estaba detrás de él hasta que oyó el chasquido de un martillo de pistola al ser cargado. La mayoría de los hombres se congelarían ante ese sonido, casi todos se detendrían al menos. Carl no lo hizo. Recogió el hacha de donde la había dejado al alcance de la mano y cargó contra el policía, rugiendo de furia. Para el pobre policía de pueblo fue una escena de pesadilla, ese gigante de ojos salvajes que se acercaba a él con un hacha con aspecto letal. Dejó caer su arma asustado y se habría dado la vuelta y corrido si no le hubiera costado la vida. Finalmente, se abalanzó sobre Carl e intentó arrancarle el hacha de las manos.

En un día normal, Carl habría destrozado a este pobre hombre en un momento, pero esa noche las cosas eran cualquier cosa menos normales. El policía estaba inundado de adrenalina, era consciente de que luchaba por su vida y estaba desesperado por defenderse de aquella bestia. Mientras tanto, Carl ya había pasado por un infierno. En las 48 horas transcurridas desde que había dormido por última vez, había sobrevivido a un naufragio, había nadado hasta la orilla y había caminado varios kilómetros por la costa para volver al punto de partida. Estaba agotado física y mentalmente, pero sobre todo, su confianza se había visto afectada por cómo se habían desarrollado las cosas con George. Todavía no podía deshacerse de la semilla de la inseguridad que se había plantado en él, y sin su confianza, no era nada. Paso a paso, fue conducido de nuevo a la estación de tren contra su voluntad. Sus rodillas empezaron a doblarse mientras se esforzaba por luchar contra el policía. Estaba tan sorprendido de su propia debilidad que cuando el policía le empujó al suelo en el forcejeo, se quedó allí.

Había soñado con vivir una vida normal, con ser un hombre

normal. Ahora tenía que experimentar lo que era bajar a la normalidad, sin el poder que había estado ejerciendo desde los días de su juventud. El policía le quitó el hacha de las manos y le puso las esposas, mientras Carl gritaba y se agitaba impotente.

Al amanecer, estaba encerrado en la comisaría del Departamento de Policía de Larchmont, durmiendo profundamente en un manchado y estrecho jergón. Durante su interrogatorio, salió a relucir que había cometido otros robos en Larchmont, y lo relacionaron también con algunos otros robos en pueblos cercanos. Esa misma mañana, en el juzgado del pueblo, el juez Schafer fijó la fianza de "John O'Leary" en 5.000 dólares y lo mandó volar. Los lugareños se prepararon para enviar a Carl a la cárcel del condado a esperar su juicio, pero Carl no quiso ir. Todavía había una serie de delitos que había cometido en las ciudades locales y que sabía que se le imputarían si se quedaba hasta la fecha del juicio. Necesitaba salir del estado de Nueva York y escapar a algún lugar donde tuviera una condena menor que cumplir. Cuando uno de los policías intentó sacarlo a la fuerza de su celda, Carl soltó que había matado a policías por mucho menos, y eso bastó para que todo el proceso de traslado a la cárcel se detuviera. Carl volvió a ser interrogado, y la policía local se ensañó con él día y noche hasta que admitió que era un preso fugado de Oregón que se había librado de una condena de 17 años por matar a un agente de policía. Era una historia impactante, casi increíble. La policía local sospechaba que Carl era "un simulador", alguien que confesaba crímenes que no había cometido porque le gustaba llamar la atención, pero el oficial Richard Grube, el policía que lo atrapó por primera vez en Larchmont, se apresuró a salir en defensa de Carl. Creía que Carl lo habría asesinado sin pensarlo dos veces en aquella estación de tren si hubiera podido, y defendió el caso de Carl ante su jefe de policía.

Se envió una carta a Oregón en la que se detallaba la confesión recibida, una lista de los alias conocidos del hombre y una descripción de Carl Panzram. A estas alturas de su vida, Carl tenía un grueso bigote negro que le daba la apariencia de una perpetua sonrisa de desprecio. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices debido a sus numerosas peleas y tenía un par de águilas tatuadas en el pecho y un ancla en el brazo. Aunque muchos de estos rasgos fueron añadidos posteriormente a su estancia en Oregón, seguía siendo fácilmente reconocible por la descripción de su actitud y comportamiento.

El alcaide Johnson Smith de la Penitenciaría Estatal de Oregón envió un telegrama el 29 de agosto para decir: "Jeff Baldwin es muy buscado en Oregón. El suyo fue un caso muy notorio que atrajo considerable atención en toda la costa del Pacífico y estamos ansiosos por enviar un oficial por él lo antes posible".

Con el nombre de Baldwin, a Carl aún le quedaban 14 años de

condena en Oregón, y había una recompensa de 500 dólares por información que condujera a su captura, que Carl intentó reclamar. Al fin y al cabo, él había proporcionado la información que condujo a su propia identificación. A los policías les hizo gracia, pero no lo suficiente como para darle un céntimo. Enviaron la documentación pertinente a Oregón para que reclamaran a Carl y luego siguieron adelante como si fuera un delincuente cualquiera.

Dos semanas después, a mediados de septiembre de 1923, Carl tuvo su audiencia en el tribunal por el cargo de robo. Reconociendo que las pruebas en su contra eran irrefutables, se reunió con el fiscal del distrito y llegó a un acuerdo. A cambio de una sentencia más leve, aceptó declararse culpable del robo, pero una vez más se vio traicionado por los abogados. Después de declararse culpable, el fiscal del distrito comenzó inmediatamente a presionar para que se le impusiera la pena máxima de 5 años, citando el historial de Carl como delincuente violento, como la única razón que necesitaba para mantener al hombre fuera de las calles. No ayudó al caso de Carl el hecho de que se volviera loco en la sala tras ese pequeño discurso, amenazando con hacer caer todo el dolor imaginable sobre el abogado que le había engañado. Recibió la sentencia de 5 años y al día siguiente fue enviado a la prisión de Sing Sing como "John O'Leary".

Su estancia allí fue breve. Era una prisión de población dispar, con una mezcla de delincuentes violentos y no violentos de todo Nueva York, una mezcla equilibrada de personas que se habían dedicado a la vida del crimen, como Carl, y de personas que simplemente habían tenido una racha de mala suerte o de malas elecciones: ciudadanos de los que se esperaba que volvieran a su vida normal y no volvieran a delinquir. Para Carl, eran presas de caza. Pronto se impuso en Sing Sing, dominando a los tipos más duros e incluso intimidando a los mafiosos. Los presos no podían controlarlo, y los guardias temían incluso intentarlo. Cuando uno de los guardias trató de sacarle de encima a un preso al que estaba violando, Carl dirigió su atención lujuriosa hacia él, y fueron necesarios cuatro hombres para arrastrarlo antes de que pudiera llegar al clímax deseado. La administración tenía claro que Sing Sing no era una prisión lo suficientemente dura para retener a John O'Leary, así que en octubre lo trasladaron al agujero más profundo y oscuro que el estado de Nueva York tenía disponible: la prisión de Clinton, al norte del estado de Nueva York, también conocida como "Dannemora".

Dannemora estaba a sólo 16 kilómetros de la frontera con Canadá, y casi todo su personal procedía de un pueblo local de franco-canadienses, que no podrían hablar con sus prisioneros aunque lo quisieran. No querían hacerlo de todos modos. El silencio era la norma dentro de los imponentes muros de la prisión, un silencio que se

imponía con bastones metálicos con punta de pincho que todos los guardias llevaban y aplicaban generosamente. Generación tras generación de aldeanos de habla francesa, habían servido como guardias de prisión en Dannemora, transmitiendo sus propias tradiciones brutales y entrenando a sus hijos para que ocuparan sus puestos una vez que la edad comenzara a imponerse. La prisión en sí era más un castillo que una penitenciaría, con muros que se extendían a nueve metros de altura y se hundían seis metros por debajo de la superficie del patio para evitar que nadie pudiera cavar para salir. Era un mundo aparte de las prisiones en las que estaban confinados la mayoría de los estadounidenses, como algo sacado de un lascivo libro de historia sobre las mazmorras de la vieja Europa.

Cuando Carl llegó, lo desnudaron y lo lavaron con nieve derretida. Todas sus pertenencias fueron confiscadas y repartidas entre los guardias. Luego, se le propinó la primera de muchas palizas, para enseñarle su lugar en el orden de las cosas. Estaba tan asediado y borracho cuando lo llevaron a las oficinas del alcaide para completar su papeleo que dio su nombre como Carl Panzram en lugar de uno de sus alias. El alcaide, sin tener idea de quién era el hombre, lo archivó con ese nombre y lo envió a su celda.

Los gritos no cesaban en Dannemora. Carl estaba rodeado de reclusos a los que los guardias juraron silencio y sometieron a brutales torturas si alguna vez se salían de la línea, pero al otro lado del patio estaba el Hospital Estatal para Criminales Locos, donde los hijos menos afortunados de Dannemora terminaban después de que el tormento al que estaban expuestos cada día destrozara sus mentes. Carl podía oírlos chillar durante toda la noche y el día, una cacofonía que no habría desentonado en las profundidades del infierno.

Carl encajaba perfectamente. A la semana de su llegada, había construido una bomba incendiaria en los talleres con la que pretendía quemar todo el lugar. Si hubiera matado a la mitad de los reclusos, no le habría importado mucho, siempre que obligara a los guardias a evacuar al resto y le diera la oportunidad de huir. Los guardias encontraron y desmantelaron la bomba antes de que pudiera ser detonada, por pura suerte, y Carl fue brutalmente golpeado en base a sus sospechas de que había estado involucrado en su construcción. No era nada comparado con las torturas a las que se había enfrentado en prisiones anteriores, pero los punzantes pinchazos de aquellos bastones con punta de pincho fueron suficientes para despertar su ira.

En su segunda semana en Dannemora, se acercó sigilosamente por detrás de un guardia que estaba sentado durmiendo y le golpeó en la cabeza con un palo de tres kilos que había fabricado con un mueble. El hombre cayó al suelo y Carl lo dio por muerto, pero más tarde se supo que el guardia había sobrevivido a la conmoción. A partir de ese

día, el guardia tuvo problemas de control motor; arrastraba las palabras y perdía el hilo de sus pensamientos cuando estaba bajo cualquier tipo de estrés. A partir de entonces, Carl fue tratado con el debido respeto tanto por los guardias como por los reclusos.

En su tercera semana en Dannemora, Carl ideó un plan para salir, al amparo de la oscuridad. Recogió los diversos suministros que debían utilizarse para el cuidado de las huertas y los unió con cordel en una desvencijada escalera de nueve metros de largo. Se sabía que los guardias confiaban en los altos muros para mantener confinados a los prisioneros, y nunca se preocupaban de vigilar el patio por la noche, así que una vez que Carl hubo flexionado sus increíbles hombros y levantado la puerta de su celda de sus bisagras, no le costó nada recoger la escalera de donde la había dejado y llevarla hasta el muro. Su plan era sencillo: trepar a lo alto del muro, subir la escalera, bajarla al exterior y descender hasta la libertad. De todas sus fugas de la cárcel, ésta era probablemente la más sencilla y segura. Por desgracia para Carl, su destreza no estaba a la altura de sus planes. Todo iba según lo previsto cuando se escabulló por el patio en plena noche y comenzó a ascender, pero cuando llegó a la cima de su escalera, uno de los peldaños de la sección central se astilló. Se desplomó hacia atrás sobre la escalera y cayó los 9 metros que tenía hasta aterrizar en un escalón de hormigón del patio, rompiéndose los dos tobillos, las piernas y la columna vertebral. Peor aún, se rompió la ingle, con sus órganos abultados entre las piernas como si estuviera dando a luz a sus propias entrañas. Fue la peor agonía a la que Carl se había enfrentado en su vida, y todos los gritos y sollozos que había reprimido en su interior a lo largo de los años salieron de su garganta. Permaneció allí gritando toda la noche, y nadie acudió a atenderlo. Todo el mundo supuso que el ruido no era más que el de los criminales dementes del otro lado del patio. Durante toda la fría noche permaneció allí, impotente, tratando de empujar sus propias tripas hacia dentro de su cuerpo hasta que la agonía lo dejó inconsciente.

Cuando llegó la mañana y pasó una patrulla, Carl se vio reducido a suplicar ayuda. Toda su fachada de tipo duro se había desvanecido ante el dolor abrumador. Cuatro hombres se reunieron a su alrededor y lo levantaron por cada una de sus extremidades, haciéndolo chillar de nuevo. Lo llevaron al interior del edificio mientras balbuceaba su agradecimiento hacia ellos, mientras suplicaba por el médico, mientras lloraba por el dolor abrumador. Nunca había visto el pabellón médico de Dannemora, así que supuso que era allí donde se dirigía, hasta el momento en que la oscura sala de aislamiento se abrió ante él. Lo arrojaron al suelo de tierra, y entonces todo lo que percibió fue oscuridad y dolor.

Cuando recobró la conciencia, nada había cambiado. Seguía en la

oscuridad y en la agonía. Permaneció en esa celda mientras sus huesos se cosían en nuevos y retorcidos patrones y el bulto de órganos estrangulados entre sus piernas se convertía en su nueva normalidad. Pasaron un año y dos meses hasta que finalmente lo sacaran de la celda y lo llevaran cojeando a la sala del hospital, donde cada paso le producía nuevos crujidos en los tobillos. Durante ese largo y angustioso año, los funcionarios de Oregón se dirigieron a la prisión en busca de su hombre desaparecido, con la intención de deportarlo a Salem para que cumpliera su condena, pero no había constancia de John O'Leary ni de Jeff Baldwin en sus archivos. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, era posible que los administradores hubieran hecho el esfuerzo de investigar y descubrir que su Carl Panzram era el mismo hombre, pero tal como estaban las cosas, los que sospechaban esa conexión, no tenían ninguna intención de entregar a ese hombre roto cuando aún no estaban ni siquiera a medio camino del castigo por su intento de fuga. Los agentes de la prisión de Oregón se fueron a casa con las manos vacías, y Carl siguió pudriéndose en soledad.

El médico estaba curtido tras años de trabajo en el pabellón de la prisión, pero incluso él estaba horrorizado por el estado en que se encontraba Carl. Ayudó al hombre a meterse en la cama y programó rápidamente la operación para arreglar la rotura de la ingle. Las piernas de Carl estaban más allá de su capacidad para arreglarlas. Para reparar el daño sin que se fijaran las roturas habría que hacer docenas de roturas nuevas y volver a alinear cuidadosamente cada fragmento. Era el tipo de cirugía que sólo dos o tres médicos en el mundo podrían haber realizado en aquel momento, y el hombre de Dannemora no era ciertamente uno de ellos. La operación en la ingle de Carl fue un éxito, y todos sus órganos internos volvieron a su lugar habitual, pero los guardias no se conformaron con eso. A instancias de ellos, uno de sus testículos fue extirpado, con la idea de reducir su agresividad, como se hace con los perros para hacerlos más dóciles. No hace falta decir que cuando Carl se despertó después de la operación, la extirpación de una parte de sus genitales no le tranquilizó en absoluto. Estaba absolutamente furioso, y si no hubiera estado tan devastado por toda la experiencia, es probable que hubiera asesinado al médico antes de que los guardias pudieran arrastrarlo y dejarlo de nuevo en cama. Volvió a sumirse en otra pesadilla cargada de dolor casi tan pronto como golpeó las almohadas, con la sangre goteando de los puntos que acababa de reventar, manchando las sábanas blancas.

Pasaron varios días hasta que Carl se recuperó lo suficiente como para sentarse en la cama y tomar alimentos. Casi de inmediato sintió que recuperaba las fuerzas y comenzó a preocuparle su destreza sexual. Había perdido una de las expresiones físicas de su virilidad y le

preocupaba mucho no poder actuar como antes. Así que, con no poca preocupación, salió de su propia cama del hospital y se metió en la cama de otro preso dormido, para violarlo. El médico se precipitó a la habitación al oír los gritos, y por un momento ni siquiera entendió lo que estaba viendo. Luego, se horrorizó. No tenía fuerzas ni valor para detener lo que Carl estaba haciendo, así que salió corriendo a buscar a los guardias. Cuando llegaron, el acto ya estaba consumado, y la antigua sonrisa malvada de Carl había vuelto a su rostro. Puede que le doliera cada paso que daba, pero seguía siendo el monstruo que siempre había querido ser.

Le devolvieron al confinamiento solitario en el acto, y permaneció allí durante el resto de su condena de cinco años, arrastrándose sobre su estómago como una serpiente en lugar de poner peso sobre sus piernas. En ese oscuro lugar, se volvió aún más infrahumano que antes, incapaz de hablar más allá de los gruñidos y de pensar más allá de la venganza. Intentaba literalmente morder la mano que le daba de comer cada vez que se le entregaba una comida, y cada vez que lo intentaba pasaba hambre durante una semana.

Así transcurrieron los años para Carl, hasta que un día, sin previo aviso, fue arrastrado de nuevo a la luz, refregado con nieve derretida y vestido con la ropa que llevaba cuando llegó, ahora muchas tallas más grandes para él. Fue en 1928 cuando volvió a dar sus primeros y angustiosos pasos por el mundo, pero a pesar de ese dolor, no vaciló ni un instante. Tenía demasiado que hacer y demasiados planes que llevar a cabo.

El gran momento

Desde Dannemora, Carl no tenía muchas opciones que no fueran ir hacia el sur, pero siguió adelante para salir del estado de Nueva York lo antes posible, deseoso de poner distancia entre él y sus malos recuerdos. En Filadelfia hizo su primera parada. Había hecho muchos planes durante sus largos años de aislamiento, planes que requerirían una considerable financiación para llevarlos a cabo. Mientras que en el pasado había jugado con la idea de iniciar guerras y otros actos terroristas, ahora comenzaba a poner en orden esos pensamientos extraviados. Identificó un túnel de carretera que planeaba derrumbar en un extremo y llenar de gas venenoso antes de robar a toda la gente atrapada en su interior. Planeó invertir el dinero obtenido de ese trabajo en la bolsa, apuntando a los negocios que estarían en auge en tiempos de guerra con sus inversiones. Luego, desencadenaría una guerra con Gran Bretaña atacando barcos estadounidenses en el Canal de Panamá, donde el conflicto ya estaba latente. Los beneficios de estos crímenes le bastarían para mantenerse cómodamente hasta el final de sus días en algún remanso africano, donde podría erigirse como un rey caudillo y entregarse a la clase de placeres que los lugares más civilizados desaprobarían. Necesitaría algo de dinero para poner en marcha todos estos planes, así que pensaba cometer algunos robos para conseguir los fondos iniciales. Pero antes, planeaba encontrar un poco del placer especial que sólo podría obtener en libertad, una muestra de lo que iba a ser su futuro.

En Point House Road, en Filadelfia, encontró a un niño, llamado Alexander Uszacke, repartiendo periódicos. Alexander era hijo de inmigrantes de Europa del Este de procedencia desconocida y hablaba muy poco inglés, pero para lo que Carl pretendía comunicar, sólo se necesitaba un poco de inglés. Alexander acompañó a Carl a un almacén abandonado cerca de las afueras de la ciudad, confundido pero dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ganar el dinero prometido. Sólo cuando Carl empezó a desnudarlo a la fuerza se dio cuenta de lo que había aceptado. Intentó correr, intentó gritar, pero los gruesos dedos de Carl se cerraron alrededor de su garganta, cortando el sonido antes de que algún alma pudiera oírlo. Carl siguió estrangulando al pequeño durante toda la violación, y no se sorprendió al ver que el chico estaba muerto cuando acabó. Esta vez ni siquiera se molestó en cubrir el cuerpo, sino que optó por arrojarlo en un montículo de basura como un trapo desechado. No importaba quién encontrara al pequeño Alexander, ni cuándo. Carl se habría ido hace tiempo.

Continuó hacia el sur, hasta llegar a Baltimore, donde planeaba poner en marcha su gran plan con el primer pequeño paso. Antes de

poder robar una casa, necesitaba herramientas, y para financiarlas pensaba empezar con un simple atraco, el tipo de operación que había hecho mil veces en el pasado, sin siquiera sudar. Esta vez las cosas no fueron tan sencillas. El joven que Carl había acorralado en un callejón entre las casas, se resistió a entregar su dinero cuando se lo exigió. De hecho, levantó las manos para luchar contra Carl, la primera vez que recordaba que una de sus víctimas lo hiciera. Esa señal de resistencia fue toda la excusa que Carl necesitaba para desatar su furia. El dolor que le perseguía a cada paso bullía en su interior, buscando desesperadamente una salida, y Carl lo volcó todo en aquel pobre hombre, todo por el terrible error de tardar demasiado en entregar su propio dinero. Cuando su rabia se calmó, Carl estaba manchado de sangre y el hombre, poco más que un adolescente, estaba muerto. Haciendo acopio de los billetes manchados de óxido que habían costado la vida a un hombre, Carl se dirigió directamente a la estación de tren para huir de la ciudad. Había conseguido lo que quería, aunque no hubiese sido como él lo hubiese querido.

En Washington, D.C., Carl se organizó, compró las herramientas que necesitaba y se puso a trabajar. Con sus piernas lisiadas, era mucho más lento y se distraía todo el tiempo. Su temperamento se encendía constantemente junto con el dolor, y era sólo cuestión de tiempo que la misma rabia descontrolada descendiera sobre él y perdiera el control. En el momento en que necesitaba estar más tranquilo y en control, Carl estaba perdiendo todo el dominio sobre su cuerpo y su mente. Cometió una serie de torpes robos por Washington, y fue por pura suerte que no se hubiese encontrado cara a cara con ninguno de los dueños de las propiedades que estaba robando. Si lo hubiera hecho, habrían muerto, no cabe duda. Finalmente, le descubrieron metiéndose por la ventana de la casa de un popular dentista, y la policía le detuvo cuando salía con algunas joyas y una radio bajo el brazo. Intentó luchar contra ellos, pero unos cuantos golpes en las piernas con sus bastones fueron suficientes para poner fin a cualquier intención de lucha que le quedara.

Lo procesaron rápidamente y lo metieron en la cárcel de D.C. a la espera del juicio. Su habitual actitud amenazante se vio gravemente mermada por su incapacidad para caminar sin agarrarse a los barrotes de la celda, y cuando empezó a romper el material que rodeaba la ventana de su celda en mitad de la noche, uno de los presos vecinos tuvo el valor suficiente para informar a los guardias de su intento de fuga. Carl fue arrastrado a lo que supuso que sería un confinamiento solitario, pero que pronto resultó ser un patio con un poste clavado en el suelo de hormigón. Se burló de ello. Había recibido cientos de palizas en su vida y lo único que habían hecho fue endurecerlo. ¿Qué creían esos guardias que podían hacerle que no le hubieran hecho

antes? Su opinión al respecto cambió rápidamente cuando lo levantaron de puntillas por las muñecas esposadas. Estirado de esa manera, era como si todo el dolor que normalmente estaba atrapado dentro de sus arruinados huesos se liberara. Las piernas, la espalda y los tobillos parecían arder en el mejor de los casos, pero ahora eran un infierno que amenazaba con consumirlo. Carl gritó hasta quedarse ronco. Entonces, con su voz arruinada y desgarrada, empezó a maldecir a cada uno de los guardias, y a sus propios padres por haberlos parido. Pronto se convirtieron en amenazas de violencia y asesinato que los guardias dejaron pasar, hasta que Carl empezó a detallar lo que haría a sus hijos cuando escapara. Describió exactamente cómo los secuestraría, los violaría y les arrancaría la vida con sus propias manos, del mismo modo que había hecho con tantos niños anteriormente. Carl deliraba de dolor, pero los detalles que proporcionó eran tan dolorosamente específicos que los guardias se aterrorizaron. Unidos, los guardias lo golpearon hasta dejarlo inconsciente antes de que pudiera decir algo más. Luego fueron a buscar a los policías del lugar para que informaran de lo que se había dicho y pusieran en marcha una investigación mucho más exhaustiva de la que Carl había sido objeto hasta entonces.

Unas simples cartas exploratorias pronto conectaron a Carl con todos sus diversos alias y con las penas de cárcel que aún debía cumplir en varios estados, pero los asesinatos de niños eran lo que realmente interesaba a la policía de Washington. Los testigos de Salem vinieron e identificaron a Carl como el hombre particularmente corpulento que habían visto con George McMahon antes de morir. Otro testigo de Filadelfia lo identificó como el asesino de Alexander Uszacke, pero se negó a declarar ante el tribunal después de mirar a Carl a los ojos y comprender con demasiada claridad lo que le ocurriría si declaraba en su contra. Aquel único asesinato fue suficiente para los propósitos de la policía de Washington. Carl fue condenado a cadena perpetua sin libertad condicional, y con toda la expectativa de que se requerirían varios juicios adicionales en los próximos meses, a medida que se pudieran corroborar las conexiones de Carl con otros crímenes. Independientemente de que pudieran conseguir que se mantuvieran otros cargos, la simple verdad, era que Carl nunca volvería a ser un hombre libre. Desde el momento de su condena por el asesinato de George McMahon, cualquier esperanza de una vida en el mundo exterior había terminado.

Hubo un gran debate sobre qué prisión sería la mejor para recluir al hombre que había escapado de tantas, y los abogados de ambas partes consideraron el historial de encarcelamiento de Carl bajo todos sus nombres antes de que finalmente se acordara que cumpliera su condena en la Penitenciaría Federal de Leavenworth, en Kansas, a

poca distancia de Fort Leavenworth, donde había cumplido su primera condena como adulto. La prisión no tenía nada de especial en aquel momento: no era una de las pesadillas más infernales a las que podían aspirar los presos, sobre todo si se comparaba con algunos de los lugares en los que había estado Carl. Pero estaba convenientemente situada cerca de muchos de los estados que aún tenían litigios en curso contra Carl, y se sospechaba que un ambiente algo más relajado podría impedir que Carl hiciera sus habituales intentos de fuga.

En realidad, Carl podría haber escapado fácilmente de la prisión, como lo había hecho tantas veces en el pasado, pero ahora, había perdido el ímpetu de hacerlo. Toda la aversión que sentía por la raza humana se había volcado finalmente en su interior. El dolor con el que vivía y los recuerdos de aquellos breves momentos de su vida en los que pensó que podría vivir como un hombre normal, le perseguían ahora, y con cada día que pasaba, la aburrida y gris realidad de su encarcelamiento se hacía cada vez menos real, en comparación con la vivacidad de sus recuerdos y su agonía. Ya no quería ser libre. Ya no quería vivir. Había hecho tantas cosas terribles en busca de placer, y ahora lo único que le quedaba era el dolor. Un dolor interminable y constante.

Incluso sus habituales intentos de gobernar el gallinero de Leavenworth fueron sometidos. No permitiría que nadie lo convirtiera en víctima, pero ya no tenía energía para victimizar a nadie más. En su primer día en la prisión, se plantó en el comedor e hizo una declaración. "Todos saben quién soy y lo que he hecho. Mataré al primer hombre que me fastidie".

Fue conciso y directo. Nadie molestó a Carl. Cumplió su primer año sin hacer ruido, más allá de varias cartas de insinuación al alcaide sobre su asignación de tareas. La mayoría de los trabajos que se ofrecían en la prisión requerían que los presos estuvieran de pie durante horas, algo que le causaba a Carl una fuerte agonía en sus arruinadas piernas. Finalmente, le asignaron un trabajo en solitario en la lavandería, donde podía sentarse en una silla con tranquilidad. La única compañía que recibía allí durante las largas horas de plegado, era una visita cada hora del capataz de la lavandería, Robert Warnke, que se aseguraba de que no se produjera ninguna travesura antes de dejar a Carl tranquilo en soledad.

Al final de ese primer año de introspección silenciosa, Carl estaba acabado. La miseria que siempre había volcado hacia el mundo le consumía ahora. La podredumbre en su interior empezaba a extenderse.

Una tarde de invierno, Robert hizo una visita extra a la sala de lavandería donde trabajaba Carl. Era el único lugar de todo el edificio lo suficientemente cálido como para considerarlo confortable. Carl

sintió que esta visita era una intrusión. Sentía que el hombre le molestaba. A medida que la rabia se apoderaba de Carl, su antiguo espíritu pareció reafirmarse. Arrancó una tubería de cobre de las cañerías y atravesó la habitación sin inmutarse. Golpeó a Robert en la cabeza y luego, cuando el hombre cayó inconsciente a sus pies, siguió golpeándolo. Golpeó a Robert Warnke con esa tubería hasta que no quedó nada de la cabeza del hombre y la propia tubería se había deformado por los golpes contra el suelo de hormigón. Dejó caer la barra a sus pies y se desplomó en el suelo, riendo. A pesar de todo, parecía que el monstruo seguía dentro de él, esperando bajo la superficie una excusa para salir, y esta vez el diablo que llevaba dentro no había provocado sólo una muerte, sino dos, pues no cabía duda de que lo colgarían por asesinar a un guardia de esta forma.

Carl fue llevado directamente del lavadero al corredor de la muerte.

Date prisa

Fue en el corredor de la muerte, a la espera del juicio y su ejecución, cuando Carl conoció a un guardia llamado Henry Lesser, que le pasaba cigarrillos a escondidas. La primera vez que se encontraron, Henry le preguntó a Carl quién era y obtuvo la críptica respuesta. "Yo reformo hombres como tú".

Henry fue el primer hombre en una posición de poder que reconoció que Carl era un hombre inteligente bajo su máscara de salvajismo, y los dos pronto se convirtieron, si no en amigos, al menos en confidentes. A Henry le fascinaban no sólo las pequeñas anécdotas de Carl sobre su vida, sino también la coherente filosofía nihilista que sustentaba todas sus acciones. En vísperas de su último juicio por asesinato, Carl se convenció por fin, gracias a los halagos de Lesser, de poner por escrito algunas de sus ideas. En el transcurso de los largos meses, en los que Lesser le pasaba a escondidas material de escritura cada día, Carl escribió una confesión de 20.000 palabras sobre cada uno de sus crímenes, detallando la vida de la que procedía, su infancia y, lo más importante para Lesser, la filosofía de "el poder hace el derecho" que sustentaba cada parte de ella.

La historia de este libro se basa principalmente en este documento y, a lo largo de los años, muchos investigadores han examinado el documento tratando de desmentir algunas de las afirmaciones más escandalosas de Carl, descubriendo que eran completamente ciertas. De hecho, cuanto más escandalosa era la afirmación, más probable era que alguien de la época hubiera guardado algún registro de los hechos.

El juicio por el asesinato de Robert Warnke, el 14 de abril de 1929, fue un acto breve y muy concurrido por la prensa. Carl se declaró inocente de la acusación, exigiendo que el tribunal demostrara su culpabilidad si querían colgarlo. Con innumerables testigos de la prisión a disposición, esto no supuso ningún problema. Carl se negó a ser representado por un abogado y a solicitar clemencia. Ansiaba que su sufrimiento terminara. Volvió a su celda en el corredor de la muerte esa misma noche y escribió una carta al presidente Hoover, exigiendo que no se retrasara su ejecución desde los pasillos de la política. La correspondencia era algo bastante habitual para los condenados a muerte, y Carl ignoró la mayoría de las suyas, pero un grupo en particular siempre parecía merecer una respuesta por su parte: los defensores de los derechos civiles que intentaban acabar con la pena de muerte. Carl respondía a cada una de esas cartas con amenazas de espantosa violencia. En particular, explicaba con detalle los tortuosos asesinatos que infligiría a sus corresponsales si le arrebataran la horca que tanto le había costado conseguir.

Mientras tanto, un borrador de su autobiografía circulaba por los círculos académicos y sociales, atrayendo un gran interés por el hombre. Lesser colaboró con algunos de los mecenas más generosos de las ciencias blandas para conseguir un indulto para Carl, haciendo campaña para que el gobernador le perdonara la vida y no se perdieran sus posibles contribuciones al fenómeno del alienismo. Afirmaban que, estudiando a Carl, podrían evitar que se crearan más hombres como él. Fue entonces cuando Carl se volvió finalmente contra Lesser, amenazando con todo tipo de violencia al hombre, si se atrevía a interferir en el curso de la justicia. Quería morir, quería que su dolor terminara, y ese final no llegaba lo suficientemente pronto para él.

El 5 de septiembre de 1930 llegó el gran día de Carl. Fue conducido al patio de Leavenworth a la sombra de la horca y, a pesar de todos sus males, no vaciló ni un momento. Incluso allí, en sus últimos momentos, no daría a nadie la satisfacción de verle derrotado o asustado. El verdugo estaba en la horca, dando los últimos toques a la soga que pronto rodearía el cuello de Carl. Todos permanecieron en silencio durante un momento, y luego Carl rompió el silencio maldiciendo. "Date prisa, cabrón. Podría haber colgado a diez hombres en el tiempo que has tardado en hacer ese nudo".

Se adelantó a su séquito de guardias y subió los escalones hacia la soga, con las cejas fruncidas por la furia y la saliva pegada al bigote. Escupió a la cara del verdugo y metió la cabeza en la soga. Cuando le pidieron sus últimas palabras, soltó un torrente de insultos y maldiciones contra todos los presentes, que iban desde lo mundano hasta lo intensamente personal. El verdugo se apartó, esperando que terminara, pero pronto se hizo evidente que Carl no iba a terminar. Nunca iba a terminar. El manantial de odio del que sacaba sus palabras era profundo y oscuro, y nunca se secaría. Finalmente, el verdugo tiró de la palanca, liberando la escotilla, y rompió el cuello de Carl a mitad de palabra.

Se intentó contactar con la familia de Carl tras su muerte, pero no querían saber nada de él. Lo enviaron a un campo de alfareros, a una tumba de indigentes, marcada únicamente con un tablón de madera en el que estaba inscrito su número de prisionero: 31614.

Durante un tiempo, su historia siguió circulando en los círculos psicoanalíticos, y algunos de sus mayores admiradores entre la alta sociedad adquirieron ejemplares de sus memorias y se dedicaron a repasar los horripilantes detalles que él se había deleitado en incluir. Un psicólogo afirmó que nunca había visto a un hombre cuyos impulsos destructivos estuvieran tan plenamente realizados y aceptados como parte de la mente consciente.

Por su parte, Henry Lesser quería compartir la historia de Carl con

el mundo. Durante décadas, el libro fue enviado a las editoriales, tratando de atraer la atención hacia su descarnada prosa, aunque el contenido fuera desagradable para el lector contemporáneo. Pasaron décadas antes de que una editorial estuviera dispuesta a publicar la autobiografía de Carl, y para entonces, muchas de las pruebas de los crímenes que había confesado se habían desvanecido en la oscuridad de los tiempos, pero se pudo demostrar la veracidad de suficientes confesiones como para creer que todas eran verdaderas, o al menos lo que Carl recordaba de ellas. Cuando se investiga a un criminal, a menudo es necesario tomar con cautela la información proporcionada por él mismo, ya que está tratando de manipular la situación en su beneficio, ya sea intentando parecer más duro de lo que es o haciéndose pasar por más inocente, para poder evitar un mayor castigo. En el caso de Carl, no cabe la menor duda. No tenía nada que perder cuando llegó el momento de poner la pluma sobre el papel. Ya era un hombre muerto. Y lo que es más importante, los horribles detalles que incluyó en su testimonio habrían sido borrados por cualquier psicópata normal que intentara mantener su credibilidad.

Carl no se avergonzaba de lo que era, aunque eso le hubiese causado algún que otro conflicto a lo largo de su vida. Incluso en los momentos en que anheló ser diferente, nunca negó la verdad sobre sí mismo. Carl sabía que era un monstruo. Se regocijaba en castigar a la raza humana por sus desaires contra él, pero al menos era un monstruo honesto. Sus pasiones eran la violación, el asesinato y el alcohol, y perseguía esas pasiones con todo el vigor que le fue posible en cada momento.

Comparado con un asesino en serie moderno, Carl parece mucho más sencillo. Un producto de una época más dura y de duros castigos. Sin embargo, hubo cientos de hombres encarcelados junto a Carl que nunca se convirtieron en el monstruo que él fue. Hubo miles que vivieron las mismas infancias horripilantes. En lo más profundo de Carl había una semilla de oscuridad que floreció a través de sus tormentos, algo ausente en los hombres normales que simplemente se hubiesen quebrado al enfrentarse a un dolor tan insuperable. Fue esa oscuridad la que le dio su increíble fuerza, su increíble determinación y finalmente su deseo de morir. Carl Panzram odiaba como nadie, y aunque ese odio acabó volviéndose contra él y le llevó a una tumba temprana, fue una fuerza a tener en cuenta hasta el último momento de su vida.

COMES HOMBRES

La aterradora historia real de la asesina caníbal Katherine Knight

Introducción

Todo lo que Kathy siempre había deseado, era que alguien la amara tanto como amaba ella.

Tras un breve forcejeo, David volvió a ponerse encima de ella, con su sudor goteando sobre su cuerpo mientras la penetraba una y otra vez. Todo aquel peso -la inevitabilidad mecánica de cada empuje y cada gemido- era como montar un toro mecánico, salvo que en este caso, ella intentaba quitárselo de encima, y no al revés.

¿David la amaba? Ella sabía que lo amaba. Si no fuera así, no estaría aquí, con las piernas enroscadas en ángulos extraños, la entrepierna dolorida y las entrañas revueltas por la cerveza barata y la fricción agónica. Intentó mirarle a los ojos, para ver su amor reflejado en ellos, pero él miraba fijamente a la almohada, con ojos distraídos y desenfocados, la boca abierta y la baba acumulándose en las comisuras de los labios, pegada a la barba de ese día. No había respuestas que encontrar en esa cara vacía, no después de una larga noche en el bar.

No la amaba como su padre había amado a su madre, con sus palabras afiladas y sus puños contundentes. Ella lo sabía con certeza. David era medido con sus puños, incluso cuando algún tonto se lo merecía, y era tan suave con ella que a veces la hacía sentir incómoda. Era tan suave que ella podía empujar sus dedos dentro de él como si su piel fuera como un pudín.

Él no la amaba como lo hacían los animalitos que ella había rescatado del borde de la carretera y que había cuidado hasta que se recuperaran, con la adoración incondicional y el terror de alguien que se encuentra cara a cara con su dios. No era obediente ni se acobardaba como lo haría un animal. Ciertamente tenía algo de animal en él, pero sólo salía en lugares como éste, cuando su celo y sus gruñidos eran de alguna manera aceptables.

Ella ni siquiera sabía si él podía amar a través de la neblina de la bebida que lo había rodeado todo el día. Cuando la había recogido en la parte trasera de su moto esa mañana, su aliento ya era lo suficientemente fuerte como para quitarle la pintura. Debe haber pasado toda la noche bebiendo con sus amigos. Una última noche de libertad, habría dicho. Libertad. Como si ella fuera una prisión a la que estaba siendo enviado. Como si ella fuera a impedirle hacer lo que quisiera en lugar de apoyarlo en su camino.

¿Quién demonios se creía que era, tratándola como si fuera un castigo en lugar de reconocer que era lo único bueno en su miserable vida de mierda? ¿Cómo se atrevía a hacer una broma sobre ella? Empezó a retorcerse debajo de él, rasgando su espalda con sus uñas. Se empujó contra él tan fuerte como pudo, desesperada por quitarse

de encima a ese maldito bastardo. Probablemente él ni siquiera fue capaz de percibirlo a través de la bebida. Todo lo que hizo fue emitir pequeños gemidos de satisfacción.

Por mucho que ella se retorciera y empujara, a él parecía gustarle más... Tal vez era la única forma que conocía de amarla, con sus grandes y carnosas manos aferradas a sus caderas y su pelo esparcido por las almohadas. Tal vez eso era suficiente, esos momentos de adoración total a cambio de abrirle las piernas. Su madre siempre le había dicho que aceptara ofrecer lo que los hombres quisieran para hacerlos felices. Había sido el único buen consejo que la vieja bruja había dado a alguien. Kathy era lo suficientemente dura como para aceptarlo. Era lo suficientemente dura para aceptar cualquier cosa.

Lo comprobaba todos los días en el matadero. Los hombres palidecían cuando veían vísceras y sangre por primera vez, pero Kathy se adaptaba a ello como pez en el agua. Sus cuchillos, sus preciosos cuchillos, se movían a través de esa carne muerta como tiburones en el agua, suaves y perfectos, sin hacer una ondulación fuera de lugar hasta que ella lo quisiera. En el trabajo, puede que le temieran un poco a su lengua picante, pero a lo que más temían, era a esos cuchillos. Se había ofrecido a arreglar cualquier discusión o cuenta que la gente tuviera con ella a golpe de cuchillo y ninguno de ellos había tenido los cojones suficientes para enfrentarla. Si fuera por ella, llevaría esos cuchillos a todas partes, pero su puño servía igualmente cuando una de las mujeres o, más a menudo, de los hombres en el bar tenía una palabra incorrecta que decir sobre ella o su hombre.

Su hombre. Valía la pena. Ser amada, ser verdaderamente amada por primera vez en su vida. Definitivamente valía la pena recostarse y fingir que cada gota de sudor no quemaba como ácido. Fingir que era tan suave como él necesitaba que fuera. Tan suave como él bajo la dura máscara que se ponía para impresionar a la gente.

Con un poco de su sangre bajo sus uñas, Kathy dejó de arañarlo. Podía hacer esto por él, lo amaba y, a fin de cuentas, no era tan malo. Incluso descubrió que podía disfrutarlo, cuando no estaba atrapada en su propia mente. Envidiaba a David por tenerlo tan fácil; por poder cerrar los ojos, habitar su cuerpo y simplemente sentir las cosas, en lugar de pasar todo el tiempo perdido en el eco de sus recuerdos, repitiendo algún comentario sarcástico que una de sus primas había hecho sobre que su ceremonia de bodas se celebrara en un registro civil, y cómo no era una sorpresa que la novia no vistiera de blanco.

Si Kathy hubiera tenido sus cuchillos consigo, habría pintado de rojo el vestido de esa zorra en ese mismísimo momento. En lugar de eso, se había dejado arrastrar por David, y había salido a la pista de baile improvisada en el bar, para su primer baile juntos como marido y mujer. Él estaba tan borracho que le pisó los dedos de los pies y

soltó su estúpida risa ronca cuando ella le pisó los suyos. Ella tomó su rostro y acercó su cara a la suya. Estaba caliente al tacto. Lo llevó arriba.

Él con sus ojos cerrados y gruñendo por el esfuerzo. Decidido a martillarla sobre la cama y el suelo. El cabecero de la cama repiqueteaba contra la pared con cada empujón y, en su gancho sobre la cama, los cuchillos de Kathy repiqueteaban como un acompañamiento musical del acto sexual.

Había bebido más que unas cuantas cervezas junto a David aquella noche. A ella también se le había permitido celebrarlo, no todo se trababa de él. No se trataba de que él arrastrara su culo de dieciocho años a la cama y gruñera encima de ella y luego se marchara a alardear con triunfo ante sus estúpidos amigos. Eso era lo que ella quería. Kathy se repetía a sí misma cada vez que él la martilleaba, cada vez que sentía que la iba a partir en dos. Esto era lo que ella quería. Quería un marido. Quería tener hijos, sentar cabeza y hacerlo todo bien, no como sus padres de mierda que nunca lo habían conseguido. Ella lo quería todo. Quería ser amada.

Si ese amor la quemaba, entonces ella dejaría que la quemara. Existían destinos mucho peores que estar caliente por la noche, acunada al abrigo de un cuerpo grande y fuerte. Ella quería esto. Lo había deseado desde que tenía edad suficiente para saber lo que un hombre podría significar para una mujer. Era bastante cierto que nunca podría llevar un vestido de novia blanco sin mentir, porque había estado persiguiendo este amor desde que tenía edad para correr. Los chicos del colegio habían recibido sus puñetazos mucho más a menudo de lo que habían conseguido meterse debajo de su blusa, pero ella lo atribuía a haber sido criada por un par de malos ejemplos. El ejemplo de papá la había llevado a ser libre con sus puños y el de mamá a ser libre con sus tetas.

Ahora, era lo suficientemente mayor como para conocer el bien y el mal por sí misma. Lo suficientemente mayor como para reconocer que el mapa que sus padres habían trazado para ella no conducía a ningún sitio más que a la soledad y a la miseria. Puede que su reputación se viera empañada por sus años escolares, pero se había defendido contra cualquiera que intentara ensuciarla mientras intentaba limpiar su propia reputación. David no era el primer hombre con el que había estado, ni mucho menos, pero era el primero en el que sentía que podía confiar. El primero al que se entregaba por completo, en lugar de intentar esconder su cabeza cuando se quitaba la ropa, como hacía cuando era una niña.

David iba cada vez más deprisa, con los ojos todavía cerrados, a pesar de que su cara estaba sujeta entre las manos de Kathy y la besaba con una pasión que sorprendió incluso a ella. El tintineo de los

cuchillos sobre ellos sonaba como campanas de trineos. Con la respiración se entrecortada, por un momento, dolorida como estaba, Kathy sintió que la chispa de la lujuria se encendía en su interior. No sólo quería esto. Ella lo deseaba a él.

Lo había deseado después de que los dos se tambalearan a casa juntos aquella noche. Lo había deseado cuando él la levantó, la llevó hasta el umbral, cerró la puerta de una patada y la dejó caer en la cama. Hasta el momento en que él la despojó de su vestido y se subió encima de ella por primera vez, ella había estado electrizada, desesperada por él, arqueándose con cada roce. Pero, en el momento en que él estuvo realmente dentro de ella, se desvaneció de nuevo dentro de sí misma. Cada gruñido resonaba en la oscura cavidad de su mente, volviendo cada vez más fuertes sus malos recuerdos que le hacían compañía.

La primera vez que hicieron el amor, ella le mordió el labio y él la llamó perra, pero no se detuvo. Al igual que las otras veces, él no pararía por mucho que ella chillara y gritara. Ya había dejado de morderle. Sus viejos instintos defensivos se habían relajado. Realmente se estaba ablandando.

La primera vez que consumaron su matrimonio aquella noche, ella no le había dado nada más duro que besos y él no le había dado nada más suave que los mismos golpes metódicos y mecánicos de siempre. No importaba lo que ella hiciera, el resultado siempre era el mismo.

Diez minutos después de ese primer contacto, ella lo recorrió con sus labios comenzando el segundo asalto con una sonrisa distendida. Sabía lo que se esperaba de ella como esposa. Sabía que tenía que dejar que él le hiciera todo y que tenía que actuar como si le gustara. Al menos había aprendido eso. Si así era como él demostraba su amor, ella lo quería todo. Cada momento de sudor y dolor.

La tercera vez, se subió encima de él en cuanto acabó y comenzó a contonearse sobre él. Manchando a los dos de sudor, arrastrando su suave piel sobre el áspero y peludo pecho de él, despertando de nuevo su pasión. Él le pertenecía. Esta noche era sólo para ellos dos y no había manera de que ella dejara que todo acabara. Él no podía rechazarla. Nunca podría rechazarla. Todo lo que ella quería era su amor. El rechazo no era una posibilidad. Era una traición. Fueron necesarios sólo tres contoneos para que él estuviera listo para volver a la carga.

Ahora, casi acababa. Podía sentir cómo se apretaba sobre ella. Sintió que esos violentos empujones se hacían más duros, más profundos y más lentos. Él soltó un sonido como el de un globo que se desinfla cuando acabó, y luego se apartó de ella, jadeando: "Te juro que si sigues así me vas a matar, mujer".

Ella se quedó tumbada durante un largo rato, dejando que el frío

se filtrara en su interior. El dolor seguía presente entre sus piernas, pero ahora había una dulzura en él, un anhelo. La próxima vez, cuando volviera a subirse encima de él, no iba a ser sólo por él. Sería por los dos. Ella sentiría todo lo que él sentía cuando hacían el amor. Iba a sentirse completa, como las otras chicas con sus novios. Iba a sentir tanto lo bueno como lo malo.

La barba de David la erizó al besarla. Su aliento le hizo arder los ojos al salir de él en bocanadas profundas. Tenía los ojos cerrados, pero no estaban cerrados como en el calor del momento; toda su cara estaba relajada, incluso más relajada de lo que la cerveza solía provocarle. Ella se subió encima de él tanteando el terreno empapado donde se unían sus cuerpos. Intentando poner todo en orden, pero David se mostraba torpe, dejándose caer sin fuerzas en su agarre como nunca lo había hecho. Ella soltó un pequeño gruñido y le dio un tirón, intentando volver a poner el motor en marcha.

Con una risa obscena, se inclinó hacia él para besarlo en los labios, pero se detuvo al oír otro de sus sonidos animales. Ni un gruñido, ni una respiración. Las cejas de ella se fruncieron. Ella conocía ese sonido. Un momento después, otro ronquido se unió al segundo. El bastardo se había quedado dormido. Esta era su noche y él estaba durmiendo. No estaba aquí con ella. Había cerrado los ojos y la había dejado atrás. La había abandonado. Era su noche de bodas y la había dejado.

Ella desenredó sus manos de sus nalgas y tomó sus anchos hombros en su lugar. "Despierta, cariño".

Necesitó de todas sus fuerzas para levantarlo y dejarlo caer sobre el colchón, pero él ni siquiera se movió. Lo sacudió. Lo abofeteó. Le clavó el puño en el hombro. "¡Despierta, pedazo de mierda!"

Él seguía ignorándola. Seguía dejándola atrás. Las manos de ella se deslizaron por sus gruesos hombros, subiendo por su cuello, dejando sus huellas en el sudor fresco. "David. Despierta. Despierta. Esta es mi noche de bodas. Despierta, miserable bastardo".

Los dedos de ella eran tan callosos y fuertes como los de cualquier hombre tras días de trabajo, y cuando se cerraron en torno a su garganta estaban llenos de una ira terrible, nacida de una furia pura y ciega. Cuando le aplastó la tráquea con ese agarre, sus ojos finalmente se abrieron, pero para entonces era demasiado tarde. Su ruborosa y hermosa novia se había ido y esta otra Kathy -una que ni siquiera conocía- había tomado su lugar. Su cara se convirtió en un rictus de rabia y sus manos se cerraron aún más alrededor de su garganta.

Incluso la voz de su Kathy había desaparecido. Esta sonaba más como la de un perro gruñendo, que como algo humano. 'Te enseñaré una lección que jamás olvidarás, bastardo".

Los pecadores

En 1949, Ken y Bárbara huyeron de sus hogares en Aberdeen en medio de una ola de escándalos.

Bárbara estaba casada desde su adolescencia con un hombre llamado Jack Roughan y habían vivido juntos en relativa paz en la tranquila ciudad de Aberdeen, en Hunter's Valley. La pareja había tenido cuatro hijos, dos de los cuales estaban en plena adolescencia cuando se descubrió la infidelidad de Bárbara.

Si uno quería trabajar en la zona rural de Aberdeen en los años 50, las opciones eran muy limitadas. El trabajo en la granja era siempre una opción si resultabas ser dueño de una granja. La minería era la alternativa en la que caían la mayoría de los hombres, aunque conducía a una vida corta y dolorosa para la mayoría de los que elegían ese camino. La emigración también era una opción que atraía a muchos de los jóvenes del pueblo, en particular a aquellos más instruidos, que podían esperar ganar un salario decente viviendo en alguna de las ciudades más grandes de Australia.

Para todos los demás, estaba el matadero. Todas las granjas locales producían animales, que debían ser sacrificados y troceados en porciones para su venta antes de ser distribuidos por toda Australia. Incluso empleando a casi todos los adultos de la ciudad de Aberdeen, la demanda de trabajo seguía superando la mano de obra y debían buscar más allá de sus fronteras para mantener la sangrienta maquinaria en funcionamiento.

Ken Knight fue una verdadera bendición para las operaciones del matadero. Era un trabajador itinerante que viajaba de ciudad en ciudad buscando trabajo en las instalaciones de procesamiento de carne que salpicaban las tierras de cultivo australianas. Aunque tenía fama de ser un hombre duro y un bebedor aún más duro, seguía siendo meticuloso en su trabajo, triturando un animal tras otro en la mitad de tiempo que sus compañeros de trabajo locales, sin importar lo terrible que fuera su resaca. Probablemente se habría ganado la ira de sus compañeros de trabajo si no fuera tan gregario. A todos les resultaba extremadamente difícil mantener su enfadado con Ken.

Jack Roughan era uno de los compañeros de trabajo locales de Ken y, aunque intentaba mantener cierta distancia con el hombre que se había convertido en la estrella del matadero, compartían amistades y acababan saliendo a beber juntos con bastante regularidad, aunque Jack pronto descubrió que tampoco podía seguir el ritmo de Ken en ese terreno.

Fue durante esas sesiones maratonianas de borrachera cuando Ken conoció a Bárbara. Se habían cruzado unas cuantas veces cuando la sufrida esposa de Jack iba a recogerlo al pub para arrastrarlo a casa,

pero no pasó mucho tiempo antes de que la siguiente gran noche de los trabajadores del matadero contara con la presencia de todas sus esposas. Había química entre los dos y Ken coqueteó con ella durante toda la noche, ante la presencia de su marido cegado por la cerveza.

Bárbara había llegado a odiar a Jack a estas alturas de su vida. Había sido su amor en la escuela, pero una vez que sus hormonas adolescentes se habían enfriado, se encontró atrapada en un matrimonio con un hombre al que ella honestamente, le importaba un bledo. En la Australia rural de los años 40 no existía la liberación femenina: si una esposa tenía necesidades más allá de las que su marido pudiera satisfacer, se esperaba que las mantuviera en secreto, hasta que finalmente muriera de vejez. En Ken vio la oportunidad de reavivar su pasión por la vida. La idea del divorcio nunca se le pasó por la cabeza; con su educación conservadora, conocía el tipo de muerte social que sufriría una madre soltera, pero ¿una aventura? Era prácticamente un lugar común. Los pequeños y sucios secretos de los que todo el mundo cotilleaba pero a los que nadie se enfrentaba directamente. Los límites deshilachados en los lazos de la comunidad de Aberdeen. En realidad, ella no deseaba a Ken tanto como anhelaba un cambio y él era el único cambio disponible para ella en ese momento.

En la siguiente salida nocturna, ella le devolvió el coqueteo. No de forma tan escandalosa como lo hacía Ken -su personalidad más imponente que la vida le proporcionaba la coartada perfecta para ese tipo de comportamiento- pero con el suficiente vigor como para que él se diera cuenta de su interés. Cuando Jack sucumbió al licor y algunos de sus amigos lo llevaron a su casa, Bárbara se quedó. A la hora de cerrar, sólo Ken y Bárbara seguían en pie. De repente, la timidez se apoderó de ella, a pesar de todo el valor líquido que había consumido, y pretendió regresar a casa con su marido.

Ken le rodeó la muñeca con su enorme mano y la condujo, a través del sombrío gris de las calles antes del amanecer, hasta que llegaron a su sucio apartamento de una sola habitación, a escasa distancia del matadero. Cuando ella se mostró tímida, él fue contundente; cuando ella se mostró reacia, él fue persistente.

En la siguiente salida nocturna, los dos se ignoraron por completo. Cualquier sospecha que pudiera rondar entre sus compañeros de trabajo, se evaporó, y Ken se volvió para guiñar el ojo a los pobres camareros. De todos modos, Jack mantuvo su brazo alrededor de los hombros de Bárbara, una pequeña declaración de propiedad que no pasó desapercibida por nadie. Una declaración que tanto Bárbara como Ken reconocieron con gusto. Era mejor que todos supieran con certeza que ella era la esposa de Jack, que le era leal y que no tenía ojos para ningún otro. Cuanto más seguro estuviera todo el mundo de

esos hechos, más fácil sería para ellos dos escabullirse a espaldas de Jack sin impedimentos.

La vida sexual de Jack y Bárbara había ido en declive desde el momento en que comenzó. A ella le repugnaba el acto sexual y lo había soportado exclusivamente por los privilegios que le reportaba en el matrimonio. Con Ken, la situación era diferente: el sexo no era una penitencia que debía soportar a cambio de un techo sobre su cabeza y bebés en su vientre. Era un acto de justa rebeldía.

Una vez que ella se acostó con Ken, Jack quedó completamente excluido. Con hijos adolescentes en la casa, las discusiones tenían que llevarse a cabo en silencio, pero eran intensas de todos modos. Bárbara se encontró con que su presupuesto para alimentos se había reducido drásticamente, su tiempo libre se llenaba de trabajo inútil y ajetreado, y cualquier mezquindad que Jack pudiera infligir para presionarla a que abriera las piernas, la hacía. Cada día que pasaba se volvía más frío y agresivo con ella y cada pequeña crueldad no hacía más que reforzar las sospechas de Bárbara de que lo único que le había importado de ella era el sexo. Él no la amaba. Ya ni siquiera pretendía ayudarle a cuidar de sus hijos. Su matrimonio era una cáscara vacía y ella estaba cansada de fingir lo contrario.

Las cosas estaban en su punto de ebullición y todo lo que hizo falta para que la situación se desbaratara, fue un moretón en su muslo que parecía la huella de una mano, si se entornaban los ojos. Jack se volvió loco. Golpeó a Bárbara hasta que quedó cubierta de moretones y la echó de la casa. Arrojando sus limitadas pertenencias al barro con ella.

Mientras que otros hombres engañados de Aberdeen tuvieron la sensatez de mantener las cosas en secreto, para evitar la vergüenza y el escrutinio que este tipo de traición suponía para una familia, Jack estaba demasiado enfurecido como para preocuparse por eso. En un día, las mil quinientas personas que vivían en el pequeño pueblo se enteraron de que su esposa le había sido infiel.

Aún no se conocía la identidad del hombre con el que había tenido su aventura, pero no tardaron en localizar a Bárbara. Sin hogar y en la indigencia, había recurrido a la única persona de Aberdeen que estaba segura que no la rechazaría ni la golpearía aún más que Jack. Se mudó al pequeño apartamento de Ken el mismo día en que la echaron de su casa.

Los rumores sobre ellos dos se multiplicaron y, en poco tiempo, su deshonra fue la comidilla del pueblo. Los propios hijos de Bárbara ni siquiera la miraban a los ojos. Los dos niños más pequeños habían sido enviados a vivir con la hermana de Jack en Sydney, a trescientos kilómetros de distancia, sin que Bárbara fuera informada. Los dos mayores se pusieron del lado de su padre, llegando a escupir a su

madre en la calle cuando la veían. Las palabras "puta" o, más educadamente, "adúltera", perseguían sus pasos a donde fuera.

Sin nada que la uniera a Aberdeen, Bárbara le rogó a Ken que la sacara de allí. Con sólo un par de maletas, los dos se dirigieron a través de Nueva Gales del Sur para encontrar un nuevo lugar al que llamar hogar. Un lugar donde nadie conociera el vergonzoso secreto que había originado su unión.

Encontraron dicho lugar en la ciudad de Moree y él encontró fácilmente trabajo en el matadero local con la misma jovialidad y las mismas manos prácticas que le habían hecho ganar un lugar de honor en la sociedad de Aberdeen. Mediante correspondencia y una única comparecencia ante el tribunal, Bárbara pudo conseguir su divorcio de Jack Roughan, volviendo a su apellido de soltera, Thorley, durante sólo una semana antes de que una apresurada ceremonia en el registro civil la calificara como propiedad de Ken Knight, en su lugar.

Aunque Bárbara había perdido a todos sus amigos y el contacto con la mayor parte de su familia, los Knight seguían estando presentes en Moree y no les importaban las circunstancias que habían llevado a su hijo pródigo de vuelta a ellos, simplemente estaban contentos de tenerlo de nuevo cerca. Su boda, rápidamente arreglada, se celebró con el famoso hermano de Ken, Oscar, como padrino y algunos otros miembros de la familia como testigos. Para cuando se secó la tinta de la licencia de matrimonio, Bárbara ya empezaba a mostrar signos de su primer embarazo.

En los años siguientes nacieron dos niños, nuevos hijos que sustituyeron a los que Bárbara había perdido cuando su primer matrimonio se desintegró. En lugar de perseguir el cambio que tanto ansiaba, se encontró con que se hundía cada vez más en la misma rutina. La única diferencia, era que esta vez las miradas frías y furiosas, no serían su único castigo por romper con sus deberes de esposa.

Ken siempre había sido alcohólico, pero en medio de la cultura de la bebida dura de la Australia rural, no fue inmediatamente evidente que fuera un problema y no sólo un aspecto más de su personalidad gregaria. Aislado, con la única compañía de Bárbara y los niños pequeños, se hizo pronto evidente que no era una mera fuente de distracción, sino una adicción devastadora. No pasaba un solo día sin que Ken se emborrachara tanto que arrastraba las palabras. La importante suma de dinero que ganaba trabajando en el matadero local se esfumaba en los bares de la zona antes de que la familia tuviera la oportunidad de gastarlo en lo esencial. Mientras que Bárbara se había sentido prisionera en una jaula dorada con Jack, ahora con Ken, esa jaula empezaba a empañarse y a mostrar sus verdaderos colores.

Una vez más, empezó a fantasear con la posibilidad de escapar, observando a los demás hombres de la vida de Ken con una mirada atenta y descubriendo que ninguno de ellos quería tener nada que ver con ella. La reputación de Ken le precedía en Moree y nadie quería traicionar al hombre, o a su familia, involucrándose en una aventura. Consciente de que un divorcio sólo podía acabar con la pérdida de sus preciados hijos nuevamente, Bárbara se preparó para soportar el matrimonio con el menor contacto posible con Ken.

Ken no respondió bien a la retirada de sus atenciones. Sus apetitos sexuales habían sido casi una broma recurrente cuando vivían en Aberdeen, y Bárbara adoraba su pasión cuando aún estaban en su etapa de cortejo. Pero, ahora que estaban casados, su ardor no se había enfriado ni un poco. Exigía sexo constantemente, a veces hasta diez veces al día. Cuando Bárbara lo rechazaba, él no se acobardaba como su primer marido. Al principio, la golpeaba para que accediera. Luego, cuando incluso eso empezó a fallar, simplemente la forzó.

Bárbara estaba atrapada en la casa con dos niños pequeños, siendo violada hasta diez veces al día y golpeada por cada pequeña infracción contra las reglas que su nuevo tirano de mano de hierro imponía. Puede que haya escapado de su pesadilla de aburrimiento y mediocridad en Aberdeen, pero se había metido de lleno en un nuevo infierno creado por ella misma; un ejemplo de las creencias puritanas sobre la santidad del matrimonio que prevalecían en aquella época.

Sus hijos eran la única luz en su vida, pero no pasó mucho tiempo antes de que sus dos preciosos hijos aprendieran las lecciones que su padre impartía tanto con sus acciones como con sus palabras. Cuando comenzaron a caminar, comenzaron los golpes, tanto entre ellos como a su madre. Trataban a su padre con el respeto que él consideraba que le correspondía, pero su madre era poco más que una esclava de sus caprichos. Sola y rodeada de hombres despiadados y viciosos en formación, Bárbara anhelaba cualquier tipo de ayuda contra la marea de maldad que la rodeaba.

Cuando descubrió que estaba embarazada de nuevo, a principios de 1955, toda la alegría habitual que ese descubrimiento le habría proporcionado se había desvanecido. El descubrimiento de que estaba embarazada de gemelos empeoró las cosas. Serían cinco. Cinco hombres, exigiendo y atormentándola, noche y día. Despojándola de cualquier esperanza remota de escapar que pudiera haber albergado.

Imaginen su alegría cuando, el 24 de octubre de 1955, dio a luz a un par de niñas gemelas no idénticas, en Tenterfield, Nueva Gales del Sur. Hermosas niñas con su pelo rojo irlandés ya rizado en la frente. Aliadas.

La niña de papá

La menor de las dos niñas se llamaba Katherine y su gemela mayor, Joy.

Joy se adaptó rápidamente a la vida en una casa llena de energía masculina, convirtiéndose en una marimacho y aliándose con los hombres en contra de Bárbara. Katherine se convirtió rápidamente en la única esperanza y confidente de su madre.

Era una niña bonita y pasaba gran parte de su tiempo jugando con muñecas y vestidos. A pesar de sus acciones poco conservadoras, Ken era un conservador de corazón. Aprobaba profundamente que su hija se comportara de forma que él consideraba "femenina" y, aunque trataba a su esposa con total desprecio, considerándola poco más que un instrumento para su placer, en la pequeña Katherine encontró -si no un espíritu afín- al menos un bálsamo para la hipermasculinidad de su entorno laboral, su personalidad y su estilo de vida. Katherine era un lugar tranquilo al que podía acudir, donde no había juicios, ni competencia, ni frustraciones y rencores, sólo el amor incondicional de una niña que veía a su padre como algo semejante a Dios.

Pero, si Ken era Dios, entonces era su versión vengativa del Antiguo Testamento. Exigía obediencia y cumplimiento, no sólo de su abatida muñeca sexual, sino también de los niños. Los chicos eran bulliciosos y rebeldes, sin nadie alrededor que pudiera controlarlos durante todo el día. Su única figura de autoridad había sido literal y figuradamente despojada de toda dignidad delante de ellos con demasiada frecuencia como para que escucharan una palabra de Bárbara, y el resultado final de la disciplina de Ken tendía a convertirse en moretones más que lecciones de vida.

Joy se unía a los chicos, participando en sus juegos violentos, pero Katherine siempre se mantenía al margen. No era la niña más obediente, pero cuando se mostraba testaruda, Ken lo consideraba una virtud y no un signo de rebeldía. La golpeaba con una correa de perro cuando se mostraba desobediente, y lo cambiaba por un cable cuando se sentía generoso, o cuando no recordaba dónde había dejado la correa después de su última furia de borrachera.

Mientras que los otros niños recibían la misma paliza una y otra vez, Katherine era un poco más rápida en adaptar su comportamiento. A lo largo de su joven vida siguió recibiendo muchas palizas injustificadas, pero rara vez eran por el mismo motivo dos veces. Era suave y dócil cuando él lo necesitaba y dura y severa cuando quería que se defendiera. Se fue moldeando según los deseos de su padre y la aliada que Bárbara había esperado tan desesperadamente, fue captada por el enemigo.

Bárbara no se tomó bien la pérdida. Había traído al mundo a dos

hijas después de dos terribles matrimonios y ambas se habían vuelto contra ella a su manera. Se hundió en una depresión aún más profunda, retirándose por completo del mundo, llevando a cabo su maternidad sin encontrar ninguna conexión emocional o alegría y soportando las violaciones cada vez más violentas de Ken, con un frío estoicismo nacido de la disociación total.

Su única y pequeña recompensa era la compañía de Katherine. Puede que Katherine considerara a su madre demasiado débil para defenderse, pero no pasó por alto el valor de la mujer como maestra. No pasó mucho tiempo antes de que Katherine pasara de jugar a las casitas con sus muñecas a intentar hacerse cargo de la gestión del hogar en la vida real. Aprendió de su madre todo lo que pudo sobre las tareas domésticas, la cocina y la costura. Cuando tuvo la edad suficiente para girar los mandos de los fogones, Katherine ya estaba suplantando a su madre en la cocina, al igual que la había suplantado en el afecto de Ken.

A medida que las niñas crecían, Bárbara empezó a hablar con Katherine como si fuera su confidente, aunque Katherine no le había dado ninguna razón para confiar en ella. A fin de cuentas, no tenía a nadie a quien contárselo. Estaba tan aislada como Bárbara por la situación en la que vivían y, sin ninguna base de comparación, supuso que todas las madres hablaban con sus hijas de la misma manera. Compartiendo detalles sexuales explícitos, despotricando y quejándose de toda la miseria que le había ocurrido y compartiendo todos los sórdidos secretos familiares de los que Katherine pronto se convertiría en guardiana.

La Australia rural no era el sitio más progresista a finales de los años 50 y el racismo que los aborígenes sufrían a diario hacía que incluso la historia de los derechos civiles de Estados Unidos pareciera positivamente reconfortante. Incluso la sospecha de tener ascendencia aborigen era suficiente para que una familia quedara marcada como paria frente a la sociedad. Mientras que el bisabuelo irlandés de Bárbara les dio a ella y a sus hijos su característico pelo rojo -y buena parte de los rasgos europeos que ayudaban a disimular su verdadera ascendencia- su bisabuela había sido una indígena australiana. Dos infusiones generacionales de herencia blanca habían ayudado a enmascarar la apariencia de la familia, pero a medida que la cordura de Bárbara seguía decayendo, empezó a obsesionarse cada vez más con esa ascendencia, enorgulleciéndose de ser diferente de los hombres que abusaban de ella.

Reveló a sus hijas su ascendencia aborigen, asegurándose de inculcarles el miedo necesario a la exposición. Su intención era unirlas como familia, pero lo único que hizo fue añadir más presión a una situación ya tensa. Ahora, las niñas creían que la sociedad, fuera de su

familia inmediata, estaba en contra de ellas, que no recibirían ninguna asistencia, incluso si finalmente la pidieran. Su ascendencia se convirtió en otro candado para la jaula que las mantenía atrapadas dentro de la pesadilla de la familia Knight.

Como si la presión en el hogar de los Knight no fuera ya lo suficientemente alta, las cosas volvieron a empeorar en 1959, cuando Katherine sólo tenía cuatro años. Jack Roughan murió y los dos niños mayores que habían estado viviendo con él pasaron al cuidado de su madre. Ya en la adolescencia y con el desagradable shock que supuso la muerte de su padre, los chicos se sumergieron por completo en la cultura de su nueva familia. Si Bárbara había esperado que la presencia de los chicos mayores pudiera calmar a su nueva prole endemoniada, se equivocó. Los chicos mayores habían perdido todo el respeto por la "puta" de su madre cuando los abandonó en Aberdeen y casi se sentían satisfechos al ver lo mal que la trataban. Una parte de esto se debía a la idolatría que sentían por su padre perdido, pero una parte no pequeña, era simplemente por la adaptación a su nuevo entorno. Nadie más se preocupaba por Bárbara, ¿por qué lo harían ellos?

Si su desprecio se hubiera extendido sólo hasta su madre, su contribución a la oscuridad que se acumulaba en el hogar de los Knight habría sido insignificante. Por desgracia, no tardaron en aprender del ejemplo de su padre adoptivo y empezaron a considerar a todas las mujeres como juguetes sexuales desechables sin capacidad de decisión propia: un ejemplo que reforzaban constantemente sus compañeros y los demás hombres de la comunidad de forma más sutil que las bárbaras muestras de dominio de Ken. Las chicas de su edad contaban con protecciones: la expectativa cultural de que esperaran hasta el matrimonio, acompañada de la prepotente amenaza de violencia de sus propios padres y de toda una red de habladurías para evitar que se quedaran solas con chicos como los "nuevos chicos Knight". Bastaron unos pocos intentos de abuso sexual para que los chicos Roughan fueran incluidos en la lista negra de todos los eventos sociales de la ciudad y se advirtiera a todas las chicas de que iban tras su virtud.

Sin salidas para su floreciente sexualidad y sin privacidad en la casa familiar, debido a la gran cantidad de chicos que se amontonaban en cada habitación, pronto empezaron a buscar alivio un poco más cerca de casa. Joy se libró de su atención gracias a que era "uno más de los chicos", pero Katherine, más femenina, pronto se convirtió en el centro de atención de los despertares sexuales de los dos chicos mayores.

Entre los cuatro y los catorce años, Katherine fue objeto de una serie de abusos sexuales en aumento, en su propia casa. Una campaña

de acoso que comenzó con caricias amistosas, abrazos y suaves besos inocentes, se transformó gradualmente en juegos en los que Katherine era despojada de su ropa, y más tarde, de su dignidad. Cuando crecieron lo suficiente, el dúo más joven también comenzó a unirse al pasatiempo favorito de sus nuevos hermanos. Antes de llegar a la adolescencia, los cuatro chicos la utilizaban para satisfacer sus placeres sexuales. Si no hubiera sido por el ejemplo de su madre, Katherine se habría quedado perpleja ante las extrañas acciones de los chicos, pero Bárbara siempre se mostraba más que feliz de deleitar a sus hijas con historias de su exploración sexual, dándoles todos los detalles explícitos de las cosas "asquerosas" que los hombres querían que hiciera.

Katherine finalmente tuvo un día el valor de preguntar: "¿Qué les dices si no quieres hacer esas cosas?".

Su madre le dio el peor consejo que recibiría en su vida. "Deja que hagan lo que quieran contigo. Así es más fácil'.

Con eso en mente, Katherine nunca denunció el creciente comportamiento sexual de sus hermanos, incluso cuando pasaron al frotamiento y a la exploración de su cuerpo fuera de los límites de los juegos a los que habían jugado cuando ella era lo suficientemente joven como para creer que sólo eran juegos. Al igual que Bárbara se convirtió en el receptáculo de todas las frustraciones sexuales de Ken, Katherine también sufrió ese mismo destino: no hablar nunca y no saber realmente si su vida era normal o infernal.

A medida que crecía, Katherine empezó a buscar vías de escape seguras de su vida familiar. Aunque no tenía forma de saber que otras familias no estaban envueltas en la misma vorágine de caos, había encontrado algunos refugios seguros fuera de ella. En particular, descubrió que le encantaba pasar tiempo con su tío Oscar.

En su juventud, Oscar había sido un campeón de equitación, famoso en Nueva Gales del Sur por sus habilidades y, aunque se había visto obligado a abandonar esa carrera a medida que la edad iba desgastando su capacidad competitiva, seguía manteniendo una granja de caballos en la que cuidaba tanto a sus antiguos campeones como a los caballos rescatados que habían sido abandonados o maltratados. Katherine encajaba perfectamente allí. Pasaba todo el tiempo posible con Oscar, ayudando a cuidar de los caballos y de cualquier otro animal que encontrara en la granja. Mientras que la interacción de su padre con la naturaleza consistía principalmente en descuartizarla, Oscar enseñó a Katherine a amar a los animales como algo más que un simple recurso.

Al poco tiempo, rescataba animales heridos y los cuidaba en su habitación. Se mostraba ferozmente desafiante cuando Ken intentaba quitárselos, hasta el punto de que era capaz de hacer que el brutal

patriarca se echara atrás y la dejara atender a sus pájaros heridos en paz. Cuando encontraba animales más grandes que necesitaban ayuda, llamaba a Óscar y él se llevaba a todos los que podía a sus establos o los pasaba a un veterinario que podía proporcionar a las criaturas los cuidados que necesitaban o la tierna misericordia de una sobredosis.

Oscar fue un mojón en la vida de Katherine, un referente que podría haber utilizado para navegar por un nuevo rumbo. Uno en el que no siguiera los pasos de su padre. Uno en el que la brutalidad de su vida familiar fuera un recuerdo lejano en lugar de su realidad diaria. Pero, lamentablemente, Oscar tuvo sus propias luchas en la vida. A pesar de la cara de valentía que ponía para Katherine, estaba sumido en una gran depresión y en 1969, cuando ella sólo tenía catorce años, se quitó la vida, volviendo la pistola que había utilizado para sacrificar a tantos caballos heridos contra sí mismo y poniendo fin a su propia miseria de una vez por todas.

Este fue el punto de ruptura para Katherine. El momento en el que toda la rabia y la miseria que había acumulado en su interior a lo largo de su vida, finalmente rompió el barniz de buen comportamiento que su padre siempre le había exigido. La siguiente vez que uno de sus hermanos intentó manosearla, le dio un puñetazo tan fuerte que casi le rompió la mandíbula y amenazó con castrarlo la próxima vez que le pusiera una mano encima. Fue como si se hubiera activado un interruptor, como si una persona diferente hubiera empezado a habitar su cuerpo.

Después de que el chico huyera, acudiendo a sus hermanos con esta historia, los mayores se acercaron a Katherine y descubrieron que estaba de tan buen humor como siempre, alegre y encantadora a pesar de su reciente estado de alteración. Descartaron la historia del joven como un malentendido. En los meses siguientes, los dos chicos mayores sufrirían pequeñas, pero dolorosas, heridas de arma blanca que atribuirían a accidentes en la cocina. Uno de ellos iba por ahí luciendo un ojo morado que, según decía, había sido el resultado de un accidente al pelearse con sus hermanos menores.

Ninguno de ellos se atrevía a hablar de lo que Katherine había llegado a ser capaz de hacerles porque eso llevaría a otra conversación sobre lo que la había llevado tan lejos. Aunque los chicos y chicas más jóvenes no conocían el mundo fuera de los muros de su hogar, los mayores sabían perfectamente lo que les ocurría a los violadores en comunidades rurales como Moree y Aberdeen. Había muchas granjas en los alrededores con abundantes tubos de goma y tijeras que se utilizaban para realizar castraciones rápidas y sucias a las bestias problemáticas. Es posible afirmar que, en aquellos días, en aquellas comunidades, había muy pocos reincidentes.

Tras la muerte de Oscar, la vida en Moree comenzó a tornarse

amarga para la familia Knight. Él había sido su vínculo más estrecho con la comunidad y su estatus de celebridad menor, había ayudado a proteger a su hermano de cualquier crítica que su estilo de vida anormal y sus elecciones "pecaminosas" pudieran haberle acarreado. Las personas que conocían a Ken, fuera de su familia, lo consideraban un pícaro adorable, pero la comunidad en general no tenía que lidiar con su personalidad al tratar de desaprobarlo, sólo tenían que lidiar con el concepto de él. Después de más de una década en su nuevo hogar, los viejos rumores sobre Bárbara y su anterior marido finalmente los habían alcanzado y era como si el escándalo hubiera ocurrido ayer mismo.

Mientras tanto, la familia de Bárbara en Aberdeen había empezado a suavizar su postura hacia ella sin el recordatorio visual diario de sus pecados en forma de los chicos Roughan corriendo por la ciudad. Había empezado a comunicarse con ellos a través de cartas bastante rebuscadas, conociéndolos lo suficiente como para darse cuenta de que nunca la ayudarían a escapar del nuevo infierno en el que se había metido, pero con la esperanza de que una relación positiva en su vida, no contaminada por la lujuria de Ken, pudiera ser un cable a tierra para mantener su cordura.

Cuando la situación en Moree se tornó insostenible, no hizo falta que ella incitara a la familia a trasladarse una vez más, esta vez huyendo no del lugar de su pecado original, sino de vuelta a la escena del crimen. A los quince años, Katherine ya se había instalado en Aberdeen, la ciudad que consideraría su hogar durante el resto de su vida adulta.

La vida en la frontera

Durante el primer año tras su regreso a Aberdeen en 1969, Katherine tuvo que tomar el autobús para ir al instituto de Muswellbrook todos los días para completar su educación exigida por el estado. Era una desconocida para los niños de Aberdeen y por eso decidieron ponerla a prueba, para averiguar de qué estaba hecha esta recién llegada.

Resultó que estaba hecha de un material bastante más duro que el de los chicos granjeros que se habían empeñado en atormentarla. Al cabo de una semana, el habitual acoso a los "niños nuevos" en el autobús escolar, se detuvo por motivos de seguridad. Katherine era educada y encantadora, siempre que nada despertara su temperamento, pero una vez que alguien se cruzaba con ella, era como si se activara un interruptor. Se defendía fácilmente de cualquier insulto con los puños, las botas o los comentarios hirientes, yendo mucho más allá del nivel de retribución que sus posibles acosadores podrían haber esperado, entrando en el territorio de la venganza. Días después de que una niña intentara ponerle una zancadilla mientras caminaba por el pasillo del autobús, Katherine se acercó por detrás y le cortó su larga melena trenzada con unas tijeras. Cuando un chico le hizo un comentario lascivo sobre sus pechos, que se estaban desarrollando muy pronto, ella respondió golpeando sus dientes contra el respaldo del asiento que tenía delante.

Cuando Katherine se enfurecía, el autobús se convertía en una zona de guerra, pero cuando sus profesores se enfrentaban a ella más tarde, eran incapaces de asociar las historias que les contaban sobre su comportamiento, con la chica amable, alegre y educada sentada ante ellos. Durante los primeros seis meses, la carga de la prueba recayó sobre sus víctimas quienes tuvieron que admitir que su comportamiento había sido provocado, a pesar de que ese comportamiento fuese completamente desproporcionado en comparación con los pequeños desaires a los que respondía.

Una vez establecida como una chica con la que no se podía jugar, Katherine se asentó en la rutina educativa. A sus quince años, sólo tenía las habilidades más básicas de lectura y escritura, pero en esto no era drásticamente diferente de muchos de los niños que la rodeaban y lo que le faltaba en educación, lo compensaba con ingenio.

A pesar de sus deficiencias académicas, a menudo era la mejor de su clase. Incluso los jóvenes que esperaban seguir una educación superior y carreras fuera de la agricultura, aquellos que estudiaban y trabajaban duro, luchaban por superarla. Para la gran mayoría de sus profesores, era una estudiante modelo. Sin embargo, su carácter salvaje no tardó en hacer mella en su reputación y en las vidas de los

demás.

El acoso escolar era bastante común en la escuela, una forma extrema de presión de grupo que ayudaba a inculcar valores conservadores a aquellos niños que se alejaban demasiado del camino recto y estrecho de la normalidad y el estoicismo que su comunidad les exigía. Pero, incluso en una escuela en la que los insultos y la violencia eran la norma, se consideraba que Katherine iba demasiado lejos, aterrorizando a los niños más pequeños que se cruzaban con ella, hasta el punto de hacerlos llorar a diario. Entre sus compañeros, debía ser respetada, pero para los de las clases inferiores, era el hombre de la bolsa. Bastaba con que un niño se pusiera en su contra, para que su vida se convirtiera en un infierno. Al menos, hasta que se le pasara la rabieta.

Incluso su ridículo comportamiento de acoso escolar se pasaba por alto como parte de la experiencia escolar normal hasta el día en que apuñaló a una de sus víctimas por el terrible crimen de responderle. El cuchillo que utilizó era lo suficientemente pequeño como para esconderlo en la parte superior doblada de su falda, a mano siempre que su mal genio lo exigiera, pero lo suficientemente cerca de sus partes íntimas como para que ninguno de los miembros del personal, casi en su totalidad hombres, se atreviera a ir a buscarlo allí, si alguna vez se corría la voz. Incluso cuando se encontraron con un niño sangrando y gritando en el suelo del pasillo con Katherine de pie junto a él, su excelente reputación entre el personal, la protegió de las consecuencias más allá de una carta enviada a casa sobre su comportamiento. Los profesores nunca encontraron el cuchillo que había utilizado. Apenas lo buscaron.

Cuando Ken leyó esa carta, lentamente, usando su dedo para rastrear su vista en el texto, le preguntó a Katherine si su víctima lo había merecido, y su respuesta de "sí", fue suficiente para convencerlo de que se había hecho justicia. En todo caso, se sintió orgulloso de su hija favorita por haber dado la cara. Ken estaba atrapado en la posición habitual del patriarca autoritario. Para él, todas las mujeres no eran más que una propiedad, pero en el caso de su hija, ella era de su propiedad. Una propiedad para la que él no estaría presente para defender en todo momento. Quería que fuera sumisa frente a él y los demás hombres en general, pero a la vez, que fuera capaz de defenderse de los peligros que otros hombres, como él, le podrían presentarle.

Probablemente habría superado su carrera escolar con su prestigio en la comunidad ileso, si no hubiera sido por el fatídico día en que su profesor favorito le puso una mala nota.

Katherine había permanecido callada durante toda la clase, mirando hoscamente los papeles que tenía delante, como si hubiera

vuelto a luchar con ellos como cuando llegó por primera vez. El profesor no dejaba de mirarla; la chica alegre que normalmente se ponía de pie cada vez que él hacía una pregunta a la clase, se había quedado callada y quieta. Se preguntó si tal vez se había puesto enferma o sufría lo que los otros profesores llamaban "problemas de mujeres". No quería entrometerse si se trataba de esto último -sabía más de ese tema de lo que le interesaba- pero si estaba realmente enferma, quería asegurarse de que la atendieran.

¿Kathy? ¿Estás bien, cariño?

Ella ni siquiera levantó la vista hacia él. Tenía las manos en el regazo y estaba inquieta. Tal vez eran los problemas de las mujeres. Él gimió internamente. Eso era lo último que necesitaba hoy. Sangre por toda la clase. Las chicas de la ciudad se manejaban bien, pero algunas de estas chicas del campo harían que todo el lugar pareciera un matadero antes de que se les ocurriera ponerle fin a ese vertedero de sangre. Kathy nunca había dicho nada sobre este tipo de problemas, pero él había oído lo suficiente de sus novias a lo largo de los años para saber que las cosas podían cambiar.

"Kathy, no estás muy participativa hoy. ¿Te ocurre algo?"

Ella levantó la cabeza. "¿Algún problema?", respondió ella, "¿Qué cree?".

Le tiró los papeles sueltos a la cara y éstos cayeron inútilmente al suelo. "¿Hay algún problema? Se supone que estaba de mi lado. Tenía que ayudarme. ¿Por qué me ha fallado? ¿Eh? Me ha estado guiando todo este tiempo. Haciéndome creer que estaba de mi lado cuando en realidad sólo quiere escupirme en la cara como esos otros cerdos".

Ella se levantó de su asiento y su instinto se puso en marcha. Él retrocedió rápidamente. Levantó las manos en señal de súplica. "Cálmate, Kathy. Es sólo una prueba. Tendrás muchas oportunidades para compensar..."

"No me pida que me calme", gruñó ella. "Usted es igual que todos los demás. Nunca se ha preocupado por mí".

Él seguía retrocediendo. Ella seguía avanzando con la inevitabilidad de las mareas. "¡Kathy, sólo es una prueba! No tiene importancia".

Ella rugió. "Usted no importa, hijo de puta con cara de coño".

Sus ojos se abrieron de par en par. Había oído rumores sobre el mal genio y la boca sucia de Katherine, pero nunca esperó que él o cualquier otro profesor pudieran estar en el extremo receptor.

"Tranquilízate. No puedes hablarme así".

"¡Váyase a la mierda!" Ella echó su brazo hacia atrás y, por primera vez, él vio el brillo del acero en su mano.

"¡Kathy, no!"

Esquivó la primera puñalada, de lo contrario, se la habría clavado

en las tripas. Atravesó luego toda la clase con ella al acecho, persiguiéndole; sus piernas se golpearon contra el escritorio. No le quedaba ningún sitio por donde correr.

Ella le acuchilló, desgarrando las telas de su traje y su camisa, pero sin llegar a la carne.

"¡Kathy, para!"

Intentó agarrarle la muñeca y casi perdió las puntas de los dedos. Sus ojos estaban vidriosos. La baba salpicaba de sus labios y su bonita y delicada cara se había transformado en un rictus de furia. No podía oír ni una palabra de lo que él decía a través del rugido de la sangre en sus oídos.

Katherine retiró el cuchillo y entonces se dio cuenta de la verdad. Ella no iba a parar. Seguiría adelante hasta matarlo.

Su instinto lo salvó una vez más. Lucha o huida. Antes, su cuerpo se había movido sin pensar para apartarlo del peligro. Ahora, la otra mitad de ese instinto de supervivencia se impuso.

Su puño salió disparado y atrapó a Katherine debajo de su barbilla. Era fuerte para una niña de quince años, más fuerte que cualquiera de sus compañeros, gracias al trabajo manual que había realizado en casa y en la granja de su tío, pero, a pesar de todo, era una adolescente y él un hombre adulto. El golpe la levantó de sus pies.

Cayó de espaldas, sin aliento con la mirada perdida, más por la conmoción que por el frenesí. En cuanto consiguió tragar aire en sus pulmones, empezó a sollozar. Aullidos. Lo suficientemente fuerte como para que todos en el edificio la escucharan y vinieran corriendo.

"Oh, Dios, Kathy, lo siento mucho. ¿Estás bien?"

Se dejó caer junto a ella. No pudo evitarlo. Incluso ahora sólo quería ayudarla. Fue una suerte que él se arrodillara justo encima del cuchillo y que sus manos sólo encontraran pana en lugar de otra oportunidad para convertirse en asesina. El alumnado se agolpó en la puerta y pareció una eternidad antes de que otro profesor consiguiera abrirse paso entre ellos para contemplar la escena.

"Dios mío. ¿Qué has hecho?"

El profesor fue suspendido de la escuela tras el incidente, al igual que Katherine, pero mientras que a él se le rodeó de sospechas y desprecio, a ella se le permitió hacerse la víctima, suspendida de la escuela para recuperarse del traumático suceso. El consejo escolar llevó a cabo una investigación -por personas que no tenían interacción directa con Katherine- y, de repente, la imagen de su comportamiento abusivo quedó al descubierto.

El profesor fue reincorporado con el pago de los salarios atrasados y una disculpa, y Katherine fue autorizada a volver sólo bajo libertad condicional. Cumplió el último mes de clases en una silenciosa nube de rabia, sin interactuar ni una sola vez con el hombre al que había

intentado matar y manteniendo a duras penas su mal genio con los demás miembros del personal. Sin un flujo constante de elogios que la sostuvieran, dejó la escuela a los quince años sin haber obtenido ninguna calificación.

Esto se convirtió en un patrón establecido a lo largo de la vida de Katherine, un patrón al que los psicólogos y criminólogos se aferraron como explicación de su comportamiento errático. Con el tiempo se le diagnosticó un trastorno límite de la personalidad (TLP), que explicaba muchos de sus extraños hábitos.

Los afectados por el TLP sufren inestabilidad emocional -en el caso de Katherine, casi siempre provocada por sentimientos de rechazo o abandono-. Sufren distorsiones cognitivas y debido a ello, ven el mundo en blanco y negro, considerando enemigo a cualquiera que no se muestre activamente "de su lado". También son propensos al catastrofismo, donde dan saltos lógicos desde pequeños impedimentos en sus planes hasta suposiciones de ruina absoluta.

El TLP suele caracterizarse por sus relaciones extremadamente intensas pero inestables, ya que la persona que lo padece, da todo lo que puede a una relación en sus intentos por asegurarse de que su pareja nunca la abandone, pero en cambio acaba desgastándose y culpando a esa misma pareja del desgaste emocional que le supone.

El último rasgo del TLP es el comportamiento impulsivo, a menudo caracterizado como comportamiento autodestructivo. En el caso de Katherine, esto se manifestaba casi siempre en su temperamento de gatillo fácil. Cuando se enfurecía, era como si perdiera todo control racional sobre sus acciones, viendo a todos los demás como sus enemigos. Esto se manifestaba en el ridículo acoso que realizaba en la escuela, en su arremetida cuando suspendía un examen y en la venganza que tomaba contra sus abusadores sexuales. Es probable que haya heredado este trastorno de su madre, que presentaba muchos de los mismos síntomas, y que éstos se hayan visto exacerbados por su caótica vida familiar y la falta de relaciones sanas en los adultos que la rodeaban, a los que podría haber tomado como modelo.

Con Katherine, era como si se produjera un cambio de Dr. Jekyll a Mr. Hyde cuando su temperamento explotaba. La chica encantadora y deseosa de complacer que normalmente ocupaba su cuerpo, era sustituida por una furiosa y malhablada infernal, empeñada en vengarse a cualquier precio. En sí mismo, esto podría haber sido una excelente excusa para casi todo lo que hacía mal en su vida, hasta los crímenes de los que más tarde sería acusada. Desgraciadamente, este argumento de "interruptor activado" no es sostenible si consideramos que su elección de armarse con un arma letal fue premeditada. Parte de esto puede haber sido ciertamente la distorsión cognitiva que

experimentaba Katherine, convenciéndose a sí misma de que todos los demás iban a por ella por lo que debía defenderse, pero en última instancia, estaba eligiendo dar un arma a una persona que la usaría para acabar con vidas, si se le presentaba la oportunidad. Suponiendo que esta división de personalidades existiera realmente, entonces la Katherine "buena" era cómplice de la Katherine "mala", dándole el apoyo material y la planificación que necesitaba para cometer sus despiadados ataques.

Por supuesto, todo esto se basa en la idea de que Katherine realmente sufría de TLP. Es totalmente posible que no haya habido ningún desequilibrio en su química cerebral que la hiciera comportarse de la manera en que lo hizo. Que, en todo caso, su visión de la vida se basara enteramente en las relaciones ejemplares que había experimentado durante su infancia, proporcionando una hoja de ruta para el resto de su futuro. En el hogar de los Knight se vivía el tipo de anarquía de perro-come-perro que impulsaría a las personas racionales a defenderse violentamente, tal vez incluso a actuar de manera preventiva contra sus potenciales abusadores.

Tras el diagnóstico de TLP, la medicación que se le suministraba a Katherine nunca parecía tener el efecto deseado. Por muy alta que fuera la dosis que recibía, los fármacos no conseguían inhibir sus arrebatos violentos y su retorcida visión del mundo. La exactitud de este diagnóstico quedó aún más en duda por el hecho de que muchos de los psiquiatras que estudiaron a Katherine en su vida posteriormente, no estaban de acuerdo con el diagnóstico, mientras que ella misma se aferraba a él como defensa para no tener que asumir la responsabilidad de sus actos.

Cada vez que Katherine era acusada de un delito a lo largo de su vida, seguía los mismos patrones para defenderse. En primer lugar, negaba haber cometido el delito. Luego, negaba ser responsable. Cuando ambas cosas fracasaban, su último recurso era siempre que la persona de la que había sido víctima merecía el castigo. El trastorno de estrés postraumático le ofrecía una última salida: incluso si su víctima no se merecía la crueldad que Katherine había conjurado, seguía sin ser su culpa. Era a causa de su enfermedad.

El primer puerto de escala de Katherine tras el ignominioso final de su carrera educativa fue el matadero de Aberdeen. Acudió con su padre, a primera hora de la mañana, antes de que saliera el sol, para poder mendigar un trabajo, cualquier trabajo. El sueño de su vida había sido seguir los pasos de su padre y trabajar en la cadena de la carne. Había estudiado los rápidos movimientos de sus manos desde que tenía edad suficiente para recordar, hipnotizada por la forma en que las hojas de sus cuchillos de deshuesar bailaban ante su extrañamente delicado agarre. En su limitado mundo, su padre era un

dios y, en la comunidad que los rodeaba, ese dios era adorado por su dominio del cuchillo.

El jefe de turno del matadero echó un vistazo a la pelirroja y le dijo que no, que no era un trabajo adecuado para una mujer y que sería mejor que se buscara otro. Gracias a la presencia de Ken en el recinto, Katherine pudo mantener su temperamento bajo control, de lo contrario, la educada conversación podría haberse tornado sucia, muy rápidamente.

Sin embargo, sus sueños de vivir junto a la cuchilla nunca la abandonaron. Encontró otro trabajo en una fábrica en uno de los únicos lugares de la ciudad, una fábrica de ropa, donde su trabajo consistía en cortar telas a medida. A estas alturas de su vida ya tenía bastante experiencia en la confección de ropa. Casi toda su ropa estaba hecha a mano; llevaba reparando los pantalones siempre rotos de sus hermanos desde que fue capaz de sostener una aguja y Bárbara le había ido cediendo terreno también en lo que respecta a la ropa de Ken. Manteniéndose al margen y concentrándose en el trabajo, pronto descubrió que sobresalía en su nueva función, ganándose considerables elogios de sus empleadores. Con el buen sueldo que ganaba allí, pudo mudarse de la casa de sus padres a un pequeño apartamento en la ciudad, cerca de la fábrica. Era la primera vez en su vida que era libre de ir y venir a su antojo y no tardó en darse cuenta de que eso le agradaba mucho.

Las otras mujeres de la fábrica no estaban precisamente sometidas, pero distaban mucho del tipo de compañía que Katherine deseaba, así que, al poco tiempo, adquirió la costumbre de ir al otro lado de la ciudad a beber con los trabajadores del matadero cuando terminaba su turno.

Se hizo conocida entre ellos por su boca sucia y sus puños listos. Apenas pasó poco tiempo antes de que el que luego sería su supervisor, revisara su opinión acerca de que era demasiado femenina para trabajar entre la sangre y las vísceras. En lo que respecta a la violencia y el lenguaje grotesco, ella podía estar a la altura de los hombres. Las historias sobre su increíble ética de trabajo, su destreza con los cuchillos y su habilidad manual se extendieron fuera de la fábrica y a través de la red de cotilleos, hasta llegar a los oídos de los hombres casados del matadero. El único grupo del matadero que no habría cantado sus alabanzas era el de los hombres solteros y, como resultado, el comportamiento hedonista de Katherine pronto abordó el tema. No es que fuera descuidada con sus afectos. Al contrario, iba detrás de cada hombre con un hambre similar a la desesperación. Un apetito que a menudo les resultaba desagradable, más que halagador.

Independientemente de ese cuestionable hábito, cuando cumplió dieciséis años, Katherine volvió al matadero solicitando por segunda

vez un trabajo y, con las credenciales que había establecido en su año de vida por su cuenta, era imposible que la rechazaran. Así que, en 1971, presentó su renuncia en la fábrica y empezó a trabajar en el matadero de Aberdeen en el "trabajo de sus sueños", cortando despojos para comida para perros.

Por quién doblan las campanas de boda

Katherine siempre había sabido que se destacaría en el matadero, pero ni siquiera ella podría haber vaticinado su meteórico ascenso. Pronto se hizo evidente de lo hábil que era con sus herramientas y, en pocas semanas, comenzaron a probarla en trabajos más complejos en el matadero. Pasó de una línea de producción a otra, demostrando su dominio en cada uno de los trabajos, antes de ser ascendida a una tarea aún más compleja a la semana siguiente. Esta gran gira por el matadero le dio la oportunidad de conocer a casi todos los hombres que trabajaban allí y, sin duda, dejó una impresión.

Los hombres que no se habían cruzado antes con ella se llevaron una desagradable sorpresa cuando intentaron tratarla como a una chica. La primera vez que alguien en la línea le levantó la voz, ella se ofreció tranquila y educadamente a resolver su desacuerdo con sus "malditos cuchillos". Una sugerencia que haría regularmente a lo largo de su estancia en el matadero. Nadie fue tan tonto como para aceptar la oferta. Todos habían visto su trabajo.

No pasó mucho tiempo antes de que empezara a relajarse y a salir de su caparazón, uniéndose a las bromas malhabladas y estableciéndose como una fuerza a tener en cuenta tanto social como físicamente. Sin embargo, siguió dando tumbos por el matadero hasta 1972, cuando por fin llegó a lo que se consideraba la tarea más compleja y exigente de la cadena: el deshuesado. Era el trabajo que había hecho famoso a su padre y acabó trabajando junto a él cuando sus turnos coincidían. Ken no se había relajado con el paso de los años, pero había alcanzado un cierto nivel de excelencia y luego se había estancado. Ahora, de repente, había una nueva competidora por el trono y se veía obligado a esforzarse más y a trabajar más rápido para mantenerse por delante de la chica que le pisaba los talones.

Por su parte, Katherine ni siquiera parecía ser consciente de que estaba compitiendo. Toda su vida había estado esperando para conseguir este trabajo y ahora simplemente estaba haciendo todo lo posible para mantenerlo. Si uno de los otros hombres hubiera superado a Ken en su trabajo, probablemente lo habría aceptado como una parte inevitable de su avance en la edad, pero ver que una adolescente se acercaba a su trono era desalentador, incluso si se trataba de su propia hija, a quien había entrenado a su lado durante años. Nunca discutían por ello, ni siquiera hablaban de ello. Ken comenzó a trabajar más duro que nunca en su vida y su ejemplo era una inspiración para Katherine, que se esforzaba aún más para intentar seguirle el ritmo.

Los propietarios de la empresa no ignoraban el increíble trabajo que se realizaba bajo su techo, ni la forma en que la presencia de

Katherine impulsaba a todos sus compañeros a la excelencia. La eficiencia en el matadero aumentaba dondequiera que Katherine fuera y no era sólo su contribución directa. Ninguno de los otros hombres quería ser puesto en evidencia por ella y, una vez que lo habían sido, se esforzaban aún más por tratar de lavar esa vergüenza.

Teniendo en cuenta estas contribuciones tanto deliberadas como accidentales, los propietarios del matadero sintieron que debían recompensar a Katherine, no con algo tan peligroso como un aumento de sueldo, sino con alguna pequeña demostración de aprecio hacia ella. Exactamente un año después de su primer día en el matadero, le regalaron su propio juego de cuchillos personalizados y un bolso de cuero para llevarlos. A partir de entonces, los llevaba al trabajo todos los días, los afilaba y los exhibía con orgullo en un gancho sobre su cama cuando estaba en casa. Eran su posesión más preciada. Un trofeo y un testimonio de su destreza en el único ámbito de su vida en el que se había sentido realmente valorada.

Los propietarios del matadero nunca le habrían pedido a Katherine que sirviera de ejemplo, pero sus inclinaciones naturales habían sido suficientes para hacerla desfilar por el matadero, incluso en sus días libres. Le gustaba visitar todas las partes del proceso, charlar con los hombres sobre su trabajo y observarlos en sus tareas.

Su lugar favorito de toda la cadena de producción era la sala de cerdos. Pasaba todas las horas de la comida allí y charlaba con el anciano que tenía la poco envidiable tarea de matar a los cerdos a la vista de todos los demás en el corral. Mientras que las reses solían ser sacrificadas con un golpe en la cabeza antes de comenzar el trabajo con el cuchillo, las criaturas más pequeñas no recibían la misma amabilidad. Sus chillidos se oían en todo el edificio a lo largo del día. Gritos agudos y estridentes, que parecían casi humanos. Katherine estaba fascinada. Circulaban muchos rumores desagradables sobre el anciano que sacrificaba los cerdos, principalmente en torno al hecho de que disfrutaba de su trabajo más de lo debido y por ello vivía una vida bastante solitaria, con la excepción de su nueva mejor amiga Katherine, en la que encontró una especie de espíritu afín.

En su desesperación por mantener su interés, no pasó mucho tiempo antes de que el anciano empezara a romper las reglas, matando a los cerdos delante de ella de formas cada vez más crueles y elaboradas. Una vez, incluso desolló un cerdo entero delante de ella, mientras aún estaba vivo y gritando. Incluso eso no era suficiente para Katherine. Ella no sólo quería mirar, quería participar.

Al principio, él la dejaba intervenir y dar el corte mortal en la garganta, rociando la sangre arterial por todo su delantal impermeable, mientras reía con alegría. Pero pronto, ni siquiera eso fue suficiente para mantenerla entretenida. Perseguía a un cerdo por

el recinto para ver cuántos cortes podía infligirle antes de que cayera muerto, cortando un ligamento aquí y un músculo allá para ver hasta dónde podía torcer los movimientos del cerdo mientras seguía huyendo de ella aterrorizado. Había pasado de ser la niña que intentaba salvar a los animales atropellados y cuidarlos hasta que recuperaran la salud, a convertirse en una alegre torturadora de animales.

Obviamente, los propietarios no conocían el alcance de las actividades de Katherine durante la hora del almuerzo, ya que no habrían aprobado el riesgo de que la carne se estropeara por sus payasadas, pero los demás trabajadores parecían ser plenamente conscientes de su sádica capacidad de crueldad y las historias sobre lo que hacía a los cerdos eran suficientes para mantener a raya incluso a los que dudaban de la amenaza que ella suponía.

A pesar de toda la atención positiva que recibía Katherine por su actitud de ser "uno más de los chicos" y sus logros en el trabajo, recibía otras tantas propuestas románticas de la mayoría de los trabajadores masculinos con los que pasaba sus largas horas del día. Salía directamente del trabajo para ir al bar con el resto de los hombres -siguiendo el ejemplo de su padre también en ese aspecto- aunque difería mucho en el hecho de que no bebía realmente alcohol, fingiendo cada noche con la ayuda del personal del bar y una considerable cantidad de limonada. Fuera del trabajo, dejaba ver su lado más femenino, comportándose más como una chica de campo como las que los trabajadores del matadero estaban acostumbrados a cortejar, comenzando a llamar su atención ahora que no los perseguía tan desesperadamente.

Ella mantenía un coqueteo con un hombre mayor llamado John Chillingworth, pero a él le perturbaba la diferencia de edad entre ambos. A pesar de que era un alcohólico en el sentido más estricto de la palabra, nunca estuvo lo suficientemente ebrio como para aceptar las ofertas de la joven de diecisiete años de llevarlo a casa con ella. Puede que parte de ello se debiera a la inminente presencia del intimidante padre de la joven en el fondo de cada conversación que mantenían, o tal vez fuera simplemente un instinto de autoconservación. Después de todo, Chillingworth había sido uno de los pocos hombres que había llevado una discusión en el lugar de trabajo con Katherine más allá de los gritos, hasta que ella sacó sus cuchillos, amenazándolo. Había vislumbrado la locura que se escondía tras su máscara de amabilidad y, aunque el carácter salvaje de Katherine le hubiera intrigado, no estaba dispuesto a arriesgar su reputación de hombre decente en la comunidad, persiguiendo a una adolescente, por muy guapa o excitante que esta fuera.

Sin embargo, por cada hombre precavido como John

Chillingworth, había un montón de tontos como David Kellett, que no eran capaces de ver la oscuridad que había en el interior de aquella chica joven y bonita.

Aberdeen estaba a punto de convertirse en una ciudad empresarial para los empleados del matadero, con casas adosadas construidas por los propietarios de las "fábricas de carne" para proporcionar barracas de bajo coste a todos sus empleados alrededor del propio matadero. Era necesario recorrer unas cuantas calles para llegar a una propiedad que no estuviera bajo la jurisdicción de la Australian Meat Cutting and Freezing Company, y unas cuantas calles más para llegar a la propiedad comercial que suele rodear a los centros industriales como el matadero. En la ciudad de Aberdeen sólo había dos establecimientos con licencia para comprar y consumir alcohol -un bar y un hotel- y ambos estaban situados a poca distancia del matadero, más allá de la línea de demarcación entre la propiedad de la empresa y la ciudad propiamente dicha.

El bar solía ser el preferido para los trabajadores de planta y el hotel era el preferido por los directivos, aunque existía mucho cruce, ya que casi todos los hombres hacían algún que otro turno como supervisores cuando surgía la necesidad y había poca animosidad hacia los propietarios. La preferencia de Katherine era definitivamente el bar. Allí se sentía más a gusto. No le gustaba la gente que tenía pretensiones, y el hotel, a pesar de estar un poco deteriorado, seguía apuntando un poco más alto que el mínimo común en los productos que vendía. Aun así, a veces se le hacía necesario ir al hotel en lugar de al bar. Principalmente cuando se le prohibía ir al bar, tras un acto de violencia brutal.

La última de sus muchas peleas a puñetazos ocurrió en 1972, cuando tenía diecisiete años. Uno de los nuevos mineros que había llegado a la ciudad, sintió una inmediata antipatía por David Kellett, a pesar de su popularidad general entre los trabajadores del matadero. Aunque los dos pilares de la industria de Aberdeen rara vez se cruzaban, este bar era uno de los pocos lugares donde se reunían ambos grupos de trabajadores. Los mineros solían beber en su propia casa sindical, donde los precios eran mejores y la afiliación era un requisito, pero cuando se sentían más cariñosos, salir a la población general era la única forma en que podían esperar conocer mujeres. Es posible que el caballero en cuestión se haya fijado en Katherine, que en ese momento estaba bastante obsesionada con David, pero aún no se sabe la naturaleza exacta de su desencuentro. Lo único cierto es que cuando insultó a David Kellett en su cara, el trabajador del matadero se echó atrás en lugar de agravar la situación. David no era un trabajador de la plantilla como todos los demás -conducía uno de los camiones de reparto que servían al matadero- pero, a pesar de ese

grado de distanciamiento, era muy consciente de que sus compañeros de la fábrica de carne le apoyarían si se produjera una pelea. En última instancia, no quería ese tipo de problemas en su vida. David era un hombre relativamente tranquilo de veintidós años. Si se le preguntaba, simplemente se limitaba a decir que no tenía nada que demostrar a nadie, que había salido a tomar algo tranquilamente, no a pelearse. La verdad era que David no era un hombre especialmente imponente físicamente y, en una pequeña comunidad de mineros y trabajadores manuales pesados, no podría destacar en términos de volumen ni fuerza bruta.

Katherine no compartía sus reparos ni sus limitaciones. Desde que comenzó su nueva carrera en la fábrica de carne, la genética de su padre se impuso. Cualquier atisbo de delgadez se había desvanecido a medida que sus músculos se iban rellenando y un último estirón la había hecho sobresalir por encima de David con un metro ochenta de altura.

Cuando el minero lanzó el insulto, su cara se puso roja como la remolacha: una advertencia visual que la seguiría a lo largo de su vida cada vez que su rabia la consumiera. Se abalanzó sobre el minero y no se detuvo hasta que sus nudillos quedaron ensangrentados y los dientes del hombre esparcidos por las tablas del suelo. David tuvo que apartarla antes de que pudiera matar al hombre, con la ayuda de un buen número de sus compañeros más fuertes.

El resto de los hombres del bar lo hicieron pasar simplemente como algo de lo que se trataba, una riña de borrachos, algo que podía pasarle a cualquiera. Pero algo que sólo Katherine y el camarero sabían con certeza, era que su vaso sólo contenía limonada. Ella bebía a la par del resto, aguantaba trago a trago porque nunca tocaba el alcohol. Había visto cómo despojaba a los hombres de su poder y no tenía intención de volver a sentirse impotente jamás. El camarero nunca había compartido ese secreto, asumiendo que la mujer sólo intentaba protegerse de los hombres lujuriosos y lascivos que la rodeaban, pero aun así lo sabía y eso le sirvió para tomar la decisión de expulsarla del bar. No había licor que excusara sus acciones; era sólo Katherine siendo Katherine.

Al no poder asistir al bar, tanto Katherine como David se vieron obligados a asistir al hotel para pasar la noche siguiente y fue allí donde finalmente se unieron. A David le había sorprendido que ella le defendiera así, que cualquier mujer diera un puñetazo para vengar un insulto contra un hombre. Jamás en su vida se había sentido tan deseado.

Pronto quedó claro que la devoción no era todo lo que Katherine podría aportar a la relación. En lugar de subsistir con lo que podía conseguir del comedor de la fábrica de carne, David no tardó en

degustar elaboradas comidas caseras. Su ropa estaba arreglada y su vida sexual se convirtió rápidamente en una leyenda. Todos sospechaban que Katherine tenía algo de animal, pero su apetito asombraba a David. Y, cuando estaba con unas copas encima y hablaba de ella, también asombraba a todos los demás en la ciudad. Al igual que su padre había embestido a Bárbara hasta diez veces al día, su hija era igualmente insaciable en su búsqueda de sexo, no tanto para su propio disfrute, sino para demostrar su absoluta devoción, en cuerpo y alma a David.

Para un hombre como él, esto era abrumador. Estaba acostumbrado a vivir una vida dura y toda esta amabilidad le hacía perder la cabeza. Más que eso, el cambio en Katherine lo dejó atónito. Sólo la había conocido como la compañera de trabajo que se enfadaba rápidamente; nunca había experimentado el lado suave de Katherine que solía ser su característica principal. Las reservas que había albergado sobre una posible relación se desvanecieron rápidamente y, en poco tiempo, los dos se habían ido a vivir juntos.

Veinte años después de que Ken y Bárbara fueran expulsados de la ciudad por vivir en pecado, las costumbres habían cambiado un poco. El hecho de que a Katherine le importara un bledo la opinión de cualquiera que pudiera estar murmurando ayudaba, al igual que la expectativa de que, aunque los dos estuvieran comenzando una relación por el momento, estaban definitivamente encaminados hacia el matrimonio. Tuvieron un breve período de equilibrio en el que vivían juntos "en pecado" y trabajaban juntos en perfecta armonía, pero entonces, las fuerzas externas comenzaron a entrometerse. La manera coqueta de Katherine de hablar con sus compañeros de trabajo irritó el temperamento de David, habitualmente sometido, y pronto se vio acuciado por las esposas de esos trabajadores, para que se casara y mantuviera todo respetable. Al igual que Katherine, David era una especie de forastero en la sociedad de Aberdeen, por lo que la presión no lo preocupó demasiado.

Por desgracia, a Katherine pronto se le metió en la cabeza la idea de que, sin la garantía del matrimonio, David probablemente la abandonaría, y que la razón por la que se negaba a comprometerse con ella en matrimonio, era porque ésa había sido su intención todo el tiempo: tener sexo con ella durante el tiempo que le conviniera y luego abandonarla y marcharse al siguiente pueblo, cuando se convirtiera en una carga demasiado pesada. En la cámara de eco de la mente de Katherine, estas ideas rebotaban una y otra vez hasta ser casi ensordecedoras. Finalmente, pasó de soltar insinuaciones a exigir abiertamente a David que se casara con ella. Que, si la amaba, se casara con ella. Si le era fiel, debía hacerlo.

David sólo había dejado de casarse con Katherine porque pensaba

que ella no tenía ningún interés en hacerlo. Ahora que sus opiniones habían cambiado, estaba feliz de seguirle la corriente. No creía que pudiera volver a encontrar una pareja como ella, así que ¿por qué no querría casarse?

Había ciertas formalidades que debían abordarse antes de que los planes de boda pudieran avanzar. Unas que tanto Katherine como David habían estado más que felices de evitar hasta ese entonces. Ella lo llevó a conocer a sus padres.

Con unos ahorros decentes acumulados y con su hija pisándole los talones, Ken había comenzado por fin un lento camino hacia la jubilación. Lo que quedaba de la familia Knight se había retirado de los barracones de la fábrica de carne -donde su reputación había ido en constante declive desde su llegada- y se había trasladado a una granja deteriorada un poco alejada de la ciudad de Aberdeen. Ken se había limitado a hacer turnos a tiempo parcial en el matadero y pasaba el resto de su tiempo intentando poner la casa en orden. La mayor parte de los terrenos anexos a la granja se habían repartido entre los vecinos una vez que el banco ejecutó la hipoteca de los anteriores inquilinos, lo que hizo que pasara de ser una fuente de ingresos para la familia, a ser nada más que una vivienda aislada en un avanzado estado de deterioro.

Con su avanzada edad, Ken empezaba por fin a tratar a Bárbara con un poco más de delicadeza, aunque sólo fuera porque ya no tenía energía para perseguirla por toda la casa, golpearla sin sentido y violarla diez veces al día. Había un aire viciado, donde antes la tensión llenaba todos los espacios de la casa. Ken y David se habían conocido antes mientras trabajaban juntos, así que aunque hubo un poco de incomodidad al principio, por el hecho de que ahora David salía con su hija, pronto volvieron a tener el cómodo ritmo habitual de compañeros. Bárbara era una historia completamente diferente. Al igual que Katherine, una década sin una socialización adecuada, la había dejado un poco hosca. Siempre había sido propensa al lenguaje soez -ella era la fuente de conocimiento de la que se habían aprendido la mayoría de las obscenidades de Katherine- pero ahora parecía ser casi todo el vocabulario que tenía a su disposición. Una vida brutalmente dura, la había desgastado hasta convertirla en poco más que un animal.

Finalmente, Bárbara acorraló a David en el corazón de sus dominios, cuando este se metió en la cocina a buscar otra lata de cerveza para Ken y para sí mismo.

"Quieres casarte con ella, ¿verdad?"

Asintió con la cabeza, todo el nerviosismo que había llevado a la casa volvió a él de golpe ahora que se hablaba de ello con tanta franqueza.

"¿Estás seguro de ello? ¿Sabes que le falta un tornillo?"

David soltó una carcajada sorprendida. No podía creer que la propia madre de Katherine estuviera hablando así de ella.

"Sé que tiene un poco de mal genio, sí".

Bárbara se burló. "No. No lo sabes. No lo entiendes en absoluto, ¿verdad?"

Se encogió de hombros y empezó a retroceder hacia la puerta de la cocina. Bárbara estaba sonrojada, con unas cuantas cervezas encima empezaba a ponerse tensa. "Será mejor que tengas cuidado con ella o te matará. Si la provocas de la manera equivocada o haces algo mal, estás jodido. No se te ocurra jugar con ella, te matará".

David se rio. Esperaba este tipo de advertencia de Ken, las viejas amenazas de "trata bien a mi niña" que la mayoría de los padres infligían, pero nunca había esperado que su futura suegra le advirtiera sobre su mal comportamiento de esta manera.

Sonrió a Bárbara. "No te preocupes, la trataré bien".

"No me preocupa". La mujer estaba envejecida antes de tiempo, arrugada y agotada ya. Miró por la ventana y añadió: "No es a mí a quien matará si se fastidia".

David no creyó ni una sola palabra de ello. No había visto ningún indicio de peligro en Katherine, ni siquiera cuando la había visto sacar sus cuchillos a los hombres del matadero o golpear a un minero hasta dejarlo inconsciente con sus propias manos. Para él, era la esposa perfecta y encantadora que siempre había esperado para asegurar su futuro. No iba a dejar que las descabelladas sospechas de nadie arruinaran la mejor esperanza que tenía para su futuro.

Una vez resuelto el asunto y realizados los preparativos, el día de la boda se acercó rápidamente, anotado en el calendario para unos días después de que Katherine cumpliera los dieciocho años. En Aberdeen no había registro civil; la ciudad era demasiado pequeña para justificar uno. Cuando llegó la hora de la discreta ceremonia, David ya había estado bebiendo mucho con sus amigos en el bar, tanto para dotarse de algo de "valor holandés" como para participar de las celebraciones. La indignada Katherine tuvo que esperar fuera del bar con su vestido de novia hecho a mano hasta que él salió, la cargó en la parte trasera de su moto y los condujo, en forma serpenteante, hasta el siguiente pueblo.

La ceremonia fue la más austera que el dinero podría comprar, con la intención de volver al bar y gastar la diferencia que habían ahorrado en una ruidosa fiesta. A pesar de la embriaguez de David, éste superó la ceremonia sin incidentes y Katherine estaba tan contenta que parecía que iba a dejar pasar aquellos pequeños desaires. Después de firmar la licencia, volvieron a subir a la moto y se dirigieron por la polvorienta carretera de vuelta a Aberdeen.

El resto del día lo dedicaron a beber, la afición favorita de David. Además de todos los personajes habituales del matadero, asistió su familia completa, junto con todos los parientes de Katherine a los que se pudo convencer de que hicieran acto de presencia. Los dos grupos no se mezclaron. La reputación de los Caballeros les precedía y, aunque la familia de David estaba en su mayoría de visita desde Queensland, habían sido advertidos por amigos de la zona sobre lo que probablemente les esperaba.

A lo largo del día, Katherine fue insultada una y otra vez por la familia Kellett. Pensaban que era demasiado estúpida para entender sus pequeñas burlas, pero aunque carecía de las habilidades comunicativas necesarias para hacer evidente su inteligencia, había una astucia letal al acecho justo detrás de sus ojos, y había vivido como la matona de la escuela durante el tiempo suficiente para saber cuándo le estaban lanzando insultos. Los bloqueó todos. Era el día más feliz de su vida, y si unos mierdas de fuera no podían alegrarse por ella, qué demonios le importaba. Era su día. El suyo y el de David.

En un estado de embriaguez avanzado, los dos se dirigieron al apartamento que la empresa le había otorgado a David, para consumar su reciente unión. Katherine siempre se mostraba entusiasta, pero en su noche de bodas estaba prácticamente en éxtasis, arrancando la ropa de David y llevándolo a la habitación tan rápido que se olvidaron de cerrar la puerta tras ellos.

Tuvieron sexo tres veces seguidas, con Katherine persuadiendo a David más allá de los límites de su resistencia habitual. Después de esa tercera vez, él se desmayó inmediatamente y Katherine se quedó de repente sola en la tempestad de sus propias pasiones y pensamientos. Cuando él empezó a roncar, su furia se desbordó. Toda la frustración del día -toda la tensión que había estado acumulando en su interior y que estaba tan acostumbrada a desatar inmediatamente arremetiendo ante la menor provocación- se desbordó. Golpeó a David con sus propias manos para despertarlo, abofeteándolo y dándole puñetazos hasta que se hizo evidente que él estaba demasiado dormido a causa del alcohol, como para reconocer cualquiera de sus abusos. Entonces, su rabia incoherente se volvió letal. Se subió a su cuerpo inconsciente, le rodeó la garganta con las manos y empezó a exprimirle la vida.

Todavía quedaba alguna chispa de autoconservación dentro de su cáscara ebria. Antes de que los daños hicieran efecto en su cerebro, David se despertó. Estaba más confundido que enfadado. El alcohol, la falta de sangre en el cerebro y su repentino despertar, se combinaron para crear un caleidoscopio de caos que no podía comprender, y mucho menos manejar. No trató de defenderse una vez que se liberó de su estrangulamiento. En su lugar, salió tambaleándose de la habitación, jadeando.

El dolor finalmente comenzó a penetrar en la confusión. Los arañazos. Las bofetadas. Los moretones que se formaban en su piel. No podía explicarlo. No podía entender lo que le había sucedido cuando el último recuerdo que tenía de los momentos anteriores, era el de un gozo dichoso y carnal.

"Kathy, ¿qué demonios?"

Apenas podía verla en la oscura penumbra de su apartamento sin luz. Su piel desnuda le ofrecía pálidos destellos a la luz de la luna, advirtiéndole dónde estaba y de lo rápido que se acercaba, pero no podía verle la cara. No tenía forma de saber cuál de las dos Katherines lo tenía atrapado allí. Si su rostro estaría enrojecido por su furia desmedida, o si había vuelto a ser la mujer encantadora de siempre, la mujer a la que acababa de jurar el resto de su vida.

Ella salió de la oscuridad y apretó sus labios contra los de él, torpemente. "Pensé que te habías quedado dormido sobre mí. ¿Preparado para volver a empezar?"

Soltó un suspiro de dolor que no se había dado cuenta que había estado conteniendo. Volvió a ser la de siempre. Tan normal como podía serlo. David se apartó de ella y las manos de Kathy se flexionaron convulsivamente, como si quisiera aferrarse a él.

Él gimió. "¿Me has asfixiado?"

"¿Qué? Sólo un poco". Por un momento pareció avergonzada, como una niña pequeña a la que han pillado haciendo una travesura, y luego, de golpe, el fuego volvió a aparecer en su voz. "No seas maricón. No te estabas despertando".

Volvió a alcanzarlo y esta vez sus dedos se enredaron en los pelos de su pecho antes de que él pudiera zafarse. Él gruñó: "¿Así que pensaste en estrangularme, perra loca?"

"No le hables así a tu mujer, pequeño y feo bastardo. Te casaste conmigo. Eso significa que eres mío". Ella lo atrajo hacia sí. "Así que vuelve a meter tu perezoso culo borracho en la habitación y fóllame. ¿Me oyes?"

Le agarró las muñecas y consiguió liberase. "Estás loca. Te falta un tornillo. La vieja trató de advertirme pero no le hice caso".

Katherine estaba perdida en sus propios pensamientos, demasiado nerviosa para entender lo que le estaba diciendo. "Papá lo hizo cinco veces. Tenemos que hacerlo más".

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

Los ojos de Katherine estaban vidriosos, perdidos en su memoria. "En su noche de bodas, mi padre lo hizo con Barb cinco veces. Me quieres, ¿verdad? Me quieres más que eso, ¿verdad? Tenemos que follar otra vez. Dos veces más. Al menos dos más. Tenemos que hacerlo".

Se apartó de ella, horrorizado. Si la violencia no había sido

suficiente para disuadirle de cualquier otra insinuación amorosa -y había muchos hombres a los que no se lo habría impedido- esta charla sobre la vida sexual de sus padres, los detalles explícitos que Bárbara había compartido con sus hijas, habrían bastado para matar su pasión. Ella parpadeó para disipar su propia confusión y le dedicó una tímida sonrisa: "David. No te preocupes por todo eso. Es sólo una pequeña pelea. Todo el mundo se pelea cuando se casa. Vamos. Vuelve a la cama. Te besaré para que te sientas mejor".

Respiró profundamente. Todavía podía sentir donde los dedos de ella habían estado mordiendo su garganta. Un dolor profundo y sordo que no quería desaparecer. Una advertencia. Ni siquiera el subidón de adrenalina había sido capaz de ahuyentar toda la borrachera del día, pero alguna parte racional de su mente estaba trabajando ahora. Algún instinto básico de supervivencia se estaba encargando de ello.

"Muy bien, amor. Vete a la cama. Yo sólo... iré al baño y te encontraré allí, ¿sí?"

Se lamió los labios. "No tardes mucho o empezaré sin ti".

Consiguió reunir una sonrisa antes de que ella se escabullera. El cuarto de baño era la única puerta de la casa que tenía cerradura y, aunque no podría explicarlo a la fría luz del día, entró en el cuarto de baño, giró la cerradura y se metió en la bañera para quedarse dormido. Katherine llegó golpeando la puerta no más de diez minutos después, pero el sueño atestado de alcohol que le había metido en tantos problemas antes, se convirtió en su salvación. Demasiado borracho para despertarse, no pudo levantarse para dejar entrar a la furiosa Katherine en la habitación.

La bendición marital

Después de ese contratiempo inicial, el matrimonio volvió a ser una bendición. Los dos volvieron a sus respectivos trabajos, pero mientras David llegaba cansado del trabajo, toda la carnicería que rodeaba a Katherine durante todo el día la hacía salir de la fábrica tan llena de energía que prácticamente rebotaba. Lavaba toda la ropa de David, cocinaba todas sus comidas, mantenía el espacio común absolutamente impecable y, cuando estuvieron listos para mudarse juntos a un lugar más grande, se encargó de todo el trabajo pesado, tanto figurado como literal.

Era la esposa perfecta en todos los sentidos y en una semana David había atribuido aquellas travesuras nocturnas a un malentendido que probablemente había perpetuado en su estado de embriaguez. Al igual que sus profesores cuando ella sacó un cuchillo a otro alumno, David fue incapaz de conciliar las dos imágenes que tenía de Katherine, así que optó por creer en la que más le beneficiaba. La hermosa y joven esposa que se entregaba gustosa a todos sus caprichos y que le adoraba por completo.

Este período de luna de miel se prolongó durante semanas, luego meses. Sin embargo, Katherine comenzó a ceder bajo la presión de la perfección. Seguía siendo capaz de dar rienda suelta a sus impulsos violentos en alguna que otra discusión en el trabajo y el horripilante trabajo que realizaba cada día seguía dándole la misma satisfacción de siempre, pero se esforzaba en cada momento que estaba con David para ser la esposa perfecta y, finalmente, algo iba a tener que fallar.

No llegó a ser directamente un acto de violencia, pero el temperamento de Katherine comenzó a manifestarse de otras maneras. Seguía cumpliendo con todos sus deberes de esposa sin fallar ni quejarse, pero entonces, empezó a criticar cualquier falta que percibiera en David. Si él llegaba a casa un minuto más tarde de lo que había dicho que llegaría, ella comenzaba con sus salvajes acusaciones de infidelidad. El patrón de un matrimonio estaba bien establecido en su propia mente y no veía en David nada de la cruda lujuria animal que había mantenido a sus padres unidos. Sin eso, tuvo que asumir que su relación seguiría exactamente el mismo camino que el primer matrimonio que su madre le había descrito con íntimo detalle. Primero el amor, luego el matrimonio y después la traición. Para Katherine, la idea de que David la dejara era tan intensamente dolorosa, que sólo pensar en ello empezaba a envenenar su relación.

Las acusaciones persistieron durante el primer año de la relación, cuando David aún trabajaba como camionero, fuera de su vista todo el día. En una concesión a sus delirios, David aceptó un trabajo en la línea del matadero con un recorte salarial bastante importante para

que ella pudiera vigilarlo todo el día. Supuso que si no existía la posibilidad de que ella pensara que él le fuera infiel, su comportamiento irracional se detendría y su feliz relación podría reanudarse. Pero no fue así.

Hacia 1975, las constantes acusaciones y el trato vejatorio a manos de Katherine empezaban a cansar a David. Ya no importaba que su comportamiento demente cambiara más rápido que el clima y que su amada esposa regresara luego e hiciera todo lo posible por compensarlo; estaba agotado de vivir en un estado de tensión constante, sólo esperando que llegara el próximo ataque. Por si fuera poco, se sentía completamente inadecuado para su nuevo trabajo en la carnicería. Mientras que su complexión delgada había encajado perfectamente en la cabina de un camión, en el matadero, se veía empequeñecido por los demás hombres y tenía que esforzarse al máximo sólo para seguir el ritmo del resto de la cuadrilla. Comenzó a salir a beber con sus compañeros de trabajo cada vez con más frecuencia. Las acusaciones de Katherine eran menos frecuentes cuando estaban en público y sus malos tratos tenían al menos la ventaja de hacerse merecedor de cierta simpatía por parte de los demás hombres casados. Al poco tiempo, las constantes salidas al bar empezaron a reducir el tiempo que Katherine dedicaba a las tareas domésticas y las condiciones de su casa comenzaron a deteriorarse. Se vio obligada a elegir entre seguir persiguiendo los pasos de David para asegurarse de que le fuera fiel, o volver a su antigua rutina en la que sentía que estaba siendo una buena esposa, digna de afecto y devoción.

Esa particular lucha interna se prolongó durante largos meses, en los que Katherine oscilaba entre las dos opciones, agotándose al intentar hacer ambas cosas, pasando una noche en casa jugando a ponerse al día y la siguiente saliendo con David, fingiendo que todo iba bien. Fingiendo desesperadamente que todo en su matrimonio estaba bien, cuando podía sentir que él se alejaba de ella cada día más.

Una noche, cuando los dos visitaban a Ken y Bárbara en un torpe intento de reunión familiar, Katherine llegó a una epifanía. Su padre tenía sus defectos, pero nunca había engañado a su madre y eso tenía que ser por algún motivo. Katherine seguía sosteniendo que la infidelidad era una parte fundamental de la configuración de un hombre, pero incluso la relación más rota y retorcida que había conocido en su vida, había conseguido resistirse a ella. Tuvo que asumir que era porque Bárbara hacía todo lo que debía hacer.

A partir de ese día, Katherine dejó a David en libertad. Se quedaba en casa después del trabajo, ponía una hermosa comida casera en la mesa todas las noches y atendía todos sus caprichos, cuando él

finalmente decidía volver a casa. Seguía cayendo en sus rabietas, seguía haciendo sus salvajes acusaciones, pero aquellas eran cosas que ella consideraba que estaban fuera de su control. Cuidar de él adecuadamente era algo que ella podía hacer.

Se estableció un nuevo equilibrio, uno que probablemente podría haberse mantenido para siempre si nada más hubiese cambiado. David estaba dispuesto a aguantar sus locuras, e incluso logró convencerse de que sólo era su forma de demostrar que le quería, por el trato auténtico que recibía el resto del tiempo.

En agosto, Katherine quedó embarazada, y sus celos y su obsesión por David se dispararon. La idea de ser abandonada ya la había aterrorizado antes, pero la idea de ser abandonada estando embarazada, llevó los escenarios catastróficos que imaginaba a un nivel completamente nuevo. Estaba muy atenta a todo lo que David decía y hacía. Una sola palabra fuera de lugar podía hacerla gritar y maldecirle. Un día, después de un largo turno en la fábrica de carne, David llegó a casa para ponerse una camisa limpia antes de ir al bar. Esta no era su rutina habitual y Katherine se dio cuenta inmediatamente.

¿Para quién se vestía? ¿Con quién se reuniría con su elegante camisa nueva? La camisa que ella había cosido para él. El maldito bastardo. Todos estos meses le había estado mintiendo, afirmando que la amaba. Fingiendo que se preocupaba por ella. Ahora la había dejado embarazada y estaba persiguiendo a otra chica. Bueno, eso ya lo verían. A ver qué tan guapo lo cree ella cuando no tenga ropa nueva para ir a bailar. Vamos a ver cuánto éxito tiene con las damas con sólo una camisa en su espalda.

Katherine reunió toda la ropa de David en la bañera, la empapó en líquido para encendedores y lanzó una cerilla. El incendio que se produjo hizo que los bomberos de Aberdeen, reunidos caóticamente, acudieran a su puerta y, como la mitad de esos hombres fueron arrastrados fuera del bar para venir a echar unos cuantos cubos de agua en el baño de la familia Kellett, David también acudió.

El techo del baño se había ennegrecido por el hollín, el humo había inundado el resto de la casa, asfixiando a Katherine hasta que salió corriendo. Era dolorosamente evidente lo que había sucedido en el interior de la casa: después de todo, las pruebas estaban fundidas en la bañera. El mundo entero era ahora testigo de la relación disfuncional de Katherine y David y, mientras él ardía de vergüenza, ella se limitaba a girar su rostro sonrojado hacia toda la ciudad de Aberdeen y a mirarlos fijamente. Desafiándolos a decir una palabra.

Tras el incendio, David se sintió demasiado avergonzado para mostrar su cara en el bar durante semanas. Los dos se trasladaron en silencio a una pequeña casa cerca del matadero cuando la limpieza

necesaria para hacer su apartamento habitable de nuevo resultó ser demasiado extensa. Podría haber esperado que Katherine se sintiera feliz ahora que lo tenía sólo para ella, pero nada más lejos de la realidad. Ella seguía acusándole de infidelidad casi a cada hora del día, como si la lenta maquinaria de su mente hubiera desarrollado un fallo y volviera a encajar en el mismo surco después de haber estado funcionando sin supervisión durante demasiado tiempo. Su vida matrimonial seguía siendo una mezcla constante de cielo e infierno para David y, al poco tiempo, volvió a ir al bar sólo para escapar de la embestida.

Una noche, regresó a casa más o menos a la misma hora en que solía ir tambaleándose para cenar y Katherine le tendió una emboscada en el salón de su casa, gritando que la había abandonado, que había vuelto a perseguir a otra mujer. Quemar su ropa no había sido suficiente para alejar de él a todas las mujeres sueltas de Aberdeen, así que ella decidió que debía quemar algo más. Cuando él llegó a casa, ella había estado planchando las pocas ropas que David había podido reunir. Con un rugido, le lanzó la plancha caliente a la cara. Le hizo un grueso corte en la mejilla, que le atravesó casi hasta el pómulo. Si no se hubiera apartado en el momento justo, el golpe le habría costado el ojo. Se retiró, gritando de dolor, al cuarto de baño -su antiguo santuario frente a sus violentos arrebatos- y cerró la puerta antes de que ella pudiera llegar hasta él. Golpeó la puerta con la plancha, dejando marcas de quemaduras y abolladuras en partes iguales, hasta que la rabia la abandonó tan repentinamente como había surgido y empezó a llorar y a pedir perdón, susurrando por debajo de la puerta que lo sentía, que no volvería a hacerlo, que simplemente lo echaba tanto de menos que la volvía loca. A pesar del dolor y la desfiguración que acababa de sufrir, David le creyó. Abrió la puerta del baño y ambos se abrazaron. Ella le envolvió la cara con una gasa y le prodigó besos en su mejilla sin marcas. No tardaron en pasar al dormitorio, donde ella hizo todo lo posible por distraerlo del dolor.

David no durmió en toda la noche. No por las atenciones amorosas de Katherine, a pesar de que fueron abundantes, sino por el horrible dolor de su cara. Sabía que si llamaba a una ambulancia, los paramédicos se verían obligados a denunciar de sus heridas a la policía y no quería ver a Kathy en problemas por algo que había sucedido en un momento de pasión. Se quedó tumbado en la oscuridad, con su mujer roncando a su lado, y contuvo sus gemidos.

Al día siguiente, en el trabajo, el supervisor de David echó un vistazo a la herida y lo llevó al hospital para que lo atendieran. Sin la llamada de emergencia, la policía no fue informada de lo ocurrido. David obtuvo la ayuda que necesitaba y Katherine consiguió evitar las repercusiones. El resultado fue lo mejor para ambos y lo único que

costó fue que David permaneciera en agonía durante ocho horas en lugar de buscar atención médica para la cicatriz de la quemadura que le quedaría como su rasgo más prominente para el resto de su vida.

Tras aquella agresión, David empezó a hacer algunas nuevas concesiones a Katherine para ayudar a mantener la paz. Cuando ella sentía que llegaba tarde, se enfadaba con él, así que formalizó sus acuerdos nocturnos para evitar más "malentendidos".

Antes de salir del trabajo, él le hacía una lista de sus planes para la noche y ella los aprobaba o exigía modificaciones. En su continua búsqueda por parecer la esposa perfecta, intentaba que David sintiera que era él quien tomaba las decisiones, pero carecía de las habilidades comunicativas necesarias para manipularlo con algún tipo de sutileza, así que, la mayoría de las veces, acababa ladrándole "¡No!" una y otra vez hasta que él se acomodaba a sus mal expresadas exigencias.

Aprendió por las malas que este método de manejar a Katherine tenía sus contratiempos. Una noche, se quedó demasiado tiempo en el bar antes de volver en dirección al matadero a la casa que les había proporcionado la empresa en "Honeymoon Lane". Estaba tan cerca de llegar a tiempo que ni siquiera se le ocurrió que Katherine pudiera tener un problema con ello.

Cuando se retrasó un minuto, Katherine empezó a ponerse nerviosa. Empezó a imaginar que él se había ido con otra mujer, que por fin había llegado su tan esperada traición. Ya estaba embarazada de seis meses. El matadero seguía soltando pistas cada vez menos sutiles de que tenía que dejar de trabajar en la empresa. Se iba a quedar sola y sin trabajo con un bebé. Un bebé que ni siquiera sabía si era deseado.

Al ver que se había retrasado dos minutos, su visión catastrófica del futuro se tambaleó ante su cegadora rabia. Más le valía no volver a casa después de haberla hecho esperar tanto. Si llegaba a casa, lo iba a hacer pedazos. Le iba a hacer pagar por haberla traicionado, huyendo con sus mujeres y abandonando a su mujer para que sufriera en silencio, sola.

Cuando llegó tres minutos tarde, la capacidad de pensamiento racional se le había escapado a Katherine por completo. Su mente seguía traqueteando con elaborados planes de sangrienta venganza, pero eran más una serie de imágenes parpadeantes que pasaban estrepitosamente por el ojo de su mente que cualquier tipo de patrón coherente.

Llegó a la casa cuatro minutos después de lo previsto. Las luces estaban apagadas y el silencio era total. David dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Aunque no creía que a Kathy le importara que llegara tan cerca de su alocado toque de queda, en realidad no quería lidiar con ella en ese momento. Si le había preparado la cena y

se había ido a la cama temprano, como hacía de vez en cuando, le esperaba una noche agradable y relajada, seguida de un poco del vigoroso sexo que Kathy siempre practicaba cuando estaba bien descansada y se sentía culpable por haberle descuidado. La noche ya se veía bien.

Manteniendo el silencio, abrió la puerta de la cocina y entró con una sonrisa en la cara.

Parpadeó una o dos veces. Veía las estrellas. ¿Por qué estaba viendo estrellas? Se le revolvió el estómago. ¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era que estaba caminando hacia su casa. Había estado en el bar. ¿Tal vez estaba borracho? Tal vez se había caído en algún lugar y se había golpeado la cabeza. Se sentía un poco dolorido, pero ese dolor estaba lejos en la distancia como si estuviera en camino pero no hubiera llegado aún. Abrió y cerró los ojos un par de veces más. A casa. Tenía que llegar a casa. Si llegaba tarde, Kathy se pondría furiosa.

Intentó incorporarse. Fue entonces cuando el dolor le alcanzó.

Los huesos de su cabeza se sentían como si estuvieran chocando. Como si todo su cráneo estuviera rechinando y chillando. El dolor era intenso, inmediato y absorbente. Una luz cegadora en la oscuridad de la noche. La única razón por la que no gritaba era que tenía la garganta obstruida por la oleada de vómito que el intento de moverse le había provocado. Ahora estaba salpicado por todas partes; tenía la cara resbaladiza por un lado. Su boca estaba agriada por la cerveza rancia y la bilis. El dolor ya no era lejano. Sin movimiento, el chirrido había cesado, pero seguía sintiendo como si hubiera un metal fundido atrapado dentro de su cabeza.

Algo había sucedido.

¿Qué había pasado? Era casi imposible averiguarlo con el dolor que le arrastraba cada vez que intentaba pensar, cada vez que intentaba recordar. Cuando intentaba moverse, el dolor empeoraba, quería morir cada vez que se movía. Dejó escapar un pequeño gemido, pero incluso esa ligera vibración hizo que su cráneo volviera a vibrar. Hubo un eco de ese sonido que arrastró su memoria hacia la luz. Un ruido como el de un gong al sonar.

La sartén de hierro fundido osciló en la parte posterior de su cabeza con toda la fuerza brutal que los poderosos brazos de Katherine habían podido reunir.

David dejó escapar un gemido y levantó una mano temblorosa para tocar la humedad de su nuca. Casi esperaba encontrarla derrumbada y fue casi un alivio cuando las yemas de sus dedos tocaron el pelo empapado de sangre. Casi un alivio, porque en el momento en que aplicó cualquier presión, pudo sentir cómo el cráneo se movía bajo su piel. El dolor se elevó como el sol, cegándole todo lo

demás.

Tardó una hora en arrastrarse palmo a palmo hasta la puerta trasera de la casa vecina. Veinte minutos más para reunir las fuerzas para raspar y golpear lo suficientemente fuerte como para llamar la atención. Para entonces, estaba completamente inconsciente. Sus vecinos, los Macbeths, no pudieron hacer nada más que llamar a una ambulancia mientras él volvía a hundirse en otra pesadilla de inconsciencia.

Al día siguiente, David despertó en el hospital de Muswellbrook, a sólo 16 kilómetros del lugar donde había caído, junto a él se encontraba su esposa, que le sostenía la mano con lágrimas en los ojos.

Lo que decidió hacer a continuación se puede explicar de varias maneras.

Es posible que se dejara engañar por el acto de "esposa perfecta" de Katherine, como había ocurrido tantas veces en el pasado. A pesar de todo lo ocurrido, David estaba profundamente enamorado de Katherine, o al menos de su versión idealizada de ella. Puede que pensara que esto sería un punto de inflexión en su relación, un vuelco para regresar al rumbo correcto. El sentimiento de culpa por un acto irracional ha sido suficiente para convertir a muchas personas en una mejor versión de sí mismas; no era del todo ilusorio pensar que la mujer embarazada de aspecto inofensivo que sollozaba junto a su cama fuera una de ellas.

Es igualmente posible que le asustara pensar en lo que Katherine le haría si declaraba en contra de ella. Estaban en un hospital, él estaba débil e indefenso y ella aún tenía toda la terrible fuerza que había desatado contra él la noche anterior.

Un último factor era la cultura empapada de testosterona de la Australia rural de los años 70. Un lugar donde los hombres debían ser duros y las mujeres serviles. Habría sido un golpe terrible para el ego de David y su reputación en la comunidad, si se supiera que era golpeado por su esposa. La vergüenza de que todo el mundo supiera cómo Katherine había quemado su ropa había sido suficiente para él, y aquella locura fue ampliamente excusada como un acto común de la feminidad histérica que podía ser objeto de burla y de poca importancia. Esto era algo mucho más serio, algo que podía despojarle de su hombría por completo si se lo permitía.

Cuando la policía llegó para tomar el informe de la pareja sobre lo ocurrido la noche anterior, David lo explicó. Katherine se había quedado sola en casa cuando él se fue de copas y, al oír que alguien intentaba entrar en la casa, actuó en defensa propia. Un accidente, más que un acto de brutalidad malévola. Era una historia fácil de tragar para la Policía de Nueva Gales del Sur, que en aquellos días

prefería no involucrarse en los casos de violencia doméstica cuando el hombre era el autor, y menos aún en esta extraña versión invertida. Katherine se contentó con reiterarles su historia desde su perspectiva, asegurándose de mirarle de forma directa cada vez que repetía lo tarde que había llegado su marido a casa.

Con la conmoción cerebral y el posterior daño en su cerebro, es posible que David realmente no pudiera recordar bien los acontecimientos de la noche anterior y se viera obligado a aceptar que la versión de Katherine era genuina debido a que no tenía ninguna explicación alternativa a mano. Al fin y al cabo, ella no le había explicado por qué le había agredido antes de golpearle con la sartén. Estaba demasiado perdida en su furia como para formular palabras, por no hablar de frases. Su limitado vocabulario era un obstáculo en los mejores momentos, pero en los momentos de coacción, se quedaba casi completamente muda, dejando escapar poco más que gruñidos y chillidos como una especie de animal salvaje atrapado en un cuerpo humano.

Unos días más tarde, cuando la hinchazón alrededor de su cerebro había disminuido y los médicos estaban convencidos de que las secciones fragmentadas de su cráneo estaban empezando a unirse de nuevo, David fue dado de alta bajo la custodia de Katherine, y ella lo llevó a casa. Lo guio hasta su cama con los brazos de ella enganchados bajo los suyos, lo acostó con cuidado sobre un montón de almohadas y lo besó suavemente en la mejilla. Si había estado esperando un cambio en Katherine, entonces esta era sin duda una prueba. La esposa perfecta había vuelto. Ella lo mimó durante el resto de la semana, atendiendo todas sus necesidades y deseos con la misma admiración desenfrenada que le había profesado cuando eran novios. David llegó a creer que su pesadilla por fin había terminado.

Cuando David volvió al trabajo, Katherine finalmente cedió a la insistencia del jefe y se quedó en casa, después de que le aseguraran que su trabajo seguiría esperándola cuando volviera de su permiso de maternidad no oficial. Sola en casa todo el día, la imaginación de Katherine no tardó en volver a escaparse de ella. Peor aún, David parecía haber perdido todo el miedo a cruzarse con ella. Ahora que ella no le mostraba más que dulzura, se había olvidado de con quién estaba tratando.

Ella no tardó en recordárselo.

Una noche, menos de un mes después del primer asalto casi mortal, su barniz de benevolencia comenzó a desprenderse. Había estado dando largos paseos en coche por el campo durante sus días vacíos, desviándose bruscamente para atropellar a gatos y perros cuando los cruzaba. Era el único entretenimiento que se le había ocurrido que no implicara ninguna actividad física extenuante o

compañía. David cenó con ella al terminar el trabajo y se levantó inmediatamente para ir a un torneo de dardos en el bar. Comprobó que Katherine estaba de acuerdo con el plan y aceptó su sonrisa al pie de la letra, pero antes de irse, se aseguró de confirmar a qué hora terminaría el torneo. Una vez que Katherine supo que era a las 11 de la noche, se acomodó para otra noche de tranquilas manualidades, trabajando en ropa nueva para David y el bebé.

Cuando se hicieron las 11 de la noche y David aún no había llegado, no montó en cólera inmediatamente. Había estado trabajando en su temperamento como parte de sus planes para mantener a David satisfecho, así que en lugar de dejarse caer en la habitual espiral de desaires imaginados, llamó por teléfono al bar y pidió hablar con él.

"Creía que volverías a casa".

Tuvo el valor de sonar molesto con ella. "Lo haré, lo haré. El torneo se está alargando un poco, eso es todo. No debería tardar más de una hora".

"Pero dijiste que volverías a las once".

David estaba delante de todos sus amigos del matadero; si se escabullía frente a las órdenes de Katherine, nunca lo superaría. "Bueno, ahora te digo que no lo haré".

Ella lo estaba esperando cuando llegó a casa. Sartén en mano. Esta vez él estaba preparado para ella. Esquivó el primer golpe, y el segundo lo recibió en el brazo en vez de en la cara. Katherine se había puesto completamente roja. Estaba resoplando en lugar de respirar. Parecía una especie de monstruo mítico más que una mujer. El siguiente golpe le falló por completo y en su lugar golpeó un interruptor de luz de la pared.

En la oscuridad y el caos de gritos que se produjo, David consiguió salir de la casa, corriendo por la carretera hacia el bar y alcanzando a sus compañeros de bebida antes de que pudieran dispersarse. Pasó la noche en el sofá de uno de ellos, retrasando el inevitable castigo hasta el día siguiente.

Fue a trabajar como de costumbre y esperaba que Katherine se presentara allí para reclamarle, pero en lugar de eso, sólo tuvo un día entero de trabajo agotador con la constante amenaza de violencia sobre él. Los presos en la cárcel vivían mejor que él.

A pesar de que estaba enamorado de Katherine y rebosaba de perdón, David Kellet llegó a una conclusión mientras raspaba el tuétano de los huesos aquel día. Si no se alejaba, ella lo mataría.

La idea había estado rondando en su cabeza durante bastante tiempo, pero el ataque de la noche anterior acababa de cimentar su certeza, en gran parte porque las sospechas de Katherine sobre él eran realmente ciertas.

Desde que Katherine había empezado a acusarlo salvajemente de

infidelidad, David se había sentido alienado y abandonado en su matrimonio, así que había hecho lo único que tenía sentido para él. Había ido a buscar afecto a otra parte. No había sido una búsqueda activa, pero sí fructífera y, poco antes de que Katherine le marcara la cara, había entablado una relación con una chica que había conocido en Queensland. Después de su conmoción cerebral, había intensificado sus planes para estar con ella y justo una semana antes ella le había informado de que también estaba embarazada de él. Ella quería que dejara a Katherine y que formaran una familia. El silbido de la sartén que le habían lanzado a la cabeza la noche anterior, fue como el sonido de una pistola de arranque. Necesitaba escapar y tenía un lugar al que huir. Ahora todo lo que necesitaba era la oportunidad de salir con vida.

Volvió a casa esa noche para encontrar que Katherine se había transformado de nuevo en la esposa cariñosa y devota. Se disculpó profusamente por haber llegado tarde la noche anterior, le explicó que entendía perfectamente por qué estaba enfadada e hizo todo lo posible por compensarla, incluso llevándole flores y unas chuletas de cerdo recién cortadas para cenar. Ella quedó tan encantada con el gesto que todos sus pecados fueron olvidados.

Pasó el siguiente mes y medio caminando sobre cáscaras de huevo, esperando la oportunidad de coger sus cosas y largarse de la ciudad, pero la oportunidad no llegaría hasta mayo de 1976, cuando Katherine entró en trabajo de parto.

Llamaron a los padres de Katherine quienes se apresuraron a llevarla al hospital de Muswellbrook, dejando a David atrás para que hiciera una maleta para ella y los siguiera. Metió todas sus pertenencias que le cabían en la maleta, se dirigió al matadero y presentó su renuncia. A paso ligero, se subió a su coche y salió de Aberdeen tan rápido como pudo, antes de que alguien pudiera informar a la familia Knight. Por fin era libre.

Sola en la oscuridad

Katherine pasó por un largo y doloroso parto para traer al mundo a su primera hija, Melissa Ann, y se pasó casi todo el tiempo preguntando por su marido. Sollozando. Gritando su nombre con cada contracción durante toda la larga noche. Su hermana fue enviada desde el hospital a recorrer todo Aberdeen en busca de cualquier señal de él. Había dejado la mayor parte de sus pertenencias -ya sea por culpa o simplemente por el deseo de viajar ligero y alejarse rápidamente- lo que ocultó el hecho de que estaba realmente desaparecido. Su coche había desaparecido, al igual que la maleta que debía haber preparado para Katherine, por lo que la suposición dominante era que le había ocurrido algo en el camino hacia el hospital. Joy reclutó rápidamente a algunos de sus amigos de la carnicería para que lo buscaran y no pasó mucho tiempo antes de que media docena de coches recorrieran las carreteras secundarias de los alrededores de Aberdeen en busca de un coche accidentado.

Sin embargo, Joy era un poco más suspicaz que los amigos de David. Había crecido en el mismo hogar que Katherine, escuchando las mismas historias horripilantes y lascivas de su madre sobre las cualidades de los hombres. Conocía la maldad que acechaba en sus corazones y, mientras Katherine había encontrado la manera de dominarla, Joy seguía viviendo con miedo a ella. Ninguno de los hombres de los lugares habituales a los que frecuentaba David, lo había visto. Ninguno de los vecinos quería verse envuelto en otro de los ataques de gritos de Katherine, que poco a poco se estaban convirtiendo en leyenda en la ciudad, así que todos estaban ciegos a sus movimientos también. Sólo cuando amaneció, se le ocurrió a Joy que podría haber habido algún tipo de emergencia laboral que le arrastrara lejos del nacimiento de su primer hijo. Fue al matadero a preguntar por él y descubrió que había renunciado.

Cuando Katherine dio a luz y volvió a ser capaz de pensar y moverse de forma independiente, se sumió en una profunda rabia. A pesar de la pérdida de sangre durante el parto, ese familiar rubor llenaba su rostro. Los que tenían la mala suerte de conocerla, reconocían estos signos y se retiraron con tanto tacto como pudieron, pero el personal del hospital no conseguía mucho más que rugidos y gruñidos de ella cuando le entregaban a la bebé en brazos para alimentarla, o cuando arrancaban a Melissa de su pecho cuando la pequeña ya había bebido hasta saciarse.

Todo el amor que pudiera haber sentido por su hija en ese momento, todo el vínculo que una madre normal establecería con aquella pequeña vida que acababa de traer al mundo, fue borrado por el oscuro humor de Katherine. Sus ojos se dirigían a la puerta de la

sala cada vez que había movimiento, pero David aún no se presentaba. En el momento en que estaba más vulnerable, cuando más necesitaba a su marido a su lado, él la había abandonado. Su venganza sería algo espantoso, una pesadilla sangrienta, como nunca había visto Aberdeen. Iba a hacerle cosas a David que habrían hecho vomitar al viejo que torturaba cerdos para reírse. Tenía sus cuchillos colgados encima de su cama en casa y juró por Dios que los iba a usar. Esa escoria inútil no volvería a caminar. A ver hasta dónde se alejaba de ella cuando no pudiera ni siquiera caminar, cuando ella le cortara todos los tendones de las piernas y lo dejara cojo como el pequeño bulto inútil y llorón que tenía en sus brazos. Nunca volvería a dejarla; ella lo conservaría como uno de los pájaros de alas rotas que solía atesorar en su dormitorio, impotente y desesperado por cada pedazo de atención que le diera, tan pronto como le pusiera las manos encima.

Joy siempre había estado en el punto ciego de su hermana, nunca había sido una víctima de su crueldad, ni una figura de autoridad a la que hubiera que apaciguar o manejar. Puede que fuera la única persona en el mundo a la que Katherine considerara realmente una amiga. De todas las personas que había en su vida, sólo Joy podía dar la noticia de la huida de David con seguridad, sin temor a repercusiones violentas.

Esperaba que Katherine se enfureciera y gritara, que perdiera la cabeza por la furia que, claramente, aún la consumía, pero en lugar de eso, tuvo que sentarse y ver cómo su hermana se quebraba. El rubor rojo desapareció de su rostro, los músculos anudados de su mandíbula se aflojaron y sus ojos se apagaron. Estaba demasiado devastada para llorar. Susurró un suave "gracias" y se echó de lado.

Normalmente, la madre recibía el alta del hospital unos días después del nacimiento del bebé, pero tanto Katherine como Melissa Ann parecían estar enfermas. Yacían juntas, sin vida y sin fuerzas, en una cama. Los únicos sonidos emitidos eran los llantos ocasionales de la bebé cuando pedía algo. Katherine no hablaba con su hija. Apenas la miraba. La psiquiatría era todavía relativamente incipiente en ese momento de la historia, reservada para hospitales especializados, lejos de los demás pacientes "normales". Así que se asumió que la enfermedad de Katherine se debía a alguna complicación del parto, que su falta de vida y su mutismo habrían sido causados por la falta de sangre o a algún daño en un nervio.

Finalmente, los médicos se vieron obligados a darse por vencidos y a darle el alta. Su padre la llevó a la casa abandonada. Ni el padre ni la hija se dirigieron la palabra durante todo el viaje. Ken entregó el cochecito, que los Knights habían comprado a la bebé como regalo, en la puerta junto a su hija, y luego se dio la vuelta y se marchó sin decir

nada. ¿Qué más habría para decir?

Aquella primera noche, Katherine hizo todo lo posible por ser una buena madre, como siempre lo había deseado cuando era una niña. Pero, al igual que su propia madre, no tardó en empezar a verter sus propias miserias sobre la bebé. Le contaba un sinfín de historias sobre las infidelidades imaginadas de David, sus defectos como hombre dentro y fuera de la cama y, en general, sobre lo malvado que había sido al abandonarlas a los dos. Las respuestas que esperaba obtener de la bebé no parecían llegar.

Bastaron unas pocas semanas de estar atrapada sola en la casa con Melissa para que las partes más oscuras de la psique de Katherine tomaran el timón. Siempre había tenido una paciencia limitada para estar encerrada en casa y la adición de los constantes gritos estridentes de un bebé la hizo sobrepasar ese límite. Cada mañana, Katherine se levantaba con el sol, de la misma manera que siempre lo había hecho, cargaba a la bebé en su cochecito y comenzaba a caminar por las calles de Aberdeen, desesperada por conseguir alguna distracción de la miseria que era su vida. La gente no podía mirarla a los ojos. En el mejor de los casos, una madre abandonada habría sido un espectáculo vergonzoso, alguien de quien compadecerse más que de ser tratado con desprecio; pero, en el caso de Katherine Knight -el infierno de Honeymoon Lane- esa compasión nunca llegó a materializarse. Había demasiado miedo a Katherine como para que alguien se acercara a ella. Todo el mundo sabía que era cuestión de tiempo para que explotara violentamente de la misma manera que siempre lo había hecho y nadie quería estar en el radio de la explosión cuando esto finalmente sucediera.

Su soledad era absoluta. Tanto si estaba atrapada en la casa como si vagaba por las calles, Katherine se movía en una burbuja de silencio, atravesada sólo en contadas ocasiones por los gritos de Melissa. Katherine, sumida en una profunda y oscura depresión, no tardó en aborrecer ese sonido. Añorar el silencio y el aislamiento que hasta ese entonces la habían perseguido. No podría precisar el momento exacto en que empezó a odiar a su bebé, pero es posible que Melissa oficiara de recordatorio de la traición de David cada vez que Katherine la miraba. Lo que debería haber sido su mayor alegría, su mayor triunfo en su búsqueda de la feminidad conservadora tradicional, se había convertido en cambio en un peso de plomo alrededor de su cuello. Un símbolo de todas las formas en que su vida había ido mal.

A finales de mayo, Katherine había superado su punto de quiebre y se había lanzado de cabeza hacia una villanía caricaturesca. Las personas corrían las cortinas para verla pasar, gritando y desvariando con la bebé de tres semanas en su cochecito. Salía corriendo por las

calles, sin prestar atención a la forma en que la bebé salía despedida al pasar por los baches. Cuando ni siquiera eso fue suficiente para calmar a Melissa, empezó a lanzar el cochecito de un lado a otro mientras corría, golpeando a la indefensa bebé contra los duros laterales del cochecito, mientras se burlaba de la pequeña niña gritándole en su cara.

La policía de Aberdeen había aprendido a temer la ira de Katherine Knight, aunque no la hubieran sufrido ellos mismos y sólo hubieran visto el desastre que dejaba en las personas a las que levantaba sus puños. Cuando recibieron una llamada acerca de ella aquella mañana, no se sorprendieron en absoluto; había sido sólo cuestión de tiempo que se vieran obligados a enfrentarse a ella. En una ciudad tan pequeña, los rumores corren como la pólvora y un cuerpo de policía decente sabría perfectamente cómo sacar provecho de ello. Puede que la policía comunitaria sea una palabra de moda de las fuerzas del orden modernas, pero en una ciudad como Aberdeen era inevitable y esencial. Los policías vivían en las mismas comunidades que vigilaban y escuchaban los mismos rumores que cualquier otra persona -ya fuera directamente o a través de sus esposas- y eso influía en la forma en que llevaban sus casos. La Katherine Knight que conocían estaba a un solo día de ser acusada de asesinato. Habían oído hablar de su trato con David Kellet y, aunque compartían las mismas suposiciones que todos los demás en aquel momento sobre que sus actos de violencia doméstica eran de represalia y no depredadores, también eran conscientes de la facilidad con la que la defensa propia podía volverse sangrienta, especialmente allí, tan lejos de los núcleos de civilización.

Tres agentes fueron enviados a enfrentarse a Katherine después de que se denunciara su imprudente puesta en peligro de la bebé, pero el espectáculo que les esperaba no era aquel para el que estaban preparados. En lugar del monstruo furioso de la leyenda del bar, se encontraron con una mujer indefensa que no paraba de llorar. Empezó a sollozar en cuanto se acercaron a ella, con el rostro completamente enrojecido y la voz temblorosa con cada palabra que intentaba pronunciar. Una vez más, ante la autoridad que la interpelaba por sus crímenes, se las arregló para que todo fuera culpa de otros.

Aunque creyeron su historia fragmentada de abandono y traición, la policía no podía dejarla libre, no cuando había una niña en peligro. Se ofrecieron a llevarla a casa, se ofrecieron a llevar a la bebé a casa de sus padres para que pasara la noche y luego la condujeron al hospital más cercano, equipado para tratar a pacientes de salud mental, antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

El hospital St. Elmo de Tamworth guardaba silencio sobre su área

de especialización, para no asustar a la población local. Todo el mundo estaba de acuerdo en que debía haber hospitales para locos, pero nadie quería uno en su patio trasero. De vez en cuando corría algún rumor sobre el lugar, pero si lo hacía, nunca había llegado hasta los oídos de Katherine en Aberdeen. No tenía ni idea de por qué la llevaban al hospital, insistiendo en todo momento en que no estaba enferma, hasta que finalmente una de las enfermeras la sentó y le explicó exactamente por qué la habían llevado bajo su cuidado. Fue durante esta primera estancia en el hospital cuando se sentaron las bases de gran parte del trabajo psiquiátrico sobre Katherine Knight.

Había fuertes sospechas, creadas a partir de los informes recopilados sobre su comportamiento y sus propias extrañas declaraciones, de que padecía TLP, pero a corto plazo, todo lo que pudieron probar de forma concluyente, fue que sufría un ataque de depresión posparto, una condición mental que a menudo se traduce en una incapacidad de la madre para establecer un vínculo con el bebé y, en casos extremos, da lugar a atentados contra la vida del bebé. Las pruebas adicionales realizadas después de ese primer día, mostraron que Katherine había perdido la capacidad de leer y escribir desde que dejó de practicar tras su salida del sistema educativo, y esto, a su vez, llevó a los médicos a realizar un test de inteligencia, en el que Katherine obtuvo una puntuación de unos 80 puntos.

Incluso en esta primera fase del diagnóstico, los médicos empezaron a sospechar que los resultados que estaban obteniendo no eran exactos. Aunque carecía de la educación necesaria para superar un test de inteligencia, no le faltaba astucia animal. Esto, junto con los arrebatos violentos que mostraba cada vez que se sentía agraviada, llevó a uno de los psicólogos a describirla como poseedora de una "inteligencia primitiva". Operaba a un nivel muy básico, parecido a lo que cabría esperar de un cavernícola, más que de una mujer de la sociedad contemporánea. Era uno de los pocos profesionales médicos que consideraban que los problemas de salud mental de Katherine podían explicarse más fácilmente con un diagnóstico diferente: psicopatía combinada con narcisismo.

Este pequeño tribunal del hospital creía que Katherine estaba manipulando deliberadamente a los miembros del personal para resultar absuelta de la responsabilidad de sus actos.

A lo largo de su vida, Katherine siguió una pauta establecida que aplicaba si alguna vez alguien en posición de autoridad la confrontaba por sus atrocidades. Al principio, negaba que sus acciones hubieran tenido lugar, como había hecho a menudo con los acosos en el patio de la escuela, sus violentas amenazas a sus hermanos agresores y sus despiadadas palabras hacia otros en el lugar de trabajo. Cuando eso fallaba, debido a las pruebas o a los testimonios, cambiaba

inmediatamente de táctica y pasaba a admitir que el hecho había tenido lugar, pero a instancias de la otra parte, por la que ahora asumía la culpa. Esto ocurrió con frecuencia durante su semana en St. Elmo, lanzando acusaciones constantes hacia otros pacientes. Por último, cuando todo lo demás fallaba o no había ningún chivo expiatorio al que culpar de sus crímenes, Katherine admitía haberlos cometido, pero insistía en que era una venganza por algún desaire contra ella, y que sus acciones eran una respuesta razonable a la provocación de la otra parte a la que había mutilado o maltratado. Con un diagnóstico formal de TLP, Katherine se habría liberado por completo de la responsabilidad de sus actos. Sus crímenes ya no serían suyos en absoluto, incluso cuando no hubiera nadie más a quien culpar: serían a causa del TLP.

Por esta razón, entre otras, aquel pequeño tribunal de médicos, intervino para asegurarse de que su defensa por locura fuera sólo temporal. La depresión posparto es una enfermedad mental atroz y paralizante, pero generalmente tiene una duración corta, incluso cuando esta no se trata. Katherine se marcharía tras una breve semana en la institución, después de haber sido sometida a una terapia de conversación -a la que respondió principalmente con gruñidos- y al inicio de una terapia farmacológica que se prolongaría durante el resto de su vida. Con una bolsa de papel llena de píldoras y un certificado de buena salud, Katherine salió de St. Elmo menos de siete días después de su primer atentado contra la vida de Melissa.

Recogió a la bebé de manos de sus padres en un hosco silencio, y luego regresó a la casa vacía en la que había planeado compartir con su devoto esposo por el resto de sus días.

Durante todo el día siguiente no se oyó nada en la casa de Katherine. Los constantes gritos que habían acompañado a todos los ruidos que había hecho el bebé anteriormente, habían dado paso a un silencio más espeluznante. Era como la calma que precede a la tormenta. Cada vez que se producía un sonido, los vecinos lanzaban una mirada temerosa por sus ventanas, esperando ver qué nueva locura podría alcanzar Katherine Knight, pero nada se manifestaba, y al atardecer muchos de ellos empezaban a sospechar que tal vez la estancia de Katherine en el hospital psiquiátrico podría haberla curado de verdad, que el caos y la vileza con la que todos habían convivido durante años, podría haber sido finalmente abatido dejando nada más que una mujer solitaria. Sus esperanzas resultaron ser equivocadas.

El "viejo Ted" había trabajado en las minas durante muchos años antes de que una lesión lo obligara a abandonar el trabajo y ahora vivía una vida de vagabundo, mendigando, buscando comida y recibiendo donaciones de los establecimientos del pueblo para mantenerse alimentado y vestido. A pesar de su excentricidad y de sus

escasas normas de higiene, era bastante apreciado en Aberdeen, y muchos lugareños lo consideraban una especie de referente local. En sus años de vagabundeo por la ciudad, nunca se había cruzado con Katherine. No porque fuese considerado inferior -Katherine era extrañamente equitativa en su crueldad, arremetiendo contra todos los estratos de la sociedad por igual-, sino porque parecía poseer la misma astucia animal que ella. Independientemente de lo que se pudiera decir del viejo Ted, era un superviviente. Y había vivido todo ese tiempo reconociendo el peligro antes de que éste dirigiera su atención hacia él.

Aunque hubiera sido muy fácil para Ted estar al tanto de todos los chismes del pueblo, no se sentía inclinado a hacerlo y, lo que es más apremiante, había pasado la mayor parte del día desde la liberación de Katherine, fuera del pueblo, buscando presas para cazar o cultivos que nadie notara que habían desaparecido. No sabía nada del drama que la rodeaba, ni del silencio que siguió a su liberación.

Así que, mientras se paseaba al costado de las vías del tren en el fresco atardecer, buscando las pequeñas setas marrones que a veces crecían entre los durmientes de madera, ajeno a cualquier asunto que pudiera haber ocurrido en el pueblo, no le dio mucha importancia cuando oyó el llanto de un bebé más adelante. La gente del pueblo siempre lo dejaba en paz, así que él hacía lo posible por devolverles el favor. Si alguien quería sostener a un bebé que lloraba junto a las vías del tren, él no iba a impedírselo. Vive y deja vivir, esa era su filosofía. Pero incluso su actitud alegre y despreocupada empezó a verse afectada por los continuos lamentos del bebé. No tenía hijos propios, así que no tenía experiencia para saber la diferencia entre los diferentes llantos de un bebé, pero éste le resultaba especialmente irritante. No era como si quisiera algo. Sonaba a dolor o a miedo. Deseó que su madre lo calmara, para no tener que escucharlo más. No es que fuera tan grosero como para expresar esa opinión. No era un animal.

El bebé siguió llorando y él siguió caminando al costado de las vías, haciendo lo posible por ignorarlo. Había algunas setas que crecían por allí, así que Ted se arrastró un poco más cerca de las vías para recogerlas. Fue entonces cuando sintió la vibración que recorría el metal. Un tren estaba en camino y si tenía sentido común, se mantendría bien alejado. La mayoría de los trenes no se detenían en Aberdeen, sino que pasaban de largo y, a esa velocidad, podían levantar a un hombre de sus pies con la turbulencia de su paso. Sin embargo, el bebé seguía llorando. Ted finalmente sintió que debía decir algo. La gente que vacilaba junto a la línea podía no saber que se acercaba un tren. Dejó los últimos hongos y trotó a lo largo de la línea, mirando a su alrededor pero sin ver ninguna señal de alguien

parado. Casi estaba parado sobre el bebé antes de darse cuenta de lo que estaba viendo.

La pequeña Melissa estaba tumbada sobre las vías del tren. Su cabeza traqueteaba en la vía mientras el tren se acercaba. Con un grito, el viejo Ted la recogió torpemente, mientras intentaba acomodar el bulto que se retorcía en sus brazos. No había tiempo: sostuvo a Melissa delante de él, como si fuera un gato luchando, y corrió. El tren pasó un momento después, lo suficientemente cerca de sus talones como para sentir que le tiraba de la cola.

Si hubiera tardado un momento más, el tren habría pasado por encima de la bebé sin que nadie lo advirtiera.

Katherine no había estado ociosa desde que abandonó a su bebé en las vías del tren. Había vuelto a la ciudad con una furia tal que jamás se había visto en Aberdeen. Su rostro estaba completamente enrojecido y sus cejas estaban tan bajas que sus ojos se perdían bajo unas sombras oscuras. Parecía haber perdido toda la capacidad de hablar, resoplando con gruñidos desde su garganta. Se dirigió a la tienda de ramos generales del centro de la ciudad, cogió un hacha de madera del expositor y salió a la calle con un rugido gutural.

La policía ya estaba en el lugar, tras haber recibido una serie de avisos informales de que Knight estaba en movimiento. Caminó una corta distancia por la calle, balanceando el hacha de un lado a otro en forma de ochos, pero no obtuvo la respuesta que buscaba en los espectadores acobardados. Puede que la temieran, pero todavía podía ver esa repugnante lástima en sus ojos. Sentían pena por ella. La pequeña y loca Katherine, abandonada por su marido infiel con un bebé a cuestas. No se atreverían a volver a mirarla así, no después de lo que haría aquella noche. Esa zorrita llorona de Melissa se había ido y Katherine iba a borrar a Aberdeen del mapa. Cada una de esas personas iba a morir hasta que no quedara nadie que pudiera recordar lo que le había pasado. Ella los mataría a todos, luego mataría a David, luego se iría a algún lugar y empezaría de nuevo. Sería fácil. Sería libre de nuevo.

La policía no se atrevió a acercarse a ella. Era más alta que cualquiera de los agentes enviados a buscarla y, con el hacha en la mano, tenía suficiente alcance como para acabar con cualquiera de ellos si intentaban acercarse a ella con porras. Se mantuvieron fuera de su alcance, manteniendo a todos los demás fuera de su camino mientras ella acechaba de un lado a otro, blandiendo el hacha de un lado a otro, gruñendo, escupiendo y rugiendo, animándose lo suficiente para envestir a cualquiera que se interponga en su paso.

Estaba lista para hacerlo. Se había fortalecido lo suficiente como para pensar que podría matarlos a todos. Fue entonces cuando un aullido penetrante cortó el tenso silencio del enfrentamiento. El viejo

Ted había llegado tambaleándose al pueblo con un bebé en brazos. El hacha cayó de las manos de Katherine y la policía se apresuró a detenerla. Dejó escapar un horrible gemido al ver a Melissa viva en los brazos del viejo, y entonces se vio sepultada bajo un montón de policías que intentaban someterla.

Su regreso a St Elmo's fue breve. Estaba bien preparada en decir las cosas correctas para que le dieran el visto bueno y el personal estaba dispuesto a admitir que la dosis de su medicación claramente no había sido suficiente, calculada para la mujer promedio y no para una mujer del volumen de Katherine. Una vez medicada a la fuerza, todo rastro de la furiosa fanática que había acechado las calles de Aberdeen, volvió a desaparecer. Volvió a ser la chica encantadora y poco inteligente que habían liberado sólo un día antes. Se dio de alta después de pasar una noche en el hospital, y llamó a sus padres para que vinieran a recogerla.

Puede que Ken y Bárbara no fueran precisamente brillantes, pero reconocieron el patrón que estaba surgiendo en su hija y, a pesar de todas las maldades personales que dominaban sus acciones, no podían soportar la idea de que su nieta resultara herida, o algo peor. Ken llevó a Katherine a casa, pero esta vez no le devolvieron a Melissa. Prometió que cuidaría de la bebé hasta que Katherine se recuperara y ningún tipo de amenazas o súplicas fueron suficientes para hacerle cambiar de opinión.

Katherine se quedó total y completamente sola.

El mismo silencio espantoso de antes se apoderó de su casa, pero esta vez ni siquiera los llantos de la bebé lo interrumpieron. Los vecinos vigilaron a Katherine, tanto por su preocupación por ella como ser humano, como por un sistema de alerta temprana en caso de que su ira asesina se dirigiera de nuevo hacia ellos, pero, una vez más, no hubo nada para ver desde el amanecer hasta el anochecer. Esto duró tres días. Tres días de observación y espera.

Los Macbeth siempre habían sido relativamente comprensivos con Katherine, a pesar de vivir junto a ella y escuchar los peores gritos. Habían sido la familia que ayudó a David a recibir tratamiento médico después de su lesión en la cabeza y tal vez fue con eso en mente que Katherine acudió a ellos en la noche del tercer día después de su liberación.

Al oír un golpe en la puerta trasera, Margaret Macbeth, de 16 años, se apresuró a responder, pensando que había una emergencia. Katherine estaba allí llorando. "Mi bebé está enferma y no tengo mi coche. Necesito llegar hasta ella. ¿Puedes llevarme? Por favor".

Todas las historias premonitorias que los padres de Maggie habían estado compartiendo sobre Katherine salieron por la ventana en el momento en que vio esas lágrimas y escuchó esas palabras. "Por

supuesto. Deja que busque las llaves y a mi hermano".

"¿Tu hermano? Katherine se detuvo, acechando en la puerta".

"Lo debo cuidar esta noche. No te preocupes. Vendrá sin problemas. Ve al coche, estaré contigo en un segundo".

Katherine ya estaba en el asiento del copiloto cuando Maggie se calzó a su hermano y lo empujó hacia la puerta. Subieron al coche y ya estaban en marcha antes de que Maggie preguntara: "¿Dónde está tu bebé? ¿En casa de tus padres?"

"En Queensland. Nos vamos a Queensland".

"¿Qué? Eso está a miles de kilómetros. ¿Qué hace tu bebé allí?"

"¿A quién le importa un carajo la bebé? Vamos a buscar a David. Su madre vive en Queensland. Él debe haber vuelto a cobijarse bajo su delantal. Él y su puta. Ambos estarán allí con ella. Me ocuparé de todos ellos".

Maggie se estremeció y echó una mirada a Katherine. Había un cuchillo de carnicero apoyado en su regazo. Las opacas luces amarillas de la calle resplandecían en él cuando pasaban por debajo de ellas. "Kathy, no estoy segura de poder llevarte a Queensland. ¿Hay alguien más que pueda...?"

Katherine gruñó: "Cállate y conduce".

'Tengo a mi hermano pequeño en la parte de atrás. Tiene que ir a la escuela por la mañana. No puedo..."

El cuchillo era como una extensión de la mano de Katherine. A pesar de que andaba a los pisotones por la ciudad y se arrastraba por su casa, sus movimientos tenían una gracia fluida ahora que tenía esa cuchilla en su mano. La hoja se deslizó, casi por sí misma. Katherine ni siquiera tuvo que mirar. Le hizo una línea en la mejilla a Maggie. Lo suficientemente profunda como para que pudiera saborear la sangre. Muy a su pesar, Maggie gritó. El coche se desvió peligrosamente hacia el otro carril antes de que pudiera recuperar el control.

"Cállate y conduce, o te abriré. ¿Me oyes?"

Le dolía hablar. Cada vez que abría la boca, le tiraba de la herida fresca y le bajaba un nuevo torrente de sangre por la cara. Su hermano pequeño gritaba. Katherine le gritaba: "¡Cállate! ¡Cállate la boca!".

Maggie gritó por encima del caos: "¡Está bien!, ¡está bien! Te llevaré a Queensland, pero debemos parar a echar gasolina, ¿de acuerdo? No llegaremos muy lejos con el depósito vacío".

Katherine gruñó y frunció el ceño, pero no pudo discutir la lógica. No iban a llegar muy lejos sin combustible.

En las afueras de la ciudad había una gasolinera, uno de los últimos lugares donde se había visto a David durante su huida de Aberdeen. Maggie entró en la gasolinera y cargó gasolina en silencio, mientras Katherine permanecía inmóvil en el interior del coche. Su

hermano pequeño seguía allí dentro. Si cometía algún error, si daba algún indicio de lo que estaba ocurriendo, entonces Katherine podría volver el cuchillo de carnicero contra él. Con el depósito lleno hasta el tope y con todo el retraso que Maggie pudo reunir para pensar, se dirigió al interior para pagar. En cuanto estuvo fuera de la vista de Katherine, corrió hacia la caja. "Por favor, tienes que ayudarme. A mí y a mi hermano. Hemos sido secuestrados. Es Katherine Knight, tiene un cuchillo. Quiere que la lleve a Queensland. Me hizo esto en la cara. Por favor. Llama a la policía. Por favor".

La policía no esperaba exactamente esta llamada; ni siquiera sabían que Katherine había sido dada de alta del hospital, ni que era posible que ella misma firmara su salida después de haber estado prácticamente encarcelada. Dos agentes salieron corriendo hacia la gasolinera, donde las cosas ya habían empezado a complicarse.

Maggie no había vuelto al coche. No se atrevía a volver a entrar, aunque eso significara que su hermano pequeño estuviera en peligro. La mejilla le palpitaba de dolor y sus manos no dejaban de temblar. La paciencia de Katherine se agotó sólo un momento después de que Maggie entrara en la gasolinera, pero sin un curso de acción claro a seguir, se quedó sentada gruñendo y despotricando para sí misma hasta que la chica volvió a estar a la vista.

La chica y la mujer se miraron fijamente durante un largo rato, ninguna de ellas dispuesta a dar el primer paso, pero tampoco a quedarse en el medio. Fue entonces cuando el chico en el asiento trasero decidió aprovechar su oportunidad. Se quitó el cinturón y estaba a medio camino de la puerta antes de que Katherine le cogiera por la parte trasera del cuello de su camisa. Cuando el esfuerzo con todas sus fuerzas resultó insuficiente para liberarse de su agarre, se quitó la camisa y se dejó caer al asfalto con un aullido. Katherine salió del coche y se le echó encima antes de que pudiera avanzar más de unos metros hacia su hermana. La enorme mujer tiró al chico al suelo antes de colocar la hoja del cuchillo contra su garganta y arrastrarlo hasta sus pies por el pelo. Tras el forcejeo para ponerlo en pie, la mujer le hizo un par de cortes, y por su pecho desnudo y polvoriento corrieron pequeños rastros de sangre. Maggie se tapó la boca para contener un grito.

"Ven aquí y conduce este coche".

Maggie negó con la cabeza. No confiaba en que su propia voz funcionara.

"Ven aquí o lo destriparé como a un cerdo. ¿Quieres cargar con sus tripas? ¿Lo quieres muerto? Tú eres la que lo va a matar, no yo. Ven aquí, pequeña zorra".

Esta vez, Maggie logró soltar un pequeño gemido de sus labios.

"Entra al coche en este puto momento o va a chillar como un

cerdo atascado, ¿me oyes? No voy a matarlo rápido. Le va a doler. ¿Quieres ver eso? ¿Quieres oír eso?"

Dejó escapar un pequeño gemido: "No".

Maggie dio un paso hacia adelante, pero el viejo y rudo hombre de detrás del mostrador la agarró por el brazo. "No lo hagas".

"Tengo que hacerlo", gimió. No lo entiendes. Es mi hermano. Estoy... estoy destinada a cuidar de él".

Le contestó entre dientes. "Si le das lo que quiere, ya no lo necesitará. Lo matará. Aléjate, o lo matará".

El coche de la policía recorrió el camino de tierra, levantando una nube de polvo que bloqueó las estrellas. Katherine giró sobre sí misma, con sus ojos hundidos siguiendo cualquier movimiento, como la depredadora primitiva de la que la acusaban ser los médicos. Su agarre en el pelo del chico nunca se aflojó, pero la hoja tampoco mordió más profundamente. Mantenía sus opciones abiertas.

Cuando los policías salieron de su coche, lo hicieron con las manos en alto. Ambos habían estado presentes en su detención a principios de semana. Sabían lo peligrosa que era esta mujer y no querían arriesgarse a que otra vida inocente fuera arrojada a las vías del tren de su inminente locura. "Vamos a soltar ese cuchillo ahora, ¿sí? Somos todos amigos aquí, ¿no es cierto Kath?"

Siseó: "Vete a la mierda tú y la madre que te parió".

"No hay necesidad de eso ahora, Kath". Estaban más que acostumbrados al tipo de veneno que a Katherine le gustaba escupir. "Todo ha terminado ahora, sólo baja ese cuchillo y podremos hablar de esto. No hay razón para que nadie se meta en problemas".

"Le cortaré la maldita garganta. Si das un paso hacia mí, lo matas".

"Nadie irá a ninguna parte, Kath. Sólo estamos aquí en una bonita noche de verano, teniendo una conversación".

Katherine no estaba preparada para hablar de la situación y no podía luchar con el chico en sus brazos. Tomó una decisión rápida, soltándolo y pateándolo hacia la policía en un movimiento fluido. "Pequeño bastardo con suerte".

La situación había cambiado, uno de los agentes se lanzó hacia adelante para arrastrar al niño lejos de Katherine, el otro trató de rodearla y colocarse entre ella y los otros civiles. Katherine fue a por él.

Levantó los brazos a tiempo, y lo que podrían haber sido golpes letales o desfigurantes sólo le dejaron unas muescas en los nudillos. El bramido que soltó fue suficiente para sobresaltarla -lo suficientemente parecido a un toro siendo sacrificado- y por un momento se olvidó de dónde estaba, el cuchillo en su mano se deslizó hacia la siguiente posición de su técnica de deshuesado.

El policía aprovechó su oportunidad y trató de arremeter, pero

ella era demasiado rápida y astuta, incluso cuando su mente estaba completamente en otra parte. Era una veterana de más peleas de bar de las que se pueden contar, su cuerpo se movía por sí mismo, le propinó un puñetazo en la mandíbula y le abrió el brazo desde el codo hasta la muñeca con la punta reluciente de su cuchillo. Esta vez, el grito fue definitivamente humano. Katherine sonrió.

Con el niño a salvo en el coche, el otro policía de Aberdeen trató de acercarse sigilosamente por detrás, pero ella estuvo a punto de clavarle el cuchillo en las costillas. No podían acercarse lo suficiente para someterla, no con ese cuchillo en sus manos. Giró de un lado al otro, con esa sonrisa salvaje que no se borraba de su rostro. Sus ojos estaban muertos, pero se reía todo el tiempo mientras intentaban detenerla. Toda su vida, había escondido esto dentro de ella. El filo vicioso de Katherine que nadie quería ver y que sólo salía a la superficie cuando su máscara de humanidad estaba demasiado desgastada.

Los policías no estaban preparados para lidiar con un problema como este. Estaban acostumbrados a resolver peleas de bar, pero una maníaca que había pasado toda su vida entrenando con un cuchillo, estaba fuera de su alcance. Además, su dotación física no estaba a la altura de la circunstancia, no tenían acceso a la enorme mujer, y su cuchillo se deslizaba tan rápido que era más probable que perdieran un dedo que de que hicieran contacto si intentaban acercarse.

Una vez más, el empleado de la gasolinera acudió al rescate. Lanzó a la policía un par de escobas que había estado utilizando para barrer la explanada. Trabajando juntos, se acercaron a Katherine y consiguieron quitarle el cuchillo de las manos. Incluso con ella desarmada, los dos tuvieron que luchar para tirarla al suelo. Gritó, arañó y mordió hasta que la esposaron, e incluso entonces casi le rompe la nariz a uno de los agentes al arrojarse sobre él mientras intentaban meterla en el coche.

Esta vez, Katherine dejó de lado a sus viejos amigos de St Elmo's y fue enviada directamente al Hospital Psiquiátrico Morisset, de alta seguridad, donde por fin se presentó el papeleo correcto para restringir sus movimientos hasta que el tratamiento pudiera demostrar su eficacia. Permaneció bajo su cuidado durante casi un mes.

Jamás relató su experiencia allí, pero otros residentes de Morisset han compartido muchas historias de horror sobre la calidad de la atención que recibieron allí. Ninguna de sus manipulaciones habituales surtió efecto cuando la llevaron fuera del contexto de la sociedad civilizada. Los éxitos que había conseguido hasta ese entonces en su vida se basaban casi exclusivamente en que todos los que la rodeaban creían que era normal, que sus tendencias violentas no eran más que los arrebatos corrientes de una mujer malhumorada.

En Morisset, todos esos engaños cayeron. Cuando era violenta, la sedaban. Cuando era grosera, la castigaban. Al principio, ella se rebeló contra el sistema -tirando su medicación en la cara del personal, haciendo trizas su delgado colchón y provocando todo el caos posible por puro despecho- pero, al poco tiempo, acabó recayendo en el ritmo de la institucionalización, un patrón de comportamiento que le era demasiado familiar gracias a su educación bajo las férreas leyes de Ken.

Sus padres no tenían ningún interés en luchar por su liberación. No tenía amigos. Hubiera sido muy posible que ésta hubiese sido la última residencia de Katherine Knight, de no ser por el único hombre en todo el mundo que la amó.

Tras su internación, el personal del hospital tuvo claro que David Kellet corría peligro por culpa de Katherine. En sus sesiones semanales de terapia, ella había hablado largo y tendido sobre su deseo de venganza contra el hombre que había arruinado su vida, detallando incluso la fantasía que había esperado cumplir la noche en que había secuestrado y dejado permanentemente marcada a Maggie Macbeth.

Iba a conducir hasta Queensland y torturar a la madre de David hasta que le diera a Katherine su nueva dirección. Luego, mataría a la anciana y comenzaría la caza. Planeó matarlo a él y a su nueva novia con la que estaba segura de que estaba, junto con cualquier testigo o transeúnte que se interpusiera en su camino. A continuación, volvería a Aberdeen y mataría a cualquiera que pudiera haberle ayudado en su huida, empezando por el mecánico local que le había arreglado el coche recientemente, lo que le permitió escapar en primer lugar.

La confidencialidad entre pacientes y médicos se vuelve discutible cuando un paciente amenaza con actuar según sus impulsos violentos. La policía fue informada de sus planes y no tardó en localizar a David en Queensland e informarle del estado mental actual de quien era aún su esposa.

David estaba horrorizado por lo que había hecho. Asumió toda la culpa de las acciones de Katherine y se ahogó en el odio a sí mismo. Antes de que terminara el mes, había abandonado a su segunda mujer embarazada a punto de dar a luz al segundo de sus hijos. Junto con su madre, otra de las víctimas potenciales de Katherine, David se trasladó de nuevo a Aberdeen, rechazando la nueva vida que había estado construyendo para sí mismo en favor de volver a los brazos expectantes de una mujer que lo quería desesperadamente muerto.

Una vez que se estableció en Aberdeen y retomó su antiguo trabajo, solicitó a los tribunales que su esposa quedara a su cargo, y tanto él como su madre se ofrecieron a cuidar de la mujer, asegurándose de que tomara su medicación y no se hiciera daño a sí misma ni a los demás.

Por mucho que cualquiera que hubiera seguido el caso de Katherine Knight hasta ese momento dudara de las posibilidades de éxito, la decisión estaba en manos de los tribunales y éstos querían que hubiera el menor número posible de ciudadanos australianos sanos confinados en hospitales psiquiátricos.

El 9 de agosto de 1976, Katherine fue puesta en libertad al cuidado de su marido, a condición de que éste se asegurara de que siguiera tomando las dosis francamente ridículas de antipsicóticos y sedantes que le habían recetado para tratar su enfermedad. Fueron directamente desde el hospital a la casa de Ken y Bárbara para recoger a su hija.

Al llegar, David dejó a Katherine y a su madre en el coche y fue él mismo a por la bebé. Katherine seguía sintiéndose frágil después de todo lo que le había ocurrido en el último mes y eso se manifestaba en un estado de ánimo sombrío que llenaba de miedo a sus dos cuidadores. Consultaron en silencio antes de llegar a la granja del mayor de los Knight y decidieron que lo mejor sería que Katherine no se encontrara cara a cara con sus padres, que la habían abandonado en su momento de mayor necesidad. Katherine no llevaba bien el abandono y querían mantenerla lo más tranquila posible. Cualquier arrebato violento podría haber provocado un regreso más permanente a Morisset, y los tres lo sabían.

Cuando David llamó a la puerta, no fue Ken quien respondió. Había temido que fuera Ken, temiendo que esto se convirtiera en un altercado físico que estaba seguro de que no ganaría, pero en su lugar, se encontró con la tonta y vieja Bárbara. Se abalanzó sobre él y lo agarró por el pelo. "¿Qué le has hecho a mi hija, pedazo de mierda de borrego infiel?"

David quedó atónito cuando ella lo derribó. Cayó hacia atrás, con las uñas de ella rozando su cuero cabelludo mientras intentaba mantener su agarre. "Destruiste a mi Kathy. La volviste loca. No pudiste mantener tu pene en tus pantalones, ¿verdad? Tenías que arruinarlo todo".

Comenzó a pisotearlo mientras yacía tendido en el camino de grava y, aunque no tenía el tamaño de su hija, tenía la misma tenacidad y la misma puntería cruel cuando se trataba de patear a un hombre cuando estaba caído.

Katherine se abalanzó como un torbellino por el sendero, tan rápidamente que la madre de David ni siquiera tuvo la oportunidad de lanzar una advertencia, y mucho menos de intentar detenerla. Su puño alcanzó a Bárbara bajo la barbilla, haciendo que la anciana saliera volando hacia su propia puerta. "¡No vuelvas a ponerle una mano encima a David! Él me salvó. Me dejaste para que me pudriera y él volvió a por mí". Un gruñido depredador apareció en su voz. "¡Es mío!

Mío. No vuelvas jamás siquiera a mirarlo".

Katherine pasó por encima de su madre ensangrentada y entró en la casa. Se movió de habitación en habitación como si estuviera en un sueño, recogiendo todas las pertenencias de la bebé a medida que avanzaba hasta que, finalmente, encontró a Melissa, profundamente dormida en los brazos de su padre. Le entregó a la bebé sin una palabra de advertencia, sin siquiera un indicio de que sorpresa al verla, tampoco.

Luego, tan rápido como habían caído a la casa, se fueron. Se alejaron por los caminos de tierra de vuelta al pequeño piso que David había alquilado junto a la fábrica de carne. Un hogar que sólo les duraría unos pocos días, antes de que un nuevo cambio volviera a atravesar sus vidas.

Katherine no soportaba las miradas de la gente del pueblo y cualquier beneficio que la familiaridad de Aberdeen pudiera haberle aportado a su estabilidad mental, se veía superado por los terribles recuerdos que tenía del pueblo. David no tenía ningún apego al lugar. Su madre sólo había vivido allí un par de semanas y ya lo detestaba. Todo el rencor que Katherine solía lanzarle a David parecía haber sido quemado por el fuego de las tribulaciones por las que había pasado en el último mes. Era eso, o bien la medicación, que la hacía moverse en un mundo nebuloso y sin aristas, que la había frenado con dureza. Era nuevamente la esposa cariñosa y dócil que David siempre había esperado que fuera, así que cuando le suplicó entre lágrimas que se la llevara de ese horrible lugar, donde habían pasado sus peores momentos, no hizo falta pedírselo dos veces.

La pareja se trasladó a Woodridge, un tranquilo suburbio de Brisbane, donde ninguno de los dos tenía lazos familiares, ni había forma de que los rumores los siguieran. Su madre siguió viviendo con ellos y, con esa adición al hogar, Katherine se dio cuenta de que su presencia en la casa era casi totalmente innecesaria. Toda la cocina y la limpieza pasaron naturalmente a la mujer mayor y, tras los primeros meses, incluso el cuidado de Melissa se convirtió en una tarea más de su suegra.

Con todas las horas del día por llenar, Katherine empezó a buscar trabajo y no tardó en conseguir un nuevo empleo en la línea de la fábrica de carne Dinmore, en la cercana Ipswich. Se adaptó al trabajo como pez en el agua y, en poco tiempo, volvió a su antiguo ritmo, sorprendiendo a sus nuevos empleadores y compañeros de trabajo con su habilidad con los cuchillos personalizados que había traído de su antiguo trabajo. Cuchillos que pasaba diez minutos afilando antes de cada turno.

Seguía tomando su medicación, lo que la ralentizaba un poco, pero eso también significaba que el número de "incidentes" en el lugar

de trabajo seguía siendo relativamente bajo. Seguía infligiendo complicados planes de venganza a cualquiera que se cruzara con ella, pero se trataba más de bromas pesadas que de arrebatos violentos. En su vida doméstica, toda la presión por ser perfecta en el hogar se había disipado gracias a la ayuda de su suegra, y el dinero extra que aportaba, les proporcionaba un colchón más cómodo entre su vida habitual y la bancarrota. Vivía el tipo de vida que siempre había soñado, con un marido leal, una bebé feliz y todo el apoyo que podría desear. Pero se sentía miserable.

Los únicos momentos de su vida en los que era feliz, eran cuando cortaba la carne de algún animal sacrificado o cuando realizaba el largo y silencioso viaje de vuelta a Woodridge después de un día de trabajo. Incluso eso sólo era un placer porque a veces un animal se desviaba hacia la carretera y ella podía dar un volantazo para atropellarlo. Había pasado de ser la niña que salvaba a los animales heridos y los cuidaba para que se recuperaran, a ser la asesina de animales de todas las formas y tamaños. Cada vez que oía astillar los huesos contra la parrilla de su coche, esa vieja y malvada sonrisa volvía a aparecer en su rostro. La antigua Katherine seguía ahí, justo bajo la superficie, perdida pero no olvidada.

El retorno del Caballero Oscuro

Katherine se hundió en la aburrida monotonía de su nueva vida, haciendo todo lo posible por olvidar todo lo que le había ocurrido y lo que había hecho. Entre sus vecinos de los suburbios, apenas llamaba la atención. En Aberdeen, había sido una leyenda, objeto de temor y burla, pero conocida por todos. Aquí, se sentía como si fuera invisible, como si se desvaneciera. Durante años, siguió las mismas rutinas, levantándose con el amanecer, conduciendo hacia el trabajo, abriéndose paso a través de otro día antes de volver y entregar mecánicamente todas las cosas que David Kellet necesitaba para convencerse de que su esposa realmente lo amaba. Una de esas entregas mecánicas de afecto se hizo realidad el 6 de marzo de 1980, en forma de Natasha Maree Kellet, la segunda de las hijas de Katherine.

David permaneció al lado de Katherine durante todo el parto, llevándola al hospital y sosteniendo su mano ante cada uno de sus gruñidos y contracciones. Ninguno de los dos habló del nacimiento de su primera hija, ni de la oscuridad que le había seguido. Ninguno de los dos era tan insensato como para desenterrar el pasado cuando éste ya les perseguía en cada momento.

Katherine se ausentó del trabajo para estar con su bebé y pronto se dio cuenta de que su suegra era más una intrusión, que una ayuda. Esta vez, sintió que tenía la oportunidad de hacer las cosas bien. Esta vez, podría establecer un vínculo con su bebé, tener el tipo de relación que siempre había querido tener con su propia madre, pero la vieja señora Kellet siempre parecía entrometerse en su camino. Finalmente, ante las opciones de un arrebato violento o de volver a trabajar, Katherine eligió volver a hacer la única cosa por la que había sido alabada. Volvió a sumergirse en esa rutina como si esperara que la ahogara, pero las distracciones del trabajo, los atropellos de animales en la ruta y la vida familiar, nunca fueron suficientes.

Se aburría constantemente. Todas las cosas que solían alegrarla, se habían adormecido, e incluso la satisfacción de su trabajo nunca parecía alcanzarla. La voz traicionera que existe dentro de cada uno de nosotros, exigiendo que destruyamos nuestras vidas y volvamos a la libertad que conocimos alguna vez, no era un susurro en la mente de Katherine, era un aullido primario. Sus pensamientos estaban dominados por las fantasías de escapar de aquella vida mediocre y, en poco tiempo, ese resentimiento comenzó a volverse hacia el exterior. Se volvió cada vez más fría con David, ignoró por completo a su madre -que aún vivía en la casa con ellos- e incluso sus preciosas hijas empezaron a recibir el mismo trato.

Cuando Natasha Maree cumplió cuatro años, la miseria de

Katherine llegó a su punto álgido. Cuatro años después del nacimiento de su primera hija, había tenido a Natasha como motor de su vida, pero ahora no tenía nada. Al día siguiente recogió sus cosas, tomó a las niñas y volvió a Aberdeen.

El abandono de parte de David, había sido uno de los acontecimientos más catastróficos y definitorios de toda su vida. Un acontecimiento que ocupaba un lugar tan importante en su mapa mental, que había significado una amenaza para su vida y para la vida de otra media docena de personas. Sin embargo, su propio abandono a David fue casi casual, como si se estuviera deshaciendo de alguna cosa desagradable que ya no necesitaba. David estaba molesto, por supuesto, pero al mismo tiempo se sintió aliviado. Podía ver los indicios de que la antigua Katherine se estaba arrastrando a la superficie y, por mucho que le gustara su ideal de Katherine Knight, la realidad que le había marcado una línea en la cara y le había destrozado el cráneo, era demasiado aterradora como para olvidarla.

Durante el primer mes de vuelta a casa, en Aberdeen, Katherine y las niñas se quedaron con sus padres, fuera del alcance de los chismes del pueblo. Ella solicitó el divorcio, que David ni siquiera intentó impugnar en una sorprendente muestra de autopreservación que parecía totalmente fuera de lugar.

Poco después de que le concedieran el divorcio, Katherine alquiló una pequeña casa en la cercana Muswellbrook y retomó su antiguo trabajo en la fábrica de carne de Aberdeen, como si nunca lo hubiera dejado. Habían pasado ocho años desde que había dejado los cuchillos y se sumió en una espiral de locura, pero para ella fue como si fuera ayer.

La tragedia cayó sólo dos años después de su regreso al trabajo en Aberdeen. Mientras levantaba el cadáver de un cerdo especialmente pesado, Katherine se lesionó la espalda. Su supervisor la llevó al hospital, pero el daño ya estaba hecho. El desgaste de su trabajo y la vida dura que había llevado hasta ese entonces, habían puesto fin a su carrera en el matadero. Aunque podía levantar objetos pesados una o dos veces al día, a pesar de su lesión, cada vez que lo hacía empeoraba su estado. El trabajo, que había sido la única constante en su vida, lo único verdaderamente bueno de ella, se acabó.

Se le concedió una pensión por invalidez y solicitó una indemnización laboral a través de su representante sindical. El gobierno le proporcionó un apartamento de la Comisión de Vivienda en las afueras de Aberdeen, ya que no necesitaba más estar cerca del matadero.

En 1986, Katherine cumplió 31 años y se dio cuenta de que aún le quedaban otros treinta años o más por delante. Sus hijas eran una compañía bastante pobre, aunque había hecho lo posible por retomar

la relación que había dejado marchitar durante tanto tiempo cuando vivían con su padre. Melissa ya era lo suficientemente mayor como para entender a su madre y se convirtió en la amiga y confidente que su madre siempre había esperado. Katherine compartía con su hija todos los detalles horripilantes de su vida, pero se aseguró de no repetir el error de su propia madre de refrendarlos como el orden natural de las cosas. Advirtió a Melissa sobre los hombres en términos claros, pero también reconocía su propia soledad, aunque no tuviera el vocabulario necesario para explicársela a su hija.

Por las noches, Katherine empezó a dejar a Melissa a cargo de su hermana pequeña y volvió a salir a los bares. No volvió a estar a la altura de sus hazañas juveniles, pasando tanto horas escuchando el bullicio a su alrededor y metiéndose en todas las discusiones, pero eso era probablemente porque ya no sentía que tuviera un grupo al que pertenecer. El matadero siempre había tenido un alto índice de deserción de empleados y los hombres que venían a beber de allí cada noche, eran casi todos desconocidos para Katherine.

Pero, por otra parte, aquello era realmente lo que necesitaba, desconocidos, gente que nunca hubiera oído hablar de ella. Toda la gente mayor de Aberdeen había mantenido viva su reputación en su ausencia y cualquier idea de cita que pudiera tener, se desvanecía pronto ante la vieja memoria de la ciudad. Todos los que sabían quién era, sólo por su reputación huían de ella, dejando sólo la compañía de unos pocos marginados y rezagados que la recordaban desde antes de que naciera Melissa, una década antes.

Por suerte para Katherine, no todos los que bebían en Aberdeen eran de Aberdeen. David Saunders, de treinta y ocho años, trabajaba en las minas cercanas y le gustaba acudir a la ciudad a tomar una copa después de un largo turno en la oscuridad. La mayoría de las veces era reservado, ya que era un poco torpe socialmente después de toda una vida de aislamiento y trabajo agotador, por lo que no estaba al tanto de todas las historias sobre Katherine. Cuando ella se le acercó en el bar una noche, fue como un sueño hecho realidad para él. Ella había empezado a llevar gafas gruesas y, con los años, el sol había hecho su trabajo de desgaste en la piel de su cara, pero su pelo rojo hacía que cada peca pareciera un complemento, más que una imperfección. Y lo que fue más apremiante para un hombre como David, había perdido su figura delgada tras años de trabajo y la había sustituido por un cuerpo tonificado que no le daba reparo mostrar. Si a esto le sumamos su sexualidad depredadora, él pensó que le había tocado el premio gordo.

Esa primera noche lo llevó a su casa y, al cabo de un mes, él prácticamente había abandonado su propio apartamento en la cercana Scone, para vivir con ella a tiempo completo. Comidas caseras y una

familia en la que podía encajar como una pieza de rompecabezas perdida: David nunca había sido tan feliz en toda su vida. Cuando los otros hombres de la mina se dieron cuenta de con quién estaba saliendo y empezaron a tratar de advertirle, no creyó ni una sola palabra de aquello. Se convenció de que hablaban por celos o por despecho. Incluso cuando le contaron toda la historia del secuestro de los niños Macbeth, afirmó que debía haber sido sólo un malentendido. No había visto ninguna señal de que Katherine, su amada Katherine, pudiera haber hecho algo parecido a las cosas horribles que estaban describiendo. Al menos, no al principio.

Se peleaban con relativa frecuencia. Katherine sospechaba de sus movimientos cuando no estaba con ella. Después del trabajo, él seguía yendo a tomar alguna copa y a veces, los turnos en la mina eran irregulares dependiendo de lo ricas que fueran las vetas que descubrían. Ella lo acusaba de mujeriego a la menor provocación, pero él se lo tomaba con buen humor. Se daba cuenta de que Katherine tenía un temperamento ardiente, pero incluso cuando los gritos llegaban a su punto álgido, nunca se sentía realmente en peligro; después de todo, sólo era una mujer.

A veces lo echaba de casa y él se iba a dormir a su piso de Scone durante una o dos noches antes de que ella apareciera, rogándole que lo perdonara y prodigándole tanto cariño que apenas sabía cómo responder. En su antiguo apartamento guardaba unos pocos artículos de primera necesidad, pero la mayor parte de su ropa y sus pertenencias se fueron con él a la casa de Katherine provista por el gobierno.

En el aniversario de su primer encuentro, regresó a casa del trabajo con un pequeño ramo de flores comprado en la ciudad, esperando un banquete preparado y una noche de esfuerzos a la altura de cualquier otra. En cambio, encontró a Katherine de mal humor. Tiró las flores a un lado sin ni siquiera mirarlas y siguió paseándose por la pequeña cocina.

Unas semanas antes, David había comprado un perro para su nueva familia. Las niñas habían estado encantadas, y Natasha, en particular, estaba completamente enamorada de lo que llamaba "el cachorro de lobo". A Katherine no parecía importarle demasiado el animal, pero toleraba su presencia en su jardín trasero como un pequeño precio a pagar por el deleite de Natasha. Aun así, siempre se aseguraba de llamarlo "el perro de David" en lugar de aceptarlo como parte de la familia.

Intentó hablar con ella, intentó sonsacarle el motivo de su mal humor, pero ella seguía paseándose por la cocina, golpeando los armarios y cortando las verduras en esporádicos estallidos de furia. Casi se había dado por vencido cuando ella salió corriendo por la

puerta trasera. David la siguió, profundamente confundido sobre lo que estaba sucediendo hasta que escuchó los lamentables chillidos de afuera. Katherine tenía al cachorro agarrado por el cuello, colgándolo de un puñado de pelo y piel, a la altura de sus ojos. Soltaba un gemido lastimoso que seguía distrayendo a David, pero ella no hizo nada más hasta que él la miró. Entonces, el cuchillo de cortar que tenía en la mano salió disparado y comenzó la hemorragia. Le cortó el cuello al perro, tan profundamente que él pudo ver su columna vertebral brillando en el revoltijo de vísceras. Sus gemidos se convirtieron en gruñidos y luego en un silencio espantoso cuando lo dejó caer al suelo.

"Si alguna vez te pillo correteando por ahí, eso es lo que te haré".

David se apartó de ella, horrorizado. Ella dejó caer el cuchillo sobre el cadáver del perro para ponerse de pie, y luego acechó tras él. Retrocedió hasta la cocina, balbuceando: "¡Nunca te sería infiel, Kath! Tienes que creerme. Nunca he mirado a otra mujer desde que llegaste a mi vida. Jamás".

Sus ojos se entrecerraron, pero no podía verlo realmente, no ahora que aquella rabia roja descendía sobre su visión. Él sólo era una silueta, una sombra amenazante en la que ella volcaba toda su rabia. Cogió una sartén y se abalanzó sobre él. Él consiguió levantar un brazo a tiempo, pero el pesado hierro lo golpeó con tanta fuerza que sus huesos se rompieron. Ella lo golpeó una y otra vez mientras él se hacía un ovillo y sus gritos de dolor no eran muy diferentes de los que había emitido su perro. Finalmente, se cansó, dejó caer la sartén y se arrodilló junto a él. ¿Por qué lo has hecho, David? ¿Por qué me hiciste eso a mí y a nuestra familia? ¿Por qué?

Él no podía responder, había quedado inconsciente.

Una vez que recuperó la conciencia, pasó una semana en su propio apartamento de Scone, ignorando el teléfono, negándose a abrir la puerta y saliendo sólo el tiempo suficiente para reabastecerse de whisky medicinal para el dolor, o para trabajar un breve turno en las minas una vez que lo peor de los moretones había desaparecido. Nunca había sido un hombre temeroso, dispuesto a adentrarse en tramos peligrosos del túnel donde otros mineros temían pisar, pero ahora se estremecía con cada golpe de los equipos. Los demás hombres empezaron a burlarse de su nerviosismo, pero algunos de los nativos más viejos de Aberdeen hicieron todo lo posible por frenar esa burla. Sabían lo que Katherine era capaz de hacer a un hombre: muchos de ellos habían recibido sus puñetazos a lo largo de los años.

Una noche le tendió una emboscada cuando volvía a casa del trabajo, acampando frente a la puerta de su apartamento. Se quedó paralizado de miedo en el momento en que ella apareció. Ella lloró. Sollozó. Se tiró al suelo a sus pies, rogándole que la perdonara y, finalmente, el tonto lo hizo. Todo el mundo merecía una segunda

oportunidad en la mente de David Saunders y, por lo que podía ver, por la mujer quebrada que tenía delante, Katherine tuvo un momento de locura por el que no merecía perder al amor de su vida.

Había cometido algunos errores en su vida y había agradecido el perdón y, mientras lo arrastraba a su piso y se despojaba de sus ropas, se dio cuenta de lo agradecida que estaba Katherine.

El periodo de luna de miel duró un par de meses antes de que Katherine empezara a alejarse de David de nuevo, desapareciendo en su propia mente y deslizándose hacia los patrones autodestructivos arraigados en ella. Si no hubiese sido por una afortunada coincidencia, habría sido cuestión de tiempo que su confusión interna volviera a estallar en forma de violencia.

Katherine estaba embarazada nuevamente y, para David, eso lo cambió todo. Se deshizo de su piso en Scone y pagó el depósito de una casa. Era una pequeña casa de madera de dos dormitorios en la calle MacQueen, en Aberdeen, poco atractiva por fuera y oscura y lúgubre por dentro. Más allá de sus defectos, era la primera casa que Katherine sentía como realmente suya y la adoraba. Había pasado toda su vida en casas ajenas, en apartamentos alquilados y en casas que pertenecían a instituciones de la autoridad. Por primera vez sintió que era libre de hacer suyo un lugar, que no estaba de paso. Se puso a trabajar inmediatamente, decorando todas las superficies de las paredes e incluso los techos con su propia marca de diseño de interiores. Pieles de animales, taxidermia, cráneos, trampas oxidadas para animales, chaquetas de cuero, machetes, rastrillos, botas, horquillas y, por supuesto, sus queridos cuchillos, cubrían cada centímetro de la pequeña casa. El simple hecho de rozar una pared era capaz de provocar tétanos.

Sarah nació en junio de 1988 y David no tuvo ninguna advertencia de cómo la llegada del bebé podría afectar a Katherine. Cayó casi inmediatamente en otro estado de depresión, atrapada en sus recuerdos en torno al nacimiento de Melissa y el caos que había seguido. David siguió con su vida, ajeno a la fatalidad que se acercaba a pasos agigantados, sin saber lo poco que haría falta para empujar a Katherine al borde de la violencia una vez más.

A principios de 1989, cuando su relación se había deteriorado, hasta el punto de que Katherine apenas le dirigía la palabra, llegó por fin la indemnización laboral que tanto había esperado Katherine. Era más dinero del que había visto en su vida y sabía exactamente lo que quería hacer con él. Pagó la casa de la calle MacQueen y, básicamente, se la compró a David. La casa había sido lo único que Katherine podía perder si arremetía contra él, y ahora, con esa última y tenue restricción resuelta, su tiempo se estaba terminando.

A medida que Katherine se había ido enfriado, el temperamento

de David había comenzado a estallar. Mientras que antes habría aceptado cualquier trato de una mujer, su breve experiencia de felicidad doméstica al principio de su relación lo había echado a perder. Cuando las tareas domésticas quedaban sin hacer, le gritaba. Cuando la bebé quedaba sucia y desatendida, le gritaba. Un día, en 1989, volvió a casa y se encontró con que toda su ropa estaba sucia. Katherine no se había molestado en lavar la ropa en toda la semana. Fue la gota que colmó el vaso. Llamó a Katherine a gritos y, cuando ésta entró en la habitación enfadada, le señaló el montón de ropa sucia. "¿Quieres hacer algo con esto? Lleva ahí toda la semana mientras tú no has hecho nada".

Ella se giró sobre sus talones y salió de la habitación, volviendo un momento después con unas tijeras en la mano. Levantó una de sus camisas y empezó a cortarla. Ante la primera camisa, él se quedó de pie, sorprendido. Con la segunda, enrojeció de rabia y, cuando ella levantó el único par de pantalones que tenía sin agujeros en las rodillas, se abalanzó para arrebatárselos.

Se detuvo bruscamente con las manos aún extendidas para coger el vaquero. Al principio, no podía entender lo que había sucedido. No entendía de dónde venía el dolor. Entonces, miró hacia abajo y vio las tijeras clavadas en su estómago. La sangre se extendía en un círculo perfecto a través de su tripa. Miró a Katherine a los ojos, esperando ver sorpresa u horror por el accidente que acababa de ocurrir, pero sus ojos eran despiadados y oscuros, como si estuviera mirando a través de él hacia un futuro en el que él no figuraba.

Ella retorció las tijeras mientras las sacaba, arrancando un aullido de David. El shock hizo efecto, adormeciendo el dolor y dándole los preciosos momentos que necesitaba para asegurar su supervivencia. Katherine había dejado caer las tijeras ensangrentadas y estaba buscando a tientas su fiel plancha para terminar el trabajo. David no se quedó lo suficiente para darle la oportunidad. Corrió por su vida, saltando a su coche y saliendo de Aberdeen sin mirar atrás.

La puñalada en las tripas resultó ser superficial, sin afectar órganos vitales por pura suerte, pero David sabía que no tendría tanta suerte una tercera vez. Alquiló una habitación en Scone durante unas noches, y regresó a Aberdeen sólo el tiempo necesario para solicitar una licencia en su trabajo en la mina. Su capataz se había criado con las historias de Katherine Knight. No tuvo que pedírselo dos veces antes de conceder a David el permiso que necesitaba para escapar de ella.

Pasaron casi tres meses cuando volvió a Aberdeen para intentar rescatar a su hija de las garras de Katherine. Incluso barajó la idea de intentar rescatar también a las otras niñas. Seguro que habían pasado suficiente tiempo con su madre como para reconocer el peligro que

corrían. Ni siquiera llegó a la ciudad antes de que la policía lo detuviera. Había una Orden de Detención por Violencia contra él, algo así como una orden de alejamiento con consecuencias legales más inmediatas, presentada por Katherine el día que se marchó y que describía un largo historial de abusos domésticos por su parte. A David se le dieron dos opciones, abandonar la ciudad inmediatamente o ir a la cárcel. Eligió irse y, gracias a la orden pendiente contra él, no tenía ninguna esperanza de conseguir la custodia de Sarah o el acceso a la casa por la que había pagado el depósito. Katherine había vuelto a ganar.

El último sobreviviente

John Chillingworth volvió a la vida de Katherine a finales de 1989. Había vivido toda una vida en el tiempo transcurrido desde que la vio por última vez trabajando en la línea de la fábrica de carne de Aberdeen. Poco después de rechazar a la adolescente Knight, conoció a una mujer más estable, aunque menos excitante, y se casó con ella al poco tiempo, marchándose a la ciudad durante casi una década antes de que su problema con la bebida, que empeoraba cada vez más, le llevara a tomar una decisión estúpida. Llegó de nuevo a Aberdeen recién divorciado y con más de la mitad del camino recorrido por el alcohol. Un poco de suerte en el matadero significó que el nuevo supervisor había sido una vez su compañero de trabajo y, en lugar de los restos miserables de un hombre desplomado en la silla frente a su entrevistador, su yo más joven fue el recordado, John Chillingworth, que siempre tomaba un turno extra y ayudaba a sus compañeros con los trabajos difíciles. Su siguiente parada tras conseguir el trabajo, fue ir a la oficina de vivienda, donde le ofrecieron un apartamento a escasa distancia del matadero. Su tercera y última parada fue el bar de la ciudad, donde tenía toda la intención de agotar los últimos restos de sus ahorros antes de tener que presentarse a trabajar el lunes.

Katherine estaba allí. Esperando por él como un recuerdo traído a la vida. Él seguía siendo diez años mayor que ella, pero ahora que ya no era una adolescente, parecía ser un impedimento menor que antes. John era terriblemente malo para cuidar de sí mismo, habiéndose apoyado en gran medida en su esposa para que se encargara incluso de las funciones más básicas de su vida, de modo que pudiera centrarse en los dos pilares de los que dependía su personalidad: el trabajo y la bebida.

Cuando era adolescente, el coqueteo lascivo de Katherine había sido incómodo, casi cómico, pero como mujer adulta, se había vuelto intensamente atractivo para John Chillingworth. Los dos se recordaban bien y, durante una noche de copas, él acabó por confiarle lo tentado que había estado por sus ofertas todos esos años. Ofertas que ella estuvo más que feliz de presentarle nuevamente en poco tiempo.

Ni siquiera durmió una noche en el alojamiento en el cuartel que le habían proporcionado. Katherine lo llevó con ella a su casa en MacQueen Street y cualquier horror que pudiera haber sentido al mirar los horribles adornos que cubrían el interior de aquella vivienda, pasó pronto al olvido al ver por primera vez su carne desnuda. De un modo extraño, era el complemento perfecto para Katherine Knight. Su forma de beber hacía aflorar todos sus instintos animales y eliminaba cualquier necesidad de una conversación

compleja con las que ella se sentía tan incómoda. Follaban, él se iba a trabajar, bebía y volvían a follar. A veces ella le proporcionaba una comida y otras veces él le entregaba el cambio que le quedaba de su sueldo después de haber pagado la cuenta del bar. No eran los arreglos formales a los que Katherine se había acostumbrado, pero le convenía, apelando a esa parte salvaje de su psique que sólo deseaba con inmediatez.

Ninguno de los hombres a los que Katherine había perseguido a lo largo de los años podría calificarse de blando -sus gustos se habían conformado con el molde de los tipos duros como su padre- y, aunque le gustaba dominar físicamente a sus amantes, eso no significaba que pudiera soportar cualquier signo de debilidad en ellos. A pesar de todo, los hombres con los que había salido, parecían ser relativamente blandos a grandes rasgos. Habían llevado una vida tan protegida como la época y el lugar de su nacimiento lo permitían y sus instintos eran los de los hombres civilizados. Chillingworth era diferente. Los detalles exactos de los traumas que lo habían llevado a la bebida se han perdido en la historia, pero lo habían dejado con una serie de respuestas muy diferentes cuando se enfrentaba a un conflicto, en comparación con el enfoque de los Davids con los que Katherine había salido antes. Tenía instintos de superviviente. Cuando le empujaban, se defendía. Había experimentado suficiente dolor en su vida para saber que no se acaba sin que alguien lo termine.

Cuando Katherine le hizo la primera rabieta por una imaginaria aventura con otra mujer, él soportó el lenguaje soez y los escupitajos sin inmutarse, con una expresión de desconcierto en el rostro que sólo la enfureció aún más.

Cuando Katherine le dio un golpe en la cara, él se agachó y le respondió con una rápida bofetada que le dejó los oídos zumbando. Ella lo había echado de la casa por eso, asustada e insegura de qué hacer ante una víctima que no se quedaba sentada aguantando el abuso que ella se sentía obligada a impartir.

John pasó su primera noche en el apartamento que le habían asignado en el cuartel después de aquella discusión, pero por la mañana, Katherine estaba allí rogándole que volviera a su cómodo acuerdo, prodigándole la clase de atenciones de las que había pasado toda su vida hambriento.

La casa de la calle MacQueen siempre era ruidosa, siempre estaba activa. A Katherine no le importaba mucho que sus hijos oyeran sus discusiones a gritos, o sus relaciones amorosas igualmente ensordecedoras, y John no tardó en adaptarse al jaleo. Pasaba todo el día rodeado de chillidos de animales siendo sacrificados; una casa llena de niños hacinados en una habitación libre no era peor que eso, aunque fueran un poco más persistentes.

Para entonces, Melissa tenía quince años y ya había dejado la escuela para empezar a salir con hombres hasta cinco años mayores que ella, para alegría de Katherine. Pasaba apenas una pequeña fracción de sus noches durmiendo en la casa y, cuando lo hacía, se veía obligada a compartir la cama con sus hermanas menores. Las circunstancias la habían obligado a madurar mucho más rápido que sus compañeras y, en 1990, su madre la trataba prácticamente de igual a igual. Como a una amiga. Por eso, cuando se enteró de su pequeño acto de violencia contra su madre, se enfureció. Se enfrentó a John, gritándole en la cara, con el mismo semblante rojo brillante que caracterizaba los ataques de su madre. John estaba medio borracho y no lo toleró. Abofeteó a Melissa igual que había hecho con su madre.

Fue el primer enfrentamiento de Melissa con la violencia contra su persona, más allá de los atentados de su madre contra su vida, de los cuales era demasiado joven para recordar. La hizo callar rápidamente y puso fin a la discusión de forma permanente.

Katherine se quedó embarazada de nuevo, prácticamente al mismo tiempo en que toda esta situación llegaba a su punto crítico. John hizo algunos comentarios sobre la posibilidad de oficializar su acuerdo, pero cuando se dio cuenta de que Katherine no iba a presionarle para que le propusiera matrimonio, no presionó más. Ya estaba viviendo con ella y haciendo todo lo que podría hacer por ella como marido; no veía la necesidad de hacer más.

No estaba preparado para la tempestad emocional que rodeaba el embarazo en la mente de Katherine Knight. Sus ocasionales acusaciones de infidelidad pasaron de ser una ocurrencia mensual a convertirse en un asunto de cada hora. Después de los gritos de furia de Katherine, a menudo se marchaba de casa en lugar de tener que lidiar con una mujer embarazada que se enfrentaba a él, y pasaba las noches bebiendo y durmiendo la mona en su apartamento.

No pasó mucho tiempo antes de que este patrón se hiciera evidente para las mujeres de Aberdeen. A pesar de su edad y de su forma de beber, John seguía siendo considerado un hombre atractivo. Se había acostumbrado a que Katherine le satisficiera ciertas necesidades que ella ya no estaba de humor para atender, así que al poco tiempo empezó a hacer las cosas de las que ella le acusaba. No se lanzó a una campaña de conquistas ni nada tan vulgar, pero una vez que su juicio se vio suficientemente afectado por el alcohol y las mujeres atractivas empezaron a caerle encima, se produjo inevitablemente.

A finales de 1990, Katherine dio a luz a su primer y único hijo varón, Eric. Su padre estuvo presente en el nacimiento y le ofreció todo el apoyo que pudo brindar. Casi instantáneamente, todos los pecados imaginarios que Katherine había acumulado en su puerta,

fueron perdonados y él fue recibido de nuevo en el hogar familiar con los brazos abiertos. Esta nueva y maternal Katherine era una que John nunca había visto antes, pero le gustaba. Era la diosa doméstica que había atraído a sus anteriores parejas y la esposa gentil y cariñosa que los había mantenido atrapados incluso cuando sus tendencias violentas comenzaron a aflorar. John estaba completamente atrapado.

Se dejó llevar tanto por la ilusión de suavidad y bondad, que su conciencia empezó a darle un pellizco. Le había sido infiel a Katherine en el momento en el que ella se sentía más vulnerable y si no lo arreglaba, sabía que la culpa lo iba a llevar de nuevo al fondo de la botella y haría que toda su vida se desmorone. Así que lo confesó.

Los enfados de Katherine siempre habían sido incandescentes, pero éste ardía con un fuego frío que debería haber servido de advertencia en sí mismo. Caminó tranquilamente hasta el cuarto de baño y rompió de un puñetazo el vaso que contenía la dentadura postiza de John, y los dientes de esmalte se esparcieron por las baldosas amarillentas en un parloteo.

Incluso entonces, John no comprendió la profundidad del problema en el que estaba metido. "Oh, mira lo que has hecho, ahora. Sólo tengo el par que llevo puesto para que me dure hasta que me los arreglen".

Katherine lo miró y luego volvió a golpear su puño. Romper la dentadura postiza en el frasco había sido un inconveniente para él. Romper el juego que aún tenía en la boca era una lección. Escupió los fragmentos junto con una bocanada de sangre. No había miedo en su rostro. Si eso era lo que ella esperaba, había juzgado muy mal al hombre. En su lugar, había una expresión cuidadosa y evaluadora. Era un superviviente y estaba calculando sus posibilidades.

Esa noche durmió en su propio apartamento, pero al día siguiente volvió a la casa para recoger sus cosas. Fue entonces cuando la encontró tumbada en la cama, casi muerta por una sobredosis de somníferos. Así de fácil, quedó atrapado de nuevo. Le entró el pánico, la cargó y la llevó al hospital. Le hicieron un lavado de estómago y se salvó, pero acabó de nuevo en un psiquiátrico en observación durante una semana, para asegurarse de que la amenaza de suicidio había pasado. Durante ese tiempo, Chillingworth cuidó a sus hijos y fue a verla en cada horario de visita. Estaba horrorizado por lo que la había llevado a hacer y toda su preocupación por su propia seguridad se desvaneció ante la realidad de perderla por sus propias decisiones insensatas. Cuando fue dada de alta, su disculpa fue aceptada y la vida volvió al mismo extraño equilibrio de antes. John pensó que la vida volvía a la normalidad, pero no se dio cuenta de que la proverbial espada de Damocles pendía sobre su cabeza.

Las líneas generales de la leyenda de Katherine Knight se habían

conservado en ausencia de Chillingworth, con la suficiente facilidad como para que él las recogiera de cualquier persona con la que quisiera hablar en la ciudad. Los detalles específicos de los horrores que ella había provocado en Aberdeen estaban menos disponibles. Todo el mundo pensó en advertir a John sobre los intentos de asesinato de sus anteriores parejas, el fallido intento por matar a su bebé y su reclusión en un hospital psiquiátrico, pero nadie pensó en advertirle sobre su larga memoria, o sobre los meses o años que esperaría para vengarse con frialdad de aquellos que la habían perjudicado.

Ella memorizaba su agenda todos los días. Sabía exactamente dónde iba a estar John en cada momento y, en las noches en las que él iba al bar, que eran la mayoría, sabía exactamente cuándo su viejo amigo el camarero lo empujaría suavemente hacia la puerta. Cuando volvió a casa del bar después de una larga noche de trabajo y la encontró en la cama con otro hombre metido entre sus piernas, sabía que era deliberado. Ella había querido hacerle ver eso, que aprecie su aventura delante de sus ojos. Saber que podría haber estado ocurriendo durante meses o años sin que él lo supiera hasta ese momento en que ella quiso que lo supiera. La relación había acabado para él. Salió de la casa y nunca más volvió. Tardó menos de una semana en poner en orden sus asuntos, tiempo durante el cual tuvo la suerte de evitar a Katherine, que lo consideraba solamente un resentido.

Tras su relación con Katherine Knight, John Chillingworth volvió a poner su vida en orden. Se trasladó a la gran ciudad, se apuntó a un programa, dejó de beber y, finalmente, consiguió un trabajo a tiempo completo como consejero, ayudando a los adictos que intentaban liberarse del ciclo de brutalidad y adicción. De todas las parejas que Katherine Knight eligió para ella, él fue el único que escapó sin lesiones permanentes y parece que quiso devolver ese buen karma a los demás hombres del mundo que podrían haber estado en una situación similar.

Por desgracia, no había nada que pudiera hacer para ayudar al hombre que ya estaba en las garras de una adicción peligrosa y autodestructiva, pero que no estaba dispuesto a intentar salir por sí mismo. No había forma de salvar a un hombre como John Price.

El alto precio de la vida

John Price, conocido como "Pricey" por sus amigos, era el hombre con el que John Chillingworth había sorprendido a Katherine en la cama. Su aventura había durado casi un año antes de que Katherine decidiera utilizarlo como instrumento de venganza contra su pareja, pero por muy incómodo que se sintiera con toda la situación, no fue suficiente para mantenerlo alejado de Katherine. Era un hombre adulto con un divorcio poco amistoso en su pasado. En 1988, se había separado de su esposa, dejándola a cargo de la crianza de su hija de dos años, pero llevándose a sus dos hijos mayores a Aberdeen.

Era muy respetado en la comunidad de Aberdeen y muy querido por todos, una verdadera rareza en una ciudad tan pequeña. Pricey tenía incluso una buena reputación en la mina, donde era conocido por su habilidad como socorrista, uno de los primeros en responder cada vez que había un accidente en la oscuridad bajo las montañas. Había algo en Pricey que sacaba lo mejor de Katherine. Incluso cuando parecía que su romance cargado de sexualidad se estaba transformando en algo más estable, él era capaz de guiarla suavemente hacia esa siguiente fase sin ningún arrebato. Katherine se reunió con sus dos hijos, Becky y Little John, y se sorprendió al ver que les agradaba. Sus propios hijos estaban encantados con el nuevo hombre, más amable, con el que su madre se había juntado. En circunstancias normales, habría sido una situación ideal, pero la relación de Katherine y John no tenía nada de normal.

Como siempre había hecho en el pasado, pronto empezó a acusar a John de infidelidades. Como siempre había hecho en el pasado, sus gritos y maldiciones se convirtieron en violencia, aunque ahora era más contenida que con los hombres de su pasado. No pasó directamente a los actos de brutalidad absoluta por miedo a perder a Price, al igual que le había pasado con Chillingworth. Es posible que no se estuviera conteniendo, sino que simplemente se estuviera ablandando con la llegada de la madurez; sin embargo, bastaba con una sola mirada para demostrar que no era tan así. El rubor rojo que antes acompañaba sus berrinches, se había vuelto permanente en su rostro, como si estuviera atrapada en ese estado permanentemente. Una advertencia visible para cualquiera que la conociera de la personalidad que se escondía tras esas gafas de pasta.

John se tomó toda su agresividad con calma, en su mayor parte. Ya había pasado por un matrimonio frío y sin amor y generalmente interpretaba sus agresiones como señales de pasión por él. También le resultaba difícil tomar sus preocupaciones sobre la infidelidad como algo más que celos ligeramente halagadores, ya que era evidente para todos que estaba totalmente entregado a ella y, lo que es más,

completamente enamorado.

Las advertencias sobre Katherine Knight no habían caído en saco roto cuando se trataba de John, pero con las gafas de color rosa puestas, tendía a interpretar los acontecimientos de forma diferente a los que los habían vivido. Adoptó la versión de los hechos de Katherine, en la que ella era una víctima que luchaba contra un sistema injusto y opresivo, y cualquier parte de su historia que no estuviera protegida por esa dudosa interpretación, la alimentaba con sus propios delirios de machismo. Los hombres que le habían precedido eran débiles y por eso habrían considerado que las pasiones de Katherine eran algo digno de temer. Él era fuerte, por lo que podía capear el temporal y recibir su justa recompensa luego de cada frenesí.

Hacia 1993, incluso sus desplantes sobre el tema de la infidelidad habían comenzado a desvanecerse en favor de un nuevo argumento. Ella quería saber, si él estaba tan entregado a ella, por qué no le proponía matrimonio.

En la mente de John, el matrimonio era el fin de la felicidad. Había tenido una relación sana y feliz con su primera esposa antes de casarse y, por lo que pudo averiguar del primer marido de Katherine, tenía la misma impresión sobre su relación. Si podían vivir una vida feliz juntos, ¿por qué tenían que ir a poner el sello de la fatalidad a su relación anunciándola como formal delante de amigos, familiares y el gobierno?

Tras dos años con la misma pregunta, respondida una docena de veces con distintos grados de bramido, John decidió llevar su relación al siguiente nivel y quitarse ese peso de encima. En 1995, invitó a Katherine y a sus hijos a venir a vivir con él y los suyos. Él era supervisor en la mina, dirigía los turnos por su cuenta la mayor parte del tiempo y, como resultado, ganaba un buen dinero haciendo un trabajo que realmente disfrutaba. Eso, a su vez, le había llevado a tener una buena casa, una con suficientes habitaciones para que todos los hijos de Katherine no tuvieran que estar amontonados en una sola cama por la noche. Con su bungalow de tres habitaciones en la calle St. Andrews, habría sido una locura para ella rechazar la oferta de una vida tan cómoda, pero aun así no estaba dispuesta a renunciar a su pequeña casa de pesadillas en la calle MacQueen. Al final, John no forzó la situación. Su prosperidad estaba tan asegurada que no necesitaba que Katherine vendiera su casa para que compartir su hogar fuera económicamente viable. La extraña colección de pieles y huesos quedó colgada en su casa vacía, mientras que todo lo que vivía fue a quedarse con John en la suya.

Durante casi un año, vivieron un periodo de luna de miel. Sus inútiles y mezquinas discusiones parecían haber sido aplastadas por su invitación a vivir con él. Vivían como si estuvieran casados y, de

hecho, en régimen de derecho consuetudinario, se les consideraba una pareja casada. Los niños se llevaban bien entre ellos y Katherine se volvía cada vez más maternal con los hijos de John. Parecía una relación de cuentos de hadas en la que nada podía salir mal. Entonces, ella empezó a pedirle que se casara con ella de nuevo.

Las discusiones se sucedían sin tregua para ninguno de los dos, pero mientras agotaban a John, las peleas parecían dar más energía a Katherine. Era como si se deleitara en fastidiarlo y acosarlo, día tras día. La situación continuó durante un año, empeorando cada vez más, hasta que finalmente, en 1998, fue demasiado lejos.

La mina había sustituido recientemente todos sus botiquines de primeros auxilios y había tirado el resto a un contenedor para destruirlos, pero el ahorrativo John Price los había sacado de la basura y se los había llevado a casa. Puede que su contenido hubiera pasado su fecha de caducidad, pero la mayoría de ellos seguían siendo perfectamente funcionales y él no tenía la costumbre de deshacerse de algo que todavía podría salvar una vida.

Un día, mientras él estaba en el trabajo, Katherine cogió la cámara de vídeo que él le había comprado por Navidad y filmó todos los botiquines, proporcionando un comentario continuo sobre todas las cosas que John robaba de su lugar de trabajo. Con la misma sonrisa desquiciada en su cara roja, que siempre mostraba durante sus actos de crueldad más autodestructivos, envió la cinta por correo a sus jefes en la mina.

Hacia el final de la semana, toda la vida de John se había desmoronado. Había sido despedido del trabajo en el que había pasado toda su vida adulta, por robar propiedades de la empresa. Incluso después de que la situación fuera explicada completamente, no les importó. Parecía un castigo por asociarse con personajes como Katherine Knight tanto como una retribución por un eventual robo.

Condujo a casa desde la mina, recogió todas las cosas de Katherine y las tiró a la calle. Cuando Katherine llegó a la casa, encontró que las cerraduras estaban cambiadas. Durante más de dos horas discutieron a gritos en el umbral de la puerta antes de que, finalmente, bajo la amenaza de la policía, ella recogiera sus pertenencias y se marchara furiosa a su casita de la calle MacQueen.

Fue como si John se quitara un peso de encima. Ya no tendría que soportar las insanas exigencias y delirios de aquella mujer. Aunque le había costado tener que perder todo lo demás en su vida, al menos ahora se había librado de ella.

En Aberdeen no era fácil conseguir un trabajo y los hombres se daban cuenta de que, a menos que una empresa minera los contratara en las narices de otra, había pocas posibilidades de empleo bajo tierra. No existía una lista negra oficial, pero la gente hablaba y nadie quería

tener nada que ver con Katherine Knight ni con ninguno de sus hombres. Nadie quería invitar a ese caos a sus vidas o a sus negocios. Toda la ciudad sabía lo que Katherine le había hecho y, aunque había algo de simpatía y lástima por él, también había mucho desprecio. Le habían advertido sobre Katherine Knight y aun así se había liado con ella como un tonto.

Ni siquiera le importaba que lo despreciaran; sólo se alegraba de haberse librado de ella. La paga era terrible, pero encontró trabajo en el matadero antes de que terminara el mes. Sus ahorros se habían agotado y la gran casa era ahora una gran carga para sus finanzas, pero aunque tuviera que apretarse el cinturón, sobreviviría.

Por supuesto, no pasó mucho tiempo antes de que Katherine se cruzara de nuevo en su camino. Ella seguía en la periferia de la multitud de los trabajadores de la carne a menudo y mientras ella había evitado el alcoholismo que plagó Aberdeen en ese entonces, ahora se había inclinado por la botella, al igual que su padre lo habría hecho antes.

Todas las noches acudía al bar, apenas fuera de la vista, como un recuerdo persistente en los márgenes de la vida de John. Cada vez que la veía, recordaba los buenos momentos que habían compartido. Recordaba la amabilidad y el amor. Después de unas semanas sin la atención de otra mujer, empezó a recordar los aspectos carnales de su relación también con cierto cariño. Con el tipo de astucia animal que normalmente sólo se reserva a los depredadores en una emboscada, Katherine esperó a que él se acercara antes de lanzar su trampa.

Cuando el reloj dio la medianoche, ella estaba de nuevo en su cama y su relación había retomado la intensidad que le había hecho olvidar todas las historias sobre ella la primera vez. Pero, incluso eso resultó insuficiente cuando la fría luz del amanecer brilló sobre ellos.

Katherine había esperado volver a la casa inmediatamente, para continuar justo donde lo había dejado. Pero John no era tan tonto. Puede que la dejara volver a su vida y a su cama, pero no la invitaría a vivir con él tan pronto.

A pesar de ese pequeño distanciamiento, la historia de su reconciliación se extendió por Aberdeen antes del mediodía y ni siquiera había terminado su jornada laboral antes de que John se enfrentara a un grupo de sus amigos con un ultimátum. No tenían intención de ver cómo se destruía a sí mismo. Se negaban a quedarse de brazos cruzados mientras arruinaba la vida que tanto le había costado reconducir una vez que se había librado de esa "mujer del demonio". Mientras siguiera con Katherine Knight, no tendrían nada que ver con él. Sus llamadas quedarían sin respuesta y su amistad no sería correspondida hasta que tomaran caminos distintos.

Incluso con ese ultimátum entregado, sus amigos aun no lo habían

abandonado de verdad. Les dolía ver cómo se sometía a los mismos tormentos una y otra vez, así que acudieron a la única persona a la que creían que podría escuchar. David Kellet.

El primer marido de Katherine se había estado escondiendo desde que la relación se rompió y la edad empezaba a pesarle tras la dura vida que había llevado. La cicatriz de su cara seguía furiosa y roja, caliente al tacto. Se acercó a John en el bar una noche en la que estaba sentado solo bebiendo. Sus viejos amigos le habían llamado para que añadiera su experiencia a sus advertencias.

Le contó a John todas las historias que podía recordar, ilustrando cada una con una cicatriz diferente. Advirtió al hombre que no se podía jugar con Katherine Knight, compartiendo la advertencia que había recibido el día de su propia boda. "Si la traicionas, te matará. ¿Entiendes? Esto no es una broma. Te matará".

Era obvio, por la sonrisa desconcertada de John, que no le estaba entendiendo, así que David se despidió con tristeza de sus viejos amigos y se puso en camino antes de que Katherine tuviera la oportunidad de enterarse de que estaba en la ciudad. Todavía vivía con miedo a ella, incluso décadas después de que su relación hubiera terminado. Todavía se despertaba jadeando, agarrándose la garganta. Ella le perseguía en sus pesadillas.

La vida se estableció en una nueva rutina, con Katherine en un estado de limbo, a la que se le permitía ir a la casa de John para cocinar para él, o para lo que ellos llamaban "noches de cita", pero nunca se le permitía quedarse más de lo debido o sentirse establecida. Sus antiguos argumentos sobre el matrimonio se quedaron en el camino mientras exigía, cada vez con más frecuencia, que la dejara volver a vivir en su casa con sus hijos. Los niños habían sido acogidos de nuevo en la casa de John con los brazos abiertos; él nunca los había hecho responsables de las acciones de su madre, ni siquiera cuando ella intentaba utilizarlos como justificación. Incluso pasando una de cada dos noches en su cama, Katherine seguía sin saber cuál era su lugar. Quería que la casa de John volviera a ser la suya. No está claro si ella tenía la idea de quitársela cuando su relación finalmente se degenerara o si no estaba pensando con tanta antelación. Una vez más, ese deseo animal de comodidad estaba ganando a cualquier motivo más complejo que pudiera tener. Y ese deseo se veía frustrado a cada paso.

La situación continuaba, pasando de las preguntas acosadoras a las discusiones a gritos que acababan con ella en la calle y, finalmente, casi inevitablemente, en violencia. Para el año 2000, cada día se había convertido realmente en un campo de batalla.

"¿Por qué no puedo vivir aquí? Sería más fácil para nosotros. Más fácil para los niños".

Acababa de llegar del trabajo y ya se arrepentía de haberle dejado la llave de la casa. "Ya sabes por qué. Sabes muy bien lo que hiciste".

"¿No me has perdonado aun?" Sus intentos de manipulación emocional no sirvieron de nada. Podía decir las palabras, pero sus expresiones nunca coincidían con lo que pretendía. "Eso fue hace años. Fue un error. No volvería a hacer nada parecido".

"Sé que no lo harás porque no vas a volver a mudarte a esta casa".

Las lágrimas habrían funcionado o un temblor en su voz, pero Katherine no entendía de tristeza o simpatía, sólo sentía rabia. Su rostro pasó de rosado a escarlata. "¿No confías en mí? ¿Después de todo lo que hago por ti?"

Podría seguir así el resto de la noche a menos que él cortara la situación de raíz. Una vez que daba un buen grito para dejar salir su frustración, por lo general, se calmaba rápidamente. Entonces llegaba el momento de besarse y reconciliarse y si había algo que se le daba bien a Kathy era besarse y reconciliarse. John a veces pensaba que esos momentos eran la única razón por la que la soportaba.

"No soy un tonto, Kathy". Sacudió la cabeza. No voy a dejar que vuelvas a tener ningún poder sobre mí. Nunca más. Cuando pierdes la calma, no importa lo que hayas prometido".

"¿Calma?" Ella gruñó. ¡¿Calma?! Nunca me has visto enfadada, John Price. Crees que lo sabes todo, ¿verdad? Pero no lo sabes todo. Nunca me has visto enfadada".

Se levantó de su asiento y atravesó la habitación en una carga salvaje. John levantó las manos delante de su cara antes de que ella pudiera empezar a abofetearlo. Aquello sería lo que sucedía habitualmente. Se agotaría y lloraría un poco y le demostraría lo arrepentida que estaba. Katherine en su mejor versión.

Los golpes nunca llegaron, pero algo cálido y húmedo se extendía por su pecho. ¿Le había tirado un vaso de agua encima? Apartó nerviosamente los brazos y miró hacia abajo. Había un cuchillo clavado en su pecho, lo suficientemente hundido como para continuar allí clavado, pero no lo suficientemente profundo como para matarlo. Su punta le rozaba la costilla.

Dejó escapar un rugido y agarró a Katherine por el cuello. La arrastró hasta la puerta principal, la arrojó a la calle, cerró la puerta de golpe tras ella y luego se hundió en el suelo, jadeando. Sus manos temblaban cuando se alzó para sacar el cuchillo de su pecho. Se resbaló entre sus dedos entumecidos y cayó al suelo junto a él. Casi lo mata. Si hubiera estado medio centímetro más arriba, el cuchillo se habría hundido en su corazón. La puerta trasera.

Se puso en pie, todavía helado por la conmoción y medio borracho de pánico. La puerta trasera estaba ligeramente entreabierta para dejar pasar la brisa a través de la casa, como era habitual. Podía

oír al perro saltando alegremente a la luz del sol justo al otro lado de la puerta. Le pareció que había corrido un kilómetro y medio cuando llegó a la puerta y la cerró bien.

Un momento después, oyó un golpe de puño contra la puerta. Había tenido razón. Ella seguía intentando entrar. Hizo un inventario mental de la casa. Corrió alrededor, asegurándose de que todas las ventanas de la planta baja estuvieran bien cerradas. Luego, finalmente, se tambaleó, sin aliento, hasta desplomarse en su silla frente al rincón de la sala de estar. Aquello casi había sido su fin. Esto no podía continuar por más tiempo. No importaban las palabras dulces que le susurrara al oído, ni ninguna otra cosa que pudiera hacer con su cuerpo. Si seguía así, ella iba a matarlo. Ahora podía verlo.

Después de una noche de preocupación por si Katherine tenía la llave de su casa, amaneció un nuevo día. El 29 de febrero. John se presentó en el Juzgado de Paz de Scone un poco después del amanecer y pidió una orden de alejamiento contra Katherine. Todo lo que tuvo que hacer fue mostrar al tribunal la herida de cuchillo en su pecho y se apresuraron a otorgársela.

Una vez hecho esto, se fue a trabajar igual que siempre, aunque todos sus amigos se dieron cuenta de que tenía una actitud de alerta. A la hora de la comida, su herida en el pecho había supurado traspasando su camisa y tuvo que buscar un botiquín de primeros auxilios para curarla. La noticia de su herida se extendió por el pueblo como un reguero de pólvora y todas las personas que le habían dado la espalda por su relación con Katherine parecían salir de la nada para ofrecerle consuelo y consejo. A todos y cada uno de ellos les dijo lo mismo. "Si no me presento mañana al trabajo, será porque ella me ha matado".

No se atrevió a volver a casa cuando terminó su turno, sino que fue llevado junto con el resto de la cuadrilla al pub, donde se vio rodeado de simpatizantes y de más de un chismoso insufrible del pueblo, desesperado por cualquier detalle nuevo que añadir a la leyenda local de Katherine Knight. Cada uno de sus amigos le ofreció una cama segura para dormir por la noche, sin condiciones, sin comentarios sobre su vida amorosa, sólo seguridad. Él rechazó a cada uno de ellos. Al principio, pensaron que era una bravuconada, que se creía más fuerte que el monstruo que le había clavado un cuchillo en el pecho hacía menos de un día, pero al final se derrumbó y dijo la verdad.

"Si no estoy allí y ella aparece... Si no puede atraparme, podría matar a los niños. No puedo... no puedo arriesgarme a eso".

Volvió a casa tarde para descubrir que los niños ya se habían ido. Katherine los había mandado a dormir a casa de un amigo y le habían

dejado una nota para que no se preocupara. Soltó un suspiro que le pareció que había estado conteniendo durante todo el día. Sus bebés estaban a salvo.

Menos de un minuto después de ese alivio, la puerta se sacudió en su marco cuando alguien la golpeó. John se congeló en el acto. ¿Sería Katherine? No había forma de asomarse sin que ella lo viera y no había cerrado la puerta al entrar. Los viejos hábitos son difíciles de cambiar. Tragándose el frío nudo de miedo, se acercó a la puerta y la abrió de golpe. Casi se derrumba de alivio cuando vio a su vecino en el umbral. "¿Todo bien, amigo?"

El vecindario lo sabía todo sobre Katherine Knight y nadie estaba dispuesto a dejarla llevarse a un buen hombre como John Price sin luchar. No había mucho que pudieran hacer para salvar al hombre de sí mismo, pero podían hacer lo posible por vigilarlo mientras pudieran. Pasó el resto de la tarde holgazaneando con sus vecinos, compartiendo botellas de cerveza e historias de tiempos más felices, antes de que finalmente se fuera a su casa a las once para desplomarse en su cama en un estupor borracho.

Esa fue la última vez que alguien vio con vida a John Price.

La última cena

El día de Katherine había ido en una dirección muy diferente al de John. Mientras la sombra de ella le acechaba a John en cada paso, la mente de Katherine estaba completamente concentrada en la tarea que tenía entre manos. No sabía nada de las órdenes de alejamiento, ni de su creciente desesperación por escapar de ella, ni de nada de lo que él había hecho. Todo lo que sabía, en el fondo del caos instintivo primordial de su mente, era que él la había traicionado y ella iba a hacérselo pagar, como fuera.

Una vez que estuvo segura de que John se había ido, se dirigió a su casa para ver a los niños. Llevó su cámara de vídeo para hacer una película casera. Pasó la mañana filmando a los niños mientras jugaban, comentando con voz suave y profunda todo el proceso, hablando de cuál de los niños iba a recibir cada una de sus pertenencias cuando ella se fuera, hablando de quién debería cuidar de sus hijos, si ella y John Price desaparecieran repentinamente de la faz de la tierra. Ya estaba tratando de construir una narrativa. No tenía experiencia con las ciencias forenses, no sabía cómo se construían los casos, pero sabía cómo hilar una historia en la que ella fuera la víctima y no la autora. Lo había hecho toda su vida y lo hacía tan bien que, a pesar de todo lo que había hecho, seguía caminando por la vida como una mujer libre.

Con todos los niños filmados y representados en ese video-testamento, empacó sus cosas en bolsas de viaje y los envió a quedarse con sus respectivos amigos a dormir. Condujo por los alrededores, dejándolos en sus lugares de destino y lamentando el hecho de que ningún padre saliera a recibirla. Nadie trataba mal a los niños -no los castigaban por los pecados de su madre- pero nadie quería tener nada que ver con Katherine Knight si podían evitarlo.

Después de entregar al último niño, condujo hasta la ciudad con sus escasos ahorros en el bolsillo y compró la lencería negra más elegante que pudo encontrar en lo que probablemente pensaba que eran los grandes almacenes más elegantes de la ciudad. Nunca había gastado tanto dinero en ropa en su vida y, desde luego, no en ropa que nadie debía ver fuera del dormitorio. Quería que aquella noche fuera especial.

El resto del día lo pasó sola en su casita de MacQueen Street, perdida en sus pensamientos, rodeada de sus cosas, sentada en silencio hasta que se puso el sol.

Se dirigió a St Andrews Street hacia las once, cuando estaba segura de que John ya se habría ido a la cama. Entonces, entró en silencio. Al principio se acomodó frente al televisor, disfrutando de la normalidad del hogar. Esa era su casa y John era su marido. Se había

acostado temprano, pero ahora la estaría esperando. Se dirigió al baño y se duchó, frotándose a fondo hasta que su piel estuvo tan roja como su cara, luego se secó con cuidado y se vistió con su nueva lencería, admirándose frente al espejo. Ese John Price, era un hombre afortunado, por tener una esposa como ella, por hacer todas esas cosas que las esposas hacen por sus maridos. Sexo y cocina, como su madre solía hacer por su padre. Sexo, cocinar y cortar. Esas eran las únicas cosas para las que Katherine era buena, pero era tan buena en ellas que compensaba todo lo demás.

John estaba tumbado de espaldas en la cama con las sábanas quitadas en medio del calor del verano. Su respiración se sucedía en suaves resoplidos. No era un roncador, como algunos de los hombres que ella había tenido. John había sido atrapado de joven por otra mujer y entrenado para comportarse. Estaba acostumbrado a otra persona en la cama, así que no se inmutó cuando el colchón se hundió. Ni se movió cuando ella le pasó los dedos por el pelo del pecho. Incluso cuando ella se dirigió hacia abajo y le quitó la ropa interior, él apenas respondió, salvo para emitir un pequeño murmullo y mover las caderas para facilitarle la tarea. John Price, su hombre, era un animal de costumbres y ella sabía cómo utilizarlo a su favor. Lo trabajó con la mano y la boca hasta que estuvo listo, luego se subió encima de él y comenzó a mover las caderas. Al principio suavemente, como si tuviera miedo de despertarlo, y luego cada vez con más fuerza, hasta que la ferocidad y la intensidad de su sexo empezaron a mover la cama. Sin embargo, ella no se detuvo, no disminuyó el ritmo. Los ojos de John se abrieron lentamente, borrachos de lujuria y ciegos por la noche. "¿Kathy?"

Ella se inclinó y acalló sus murmullos con un beso. Gimiendo en su boca. Era como si ella hubiera devuelto la vida a su cuerpo. Sus manos subieron y tomaron las caderas de ella, la seda de su lencería hizo que todo fuera extrañamente fresco y resbaladizo mientras él luchaba por un mejor agarre. Para tener más tracción.

Se le escapó un pequeño sonido de alegría cuando él empezó a moverse, no por el placer que le proporcionaba -ella podía proporcionarse a sí misma suficiente placer sin su participación- sino porque significaba que él estaba cediendo a ella, que estaba sucumbiendo sin luchar. Después del sexo, estaría dócil y vulnerable. Podría obligarle a hacer lo que quisiera, como siempre lo había hecho. Sólo necesitaba llegar y tomarlo para ganar, y ahora lo estaba haciendo.

La cama se estrelló contra la pared una y otra vez, haciendo tintinear su bolsa de cuchillos sobre ellos. Estaban colgados sobre su cabeza, justo donde los había colgado cuando se mudó por primera vez hace tantos años. Por supuesto que esta casa era suya, si no, sus

cuchillos no estarían allí. Por supuesto que este hombre era suyo, o se hubiese opuesto a que lo montara. Con un gruñido de sorpresa, John acabó dentro de ella. Ella trató de seguir moviéndose, de mantener este momento para siempre, pero las fuertes manos en sus caderas la arrancaron de él y la empujaron a un lado.

Los ojos de John estaban abiertos ahora. Abiertos, despiertos y conscientes de lo que acababa de ocurrir. Había miedo en sus ojos. Tenía miedo de ella. Ella había hecho eso por él, se había atado como un asado de domingo, se había degradado para su placer, ¿y ahora iba a rechazarla? Iba a arrojarla fuera de él como si no fuera nada. Como si fuera una más de sus putas a las que desechar en cuanto terminara con ellas. No. Ella no iba a tolerar eso. No iba a ser arrojada a la calle. No sería su víctima nunca más.

Ninguno de los dos supo cómo ella había cogido el cuchillo en la mano: así de rápidos e instintivos eran sus movimientos. En un momento estaba arrodillada con su rostro tornándose color escarlata y al siguiente se abalanzó hacia delante, con el brillo del acero de finos bordes en su mano. Se deslizó dentro de él con tanta facilidad que él apenas lo sintió, fue un corte tan agudo que sólo la humedad reveladora que salió de la herida lo delató. John seguía aturdido, apenas consciente de lo que había sucedido un momento antes y ni siquiera ligeramente consciente de que su pulmón estaba colapsando. La mano de ella volvió a avanzar y otra pequeña boca roja se abrió en su estómago. La siguiente estocada fue del otro lado, la hoja volteando y retorciéndose en su mano mientras cambiaba su impulso. Esa le cortó el hígado.

El dolor finalmente cortó su confusión. Dolor perseguido de terror. Se levantó de la cama de un salto, demasiado asustado para darse cuenta de que se estaba muriendo. Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta de la habitación. La amplia extensión de su espalda era un blanco fácil para Katherine. Le clavó el cuchillo dos veces más, era rápida como una cobra. Otras dos pequeñas fuentes de sangre empezaron a rociar su vida sobre la alfombra.

Ella se había excitado antes. El sordo comienzo de un placer mayor se había acumulado en la base de su estómago antes de que John la defraudara de nuevo. Pero esto era mejor que eso; esto era mejor que cualquier otra cosa que ella pudiera haber sentido antes. Le dolían las mejillas de tanto reír, sus sentidos se disparaban. Podía olerlo, sudoroso y aterrorizado. Podía oír sus débiles gemidos de auxilio. La humedad se aferraba a ella, su sudor, su semen, su sangre, ella se lo había quitado todo y ahora todo eso corría por su piel mientras se lanzaba fuera de la cama tras él.

Una y otra vez el cuchillo arremetió, pero aun así, John fue demasiado estúpido para saber que estaba muriendo. Corrió hacia la

puerta principal, el baño de sangre lo hacía demasiado resbaladizo para que Katherine pudiera agarrarlo bien. Lo que la mente no percibió, su cuerpo no pudo ignorarlo. Sus miembros perdieron fuerza y sus pies entumecidos se revolvían bajo él a cada paso.

En el pasillo, junto a la puerta principal, finalmente cayó. Katherine lo montó en el momento en que cayó. Clavando la cuchilla en su pecho, revolviendo sus tripas mientras se aferraba a él.

La rabia siempre había sido lo más fácil para ella, desde que la dejó salir por primera vez. Todo lo que veía la enfurecía más y más, cada persona más repugnante que otra. No había un solo momento en el que Katherine no estuviera hirviendo de odio y resentimiento por cada criatura viviente que la rodeaba. Dejarla salir así, ser por fin completamente auténtica, fue una revelación.

Conocía la rabia; podía confiar en la rabia. El amor, que siempre había estado fuera de su alcance. Incluso cuando creía haberlo encontrado, siempre parecía escapársele de sus manos. Nunca podía saber lo que un hombre estaba pensando o sintiendo, no realmente. El abandono de su primer marido se lo había demostrado. Nunca supo lo que había en el corazón de un hombre antes de este momento, pero ahora podía sentirlo. Tenía la mano apoyada en el pecho de John para soportar su peso mientras lo apuñalaba una y otra vez y podía sentir el corazón de él golpeando contra ella, los últimos y desesperados impulsos de un animal moribundo.

Aprovechando alguna reserva de fuerzas que sólo se encuentra a la sombra del valle de la muerte, John la apartó de un empujón y se agarró al pomo de la puerta. Los dos se parecían más de lo que querían admitir. Katherine también era un animal de costumbres: se había olvidado de cerrar la puerta tras de sí.

John se lanzó al cálido aire de la noche, las estrellas sobre él brillaban como alfileres a través del velo cada vez más oscuro que lo envolvía. Abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, pero no tenía aire en los pulmones. Intentó arrastrarse hacia la calle, pero la mano de ella estaba trabada como una trampa para osos alrededor de su tobillo. Tuvo una última visión del cielo y luego ella lo arrastró de vuelta al interior.

Una vez dentro de la casa, no se resistió. Ya no tenía fuerzas. El dolor se hacía cada vez más lejano con cada estocada de cuchillo hasta que apenas pudo sentirlo. En algún momento, entre la vigésima y la trigésima puñalada, murió.

Katherine nunca había estado más en paz en toda su vida que en el momento en que se dio cuenta de que él había muerto en sus propias manos. Él nunca la dejaría. Nunca más se enfrentaría a ella. Ella tenía su venganza.

Entonces, la realidad se le derrumbó encima: John estaba muerto,

ella era una asesina, la gente se iba a enterar. Se metería en problemas. Tenía que huir. Necesitaba encontrar a alguien a quien culpar. Necesitaba inventar una excusa. Necesitaba hacer que la culpa fuera de él, de alguna manera. Con una mueca, se miró a sí misma. Necesitaba ducharse antes de hacer cualquier otra cosa. Parecía que se había pasado todo el día trabajando en la fábrica de carne, cubierta de sangre de arriba a abajo.

Después de una breve incursión en la ducha para limpiar lo peor del desastre, Katherine salió por la puerta trasera y se dirigió a la ciudad. En aquel momento, todo había tenido sentido. En aquel momento, todo el miedo y la confusión del mundo en el que vivía, se habían desvanecido. Se había dejado guiar por sus instintos primarios y se había sentido eufórica. Ahora la aplastaba la inmensidad de lo que había hecho. Encontró un cajero automático y utilizó la tarjeta de John, sustraída de su mesita de noche, para retirar todos sus ahorros: unos mil dólares que había conseguido reunir después de la última vez que ella le destrozó la vida. Era suficiente para huir, instalarse durante un mes en algún lugar para pasar desapercibida y dejar que la locura que iba a estallar al descubrir el cuerpo de John pasara de largo. Ya tenía un bolso lleno de sus posesiones más preciadas en el coche. Podía marcharse en ese instante y no mirar atrás si quería. Podía ceder al instinto más primario de huir del peligro y ver hasta dónde podría llegar en esa ciudad de mala muerte.

Pero si huía, la gente sabría que lo había hecho. La culparían por lo que había hecho. No habría consecuencias hasta que la atraparan, pero todo el pueblo -que ya murmuraba y cuchicheaba sobre ella a sus espaldas- sabría que lo había matado sin ninguna razón. Sería la malvada. No podía tolerar eso. No cuando una breve parada en la casa de John para plantar alguna prueba incriminatoria sería suficiente para encubrirlo todo. Había pasado toda su vida sometida a las habladurías de ese pueblo; sabía exactamente qué decir y qué hacer para cambiar la opinión pública.

Llegó a la casa a primera hora de la mañana con un dolor sordo en sus huesos. Toda emoción se había agotado en su cuerpo, dejándola con una sensación de vacío. El subidón de adrenalina había pasado y ahora se enfrentaba al arduo proceso de limpiar su propio desastre.

Cuando intentó empujar la puerta para abrirla, chocó contra algo. Con un gruñido de frustración, golpeó la puerta contra el obstáculo una y otra vez, hasta que lo apartó y pudo entrar a la fuerza. Sólo cuando sus pasos provocaron un chapoteo en la alfombra, recordó lo que había dejado tirado detrás de la puerta principal de la casa.

Miró el montón de carne en el suelo. Él la había hecho hacer esto. Lo había arruinado todo. John Price debería haberla amado como ella lo amaba, pero no lo había hecho. Ninguno de ellos lo había hecho

jamás. No eran hombres en absoluto. Eran cerdos. Cerdos vestidos con piel humana. Seres despreciables.

Sus dedos se enredaron en su pelo enmarañado, cubierto de sangre y levantó el cadáver a la altura de sus ojos. Le escupió a la cara. "Tú. Tú hiciste esto. Tú me has obligado a hacerlo".

Sus cuchillos seguían colgados en el dormitorio y le pareció natural tomarlos. Toda la confusión que la había sacudido momentos antes, se desvaneció ante la ardiente y familiar ráfaga de ira. Él le había hecho hacer esto y ahora tenía que pagar. Había hecho los mismos cortes un millón de veces antes en otros cerdos, con la punta de la cuchilla rozando la columna vertebral mientras cortaba los tejidos blandos y cartílagos, introduciéndose en el surco entre las vértebras al llegar el momento de separar la cabeza por completo del cuerpo. Era un cerdo y merecía ser servido como tal.

Con un gruñido, levantó la cabeza cortada y la arrojó a la olla de aluminio vacía de la cocina, la que había dejado para cocinarle la cena antes de que la echara a la calle por nada. Un chorrito de agua del grifo y algunas verduras furiosamente cortadas se unieron a su cabeza, luego encendió el fuego y se alejó. Así era como su madre siempre había preparado la cabeza de cerdo y así era como se la serviría a sus hijos.

Dejó escapar un bufido, no muy diferente al de un cerdo, ante aquella ocurrencia. Poner a John en la mesa para que sus hijos se lo comieran, viendo a esos pequeños bastardos traicioneros engullirlo y luego ver cómo se les iba el color cuando ella les dijera lo que acababan de comer.

Todavía no era suficiente. No era suficiente para una comida y no era suficiente para saciar sus otras hambres. Él tenía que sufrir lo que ella había sufrido. Tenía que despojarle de todo lo que le hacía ser John Price. Regresó al resto de su cuerpo y continuó su trabajo.

Si había cortado una cabeza de cerdo un millón de veces, entonces había desollado cerdos un millón más. Era un trabajo difícil y delicado si no quería marcar la preciosa capa de grasa que había debajo. El tipo de trabajo que requería un toque más hábil que el de la mayoría de los empleados del matadero. Hizo un corte largo y elegante a lo largo de la piel, y luego se dedicó a separarla de las capas subcutáneas con pequeños y suaves cortes, como si estuviera raspando el cuerpo desde dentro más que cortando la piel de la bestia. La olla empezó a burbujear y, al poco tiempo, olía como la cocina de su madre en casa. Ese olor se mezclaba con los despojos y el hierro del matadero, todos los recuerdos felices de Katherine, todos al fin en un mismo lugar.

No supo qué hacer con la piel una vez que terminó de separarla del cuerpo, así que la colgó a modo de cortina en el arco de la puerta del salón y volvió a la carne. La cabeza de cerdo podría ser una buena

sopa y salsa, pero no había mucho que comer en ella. Necesitaba más si quería ofrecer a los hijos de John una comida completa. Había varios cortes en este cerdo en particular, pero las parte posteriores siempre habían sido sus favoritas. Cortó cada una de las nalgas de John con un corte limpio por pieza, y luego partió una en dos porque había cogido un poco de carne de más en esa y no quería que se cocinaran de forma desigual. Sería terrible que los niños se intoxicaran al comer el inútil culo de su padre.

Puso la carne a asar, junto con unos cuantos puñados más de verduras. A continuación, colocó los platos y puso la mesa, garabateando los nombres de cada uno de ellos en un trozo de papel de cocina colocado debajo de cada plato. "Beaky" para su hija Rebecca, y "Jonathon" para el pequeño John.

Por último, se dirigió a lo que quedaba del cadáver y lo colocó en el asiento favorito de John. No se veía bien. Cruzó y descruzó las piernas del cuerpo, pero seguía sin parecerse a John. Al final, lo hizo posar y le puso una botella de limonada en el hueco del brazo. Intentó improvisar un disfraz con el que cubrir el cadáver, rebuscando entre la ropa de su habitación para encontrar un sombrero o una capucha para que los niños no se dieran cuenta de que su padre no tenía cabeza, pero resultó inútil.

Mientras esperaba a que se cocinara la comida, dio un largo y lento paseo por la casa, rompiendo con los nudillos todos los cuadros que encontraba. Sólo al clavar la mano en el último, con una imagen de John y sus hijos en una tarde soleada, recordó por qué había vuelto a la casa. Cogió un bolígrafo y un trozo de papel y escribió:

"El tiempo te trajo de vuelta a Johathon por violar a mi hija. También a Beck por Ross, por el pequeño John. Ahora juega con el pequeño Johns Dick, John Price".

El mensaje se perdió un poco debido a su incapacidad para expresarse y escribir claramente, pero en él se transmitían esencialmente las intenciones de esa carta. John Price había sido un pedófilo, un pederasta incestuoso que había violado a sus dos hijos y también a los de Katherine. Era una acusación infundada, pero también era una mentira tan espantosa que todo el mundo la creería. Katherine había visto a hombres salir corriendo de la ciudad con muchas menos pruebas que una nota de su esposa. Su recuerdo, su leyenda en Aberdeen, terminaría con ella como un ángel vengador de los indefensos. Sería una heroína popular, en lugar del hombre del saco que los padres de Aberdeen utilizaban para amenazar a sus hijos para que durmieran.

Cuando la comida estuvo lista, sirvió dos porciones de carne en los platos de los niños, las amontonó con verduras y las roció con salsa. Olía delicioso, incluso sabiendo de qué estaba hecho.

El tercer corte de carne yacía en la asadera, tentándola con el brillo de la grasa fundida. Un bocado sería todo lo que necesitaría para saber con certeza si era tan bueno como parecía. Un bocado y cada parte de John Price le pertenecería para siempre. Dio ese mordisco, pero no pudo soportarlo, lo escupió en el fregadero a medio masticar y luego limpió todo. Tiró el resto de su porción al jardín para que el perro pudiera comerlo cuando llegara a casa desde donde fuera que John lo hubiera dejado.

No había forma de que los niños se comieran esta comida. No había manera de que ella pudiera engañar a nadie, y mucho menos a los confundidos y desconfiados hijos del hombre que acababa de asesinar. Incluso este último intento de plan se desmoronó ante la realidad y, de repente, todo fue demasiado para Katherine. Sus pastillas estaban en el armario de la cocina, lo único que John le había permitido dejar en su preciosa casa. Sacó todos los paquetes y empezó a engullirlos mientras vacilaba alrededor de la escena de su mayor brutalidad, empapándose de todo. La rabia desapareció y los matices del mundo empezaron a oscurecerse mientras tragaba paquete tras paquete de somníferos, esparciendo los blísteres por todas partes en la casa.

Al final, volvió al lugar donde había empezado la noche, hundiéndose en la cama empapada en sangre y cubriéndose con la sábana a modo de sudario. Había hecho lo que se había propuesto, ya podía descansar.

Sin remordimientos

Cuando John no se presentó a trabajar a la mañana siguiente, un compañero de trabajo fue enviado inmediatamente a ver cómo estaba. Encontró la huella de una mano ensangrentada junto a la puerta principal. Los rastros de un cuerpo que había sido arrastrado hacia el interior. Sin perder el tiempo, llamó a la policía y pronto la escena se plagó de ellos.

Katherine fue descubierta casi inmediatamente, todavía viva pero en coma a causa de una sobredosis. Eso fue lo menos perturbador que descubrieron los agentes en la escena. Era como una escena de una película de terror. Los primeros agentes que acudieron al lugar, tardaron cinco minutos completos en averiguar qué era aquello que colgaba de la puerta del salón. El detective jefe tuvo que señalarles la nariz y el vello púbico antes de que pudieran comprender lo que estaban viendo. Se trataba de policías de pueblo, poco acostumbrados a este tipo de violencia, y el mero hecho de observar sus consecuencias les pasó una factura terrible. La mayoría dejó el cuerpo poco después, algunos se suicidaron e incluso los más duros cambiaron, y los pocos resilientes que quedaron, desarrollaron de repente una aversión a la carne que duró años.

Reconstruyeron minuciosamente los acontecimientos de la noche anterior, midiendo la temperatura de la cabeza hervida para determinar la hora exacta de la muerte de John.

El cuerpo de John fue llevado a la oficina del forense, donde se descubrió que había recibido treinta y siete puñaladas antes de su muerte. Estaba muy claro que quien lo había matado era un experto desollador, porque las incisiones que le habían hecho eran tan perfectas que, cuando terminó la autopsia, el forense pudo volver a coser a John vistiéndolo con su piel, dejándolo casi como cuando estaba vivo.

Dos días después, Katherine despertó. La policía acudió a interrogarla, pero rápidamente descubrieron que la dura asesina, que creían tener en sus manos, tenía graves problemas de salud mental. Desde el comienzo de su interrogatorio, afirmó no recordar nada de los sucesos de la noche, pero se cuidó de poner en duda cualquier afirmación de haber sido la responsable de la muerte de John, hablando largo y tendido sobre lo mucho que lo amaba. Si no hubiese habido otros testigos del resto de la vida de Katherine, es posible que hubiera convencido a la policía de su inocencia o de su locura hasta el punto de evitar la condena, pero no fue así. Cuando la policía empezó a rastrear la zona en busca de testigos, se les acercó una delegación de los habitantes de Aberdeen que les rogaron que se aseguraran de que Katherine no volviera a ver la luz. Todos los habitantes de Aberdeen

vivían con miedo a ella y temían las nuevas dimensiones de horror que podría alcanzar si volvía a quedar libre.

Su juicio comenzó con sorprendente rapidez tras su arresto, ya que los tribunales estaban desesperados por concluirlo antes de que la noticia de los horribles detalles se extendiera demasiado y comprometiera a un gran número de miembros del jurado. Incluso así, fue casi imposible conseguir jurados para su juicio. A los pocos que no habían escuchado los rumores sobre la atrocidad, se les describió la escena del crimen antes de que ocuparan su puesto en el jurado, y la amenaza de tener que ver fotos de su víctima, fue suficiente para que varios de ellos se excusaran. Fue con cierto alivio que la jueza pudo despedir al jurado después de que a través de sus abogados, se declarara culpable.

Lamentablemente, esta declaración vino con algunas condiciones. Katherine admitiría el delito menor de homicidio a cambio de una sentencia reducida. El juez O'Keefe rechazó la declaración. Se trataba de uno de los crímenes más horribles de los que había oído hablar y no dejaría que su autora saliera libre de nuevo.

La declaración se cambió a "no culpable" y el juicio con jurado comenzó de nuevo seriamente, pero antes de que pudiera avanzar demasiado, O'Keefe lo detuvo una vez más, enviando a Katherine a una evaluación psicológica para demostrar que era competente para declararse no culpable, en lugar de una defensa por demencia.

Fue durante estas evaluaciones que el diagnóstico formal de Trastorno Límite de la Personalidad fue finalmente atribuido a Katherine, a pesar de que algunos de sus antiguos cuidadores salieron de la nada para negarlo. Con el diagnóstico de TLP, Katherine pudo alegar que había sufrido un periodo de disociación durante los horribles sucesos del 1 de marzo, lo que explicaba sus recuerdos perdidos. Sus abogados se apoyaron en el diagnóstico y realizaron varias representaciones dramáticas para convencer al jurado de que Katherine no era culpable -o, al menos, no totalmente culpable- de sus propios actos. La mayor de estas representaciones dramáticas fue cuando Katherine suplicó que la excusaran durante la descripción de sus crímenes y, al negársele, se lanzó en un ataque de histeria que terminó con su sedación.

A pesar de todas estas artimañas, el jurado no se dejó engañar y fue declarada culpable de asesinato premeditado, además de otros delitos menores relacionados con el tratamiento del cuerpo de John. El juez la condenó a cadena perpetua, con un añadido especial en su expediente de "nunca ser liberada". Esto le negó cualquier esperanza de libertad condicional, convirtiéndola en la primera mujer en Australia en recibir una sentencia tan dura.

La prisión de alta seguridad de Mulawa ha sido el hogar de

Katherine Knight desde el día de su sentencia, pero es difícil castigar a una persona que vive como un animal en el mejor de los casos. Un día típico para Katherine comienza a las siete de la mañana, cuando la despiertan los cuatro guardias que le servirán de escolta durante el resto de la jornada. Desayuna en una mesa alejada de las demás reclusas y luego es acompañada a su trabajo en la fábrica de auriculares de la prisión. La esposan a su puesto de trabajo, fuera del alcance de las demás reclusas, y se pone a trabajar ensamblando las diminutas piezas a mano durante un máximo de seis horas, dependiendo de su turno. El personal de la prisión elogia su ética de trabajo y su destreza, y cobra el salario más alto de toda la fábrica, pero esos no son los únicos rasgos que comentan los guardias.

Las demás reclusas la llaman "la Nanna" y se considera que dirige la parte femenina de la institución. Cuando hay una disputa entre reclusas, se la llama para que la resuelva, y lo que ella dictamine es considerado ley. Incluso cuando hay una disputa entre guardias y reclusas, se suele recurrir a ella. Todo el mundo le teme y ella goza del respeto con el que siempre había soñado.

Devenida en una prolífica artista, su celda individual está repleta de proyectos de artesanía, tejidos de punto, ganchillo, dibujos, pinturas y cerámica. Es su espacio privado, en el que nadie puede entrar, ya sean reclusas o guardias. De hecho, el único privilegio que se le niega a Katherine, es el de tener una compañera de celda. Se ha considerado que la vida de cualquiera que esté en una situación doméstica con ella, corre demasiado riesgo como para justificar el ahorro que se podría obtener.

Sus obras de arte decoran las secciones de visitantes y guardias de la prisión, y muchas piezas se venden con su aprobación, para ayudar a financiar algunos de los programas de educación y entretenimiento que se ofrecen en la cárcel. Katherine tiene mucho cuidado de no firmar nunca ninguna de sus obras originales, a pesar de disfrutar de la atención que le brindan. No quiere que ningún aficionado a los crímenes reales compre sus obras por el mero hecho de haberlas hecho ella.

Los familiares y amigos hace tiempo que abandonaron a Katherine a su suerte, con una sola excepción. Mientras que sus hijos, compañeros de trabajo, padres y hermanos le han dado la espalda a la asesina, su gemela, Joy, sigue yendo a visitarla siempre que puede, viajando en autobús durante horas para llegar a la prisión.

En 2006, presentó un recurso de apelación contra su sentencia, alegando que era demasiado dura para el único asesinato que había cometido. Un grupo de tres de los jueces más destacados de Nueva Gales del Sur se reunió para revisar el caso y rápidamente ratificó su sentencia original. Katherine nunca mostró ningún signo de

remordimiento por sus actos y, sin remordimiento, no puede haber base para la libertad condicional en el sistema australiano. Por esta razón, la declaración de culpabilidad suele ser preferible para un preso que la de inocencia, incluso cuando no se ofrezca una reducción del tiempo de cumplimiento de la pena.

En el tiempo transcurrido desde su detención, se han recogido más testimonios sobre sus gestiones personales que han contribuido a sellar su destino. En particular, una serie de conversaciones con su hermano, Kenneth, y su sobrina, Tracy, en las que decía: "Voy a matar a Pricey y me saldré con la mía. Me saldré con la mía porque haré ver que estoy loca".

El juez McClellan respondió a su apelación con una declaración adicional, que parece reflejar la opinión de todos en Australia. "Este fue un crimen atroz, casi más allá de la contemplación en una sociedad civilizada".

La "inteligencia primitiva" que llevó a Katherine Knight a cometer sus atroces crímenes contra sus semejantes, existe dentro de todos y cada uno de nosotros. Enterrada bajo capas de culpa, condicionamiento, educación e intelecto, existe una parte primitiva en cada psique impulsada exclusivamente por la emotividad y la necesidad crudas. En una psicópata narcisista como Katherine Knight, la civilización es una máscara que se ponen sobre esta realidad primaria. La realidad de que los demás son diferentes a ellos, de que las personas tienen un nivel de profundidad y comprensión más allá de lo que el psicópata piensa y siente, es imposible de comprender. Es como si el psicópata estuviera completamente solo en el mundo, sin amigos ni aliados, y la reversión al salvajismo fuera la única forma de asegurar su propia supervivencia. Para una mujer así, el remordimiento sería una muestra de debilidad que los demás podrían explotar. La profundidad total de su estado emocional siempre va a estar más allá de los psicólogos y criminólogos que estudien sus crímenes y su perfil, porque incluso si poseyera una complejidad más allá de la que muestra, carece de las herramientas necesarias para comunicarla. Algo que décadas de relativo aislamiento dentro de una prisión, ciertamente no le ha brindado posibilidades de mejora.

Es posible que Katherine Knight se sintiera mal por lo que le hizo a John Price, al igual que es posible que una leona se siente mal mientras le desgarra la garganta a una gacela. La desagradable verdad es que los sentimientos del depredador no importan ante la realidad material de sus acciones. Y, en el caso de Katherine Knight, esas acciones son consideradas actualmente como uno de los peores crímenes que se han cometido en la historia de Australia.

MADRE TORTURADORA

Una escalofriante historia real de confinamiento, mutilación y asesinato

Introducción

Jenny se tumbó en el montón de ropa sucia que se suponía era su cama, mirando el humo azul que se arremolinaba en el techo. Aquí, en el dormitorio, no era demasiado sofocante, pero si salía al pasillo, era tan espeso como la niebla. El humo no le quitaba el sueño. Se había acostumbrado al humo de esta casa—había aceptado que iba a teñir de amarillo todo lo que fuera blanco y hacer que su ropa, su pelo e incluso su piel, apestaran como un cenicero.

Desde el pasillo, podía oír el parloteo de las voces y el sonido proveniente de uno de los discos de Stephanie. No había un solo momento en el que los chicos del barrio no estuvieran merodeando por la casa, fumando y compartiendo sus insidiosos pequeños secretos. No había suficiente dinero para comer, pero siempre tenían cigarrillos: las visitas, los niños de la casa y "Mamá". Jenny se esforzó por escuchar la voz de la anciana entre el bullicio. Era chillona y nasal. Se escuchaba sobre las voces de los niños con facilidad. Pero, Jenny no podía oírla.

La casa no tenía puertas. La privacidad era una invitación al pecado. La anciana acechaba cada vez que se molestaba en moverse, asomándose a cada rincón oscuro para asegurarse de que ninguna de las niñas se desviara de la pureza. Si hubiera estado hablando, Jenny estaba segura de que la escucharía. Pero si la anciana no estaba escupiendo veneno por allí, entonces significaba que podría estar de pie sobre Jenny justo en ese momento.

Ahora que lo pensaba bien, las palizas no parecían haber sido tan duras. La violencia y la crueldad habían sido las peores que Jenny había experimentado en su vida—las marcas que le habían dejado en la parte posterior de las piernas le quemaban y escocían cada vez que se movía—pero en comparación con la maldad que ahora sabía que acechaba bajo la superficie de cada persona que conocía, Jenny comprendió que unos cuantos golpes con un palo, estaban lejos de ser lo peor que le podía pasar a una persona. Cerró los ojos e intentó parecer dormida. Quizá la anciana pasaría de largo si entraba y Jenny estaba durmiendo.

El gemido nasal le erizó los pelos de la nuca cuando Jenny por fin lo percibió, un silbido agudo que estaba bastante segura de que sólo los perros deberían haber sido capaces de escuchar. Eran los ronquidos de la anciana. Debió haberse quedado dormida en su silla. Los ojos de Jenny se abrieron de golpe y soltó un suspiro de alivio. El peligro no había pasado del todo: cualquiera de los monstruos de la otra habitación aún podría torturarla en un abrir y cerrar de ojos, pero había límites respecto a lo que estaban dispuestos a hacer sin permiso. La anciana podía parecer sólo un esqueleto embutido en un traje de

piel, pero tan solo con una mirada o una palabra, podía poner de rodillas a cualquiera de los niños. Nada sucedía sin su permiso, ya fuera explícito o implícito.

Jenny se quedó allí tumbada durante un rato, sintiendo cómo el miedo empezaba a abandonar su cuerpo. Nunca había conocido realmente el miedo antes de llegar a esta casa, no ese temor profundo que la seguía a todas partes. Conocer los detalles de lo que podría y probablemente iba a sucederle, era peor que cualquier cosa que su imaginación hubiera podido concebir. Antes de esta noche, no habría sido capaz de imaginar a qué olía la carne humana quemada, y hace un año, no habría sido capaz de imaginar estar tan hambrienta como para sentir que aquel olor era apetitoso. El miedo se había hundido tan profundamente en su corazón que la había cambiado de una manera tan insidiosa que ni siquiera se había dado cuenta.

Comenzó de forma bastante inocente, una de las chicas había hecho un comentario grosero y Jenny se había reído aunque no fuera divertido porque era más seguro encajar que destacar. Llevar la contraria a cualquiera de ellos conllevaba peligros, pero mientras los chicos podían empujarla o quitarle las muletas de una patada, las chicas iban directo con el cuento a la anciana. Jenny apenas comió a duras penas. No podía darse el lujo de saltearse más comidas. La verdadera prueba de lo bajo que había caído, fue cuando vino la trabajadora social. Repitió cada vil mentira que la anciana le había susurrado al oído sin inmutarse. Sólo la insinuación de una amenaza era suficiente para dejarla entumecida y temblando durante días. Solo las simples palabras: "¿Quieres ir al sótano?".

Cuando Jenny empezó a llorar, tuvo cuidado de ahogar el llanto con su manga. No sería nada bueno que uno de los niños la escuchara. Peor aún sería que la anciana fuera molestada. Jenny haría cualquier cosa para evitar el horrible peso de la atención de aquella mujer. Los niños tampoco eran de fiar ni mucho menos. Jenny se los imaginaba como hienas vestidas con ropas humanas la mayor parte del tiempo, rebuznando y esperando la oportunidad de desgarrar su carne en el momento en que pareciera indefensa. Pero la anciana les tenía cogidos de la correa y, mientras no decidiera echárselos encima a Jenny, permanecería a salvo. Jenny se repetía a sí misma que pronto estaría a salvo. Como si esta pesadilla tuviera una fecha de caducidad ya establecida. En cierto modo, así era. La cosa del sótano determinaría cuánto más de esta miseria tenía que soportar Jenny antes de que todas las oscuras intenciones de esta familia se centraran exclusivamente en ella. Se esforzó por controlar su respiración, por convertir sus jadeos y sollozos en la respiración tranquila de una niña dormida. Era posible que la anciana no la estuviese viendo, pero un resoplido en el momento equivocado, podría deshacer todo su duro

trabajo fingiendo ser una más de la manada.

Si pensaba en el sótano durante demasiado tiempo, Jenny empezaba a sentirse mal. No podía permitirse perder el apetito, como tampoco podía permitirse perder una comida más como castigo. Podía sentir sus huesos presionando bajo su piel al tocarse. No se atrevía a tocarse por debajo de la ropa. No después del sermón sobre el pecado y la autocondena que la anciana les había infligido tras la última vez que sorprendió a uno de los chicos acomodándose las partes.

Cuando tenía miedo, Jenny ni siquiera se atrevía a pensar en el sótano: era demasiado consciente de que podía acabar allí. Pero en esos breves instantes en los que la marea de pavor se disipaba, se negaba a pensar en ello, la mayoría de las veces, porque pensar en ello le dolía, y ya estaba demasiado dolida estos días. Cuando la poliomielitis la asoló, sabía que iba a tener dolores y molestias durante el resto de su vida, pero no recordaba que fueran nunca tan intensos como después de su llegada a esta casa. Le pegaban muy poco, incluso en comparación con los propios hijos de la anciana, pero sin nada que comer, a veces sentía que su cuerpo se consumía silenciosamente.

Esta noche había sido diferente. Las agudas punzadas de terror que solía provocarle el sótano, se habían visto ahogadas con antelación. La tensión había estado vibrando en el aire desde la horripilante exhibición anterior. Aunque en ese instante todo se había reducido a fuego lento, pronto iba a hervir. Se dijo a sí misma que todo iba a salir bien. Se dijo a sí misma que no creía realmente que el tiempo se le estuviera acabando. Que la cosa del sótano iba a seguir ahí durante años. Las lágrimas empezaron a brotar de nuevo por las comisuras de sus ojos. Todo va a salir bien. Nada va a salir mal. Todo va a salir bien. Jenny siempre había sido muy mala para mentir.

Se incorporó para sentarse y se esforzó por escuchar cualquier indicio de movimiento en la otra habitación. Las risas se habían vuelto estridentes, la anciana roncaba sin cesar, nunca iba a haber un momento más seguro para entrar en acción. No tendría mejor oportunidad que esta de correr ese riesgo. Sus muletas estaban apoyadas en un rincón, y harían tanto ruido que no habría posibilidad de escabullirse si las usaba, así que Jenny se arrastró lentamente por el suelo cubierto de polvo, para asomarse al pasillo. A través de la niebla azul, pudo ver las siluetas en la sala de estar. Sombras con forma de personas que podría haber confundido con seres humanos si no recordara lo que había visto aquel día. La anciana no estaba a la vista, pero el trino de sus ronquidos era inconfundible. Jenny podría hacerlo. Todo va a salir bien.

Se arrastró por el pasillo, dejando que sus débiles piernas soportaran sólo una parte de su peso en caso de que las necesitara

descansadas para una desesperada carrera de vuelta a la cama si había alguna señal de problemas. Tardó más de lo que debería en recorrer el corto pasillo, desviándose para evitar montones de basura y pilas de botellas de refrescos vacías. Llegó a la cocina sin que nadie se diera cuenta, pero cuando la puerta del sótano se plantó ante ella, se quedó helada.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que bajó voluntariamente esas escaleras, y en ese entonces la posibilidad de estar encerrada en el sótano ni siquiera se le había pasado por la cabeza a Jenny. Ya podía oler la cosa en el sótano. Incluso desde aquí arriba, con la puerta cerrada, se percibía su olor. La dulzura enfermiza del amoníaco socavando el hedor de los excrementos del suelo de tierra. Jenny empezó a respirar por la boca. Podía hacerlo. Todo va a salir bien. La puerta crujió al presionarla y fue todo lo que pudo hacer para evitar volver a la cama. Durante otro terrible momento, se mantuvo inmóvil, arrodillada en el suelo de la cocina y sintiendo el peso de todo aquello presionando sobre ella. Se esforzó en buscar alguna señal desde el salón que le indicara que la habían oído, pero al cabo de un rato, otra carcajada le aseguró que había pasado desapercibida. Con el roce de las yemas de sus dedos, la puerta se abrió por completo y Jenny miró hacia el abismo.

Más allá del alcance de la luz de la bombilla desnuda que colgaba en la cocina, había una oscuridad tan absoluta que Jenny apenas podía concebirla. Como si las escaleras condujeran a un sólido muro negro sin nada más allá que ese muro. Todo el miedo que había sofocado volvió a aparecer. ¿Cómo podía alguien vivir en esa oscuridad total? ¿Cómo podía abrir los ojos a la nada cuando se despertaba y cerrarlos al intentar dormirse? Miró fijamente hacia la oscuridad y trató de hacer avanzar su cuerpo. Era vulnerable arrodillada allí al descubierto. Si bajaba las escaleras, estaría más segura. Esa mentira era tan grande que ni siquiera pudo terminar de decírsela a sí misma antes de descartarla. Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta y huir de regreso a la cama, escuchó un sonido debajo de ella.

Abajo, en el sótano, la cosa la había oído entrar. Jenny podía oírla incluso ahora, arañando la tierra compactada del suelo. Sabía que ella estaba aquí. De alguna manera lo sabía. Oyó algo parecido a un sollozo resonando en la oscuridad, y eso fue suficiente para reforzar su determinación. Bajó las escaleras como un cangrejo, agachándose con cuidado para no hacer ruido y ni siquiera se inmutó al cerrar la puerta tras de sí, bloqueando la última luz. En esa profunda oscuridad, avanzó a tientas, paso a paso, con los músculos doloridos por el esfuerzo y el corazón martilleando en su pecho. Esta podría ser su vida. Si la atrapaban bajando aquí, ésta sería su vida.

Estuvo a punto de volver corriendo cuando su pie rozó la tierra al dar otro paso, pero en lugar de eso, se obligó a levantarse. Aquí abajo, en la calurosa oscuridad, el olor era casi insoportable. Cada respiración era una lucha para no vomitar. Era como entrar en una fosa séptica. Avanzó tambaleándose un par de pasos antes de que su pie rozara algo inconfundible. Carne humana desnuda. Con manos temblorosas, Jenny se inclinó y tocó el brazo de su hermana. Siguiendo las líneas demacradas del mismo hasta donde su mano se enroscaba en una garra. No estaba segura de cuándo había empezado a llorar, pero ahora no podía parar. Un susurro salió de la oscuridad. ¿Jenny?

"Estoy aquí. Ya estoy aquí. Todo va a salir bien".

La respiración de Sylvia salió como un traqueteo, pero no había miedo en su voz cuando respondió.

"Voy a morir".

Gertrude Van Fossan

A fines de septiembre de 1929, Estados Unidos estaba a punto de caer en picada desde un precipicio. En menos de un mes la Bolsa de Wall Street se desplomaría, sumiendo al país en la Gran Depresión. La clase trabajadora de Estados Unidos lucharía y moriría por miles, mientras la nación, intermitentemente próspera, experimentaba su peor colapso económico de la historia. Las casas serían embargadas, los negocios se hundirían y el boom que siguió a la Primera Guerra Mundial, que muchos esperaban que continuara para siempre, arrastraría en cambio a toda la nación al borde del colapso.

En este contexto de gran agitación y de inminente fatalidad, nació una niña. Gertrude Van Fossan era la tercera de un total de seis hijos de la familia Van Fossan. Los Van Fossan eran de ascendencia mixta, combinando una larga línea de inmigrantes polacos por parte de madre, con una familia holandesa mejor establecida por el otro lado. Se sabe muy poco sobre los primeros años de su vida, salvo que era una niña de papá, pasaba todo el tiempo que podía con su padre, que la adoraba. En tiempos difíciles, el cariño era la única riqueza que la familia Van Fossan tenía realmente para ofrecer, por lo que no es de extrañar que los demás miembros de la familia, pronto llegaran a resentir lo estrecha que se había vuelto esa relación. Los hijos mayores lo toleraban bien porque el más joven siempre iba a ser el centro de atención de sus padres, pero incluso después de que nacieran nuevos bebés en la familia, Gert siguió recibiendo la mayor parte del afecto de su padre.

Su madre percibió la cercanía de la relación como una amenaza, cuando su hija era tan sólo una niña pequeña, e hizo todo lo posible para separarla de su padre, pero no sirvió de nada. Rápidamente, esta "inquietud" se transformó en una frialdad que rozaba el odio. Cuando su padre estaba fuera de casa, Gert vivía en un silencio glacial, con su madre imponiendo instrucciones pero, por lo demás, ignorándola por completo. En contraste con la relación que su madre mantenía con los demás niños, esto no hacía más que acentuar su mal trato. Los otros cinco niños de la casa se comportaban exactamente como cabría esperar. Veían a Gert como algo diferente -una extraña- y la aislaban.

Esto no hizo más que agravar el problema. Con una sola fuente de afecto en su vida, Gert se aferró a su padre cada vez más desesperadamente. Aunque él desconocía la situación a la que la abandonaba cuando se iba de casa, sí reconocía esa desesperación y respondía como lo haría cualquier padre bondadoso y cariñoso: prodigándole aún más atención que a sus otros hijos. A la madre de Gert le costó muy poco trabajo poner a los demás niños en su contra por completo, e incluso cuando asistía a la escuela era acosada, tanto

por los amigos de los otros niños Van Fossan, como por otros que simplemente se aprovechaban de la niña aislada, intimidándola. Su escolarización fue inconsistente en esos primeros años, en parte por la total falta de interés de su madre en asegurarse de que asistiera a la escuela, pero también porque Gert optó por evitar situaciones en las que estuviera en desventaja.

La familia no sobrellevó bien la Gran Depresión, ni tampoco la ciudad en donde vivían, Indianápolis. El padre de Gert pasó por varios trabajos y se dedicó a la bebida cuando podía permitírselo. Su madre culpaba a Gert de todos los males de su padre y de la mayoría de los demás problemas que acontecían a la familia, pero como Gert era la favorita de su padre, no se podía decir ni hacer nada contra ella sin represalias. Si bien no tuvo una infancia sana y feliz, su padre se encargó de que Gert no careciera por completo de alegría, y la sola mención de su padre, bastaba para arrancarle una sonrisa. Mientras él estuviera cerca, ella tenía la esperanza de un futuro mejor.

Papá llevaba un par de horas en casa y la cena había terminado. Había sido otra semana "apretada", así que la cena no había sido mucho más que una sopa y papá no había bebido nada. En su lugar, había echado a la madre y a los demás niños de la cocina y ahora estaba sentado en su silla junto al horno escuchando a Gert practicar su lectura. No leía bien, y lo sabía. No era tonta sólo por tener diez años. Pero por papá estaba dispuesta a esforzarse, a luchar contra cada maraña de letras y a hacerlo bien, porque cuando lo hacía, podía ver esa sonrisa que se dibujaba en su rostro. Eso la reconfortaba y sentía la calidez, incluso cuando el viento aullaba y las ventanas se salían un poco de sus marcos. Cuando llegó al final de la página, él batió sus palmas y ella hizo todo lo que pudo para resistirse a saltar en el acto. Esa sonrisa. Recordaría esa sonrisa todos los días del resto de su vida. Papá hizo una broma sobre la página ya olvidada que acababa de leer y ella se rió como se suponía que debía hacerlo. Sabía que era una broma por las pequeñas arrugas debajo de sus ojos, que lo delataban cada vez que se divertía con ella. Cuando ella se rió, él se rió con ella, así que por aproximadamente un segundo ambos se rieron de nada y esa fue la mejor parte del día para Gert. En la otra habitación se oía a su madre gritar a los pequeños, fuera se oía el viento azotando, pero aquí, en esta cocina, todo era cálido y perfecto. Cuando papá hizo una mueca tonta, su risa se acentuó. Las arrugas debajo de sus ojos desaparecieron, pero el gesto de su cara la hizo reír. Era como si hubiera visto un fantasma. Sus ojos se desorbitaron como si fueran a salirse de su cabeza. Siguió riendo mientras él se desplomaba hacia delante de su silla. Su cara rebotó contra la esquina de la mesa en su camino hacia el suelo. Su ataque de risa se convirtió en un grito estrangulado: " ¡¿Papá?!".

Se tiró al suelo junto a él. La sangre brotaba perezosamente de su frente y se acumulaba debajo de él, pero sus ojos seguían abiertos de par en par. Se sacudía y se retorcía en el suelo como si estuviera luchando con una fuerza invisible. Lo que sea que estaba tratando de expulsar lo estaba dominando fácilmente. Dejó escapar un gemido tan profundo que apenas sonaba humano. Gert lo tomó de su camisa gritando: "Papá. ¡Ya basta! ¡Papá!"

La madre entró corriendo en la habitación y lanzó un grito similar cuando vio a su marido tumbado allí. Empujó a Gert a un lado y empezó a gritar su nombre. Sacudiéndolo. Se levantó y le dio una bofetada en la cara, sin dejar de gritar.

Los otros niños se asomaron a la puerta, con la curiosidad y el horror compitiendo por un lugar en sus pequeños rostros vacíos. Gert intentó volver con su padre, pero su madre la detuvo apuntándole con el dedo. Gritó: " ¡¿Qué le has hecho?!".

Gert no podía respirar entre sus sollozos. "Él estaba... Se estaba riendo. Luego se cayó. ¡Simplemente se cayó!".

Los ojos de la madre se entornaron. "Sal de aquí".

Gert retrocedió, con los ojos mirando a su padre y a la mujer que se cernía sobre él como un buitre. No podía hacer lo que le pedía. Era como si una cuerda elástica se extendiera desde su corazón hasta su padre y cada paso que se alejaba de él la tensaba más. "¿Debería... debería llamar al médico?"

La voz de su madre se quebró. "¿Tienes dinero para un médico? Yo no".

Uno de los otros niños gritó llorando desde la puerta. ¿Qué haremos, mami?

En un instante, su madre entró en acción, reuniendo a los niños y alejándolos de la puerta. Toda la amabilidad que le negó a Gert se desprendió de ella en oleadas, calmando a los otros niños. Gert volvió a ocupar su lugar al lado de su padre. En la otra habitación, su madre les contaba a los niños alguna mentira sobre que papá se había ido al cielo. Él no iba a ninguna parte. Estaba justo aquí, en el piso de la cocina. Se acurrucó en él, dejando que el calor menguante de su cuerpo la rodeara y esforzándose por oír los latidos de su corazón. No escuchó nada.

Si Gert esperaba que la relación con su madre mejoraría con la muerte de su padre, estaba muy equivocada. Además de haber sido culpada irracionalmente por la muerte de su padre, reaccionó mal al trauma del propio suceso. Empezó a sufrir terrores nocturnos y, sin su padre como contrapeso, la crueldad de su madre escaló rápidamente y comenzó a golpear a Gert por perturbar el sueño de los otros niños.

Los tres años siguientes fueron un infierno para Gert. En casa la trataban peor que a un animal, su madre la ignoraba por completo y

sus hermanos la condenaban al ostracismo para evitar que se relacionara con ella. En la mitología de la casa, ella era la raíz de todos los males. Cada vez que algún artículo del hogar andaba mal, Gert había sido la última en utilizarlo. Cuando no había suficiente comida para todos, era porque Gert había tomado más de lo que le correspondía. Llegó a ser una broma corriente entre los otros niños, gritar el nombre de Gert cada vez que se golpeaban un dedo del pie.

En la escuela, su vida social permaneció desolada durante otros tres años, pero entonces ocurrió algo sorprendente. A los catorce años, Gert había abandonado todas las esperanzas de tener una amiga. Su madre había envenenado ese pozo en sus primeros años de vida, y la constante difusión de rumores por parte de las chicas de su clase acerca de la condición de paria de Gert, la había dejado resentida ante la mera idea de pasar tiempo con otras chicas. Los chicos eran su única opción real, pero no se atrevía a desafiar a su madre lo suficiente como para ser considerada una marimacho, y sin ningún punto en común, simplemente no era interesante para los preadolescentes. La repentina llegada de la pubertad y el consiguiente subidón de hormonas cambiaron todo eso. De repente, los chicos comenzaron a interesarse por Gert y ella disfrutaba de toda esa atención. Su madre se enteró pronto de los rumores y reprendió a su hija por lo inapropiado de su comportamiento, pero hasta ese momento, Gert ni siquiera había sido consciente de que algo "malo" estaba sucediendo. Era consciente del sexo de una manera abstracta. Cuando su padre vivía, a menudo escuchaba sonidos extraños procedentes del dormitorio de sus padres y a la mañana siguiente siempre se sentía consternada al descubrir que su padre se ponía de parte de su madre ante cualquier discusión en curso. No podría haber relacionado esos sonidos con el coqueteo tan gentil que experimentaba con los chicos del colegio. No entendía por qué su madre estaba tan furiosa con ella, pero a estas alturas, ya no le importaba. Cualquier castigo que pudiera infligirse a Gert, ya lo había recibido. No había nada más que su madre pudiera hacer para hacerle la vida más miserable. Atraída por la promesa de la atención que tanto ansiaba, no era de extrañar que Gert tomara las decisiones que tomó.

Puede que las otras chicas hayan sido más tímidas al principio, pero pronto Gert tuvo que competir con cada una de ellas por el afecto y la atención de los chicos de la escuela. Gert podría describirse caritativamente como de aspecto mediocre, y su personalidad nunca había tenido la oportunidad de florecer sin una salida social. Comenzó a traspasar sus propios límites de dignidad y decencia para mantener la atención de los chicos. Dejaba que la tocaran en lugares que sabía que no debía. Ella les devolvía las caricias. Los rumores pronto se dispararon, difundiendo comentarios maliciosos sobre sus travesuras

por todo el pueblo, hasta el punto que se consideraba que era solo cuestión de tiempo, para que quedara embarazada. Por primera vez, Gert sintió que la red de rumores de las chicas realmente la estaba ayudando. Todos los chicos de la escuela, de repente, comenzaron a interesarse por ella, y muchos chicos de los que ni siquiera había oído hablar antes, empezaron a llamarla también.

Para horror absoluto de su madre, Gert empezó a salir con chicos en serio a los quince años, pasando de los inocentes besos y manoseos que había repartido entre sus amigos del colegio a la búsqueda de relaciones reales. Durante toda su vida hasta ese momento, Gert sólo había tenido una relación exitosa, la que tuvo con su padre, por lo que no era de extrañar que se sintiera atraída por hombres mayores. Fue cortejada por una sucesión de hombres entre dos y ocho años mayores que ella, casi todos ellos persiguiéndola por la sórdida reputación que se había ganado en el pueblo. A los dieciséis años, finalmente escapó de su horrible vida familiar a través del único mecanismo que estaba disponible para las mujeres en ese momento. Abandonó la escuela, recogió las escasas posesiones que podían considerarse suyas y abandonó la sombra de su madre para no volver jamás.

Gertrude Baniszewski

Gert se casó con John Baniszewski sólo unos meses después de empezar a salir. Él era un agente de policía de dieciocho años con una buena carrera por delante. La boda fue un acontecimiento bastante discreto, al que sólo asistió la familia de John. Gert no tenía amigos, su madre desaprobaba abiertamente su relación con John ante cualquiera que quisiera escucharla, y no tenía intención de involucrar a ninguno de sus hermanos en su vida a partir de ese día. Era como si el deseo de la madre de Gert se hubiera hecho finalmente realidad: su hija había desaparecido.

Aunque John no ganaba mucho, el banco local estaba encantado de ayudar a un agente de la ley, y los dos se instalaron en una modesta casa en las afueras de los suburbios inmediatamente después de su breve luna de miel en Ohio. John tenía poco control sobre su horario de trabajo en esos primeros días, por lo que los jóvenes amantes aprovechaban cualquier momento que podían para estar juntos, y Gert solía ir a la comisaría a llevarle una cesta con comida para el almuerzo, a mitad del turno de John. Los sándwiches eran prácticamente lo único que Gert sabía preparar en ese momento de su vida. Su madre le había encomendado muchas tareas, pero nunca confió en ella para la cocina, y casi de inmediato, su atroz forma de cocinar puso a prueba la nueva relación. John había sido atraído por los rumores sobre la pericia sexual de Gert, pero después de pasar algún tiempo con ella, se había dado cuenta de que podría cumplir perfectamente el papel de esposa. No sólo se conformaba con la idea de dedicarse a las tareas domésticas y criar a los niños durante el resto de sus días; también era lo suficientemente inteligente como para que él sintiera que podía confiar en ella para manejar su hogar. Como suele ocurrir con los jóvenes que viven solos, él sentía la necesidad no sólo de compañía y romance, sino también de un reemplazo para su madre.

Había asumido que al casarse, conseguiría una sirvienta sumisa y obediente como parte del trato, pero estaba muy equivocado. Gert mantenía la casa tan ordenada como podía, regañando a John por ensuciar cuando estaba en casa. Era frugal con el presupuesto de la casa y a menudo reprendía a John por gastar demasiado cuando salía a beber con sus amigos después del trabajo. Todas sus virtudes pronto se convirtieron en vicios. John esperaba que su forma de cocinar mejorara con el tiempo, pero al final de su primer año juntos, ella todavía no era capaz de hacer mucho más de lo que el propio John podía hacer. Y lo que es peor, el único ámbito de la vida conyugal en el que John esperaba que ella se destacara —en el dormitorio— fue donde le decepcionó aún más que en todo lo demás. Para Gert, el sexo

era un pecado mortal; era una tarea dolorosa y desagradable que tenía que soportar para pagar esta vida que había deseado tan desesperadamente. Si bien sus torpes jugueteos habían sido más que suficientes para satisfacer a los chicos de su edad, John tenía cierta experiencia con las mujeres por lo que se sintió defraudado. Cuando se hizo evidente que ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, dejó ver su decepción, y eso sólo hizo que ella se volviera aún más retraída y distante. El problema se agravó, Gert se quedaba casi catatónica mientras hacían el amor y John se volvió cada vez más violento hasta que, finalmente, esa violencia dio sus frutos.

Durante el transcurso de la primera década de su matrimonio, Gert se quedaba embarazada con mucha frecuencia, y eventualmente tuvieron cuatro hijos. Gert cambió por completo su personalidad cuando quedó embarazada por primera vez. Cada parte de la casa tenía que estar impecable, mucho más allá de sus estándares habituales de dejadez, después de que se enterara de los riesgos de infección para su hijo por nacer. Finalmente, su forma de cocinar empezó a mejorar cuando los médicos le hablaron de la importancia de la nutrición y empezó a recibir sugerencias y consejos de las otras madres jóvenes que acudían a la clínica. No llegó a entablar amistad con ninguna de estas mujeres, pero finalmente había llegado a reconocer que otras personas eran un recurso valioso que ella podía explotar.

Al principio, John estaba satisfecho con el cambio que había experimentado Gert. Aunque no le dejara tocarla de buena gana —"para proteger al bebé"—, por fin se estaba convirtiendo en la esposa que él siempre había esperado que fuera. Una vez que nació el bebé, esa satisfacción volvió a convertirse en frustración. Mientras que antes había estado obsesivamente atenta a las necesidades de John, ahora había encontrado un nuevo centro para su vida. No podía convertir a John en un hombre como su padre. Nunca tendría la relación estrecha e intensa que tanto ansiaba tener con él, así que había cambiado su enfoque hacia sus hijos: pequeñas personitas a las que podría moldear para que fueran los compañeros perfectos que la acompañaran en la vida. Todo lo que no podía molestarse en hacer por John, lo hacía por los niños de buena gana. Cada momento de su tiempo lo dedicaba a ellos, y los mismos celos que habían asolado el hogar de la infancia de Gert, pronto empezaron a asomar de nuevo la cabeza.

No está claro exactamente cuándo empezó John a golpear a Gert. No ocurrió durante ninguno de sus embarazos ni inmediatamente después de dar a luz, pero el resto del tiempo parecía ser temporada abierta. La razón que se aducía para los ataques de violencia doméstica, a veces brutales, era que Gert le molestaba. No hizo ningún

intento por escapar de la situación en ese momento, creyendo que era otra experiencia desagradable que tenía que soportar para tener la vida que siempre había querido. A veces la molestia era que hacía demasiado ruido. Otras veces era simplemente que no le gustaba la forma en que ella le miraba. Nunca fue hospitalizada por las palizas, aunque en varias ocasiones probablemente debería haberlo sido. John se daba cuenta de que ir demasiado lejos podría dañar su posición en la comunidad y poner en peligro su trabajo, así que era cuidadoso en sus abusos, utilizando a Gert como saco de boxeo pero asegurándose de no perder el control. A esas alturas de su carrera ya tenía años de experiencia en el trato con esposas golpeadas y sabía lo que desencadenaba las investigaciones. Era muy querido en la comisaría, así que aunque ella hubiera hecho una denuncia ésta se habría perdido, pero él prefería ser cuidadoso.

Durante esa década, Gert sufrió repetidas lesiones en la cabeza, que a veces la dejaban mareada y desorientada durante días y otras veces la dejaban demasiado magullada para aventurarse a ir al mercado a comprar comida para la semana. Mejoró en la cocina, con más inventiva era capaz de alargar las sobras durante un día más cuando lo necesitaba. También mejoró con su maquillaje. Su madre nunca le había enseñado a maquillarse. Algo así habría sido vergonzoso en una chica joven —de prostituta—, pero Gert aprendió observando a otras mujeres en los baños públicos. La primera vez que vio a alguien empolvarse con base de maquillaje fue como una revelación, y de repente el tiempo de espera entre una paliza y aventurarse de nuevo a salir de su casa, se redujo a la mitad.

La revelación de la base de maquillaje no fue nada comparada con el día en que Gert se enteró lo que era el divorcio. Siempre había sido un tema del que sólo se hablaba en voz baja cuando era pequeña. De niña había sabido que era algo tan malo que no se debía siquiera hablar de ello, pero no sabía lo que realmente implicaba. Luego de haber tenido cuatro hijos, ya no era tan ingenua, pero seguía siendo un concepto abstracto, un castigo para las esposas verdaderamente terribles que no se sometían a los caprichos de su marido. Sólo cuando escuchó un rumor de los cotilleos locales sobre una mujer de su propio barrio que se había divorciado de su marido, se dio cuenta de que esta era una posibilidad para ella. La idea casi la abruma. La palabra "divorcio" le rondó por la cabeza durante el resto de la semana. La siguiente vez que molestó a John, éste levantó una mano para golpearla y se le escapó la palabra de entre los labios como un mantra. Él se quedó helado, con el puño cerrado y los ojos desorbitados, y en ese momento ella se dio cuenta de lo impotente que se había vuelto. A la semana siguiente, ella presentó los papeles y los tribunales le concedieron la custodia total de los niños. John ni siquiera intentó

rebatirlo.

Fue unos pocos meses después que Gert encontró un nuevo marido en Edward Guthrie. La segunda boda de Gert fue aún menos agradable para ella que la primera, ya que asistió todo el clan Guthrie de Indianápolis y bebieron copiosamente durante toda la noche.

Ella seguía siendo joven y tan guapa como siempre, y Eddie parecía ser encantador comparado con el bruto de su ex marido. Estaba desempleado cuando conoció a Gert y era muy posible que una gran parte de su interés por Gert, fuera que venía con la manutención de sus hijos adjunta. Mientras que John había sido un bebedor social, malgastando su sueldo en el bar con los otros policías, Eddie era más cuidadoso en su búsqueda de evasión de la realidad. Se apropiaba de cada pago que entraba por la puerta y se gastaba al menos la mitad en licor, antes de que Gert supiera que existía. No estaban mucho peor que cuando estaba casada con John. Los niños seguían siendo alimentados, vestidos y enviados a la escuela. Ella los seguía consintiendo como sólo una madre podría hacerlo. No les faltaba nada, y si Gert tenía que remendar y zurcir algunas de sus propias prendas, no sería el fin del mundo para ella. Había superado la Gran Depresión sin quejarse. Si tenía que coser un poco y lavar la ropa de los vecinos para conseguir un poco de dinero extra, no era lo peor que podía pasarle.

A Eddie no le importaban mucho los niños. Al principio, se sentía incómodo en su compañía, pero a medida que fue pasando el tiempo, se volvió hostil hacia ellos. La primera vez que golpeó a uno de los niños mientras estaba borracho, se despertó en una cuneta con un horrible chichón en la nuca. A partir de ese momento se guardó las manos, pero siempre sintió la mirada vigilante de Gert sobre él, incluso cuando estaba en estado de estupor. Odiaba el modo en que ella adoraba a los niños, detestaba el modo en que conversaba con ellos como si fueran sus amigos y no las desagradables sanguijuelas que le succionaban su tiempo. Si hubiera podido tener a Gert, y los pagos de manutención, sin los niños, probablemente Eddie habría sido un hombre feliz. Sin embargo, se pasaba todo el tiempo en compañía de ellos, con una actitud hostil.

A pesar de todos esos defectos, Eddie era al menos una buena compañía. Cuando estaba sobrio y a solas con Gert, era atento y cariñoso. Por primera vez en su vida adulta, Gert llegó a comprender que el sexo no era sólo una miseria que las mujeres tenían que soportar, sino algo que realmente podría disfrutar. El acto en sí seguía siendo algo que se obligaba a interpretar, pero cuando lo hacía, Eddie era como masilla en sus manos. Los hombres siempre habían sido peligrosos para ella; incluso cuando su padre aún estaba presente, era

tan probable que le gritara como que la defendiera, y siempre había tratado a los chicos con los que salía como animales apenas domesticados, esperando que se volvieran salvajes en cualquier momento, otro vestigio de la educación de su madre sobre los deseos de los jóvenes. Recién ahora se estaba dando cuenta de que los hombres podían ser domesticados utilizando exactamente lo mismo que su madre siempre le había advertido que buscaban. Había visto un destello de ello cuando buscaba la atención de los chicos cuando era adolescente, pero ahora que ya era una mujer adulta, por fin se dio cuenta de ese potencial. Se las arregló para mantener a Eddie dócil y agradable durante casi tres meses con la astuta aplicación de un poco de coqueteo. Con algo más que coqueteo, consiguió que dejara de beber y saliera al mundo a buscar trabajo.

Una vez que tuvo ingresos propios y mejores perspectivas, Eddie solicitó el divorcio sin siquiera hablar con Gert al respecto. Cuando se reunieron en el juzgado, la razón que dio para dejarla fue que "los niños le molestaban" y, ante esa absoluta falta de empatía y la ausencia de contraargumentos por parte de la atónita y furiosa Gert, el juez concedió el divorcio sin ninguna complicación. Toda la relación, desde que se conocieron hasta el divorcio, duró menos de un año.

Los cheques de manutención de John seguían llegando de manera intermitente, y ahora que nadie los interceptaba, Gert descubrió que podía permitirse todo lo que la familia necesitaba con facilidad, siempre que siguiera siendo ahorrativa. Sin embargo, ser madre soltera le producía mucha vergüenza y se sentía cada vez más sola en las largas noches en las que los niños estaban acostados en sus camas. Por otra parte, después de la humillación del divorcio de Eddie, su confianza estaba demasiado dañada para intentar otra ronda de citas.

Un día se topó con John, totalmente por accidente, cuando él estaba patrullando por el barrio, y los dos volvieron inmediatamente a su viejo y familiar ritmo de conversación. Ella no tenía intención de invitarle a cenar, pero cuando se produjo una pausa en la conversación, le pareció lo más apropiado. Cuando apareció en la puerta de su casa, los niños entraron en un frenesí de excitación porque su padre estaba en casa. Gert podía recordar esa emoción cuando su propio padre llegaba a casa. Podía recordar el dolor de la separación con tanta intensidad que bien podría haber sido ayer. Después de la cena, convidó a John con una botella de licor que Eddie había dejado, y cuando los niños se acomodaron camas y comenzaron a roncar, le enseñó las nuevas habilidades que había desarrollado durante el tiempo que estuvieron separados. Si los niños habían estado encantados de ver a su padre a la hora de la cena, estaban aún más contentos cuando todavía estaba allí para el desayuno. Al cabo de unas semanas, todo estaba resuelto y John había vuelto a instalarse.

Su segunda boda fue un acontecimiento discreto, al que sólo asistieron unos pocos familiares cercanos y que se celebró sin mucha ceremonia. Tanto Gert como John parecían mucho más relajados esta vez. Esa sensación de calma también les acompañó de regreso a su hogar. Sintiendo por fin que tenía la esposa que se merecía, John se convirtió en un mejor marido. Al sentir por fin que lo tenía bajo su control, Gert se convirtió en una mejor esposa.

Toda esa tranquilidad duró aproximadamente un año antes de que Gert volviera a quedarse embarazada. Casi había llevado el bebé a término antes de abortar. No era la primera vez que le ocurría, pero sí la primera vez que sucedía tan tarde, por lo que se sumió en una profunda depresión. La casa se deterioró, las comidas se volvieron aburridas e insípidas, y finalmente dejaron de aparecer en la mesa. Su vida amorosa se marchitó y murió, y todas las quejas que Gert había tenido sobre su primer matrimonio con John, volvieron a atormentarlo. Empezó a golpearla de nuevo, al principio sólo para sacarla de sus episodios de histeria, pero pronto sólo porque sentía que lo merecía. Parece que ella sentía lo mismo, porque no hizo ningún intento por detenerlo, incluso lo acosó hasta el punto de la violencia en más de un par de ocasiones. Continuó su descenso a la oscuridad hasta que descubrió que estaba embarazada de nuevo, momento en el que volvió a ser la misma de siempre. John había estado a punto de abandonar la casa antes de que ella recibiera la noticia, y se sintió tan complacido por el repentino cambio en su comportamiento y conducta que su violencia cesó de inmediato, lo que añadió más credibilidad a la teoría de que ella merecía cualquier castigo que él hubiera estado aplicando por ser una "mala esposa". A lo largo de los siete años siguientes, este patrón se repetiría una y otra vez. Ella abortaba y caía en una depresión, luego se quedaba embarazada de nuevo y se recuperaba. Al final de su segundo matrimonio con John, Gert había dado a luz a dos hijos sanos. El resto había muerto antes de llegar a término. Tras siete años de esta montaña rusa emocional, John fue quien solicitó su segundo divorcio. Una vez más, Gert se quedó con la custodia total de sus seis hijos, sin oposición.

Gertrude Wright

A los 37 años, Gert era una madre soltera inestable con seis hijos y sin más ingresos que los que recibía de su ex marido en concepto de manutención. Después de depender tanto de John para el apoyo financiero durante su segundo matrimonio, y con la degeneración gradual de sus facultades, Gert se encontró incapaz de cubrir los pagos de la hipoteca de la casa que había compartido con sus maridos e hijos durante toda su vida y estaba al borde del desalojo cuando se aferró a Dennis Wright como su posible salvador. Dennis ya estaba casado con otra persona cuando lo conoció, y Gert era diez años mayor que él. Gert aprovechó todas las ventajas de estos desequilibrios de poder, utilizando los favores sexuales como recompensa, cada vez que Dennis la complacía de otras maneras. Se instaló en su casa el día después de que su esposa se marchara y trajo consigo a toda su prole. El joven Dennis no era una persona especialmente equilibrada, con tendencia a la autodestrucción por la bebida, lo que podría explicar su incapacidad para tomar decisiones en lo que respectaba a su nueva vida. Cualquiera fuera el poder que Gert ejercía sobre él, parecía ser efectivo: el asumió las cargas financieras de su repentina y amplia familia sin chistar.

La inestabilidad de Gert no se desvaneció sólo porque hubiera conseguido conquistar un nuevo amante. Su encantadora casa en East New York Street no tardó en llenarse de suciedad, ya que se negaba a limpiar lo que ensuciaban ella y sus hijos. Arrojaba la comida y la basura al suelo cuando perdía el interés por ella y, en más de una ocasión, uno de los niños más pequeños estuvo a punto de atragantarse con un trozo de basura desechado. Dennis estaba silenciosamente horrorizado por la criatura que había dejado entrar a su casa, pero la dominación sexual de Gert sobre él no le dejaba escapar.

Dennis había pasado casi un mes planeando su huida de las garras de Gert. Sabía que si ella estaba en la habitación con él, si podía ponerle las manos encima, todo estaría perdido. Así que lo planeó todo; sabía que se ponía más dócil justo después de sus "citas nocturnas", así que esperó a que ella programara una, para poder salir de allí justo antes que aquello ocurriera. No le enorgullecía la idea de escabullirse de una casa llena de niños y de una mujer que claramente había sufrido demasiado, pero todo aquello se estaba volviendo excesivamente real para él con demasiada rapidez. Ni siquiera sabía si quería tener hijos, y mucho menos seis de esos pequeños bastardos llorones. No había tenido ninguno con su esposa, así que ciertamente no estaba listo para lanzarse con una mujer que apenas conocía. No tenía que aguantar mucho más, sólo tenía que esperar a que Gert

empezara a hacer algunos avances para que él supiera que ella estaba de humor, entonces podría hacer la maleta y largarse. Luego, la casa rancia, los niños gritando y ella, serían sólo un recuerdo lejano. Tenía familia fuera del estado, podía encontrar un trabajo en cualquier lugar, no tenía que quedarse y sufrir toda una vida de miseria con esa bruja sólo porque ella podía lamerse los labios y hacer que le flaquearan las rodillas.

Estaba preparado para el caos habitual cuando se acercó a la puerta, listo para tropezar con botellas de refresco desechadas y oler el agudo hedor de los pañales empapados, pero, en cambio, la casa estaba casi en silencio. Empujó la puerta tímidamente y casi jadeó cuando se dio cuenta de que podía volver a ver la alfombra del pasillo. Todo el correo, los periódicos y la basura de todo tipo que había formado una gruesa pátina sobre el vestíbulo habían desparecido. La base de las paredes, donde las botas embarradas habían salpicado, estaba ahora limpia y el montón de abrigos junto a la puerta había sido guardado en algún armario. Cerró la puerta en silencio, temiendo que si hacía demasiado ruido se rompiera la burbuja de paz que de alguna manera se había formado en su casa. Volvía a sentirse como su casa—no como una madriguera de niños salvajes chillando o como un basurero. Se preguntó por un momento si se había equivocado de puerta. Luego se preguntó si se había quedado sordo. Ambas preocupaciones se desvanecieron cuando oyó a Gert en la cocina, cantando con su voz melodiosa como si hubiera salido de una película de Disney. Recorrió suavemente el pasillo, admirando los pisos limpios, las paredes limpias, todo limpio. No se había dado cuenta de lo agobiante que era para él la suciedad hasta que desapareció, y ahora era como si se hubiera quitado un peso de encima y pudiera volver a respirar. Y así lo hizo, aspirando una bocanada de aire fresco y limpio y el más leve rastro de lejía. Se encontró sonriendo al llegar a la cocina y los cálidos aromas de una cena casera se unieron a la mezcla. Gert estaba junto a la estufa, cantando a los niños reunidos, algunos en torno a la mesa y otros descansando alrededor de los mostradores. A juzgar por el estado de sus rostros, ya habían comido antes de que él llegara, lo cual era una suerte porque Gert se volvió hacia él con una sonrisa sorprendentemente brillante. Parecía otra persona. Los ojos hundidos, la mueca, todo había desaparecido. La mujer que pretendía ser en aquellos momentos en los que se revolcaban en las sábanas y él perdía el control de su vida, era la mujer que ahora mismo estaba de pie en su cocina, preparándole la cena y luciendo la imagen perfecta de un ama de casa impoluta. Nunca se habría dado cuenta de que hasta ayer su ropa había estado sucia y cubierta de costras de sudor. Ni siquiera podría haber adivinado el horrendo estado en que se encontraba su casa hasta hoy

si la miraba ahora. Pero, por supuesto, no la estaba mirando porque sólo tenía ojos para Gert. Ella se acercó y le plantó un suave beso en los labios y él no pudo dejar de sonreír ni siquiera para besarla. "Bienvenido a casa, Dennis. La cena estará lista en un momento. ¿Por qué no te sientas?"

Despidió a los niños con un gesto de la mano y todos salieron, algunos de ellos lanzando miradas de resentimiento. Estaba bastante seguro de que podía oler el pastel de melocotón en el horno, así que podía entender esos celos.

La comida estaba deliciosa, pero no era nada comparado con la forma en que Gert lo miraba, o simplemente con su mirada. Era como si alguien hubiera hecho retroceder el reloj de su triste vida y hubiera vuelto a ser joven y hermosa de nuevo. Ella sonreía con facilidad y movía los párpados cada vez que él la halagaba, y él se dio cuenta de que no podía dejar de hacerlo porque todo era muy dulce en ese momento. Ella se sentó en su regazo cuando él terminó de comer y le limpió la comisura de los labios con una servilleta. "Siento no haberte tratado bien, Dennis, pero te prometo que todo eso va a cambiar a partir de hoy".

"¿Sí?", sonrió.

Las manos de ella se deslizaron por el pecho de él y subieron por la parte posterior de su cuello. Los ojos de ella llenaron su visión, enormes y con los párpados pesados como los de una vaca. Se mojó los labios. "Oh, sí".

"Me he portado fatal contigo y quiero empezar a compensarte esta noche". Ella se movió ligeramente en su regazo y, con un escalofrío, él se dio cuenta de cuál podría ser la compensación para él. En el fondo de su mente, una vocecita le gritaba que tenía un plan—que debía salir—, pero la acalló sin pensarlo dos veces. Eso fue antes de que ella cambiara. Ahora todo iba a estar bien.

Horas más tarde, volvió a caer sobre su lado de la cama, resbaladizo por el sudor y dolorido por el esfuerzo. Era un buen dolor, el tipo de dolor que te hace ser consciente de lo vivo que estás. A la luz de la luna pudo ver a Gert tendida en la cama, con su piel brillando en el tinte azul. La risa de ella fue estruendosa, gutural, y la de él fue tan baja como un gruñido. "¿Ya empiezas a perdonarme?"

Él dejó escapar un ruido que sólo podía describirse como una risita. "Puede ser que lo haga. Podría ser".

Ella se inclinó y la sábana que la cubría se desprendió. El sintió una agitación familiar por debajo de su vientre. Los ojos de ella se abrieron de par en par cuando notó que se estremecía. "¿Otra vez, ya? ¿Intentas agotarme?"

"Hacen falta más de dos revolcones para ponerte a dormir". Él le devolvió la sonrisa.

"No tan rápido, primero tenemos que hablar de algunas cosas".

Él se dio la vuelta y empezó a gatear hacia ella. "Será mejor que las discutamos rápido, porque ahí voy".

Bueno, hay un cierto orden para las cosas. Primero viene el amor, luego el matrimonio...

Dejó de avanzar y su buen humor empezó a enfriarse tan rápido como el sudor de su espalda. "Sabes que no puedo levantarme y casarme contigo. Tendría que llevar mis papeles al juzgado primero y eso lleva tiempo y dinero en abogados".

Ella se contoneó en la cama de manera muy sugerente hasta que estuvieron lo suficientemente cerca como para besarse. "Creo que deberíamos resolverlo cuanto antes, eso es todo. Porque... nunca se sabe lo que puede pasar".

El frío ya se había instalado en los huesos de Dennis. "¿Qué se supone que significa eso?"

"Quiero decir que... sabes de dónde vienen los bebés, ¿verdad? No eres tan joven".

Se le revolvió el estómago y, en un instante, todo el sordo temor que había estado empujando al fondo de su mente volvió a irrumpir como un huésped no deseado. "No quiero ningún bebé, Gert".

Ella se encogió de hombros, haciendo que la cosa se agitara distrayéndolo de nuevo. "Bueno, a la vida no le importa mucho lo que queramos, Dennis. Recibimos lo que el Señor nos da, y tenemos que conformarnos. Sabes que amo a cada uno de mis hijos, pero no quería a ninguno de ellos después del primero. Y aquí estoy de todos modos".

El la miró fijamente, tratando de dejar de lado el sudor y la carne que lo distraía, intentando concentrarse en la mujer que había detrás de todo eso. Se encontró con sus ojos y trató de dejar de lado todos sus trucos. Sus ojos se dirigieron hacia su estómago. ¿Se veía más lleno que antes? ¿Era por la comida que habían compartido? Su puño se cerró antes de que tuviera tiempo de pensar. "¿Me estás queriendo decir algo?"

"Bueno, esperaba que pudiéramos hablar de nuestros planes..."

"¿Tienes un bebé en tus entrañas?" Gruñó por encima de sus susurros. "¿Lo tienes?

Por un momento, la confianza tranquila de su rostro vaciló y él pudo ver a la bruja de ojos hundidos que lo miraba de nuevo. La pesadilla que había arruinado su casa, arruinado su vida y tenía planes de arruinar también su futuro. Un bebé. No habría vuelta atrás. Ella tendría sus garras en él para siempre si tenía un bebé. Él había visto lo que le había hecho al policía con el que había estado saliendo antes. Esto le saldría carísimo hasta el día de su muerte. Nunca podría escapar. Un estado más allá o al otro lado del país. No importaría una vez que su nombre estuviera en ese certificado de nacimiento. Se

apartó de Gert como si fuera una serpiente venenosa. "No quiero ningún bebé".

Ella le sonrió con indulgencia y se frotó una mano sobre su vientre estriado. "Tal vez deberías haber pensado en eso antes de..."

El puño de él la golpeó en la mejilla, lo suficientemente fuerte como para hacerla sangrar. Ella ni siquiera gritó. Tenía demasiada experiencia en recibir golpes; él había visto sus cicatrices. En lugar de eso, sólo puso cara de sorpresa. Un poco decepcionada. El la golpeó de nuevo, esta vez en el ojo, lo que le hizo retroceder la cabeza por el golpe certero.

No iba a tener un bebé. Ella no iba a clavarle los anzuelos. Él iba a liberarse. Lanzó una lluvia de golpes sobre ella que levantó sus brazos desnudos para evitar los peores golpes en su rostro. Casi se deleitó clavándole los puños en el pecho, viendo cómo las suaves curvas de su cuerpo se oscurecían y magullaban bajo su asalto.

Sólo cuando comenzó a clavarle los nudillos en el estómago se le pasó por la cabeza algo parecido a un pensamiento racional. No tenía que tener un bebé. Ella no podía hacerle esto. No dejaría que le hiciera esto. La golpeó allí, una y otra vez, en algún momento ella había comenzado a gritar y llorar. Ahora ella le rogaba. "El bebé no. Por favor. Cualquier cosa menos el bebé".

Casi había abandonado la cama mientras levantaba los puños y la golpeaba de nuevo. Y otra vez. Había sangre en sus manos y en las sábanas, pero no era suficiente. Quería que el bebé saliera de ella. Lo quería romper y que desapareciera. No le importaba si era un bebé. No le importaba si estaba bien o mal. No iba a dejar que ella le hiciera esto.

La sangre no llegó hasta más tarde, y no era tanta como Gert había esperado. El embarazo era demasiado temprano para que fuera mucha, pero seguía siendo una señal segura de que Dennis se había salido con la suya. Perdió el bebé a primera hora de la mañana siguiente, mientras Dennis roncaba satisfecho en su cama. Se sentó en el retrete, con los ojos hundidos, y sintió que toda la alegría y la vida se escapaban de su cuerpo.

La relación siguió cojeando. Gert no estaba dispuesta a renunciar a sus pretensiones y Dennis era demasiado débil para liberarse de sus dudosos encantos. Ella había mantenido las apariencias desde el embarazo. Mantenía la casa impecable y los niños se comportaban bien. Él tenía una comida caliente en la mesa cada noche cuando llegaba del trabajo y ella estaba más que dispuesta a saltar a la cama con él en cualquier momento. Esto debería haberle hecho sospechar, pero simplemente no era tan inteligente. Ella no le hizo saber que estaba embarazada hasta que él consiguió averiguarlo por sí mismo y esta vez lo aceptó con aburrida complacencia. Gert creía sinceramente

que lo había conquistado en cuerpo y alma.

Cuando llegó el bebé lo llamó Dennis Junior. Cuando regresó a casa del hospital, el padre había desaparecido en la noche.

De todas las degradaciones y vergüenzas que Gert había sufrido en su vida, ésta fue la más brutal. No quedó ningún rastro de Dennis, ni siquiera su nombre. Afirmaba ante cualquiera que quisiera escuchar que Dennis se había casado con ella antes de marcharse. Que el bebé no era bastardo. Que era viuda. Repasaba las diferentes mentiras con tanta rapidez que a menudo cambiaba de historia en medio de una conversación con un mismo vecino. Lo que sea que había estado arraigando a Gert con la realidad hasta ese entonces, había desaparecido. Dejó de comer y sólo bebía cuando uno de los niños mayores le ponía una botella de refresco en la mano. Los médicos venían a visitarla con frecuencia y en el barrio se rumoreaba que padecía una enfermedad crónica. Pasó de parecer una mujer de mediana edad relativamente bonita a tener un aspecto esquelético en pocas semanas, como si Dennis Junior le estuviera chupando la vida.

Los rumores circularon con bastante rapidez, y una vez más en su vida esa red de cuchicheos entre las mujeres cercanas sirvió en realidad para ayudar a Gert. Le pidieron que hiciera de niñera en muchas ocasiones y le pagaron generosamente por su trabajo. Mujeres que habían gestionado su carga de trabajo doméstico sin esfuerzo a lo largo de su vida adulta, de repente necesitaban pasarle parte de su ropa para que la lavara y planchara porque simplemente no podían más, y ella era un encanto por ayudarlas. Así recibía un poco de dinero. Los pagos de la manutención de John eran escasos y poco frecuentes. Se había enterado de lo de Dennis, de la cómoda casa en la que residía Gert, y había decidido que ella ya no necesitaba su dinero ganado con tanto esfuerzo. Había que pagar el alquiler de la casa, alimentar y vestir a los niños, por lo que seguía adelante a pesar de que todo aquello no significaba nada para ella.

Mientras Gert pasaba por todos sus diversos dramas y traumas, el tiempo no se había detenido para sus hijos. Su hija mayor, Paula, se vio obligada a desempeñar el papel de amiga y confidente de su madre desde muy temprana edad, aprendiendo de segunda mano todos los detalles horripilantes de la vida, de su única figura paterna constante, después de que Gert aplicara su propia y peculiar óptica de los acontecimientos. Creció con una visión del mundo bastante distorsionada, y su comprensión de las relaciones románticas estaba fuertemente influenciada por la forma en que su madre se relacionaba con los hombres, algo que Paula, por supuesto, consideraba perfectamente normal. Su vida amorosa en la adolescencia había sido menos exitosa que la de Gert. En parte, esto se debió a que la revolución sexual había llegado justo cuando ella era una adolescente y, por lo tanto, todas las demás chicas de su edad estaban considerablemente más dispuestas a ser cortejadas. También le faltaba la desesperación que su madre había experimentado a esa edad. No necesitaba atención ni afecto. Recibía mucho de su madre, aunque fuera en forma de una amistad demasiado estrecha en lugar de una relación maternal normal.

Cuando Gert sufrió la crisis nerviosa tras ser abandonada por Dennis, ese sistema de apoyo desapareció para todos sus hijos y, por primera vez, Paula se encontró buscando amor fuera de su familia. Comenzó a entablar relación con todos los chicos del vecindario y con todos los compañeros de colegio a los que podía acercarse. Con su madre completamente alejada de la realidad, Paula se encontró con que era la jefa de familia, de hecho, y utilizó los limitadísimos recursos que se le proporcionaban para sacar su máximo provecho. La casa de los "Wright" se convirtió en un punto de encuentro local para los adolescentes, donde eran libres de fumar, escuchar música y holgazanear, sin temor a la supervisión de sus padres. En las pocas ocasiones en que Gert resurgía de su habitación, le seguía el juego a la actitud relajada que Paula le dibujaba. Gert era incapaz de distinguir lo que era apropiado que los adultos dijeran o hicieran alrededor de los adolescentes, por haber estado atrapada en un constante estado de desarrollo detenido desde su propia adolescencia, por el aislamiento de sus relaciones abusivas. Sin embargo, las amistades de Paula y la amplia red social que estaba desarrollando, no eran suficientes para ella.

La cita de Paula era sólo un año más joven que ella, y aunque normalmente no se habría molestado con un chico así, no podía negar que tenía un encanto juvenil. En el salón seguía sonando un disco y el parloteo habitual de la gente casi la ahogaba. No le preocupaba que

nadie la viera besando a un chico. Estaban demasiado enfrascados en sus propios melodramas como para pensar en ella, aunque fuera aparentemente la anfitriona. Cuando las manos de él se deslizaron hacia abajo para apretar su trasero, Paula saltó como si hubiera tocado una estufa caliente, luego la presionó nuevamente contra él y ella correspondió a su embestida con la boca abierta. Cada vez que él presionaba su cuerpo contra el suyo, ella sentía que su corazón latía con más fuerza. Con una risita, se separó y, con una última mirada nerviosa hacia el salón, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta su dormitorio. Técnicamente tenía que compartirlo con las otras chicas, pero todas estaban charlando en la otra habitación. No iban a recibir miradas indiscretas, ni aullidos ni gritos.

Tropezaron con unos zapatos viejos y desgastados y estuvieron a punto de caer sobre un montón de juguetes rotos, pero llegaron a la cama de Paula sin más incidentes. Había visto a su madre con hombres con la suficiente frecuencia como para saber cómo debía ser esto. Guió las manos del chico hacia su pecho y gimió tan fuerte como se atrevió, aunque le dolía sobre todo cuando el chico se excitaba demasiado y le aplastaba los pechos con sus dedos toscos. Ella se quitó con dificultad la blusa y él jugueteaba con su cinturón, con los ojos muy abiertos y la boca colgando en señal de anticipación. Ella se inclinó para besarlo de nuevo con la mitad de los botones desabrochados y él tardó sólo un segundo en recordar lo que debía hacer. Paula empezaba a sentir calor. Los sonidos de la otra habitación se iban desvaneciendo hasta que lo único que podía sentir era la respiración jadeante del chico y el estruendo de sus propios latidos en sus oídos. La puerta crujió al abrirse, pero Paula estaba tan perdida en el momento que ni siquiera se dio cuenta de que había alguien más en la habitación cuando empezó el chillido. "¡Pecadores!"

Paula saltó de encima del chico y trató de escabullirse, pero su madre la agarró por el pelo y la arrastró hacia atrás. "Puta asquerosa. En mi casa. En mi propia casa".

Con un tirón de su brazo, sacó un grito estrangulado de Paula y la hizo caer de rodillas. "¡Y tú! Que no vuelva a verte husmeando entre mis chicas. Me oyes, pedazo de basura. Sal de esta casa antes de que haga algo de lo que me arrepienta".

Las últimas semanas no habían sido buenas para Gert. Su cabello había comenzado a caerse y la falta de nutrición había hecho que sus ojos se hundieran aún más en la máscara de su rostro que parecía una calavera. Parecía una pesadilla hecha carne en el mejor de los casos, pero aquí, en las profundas sombras, con su voz chillona, fue una suerte que la cita de Paula no se mojara mientras se apresuraba a escapar sin siquiera devolverle una mirada de compasión. Gert salió furiosa tras él, gritando a todo pulmón, expulsando a los chicos de su

casa con una larga andanada de viles insultos y maldiciones. Paula se quedó arrodillada en la oscuridad, con lágrimas corriendo por su rostro y con la alegría de su primer beso olvidada en la marea de terror que acababa de arrasar su vida.

Cualquier intento de Paula de salir con alguien, luego de este episodio, fue respondido con arrebatos similares e interrupciones de su rutina social. Después del primer incidente, Gert retiró todas las puertas interiores de la casa e hizo que los chicos mayores las cortaran para hacer leña. La siguiente vez que vio a Paula hablando a solas con un chico, su fachada despreocupada se desvaneció una vez más y arrastró a la chica al interior de la casa para darle un largo sermón sobre cómo iba a arruinar su vida, quedándose embarazada fuera del matrimonio, destruyendo su futuro. Cuando el sermón no funcionó, y Paula fue sorprendida llegando tarde con los labios rosados e hinchados por los besos, Gert comenzó a elaborar reglas para la familia por primera vez en su vida. Todos los domingos asistirían a la iglesia y durante el resto de la semana infundiría sus sermones con fuego y azufre nuevos. No bastaba con que Paula fuera a arruinar su vida, sino que también iba a empañar su alma inmortal. Los sermones se volvieron cada vez menos frecuentes, y entonces Gert volvió a sus viejos hábitos. Ninguno de los chicos se había atrevido a confrontarla con la verdad acerca de su propio comportamiento pecaminoso. Seguía llamándose a sí misma señora Wright para desviar cualquier sugerencia de indecencia, pero todos los vecinos sabían la verdad, lo que significaba que todos sus hijos también la sabían. Ninguno de ellos estaba dispuesto a insultar a Gert hablando de ello, ya fuera por su temperamento salvaje, porque la compadecían o porque apreciaban las cosas que hacía por ellos, pero todos conocían la razón de su vergüenza y ella los detestaba por ello.

Paula, por su parte, se alejó de la línea de fuego, manejando su vida amorosa con toda la sutileza que podría manejar una adolescente. Sabía que, al igual que su madre, su única esperanza real de tener una vida cómoda, era casándose bien, pero al igual que su madre, su gusto era cuestionable y su paciencia extremadamente finita. En lugar de esperar a que un chico de su edad se estableciera y la invitara a salir, Paula empezó a salir a escondidas por las noches y a frecuentar los bares locales, donde era menos probable que los rumores sobre su presencia llegaran a oídos de su madre. No tardó mucho en atrapar a un exitoso empresario local, y aunque fuera treinta años mayor que ella, eso no importaba en el panorama general. La llevó a moteles y durmieron juntos regularmente durante un mes antes de que ella abordara el tema del matrimonio, ya que él no parecía dispuesto a hablar de ello. Fue entonces cuando él sacó su anillo de bodas de su bolsillo trasero y volvió a ponérselo en su dedo. Puede que su madre

no le haya enseñado mucho de moral, pero tenía cierto sentido del orgullo propio. Le dijo lo que pensaba de él y lo dejó solo en aquella habitación de motel sin mirar atrás.

Sólo tardó uno o dos meses en darse cuenta de que algo andaba mal, y a pesar de todos los problemas que había tenido con su madre desde que empezara a intentar salir con chicos, nunca tuvo ninguna duda de que Gert era la única que podía ayudarla. Tomaron el autobús para ir a la consulta del médico mientras una de las madres del vecindario cuidaba a los más pequeños y el resto de los niños acudía al colegio. Un rápido análisis de sangre confirmó lo que ya sabían: Paula estaba embarazada.

Fue la gota que colmó el vaso para Gert. Ya cerca del punto de quiebre, al ver que su hija repetía exactamente los mismos errores que ella había cometido en su vida, estaba al borde de la locura total. Gracias al trabajo de los niños mayores, la casa se había mantenido habitable hasta ese momento, y mediante un acuerdo silencioso, habían obligado a su madre a comer lo suficiente como para evitar que muriera, pero ahora Gert pasó de su estado catatónico habitual, a la crueldad. Si sorprendía a los niños haciendo las tareas domésticas, los echaba. Si intentaban alimentarla, les gritaba hasta que se rendían. Mientras que antes soportaba cualquier tipo de tontería y de juego brusco en su sala de estar, ahora los fomentaba activamente, difundiendo rumores entre los niños del barrio con un deleite y una vileza que asustaba incluso a los chismosos más sarcásticos. Mientras que antes vivía en la miseria porque estaba demasiado perdida en el mundo como para hacer algo al respecto, ahora se deleitaba en el espantoso estado de su pocilga y en las profundidades de la miseria en la que se había sumido.

El acuerdo con los Likens

Paula siguió adelante con su vida como si su madre no estuviera en medio de un completo ataque de nervios. Su vida amorosa quedó en pausa con el embarazo, pero se las arregló para mantenerlo en secreto ante los jóvenes del barrio e incluso ante la mayoría de sus hermanos, por lo que su vida social no se vio afectada. Su casa se había convertido en el centro social de todos los adolescentes del barrio mucho antes de este último colapso, pero ahora era el único lugar donde estar. A los adolescentes no les molestaba el desorden, y el hecho de que Gert no sólo les dejara hacer lo que quisieran, sino que se uniera activamente a sus pequeñas disputas, resultaba sorprendentemente entretenido para los chicos.

Aun así, incluso Paula necesitaba a veces un descanso de estar en esa casa, y aunque la mayoría de sus amigos se congregaban allí todos los días después de clases, de vez en cuando se las arreglaba para escabullirse y visitar a alguno de los que habían decidido no hacerlo. Darlene McGuire pertenecía a una familia irlandesa que no era muy respetable y, por ello, Gert le había hecho algunos comentarios mordaces. Aún seguía viniendo a la casa con bastante frecuencia, pero no era algo cotidiano para ella, como lo era para muchos de los demás.

Darlene era una chica agradable con un desordenado cabello negro rizado, y Paula no tenía muchas cosas agradables en su vida. Si corría un rumor desagradable por el pueblo, nunca lo escucharías de su boca, y si la iglesia hacía una colecta de caridad, Darlene daría hasta el último centavo porque le gustaba ayudar, no sólo porque trataba de mantener las apariencias como todos los demás. Su único mal hábito era el de acoger a todo animal que necesitara de su ayuda. Su madre tuvo que desalojar por la fuerza a varios gatos y perros callejeros a lo largo de los años, junto con un puñado de pájaros y, en una ocasión memorable, una zarigüeya. La última pareja de rescatadas fueron presentados a Paula como Sylvia y Jenny Likens. Sylvia parecía tener más o menos la edad de Paula, era la chica más bonita que Paula había conocido, de voz suave pero amable. Jenny era un poco más joven y mucho más torpe que su hermana. Llevaba unas abrazaderas ortopédicas en las piernas por encima de la ropa, recuerdo de un ataque de poliomielitis en la infancia, del que nunca se había recuperado del todo. Darlene las había encontrado deambulando por la ciudad y las había llevado a su casa cuando quedó claro que no tenían a dónde ir.

Tras un poco de persuasión y engatusamiento, las cuatro chicas se dirigieron a la casa de Paula. Se instalaron en su habitación para escuchar algunos discos y beber refrescos, mientras las mayores

fumaban e intentaban sonsacar a las dos más jóvenes su historia. Todo salió a la luz al cabo de alrededor de una hora, cada una de las chicas Likens aportó su parte a regañadientes.

En medio de la noche, Betty había sacudido a sus hijas para despertarlas. Tenía una bolsa preparada para cada una de ellas. Una mirada desquiciada brillaba en sus ojos y tenía un moretón alrededor de uno de ellos. Hablaba en susurros sibilantes. "Vamos chicas, nos vamos de aquí. No voy a pasar otra noche bajo el mismo techo que ese bastardo".

Habían ido dando tumbos en la oscuridad intentando ponerse la ropa y, tras un par de intentos fallidos, Betty consiguió colocar los tirantes de Jenny en su sitio sin pellizcarla. Juntas salieron a la calle tenuemente iluminada y, por un breve instante, cuando el aire frío de la noche golpeó su rostro, Sylvia se preguntó cuándo terminaría ese extraño sueño. Llegaron a la estación de autobuses antes de que la realidad comenzara a asimilarse, y Sylvia se preguntó si podría escapar para volver con su padre. Lester no era un padre particularmente terrible, tampoco Betty lo era; simplemente estaban intensa y profundamente absortos en sí mismos. Su relación había sido el centro de toda su vida. Sus hijas no eran más que un elemento accesorio.

Si Sylvia hubiera vuelto con él, él habría seguido siendo un padre completamente normal y Betty se habría desvanecido en la noche tal y como lo había planeado. La vida podría haber seguido más o menos igual, si ella hubiese encontrado el valor para levantarse y correr a casa. Pero Jenny interceptó su mirada. Estaba sentada en el borde de la fila de asientos de plástico frente a Sylvia y parecía dispuesta a llorar. Sylvia podría haber abandonado a su madre en esa bizarra aventura que había planeado, pero no podía dejar que Jenny la sufriera sola. No podía. Juntas, agarrando con fuerza su escaso equipaje, tomadas de la mano, las chicas subieron a un autobús hacia Indianápolis, confiando en que todo saldría bien.

El autobús olía ligeramente a orina y las únicas personas que viajaban en él eran francamente aterradoras para Sylvia. Un hombre de ojos desorbitados y barba poblada ocupaba el asiento trasero, rodeado de latas de cerveza vacías. Una anciana que parecía no respirar, tenía la cabeza apoyada en la ventanilla cercana a la parte delantera. Las hermanas se sentaron juntas detrás de su madre, y Sylvia no se quejó ni una sola vez, a pesar de que Jenny parecía estar haciendo todo lo posible por estrujar cada hueso de su mano. A medida que el autobús avanzaba con estruendo, las punzadas de terror empezaron a apagarse y la conciencia de que aún era de noche se apoderó de ellas. Jenny fue la primera en quedarse dormida, sus ronquidos eran como un suave susurro en el cabello de Sylvia. Luego,

su madre se desplomó sobre su bolso repleto y comenzó a babear. Sylvia fue la última en quedarse dormida, el nerviosismo la hacía reaccionar cada vez que el autobús traqueteaba, pero el cansancio la arrastraba de nuevo con la misma rapidez.

Llegaron a Indianápolis antes del amanecer, recogieron sus maletas de debajo del autobús y se dirigieron a la ciudad con "una nueva esperanza en sus corazones", según Betty. Desgraciadamente, la esperanza fresca en sus corazones no iba acompañada de dinero en efectivo en sus bolsos. Betty se había gastado todo lo que tenía en los billetes de autobús y ahora su gran aventura estaba llegando a un abrupto final antes de haber comenzado. Sylvia se mantuvo estoica, pero Jenny no tardó en quejarse por haberse salteado el desayuno. Los ojos de Betty se habían iluminado con ideas románticas equivocadas sobre el cuidado de sus bebés ahora que estaban solas en el mundo, y unos minutos después las niñas esperaban fuera de un minimercado mientras su madre entraba a robar algo para comer. Sylvia prácticamente vibraba por la tensión, incluso antes de que el coche de policía se detuviera frente al recinto. Cuando Betty fue llevada esposada, Sylvia tuvo que arrastrar a Jenny para que no las delatara y las arrastrara también a ellas a la cárcel. Las chicas pasaron el resto del día vagando por la ciudad sin rumbo fijo hasta que Darlene las encontró y las llevó a casa.

Paula quedó cautivada por el dramatismo de la historia y, aunque Jenny le parecía más aburrida que el agua, parecía que Sylvia podría llegar a ser una buena amiga. Con esa amistad en mente, recorrió el pasillo hasta la habitación de su madre, que yacía como un cadáver, inmóvil en su cama, y preguntó si las dos chicas podían pasar la noche en su casa, parafraseando la historia de su huida de un marido maltratador, con la esperanza de despertar algo de empatía en aquella mujer de ojos muertos. Gert salió al encuentro de las chicas con una sonrisa que hizo temblar a Jenny. "Estas encantadoras chicas son bienvenidas a pasar la noche. Por supuesto que sí. Por supuesto que sí. No se preocupen, las cuidaremos bien y por la mañana averiguaremos dónde se ha metido su madre. No se preocupen por nada".

Había tanta calidez en esas palabras que incluso la siempre escéptica Sylvia no dudó de ellas. Agradeció profusamente a la "señora Wright" hasta que la mujer la detuvo con una sonrisa. "Llámame mamá, querida, todo el mundo lo hace. Todos los niños y niñas que entran por esa puerta".

Las niñas Likens durmieron en la cama de Paula esa noche, después de que Darlene se fuera a casa, y tras la agotadora odisea del día anterior, durmieron hasta casi la hora de comer, cuando un golpe en la puerta despertó a todos en la casa. Gert se dirigió a la puerta en camisón y la abrió de un tirón, esperando a un tonto vendedor a

domicilio. En lugar de eso, se encontró cara a cara con Lester Likens y, justo detrás de él, Darlene McGuire.

Darlene se había topado con Lester vagando por las calles en busca de sus hijas. Le habían llamado cuando su mujer ingresó en la cárcel del condado y surgió el tema de la fianza. Ya se estaba tramitando todo el papeleo y Betty saldría en libertad antes de que terminara el día. Su breve separación y la angustia que ambos habían sentido fue suficiente para que se reconciliaran, y a través del cristal de la sala de visitas de la cárcel, los dos habían renovado sus votos de amor y lealtad el uno al otro y comenzaron a hacer planes para el futuro. Planes que volvían a centrar su atención en sus nociones románticas y dejaban a sus hijas en un segundo plano.

Lester le dedicó a Gert una sonrisa de oreja a oreja y comenzó a explicarle. Tenía amigos que trabajaban en el circuito de ferias itinerantes y ganaban muy buen dinero, y tanto a Betty como a Lester les habían ofrecido un puesto en una, que estaba a punto de dirigirse al sur. Por desgracia, no había sitio para niños en la feria. Las chicas habían salido corriendo a saludar a su padre en cuanto supieron que había llegado, y se sintieron aliviadas al saber que sus problemas con Betty habían terminado, al menos por el momento. Sin embargo, quedaron un tanto consternadas con su plan de abandonarlas. Lester adoptó de inmediato su tono de voz de seda que solía utilizar cuando hacía enfadar a su madre. Hablando de la gran oportunidad que era para ellos. De cómo les permitiría ahorrar para un futuro mejor para las niñas. No estaban convencidas, pero no era a ellas a quienes las súplicas de Lester pretendían convencer. Al final, se dirigió a Gert y le preguntó directamente si se quedaría con las niñas, dándoles alojamiento y comida a cambio de veinte dólares a la semana. Veinte dólares a la semana mantendrían a Gert con cigarrillos para el resto de su vida, y el dinero regular y garantizado era una rareza en su casa. No fue necesario convencerla para que aceptara acoger a las niñas. Con la cantidad de niños que ya había en su casa, bromeó diciendo que probablemente ni siquiera notaría un par más.

Con todo acordado en la puerta de su casa, Lester estrechó la mano de Gert y se fue a hacer los arreglos necesarios para trasladar el resto de las pertenencias de las niñas. Ni una sola vez entró y vio el horrible estado de deterioro de la casa. Tampoco echó un vistazo a su alrededor durante el tiempo suficiente para darse cuenta de que solo había la mitad de camas para las personas que estaban viviendo allí. Únicamente se alegró de poder volver a salir corriendo al atardecer con su querida esposa. En la casa, Paula hizo un alarde de alegría por la llegada de las nuevas chicas, diciéndole a Sylvia que ahora iban a ser como hermanas, sin embargo, ya se sentía incómoda por tener a esas desconocidas viviendo con ella. En circunstancias normales,

probablemente habría abrazado de verdad a estas dos almas perdidas, pero las circunstancias eran cualquier cosa menos normales, y tenía un gran secreto que intentaba mantener guardado. Uno que sería casi imposible de ocultar a un par de chicas de su edad que iban a compartir su espacio vital.

El Pago Atrasado

Durante la primera semana de su nuevo y extraño arrendamiento, las chicas Likens se sintieron desconcertadas por la rareza de "Mamá" y la casa repleta de niños del barrio. En cierto modo, parecía casi una utopía adolescente sin más reglas que las que ellas mismas decidieran cumplir. Lamentablemente, como en tantos períodos de anarquía a lo largo de la historia, esto dio lugar a una horrible jerarquía de darwinismo social en la que los fuertes se aprovechaban de los débiles. Todos los niños Baniszewski tenían cierto poder en el círculo, en virtud de ser su casa, y las niñas mayores, Paula y Stephanie, llevaban la parte del león. Cualquiera de los chicos que resultara poseedor de su preferencia en un momento dado, también ganaba una medida de respeto y poder, y los novios esporádicos de Stephanie pasaban a la cabeza del grupo. Gert supervisaba todas las luchas internas con una mirada imparcial, y sólo intervenía si parecía que la situación podía volverse en contra de sus hijos, e incluso entonces, sólo cuando sentía que las cosas se estaban saliendo de control. Aun en este caos, había ciertos rituales que obligaba a la familia a cumplir. Asistían a la iglesia todos los domingos, y si había otros festejos que se celebraran allí a lo largo de la semana, bañaba a todos los niños para asistir al evento. Era consciente de lo vacilante que era su dominio de la respetabilidad y hacía tiempo que había descubierto que el hecho de que la iglesia respondiera por ella, era una buena manera de evitar tener que hacer mejoras personales.

Las niñas Likens tenían una asistencia perfecta a la escuela local, una vez más impuesta por Gert con la misma furia silenciosa que utilizaba para que todos asistieran a la iglesia. Incluso cuando Jenny tenía dolores en las piernas, asistía sin falta. El absentismo escolar era otro signo de indignidad que Gert no toleraba. Estaba desesperada por mantener oculta su situación personal, a pesar de que mucha gente ya se había enterado a través de los chismes del vecindario. Las chicas Likens parecían desenvolverse bien en la escuela, obteniendo logros académicos y haciendo amigos con facilidad. El clan Baniszewski tenía una influencia considerable dentro de la escuela, y el hecho de que Paula estuviera dispuesta a responder por las nuevas chicas, contribuyó en gran medida a consolidar su credibilidad social.

Después de un agradable día de clases, las chicas Likens volvieron a casa y encontraron el lugar extrañamente tranquilo. Toda la multitud habitual de después de clase estaba ausente, y sólo los propios chicos Baniszewski seguían merodeando. Pensando que se habían topado con un nuevo ritual familiar del que no sabían nada, trataron de pasar desapercibidas hasta que pudieron preguntarle a Paula qué estaba pasando. En la habitación que compartían las cuatro

chicas, Paula estaba esperando, pero también Gert. Sin mediar palabra, las dos mujeres agarraron a Sylvia y la obligaron a ponerse boca abajo sobre el jergón de ropa sucia que la habían obligado a usar como cama. Gert rugía y gritaba. ¡Me he ocupado de ustedes dos, pequeñas zorras, para nada! Échate ahí. Acuéstate".

Se puso encima de Sylvia y le bajó la falda y la ropa interior mientras Paula se reía, luego cogió una vara de la cocina y empezó a golpear el trasero desnudo de Sylvia, que no paraba de gritar. Jenny se quedó helada de terror, atrapada en un momento de indecisión entre correr por su vida o intentar ayudar a su hermana. No tuvo la oportunidad de elegir. Paula la agarró y la tiró en la cama improvisada junto a Sylvia, luchando por bajarle la ropa interior y las faldas y enredándolas sin remedio en las abrazaderas ortopédicas de las piernas de Jenny. Gert también le propinó una andanada de golpes en la parte trasera a Jenny, luego empezó a golpear los ya doloridos muslos de la niña, arrancándole gemidos de angustia.

"Su padre, esa rata mentirosa e inútil, me prometió que pagaría su parte. Ha pasado una semana y no he visto ni un maldito centavo de él. Las he estado alimentando, lavando, poniendo un techo sobre sus cabezas y criándolas bien y ese bastardo ni siquiera me ha enviado un mísero dólar. Veinte dólares a la semana. Eso es lo que acordamos. Veinte dólares. Una miseria. Para mantener a sus queridas hijas sanas y salvas. Pues no van a estar sanas y salvas. ¡No sin mis veinte dólares! ¿Me escuchan, perras? Si él no paga, recibirán una paliza".

Los golpes siguieron lloviendo sobre las chicas y parecía que cuanto más gritaban, más se excitaba Gert. En un movimiento hacia atrás, rompió un espejo, y cuando Paula se adelantó con un grito de consternación, también se llevó un golpe en los nudillos. "¡Mamá!

Gert se detuvo, arrastrando la punta del palo por la curva del trasero rojo y en carne viva de Sylvia con visible deleite. La respiración de Gert era tan enérgica como los sollozos que aún se escapaban de Sylvia. Se inclinó hacia abajo y susurró en el oído de la adolescente. Si tu padre no ha pagado lo que debe antes de mañana, lo tendrán de nuevo. Si no ha pagado al final de la semana, las alquilaré a un dólar por vez hasta que consiga mi dinero. ¿Me oyen, putas?

Sylvia gimió: "¡Sí!" y eso pareció ser suficiente para satisfacer a Gert. Salió de la habitación con una sonrisa de desprecio. Paula salió un momento después, abriéndose paso entre la multitud de sus hermanos menores que se habían reunido en la puerta para ver por primera vez el aspecto de una chica sin ropa.

La humillación dolió a las chicas casi tanto como la paliza que acababan de recibir. Al día siguiente, Sylvia tuvo que ayudar a Jenny a llegar cojeando a la escuela, y cada paso les arrancaba una lágrima. Paula se adelantó a ellas con una sonrisa de superioridad todavía en

su rostro. El cheque de Lester llegó esa misma mañana, retrasado accidentalmente por el servicio postal al cruzar las fronteras estatales.

Nunca había mucho que comer en la casa. Gert mantenía las alacenas vacías y enviaba a uno de los niños mayores a buscar algo simple cuando ella misma tenía suficiente hambre, lo que rara vez ocurría. No pasó mucho tiempo antes de que las niñas Likens salieran a buscar comida para ayudar a complementar las comidas ocasionales que recibían. Habían descubierto que podían canjear las botellas de Cola desechadas, en la tienda local por dinero, así que un día, después de la escuela, salieron a buscar comida y, tras recorrer las calles cercanas, reunieron las suficientes para comprarse algunos dulces. Se comieron una buena parte durante el camino de vuelta a la casa, pero Sylvia insistió en que guardaran algunos para los niños Baniszewski, por los que todavía sentía una gran simpatía, a pesar de la forma en que se habían deleitado frente a su humillación.

Gert las sorprendió repartiendo los dulces y de inmediato otra furia se apoderó de ella. Acusó a las chicas de haber robado los dulces, y cuando Sylvia intentó explicar cómo habían ganado el dinero para comprarlos, la arrastró hasta su dormitorio y la tiró al suelo para darle otra paliza. Esta vez Jenny tuvo el sentido común de permanecer en silencio y apartarse, pero Paula y Stephanie entraron a ver el espectáculo mientras Gert le quitaba la ropa interior a Sylvia y la golpeaba con un cucharón de madera mientras coreaba: "¡Ladrona! ¡Mentirosa! ¡Ladrona! ¡Mentirosa!" una y otra vez. Inmovilizó a Jenny con la mirada. ¿Tú también vas a mentirme, pequeña ladrona? Aquí estoy, haciendo todo por ti y ¿así es como me pagas? ¿Y bien, pequeña mentirosa? ¿Dónde están tus mentiras? ¿Cuál es tu historia? Vamos, ladronzuela, cuéntanos tu historia".

Con cada arrebato, soltaba otro golpe abrasador en la parte posterior de los muslos de Sylvia. Cada demanda burlona iba acompañada de otro grito. "¡Contesta, zorra mentirosa! ¡Dime la verdad!".

Jenny apenas podía hablar entre sus sollozos, al menos hasta que Paula la agarró de la coleta y le echó la cabeza hacia atrás. "Es... es como has dicho. Robamos los dulces. Los robamos. Por favor... por favor, detente".

Gert clavó el cucharón en la espalda de Sylvia con un chillido de victoria. "Lo sabía. Sabía que eras una sucia mentirosa".

Agarró a Sylvia por la parte posterior del cabello y levantó su cabeza para poder ver las lágrimas que caían por el rostro de la niña y el terror en sus ojos. "Si vuelves a mentirme, será la última vez. ¿Me oyes, pequeña zorra asquerosa? ¿Me oyes?"

Sylvia murmuró entre sus dientes apretados: "Sí".

Tan repentinamente como había empezado la locura, se acabó.

Gert salió furiosa de la habitación con Paula detrás de ella, sacudiendo la cabeza en señal de fingida vergüenza mientras se marchaba. Jenny corrió al lado de su hermana y la acunó mientras Sylvia sollozaba lastimosamente. Sólo su hermana la oyó susurrar. "Sólo quería hacer algo bueno".

La Salchicha

Sylvia y Jenny se comportaron muy bien a partir de ese momento. Lo que significaba que intentaban desvanecerse en el trasfondo y pasar completamente desapercibidas. Los amigos de Sylvia en la escuela vieron cómo se alejaba de ellos y quedaba en silencio. Los chicos del vecindario, que al principio se habían interesado tanto por ella, ahora la consideraban tan aburrida como su hermana, y la dejaron de lado. Las chicas evitaban a Gert en la medida de lo posible, comprendiendo que la única forma de estar a salvo de sus extrañas acusaciones era manteniéndose fuera de su vista. Pero incluso eso resultó insuficiente para protegerse de la locura cada vez más profunda de Gert.

Una noche, después de la escuela, la iglesia organizó una rifa a la que los niños Baniszewski fueron enviados para asistir mientras su madre yacía en la cama, para mantener su presencia en la comunidad sin tener que moverse. Fue un acontecimiento aburrido como de costumbre, pero las hermanas Likens estaban secretamente encantadas. El reverendo Julián era un hombre discreto, muy diferente a los predicadores de fuego y azufre con los que se habían topado en el camino junto a sus padres, pero parecía preocuparse de verdad por el bienestar de todos sus feligreses, lo que significaba que podían confiar en que les diera un poco de comida, como caridad, cada vez que las veía. Había observado su pérdida de peso en el transcurso de los últimos meses, y se había informado a través de habladurías que, aunque el dinero era escaso en la casa de los Baniszewski, la amable Gertrude había invitado a estas huérfanas a vivir con ellos. No podía hacer otra cosa que proporcionarles una pequeña parte de la comida que había preparado con las donaciones de alimentos recibidas.

Hacía tres días que las niñas Likens no comían, y estaban temblorosas y débiles. Sylvia tuvo que impedir que su hermana se atiborrara en varias ocasiones. Penosamente consciente de las miradas de compasión que les dirigían los demás asistentes y decidida a no llamar la atención, se limitó a comer sándwiches discretamente a lo largo del modesto evento. Eso y un trocito de tarta de chocolate que el reverendo Julián deslizó en su mano cuando se despedía. Se agarró al brazo de su hermana en el camino de vuelta a casa, ayudándola a sostenerse cuando la habitual debilidad de sus piernas se combinó con la desnutrición, hasta el punto de no poder moverse por sus propios medios.

Una vez en la casa, Sylvia acostó a Jenny en la cama y trató de tranquilizarla antes de que el habitual jaleo del salón fuera tan fuerte que la despertara. Gert no parecía oponerse a que las niñas durmieran. Cualquier cosa que las mantuviera fuera de su vista parecía complacer

a la anciana. Sylvia echó una larga mirada a su propia "cama". Si se quedaba allí, no habría comentarios mordaces ni la posibilidad de que "mamá" la castigara por algún nuevo desaire imaginario. Pero la música y las risas del salón sonaban demasiado tentadoras. Sylvia decidió que merecía algunas cosas buenas en su vida, aunque sólo pudiera disfrutarlas desde la periferia.

Cuando salió al pasillo, el salón quedó en silencio. Con un temor sordo, avanzó hasta ver a Gert sentada en medio de los niños, celebrando junto a ellos. "Y aquí viene el cerdito".

Esta noche no había muchos niños del vecindario holgazaneando. La reunión social de la iglesia no había sido lo suficientemente agradable para la mayoría de ellos, y con la casa de los Baniszewski vacía, excepto por Gert, se sentían un poco incómodos. Los hijos de Gert eran suficientes para llenar la pequeña habitación a rebosar, por supuesto. Los más pequeños empezaron a hacer sonidos de oinks hasta que Gert los silenció con su mirada. "Me he enterado de que has salido a avergonzarme otra vez".

Sylvia se preguntó si podría volver corriendo a su habitación, pero no serviría de nada—no había puertas. La multitud podría entrar en tropel y arrastrarla de nuevo para ser juzgada. "No sé a qué te refieres... mamá".

No solía atreverse a utilizar el título que Gert había elegido para sí misma, pero siempre parecía hacer feliz a la matriarca de aquel desdichado clan cuando lo hacía.

Por las miradas depredadoras de Paula y Stephanie, Sylvia se dio cuenta de que necesitaba toda la ayuda posible en ese momento. La cara de Gert estaba inmóvil y dura como una piedra. "¿Por qué eres tan repugnante?"

Los pequeños se echaron a reír. Sylvia no tenía ni idea de qué responder, así que bajó la mirada clavándola en la parte superior de sus zapatos.

"¿Creías que nadie se iba a dar cuenta de que te estabas llenando la boca, cerdo? ¿Creías que mis hermosos hijos no tenían ojos en la cabeza? ¿Pensabas que no iba a hablar todo el barrio de cómo te llevaste toda la comida que era para todos y te la metiste en tu asquerosa garganta? ¿Sabes lo que están cuchicheando ahora? Están cuchicheando que la vieja Gert no cuida de esas niñas. Que las mato de hambre. ¿Por qué quieres avergonzarme tanto? ¿Por qué haces eso? ¿Fuiste criada por animales? ¿Creciste en un chiquero, amamantada por una cerda?"

Sylvia ya podía sentir que las lágrimas punzaban sus ojos. Le dolía el estómago de hambre, incluso después del dulce extra que le había dado el reverendo. Siempre tenía hambre. El hambre y el miedo se turnaban para hacerle doler el estómago, pero el dolor era constante.

El dolor le provocaba hacer cosas estúpidas, como contestar. "Yo no... no lo haría".

Gert se incorporó en la silla. "Así que mis bebés son todos unos mentirosos, ¿no? Y toda la gente buena de la iglesia también, ¿los estás llamando mentirosos? Cuando el reverendo acuda a mi puerta aporreándola y lamentándose sobre el pecado de gula y lo vil e inmoral que tú has sido, metiéndote por las fauces las sobras que la iglesia le proporciona, ¿aún tendré que creerte? ¿Debo creer a una sucia mentirosa como tú por encima de un sacerdote? ¿Por encima de la palabra de Dios, debemos escuchar el evangelio de Sylvia Likens, la sucia mentirosa?"

"Yo no he dicho..."

"No tuviste tiempo de decir una maldita cosa cuando te estabas llenando la boca con todo. Me das asco. ¿Tienes hambre Sylvita? ¿Tienes tanta hambre que necesitas avergonzarte? ¿Avergonzarnos a todos?"

Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a correr por las mejillas de Sylvia, pero eso sólo pareció excitar aún más a "mamá". Se inclinó hacia delante en su asiento y emitió un espantoso graznido, entre un jadeo y una carcajada. El traicionero estómago de Sylvia eligió ese momento para soltar un espantoso gruñido y Gert se echó hacia atrás en su silla. "Bueno, puede que no sea una cena elegante como la que estás acostumbrada, pero voy a prepararte algo esta noche. ¿Todavía tienes sitio o te has llenado demasiado?"

Sylvia volvió a negar con la cabeza. Ya no estaba segura de lo que estaba respondiendo, sólo quería negar que toda esa situación estuviese ocurriendo.

Cuando levantó la vista, Gert se había levantado de la silla y se estaba moviendo. Cogió a Sylvia por el pelo y la arrastró llorando por el pasillo hasta la sucia cocina. La arrojó a la única silla que aún conservaba las patas y se dirigió a los armarios. Gert sacó un bollo rancio de un armario, un tarro de salchichas de otro y un cuchillo dentado de un cajón. No dejó de mirar a Sylvia ni un solo momento mientras cortaba el bollo, le metía la salchicha fría y chorreante y se dirigió a ella. "No podemos permitir que te quedes con hambre, ¿verdad? No quiero que todo el vecindario se entere de lo hambrienta que está la pobre Sylvita. Nunca trabajó un día en su vida. Desperdiciando los mejores años de su vida en la casa de una pobre anciana y aprovechándose de su amabilidad en todos los sentidos".

"Lo siento".

"¿Qué? ¿Tienes hambre? Bueno, no te preocupes, querida, tengo algo para ti aquí. Oh, espera. Espera. No puedo darte algo tan simple como esto. Esto no es suficiente para la pequeña señorita Sylvita. Tiene que ser algo elegante. Hagámoslo elegante".

Gert abrió los armarios vacíos y rebuscó hasta que encontró mostaza y ketchup, y vació casi todo el frasco de cada uno en el bollo que tenía en la mano hasta que se derramó por encima y corrió por el suelo. "Así me gusta más. Una comida digna de una princesita elegante. La pobre y hambrienta Sylvia. Adelante. Come".

"No quiero... no puedo..."

Gert se lo metió entre los labios entrecerrados y gritó. "¡Come, pequeña zorra! Lo he hecho para ti. Tienes tanta hambre que tienes que avergonzarnos a todos. Ahora cómetelo".

Sylvia se atragantó con el chorro de mostaza que había pasado por sus labios cerrados y empezó a toser. Gert aprovechó su oportunidad. Le metió en la boca toda la salchicha y el bollo, gritando: "Cómetelo, zorra. ¡Cómete hasta el último bocado!".

Sylvia se esforzaba por zafarse, pero Gert empujaba hasta que la silla chocó contra la pared y seguía metiendo y sacando la salchicha de la boca de la adolescente, con los ojos encendidos por una oscura pasión que Sylvia no podía ni siquiera empezar a comprender. La salchicha golpeó la parte posterior de su garganta y la joven tuvo una arcada, lo que dio a Gert una nueva oportunidad de embestirla. Mientras tanto, la mujer no paraba de delirar y despotricar.

“¿Por qué lo hiciste, Sylvita? ¿Por qué estás arruinando ese pequeño cuerpecito apretado? Ningún hombre te va a querer si estás gorda. Nadie te querrá si estás gorda. Terminarás sola. Vas a terminar sola en una casa llena de pequeños bastardos ingratos que te avergüenzan cada vez que pueden. Vas a quedar horrible e hinchada. Vas a ser tan gorda que las personas se reirán de ti cuando te vean arrastrándote por la calle. ¿Es eso lo que quieres, pequeña perra rancia? ¿Quieres arruinar tu pequeño y perfecto cuerpecito rellenándote la boca?”

Sylvia no tuvo oportunidad de responder. Lo único que pudo hacer fue intentar masticar la papilla de pan y condimentos que tenía en la boca y tratar de no atragantarse con los grumos gomosos de la salchicha fría antes de que Gert volviera a abrirle la mandíbula para meterle más. Había llegado a la mitad de la salchicha antes de que las náuseas se apoderaran de ella. El viscoso ketchup le corría por la cara, el intenso sabor punzante de la mostaza le quemaba la garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lo que había comenzado como un colapso emocional, se había prolongado por el fuerte olor a vinagre de la mostaza y las constantes arcadas. Cuando los sucios dedos de Gert se introdujeron en su boca para tratar de forzar el último bocado, fue demasiado. Sylvia se atragantó y luego vomitó el brebaje nocivo que acababan de introducirle. Gert se apartó de un salto y observó con evidente asco cómo tanto la salchicha como todo lo que Sylvia había conseguido comer esa noche, eran esparcidos por el suelo de su

cocina.

Cuando la chica dejó de vomitar, Gert le dio una suave palmadita en la espalda y le puso en la mano la mitad de la salchicha que le quedaba. "Cómete el resto y ya está".

Sylvia la miró con las lágrimas todavía cayendo por su cara, pero cualquier destello de empatía que esperaba encontrar en los ojos hundidos de Gert, no estaba allí. Con las manos temblorosas, se llevó la salchicha a la boca y le dio un mordisco tentativo. Casi de inmediato, la asquerosa mezcla de sabores —bilis, mostaza y ketchup asquerosamente empalagoso—le provocó nuevas arcadas. Se obligó a pasar el primer bocado por la garganta, respirando con dificultad por la nariz y tratando de mantener la calma. Luego se inclinó hacia delante y dio otro mordisco a la asquerosa comida, engulléndola a pesar de que todo su cuerpo intentaba expulsarla. —Podré hacerlo. Podré terminarla. Soy fuerte—se repetía a sí misma en su mente. Gert la miraba con una lujuria apenas disimulada en su rostro, observando cada bulto que se deslizaba por el esbelto cuello de Sylvia con temible atención. Su fascinación se convirtió en frustración cuando Sylvia masticó toda la horripilante comida. La chica la miró fijamente mientras tragaba el último bocado, radiante y victoriosa. "Me lo he terminado".

La boca de Gert se torció en una sonrisa reconfortante, pero negó con la cabeza. "Lo has hecho muy bien, cariño, pero aún no has terminado. Te he dicho que te comieras el resto".

Señaló con un gesto amplio las salpicaduras de vómito en el suelo. Entre el olor agrio de la comida parcialmente digerida, era casi inevitable distinguir los trozos rosados de salchicha esparcidos por el suelo. Incluso sin el vómito, el suelo estaba tan sucio que la sola idea de comer en él era repugnante. La mente de Sylvia sencillamente se rebeló ante la idea de lo que Gert le estaba pidiendo que hiciera. Se sentó en la silla, mirando el vómito e intentando por todos los medios no empezar a reírse histéricamente. Tenía que ser una broma. Nadie podía esperar que se comiera eso. Gert la levantó de la silla y la puso de rodillas. "Cómetelo, zorrita. Cómetelo todo".

Puso el pie en la espalda de Sylvia, entre sus omóplatos, y la obligó a hundir la cara en esa sustancia amarilla contaminada. "¡Cómetelo!

Sylvia cerró los ojos y abrió la boca. Esto no estaba sucediendo. Esto no podía estar ocurriendo. Sintió que algo le rozaba los labios y necesitó todas sus fuerzas para no volver a tener arcadas. Si volvía a vomitar, sólo tendría que comer más. Tendría que volver a hacer esto cada vez que vomitara. No podía volver a hacerlo. Mantuvo los ojos cerrados y lamió los fluidos repugnantes como si fuera un perro. Había tanta mostaza que apenas podía sentir nada más. Todo lo que tenía

que soportar era la textura y la viscosidad. Se oyó un alarido de risas desenfrenadas desde la puerta, pero Sylvia mantuvo los ojos cerrados. Por supuesto, los niños Baniszewski la estaban viendo sufrir. Claro que se reían. No habría esperado menos de esta pesadilla viviente. Gert tenía los dedos enredados en el pelo de Sylvia y la llevaba por el suelo como si fuera una mascota. Guiando su boca hacia cada mancha de vómito. Una letanía constante zumbaba en su oído. Gert estaba encorvada tan cerca que Sylvia podía sentir sus labios secos en la nuca. "Come hasta el último bocado. Engorda. Engorda tanto que nadie jamás te querrá. Vamos, cerdito. Engúllelo todo. Eras tan bonita. Eras una chica tan bonita, pero tuviste que ir y arruinarlo todo. Lo arruinaste todo y ahora nadie te querrá. Vas a estar sola para siempre".

Sylvia mantuvo los ojos cerrados con fuerza y trató de imaginar que estaba en cualquier otro lugar. Haciendo cualquier otra cosa. Saboreando cualquier otra cosa en el mundo. Cualquier cosa, excepto ese amargor de la bilis y la mostaza. Incluso eso no era lo peor. Lo peor eran los extraños bocados crujientes que arañaban su paladar. Cosas que no podrían haber sido comida. Esas cosas que eran claramente astillas o suciedad que había estado encostrada en el suelo durante meses o años. Cada una de ellas la hizo estremecerse y luchar para mantener el contenido de su estómago revuelto, pero no podía hacerlo de nuevo, no podía vomitar, así que lo guardó todo dentro. Sin previo aviso, todo se acabó. Gert la puso en pie y le acarició el pelo. Le quitó la mostaza y el ketchup de la mejilla con la manga y dejó escapar un triste suspiro. Sólo te castigo porque me importas. Ya lo sabes. Si fueras una niña buena, nos evitaríamos toda esta asquerosidad. Ya has aprendido la lección, ¿verdad? No vas a volver a avergonzarme así, ¿verdad? Vas a ser una buena niña de ahora en adelante, y nunca más voy a tener que castigarte. ¿No se avergonzarían tus padres de ti si supieran lo que acabas de hacer? ¿Si supieran por qué tuviste que hacerlo? Te odiarían por ello, ¿verdad? No serían tan amables contigo como lo soy yo, que intento darte una lección para que no arruines toda tu vida".

Paralizada por el miedo a un nuevo infierno que Gert podría infligirle, Sylvia asintió frente a la catarata de mentiras que se sucedían. Como un tímido cordero, dejó que Gert la condujera al fregadero de la cocina y le lavara la suciedad de la cara. Despojada de toda dignidad, dejó que Gert la guiara hasta el montón de ropa sucia que emulaba su cama y le acariciara el pelo suavemente hasta quedarse dormida, con las lágrimas corriendo por sus mejillas porque era lo único parecido a la amabilidad que había experimentado en todo el tiempo que llevaba viviendo en casa de los Baniszewski.

Una semana más tarde—una vez que el peso de la vergüenza y el

desprecio por sí misma se habían asentado adecuadamente—Sylvia se reunió con sus padres. Gert organizó todo para que cuando Lester y Betty vinieran de visita no vieran el interior de su casa. No podía permitir ninguna visita de adultos, sobre todo cuando esos visitantes podían ir esparciendo rumores desagradables por ahí. Los adolescentes y los niños eran manejables, ella tenía influencia sobre ellos. Si querían utilizar su casa como su pequeño club, debían mantener sus desagradables bocas cerradas sobre el estado de la misma. Desde que Dennis Wright la abandonó, Gert había perdido todo interés por los hombres, así que no había riesgo de que alguna de sus citas se le escapara el secreto. Las pocas mujeres del vecindario que solían venir a dejar la ropa sucia o a un niño para que lo cuidara, ahora hacían que los vecinos adolescentes que frecuentaban la casa fueran quienes les llevaran todo. No había rumores desagradables sobre Gert en el barrio. Seguía existiendo la misma compasión por ella que siempre le había acompañado, y su extraña relación con los adolescentes no era objeto de escrutinio. Al fin y al cabo, la mayoría de los padres se sentían aliviados de no tener una horda de adolescentes apestosos ocupando sus hogares.

En lugar de una visita a domicilio, la familia Baniszewski llenó la mitad de un autobús público y acudió a reunirse con los Likens en el parque Garfield. La reunión no tuvo un buen comienzo. Betty estaba sorprendida por la delgadez de sus hijas, pero Gert se había anticipado a esta línea de cuestionamientos y comenzó a contar una historia que tenía preparada, explicando que las niñas habían decidido ponerse a dieta en solidaridad con su hija mayor, Paula, que había engordado demasiado últimamente. Mientras Gert mentía a los Likens, con un pequeño engaño tras otro—pintándose a sí misma como una santa—mantenía contacto visual directo con Sylvia. Estaba retando a la chica a que la desafiara. Después de la humillación del incidente de la salchicha, la semana de burlas constantes a manos de los niños Baniszewski, y de ver con la facilidad que sus padres se tragaban las mentiras de Gert, Sylvia se dio cuenta de que no podía hacerlo. No podía encontrar en sí misma las fuerzas para luchar en cada una de esas mezquinas batallas. No podía soportar que sus padres descubrieran lo que había hecho, arrastrándose en cuatro patas.

Lester y Betty estaban encantados con las historias que Gert les contaba sobre sus hijas, en particular sobre el buen trabajo que hacían con las organizaciones benéficas de la iglesia local y la forma en que recogían botellas de cola de la basura del barrio para hacer donaciones. Una vez más, Sylvia recibió una mirada mordaz y asintió con la cabeza, mostrándole a su madre una sonrisa nerviosa cuando las miradas se dirigían hacia ella. Cuando la conversación giró en torno a la dieta especial que había seguido Sylvia, acercándose

peligrosamente a la horrible verdad de la última semana, las lágrimas empezaron a asomar por sus ojos y su rostro se enrojeció peligrosamente. Lester era casi siempre ajeno a la vida emocional de sus hijas, pero Betty lo notó y tomó la mano de su hija. "¿Qué pasa, cariño?"

Las lágrimas de Sylvia amenazaban con escaparse. Lo había estado haciendo muy bien. Había guardado las apariencias tal y como "mamá" quería que lo hiciera y ahora su estúpida cara iba a delatarlo todo. Por suerte, Gert no se dejó perturbar tan fácilmente. Se inclinó para susurrarle a Betty.

"Nuestra Sylvia se siente cohibida porque su nueva y esbelta figura ha atraído la atención de los caballeros".

Sylvia se sintió absolutamente escandalizada, y el rubor resultante fue lo suficientemente intenso como para borrar cualquier preocupación de la mente de su madre. Guardó un silencio absoluto durante el resto de la visita de sus padres, temiendo las historias que se inventarían para encubrir cualquier otro error que cometiera. Jenny no había presenciado los peores abusos y estaba tan mortificada por los azotes que había recibido, que no se atrevería a hablar de ello.

Al final de la visita, Betty abrazó a sus hijas mientras Lester les entregaba un sobre con dinero en efectivo como adelanto para el resto del mes. Al parecer, el circuito de la feria estaba pagando bien y mantenía a los dos lo suficientemente estimulados como para ser felices juntos una vez más. A Sylvia se le llenaron los ojos de lágrimas cuando su madre se marchaba, pero incluso entonces, Gert le rodeó los hombros con un brazo e hiló una historia sobre la buena hija que tenían por echarlos tanto de menos, y sobre lo feliz que se ponía Sylvia cuando le llegaban sus cartas. Ninguna de las dos niñas había visto nunca esas cartas, pero ninguna de las dos tuvo el valor de preguntar.

En el autobús de vuelta a casa, Sylvia estaba sentada junto a "mamá". Gert la atrajo hacia ella y le acarició el cabello. Susurrándole al oído que había sido una buen chica. Acariciándola como si fuera un perro que se había portado bien en compañía. Sabía que podías ser una buena chica con la disciplina adecuada. Estuve tan orgullosa de ti hoy. Has hecho un buen trabajo. Tú y yo vamos a ser grandes amigas, ya verás. Una cosita bonita como tú, me recuerdas a mí a tu edad. Yo también tenía a todos los chicos detrás de mí, persiguiéndome. Pero no te preocupes. No dejaré que te atrapen. No dejaré que te arruinen. No a una buena chica como tú".

El hecho de haberse convertido en cómplice de Gert, debería haber sido suficiente para revolver el estómago de Sylvia, pero no fue lo más molesto del día para ella, ni mucho menos. Lo peor fue haberse inclinado ante ese contacto, obligándose a creer las mentiras que le

decía, porque cualquier alternativa era demasiado aterradora como para contemplarla.

No eres digna de sentarte en una silla

Las siguientes semanas infundieron a las chicas Likens una falsa sensación de seguridad. Gert no se convirtió repentinamente en su mejor amiga de la noche a la mañana —ni mucho menos— pero su hostilidad absoluta hacia ellas parecía haber cesado después de que demostraran que se podía confiar en ellas para mantener las mentiras que eran los cimientos de su vida. Con esa nueva aceptación llegó una mejor relación con las mayores de los Baniszewski, Paula y Stephanie. Eran expertas en leer los estados de ánimo de su madre y, por esa razón, empezaron a acercarse de nuevo a las chicas Likens, comenzando a referirse a ellas en conversaciones casuales como sus hermanas adoptivas y no como las huérfanas sin hogar. Jenny se dejó llevar por esta nueva propuesta de amistad y pasó a formar parte de su grupo social, al margen, pero incluida en las actividades diarias de la pandilla de adolescentes que se reunían en la casa. Sylvia no aceptó tan rápidamente el comportamiento de las chicas. Los abusos que había sufrido la habían hecho reacia a participar en sus charlas casuales, temerosa por la forma en que sus palabras podrían ser tergiversadas en su contra de un momento a otro, pero finalmente, incluso ella sucumbió a los atractivos de una vida social, y se convirtió en un miembro activo de la multitud del salón.

Las chicas mayores hablaban cada vez más de sus vidas amorosas, con Stephanie prácticamente babeando al pensar en su nuevo novio Coy Hubbard, un quinceañero asiduo de la casa Baniszewski al que consideraba un chico de ensueño. Paula era un poco más cuidadosa, hablando sólo en tiempo pasado sobre sus aventuras, y evitando cuidadosamente cualquier mención de sus escapadas sexuales que habían llevado a su madre al borde de la locura. Su embarazo seguía siendo un secreto para las chicas Likens y el vecindario en general, pero los chicos Baniszewski eran muy conscientes de su delicado estado y se encargaban de interceder por ella, tanto frente a los chicos que se interesaban por ella como frente a su madre, que era especialmente sensible al tema, prefiriendo la negación absoluta a enfrentarse a la realidad de tener una adolescente embarazada en casa.

Jenny había admitido desde el principio que casi no tenía experiencia con los chicos debido a los problemas que tenía en sus piernas, lo que llevó a muchos de los chicos presentes a ofrecer sus servicios antes de que un gruñido de la adormilada Gert los disuadiera. Cuando la presionaron, mencionó que había besado a un chico una vez antes de mudarse a Indianápolis, pero que ya no recordaba su nombre. Hubo gritos y aplausos en la sala y Sylvia se encontró uniéndose a ellos muy a su pesar. Era agradable disfrutar de

esta cierta normalidad después de la locura del último mes. El mero hecho de tener gente a la que poder llamar amigos y un lugar en el que poder hablar de nuevo era liberador. Era como volver a ser una adolescente. Se encontró apreciando a Gert por devolverle eso, por dárselo a todos esos niños, como si la mujer amargada y retorcida no fuera la principal razón por la que se lo habían arrebatado a Sylvia desde un comienzo.

Sylvia se unió a la conversación con cierta timidez al principio, pero con gran aprecio por parte de los chicos de la audiencia. Muchos de ellos se habían mostrado muy interesados cuando Sylvia entró por primera vez en su círculo social, ya que contrastaba con la simplicidad de las Baniszewski y carecía de sus lenguas afiladas y del posible ostracismo que suponía salir con ellas. Con más de una risita por parte de todos, Sylvia contó que había salido con un chico antes de que se mudaran a Indianápolis. Cuando la presionaron, admitió que se habían besado con bastante frecuencia, lo que provocó otra ronda de chillidos y ovaciones. Con una brillante sonrisa en los labios y rubor en sus mejillas, se inclinó hacia delante y susurró ante los presentes: "Incluso le dejé tocarme por encima del jersey una vez".

Los chicos del público aplaudieron con entusiasmo y Paula asintió con la cabeza, tratando de evitar que la sonrisa en su rostro fuera demasiado evidente. Sylvia nunca se había sentido tan aceptada desde el momento en que puso un pie en la casa "Wright". Dirigió su tímida sonrisa hacia Gert, esperando que la anciana sonriera junto con el resto, pero el rostro de la anciana estaba contraído en un rictus de furia y sus ojos estaban vidriosos.

Gert se levantó de su asiento y lanzó un dedo acusador dirigido a la cara de Sylvia. Al levantarse, soltó un grito espeluznante. "Puta".

Le dio una bofetada a Sylvia en la cara y se lanzó a uno de sus arrebatos de furia, con los ojos desencajados y la saliva brotando de su boca. "Pensar que dejé entrar en mi casa a una inmundicia como tú. No hay nada en este mundo más detestable que una ramera. Eso es lo que dice la Biblia. Eres más baja que el gusano más bajo. Fornicando y esparciendo tu baba por todas partes. Por toda mi hermosa casa. Has estropeado todo. Tu vida está arruinada. Todo el mundo sabe que ahora eres una puta. Una sucia y asquerosa prostituta. ¿Con cuántos hombres te has acostado, puta? ¿Cuántos?"

Ante su pánico, Sylvia olvidó las lecciones que había aprendido durante su estancia en la casa de los Baniszewski. Se olvidó de permanecer en silencio y soportar el abuso. Se olvidó de evitar que le afectaran. "¿Qué? Nunca he..."

Gert la empujó tan repentinamente que no tuvo oportunidad de protegerse. Su silla se volcó hacia atrás. Antes de caer al suelo, su cabeza se golpeó contra el yeso de la pared, bañándola en polvo

blanco. Gert arrancó la silla de debajo de ella y se abalanzó, todavía gritando a todo pulmón. "Ahora todo el mundo lo sabe. Eres una prostituta. Una puta asquerosa. Todo el mundo sabe que dejaste que un chico te tocara. ¿Por qué no me escuchaste? Estaba tratando de salvarte. Ahora no vas a ser más que una puta por el resto de tus días. Te has manchado a ti misma. Eres impura. No hay nada tan bajo como una puta sucia. Acérquense niños. Mírenla. Miren a la puta que tienen frente a ustedes".

Los niños del vecindario se habían quedado helados cuando Gert empezó a gritar, pero ahora se lanzaron miradas nerviosas y empezaron a reírse. Su participación como público les ponía un poco tensos, pero al fin y al cabo sabían que era como una montaña rusa: vivirían toda la emoción del peligro real sin que nadie saliera realmente herido.

Gert parecía estar simplemente entrando en calor. Cuando la aturdida Sylvia se incorporó sobre el codo, la anciana le pisó la entrepierna. "Puta asquerosa. Todos hemos oído lo que has dicho. No pasará mucho tiempo antes de que todo el mundo lo sepa también. Cualquier día de estos van a ver las señales. ¡Todos lo van a saber!".

Sylvia gritó de dolor. "¡¿Qué?!"

"Todo el mundo va a saber que eres una prostituta cuando tu vientre empiece a hincharse. Cuando tu tripa crezca y tu piel se estire. Cuando ese veneno que te inyectó te haga enfermar cada mañana. Todo el mundo va a saber que eres una puta con sólo mirarte, asquerosa, cosa asquerosa. ¿Ni siquiera lo sabías? ¿Eres estúpida además de puta?"

"Nunca lo he hecho. Nunca..." Sylvia chilló mientras Gert le pisaba el talón.

"Todo el mundo lo sabe ya. No tiene sentido seguir mintiendo. Dejas que un chico te toque ahí abajo. Dejaste que pusiera sus partes sucias dentro de ti y ahora estás estropeada. Estás arruinada. No pasará mucho tiempo hasta que todo el mundo pueda ver que estás embarazada, entonces tu miseria empezará de verdad. Este será el fin de tu vida, estás acabada. En el momento en que eches tu asqueroso bastardo en mi piso, se aferrará a ti y nunca te dejará ir". Los ojos Gert se salían de sus órbitas. Sus dientes rechinaban entre cada palabra. Nunca se había visto menos humana. "Todo lo que querías ser, todos tus sueños, los has arruinado por un chico. Un hombre del que ni siquiera recuerdas su nombre. Lo has arruinado todo por un hombre que te pagó para que te acostaras con él".

Los ojos de la anciana se movían de un lado al otro mientras se inventaba esa nueva realidad, y luego volvió a clavar con fuerza su pie, provocando un alarido en Sylvia. "No eres más que una prostituta y nunca serás nada más que eso. Aceptaste el dinero de un hombre

para poder comprar más dulces para rellenar tu boca. Pero él te rellenó a ti. Oh, querías engordar. Comer toda la comida de otros. Arruinar tu figura engullendo todas las golosinas que tu dinero de puta podía comprar. Bueno, aún no has empezado. Ni siquiera has empezado a ver lo vil e hinchado que va a crecer ese pútrido gusanillo rosa en tus entrañas. Te verán venir desde la otra punta de la ciudad".

Los niños del vecindario reían a carcajadas. Los propios hijos de Gert parecían un poco molestos por la perorata de que tener hijos te arruinaba la vida, pero no tardaron en volver a la carga cuando Gert dejó de hablar y empezó a propinarle patadas. Golpeó con su tacón la entrepierna de Sylvia y, cuando la chica intentó juntar las rodillas, la vieja bruja siseó. "Demasiado tarde para eso. Deberías haber mantenido las piernas juntas antes de que fuera demasiado tarde. Puta asquerosa". Gruñó a los chicos más cercanos. "Ábranle las piernas. No se preocupen por lastimarla. Ya saben que le gusta así. Saben que le gusta abrir las piernas frente a cualquier chico que se lo pida".

Los chicos se acercaron rápidamente. Su diversión se convirtió en algo más oscuro cuando agarraron a Sylvia por los tobillos y la arrastraron para abrirle las piernas mientras gritaba. Ni siquiera sus gritos fueron suficientes para ahogar el rugiente sermón de Gert. Cada frase era puntuada con un nuevo pisotón en la ingle de la chica. "Las mujeres son criaturas impuras. Dios no las ama como ama a los hombres. Tiene razón en no amarlas. Son inmundas. Son gusanos que se arrastran a los pies de los hombres en busca de afecto y de sobras. Tan desesperadas por su atención y su dinero que harán todo tipo de cosas impías para conseguirlo. No hay nada más impío que una prostituta. Una mujer que vende su más preciada inocencia a un hombre por unos míseros dólares".

Gert empezaba a cansarse. Una de sus patadas salió mal y rozó los nudillos de uno de los chicos que sujetaban las piernas de Sylvia. El chico soltó la pierna y durante un horrible momento la chica quedó colgando, pataleando, en las garras del otro chico, luego este la soltó también y dio un paso hacia atrás. Sylvia se acurrucó en torno al ardiente dolor que sentía entre las piernas y gimió. Gert se tambaleó hacia atrás y respiró un poco antes de empezar a despotricar de nuevo.

"El Señor detesta a las putas. Y yo soy una mujer piadosa, así que también las odio. Como todos ustedes, hijos de Dios, deben hacerlo. Este miserable gusano que tenemos delante, ha cogido dinero de un hombre. Ha dejado que la toque ahí abajo, en su lugar especial. Ahora está embarazada. Ha arruinado toda su vida con sus costumbres lujuriosas, codiciosas, malvadas y sucias. Ella está por debajo de todos ustedes. Deberían odiarla como yo. Cada uno de ustedes. Si son buenos niños, niños piadosos, entonces odiarán a esta puta".

Las risas se apagaron y la sala quedó en silencio. El disco había llegado a su fin pero nadie se movió para cambiarlo. El golpeteo regular del disco de pasta completando otra rotación era el único sonido en la habitación, aparte del suave sonido de los sollozos de Sylvia.

Con una lentitud agonizante, Sylvia giró sobre sus rodillas y comenzó a ponerse de pie. Los brazos le temblaban por el dolor y sus dedos dejaban hendiduras en el revoque inacabado. Apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie. Sentía como si toda la sangre de su cuerpo bajara hasta donde Gert la había pateado y dejara el resto de su cuerpo entumecido e inútil. Siguió gimiendo cuando tuvo aliento, no intencionadamente, ni siquiera de forma consciente. El dolor necesitaba encontrar alguna salida, y su boca parecía ser la única opción. Se tambaleó sobre sus pies durante un largo rato mientras los otros niños la miraban, y luego se tambaleó con dolorosos pasos hacia la silla vacía más cercana. Gert llegó antes. Mientras Sylvia intentaba agacharse suavemente, Gert apartó el asiento de un tirón y la niña cayó al suelo. No gritó por la sorpresa. Después de su larga convivencia con los niños Baniszewski, descubrir que le habían arrancado el asiento era prácticamente algo normal. Pero cuando su dolorosa entrepierna rebotó contra las tablas desnudas del suelo, fue como si alguien le hubiera clavado un atizador al rojo vivo en las entrañas. Gimió.

Gert se inclinó tanto que casi se cae, tambaleándose hacia delante hasta quedar tan cerca de la cara de Sylvia que su aliento a cenicero le despeinó el flequillo. "Las putas no son aptas para las sillas".

Menuda venganza

A Sylvia ya no se le permitía sentarse en ningún lugar de la casa. Incluso el montón de ropa sucia que utilizaba como cama era dispersado a patadas por Gert antes de que se le permitiera acostarse por la noche. Las pocas veces que Sylvia había intentado sentarse sin pensarlo, habían dado lugar a otro sermón chillón de Gert sobre su inmundicia, la inmundicia de las mujeres en general, que luego pasó a reflexiones más generales sobre los tipos de líquidos que podrían salir de una puta cuando se sentara. A Sylvia le habían provocado suficientes náuseas como para no volver a intentar sentarse en la casa.

Cuando fue a la escuela al día siguiente de haber sido pateada, se esforzó por sentarse cómodamente en su pupitre. Dejó escapar un pequeño gemido al sentarse y provocó una risita de su compañera de clase Stephanie Baniszewski. Una risita que acompañó con un gesto lascivo de la mano a la chica sentada a su lado a modo de explicación. Sylvia no lloró. Ya había aprendido lo suficiente que llorar no servía de nada. En lugar de lamentarse, se enfureció, y aunque no estaba a su alcance herir a Gert directamente, sí podía arremeter contra sus torturadores menores.

Durante sus días de escuela, Gert nunca había sido capaz de manejar los rumores sobre ella, subiéndose a la ola de los que podía aprovechar, pero sin entender nunca realmente cómo se propagaban. Incluso de adulta se esforzaba por mantener sus secretos para sí misma, malinterpretando tanto la naturaleza humana que creía que los pequeños favores que hacía al dejar que los niños del vecindario merodearan por su casa, evitarían que hablaran del repugnante estado en que esta se encontraba, o que especularan sobre sus hijos. De hecho, sus deliberados intentos por suprimir cualquier información que saliera de su casa habían creado una especie de vacío informativo en el que la gente creía casi cualquier cosa sobre ellos, especialmente si provenía de una fuente cercana a la familia. Como alguien que viviera en la propia casa.

A pesar de las humillaciones que había soportado hasta ese momento, Sylvia era bastante inocente, e incluso si hubiera tenido la intención de difundir un rumor desagradable, probablemente no habría sabido por dónde empezar —como el que alguien hubiera pasado la noche anterior gritando repetidamente producto de un acto perverso. El hecho de que Sylvia fuera tan inocente, sólo añadía más credibilidad a las cosas que decía sobre las chicas Baniszewski. Después de todo, ¿cómo iba a saber la dulce e inocente Sylvia Likens lo que era la prostitución si no lo había visto jamás con sus propios ojos? Jenny difundió la historia a la hora del almuerzo y, al final del día, toda la escuela bullía con los rumores. Paula y Stephanie

Baniszewski se habían estado acostado con chicos por dinero.

Las chicas Baniszewski nunca escucharon ni una palabra al respecto, pero no eran estúpidas, sabían que algo estaba pasando cuando las conversaciones se interrumpían repentinamente en el momento en que ellas llegaban. Puede que no tuvieran la credibilidad o la simpatía de Sylvia, pero tenían una red de contención bien arraigada en la escuela. Sus amigos pronto empezaron a buscar la fuente de los rumores, sin decirles a Paula o Stephanie lo que estaba pasando, para evitarles la vergüenza. Dado que las historias incluían descripciones de primera mano del interior de la casa de los Baniszewski, incluidas las áreas que habían estado prohibidas para los visitantes desde que Paula quedó embarazada, no fue difícil averiguar de dónde provenían. La rivalidad entre hermanos no era inexistente en la casa de los Baniszewski, pero había límites a los que cualquiera de ellos podía llegar para fastidiar a los demás, límites que se imponían en gran medida por lo que Gert estaba dispuesta a tolerar antes de considerar que esas pequeñas traiciones le dieran mala fama en el pueblo. Era obvio para cualquiera que conociera a la familia que ninguno de ellos difundiría este tipo de rumores, por lo que sólo quedaban las chicas Likens.

Sin embargo, nadie quería ser quien se los dijera. Toda la situación era horriblemente incómoda para empezar, pero cuando estos nuevos rumores se cruzaron con los acontecimientos de la noche anterior y la persistente sospecha de que Paula estaba embarazada, se creó el tipo de avispero social en el que nadie quería hurgar.

La suerte quiso que hubiera un adolescente al tanto de la situación, que padecía una absoluta falta de conciencia social y carecía de sentido de la autopreservación. Coy Hubbard tenía quince años y estaba enamorado. Stephanie Baniszewski era la primera chica con la que había "salido", así que suplía su falta de experiencia en la vida real con películas y una gran dosis de fantasía. Cuando se enteró de los rumores sobre su amada, estaba dispuesto a empezar a golpear a quienquiera que los estuviera difundiendo, y sólo la oportuna intervención de algunos de los otros amigos de Steph había impedido que ese día se liara a golpes con todo el colegio, redirigiendo su furia hacia donde ellos creían que debía estar.

Después de clases, se dirigió directamente a la casa de los Baniszewski, donde Gert le recibió con recelo. Se trataba de un chico de la edad de su hija menor, obviamente obsesionado con ella y que ahora merodeaba cerca de su dormitorio. No era un asistente habitual a sus jornadas de puertas abiertas y parecía extremadamente agobiado por algo. No hacía mucho tiempo que Gert recordaba haber tenido esa edad, y su primera suposición fue que estaba allí para tener sexo, así que trató de ahuyentarlo. Sólo cuando empezó a divagar sobre "dar

una lección a esa zorra", Gert empezó a escucharle. Se quedó totalmente callada mientras él le explicaba los rumores que Sylvia y su hermana habían estado difundiendo, la mirada de Gert se volvía más y más inexpresiva con cada palabra. Finalmente, lo llevó al salón y lo sentó con un refresco a esperar. Los dos permanecieron en silencio hasta que el resto de la familia regresó a casa en una ruidosa carrera con las chicas Likens pisándoles los talones.

En el momento en que Sylvia entró en la habitación, Coy se abalanzó sobre ella con sombría determinación. Gert se sentó a observar el espectáculo. "¿Por qué has dicho esas cosas de mi chica?"

Sylvia se quedó congelada por la incertidumbre. Se trataba de un chico del colegio, un lugar seguro, pero ella estaba en la casa, donde no era seguro. No sabía si debía callarse como cuando recibía los abusos de Gert, o si podía replicar. Dejó escapar un pequeño ruido estrangulado.

"¿Por qué andas diciendo que Stephanie es una puta? Stephanie no es así".

Stephanie se acercó. ¿Qué andas diciendo de mí?

Los ojos de Sylvia se movieron de un lado a otro y luego se fijaron en Gert, que estaba sentada, sonriendo, al otro lado de la habitación. "No dije... no dije..."

"Le dijiste a la gente que Steph se acostaba con tipos por dinero. Les dijiste que era una puta".

Stephanie gritó. "Tú eres la puta. Todo el mundo lo sabe".

"Puta", le ladró Coy en la cara.

"Yo no hice nada... Yo no..."

"Sabes que no deberías hablar así de mi chica. Yo sé judo. Te arruinaré. Si vuelves a decir algo así. Habrá consecuencias. ¿Me entiendes?"

Sylvia había quedado arrinconada contra la pared. Las lágrimas ya se acumulaban en sus ojos. No era así como se suponía que debían comportarse las personas.

La sonrisa de Gert se borró lentamente de su rostro. "Ya no habrá quien lo pare. Se extenderá por toda la ciudad. Todo el mundo oirá esas mentiras sobre mi hermosa hija. Todo el mundo pensará que tu novia es una puta. ¿Vas a dejarla ir con una advertencia? ¿Qué clase de hombre eres?"

Coy ya estaba temblando de rabia, pero al oír eso, su cara se enrojeció y arremetió contra ella. Su puño alcanzó a Sylvia en la mejilla y ella soltó un grito, cayendo al suelo. Estaba débil por su largo periodo de desnutrición y, aunque no lo estuviera, nunca había recibido un golpe y no sabría cómo evitarlo. Coy la agarró por la parte delantera de la blusa y la arrastró hasta ponerla en pie. Gert llamó en un susurro escénico a sus hijos. "Esto es judo, ¿verdad?"

De nuevo en pie, Sylvia se balanceó un momento, y luego todo su mundo se volvió patas arriba. Coy la había agarrado por el brazo y lo siguiente que supo fue que estaba tumbada de espaldas en medio de la habitación, jadeando para recuperar el aire que le había quitado. Una ardiente puñalada de dolor salió disparada de su entrepierna negra y azul y el aire que luchaba por arrastrar se le escapó en un gemido.

Los niños Baniszewski retrocedieron en silencio arrastrando sus pies. No iban a intervenir en favor de Sylvia, no cuando era tan obvio que Gert quería que todo aquello ocurriera, pero seguían sintiéndose incómodos con este extraño en su casa ejerciendo violencia. Si hubiera sido uno de ellos, habría estado bien, incluso hubiera parecido normal, pero que alguien que no formaba parte de la familia viniera a la casa a golpear a Sylvia, era como si un extraño entrara a lavar los platos. No podían oponerse, porque querían que esto suceda, pero seguía siendo incómodo para ellos. Gert se encontró con los ojos de Coy al otro lado de la habitación cuando él la miró en busca de aprobación y ella asintió con un pequeño movimiento de cabeza antes de que él saltara hacia delante para arrastrar a Sylvia poniéndola de nuevo en pie. La volteó de nuevo antes de que ella siquiera tomara aliento para gritar, y esta vez las tablas del piso se arquearon debajo de ellos cuando él la golpeó en el suelo y una silla se desplomó sobre ella. Gert frunció el ceño. "Vas a destrozarlo todo jugando así. Levántala".

Hubo otra larga pausa mientras todos esperaban para ver qué sucedería a continuación. Coy no era uno de sus hijos, ni siquiera uno de los niños del barrio de los que asistían a la casa asiduamente. Podría rehusarse a continuar y todo lo que estaba ocurriendo podría detenerse. Se agachó y tomó a la niña jadeante por la coleta, poniéndola en pie. Luego miró con recelo. Gert volvió a asentir con brusquedad. "La puerta del sótano está en la cocina. No hay nada que romper ahí abajo".

Sylvia gimió mientras él la arrastraba por la casa sujetándola del pelo, pero ahora comprendía su lugar en todo esto. No iba a arriesgarse a enfurecer a Gert hablando o contradiciéndola. Al fin y al cabo, seguía teniendo el control de la situación, porque podía controlarse a sí misma. Esto no iba a ser así para siempre. El chico la zarandearía un poco más. Ella tendría algunos moretones. No era el fin del mundo. Ya había sobrevivido a cosas peores. Se repitió las mismas mentiras una y otra vez y él la arrastró escaleras abajo hasta el sótano. El suelo era de tierra y había una única bombilla desnuda que colgaba lo suficientemente baja como para que Sylvia tuviera que apartarse para que no le quemara la cara. Echó una rápida y nerviosa mirada hacia las escaleras. Todo estaba bien. Gert no lo había visto. Ahora estaba bajando. Coy no esperó más aprobación. Lanzó a Sylvia

contra la pared.

Gert se instaló cómodamente en la escalera para observar. Su mirada silenciosa era la única constante en un mundo que parecía estar en constante movimiento. Sylvia fue volteada y arrojada de un lado a otro tantas veces que, incluso cuando Coy se detuvo, seguía demasiado mareada como para mantenerse en pie por sí misma. Cuando se detuvo, tenía la cara roja y sudaba. Sylvia se había enfriado más y más con cada impacto y sus manos dejaban rastros viscosos de sudor sobre ella. Se habría estremecido si no estuviera ya temblando incesantemente. En algún momento de aquella tempestad de violencia, había perdido la cuenta de cuántas veces la había golpeado. Cuántas veces había rebotado contra las paredes y el suelo. Le dolía todo. Había quedado insensibilizada, pero ahora que estaba tumbada, el dolor empezaba a aparecer de nuevo. Si así era como se sentía ahora, temía por las próximas horas y días. Las frases que se había repetido a sí misma cuando estaba arriba no le servían de mucho aquí abajo. Al menos había terminado. El chico se había vengado. Gert probablemente sentiría que el castigo había sido suficiente. No tenía nada más de qué preocuparse, que de superar aquel dolor.

Coy se tambaleó exhausto hacia las escaleras, y casi había pasado por delante de Gert cuando la mano de ella le rodeó el muslo y se quedó helado. La anciana parecía sonrojada, podía oír sus jadeos resonando en el sótano como si hubiera sido ella la que había lanzado a la chica. "Eres bueno en esto del judo, pero podrías ser mejor".

"Soy el mejor de mi clase".

Ella apretó los músculos de su muslo con aprobación. "Quizá lo seas, pero ¿no te ayudaría poder practicar un poco más? Sabes que puedes volver aquí abajo cuando quieras sudar".

La expresión de perplejidad en su rostro empezaba a irritar a Gert. "Si quieres practicar tu judo. Vuelve aquí y pruébalo con ella un poco más. Se lo merece. Se merece algo peor. Contar mentiras sobre tu chica. Sobre mi niña. No estuvo bien".

Coy se tomó un momento antes de gruñir "de acuerdo" y subir las escaleras a grandes zancadas.

Gert se quedó donde estaba, sentada en los escalones observando a Sylvia que vibraba impotente en el suelo. Se mojó los labios. "Quédate ahí esta noche. Nada de mi comida va a pasar por esos asquerosos labios mentirosos tuyos".

Se levantó y apagó la luz. Dejó a Sylvia sola en la fría oscuridad, esperando que el dolor llegara como la marea.

Volviéndose en contra

Sylvia intentó volver a la vida normal después de su primera noche en el sótano, pero estaba tan magullada y golpeada que apenas podía moverse cuando se despertó hinchada y rígida por la mañana. Su hermana y los otros niños ya se habían ido cuando ella se arrastró hasta lo alto de las escaleras. Gert la esperaba sentada en la única silla de la cocina que seguía intacta. "Puede que todos hayan oído las mentiras que dijiste sobre mi hija, pero puedes estar segura de que de ahora en más todo el mundo te conocerá como una mentirosa. No necesito castigarte. Ya te has buscado suficiente miseria tú misma. Que no te vuelva a pillar con los nombres de mis hijas en tu boca, puta".

Después del fin de semana, Sylvia regresó a la escuela, supuestamente recuperada de su brote de "gripe". Los moretones que sobresalían de su ropa deliberadamente recatada, se habían desvanecido hasta volverse amarillos, y las chicas Baniszewski fueron generosas al compartir su maquillaje, al menos hasta que el color amarillento se desvaneció lo suficiente como para poder hacerlo pasar por una mala piel. Sylvia se alejó completamente de las Baniszewski en la escuela. No podía arriesgarse a que nada de lo que dijera e hiciera llegara a oídos de Gert, ni a que Coy volviera a enfadarse con ella. Estaba claro que se le habían retirado las protecciones de las que gozaba ante cualquier niño, que cualquiera podría hacerle daño si volvía a enfadar a Gert. Esto hacía desaparecer cualquier posibilidad de que Gert hubiese sido simplemente demasiado entusiasta en sus hábitos disciplinarios. A pesar de la paliza que había recibido y de las amenazas de Gert del día siguiente, Sylvia aún no sentía que el hacha hubiera caído sobre ella. La fatalidad perseguía a la chica.

Aun así, la vida no era del todo terrible. En la escuela había varios amigos en los que podía confiar para distraerse de su pesadillesca vida familiar. Anna Sisco era la amiga más cercana que había logrado hacer fuera de su hermana. Tenía trece años, y si las chicas Likens eran introvertidas en comparación con las Baniszewski, más mundanas, no eran nada comparadas con Anna. Realmente no entendía por qué nunca la invitaban a la casa de Sylvia, o por qué Sylvia no iba a la suya y se arriesgaba a que le preguntaran dónde había estado. Había un miedo constante a llevar a alguien a casa de Gert. Ya era bastante terrible que Sylvia y Jenny estuvieran sometidas al poder de la anciana. No quería entregar a alguien más a las garras de esa bruja, si podía evitarlo. Peor aún, no tenía ni idea de cómo reaccionaría Anna ante el trato que recibía en la casa de los Baniszewski. Si trataba de defender a Sylvia o intentaba denunciar a Gert, Sylvia no quería ni imaginar el nuevo infierno que podría desatarse.

Sumado al caos que podría desatarse si Anna se metía en la casa de los Baniszewski, estaban las visitas periódicas de Coy. Nunca abusó de Sylvia tanto como la primera noche, cuando se puso furioso, pero Gert seguía enviándolo al sótano con ella, donde se esperaba que Sylvia se sometiera a sus caprichos. A pesar de que esos caprichos no parecieran ir más allá de zarandearla, Sylvia no sabría cómo explicarle a Anna su complacencia ante tal situación, en términos que tuvieran sentido para una persona cuerda. Apenas podía racionalizarlo ella misma.

Eventualmente, Sylvia cedió ante la insistencia de Anna y la llevó a su casa una noche entre semana, cuando los enjambres de adolescentes que rondaban la casa eran menos numerosos de lo habitual. Pensó que si podía mostrarle a la joven el estado de la casa, tal vez se sintiera lo suficientemente apenada por ella, como para no insistir más en el asunto. El tocadiscos estaba en silencio cuando entraron, lo cual era una buena señal. Gert estaba sentada en la sala de estar, esperando pacientemente algún entretenimiento. Lo cual no era una buena señal. No era una buena señal en absoluto. Captó la mirada de Sylvia y en su rostro se dibujó un destello de sonrisa maliciosa durante un instante, antes de volver a su encantadora rutina de madre de barrio. "¿Qué es esto? ¿Una amiga de nuestra Sylvita? Me alegro mucho de conocerte finalmente".

Sylvia se quedó helada. Sólo tenía un momento para intentar controlar la situación antes de que Gert se abalanzara sobre ella, como siempre lo hacía, asfixiándola con su versión sesgada de la realidad hasta que no pudiera hacer nada más que aceptarla. Abrió la boca, pero ya era demasiado tarde. Gert palmeó el asiento junto a ella, todo sonrisas y aprobación de matrona. "¿Por qué no vienes a sentarte? Sylvia no nos ha contado nada sobre ti y todos tenemos mucha curiosidad. ¿Cómo te llamas, niña? Vamos, no seas tímida. Siéntate". Se dirigió hacia Sylvia con la misma sonrisa plácida. "¿Por qué no vas a buscar un refresco para tu amiga?"

Con los pies de plomo, Sylvia se dirigió a la cocina y cogió las botellas. No tenía ni idea con lo que se iba a encontrar a su regreso. Ni siquiera tuvo tiempo de hablar antes de que el puño de Anna la golpeara en la mejilla. Se tambaleó hacia el pasillo, completamente aturdida. Anna se abalanzó de nuevo sobre ella, blandiendo los puños con fuerza, sin conseguirlo en el mejor de los casos y sollozando todo el tiempo. Al final, Sylvia oyó sus gritos estridentes por debajo de los gruñidos de esfuerzo. "¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a decirle a la gente esas cosas sobre mi madre? Eres... eres una asquerosa mentirosa. Voy a contarle a todo el mundo lo que... ¡Creía que eras mi amiga!"

Empujó a Sylvia y salió corriendo a la calle, con lágrimas en la

cara. Sylvia estaba tan sorprendida que ni siquiera intentó seguirla. Gert sacudió la cabeza con tristeza. "Tienes que dejar de mentir, Sylvita. Si no, todo el mundo acabará odiándote. Tú no quieres eso, ¿verdad? No quieres que todo el mundo sepa que eres una putita viciosa y mentirosa".

Sylvia cruzó la distancia que las separaba en unas pocas zancadas y, por un momento, mientras se cernía sobre la anciana demacrada, el pozo sin fondo de confianza de Gert pareció traicionarla. Casi se estremeció. Fue suficiente para que la chica volviera en sí. Ella no era como los Baniszewski. No era un monstruo. No podía hacer daño a la gente sólo por el hecho de ser cruel. Ella era mejor que eso. Ella era mejor que Gert. Dejó que una pequeña parte de esa superioridad se manifestara en su educada sonrisa. "Aquí tienes tu refresco. Mamá".

Con la pérdida de Anna y los consiguientes rumores que empezaron a correr sobre su fiabilidad, Sylvia quedó completamente aislada en la escuela. Una pequeña parte de los rumores debió de extenderse también a los adultos de la comunidad, porque al poco tiempo los profesores, que la habían consentido hasta ahora por sus difíciles circunstancias, se volvieron fríos y distantes con ella. Empezaron a tratar a la niña con desconfianza en todo lo que decía o hacía. La vigilaban constantemente. Era como si Gert hubiera ampliado de repente su alcance, rehaciendo el mundo a su imagen y semejanza. Un mundo en el que sólo había una villana, Sylvia Likens.

Gert no estaba satisfecha con la forma en que había transcurrido su última tortura. No le había gustado esa chispa de desafío que la puta tenía en sus ojos, y esa sonrisa de suficiencia debía ser borrada de su rostro. Necesitaba saber desde qué lugar se atrevía a pararse y mirarla desde arriba, menospreciando a Gert, como si fuese mejor que ella. Gert nunca se había abierto de piernas por dinero. No era una puta. Había estado con sus maridos, todo legal y justo como quiso el Señor, puede que le compraran cosas y pagaran sus facturas, pero así era como debía ser. Sylvia era la puta, y las putas debían arrodillarse. Cuando Sylvia llegó a casa después de la reunión social de la iglesia, en la que había evitado cuidadosamente comer en exceso, a pesar de las protestas de su adolorido estómago, la casa estaba nuevamente llena de adolescentes. Stephanie no se había molestado en acompañarla, confiando en que la nueva influencia que le había proporcionado Coy con Gert, la eximiera de tener que arreglarse con el reverendo Julián durante un tiempo. En lugar de eso, había convertido la casa en su propia fiesta privada, invitando a todos los chicos de su curso, los mismos adolescentes que ahora miraban a Sylvia con desprecio e incluso con odio. De todos los chicos de la sala, sólo una chica parecía lo suficientemente furiosa como para hacer algo al respecto.

Judy Duke, una cabeza más alta y casi el doble de su peso tras el reciente episodio de casi inanición, se abalanzó sobre Sylvia. Le dio una bofetada en la cara y luego se burló mientras la sangre salía de entre los labios de la niña. "¿Por qué le dices a la gente que mi madre es una prostituta?"

Sylvia miró a Gert y suspiró. ¿Cuántas veces se iba a repetir el mismo guión? "Ni siquiera conozco a tu madre, Judy. Apenas te conozco a ti. ¿Por qué iba a decir algo así?"

Otra bofetada. Más suave, pero todavía punzante. "No sé por qué un monstruo mentiroso como tú anda diciendo cosas horribles de otras personas. Tal vez sólo porque eres horrible".

"No he dicho nada de tu madre, Judy. Alguien te lo ha dicho para que te pelees conmigo".

Hubo un largo momento de silencio antes de que el suave susurro de Gert lo cortara. "Mentiras. Siempre dices puras mentiras".

Judy le dio una patada a Sylvia en la espinilla con toda la rabia que pudo reunir, pero había dudas en su rostro, Sylvia podía verlas. Puede que todos estuvieran atrapados en la vorágine de caos y maldad que Gert sembraba, pero sus peones seguían siendo personas. Un par de patadas más tarde, quedó claro que Sylvia no iba a defenderse y Judy salió furiosa de la casa, con la confusión aún reflejada en su rostro. Gert estaba furiosa. Esto no era lo que ella quería. No era suficiente. No lo iba a tolerar. Ladró: "Pégale".

La música siguió sonando, con la voz de una mujer cantando "Lo que el mundo necesita ahora es amor, dulce amor", obsceno en el tenso silencio.

Stephanie se retorció. ¿Quién?

Los ojos de Gert se abrieron de par en par. "Golpea a la puta".

Stephanie se apartó de su madre mientras la anciana vibraba de rabia. "No, mamá. ¿Con quién estás hablando? ¿Quién quieres que le pegue?"

Gert paseó su mirada por la habitación hasta que se fijó en alguien que estaba al lado de Sylvia. Con una sensación de temor sordo, Sylvia se volvió para encontrarse con los ojos de su hermana. Jenny ya estaba sacudiendo la cabeza frenéticamente. Gert gruñó. Pégale. Pégale a la puta. Aplástale las orejas. No permitiré que las putas mentirosas anden por ahí sin castigo. Pégale".

Coy se inclinó, "Yo lo haré".

"No. Ella", gruñó Gert. Tiene que ser ella la que lo haga. Tiene que demostrar que no está del lado de la puta en todo esto. Que apoyará a su familia y no a esta degenerada".

Jenny estaba temblando, las lágrimas comenzaron a brotar por las comisuras de sus ojos. "No lo haré".

Sylvia negó con la cabeza. "Hazlo".

"No puedo", se lamentó Jenny. Es mi hermana. No puedo".

Gert se levantó de la silla y cruzó la habitación tan rápido que era difícil de creer. Le dio una bofetada a Jenny en la cara. "O lo haces o lo obtendrás tú en su lugar. Pégale o te enviaré a ti y a Coy al sótano para que practique. Hazlo o no comerás nada el resto de la semana. Hazlo. Pégale a la puta".

Jenny seguía sacudiendo la cabeza, incluso cuando Sylvia gemía. "Por el amor de Dios, hazlo".

Gert golpeó a la chica. La abofeteó tan fuerte que las débiles piernas de Jenny ni siquiera pudieron sostenerla. Se giró y gruñó: "No uses el nombre del Señor en vano. Escoria. No eres digna de pronunciar su nombre".

"Jenny, por favor. Hazlo".

Sollozando, la chica cerró el puño y se lanzó. Agarró a Sylvia por sorpresa. Se tambaleó un paso hacia atrás con un grito de dolor. Así, de cerca, pudo ver cómo se iluminaban los ojos de Gert. Oyó cómo se aceleraba su respiración entrecortada. El rostro de la mujer era una máscara de miseria cuidadosamente domada, pero había pequeños detalles, como el rubor que se extendía por sus mejillas, que contaban otra historia. Estaba disfrutando de esto. Jenny volvió a golpearla con un sollozo. Golpeó a Sylvia en la cara hasta que sus nudillos se enrojecieron y se amorataron antes de que la bruja la apartara con un regaño fingido. Una vez cumplidas sus obligaciones como entretenimiento de la noche, Sylvia se marchó a su habitación sin decir más. Los ojos de Gert se clavaron en su nuca a cada paso del camino.

Una cura para los ladronzuelos

Sylvia se presentaba a la escuela magullada y maltratada cada vez con más frecuencia. Coy parecía estar disfrutando de tener vía libre para zarandearla, y su violencia empezaba a intensificarse más allá de la práctica del judo para convertirse en palizas con los puños cerrados y algunos breves combates en los que aplastaba a Sylvia contra la pared con su cuerpo y le rodeaba el cuello con sus dedos. Todas sus oscuras fantasías podrían cumplirse en ese sótano, si tuviera el valor de llevarlas a cabo. Hasta que tuvo el valor de ir más allá, siguió intensificando sus golpes. Al fin y al cabo, a nadie le importaba lo que le ocurriera a Sylvia.

A pesar de todo esto, la vida seguía avanzando en la casa de los Baniszewski. El verano empezaba a dar paso al otoño y las clases de gimnasia en el colegio seguían siendo al aire libre. Los pantalones cortos y la camiseta que le habían proporcionado sus padres ya no eran suficiente protección dadas las circunstancias, así que Sylvia tuvo que tragarse los restos de orgullo que le quedaban y pedirle a Gert que le comprara un equipo deportivo. Pensó que había pillado a la anciana de buen humor, pero resultó que Gert carecía de buen humor cuando se trataba de Sylvia. "¿No le iría mejor a una puta si no se tapara?"

Se tragó su negativa. No tenía sentido discutir. "El colegio dice que es el uniforme. Tengo que llevar uno".

"A mí me da igual". Gert tiró la ceniza al suelo. "No hay dinero para ropa nueva. Especialmente para gente como tú".

"Pero lo necesito". La voz de Sylvia tenía un tono quejumbroso que ponía los nervios de punta a Gert.

"Me importa un bledo lo que necesites".

En el colegio, antes de la siguiente sesión de entrenamiento alrededor del campo, Sylvia entró en pánico. Si salía sin equipo deportivo, en el colegio llamarían a Gert. Incluso podrían hacer una visita a la casa. Si Sylvia atraía esa atención hacia la casa de los Baniszewski, estaría firmando su propia sentencia de muerte. Gert la culparía de todo y se volvería loca. No podía arriesgarse a eso. Con el corazón encogido, se metió en los vestuarios antes de que sonara el timbre y robó un equipo deportivo de uno de los casilleros. Ni siquiera sabía de quién era la ropa que se estaba llevando, pero esperaba, de todo corazón, que pudiera permitirse reemplazarlo fácilmente. Después de todo, no había nadie en el colegio que estuviera tan mal como ella y su hermana. Se escondió en el baño hasta que todas las demás chicas se vistieron y salió a correr al campo con el resto de su clase. La persona a la que había robado debía tener un equipo de repuesto, porque no vio a nadie con la ropa de verano. Dejó escapar un pequeño suspiro de alivio y trató de ignorar el sentimiento de

culpa que la perseguía cuando echó a correr. Se suponía que debería estar encantada de haberse librado del asunto sin que nadie resultara herido, pero se sentía mal de todos modos.

Gert vio el equipo deportivo nuevo cuando Sylvia intentó lavarlo. La anciana parecía completamente obtusa la mayor parte del tiempo. Apenas sabía leer y escribir, hasta donde Sylvia sabía. Sin embargo, cuando se trataba de cosas como ésta, era extrañamente astuta. "¿De dónde has sacado eso?"

Sylvia se quedó paralizada. No pudo evitarlo. Cada vez que Gert le hablaba era como un clavo en una pizarra dentro de su cabeza. No tenía sentido discutir o resistirse. Lo que Gert decidiera gritar se convertiría en la verdad de todos modos. Gert le arrebató la ropa de las manos y la miró largamente. "¿Lo has robado? No permitiré que haya ladrones en mi casa. No lo toleraré".

Sylvia mantuvo la boca cerrada. La verdad era que lo había robado, pero no esperaba que a Gert le importara. Todos los días llegaba a la casa un suministro constante de cigarrillos y refrescos, tanto en manos de los niños Baniszewski como de los adolescentes visitantes, y Sylvia sabía a ciencia cierta que no había dinero para comprarlos. Todos los cigarrillos que fumaba Gert habían sido robados, pero allí estaba ella, dando una calada a uno y condenando a Sylvia por hacer lo que necesitaba para sobrevivir. No era justo. Simplemente no era justo. Sylvia se esperaba la bofetada que recibió. Estaba preparada para ello. No respondió nada a Gert. Ni un grito. No se inmutó.

Gert la golpeó de nuevo, con más fuerza. Había una fuerza sorprendente en los escuálidos brazos de la mujer, un recordatorio de que, aunque pudiera parecer anciana y decrépita, no era mucho mayor que la verdadera madre de Sylvia. Cuando eso no fue suficiente, Gert agarró a Sylvia por el pelo y la arrojó al sucio suelo de la cocina. Todavía había manchas amarillas aquí y allá. Un recuerdo de la última vez que habían estado juntas en aquella cocina, hizo que a Sylvia se le revolviera el estómago. Gert la pateó y dio una larga calada a su cigarrillo. Un halo de humo azul la rodeó mientras murmuraba. "¿Lo has robado o lo has comprado? ¿Lo has comprado con tu dinero de puta?".

La siguiente patada fue en un lugar conocido. Los moretones de la última vez se habían desvanecido, pero cada vez que el tacón de Gert chocaba con la entrepierna de Sylvia volvía a incendiar toda su pelvis con un dolor abrasador. Ella gritó. No pudo evitarlo. Gert sonrió. "¿Te gusta eso, puta? ¿Puedes sentirlo después de todos los hombres que te han utilizado? Este es sólo un día más para ti, ¿verdad? Un día más tumbada boca arriba. Abriendo las piernas para quien te quiera. ¿Así es como consigues el dinero para la ropa? ¿Cuando mis bebés tienen

que usar ropa usada porque fuiste demasiado estúpida para mantener las piernas cerradas cuando un hombre te quería?"

Sylvia trató de alejarse arrastrando los pies como un cangrejo, para salir de su alcance, pero Gert la persiguió. Con los ojos vidriosos. Con el talón clavado en las partes más tiernas de Sylvia en cada oportunidad. "¿A cuántos hombres te has tirado por esa ropa? ¿Cuántas veces te echaron su veneno dentro? Podrías haber tenido una vida. Podrías haber sido feliz. Pero ahora no eres más que una puta estúpida y sin valor. Eso es todo lo que serás. Puta. ¡Puta!"

Sylvia gritaba y seguía intentando arrastrarse. No quería desafiar a Gert, pero el dolor, ahora que había vuelto, parecía incluso peor que la primera vez. Era como si alguien le hubiera metido un atizador al rojo vivo. Un dolor punzante irradiaba por su cuerpo y sus piernas estaban flácidas y entumecidas. El cigarrillo de Gert se le cayó de la boca mientras gritaba: "¡Puta!, ¡Puta!" Una y otra vez. Cayó sobre Sylvia y ésta gritó sorprendida. De repente, Gert se quedó quieta y en silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era ronca. "Tú lo has robado. Tú… eres una ladrona. Hay que castigarte como a una ladrona".

Volvió a pasearse por la habitación y encendió otro cigarrillo. Sylvia se hizo un ovillo alrededor del nudo de dolor que hervía en su interior. Temblaba y se estremecía. Intentando permanecer en silencio. Esperando contra toda evidencia que Gert se olvidara de ella.

Cuando sintió que las manos curtidas de Gert agarraban las suyas con tanta suavidad, alejándolas de su cuerpo, creyó realmente que todo había terminado. Que Gert sentía que la disciplina había sido dispensada. Cuando sus dedos apretados se desenroscaron con un agarre firme pero suave, fue casi como un consuelo. Era la primera vez que alguien la tocaba sin intención de causar dolor en tanto tiempo que empezó a sollozar. Podía sentir el aliento de Gert rozando la palma de su mano. "Sólo hay una cura para los ladrones".

No existe dolor más fuerte que el de una quemadura. Es reconocible al instante. Aunque Sylvia sólo se había quemado con la estufa una vez de pequeña, hacía tanto tiempo que el suceso había desaparecido de su memoria. Gritó y trató de apartar la mano, pero el agarre de Gert era como el acero. Enredó sus dedos y mantuvo a la debilitada muchacha quieta sin que se notara el menor esfuerzo de su parte. Pasó el cigarrillo al siguiente dedo de la fila y luego presionó. El dolor fue inmediato. Intenso. Le hizo olvidar su maltrecha entrepierna. Gritó y luego sollozó cuando el cigarrillo fue retirado. Gert dio unas cuantas caladas para que el cigarrillo volviera a estar caliente. Sylvia sentía que se iba a volver loca del dolor y eso que sólo habían sido dos dedos. Todavía le quedaban ocho. Cuando intentó zafarse, Gert se sentó sobre ella, le inmovilizó el brazo entre sus muslos húmedos y soltó una risita aguda. "Esto es lo que merecen los ladrones. Esto es

todo lo que te mereces".

La botella de cola

Si Sylvia había pensado que su castigo había terminado sólo porque cada uno de sus dedos había sido quemado y se había desmayado por el dolor, estaba muy equivocada. El dolor era sólo una parte de la lección. También debía haber humillación. En el salón, a la vista de todos los chicos del barrio, le levantaron las faldas y le bajaron las bragas. Gert la golpeó con un cinturón hasta que le salieron ronchas en las nalgas y los muslos, y luego la dejó caer en el sucio suelo. Todos los niños habían sido informados de su indiscreción en uno de los sermones de Gert antes de que comenzara la paliza, pero ahora había llegado el momento de que participaran en el castigo. Gert les animó en voz baja a quemar a la niña como recordatorio habitual de que robar estaba mal. Uno a uno, los niños, algunos de tan sólo doce años, se adelantaron para apagar su cigarrillo en la carne desnuda de Sylvia. Ella gemía cada vez, pero eso sólo servía de estímulo para los chicos más sádicos. Coy apagó su cigarrillo en el muslo, lo más cerca posible de su vagina, sin recibir acusaciones de infidelidad por parte de Stephanie.

A partir de ese día, Sylvia se convirtió en un cenicero viviente para la casa Baniszewski. Cada quemadura debía servir de recordatorio de que no debía robar. En cambio, le enseñaron una lección totalmente diferente. Sin alimentación y casi sin dormir debido a su miedo constante, el cuerpo de Sylvia había dejado de curarse. Las quemaduras en las puntas de los dedos seguían ahí, prácticamente sin cambios, una semana después de su castigo. Coy había vuelto para otra sesión al día siguiente de haberla quemado y, aunque se estaba volviendo más valiente, seguía sin hacer mucho más que abofetearla. Los moretones, cuando salían, eran de un marrón sucio y apagado y no se desvanecían. Era como si todo su cuerpo se ralentizara. Llevaba tanto tiempo hambrienta que había olvidado como debería sentirse de otra manera. El hambre se había convertido en un ruido de fondo comparado con los dolores más alarmantes que habían comenzado a desarrollarse en su cuerpo. Particularmente en su pelvis. La menstruación había cesado poco después de llegar a la casa de los Baniszewski, ya fuera por estrés o por inanición. Gert aún no se había dado cuenta, pero cuando lo hiciera, seguro que lo utilizaría como una prueba más de que estaba embarazada, a pesar de no haber estado nunca lo suficientemente cerca de un chico que no la estuviera mutilando activamente en los últimos meses. A Sylvia le quedó claro que no podía seguir esperando que su situación se resolviera por sí sola. Las quemaduras en sus dedos eran una prueba de ello. Su cuerpo se estaba apagando. Iba a morir si no actuaba.

Con todo el pueblo convencido de que era una mentirosa, no tenía

a nadie a quien acudir, así que volvió a su plan original para hacer frente a su inanición. Recogió todas las botellas de refresco que pudo encontrar por la casa y luego recorrió las calles recogiendo más de la basura para cambiarlas por dinero. Sabía que había riesgos. No sólo los riesgos reales de recorrer las calles de Indianápolis por la noche siendo tan solo una adolescente, sino la perspectiva mucho más aterradora de que Gert se diera cuenta de que había desaparecido, pero se había quedado sin opciones. Necesitaba comer.

Su primera noche fuera de casa fue un éxito rotundo. Consiguió reunir suficiente dinero para comprar casi una comida, que se sentó en un banco y comió antes de volver a casa. Le hubiera gustado compartirla con su hermana, pero no había ninguna garantía de que no le confiscaran lo que llevaba. Seguramente se utilizaría como prueba contra ella en la última caza de brujas de Gert. Con el estómago lleno por primera vez en meses, Sylvia se dirigió a casa y trató de colarse pasando desapercibida en el bullicio habitual de la noche. Gert no parecía estar en medio de las risas y las burlas esta noche. Por un momento Sylvia pensó que había tenido suerte por esta vez, que la anciana se había acostado temprano. En cuanto entró en su habitación se dio cuenta de que la suerte nunca estaba de su lado. Gert estaba allí. Esperándola.

Ni siquiera intentó luchar mientras Gert la arrastraba hasta el salón. Intentó desaparecer dentro de su cabeza. Nada de esto importaba. Había comido. Iba a recuperar las fuerzas. Iba a salir de todo esto. Todo esto era temporal. Los moretones se desvanecerían. La vergüenza, la humillación, todo pasaría. Ella era más fuerte que esto. Gert la arrojó a la habitación y todas las miradas se volvieron hacia ella. Sylvia ya debería haber superado la vergüenza, pero aun así se sonrojó cuando todas las miradas se volvieron hacia ella. Los viejos hábitos son difíciles de cambiar. Su vergüenza no se vio favorecida por los gritos de Gert. "Miren lo que ha traído el gato. Nuestra propia dama de la noche ha terminado por fin de recorrer las calles".

Sylvia miró nerviosa a su alrededor. Algunos de los chicos del barrio estaban fumando. Esto podría ser muy doloroso, muy rápidamente, si ella no tenía cuidado. "¿Qué pasa, puta? ¿Ahora te sientes tímida de repente? Te has pasado toda la noche exhibiendo tu cuerpo a los hombres. Quitándote la ropa. Abriendo las piernas para ellos. ¿Y ahora te ruborizas?".

Gert estaba justo detrás de ella. Podía sentir el peso de la presencia del monstruo contra su espalda. Se acercó lo suficiente como para que su aliento a alquitrán hiciera cosquillas en la oreja de Sylvia. "¿Eres demasiado buena para estos chicos? ¿Es eso? Te prostituyes con todos tus hombres elegantes, pero no con estos buenos muchachos de aquí, ¿crees que eres mejor que ellos?".

Los ojos de Sylvia seguían recorriendo la habitación. Apenas había chicas allí esa noche, y aunque no creía que las tonterías de Gert fueran a enfadar realmente a estos chicos, todo era tan confuso ahora mismo que cualquiera podría atacarla de un momento a otro. Eso era lo más aterrador de todo lo que había hecho Gert. Había eliminado todas las reglas para poder imponer las suyas en su lugar, pero había todas esas enormes zonas grises en las que cualquier cosa podía pasar. Lugares en los que Gert aún no había tomado una decisión. La anciana se había alejado de ella para ir a apoyarse en la puerta, atrapándola en la habitación. "Vamos entonces, puta. Dale a los chicos un espectáculo. Sé que quieres hacerlo. Ellos saben que quieres. Todos saben que eres una puta. Así que hazlo".

Sylvia ya había empezado a temblar y su voz se quebró cuando preguntó: "¿Hacer qué?"

"Desnúdate para ellos, puta".

Sus manos se movían con voluntad propia. Su cuerpo la traicionaba. Un mes atrás, Sylvia habría muerto antes de quitarse la ropa delante de una habitación llena de chicos, pero ahora su orgullo y su vergüenza habían sido aplastados por el terror. Se deslizó la falda por las piernas. Luego se desabrochó la blusa y la dejó caer sobre el montón. Se quitó los zapatos y también los tiró hacia delante. Intentaba no mirar a los chicos. No sabía lo que podría ver allí y, si su humillación había provocado lujuria, no sabía si podría soportarla. Tampoco estaba segura de poder soportar la compasión. Era más seguro mantener los ojos fijos en las tablas del suelo cubiertas de polvo. "Y el resto. Las putas no son aptas para la ropa".

Sylvia cerró los ojos. Se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Enganchó los pulgares en la ropa interior y la bajó de un tirón. Estaba llorando. No quería hacerlo. Si hubiera sido por ella, no le habría dado nada a Gert; ésta era sólo otra forma en que su cuerpo la traicionaba. Las piernas temblorosas. Los pezones que se tensaban con el aire frío. Los sollozos histéricos que apenas podía contener manteniendo los ojos cerrados con tanta fuerza como podía. Fingiendo que estaba sola.

Gert gruñó. "Aquí tienen, una buena puta. Ahora dales un espectáculo. Que vean lo que haces por tu dinero, puta".

Sylvia no sabía lo que se le estaba pidiendo. Se quedó congelada. Resistiendo el impulso de cubrirse o salir corriendo de la habitación porque no quería volver a sentir el aguijón del cinturón de Gert. Ser golpeada mientras estaba desnuda habría sido más de lo que podía soportar. Sintió que algo le empujaba la mano y, a pesar de querer mantener los ojos cerrados y la marea de lágrimas contenida, no pudo evitar mirar hacia abajo. Gert intentaba ponerle en la mano una botella de cola vacía. Sylvia se limitó a mirarla. Al final, con unos

cuantos empujones más, la cogió, pero seguía sin tener sentido. ¿Por qué le daba Gert una botella? ¿Admitía que sabía lo que Sylvia había estado haciendo realmente toda la noche? ¿Había terminado por fin su castigo? "Haz tu espectáculo. Como haces cuando te prostituyes. Métetela dentro".

Nada de lo que decía tenía sentido. Sylvia se limitó a mirarla fijamente hasta que Gert gruñó y la agarró por la muñeca, guiando la botella hacia abajo hasta que le rozó su magullada vagina. No. Ella no podría querer eso. Gert gruñó. "Hazlo, puta. Hazlo".

El cántico fue retomado. Las voces habituales de los adolescentes parecían más profundas que de costumbre. Alguna parte animal de ellos estaba gruñendo. "Hazlo. Hazlo. Hazlo".

Sylvia levantó la vista y sus rostros mostraban un hambre voraz. Aunque algunos de los chicos estaban enrojecidos y parecían avergonzados de sí mismos, seguían sin apartar la vista. Todos los ojos de la sala estaban puestos en Sylvia, en esa parte más secreta y escondida de Sylvia que ahora estaba expuesta para que el mundo la viera. Se tragó la bilis que le subía por la garganta y apretó el cuello abierto de la botella. Estaba fría, incluso comparada con el frío de la habitación, y las manos le temblaban tanto que casi la deja caer. Se preguntó qué pasaría si la dejaba caer. ¿Iría Gert a buscar otra? ¿La obligaría a utilizar la botella rota de la misma manera? Apretó con más fuerza el cristal texturizado y lo introdujo un poco más. Empezaba a dolerle a medida que el cuello se ensanchaba y el extremo se hacía más profundo. Sylvia estaba haciendo todo lo que podía para mantener dentro su comida duramente ganada, pero era una batalla perdida. Tenía que darse prisa. Si conseguía acabar con eso, podría escabullirse. Podría acostarse en su habitación y dormir, fingiendo que nada de esto había sucedido. Un pequeño gemido se le escapó mientras metía la botella más adentro y los chicos, inclinados hacia delante, prácticamente salivaban. Gert estaba perdiendo la paciencia. "¿Haces esperar a todos los hombres tanto tiempo? Date prisa".

Sylvia trató de superar el dolor, pero era como si la botella hubiera chocado con una especie de barrera dentro de ella y no pudiera ir más allá. Gert gruñó. "He dicho que te des prisa".

La mano de la anciana salió disparada y golpeó el fondo plano de la botella tan fuerte como pudo. La mitad de su longitud desapareció dentro de Sylvia. Entonces llegó el dolor. Cayó al suelo, gritando tan fuerte que sorprendió incluso a Gert. La sangre se deslizó por el cristal hasta acumularse en el suelo entre las rodillas de Sylvia.

Gert se colocó junto a ella y se burló. Estoy segura de que has jodido más que eso, puta. Ahora jódete con ella".

Sylvia gimió y trató de sacar la botella, pero incluso ese ligero movimiento la hizo gritar de nuevo. Algo estaba mal. Algo estaba

realmente mal. Sentía como si algo dentro de ella se hubiera desgarrado. Se estremeció y lloró. Sus manos temblorosas manoseaban inútilmente el cristal resbaladizo y ensangrentado. Intentando desesperadamente sacarlo. Las lágrimas se derramaban por su rostro y cualquier intento de estoicismo se perdía en la agonía del momento. "Por favor. Ayúdenme. Oh, Dios. Ayúdame".

Gert puso los ojos en blanco con disgusto. "Ninguno de nosotros quiere contagiarse de tus enfermedades de puta. Tocando tu sucia raja. Sácala tú".

"Yo... no puedo". Sylvia sollozó.

Gert agarró la botella, sacando otro grito de Sylvia. "Niña ridícula".

Se la arrancó a Sylvia y con ella llegó otro grito estridente. Cuando Gert alzó la botella a la luz, había medio centímetro de sangre y otros fluidos turbios acumulados en su interior. Eso la hizo detenerse por un momento. Cuando se volvió hacia Sylvia, la chica se había desmayado. Con exagerado asco, Stephanie y Paula la arrastraron a la cama. La botella de cola se tiró con el resto de la basura y quedó en el olvido rápidamente.

El sótano

A la mañana siguiente, Sylvia se despertó en un charco de su propia orina teñida de sangre. Había ocurrido durante la noche sin despertarla. El dolor de las heridas era tan fuerte que no podía ni ponerse en pie, pero trató de recoger la ropa sucia que había mojado y arrastrarse para lavarla antes de que Gert se diera cuenta. Por supuesto, la anciana volvió a pillarla en el acto. Miró a la niña sucia, desnuda y manchada de sangre y suspiró. "Ya no eres apta para convivir con los humanos. Ni siquiera puedes evitar orinarte encima. Eres como un perro. Eres peor que un perro. Al menos un perro puede ser entrenado. Ojalá hubiéramos tenido un perro en vez de a ti y a tu hermana, que son medio idiotas".

Sylvia se tumbó en el suelo de la cocina y lloró hasta que Gert empezó a darle patadas. "Baja. Baja a tu perrera. No eres apta para las sillas, no eres apta para la ropa y ahora no eres apta para las camas".

Sylvia sollozaba: "Por favor. Por favor, ayúdame. Necesito un médico. Necesito ayuda".

Los ojos de Gert se entrecerraron. ¿Tienes dinero para un médico? Porque yo no lo tengo".

Agarró a Sylvia por el pelo y la arrastró, gimiendo, por el suelo hasta la puerta del sótano. Cada vez que Sylvia conseguía detener su caída en la oscuridad, Gert le daba otra patada en las costillas. Acabó de nuevo en el suelo de tierra del sótano, llorando y dolorida como la primera vez que Coy se salió con la suya. Sin ropa, el frío no tardó en empezar a filtrarse desde el suelo hasta su cuerpo, pero lo agradeció. Si estaba adormecida, tal vez el terrible dolor que sentía en su interior podría aliviarse.

Esa noche, Gert bajó a examinarla. Había vuelto a mojarse durante sus infructuosos intentos de conciliar el sueño. Las heridas la habían dejado incontinente. Gert la regañó. "Asquerosa. Absolutamente asquerosa. Tendrás que quedarte aquí abajo, pequeña sucia. Tendremos que fregarte a ti también. Asquerosa".

Sylvia balbuceó. "Por favor. Necesito ayuda".

Gert resopló. "Yo necesitaré ayuda. Llevas tanto tiempo atiborrándote de comida que sería un milagro que las chicas o yo podamos levantarte".

Reunió a los chicos más útiles que pudo encontrar arriba. Coy, su hijo John, y otro chico del barrio, Ricky Hobbs, al que había estado vigilando durante bastante tiempo. Entre los tres, los chicos consiguieron llevar a la inerte Sylvia escaleras arriba y al baño donde Gert y Paula estaban esperando. Había una bañera en la casa, una cosa con patas en forma de garras, que había que llenar con agua caliente hervida encima de la estufa. El vapor salía del agua a pesar de la

relativa calidez de la habitación. Sin pensarlo, Ricky metió el dedo para comprobar la temperatura y soltó un grito. Estaba hirviendo. Gert les señaló con la cabeza. "Entonces, sumérjanla".

Ricky se aferraba a las piernas de Sylvia, el trabajo más apestoso recayó sobre el más joven. Mientras los otros chicos hacían lo posible por arrojarla al agua, él tiraba de ella hacia afuera. "Espera, el agua la va a quemar. Está caliente como una tetera".

Paula, Coy y John se miraron nerviosos, pero Gert se limitó a reír. "Déjenme hablar con mi nuevo ayudante. Ustedes, muchachos, lávenla. Paula, frótala con esa sal cuando hayan terminado".

Ricky negó con la cabeza. "Esto no está bien".

"No, ciertamente no lo está. Ven conmigo. Deja que te explique algunas cosas". Gert le cogió la mano y le sacó de la habitación. Se estremeció al oír los gritos de Sylvia, y por un momento pareció que iba a volver corriendo, pero Gert apretó con fuerza su mano y le condujo hasta el dormitorio de los varones. El único de la casa que aún conservaba su puerta.

Lo miró de arriba abajo y lo empujó a la cama. "¿Cuántos años tienes ahora, Ricky?"

Miró nerviosamente a Gert, luego miró hacia la puerta. Todavía podía oír el chapoteo del agua, pero los gritos parecían haber cesado. "Yo… yo tengo catorce años, señora Wright. Tendré quince dentro de unos meses".

Gert le sonrió. Sus dientes parecían más largos de lo normal. Como si sus encías hubieran retrocedido, o sus dientes hubieran crecido más para poder darle un mordisco. Él se estremeció. "Catorce años. Nunca lo hubiera imaginado. Pareces tan maduro".

No era inmune a los halagos. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. "Gracias, señora Wright".

"Por favor. Llámame Gertie".

"G - Gertie. Esa agua. Estaba demasiado..."

"¿Ya tienes novia, Ricky? Un chico guapo como tú, debe tener a todas las chicas enamoradas".

'No, señora... Hum... Gertie. No, no tengo".

"Las chicas de tu edad, no valen la pena, ¿verdad? No tienen tetas para comenzar. Están demasiado asustadas como para tocar a un chico ahí abajo. Probablemente estás esperando a que llegue la chica adecuada, ¿cierto? El tipo de chica que te trate como te mereces".

Ella se acercó más y más con cada palabra. Tan cerca que él podía oler la nicotina adherida a su ropa. Se echó hacia atrás para que ella no pudiera plantarle un beso, porque eso era lo que parecía que iba a hacer, pero ella tenía otro destino en mente para sus labios. Se puso de rodillas frente a él y le desabrochó los cordones con dedos hábiles. Se lamió los labios mientras lo miraba. "Necesito un asistente, Ricky.

Alguien que me ayude a lidiar con ese monstruo del sótano. Alguien que me ayude a levantar y cargar. No tengo dinero para pagarte, pero... puedo pagarte de otras maneras".

Él se estremeció cuando las manos de ella apretaron sus muslos, ella se acercó más. Ya había hecho esto muchas veces para salirse con la suya, incluso cuando había mucho menos en juego que evitar que un pequeño chillón saliera corriendo y contara sus cosas a todo el mundo. Los hombres son fáciles de controlar si se sabe dónde aplicar la presión adecuada.

Tres minutos después salieron del dormitorio. Gert se aclaraba la garganta y Ricky prácticamente rebotaba de excitación. En el cuarto de baño, Sylvia dejaba escapar gemidos de dolor al sentir la sal raspando sobre su tierna carne roja, pero Ricky se había vuelto misteriosamente ajeno a ellos. Levantó a la chica en brazos él solo y la llevó al sótano sin vacilar, salvo una brevísima pausa para sonreír cuando Gert comentó lo fuerte que era. Al final de la escalera, dejó caer a Sylvia sin pensarlo dos veces. Ella soltó un pequeño grito de dolor cuando cayó al suelo, pero fue tan leve comparado con todo su otro sufrimiento que fue más una exhalación que un grito. De todos modos, Ricky no lo oyó. Ya estaba subiendo las escaleras hacia la luz del día con una sonrisa en la cara.

El régimen de limpieza continuó durante las siguientes semanas. Una vez pasado el dolor inicial de sus heridas internas, Gert hizo que Coy y Ricky le ataran las manos y los pies antes de llevarla al baño. Algunos días no la limpiaban en absoluto. La dejaban sola en el sótano con la única compañía del olor de sus propios excrementos. Otras veces, Gert la llevaba a rastras y la fregaba dos o tres veces a lo largo del día. La comida era aún menos frecuente para Sylvia ahora que la habían enviado al sótano. Gert le bajaba un plato de sopa cuando había hecho una olla, pero se negaba a darle cubiertos a la niña. Sylvia era un animal, por lo que debía comer como un animal, intentando llevarse el caldo acuoso a la boca con sus propias manos. La única vez que se le permitió comer algo sólido, fue cuando Gert y John Junior, de doce años, bajaron a limpiar el sótano. Recogieron sus heces con una pala de jardín y luego Gert le abrió la mandíbula a Sylvia mientras John le vertía sus propios excrementos por la garganta. Cuando el olor a amoníaco empezó a llegar a la cocina, Gert tiró unos cuantos cubos de agua al suelo y le dio a Sylvia una vieja lata de café para que la utilizara como retrete. Una vez al día, Gert y Ricky bajaban al sótano y la obligaban a beber su contenido. Lo peor era que esos momentos de agonía en la bañera, o de humillación y asco en el sótano, eran lo mejor del día para Sylvia. Los únicos momentos en los que se le permitía el simple lujo de la luz.

Oportunidades perdidas

El trato de las chicas Likens no había pasado completamente desapercibido para las personas que se habían cruzado en su camino. Judy Duke, que una noche había sido incitada a pelearse con Sylvia por las mentiras de Gert, volvió a casa confundida y angustiada. Se había acercado a su madre y le había dicho: "Estaban golpeando y pateando a Sylvia", teniendo cuidado de excluirse a sí misma de los culpables. Su madre se mostró totalmente despreocupada, ya que había oído hablar de las chicas Likens. Sus padres eran feriantes. No era de extrañar que fuesen unas desagradables mentirosas que se dedicaban engañar y timar. Cogió a su hija de la mano y le explicó que no todas las niñas eran tan buenas y se comportaban tan bien como ella, y que cuando una niña mala hacía algo malo, a veces el único castigo que entendía era la violencia. Escuchar eso de su propia madre fue suficiente para calmar la confusión de Judy, pero a partir de ese momento permaneció apartada del círculo social de los Baniszewski.

Poco después de que las niñas Likens fueran "adoptadas" en el hogar de los Baniszewski, Gert tuvo nuevos vecinos. Los Vermillion compraron la casa contigua a la de Gert. La pareja de profesionales de mediana edad, Raymond y Phyllis Vermillion, vio la cantidad de niños que Gert tenía bajo su techo y pensó que podría ser la niñera ideal para sus propios hijos. A juzgar por el estado de su propiedad, también consideraron que sería un acto de caridad pagarle por ese servicio. Sin embargo, no eran en absoluto tan negligentes como los Likens. Antes incluso de abordar el tema del cuidado de los niños, invitaron a la familia Baniszewski a una barbacoa para conocer a sus nuevos vecinos. Gert parecía haber traído a todo el vecindario de adolescentes y niños con ella y todo el evento pronto se volvió ruidoso. Aun así, los Vermillion estaban encantados con el ambiente lúdico. Al menos hasta que vieron a una chica demacrada con sus dos ojos negros.

Phyllis pilló a Paula Baniszewski y le preguntó qué le había pasado a la niña, para quedarse horrorizada cuando Paula declaró con orgullo que había sido ella la que había propinado la paliza a Sylvia. Luego, desapareció en la cocina y regresó con una taza llena de agua hirviendo, que arrojó a la cara de Sylvia mientras Gert asentía con aprobación. No hace falta aclarar que los Vermillion se buscaron otra niñera.

A pesar de ello, no intentaron contactarse con las autoridades por la situación de Sylvia. Todos los demás en el barrio consideraban los acontecimientos que habían presenciado como algo completamente normal, y eso normalizó la violencia también para los Vermillion.

Incluso cuando Phyllis pasó aquella vez por la casa de los Baniszewski para pedir prestada una herramienta para el jardín y vio cómo Paula golpeaba a Sylvia en la cara con un cinturón hasta partirle el labio.

Poco después de que Sylvia fuera condenada al sótano, surgió otra oportunidad de rescate. El reverendo Julián había puesto en marcha un programa para visitar a sus feligreses en sus casas en un intento de mostrarse más accesible. Se sentó con Gert en la cocina, a escasos metros de la puerta del sótano, tomando café y tragándose sus mentiras con la misma facilidad. "Esa chica Likens. Esa Sylvita. Ha sido una terrible carga para mí, reverendo. Me duele admitirlo, pero ha sido una plaga tan grande para esta familia que es un milagro que haya mantenido las cosas en pie. Si hubiera sabido lo que era aquel primer día en que entró por la fuerza en mi casa, le aseguro que la habría echado de nuevo. Es una prostituta. Lo más bajo de lo bajo. La más impía... y no sólo eso, no sólo se ensucia a sí misma, sino que también arruina la vida de los hombres buenos. Atiende a hombres casados, reverendo. Y luego vuelve aquí regodeándose de ello. Está embarazada, ¿sabe? Quedó embarazada de uno de los hombres casados con los que se acostó".

Paula entró en la habitación en medio de su conversación. Su estómago ya empezaba a hincharse con el bebé que llevaba dentro. Ya estaba de varios meses, pero no lo suficiente como para que Gert empezara a vestirla con ropa holgada. El reverendo trató de no mirar, pero Gert tenía una chispa de furia en los ojos cuando se volvió hacia ella. La asquerosa mentirosa ha ido por ahí intentando culpar de todos sus pecados, de todos sus crímenes, a mi dulce Paula. Diciendo que está embarazada. Es ridículo. Mi Paula es virgen. Tan pura como se puede ser. Es despreciable la forma en que Sylvita la ha tratado. Después de haberla invitado a vivir en su propia casa, también".

El reverendo se acercó a las dos mujeres y tomó sus manos. "Oremos por ella".

Sólo pasó un momento antes de que su contemplación silenciosa se viera interrumpida por Paula. "Siento odio en mi corazón por ella".

Gert la silenció con una mirada mordaz. "Lo que quieres decir es que sientes amor en tu corazón por ella. Aunque deberías odiarla por todo el daño que ha hecho".

Paula murmuró. "Sí, no la odio".

El reverendo programó otra visita para discutir los problemas que la familia estaba teniendo, salió de la casa y se olvidó rápidamente de todo.

De todas las personas del mundo, sólo había una a la que las chicas Likens podían dirigirse en busca de ayuda. Sus anteriores intentos de contactar con sus padres se habían visto frustrados por sus constantes cambios de dirección, información que sólo Gert conocía.

No tenían ni tíos ni tías, y aunque tenían una abuela, estaba enferma, empobrecida y ya cuidaba del hermano gemelo de Jenny, Benny. Sólo había otro miembro de la familia al que tenían la esperanza de contactar. Su hermana Diana.

Cuando Sylvia fue condenada por primera vez al sótano, Jenny envió una carta detallada explicando toda la tortura que habían sufrido a manos de la familia Baniszewski. Un relato completo de principio a fin. Le rogó a su hermana que enviara a la policía a la casa para rescatarlas. Diana no se creyó ni una palabra. Estaba casada y tenía su propia familia, y no era la primera vez que sus hermanas menores intentaban irse a vivir con ella y su marido. Diana no creía que su matrimonio pudiera sobrevivir a su presencia. Ya estaba a punto de divorciarse cuando recibió la carta y se enfrentó a una perspectiva no muy diferente a la que habría enfrentado Gertrude Baniszewski en su momento. Convertirse en una madre soltera de diecinueve años no era una perspectiva tentadora, y añadir la carga de dos hijos más, era una situación demasiado aterradora como para contemplarla. Con la tempestuosa relación de los padres Likens, las llamadas telefónicas suplicantes de Sylvia y Jenny, se habían convertido en algo bastante habitual. Diana hizo caso omiso a todas las descripciones bastante explícitas de Jenny sobre la violencia y la degradación como castigo corporal habitual al que se enfrentaban. Tiró la carta a la basura y siguió con su día.

Sin embargo, algo en la carta no dejó de inquietar a Diana. Había detalles en ella, detalles horripilantes, que no creía que su hermana pequeña hubiera sido capaz de inventar. Así que finalmente organizó un viaje de compras a Indianápolis y pasó por los suburbios de camino a la ciudad. Cuando llamó a la puerta, uno de los niños acudió a ella y la miró con sus ojos entrecerrados por el sol de la mañana, pero Gert apareció solo un momento después. Diana la saludó con una sonrisa. "Hola, me he enterado de que estás al cuidado de mis hermanas. Soy Diana".

La respuesta que obtuvo sólo la llenó de más aprensión. "No eres bienvenida aquí".

"¿Qué?"

"Lester. Me llamó. Dijo que no podías ver a las chicas. Dijo que ni siquiera debías entrar en la casa".

Diana se quedó perpleja. "¿Por qué diablos diría algo así?"

"Es un asunto familiar que deben resolver entre ustedes. Pero no verás a las niñas hasta que él lo autorice". Gert le cerró la puerta en la cara.

Todo esto era demasiado extraño para el gusto de Diana, así que caminó un poco por la calle, encendió un cigarrillo y esperó. Habían pasado casi dos horas cuando consiguió lo que estaba esperando.

Jenny salió de la casa, arrastrando un saco de basura casi tan grande como ella. Diana se apresuró a acercarse a ella, pero en lugar de la cálida bienvenida que esperaba recibió un pequeño grito de miedo. "No se me permite hablar contigo. Vete".

Todo era demasiado extraño. Diana llamó a los servicios sociales de Indianápolis desde un teléfono público y exigió que investigaran el caso antes de volver a casa.

Unos días más tarde, una asistente social llegó a la casa de los Baniszewski y encontró a una exasperada Gert esperándola con una historia ya preparada. Jenny estaba presente y había sido limpiada y vestida lo mejor posible por las chicas Baniszewski. Ante cada palabra que Gert decía, cada insinuación, por más vil que fuera, Jenny asentía junto a ella. Gert la había acorralado antes de que llegara la trabajadora social y le había dejado una cosa muy clara. Si contradecía a Gert de alguna manera, la desnudaría y la arrojaría a vivir en el sótano junto a su hermana. No era más difícil hacer desaparecer a dos putitas que a una.

La historia que Gert le contó a la trabajadora social era, en parte, un engaño y, en parte, sus febriles imaginaciones que les había estado atribuyendo a las chicas Likens desde un principio. Sylvia había sido expulsada de la casa hacía varias semanas después de que Gert descubriera que era físicamente impura y prostituta. Al no querer exponer a sus propios hijos al estilo de vida lascivo de Sylvia, había decidido que era mejor que se separaran, pero Jenny era la prueba silenciosa de que no había ningún problema en la casa que hubiera llevado a una adolescente a prostituirse y huir. Al fin y al cabo, si la chica buena seguía aquí, todas las culpas recaían sobre la mala. Jenny asintió con la cabeza. Sus ojos no se desviaron ni una sola vez hacia la puerta del sótano. Estaba inquieta y nerviosa, pero contar historias sobre una prostituta en la familia era probablemente lo suficientemente estresante como para cubrirla. Cuando la trabajadora social se marchó, Gert le dio a Jenny un dólar para que fuera a la tienda y se comprara una golosina. Cuando la asistente social volvió a su despacho, cerró el caso. Ya no habría más llamadas del servicio social en la casa de los Baniszewski.

El circo de fenómenos

Gert parecía haber protegido su pequeño reino por ahora, pero mientras ella se ocupaba de defenderlo, sus hijos no habían estado ociosos. Mientras Gert estaba atrapada en la red de sus propias fantasías, los niños vivían firmemente en el mundo real, y en el mundo real, su familia estaba en el umbral de la pobreza. No tardaron en llegar los chicos del barrio que se habían perdido el primer "striptease". Chicos que estaban ansiosos por ver a una chica desnuda por primera vez. John empezó a cobrar a los chicos cinco centavos por bajar al sótano y echar un vistazo. Pronto la demanda empezó a superar la oferta, así que tuvo que reclutar a sus hermanos en la empresa. En lugar de hacer que sus invitados bajaran al sótano para verla, la chica demacrada y con cicatrices fue obligada a subir las escaleras para ser exhibida. La manoseaban todo lo que podían bajo la atenta mirada de Gert, que de alguna manera todavía tenía la inconsciencia de lanzar sermones abrasadores sobre la pecaminosidad de la carne mientras tenía sexo regular con un chico de catorce años. Gert no permitía que Sylvia fuera utilizada sexualmente, pero la violencia no sólo era aceptable, sino que era fomentada activamente. Al final de la primera semana de exhibiciones, probablemente todos los niños del vecindario le habían dado un golpe a la niña de ojos vacíos. Algunos habían apagado sus cigarrillos en sus pies. Uno de los pocos actos de crueldad que todavía podía provocar algún tipo de respuesta en ella. Sylvia estaba completamente apagada, sus movimientos eran lentos y su voz se arrastraba en los breves momentos en que tenía la fuerza para usarla. Al quemarla se le escapó un gemido sordo y bajo. No era suficiente para el público, y la recaudación de las exhibiciones nocturnas de su esclava no era la que los hijos de Baniszewski esperaban obtener. Así que empezaron a ofrecer un servicio especial. Por 25 centavos, un afortunado visitante podría ser quien lanzara a Sylvia por las escaleras hasta el sótano.

El único que podía bajar al sótano sin que Gert estuviera presente era Coy Hubbard. Ella confiaba inexplicablemente en el muchacho y en su lealtad hacia Stephanie, a pesar de que su relación se había ido degenerando gradualmente desde el momento en que él puso sus manos sobre Sylvia. Stephanie no tenía ningún interés en fomentar su relación física, desafiando a su madre, mientras que Coy se volvía más agresivo sexualmente cada vez que se quedaban solos. Al poco tiempo, su "relación" era poco más que algunos besos superficiales antes de que él bajara al sótano para el evento principal. Su práctica de judo con Sylvia duraba aún más ahora que ella estaba constantemente desnuda, y ahora que no tenía ropa para agarrarla, él encontraba nuevos e inesperados agarres. Salía del sótano empapado de sudor y

con una sonrisa, y luego, someter a Sylvia a su "régimen de higiene" era infinitamente más fácil porque ella estaba demasiado agotada y dolorida para defenderse.

Los días se convirtieron en semanas. A pesar de todos los esfuerzos de Gert por doblegarla, Sylvia seguía enfrentándose a las miradas de la anciana con desafío. A una mente normal le habría parecido que ya no podía hacerse nada más con la chica. Que la habían llevado a su punto más bajo y que la tortura había fracasado. Desde la perspectiva de Gert, ya no había ninguna excusa para castigar a la chica. Después de todo, ella no era capaz de hacer nada malo cuando estaba encerrada sola en el sótano. Sin pecado, no había razón para arrojarle piedras. Racionalmente, Gertrude debió darse cuenta de que cuanto más tiempo mantuviera a Sylvia en el sótano, mayores serían las probabilidades de que fuera descubierta. Tenía una fe ciega en su pequeño ejército de cómplices, pero sabía mejor que nadie que el mundo no para de girar sólo porque te mantengas al margen. El 20 de octubre recibieron un recordatorio de ello cuando un extraño casi llega hasta el sótano y el oscuro secreto que guardaban encerrado allí abajo.

Los niños Baniszewski robaban casi constantemente sin ninguna repercusión por parte de su madre, quien toleraba todo al no ser capaz de ver ninguna falta en sus propios hijos. Por eso, cuando un joven llamado Robert Hanlon se presentó en su puerta exigiendo la devolución de sus bienes, ella negó todo conocimiento. Los niños se habían colado en su sótano a través de una puerta trasera abierta y se habían servido de varios objetos, que ya se encontraban adornando las estanterías de una casa de empeños local. Furioso, Hanlon esperó hasta el anochecer y luego irrumpió en la casa para tratar de recuperar los objetos que le habían sido robados. Llegó hasta la cocina antes de ser abordado por Ricky. Coy apareció sólo un momento después, y entre los dos lograron arrastrar a Hanlon hasta el exterior y arrojarlo a la calle. Gert había llamado a la policía para denunciar al intruso y un coche patrulla había llegado poco después. No era la primera vez que la policía acudía a la casa de los Baniszewski: la propia Gert había recibido una orden de arresto justo el año anterior por no haber pagado al repartidor de periódicos. Pero, con toda probabilidad, era la primera vez que Gert llamaba a la policía por sí misma, ya que, normalmente, prefería resolver las disputas por su cuenta. Hanlon fue arrastrado hasta el coche patrulla, pero los Vermillions intercedieron inesperadamente en su favor, explicando toda la situación a la policía. Todo parecería indicar que la policía iba a registrar la casa en busca de los bienes robados. Parecía que por fin había alguna posibilidad de que Sylvia fuera rescatada. Entonces Gert preguntó casualmente a los agentes si alguno de ellos conocía a su

marido John. Como resultado llevaron a Hanlon a la comisaría.

Cuando los coches de policía se dispersaron y la casa volvió a quedar en silencio, Gert bajó a sentarse con Sylvia en la oscuridad. Con su máscara de matrona colocada nuevamente en su sitio. "He estado pensando en ti, Sylvita. Has estado en mis oraciones. Creo que el Señor quiere que te salve. Creo que quiere que te dé una segunda oportunidad en la vida. El tiempo que pasaste aquí abajo, fue para cumplir penitencia. Convirtiéndote en algo nuevo. Algo mejor que una puta. Quieres ser más que un juguete para los hombres, ¿no es así Sylvita? ¿Quieres liberarte de tus pecados?"

Sylvia no había albergado esperanzas en mucho tiempo, e incluso con el jaleo de aquella noche en el piso de arriba, no había considerado realmente la posibilidad de que algo pudiera cambiar. Balbuceó. "Sí, quiero que me salven".

"Entonces te ayudaré. Pero tienes que recordar. Esta es tu última oportunidad. Tu última oportunidad de hacer lo correcto. De lo contrario, estarás de vuelta aquí abajo antes de que tengas tiempo de abrir tu sucia boca. ¿Lo entiendes?"

Sylvia se esforzó por humedecer sus labios. "Sí".

Los chicos de Gert la ataron de pies y manos y la subieron por las escaleras. La arrojaron a una de las pocas camas reales de la casa y Gert se agachó junto a ella. "Si logras pasar toda la noche sin orinarte, podrás volver a vivir arriba con el resto de los humanos. ¿Crees que puedes hacerlo?"

Sylvia jadeó. "Sí, mamá".

No pudo pasar la noche sin mojar la cama. Aunque se aferraba a alguna esperanza de que las escasas provisiones de agua que había bebido el día anterior no fueran suficientes para provocar un desastre, el daño que se le había hecho al forzar la botella de cristal dentro de ella, había hecho que Sylvia quedara permanentemente incontinente. Gert entró en la habitación olfateando a primera hora de la mañana y luego rugió de rabia, despertando a toda la casa. Se abalanzó sobre Sylvia con un cuchillo. La niña la miró con un terror impotente en los ojos. Ese momento era todo lo que Gert había querido siempre de Sylvia. Utilizó el cuchillo para cortar las cuerdas que rodeaban las muñecas de Sylvia, y luego arrastró la punta del cuchillo a lo largo de su cuerpo antes de hacer lo mismo con las ligaduras de los tobillos. Lanzó un bulto de ropa sucia a Sylvia y se burló. "Vístete, puta. No quiero que te pases el día desfilando avergonzada".

Llegaron hasta el salón antes de que la sobreexcitación de Gert la hiciera cambiar de opinión. Los chicos habían pasado al salón para fumar por la mañana, y no tardaron en aparecer Coy y Ricky, como casi todos los días. En cuanto se dio cuenta de que no había chicas, Gert ordenó a Sylvia que se desnudara. "Vamos, puta. Dale a los chicos

un último espectáculo antes de volver al sótano".

Sylvia soltó un pequeño sollozo, pero con los dedos entumecidos empezó a desabrochar los botones de su vestido prestado, dejándolo caer al suelo sin apenas vergüenza. No llevaba nada debajo porque Gert no le había dado nada. Si la anciana pretendía que la visión de la chica desnuda fuera excitante para los chicos, estaba muy alejada de la realidad. Cualquier indicio de sensualidad había sido derrotado y eliminado de Sylvia hacía tiempo. Parecía una piel colgada sobre un armazón de alambre. Sus ojos estaban fijos en un horizonte lejano que ninguno de los demás podía ver. Gert estaba furiosa con ella. Incluso ahora la desafiaba. La puta sabía cómo montar un espectáculo para los hombres y ni siquiera lo intentaba. Se creía tan superior. Se creía mejor que Gert. No era mejor que Gert. No lo era. Cogiendo una botella de cola, la puso en la mano de Sylvia. "Ya sabes lo que tienes que hacer, puta. Ya lo has hecho lo suficiente".

La mano de Sylvia ni siquiera temblaba mientras empujaba la botella dentro de ella. Incluso cuando tuvo que apretar los dientes para superar el dolor, no se detuvo hasta que la botella estuvo dentro. Se encontró con la mirada de Gert. Implacable. Luego la sacó con la misma suavidad y se la devolvió a la mujer. La puta había hecho exactamente lo que Gert quería, pero eso sólo la enfureció más. Le gritó. "Vístete. Eres asquerosa".

Sylvia ni siquiera intentó sentarse en una de las sillas, sino que se dirigió a una de las esquinas de la habitación, fuera de su vista y, con suerte, de su mente. Gert se desplomó en un asiento en el centro de la habitación y esperó a que el resto de la familia llegara. Sus planes se estaban desmoronando más rápido de lo que ella podía haberlo planeado. Quería que Sylvia volviera a subir para poder empezar a castigarla por su mal comportamiento, pero en lugar de eso, la estúpida se había meado encima y ahora iba a tener que volver al sótano. Entonces debía ser humillada, montar un espectáculo para los chicos, y de alguna manera eso se había vuelto también contra Gert. Estaba furiosa, mirando fijamente a la chica mientras ésta miraba a la nada con serenidad. Era como si no estuviera allí. Gert se levantó de un salto y la señaló con un dedo. "No he olvidado lo que has hecho. Has marcado a mis hijas como putas. Ahora... ¡Ahora yo te marcaré a ti!"

Ordenó a los chicos que se adelantaran y volvieran a despojar a Sylvia de sus ropas, retorciendo una manga de su vestido convirtiéndola en una mordaza y metiéndosela en la boca. A los niños se les encomendó una tarea y se pusieron a trabajar. Sostuvieron una de las agujas de coser de Gert sobre una cerilla encendida hasta que el metal brilló de color naranja, entonces la anciana se la arrebató de las manos y avanzó hacia Sylvia con un calor equivalente en sus ojos. Los

chicos inmovilizaron a Sylvia y Gert se sentó encima de sus caderas. Cada una de sus costillas estaba a la vista y su piel estaba tan pálida después de un mes en la oscuridad, que era casi translúcida. Como si se estuviera desvaneciendo, indemne. Gert gruñó y presionó la aguja en esa piel perfecta. Arrastrando una línea de dolor humeante por el estómago de la chica mientras se agitaba y gritaba. Ahora estaba de vuelta en la habitación. Ahora estaba de nuevo aquí con Gert.

Una vez completada la letra S, Gert buscó la siguiente aguja. Todos los niños más pequeños se pusieron a la tarea de calentar las agujas, quemando caja tras caja de cerillas. Gert llegó hasta "SOY" antes de empezar a cansarse, y el calor punzante de la aguja empezó a molestarla. Entregó la siguiente a Ricky Hobbs y éste se encargó alegremente del castigo. Poco a poco las palabras de las marcas aparecieron a la vista. "SOY UNA". Ricky hizo una pausa. ¿Cómo se escribe prostituta?

Con un gesto de decepción, Gert se lo garabateó en un papel.

Sylvia no dejó de gritar durante todo el proceso y el hedor de su carne quemada superó incluso el habitual miasma de suciedad que impregnaba la casa. Al final, las palabras "SOY UNA PROSTITUTA Y ESTOY ORGULLOSA DE ELLO" quedaron grabadas en su carne. Tatuadas y cauterizadas de una sola vez. Gert se lamió los labios y miró alegremente a la chica que había arruinado. "Soy una prostituta y estoy orgullosa de ello. Sí que lo eres, ¿verdad, puta?".

Con una mirada despectiva, Gert salió de la habitación para ir a buscar otro paquete de cigarrillos y una nueva caja de cerillas.

Ricky seguía sujetando la aguja y, sin decir nada, se la volvió a pasar a la niña de diez años Shirley Baniszewski para que la calentara de nuevo. Siseó. "Los esclavos necesitan una marca, para que todos sepan que tienen dueño".

Talló alegremente la mitad inferior de la letra S en el centro del pecho de Sylvia, pero a mitad de camino se detuvo y miró lo que estaba haciendo con creciente horror. "Jenny. Marca a tu hermana".

Jenny negó con la cabeza. "Él gruñó. Jenny. Hazlo tú o ayúdame..."

Ella chilló. "No. No lo haré".

Echó una mirada desesperada a su alrededor y luego le entregó la aguja a Shirley. "Termínalo tú. Yo... me aburro".

Shirley se hizo cargo del horripilante trabajo con toda la alegría sociópata de una niña, pero cuando terminó de raspar la aguja por el esternón de Sylvia no había aparecido la letra S. En su lugar, estaba el número 3. Paula se rió de la estupidez de su hermana pequeña. "¡Ni que pudieras borrarlo y cambiarlo!".

Gert volvió a entrar en la habitación, resoplando alegremente. Miró el 3 en el pecho de Sylvia y prefirió ignorarlo. Le quitó la manga

de la boca a Sylvia con una carcajada. "¿Qué vas a hacer ahora, Sylvie? No podrás casarte ahora. No podrás desnudarte delante de nadie. Ningún hombre te va a querer. Nadie te va a querer nunca más. ¿Qué vas a hacer ahora?"

Sylvia respiró entrecortadamente, pero cuando respondió, lo hizo con su voz habitual. Todo el miedo se había disipado. "Supongo que no puedo hacer nada. Ya está ahí".

Incluso ahora estaba ganando. Gert no podía soportarlo.

Voy a morir

Coy llevó a Sylvia al sótano y la zarandeó sin entusiasmo durante un rato, pero sin su terror, había perdido todo el placer. Se escabulló a su casa por la noche, pero la habitual fiesta adolescente se reanudó en el salón al poco tiempo. Sylvia quedó tumbada en la oscuridad con una fría certeza corriendo por sus venas. Una terrible e ineludible verdad que susurró a su hermana cuando esta bajó sigilosamente a sentarse en las escaleras del sótano en medio de la noche: "Voy a morir. Lo sé".

Jenny trató de consolarla, pero sus palabras de aliento duraron poco. Tuvo que volver a subir a la cama cuando Gert bajó a visitarla a eso de la una de la madrugada.

Gert se quedó un buen rato mirando a Sylvia antes de decirle: "Sube y vete a tu cama".

Cuando Sylvia se resistió, la mujer le enganchó las manos en las axilas y la levantó, sosteniéndola mientras subía las escaleras y bajándola luego con facilidad a otro colchón impoluto. Le dio una palmadita en la cabeza y la dejó sumirse en sus pesadillas que no eran peores que su realidad.

Durmió toda la mañana y Gert y Paula la despertaron suavemente al mediodía para llevarla a bañar. Se preparó para que se reanudara la tortura, pero el baño estaba agradablemente caliente y lleno de burbujas jabonosas. El agua picaba en sus heridas, tanto en la marca como en las llagas abiertas que se habían producido en muchos lugares de su cuerpo, pero era mejor de lo que podría haber sido, por lo que se encontró extrañamente agradecida a sus torturadoras. Después, la ayudaron a vestirse y la llevaron a la cocina, donde la sentaron a la mesa con un bolígrafo y un papel.

Hacía tanto tiempo que había abandonado la escuela en medio de los primeros tormentos de Gert que apenas recordaba cómo sostener el bolígrafo. Se sentía extraño en su mano. Sin embargo, cuando la anciana sonrió y comenzó a dictar una carta, Sylvia se movió para obedecerla, casi sin pensarlo.

"Estimados Sr. y Sra. Likens,

Me fui con una pandilla de chicos en medio de la noche. Dijeron que me pagarían si les daba algo a cambio, así que me subí al coche y todos consiguieron lo que querían... cuando terminaron me golpearon y me dejaron llagas en la cara y en todo el cuerpo. Y también me pusieron en el estómago, "soy una prostituta y estoy orgullosa de ello".

He hecho casi todo lo que estuvo a mi alcance para hacer enojar a Gertie y causarle más gastos que el dinero que tiene. He destrozado un colchón nuevo y me he meado en él. También le he costado a Gertie facturas del médico que realmente no puede pagar y he convertido a

Gertie, y a todos sus hijos, en un manojo de nervios".

Sylvia se dispuso a firmar la carta, una evidente invención, pero Gert se la arrebató. “No. No hace falta que firmes las cartas para tus propios padres. Ellos reconocerán tu letra".

Se dio la vuelta y Sylvia quedó allí olvidada. Estuvo aturdida durante varios minutos. Sólo disfrutando de la sensación de calor después de tanto tiempo en el frío y la oscuridad. Estaba tan desconectada de lo que ocurría a su alrededor que ni siquiera se dio cuenta de que estaban hablando de ella hasta que casi habían terminado. Gert tenía su plan preparado. Con esta carta como prueba de que Sylvia era una fugitiva, lo único que quedaba por hacer era dejarla en algún sitio. Sólo con mirarla estaba claro que no le quedaba mucho tiempo de vida. Gert le comunicó a Paula sus intenciones. A John Junior y a Jenny se les encomendaría la misión de llevar a Sylvia al vertedero municipal y dejarla allí. La exposición la mataría de la noche a la mañana. Una vez fuera de la casa, Gert llamaría a la policía y les entregaría la carta, explicando que Sylvia se había ido con unos chicos. No está claro si el hecho de que Gert no entendiera el fallo en su línea temporal construida se debió a un colapso mental o a su estupidez, pero es probable que la policía le siguiera la corriente debido a la renovada presencia de John Baniszewski padre en su vida.

En cualquier caso, Sylvia ya había oído suficiente. Se puso en pie y corrió hacia la puerta principal, tan rápido como le permitieron sus piernas marchitas y agotadas. Llegó hasta el pasillo antes de que Gert la cogiera en brazos y la arrastrara de nuevo a la cocina, presionándola contra el asiento. "¿Qué tal si cenamos, Sylvita?"

Preparó una tostada en la parrilla y la puso en la mesa frente a Sylvia con elegancia. Incluso el pan ennegrecido y medio rancio era mejor que todo lo que había probado en el último mes, así que Sylvia lo engulló con avidez. O al menos intentó hacerlo. Tenía la garganta tan inflamada por los repetidos atragantamientos y la infección generalizada que asolaba su cuerpo, que no pudo con el pan. Dejó escapar un sollozo seco. "No puedo tragarlo".

Los labios de Gert se fruncieron. "Deja que te ayude, Sylvie". Se acercó a la ventana y Sylvia supuso que iba en busca de un vaso de agua, hasta que oyó que la tela se rompía.

Gert se apresuró a acercarse con la barra de la cortina grasienta en las manos. Agarrando a Sylvia por el pelo, trató de introducir el extremo en la boca de Sylvia. Introdujo la barra entre los labios agrietados de la chica con una carcajada. Cuando Sylvia cerró la boca para evitar la intrusión, Gert empezó a golpear la barra contra sus dientes, con los ojos desorbitados por una oscura lujuria. "¡Tómala! Tómala, puta".

Sylvia cayó al suelo y Gert la escupió. John Junior llegó para ver

de qué se trataba todo el ruido y ella le gritó. "Lleva a la perra de vuelta a su perrera".

Una hora después, Gert había recuperado la compostura. Bajó un plato de galletas y trató de dárselas a Sylvia, pero la chica se limitó a apartar su boca ensangrentada. "Dáselas a un perro. Tendrá más hambre que yo".

La mirada de Gert se volvió roja de ira. Golpeó con su puño el estómago de Sylvia, una y otra vez, hasta que las costras del estómago se abrieron y la sangre manchó el bonito patrón floral que se extendía sobre su carne profanada. Gert salió furiosa del sótano, apagando la luz con un gruñido y dejando a Sylvia en su última noche de oscuridad total.

Al día siguiente, Gert y Coy bajaron juntos al sótano. Sylvia seguía tumbada en el suelo en el lugar donde la habían dejado. Gert había bajado una silla de la cocina. Se apresuró a lanzarla contra la niña, pero calculó mal la distancia y, en cambio, se desequilibró y la estrelló contra la pared. Luego cogió una paleta y trató de golpear a Sylvia en la cabeza, pero su movimiento fue tan salvaje que se golpeó a sí misma en la cara y se puso un ojo morado. Coy la observó, hipnotizado por esta hazaña de estupidez, antes de empujarla a un lado y levantar la barra de la cortina en sus manos. Golpeó a Sylvia por todo el cuerpo con la vara, con el rítmico subir y bajar de la misma puntuado sólo por los sonidos húmedos de su impacto. Cuando estuvieron seguros de que estaba inconsciente, la abandonaron de nuevo.

Sylvia se despertó agonizando en medio de la noche. Intentó gritar pidiendo ayuda, pero su garganta estaba demasiado dañada para emitir un sonido. Consiguió arrastrarse hasta la pared, donde encontró una vieja cabeza de pala, y durante horas la golpeó contra la pared y el suelo. Desesperadamente, trató de llamar la atención sobre su situación. Utilizó hasta la última gota de su fuerza, golpeando durante toda la noche. El ruido despertó a varios vecinos, pero a ninguno se le ocurrió llamar a la policía. Todos estaban acostumbrados a los ruidos extraños de la casa de los Baniszewski.

A la mañana siguiente, Gert envió a Stephanie y a Ricky al sótano a buscar a Sylvia para darle otro baño antes de deshacerse de ella. La llevaron hasta el cuarto de baño sin el menor signo de lucha y la arrojaron, completamente vestida, al agua. Cuando su cara se deslizó bajo el agua y no surgieron burbujas, Stephanie se dio cuenta de que algo andaba mal. La sacaron del agua y Stephanie trató de practicarle la reanimación cardiopulmonar, pero fue inútil. El cuerpo ya estaba frío.

Sácame de aquí

Jenny se sentó en el cuarto de baño con su hermana muerta, mirándola fijamente y preguntándose, de forma un tanto traicionera, cuánto tiempo pasaría hasta que acabara ella misma en el sótano, ahora que lo habían desalojado. El pánico se apoderó de la casa de los Baniszewski, pero Gert seguía tan sólida en sus delirios como siempre. Su plan funcionaría bien. Lo único que había que modificar eran un par de detalles menores. Envió a los chicos a desnudar a Sylvia y a dejarla en el sótano hasta el anochecer, cuando la llevarían al vertedero. La propia Gert cruzó la calle para llamar a la policía desde una cabina telefónica pública.

Había una inconfundible tensión en el aire cuando llegaron los dos agentes, pero Gert siguió adelante como si todo estuviera bien. Les entregó la nota que había obligado a Sylvia a escribir, y luego comenzó a hablar sobre la carga que representaba para ella la joven fugitiva y de lo inevitable que era que alguien que se prostituía, acabara teniendo un final espantoso. Los agentes leyeron la carta, pero parecían más perplejos que otra cosa. Aun así, se trataba de la mujer de un compañero y no iban a empezar a lanzar acusaciones. Tomaron declaración a Gert y se dirigieron a la puerta antes de que uno de ellos oyera a Jenny susurrar. "Si me sacas de aquí, te lo contaré todo".

Eso fue suficiente para que se detuviera. Miró a su compañero, que no parecía haber oído nada.

"Voy a tener que interrogar a todos los presentes. Es el procedimiento habitual para las personas desaparecidas". La tensión en la sala aumentó de repente. Señaló con la cabeza a Jenny. "Usted primero, señorita".

Las primeras palabras que salieron de su boca una vez que estuvieron fuera del campo visual de Gert fueron: "Mira en el sótano. La han matado".

Dejó a Jenny en aquel extraño dormitorio sin puerta y se dirigió a su compañero para asegurarse de que nadie saliera del edificio. Luego bajó la escalera al infierno.

Todos en la casa fueron arrestados. Gert, Paula, Stephanie, John Junior, Coy y Ricky fueron arrestados por cargos de asesinato. Todos los demás fueron arrestados por agresión y lesiones. Los agentes recorrieron la ciudad, entregando órdenes de arresto a todos los demás implicados en la horrible historia y, fuera de Coy, Ricky y los Baniszewski, cada uno de ellos contó inmediatamente a la policía todo lo que sabían. Desde los niños del barrio hasta el reverendo local. Todo salió a la luz, y todo acabó siendo plasmado en documentos judiciales.

Se realizó una autopsia al cuerpo de Sylvia para ver cuál de las

historias corroboraban las pruebas. La desquiciada historia de Gert sobre prostitutas adolescentes embarazadas y bandas itinerantes de chicos hambrientos de tortura, o la aún más inquietante historia de Jenny sobre el tormento matriarcal. Se encontraron más de cien quemaduras de cigarrillos en el cuerpo de Sylvia. Había sufrido quemaduras de segundo y tercer grado. Había graves hematomas y daños musculares y nerviosos. La causa de la muerte parece haber sido múltiples hemorragias cerebrales, pero también es posible que la combinación de todas las lesiones haya sido demasiado para su debilitado cuerpo. En su agonía, Sylvia se había mordido los labios, dejándolos unidos sólo por hilos de tejido conectivo. Su garganta y su vagina se habían cerrado por la hinchazón, aunque un examen del canal reveló que su himen estaba intacto. Esto, unido a la ausencia de tejido cicatrizal en el recto, puso de manifiesto la evidente falsedad de las historias de Gert.

Los juicios de Gertrude Baniszewski

Todos los cargos menores fueron finalmente retirados gracias a todas las pruebas aportadas, y sólo se mantuvo el cargo de asesinato contra Gert, sus hijas, John Junior, Coy y Ricky. Cuando el caso llegó a juicio, la vorágine del caos que caracterizaba sus vidas les acompañó. Los cargos contra Stephanie se retiraron antes de que el caso llegara a juicio después de que ella se convirtiera en testigo del Estado contra su familia —brindándonos la mayor parte de la historia que hoy conocemos sobre los extraños sucesos ocurridos en el hogar de los Baniszewski, al tiempo que restaba importancia a su propia culpabilidad en todo momento. Cada uno de los demandantes tenía su propio abogado, a excepción de John y Coy, que eran menores de edad y trataban de utilizar su juventud como defensa. Desde muy pronto se hizo evidente que todos los implicados eran culpables en un grado u otro, y sólo el grado de culpa que se asignara individualmente determinaría cuál de ellos moriría y cuál se libraría de la inyección letal.

Paula fue sacada a toda prisa de la sala durante su primera comparecencia para dar a luz a su hija, a la que llamó Gertrude, en honor a su madre, y a partir de ahí el circo no hizo más que aumentar. Mientras que todos los niños se dieron cuenta pronto de la táctica de John y Coy, alegando que no eran más que cómplices coaccionados por la locura de Gert, la propia mujer parecía seguir una línea de defensa completamente diferente a la de su abogado. Su abogado argumentó que Gert era vieja, enferma y con problemas mentales y que los niños habían hecho lo que les dio la gana en ausencia de una supervisión competente, en una especie de escenario de "El Señor de las Moscas".

En todo caso, este argumento se vio respaldado por el ridículo comportamiento de la propia Gert a lo largo del juicio, pero a partir de cierto punto, empezó a condenarse a sí misma con su propio testimonio. Anunció en voz alta ante el tribunal que Sylvia Likens había sido la puta del barrio. A continuación, inventó largas historias sobre las aventuras de la chica con hombres casados, insistió con vehemencia en el embarazo de la chica y deleitó al tribunal con historias de todas las veces que había iniciado peleas en su casa, como si se tratara de una cría de cuco que se coló en el nido con la intención de matar a todos los demás pichones. No tenía ninguna prueba que respaldara sus afirmaciones, y de hecho iba completamente en contra de lo que decían muchas de las evidencias físicas reunidas, pero sí tenía un testigo dispuesto a respaldar cada una de sus historias: su hija Marie, de once años. Durante su propio testimonio, Marie repitió todo lo que Gert había dicho, casi al pie de la letra, pero durante el

interrogatorio se derrumbó rápidamente, gritando "¡que Dios me ayude!" antes de admitir que todo lo que ella y su madre habían dicho hasta ese momento era mentira. Su testimonio, en el que describía con todo lujo de detalles cómo su madre y sus hermanos habían torturado y finalmente asesinado a Sylvia Likens, fue considerado el punto de inflexión del caso. Gert fue declarada culpable de asesinato en primer grado. Para consternación del público, se le concedió una sentencia de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional en lugar de la pena de muerte.

Paula fue condenada por asesinato en segundo grado. Apeló y se le concedió un segundo juicio, pero antes de llegar al tribunal llegó a un acuerdo de culpabilidad, admitiendo el homicidio voluntario. Cumplió tres años por ese cargo antes de salir en libertad condicional y luego pasó a una vida de anonimato en Iowa, al menos hasta 2012, cuando fue expuesta en Facebook y perdió su trabajo como asistente de maestra, mediante el cual había estado cuidando a los niños de otras personas durante años sin que nadie tomara conciencia de ello.

John, Coy y Ricky fueron declarados culpables de homicidio voluntario y condenados a dieciocho meses en un centro de detención de menores.

John cumplió su condena, admitió su plena culpabilidad por sus crímenes en los interrogatorios y parecía ser el único miembro de la familia que experimentaba un verdadero remordimiento. Pasó a vivir una vida medianamente decente, muy involucrada con la iglesia hasta que las complicaciones de su diabetes le provocaron la muerte en 2005.

Coy no mostró ningún tipo de remordimiento por sus crímenes y, según las pruebas, es probable que se deba a que era un sádico sexual y un psicópata, que sólo esperaba una oportunidad. Siguió siendo un delincuente tras su paso por la cárcel y más tarde fue acusado de otro doble asesinato después de que un robo con allanamiento de morada saliera mal. Aunque trató de mantenerse alejado de los focos, la atención prestada al caso Likens hizo que se le identificara y perdiera varios trabajos a lo largo de los años.

Ricky salió del centro de detención de menores como un hombre cambiado, pero no para mejor. Reconoció su propia culpabilidad en el asesinato de Sylvia y sufrió una crisis nerviosa poco después de su liberación. Perdió mucho peso mientras estaba encarcelado, y sólo cuando empezó a recuperar sus facultades tras la crisis nerviosa se le diagnosticó finalmente un cáncer de pulmón en fase avanzada. Murió poco después, plagado de tumores y remordimientos.

Gertrude Baniszewski recurrió su condena basándose en la atmósfera extremadamente perjudicial que se respiraba en Indianápolis, y el hecho de que el juez no estuviera dispuesto a

trasladar el caso, se consideró una prueba suficientemente sólida para impulsar la nulidad del juicio, por lo que se le concedió el recurso para que se celebrara un nuevo juicio. Sin el testimonio condenatorio de su propia hija preadolescente, el jurado fue más indulgente con Gert esta vez. Fue condenada a tan sólo dieciocho años de prisión.

Durante su estancia en la cárcel se convirtió en una presa modelo, convirtiéndose en una figura materna para muchas de las demás reclusas y trabajando en el taller de costura. Cuando se le concedió la libertad condicional en 1985, tanto las reclusas como los guardias se referían a ella como "mamá".

Jenny Likens fue adoptada por la familia del fiscal del caso original, Leroy New. Él tenía varias hijas propias y ella fue muy querida por la familia. Hizo todo lo posible por olvidar lo que le había ocurrido a su hermana, pero cuando le llegó la noticia de la audiencia de libertad condicional de Gert, se sintió obligada a actuar. Hizo apariciones en televisión junto a muchos defensores de los derechos de las víctimas, condenando a Indianápolis por considerar siquiera la posibilidad de liberar a ese monstruo carente de remordimientos. Incluso durante su audiencia de libertad condicional, Gert siguió sin admitir ningún delito. Después de que se entregara una petición con cuarenta mil firmas a la junta de libertad condicional, se le oyó exclamar: "No estoy segura de qué papel tuve en ello porque estaba drogada. Nunca la conocí realmente. Asumo toda la responsabilidad de lo que le ocurrió a Sylvia. Me gustaría poder deshacerlo pero no puedo y lo siento. Sólo pido clemencia, tan solo eso".

Tras obtener la libertad condicional, Gert se cambió su nombre a Nadine Van Fossan y se fue a vivir con su hija Paula. Durante esos años fue muy reservada, y con razón. Había todo un mundo furioso ahí fuera que se habría vengado felizmente de ella por la muerte de Sylvia. Sobrevivió sólo cinco años fuera del cautiverio antes de sucumbir a un cáncer de pulmón en 1990.

Es muy probable que nunca sepamos la verdad sobre lo que le ocurrió a Sylvia Likens. Su historia se ha difundido en libros y películas, pero todos ellos se han basado en testimonios de los distintos miembros de la familia Baniszewski, basados enteramente en sus mentiras autodefensivas. Han habido muchas teorías sobre lo que llevó a Gert a torturar hasta la muerte a esa joven en la flor de su vida, y de hecho muchos de sus deslices freudianos a lo largo de sus desvaríos parecían indicar que se veía a sí misma reflejada en Sylvia. Una versión de sí misma que no había caído en desgracia. Una que tal vez podría mantener una vida digna con una disciplina lo suficientemente fuerte. O bien Sylvia simplemente servía de saco de boxeo para una mujer tan llena de odio hacia sí misma que se desbordó y destruyó no sólo a su propia familia sino también a esa

niña inocente.

Está claro que Gert sufría algún tipo de deficiencia mental que motivó sus acciones, y es totalmente plausible que las drogas o la enfermedad mental nublaran su juicio, pero la muerte de Sylvia Likens no fue un crimen pasional. No ocurrió en un momento de locura. La lenta y progresiva tortura que llevó a la muerte de esa chica, se prolongó durante meses. Incluso si aceptamos que Gert era de alguna manera inconsciente de la maldad de sus acciones, eso no explica por qué el resto de la vasta red de contención de la sociedad, también falló completamente a la niña.

Todo el vecindario estaba al tanto de la situación en la casa de los Baniszewski, si no en su totalidad, al menos en parte. Sin embargo, ni uno solo de ellos se puso en contacto con la policía cuando vio a la niña perder la mitad de su peso corporal, vagar por las calles con llagas abiertas u ojos morados. Ni una sola persona con las que se cruzó en el camino Sylvia Likens, se detuvo y realizó un mínimo esfuerzo que podría haber evitado su prematura muerte.

No hay fondo en el pozo de la culpa que rodea la muerte de Sylvia Likens. Pero puedes estar seguro de que al menos una gran parte debe recaer en los pies de la matriarca del clan Baniszewski, cuyos delirios parecían ser tan poderosos que arrastraron consigo a más de una docena de adolescentes y transformaron a una desafortunada niña en la víctima de lo que se ha descrito como el peor crimen perpetrado contra un individuo en toda la historia de la humanidad.

SEPULTADOS BAJO EL HOSPICIO

Una impactante historia real de engaño, manipulación y asesinato

Mamá lo sabe todo

La primera vez que Peggy llegó a la casa de la calle F, no tenía ni idea de lo que le esperaba. Por lo general, las casas de alojamiento de Sacramento que estaban dispuestas a acoger a los sin techo y a los adictos, estaban a un paso de ser demolidas — eran tan solo un producto de los últimos intentos de algún señor de los barrios bajos, por exprimir unos cuantos dólares más de un vecindario moribundo, antes de que todo fuera demolido para construir un centro comercial.

La calle F era un tramo tranquilo dentro de los suburbios. Había niños jugando en la calle, montando en bicicleta por la acera y vendiendo una limonada embriagadora en las esquinas. Cuando ella estacionó su auto frente a la puerta, sin más compañía que un montón de carpetas de manila desbordadas sobre el asiento del copiloto, tuvo que detenerse y volver a comprobar que efectivamente estaba en el lugar correcto.

La casa del 1426 de la calle F era una antigua edificación victoriana de dos pisos, que se alzaba firme y elegante detrás de un jardín bien cuidado. La pintura del exterior de la casa estaba tan inmaculada como el césped; lo suficientemente prístina como para que Peggy sintiera una punzada de culpabilidad por el estado de su propia casa, relativamente bien mantenida.

Algo en esta imagen no cuadraba — no había desesperación en el aire, ni señales de que fuera la última parada antes del cementerio. Una casa de acogida como ésta, podría exigir mucho más que el penoso subsidio que el Estado pagaba para alojar a sus desahuciados. Podría ser una residencia privada, un hotel o incluso algo más. Sólo cuando se acercó a la casa todo comenzó a tener sentido.

Había un hombre corpulento en el jardín, cargado de tatuajes y más que intimidante cuando se movía entre los canteros con sus músculos ondulados. Sólo existía un lugar en el que un hombre como ese podría haber alcanzado semejante volumen corporal: la cárcel. Era incongruente verlo plantar cuidadosamente las delicadas flores con sus manos tan grandes y llenas de cicatrices. Saludó a Peggy con una inclinación de cabeza al pasar, pero se cuidó de no mirar sus piernas, aunque estas pasaron junto a su cara. Un ex convicto que pretendía seguir libre; otra persona con mala suerte a la que quien dirigía esta pensión, le ofrecía una segunda oportunidad en la vida.

La puerta se abrió antes de que Peggy pudiera llamar, y se estremeció retrocediendo ante el olor a licor que desprendía el hombre que se asomaba ante ella. Era más bajo que ella, llevaba ropas limpias pero muy desgastadas y tenía el tinte amarillo de un hígado deteriorado en el blanco de sus ojos. Ambos quedaron paralizados por la sorpresa, y entonces él gritó por encima de su hombro: "¡Sra. D.,

alguien quiere verla!".

Peggy entró en la casa y quedó mirando el escenario y percibiendo los sonidos con cierto asombro. La casa estaba inundada de música. Un tocadiscos giraba en un rincón del salón y las canciones españolas salían a través de la puerta principal que permanecía abierta. Había un ambiente de fiesta en la sala principal, y aunque ninguno de los residentes parecía estar bebiendo, todos disfrutaban de la compañía de los demás. Había una partida de cartas en la mesa del salón y dos mujeres mayores estaban sentadas charlando junto a los ventanales. Un hombre estaba sentado solo en el sofá de flores, con la mirada perdida; aunque su pie daba golpecitos al compás de la melodía. Cada una de las personas presentes en esa casa mostraba algún indicio de su verdadera naturaleza. Desde los espasmos de una anciana hasta los silenciosos murmullos del hombre de la esquina, cada uno de ellos insinuaba algún problema de fondo que les habría llevado a ser expulsados de cualquier "establecimiento decente" tras su primer arrebato. Sin embargo, aquí parecían encontrarse a gusto. El interior de la casa se encontraba en buen estado, aunque el estilo fuese un poco anticuado, y se percibía el inconfundible olor a comida casera mexicana que salía de la cocina. Los huéspedes parecían más una familia ensamblada que un grupo de adictos, enfermos mentales y vagabundos hacinados en un edificio. Este lugar se sentía como un hogar.

Todo aquello había ocurrido hacía más de un año, pero cuando Dorothea abrió la puerta para recibirla con una gran sonrisa desdentada, Peggy sintió que podría haber sido ayer.

"¡Señorita Peggy! Pase, pase. Déjeme traerle un café. Ha pasado mucho tiempo. ¿Ha venido a ver a Bert? "

Estar en presencia de Dorothea Puente era como estar envuelta en un abrazo de abuela. Peggy comprendía fácilmente por qué a la mujer le resultaba tan fácil mantener bajo control las tensiones entre todos sus huéspedes, cuando su presencia parecía ser tan naturalmente tranquilizadora. Tenía tanta fe en todas las personas con las que se relacionaba, que resultaba criminal defraudarla. Incluso contradecirla en algo insignificante le resultaba extraño. "Oh, no, hoy no. Debo visitar a un tal Álvaro Montoya".

"Sí, Álvaro es Bert. No sé por qué. Venga, acompáñeme a mi cocina. Él me está ayudando allí hoy".

En un taburete junto a la mesa, Bert estaba sentado desgranando guisantes y murmurando en español. Debería haber dado una imagen imponente, pero al igual que Dorothea, irradiaba paz. Peggy sabía que aquel murmullo era un síntoma de su esquizofrenia — las voces que sólo él podía escuchar y a las que se sentía obligado a responder por una equivocada cortesía. Pero ese no era el final de los problemas de

Bert. Él era un discapacitado mental — un hombre adulto por fuera, pero poco más que un niño detrás de sus profundos ojos. Su esquizofrenia había puesto nerviosos a sus cuidadores. Era demasiado imprevisible a sus ojos como para ser alojado de forma segura junto a otros adultos con retraso y dificultades de desarrollo. Por otro lado, su enfermedad le había incapacitado para desenvolverse en el complejo y peligroso mundo de los centros de salud mental y con ello, del equilibrio de la medicación. Atrapado entre estos dos pilares de la asistencia social, había caído en la grieta y había acabado viviendo en la calle, hasta que un voluntario lo recogió y lo devolvió al sistema.

Era la primera vez que Peggy conocía al hombre en persona; todo lo demás le había llegado a través de informes y conversaciones de cafeterías. Parecía ser exactamente el gentil gigante que le habían prometido, pero era muy posible que sólo estuviera sometido por la presencia de una figura de autoridad.

"¿Álvaro?"

El hombre no levantó la vista de su cuenco, y continuó discutiendo furiosamente en voz baja en un español con acento puertorriqueño, demasiado rápido para que nadie pudiera entenderlo. Peggy volvió a intentarlo. "¿Bert?"

Su cabeza se levantó repentinamente, mientras sus ojos se concentraron lentamente en ella, y ella no pudo hacer otra cosa que mantenerse en pie. Un momento después, su rostro se transformó en una sonrisa beatífica, y ella soltó el aliento que no se había dado cuenta que había estado reteniendo hasta ese entonces. "Hola".

Peggy se acomodó en un taburete junto a Bert, cuidando de moverse lenta y previsiblemente. "¿Cómo estás, Bert?"

Incluso mientras hablaban, sus manos seguían moviéndose, desgranando guisantes con eficiencia mecánica. "Ayudando a mamá en la cocina, hoy".

"Qué muchacho tan dulce". La sonrisa gomosa de Dorothea echaba a perder su bello rostro. "Tan útil en la casa. No sé qué haría si alguna vez nos dejara".

El resto de las preguntas de Peggy fueron rutinarias, pero las respuestas que Bert le dio no dejaron de ser sorprendentes. Mostró una verdadera comprensión de sus limitaciones, algo que nunca había comprendido realmente antes de llegar a los tiernos cuidados de Dorothea. Ella se ocupó de él en todos los aspectos, no solo en ocupar su tiempo y rellenar su estómago. Sus solicitudes a la seguridad social habían sido reescritas para asegurarse de que recibía toda la ayuda a la que tenía derecho. Dorothea se encargaba de todo su dinero, proporcionándole dinero para sus gastos, pero evitando que lo utilizara para algo demasiado frívolo o destructivo. El alcohol estaba oficialmente prohibido para los residentes de la calle F, y sin el licor

que Peggy suponía que había estado consumiendo regularmente en la calle, todos los síntomas de su esquizofrenia parecían ser más manejables. Estaba tan tranquilo y sereno que Peggy se preguntó si no podrían volver a medicarlo para controlar por completo las voces susurrantes de su cabeza.

Cuando terminó la visita, Peggy no pudo evitar manifestar su entusiasmo. Quería abrazar a Dorothea por todo lo que había hecho, algo que toda una chirriante red de trabajadores sociales y cuidadores había dejado de hacer durante años, si no décadas.

Una vez terminada la entrevista, se retiraron al salón, donde el mismo tocadiscos seguía girando. Ella dejó salir al menos un poco de su emoción. "No puedo creer la diferencia que has marcado en la vida de ese hombre. Va más allá de la obra de caridad que has hecho hasta ahora... no sólo le estás alojando; le estás enseñando a vivir en el mundo. No te llama "mamá" por puro delirio o por creer que eres su madre biológica, ¡has adoptado a ese hombre!"

Dorothea fingió vergüenza. "Oh, él no es un problema en absoluto. Yo cuido de todos mis amigos en la casa. Sólo necesita un poco más de atención que otros".

Peggy echó un vistazo a la habitación vacía con el ceño fruncido. "¿Dónde están los demás residentes hoy? Todas las veces que los he visitado, se encontraban en las zonas comunes".

"Es muy triste, pero muchos de ellos se han marchado". Dorothea dejó escapar un suspiro. "Algunos se van sin decir nada, vuelven a la calle. Otros se mudan a una nueva ciudad, consiguen nuevos trabajos o van en busca de nuevos sueños. Me alegro por ellos, porque siguen adelante con sus vidas, pero los echo de menos".

"Es un testimonio del increíble trabajo que estás haciendo aquí, el que tantos de ellos sean capaces de encontrar su equilibrio y empezar a reconstruir sus vidas. Deberías estar muy orgullosa". Peggy se inclinó hacia ella y apretó la mano callosa de Dorothea de forma no muy profesional.

"Oh, no. No es ninguna molestia para mí. Me gustaría poder hacer más para ayudar a toda la gente de esta ciudad que tiene problemas. Tal vez..." Se interrumpió.

"¿Sí? "

Los ojos de Dorothea se veían enormes detrás de sus gruesas gafas. "Si no es mucha molestia, ¿podría enviar a más personas que necesiten mi ayuda para que se queden? Tengo muchas camas vacías en esta casa, y hay mucha gente en la calle que no tiene dónde dormir".

Peggy sintió que su corazón se desbordaba. Esta mujer no quería otra cosa que llenar su casa de indigentes, enfermos mentales y adictos. Los que el resto del mundo había dado por muertos. "Te

prometo que, cuando informe lo bien que se está adaptando Álvaro, tendrás más solicitudes de las que puedas manejar. Recomendaré personalmente este lugar a todos los de mi departamento".

Dorothea volvió a sonreír, aparentando cada uno de sus 70 años mientras las arrugas alrededor de sus ojos amenazaban con consumir todo su rostro. "Gracias. Es usted muy amable".

Hubo más cumplidos y más papeles que firmar. Pero, antes de que Peggy se diera cuenta, ya se había puesto en pie y salía por la puerta, dispuesta a sumergirse de nuevo en el oscuro y lúgubre mundo por el que había sido llamada a ayudar a las personas a navegar. El jardín había vuelto a cambiar desde la última vez que estuvo allí. Los ex presidiarios que Dorothea empleaba tan amablemente, se habían puesto a trabajar para reorganizar todo y plantar un nuevo árbol cerca del buzón. Había montones de tierra fresca y removida por todas partes a donde Peggy miraba. A ella le gustaba el jardín tal y como estaba antes, y sospechaba que Dorothea sólo hacía cambios para poder seguir pagando dinero a sus jardineros, mes tras mes. La mujer era tan generosa que resultaba difícil de creer.

Con una auténtica sonrisa en la cara por primera vez en días, Peggy se dirigió al coche. Encontraría muchos cuerpos para llenar los espacios que Dorothea había generado. Se aseguraría de que la bondad de la anciana se extendiera a todos aquellos que pudieran o necesitaran recibirla.

Nacer Sola

Redlands, California, era un pueblo que iba camino a convertirse en ciudad. Corría el año 1929. Los días de la Gran Depresión habían empujado a la mitad de la población de los estados centrales de Estados Unidos a un gran éxodo a través de la frontera de California, hacia el último lugar donde la tierra aún estaba verde. Incluso las pequeñas comunidades agrícolas habían desaparecido, desde los almacenes de ramos generales de las encrucijadas de las rutas entre los campos, hasta los más florecientes establecimientos. Las poblaciones de nativos americanos y mexicanos en Redlands siempre habían sido considerables en comparación con el número de colonos blancos llegados más tarde, pero ahora estaban siendo ahogadas por los trabajadores itinerantes que habían estado llegando.

Las naranjas de ombligo era el cultivo escogido por ellos, con extensos huertos que rodeaban la ciudad en todas las direcciones, cubriendo 15.000 acres. Los trabajadores locales, obligados a abandonar sus actividades agrícolas por la afluencia de nuevos agricultores, se vieron obligados a trabajar en los almacenes de empaquetado de fruta, en largas y sofocantes jornadas por apenas una fracción de lo que solían cobrar por su mano de obra calificada.

Era allí donde se podía esperar encontrar a Trudy Mae y Jesse James Gray, apilando naranjas en cajas y cargándolas en los trenes. Pero a esa joven pareja se le había advertido que no volvieran a asomar sus narices por la puerta de la fábrica, después de haberse presentado a trabajar borrachos una vez más. Ambos habían emigrado a Redlands, arrastrados por la marea de quienes buscaban trabajo, a pesar de no contar con ninguna experiencia en la agricultura. Miraron a las personas abatidas y extenuadas que les rodeaban y asumieron que cualquiera podría hacer ese trabajo. Resultó que no podían. Después de ser despedida de la planta empacadora de frutas, Trudy no pudo encontrar a nadie que la empleara, por lo que la pareja quedó dependiendo exclusivamente de la mísera suma que Jesse ganaba recogiendo algodón para un aparcero, a gran distancia en el condado de San Bernardino. Con frecuencia, estaba demasiado borracho para ir a trabajar, por lo que no cobraba. Los días que se presentaba y le pagaban, a menudo se bebía sus ganancias antes de llegar a casa.

En este frágil hogar, el 9 de enero de 1929, nació Dorothea Helen Gray. La sexta de siete hijas, estaba predestinada a ser la última de la lista para todo. A pesar de haber sido consciente de su inminente bebé, Trudy no había disminuido su consumo de alcohol a lo largo de los nueve meses de embarazo, y a ello se debía la baja estatura de Dorothea. Incluso cuando amamantaba a Dorothea, el flujo de licor no cesaba, lo que hacía que la niña pasara la mayor parte del tiempo en

un estupor silencioso, revolcándose en su propia suciedad durante horas. A pesar de que la leche de su madre estaba contaminada, al menos era consistente. Cuando llegó el momento de que la niña pasara a los alimentos sólidos, rara vez había algo que comer. Sus hermanas mayores le enseñaron a hurgar en las sobras desde una edad muy temprana, utilizando a la hambrienta niña como un recurso en sus intentos de despojar a los vecinos de su comida. Cuando las historias de su mendicidad llegaban a Trudy, ésta se enfurecía porque sus hijas la "avergonzaban" al comportarse de esa manera, y no tardaba en aplicarles castigos físicos para enmendar su conducta.

Las niñas mayores estaban acostumbradas a los estados de ánimo de su madre y sabían que si se mantenían fuera de su alcance y esperaban a que ella avanzara un poco más en el consumo de alcohol durante el día, su furia pronto se iría aplacando. Eran rápidas y estaban listas para salir de la casa en cualquier momento. Dorothea, que apenas podía caminar a esa edad, no era tan ágil, por lo que recibía todas las palizas que estaban destinadas a sus hermanas.

La mayor parte de la ira de Trudy se dirigía, acertadamente, contra su marido, pero éste nunca estaba cerca para recibirla, por lo que también la transmitía a Dorothea. No había verdadero sadismo en su trato hacia las niñas, sino un profundo desinterés. Las niñas representaban para ella una tarea no deseada en una vida llena de tareas no deseadas, y aunque Trudy podía arreglárselas cuando tenía que hacerlo, prefería fingir que las niñas no existían en absoluto. De ese modo, podía concentrarse en tareas mucho más importantes, como la de adquirir y consumir la mayor cantidad de alcohol posible.

Jesse James Gray era una imagen poco frecuente para sus hijas, un cuerpo dormido o una tempestad fulminante que pasaba por la casa de camino al trabajo o a un bar. Las pocas interacciones que tenía con ellas se intercalaban con estallidos de violencia. Puede que Trudy no se preocupara por las niñas, pero lo hacía desde una posición de neutralidad. Jesse parecía despreciar activamente a las niñas, y si quedaban a su alcance, las abofeteaba sólo por el hecho de hacerles daño. No las quería cerca cuando estaba en casa, tratando de tomar el poco placer que podía encontrar en su esposa, a menudo las niñas eran desterradas en masa a las calles por la noche, cuando él encontraba su camino de regreso a casa. Estas excursiones nocturnas eran escasas, pero proporcionaban a las niñas una oportunidad extra para buscar comida, así que intentaban no desperdiciarla.

Las calles de Redlands eran diferentes en la oscuridad. La blanca mampostería de los edificios municipales adquiría una apariencia espectral a la luz de la luna, y las personas bondadosas que las niñas podían encontrar durante el día estaban todas durmiendo en sus camas.

La noche era el momento propicio para los borrachos y los maleantes. Las siluetas oscuras que veían deambular por las calles podían ser portadoras de bondad o de crueldad, lo cual las niñas Gray no tenían ninguna intención de saber hasta que fuera casi demasiado tarde. Sabían por su madre que un borracho podía ser capaz de actos casi inimaginables de benevolencia en un momento y de enorme crueldad al siguiente. Cada vez que procuraban una limosna, sabían el riesgo que corrían, y cada vez que las cosas se complicaban, era Dorothea quien era demasiado lenta para escapar. Los golpes de revés que pretendían alejar a las niñas la hacían caer en las cunetas. Las manos que apenas rozaban las faldas de sus hermanas, se clavaban en sus muslos. Fue agredida sexualmente en más de una ocasión, pero ni ella ni sus hermanas hablarían jamás de ello.

Todas estaban incómodamente familiarizadas con la mecánica del sexo: crecer en una casa de una sola habitación con dos alcohólicos cachondos, tiende a ser bastante educativo en ese sentido. Pero también habían sido adoctrinadas a fondo por sus visitas a la iglesia cada semana de que el sexo era un pecado impío, y ser parte de él las convertía en algo diabólico. Detrás de esa culpa inculcada, estaba la inevitable verdad de que nadie se preocupaba realmente por ellas. Les habían enseñado una y otra vez que pedir ayuda equivalía a buscarse problemas, así que incluso cuando Dorothea sufría las vejaciones más grotescas, lo hacía en silencio.

Por improbable que parezca, las cosas no tardaron en empeorar para la familia de Dorothea. Tras desmayarse borracho en los campos de algodón una noche, Jesse se despertó a la mañana siguiente, empapado hasta los huesos y con una tos seca muy fuerte. A medida que pasaban los meses, la tos iba empeorando hasta que, finalmente, su manga estaba perpetuamente manchada de sangre que limpiaba de sus labios. Al parecer se trataba de una neumonía, por lo que el médico le prescribió un estricto reposo en cama, cortando la única fuente de ingresos de la familia. A pesar de dilapidar los escasos ahorros que les quedaban en medicamentos, su estado no mejoró. Sólo en los últimos días de su reclusión, cuando el sacerdote y el médico volvieron a ser convocados, salió a la luz el verdadero diagnóstico: tuberculosis, letal y contagiosa. Toda la familia había estado expuesta al agente patógeno, lo que los convertía en un riesgo para toda la comunidad.

La iglesia se apresuró a proporcionar a la familia alimentos y limosnas durante los meses de cuarentena — lo que supuso la primera lección para Dorothea sobre los beneficios de la compasión. Pero, a medida que pasaba el tiempo sin que ninguna de las mujeres chistara, el flujo de caridad se redujo a un goteo.

Jesse James Gray falleció en los primeros meses de 1937 sin

provocar ningún alboroto. Dorothea sólo tenía ocho años cuando lo enterraron en el campo del alfarero, reservado para aquellos que eran demasiado pobres como para permitirse un verdadero funeral, pero cualquier sentimiento por la pérdida de su lejano padre se vio abrumado por los aspectos prácticos de su situación. Con la desaparición de Jesse, también había desaparecido la única fuente de ingresos de la familia, y aunque los habitantes de Redlands eran amables y comprensivos con la joven viuda, no eran tan estúpidos como para emplearla.

Trudy no tardó en salir con varios "pretendientes" diferentes por la ciudad, cada uno de los cuales le proporcionaba una miseria a cambio de su compañía. Las niñas pasaban cada vez más noches solas en la casa familiar, valiéndose por sí mismas y estando considerablemente mejor gracias a la ausencia de su madre. A menudo, esas veladas se alargaban hasta convertirse en semanas en las que no la veían, eran las noches en las que Trudy iba directamente de sus citas con los hombres, al bar, tratando de lavar los recuerdos y el sabor de lo que acababa de hacer con whisky de centeno.

A pesar de la ausencia de su madre, las niñas se las arreglaron para salir adelante, con la mayor aprendiendo los fundamentos de la cocina y las más jóvenes utilizando su apariencia inocente para mendigar con más eficacia. Comían por la noche con muchas de las familias mexicanas del barrio, pero siempre, Dorothea intentaba ayudar limpiando los platos y ayudando en la cocina.

Todo el mundo tenía claro que Trudy iba camino al desastre, y en poco tiempo, esta predicción se demostró más acertada de lo que muchos hubiesen podido imaginar. Un año después de la muerte de su marido, mientras iba de copiloto en una moto con una de sus "citas", sufrió un accidente de tráfico. Un coche golpeó la rueda trasera de la moto, haciéndola volar fuera de la carretera y por una pendiente rocosa. Incluso luego de haber sido recuperado el cuerpo, no pudo volver a tener aspecto humano después de tan violentos y repetidos impactos.

Cuando la policía localizó a las niñas y les informó de la muerte de su madre, ninguna de ellas pareció sorprenderse demasiado. En todo caso, parecían aliviadas de no tener que lidiar más con sus visitas que interrumpían la casi pacífica existencia que habían logrado crear para sí mismas.

Por desgracia, las niñas no corrieron con esa suerte. El aparato del sistema de asistencia estatal se puso en marcha y se llevó a las siete en custodia antes de repartirlas por varios orfanatos con camas libres. Por primera vez, Dorothea estaba completamente sola, sin ninguna de sus hermanas como apoyo y guía. No le fue bien: los orfanatos estaban grotescamente faltos de personal y de fondos, y la calidad de la

comida era comparable a la de cuando Dorothea se había visto obligada a hurgar en los contenedores de los vecinos en busca de sobras.

Al año siguiente, al cumplir los diez años, el futuro de Dorothea comenzaba a parecer menos sombrío. Una de las hermanas de su madre había sido finalmente informada de la muerte de Trudy, y se propuso adoptar a todas sus sobrinas para sacarlas de la tutela del estado. Tardó varios meses en localizar a cada una de las niñas y un tiempo considerablemente mayor en tramitar todo el papeleo, pero finalmente Dorothea se reunió con los únicos miembros de su familia a los que siempre había querido.

En Fresno, California, Dorothea tuvo la oportunidad de empezar de nuevo, de dejar de lado todos los horrores que había sufrido en su primera década de vida y de crear nuevos recuerdos. Sus hermanas mayores, que siempre habían sido la fuente de sabiduría en su vida, habían empezado a hacer exactamente lo mismo, hablando de la muerte de sus padres a causa de un "accidente de tráfico" en términos vagos y pasando por alto todos los detalles horribles de su vida en Redlands. Querían ser chicas normales, viviendo vidas normales, no víctimas de circunstancias terribles. Eso no era suficiente para Dorothea, que había sufrido más que ninguna de ellas. Incluso los vagos engaños de sus hermanas estaban demasiado cerca de la dolorosa realidad como para soportarla. Para sentirse realmente segura en su nueva vida, tenía que crear más distancia con el pasado, así que se dedicó a elaborar una nueva historia para sí misma a partir de los únicos buenos recuerdos que tenía: aquellas noches pasadas en las casas de las familias mexicanas que parecían preocuparse por ella, y el abrazo cariñoso de sus hermanas.

Cuando se le preguntaba por su pasado, exageraba y fundía esos elementos en una nueva vida. Había crecido en México, en una familia de 18 hermanos y hermanas, feliz y querida, antes de llegar a Estados Unidos para empezar una nueva vida. Repitió esa mentira tantas veces a lo largo de su vida que sustituyó por completo la verdad en sus recuerdos. Para una niña traumatizada, la memoria era algo maleable, y esa repetición incesante pronto hizo aparecer detalles adicionales sobre su hogar, sus queridos hermanos y su vida. Aprendió español para mantener su mentira. Intentó integrarse en la comunidad mexicana de Fresno, desesperada por volver a esos recuerdos felices de aquel lugar y aquellos tiempos que nunca existieron.

Amor en venta

Los siguientes años de la vida de Dorothea fueron los más estables que jamás había vivido y que jamás volvería a vivir. En Fresno, había conseguido generar algo parecido a una red de contención, entre sus nuevos amigos y familiares. Floreció gracias a esa estabilidad, asistiendo por primera vez a la escuela con regularidad, vistiéndose con ropa limpia y aprendiendo, a través de mil pequeñas lecciones, que su ternura infantil se estaba transformando en una belleza adolescente.

Habría podido construirse una nueva vida allí, en el seno familiar, junto a sus primos, sus hermanas y el resto de su familia, si la pesada mano del Estado no hubiera intervenido una vez más. Había demasiados niños en la casa para el número de habitaciones existentes, y aunque aquella había sido la mayor comodidad que Dorothea había experimentado en toda su vida, la situación fue considerada como una amenaza para ella y sus hermanas. Fueron trasladadas del hogar familiar y dispersadas una vez más, no a orfanatos sino a hogares de acogida a lo largo y ancho del estado. Dorothea pasó del hogar familiar al de perfectos desconocidos, de Fresno a Los Ángeles y luego a Napa, siendo desarraigada una y otra vez cuando las familias de acogida que la albergaban descubrían que era obstinada y grosera cuando se la presionaba. Dorothea se oponía a cualquier norma que se le impusiera, por más razonable que ésta fuera. No entendía para qué servía el toque de queda, ni por qué tenía que volver directamente a casa desde el colegio. Estaba acostumbrada a ir y venir a su antojo, y las restricciones que le imponían sus familias adoptivas la enfurecían. Cuanto más crecía y más guapa se ponía, más crecía su sentido de la autoestima y más desafiante se volvía ante cualquier intento por controlarla.

Cuando cumplió 16 años, ya estaba harta. El dinero siempre había sido el único grillete que la mantenía en sus hogares de acogida, y tan pronto como descubrió su propia fuente de ingresos, abandonó la escuela y se marchó, cortando todo contacto con sus padres adoptivos, tíos y tías, y enviando a sus supuestamente adoradas hermanas sólo tarjetas postales y cartas esporádicas. Este fue un patrón que continuaría a lo largo de toda su vida. Se sentía atraída por su familia, ya que eran las únicas personas en su vida que se habían preocupado de verdad por ella, pero las rechazaba en igual medida por los sentimientos y asociaciones que le provocaban. Era más difícil mantener sus mentiras frente a las personas que realmente habían estado allí, y era más fácil para los nervios de Dorothea sustituir a sus parientes reales por las muchas caras que había imaginado para su familia mexicana.

Allí en el extremo sur, rodeada de la verdadera comunidad mexicana, era evidente para todos que ella era una chica blanca que jugaba con una ascendencia hispana, así que para que sus mentiras fueran más fáciles de tragar, volvió sus ojos al norte. Con el poco dinero que había ahorrado, cogió un autobús hasta el estado de Washington, y se detuvo en la capital del estado, Olympia, donde muy pronto se le acabó el dinero.

Compartiendo una diminuta habitación de motel con vistas al estrecho de Puget, con otra adolescente que conoció en la estación de autobuses, Dorothea se propuso hacerse con unos ahorros y establecerse en este nuevo y emocionante destino. A los 16 años, su piel tersa, sus ojos azules y su sedoso cabello pálido, la convertían en la propia imagen de la belleza para la época. Sumado a su acento mexicano, ligeramente afectado, que la hacía ver a la vez exótica. En muy poco tiempo, consiguió clientes, siguiendo los pasos de su madre, pero superándola casi de inmediato en cuanto a sus ingresos.

El año 1945 era un buen momento para ser prostituta en Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial estaba llegando a su fin, y una avalancha de soldados regresaba procedente de todo el mundo. Muchos de ellos no habían visto a una mujer en años, e incluso los que sí lo habían hecho, ansiaban el consuelo familiar que podía ofrecer una chica como Dorothea. Tuvo que alquilar una segunda habitación de motel para acomodar el gran número de visitantes que ella y su nueva amiga de la estación de autobuses estaban recibiendo, e incluso así, no había suficientes horas en el día para atender a sus invitados. Entre los hombres que pagaban por tener sexo con la joven, se encontraba Fred McFaul, un soldado de 22 años que acababa de regresar de un sangriento despliegue en el Pacífico. Se encaprichó con Dorotea durante sus visitas, reservando no sólo el turno habitual, sino también un tiempo extra sólo para poder conversar con ella. Ella compartió con él la historia de su vida en México, salpicada de tristeza por la muerte trágica de sus padres, con la intención de provocar en él empatía. El enamorado McFaul se dejó llevar por las flagrantes y a menudo torpemente construidas mentiras que ella le contaba, y consideró que la forma en que ella vivía era un signo de su caída en desgracia, más que un descenso deliberado a las alcantarillas.

A las pocas semanas, él le propuso matrimonio a la prostituta adolescente, y sin mejores opciones en el horizonte, y con su flujo constante de clientes comenzando a agotarse a medida que se establecían de nuevo en la vida civil, Dorothea aceptó casarse.

Los jóvenes amantes dieron sus primeros pasos en una relación, en la que Dorothea se aferró al bolsillo de Fred casi con la misma facilidad que a él. Dejó de hacer trampas una vez que estuvo segura de que él la mantendría, pero sus gustos se orientaban hacia los bienes

costosos: medias de seda, vestidos con estampados florales y constantes citas con el peluquero. Su belleza era lo único de lo que estaba segura, y no había precio lo suficientemente elevado como para acentuarla. Luego de haber probado el dinero fácil en sus días como prostituta, no estaba dispuesta a volver a ningún tipo de vida normal. Quería lo mejor de lo mejor, y el enamorado Fred se aseguró de que lo consiguiera.

Dos meses después, emprendieron el largo viaje hacia el sur de Nevada y se casaron en Reno en una ceremonia ridículamente cara y extravagante. Toda la familia de Fred vivía en Nevada, así que asistieron a la boda, y Dorothea no tardó en contar su vieja historia sobre su familia en México y cómo no podía ponerse en contacto con ninguno de ellos. Fue una de las varias historias contradictorias que contó a los invitados ese día, esperando no volver a estar en la misma habitación con la mayoría de ellos nunca más, llegando incluso a afirmar que había sido rescatada por Fred de la Marcha de la Muerte de Bataan durante la guerra de Filipinas, a pesar de que sólo tendría 13 años en ese momento. La familia McFaul se quedó perpleja, por no decir otra cosa, pero la mayoría atribuyó sus historias a los nervios y al champán más que a algo más perverso. Al fin y al cabo, era joven y los jóvenes son propensos a las fantasías.

Después del gran acontecimiento, Fred se aseguró un trabajo en Gardnerville. El período de luna de miel fue glorioso para ambos. Dorothea había encontrado por fin a alguien que se preocupaba por ella o, al menos, se preocupaba por la persona que tanto se empeñaba en aparentar. Le demostró su agradecimiento por esa atención de la única manera en que sabía hacerlo. Cuando alquilaron una pequeña casa en Gardnerville, a escasa distancia de la antigua casa de sus padres, el enamorado Fred había comenzado a sentirse casi abrumado por la constante atención de su esposa. Tan abrumado que sospechaba que ella se había convertido en prostituta, no tanto por desesperación como por la necesidad de satisfacer su ninfomanía.

En los años 40 no se hablaba abiertamente de sexo, pero incluso si lo hubiera hecho, al joven le habría parecido extraño que su queja fuera por el exceso. Afortunadamente, una vez que se instalaron en su nuevo hogar, Dorothea empezó a desviar parte de su atención a la cocina, en lugar de al dormitorio. Si él había comenzado a dudar de su herencia mexicana, esas dudas pronto se disiparon con los sabores que pronto engalanaron su plato. A pesar de que todo lo demás sobre su infancia en México había sido una mentira, Dorothea ciertamente sabía cocinar la comida, y lo hacía muy bien.

No se podía decir lo mismo del resto de sus tareas domésticas. Fred estaba acostumbrado a la disciplina militar, así que cuando se enfrentó al desorden de su casa, no supo ni siquiera cómo responder.

A Dorothea nunca le habían enseñado, ni con la lección ni con el ejemplo, cómo mantener un hogar en un estado decente. Esos deberes recayeron en él, aunque se quejara de ellos incesantemente. Al percibir su insatisfacción, Dorothea redobló sus esfuerzos en el dormitorio, pero incluso eso parecía abrir una brecha entre ellos. Fue casi un alivio cuando ella se quedó embarazada, y así, él tuvo una excusa para evitar la intimidad.

Al año de casados, ella dio a luz a una niña. Tras horas de un agonizante parto, producto de un cuerpo aún demasiado joven para llevar a término un bebé con seguridad, Dorothea sostuvo a aquella criatura en sus brazos, la miró y no sintió absolutamente nada. Más allá de no haber tenido los mejores ejemplos personales de buena maternidad, ese momento se convirtió en algo más siniestro. El vínculo que debían tener una madre y su hija nunca se forjó, por lo que el ciclo de abuso por negligencia continuó en la siguiente generación.

Fred se horrorizaba al volver del trabajo y ver que la casa no sólo estaba desordenada, como siempre, sino que habían dejado a la bebé arrastrándose entre la suciedad, envuelta en el mismo apestoso pañal que llevaba al salir por la mañana. Tres meses después de que naciera su primera hija, Dorothea dejó a la bebé en manos de su suegra.

Una vez más, al enfrentarse innegablemente a los defectos de su esposa, Fred se fue distanciando de ella cada vez más. Era obvio para él que algo había ido muy mal durante el embarazo y el parto, que había provocado la total falta de interés de Dorothea por su hija, pero no podía explicarlo en términos que tuvieran sentido cuando su madre le exigió que acudiera a recoger a la niña. No le gustaba enfrentarse a Dorothea, intentaba evitar que su temperamento estallara y que ella se fuera a beber, como había ocurrido la primera vez que discutieron. No le gustaba ver a Dorothea borracha y enfadada, como tampoco le gustaban los rumores que le llegaban de que mostraba demasiado interés por otros hombres cuando salía de juerga.

Con Fred fuera la mayor parte del tiempo y sin mucho que hacer, Dorothea se aburría. Empezó a comprar un poco de licor para suavizar ese aburrimiento, pero eso sólo hizo que su estado de ánimo fuera aún más volátil y que Fred se mantuviera más distante. No cayó inmediatamente en los brazos de otros hombres, aunque seguía haciendo girar muchas cabezas por la ciudad, pero ninguno de los dos sentía que sus necesidades estuvieran satisfechas.

Poco a poco, comenzó a limpiar su casa y a hacerla más habitable, pero fue principalmente por el deseo de llenar las horas de sus días, más que porque sintiera un gran interés por la limpieza. Aun así, Fred vio esto como un intento de reconciliación y trató de llegar a un acuerdo con Dorothea. Como la mayoría de sus reconciliaciones, ésta

tuvo lugar principalmente en el dormitorio.

El sexo y el alcohol llenaron el vacío de Dorothea, que una persona normal habría llenado con amor y afecto. Si aquellas sensaciones eran todo lo que ella podía sentir, entonces se proponía sentirlas tan a menudo como fuera posible. Fred confundió esa lujuria con el amor, como lo había hecho desde el principio, así que cuando resultó que ella estaba embarazada una vez más, creyó que sería el punto de inflexión en su relación: que ella se vincularía adecuadamente con su segundo hijo y podrían establecerse en una vida normal, tal vez incluso traer a su primogénita a casa para compartir la nueva vida que estaban construyendo.

Dorothea se puso de parto mientras él estaba en el trabajo y se fue tranquilamente al hospital sin decir una sola palabra a nadie— si bien ninguno de los familiares de su marido en Nevada le dirigía la palabra. Este segundo parto fue menos doloroso y Dorothea salió de él con bastantes más recursos que el primero. Antes de que el bebé se prendiera al pecho, ya estaba haciendo averiguaciones sobre la adopción.

Al día siguiente llegó a casa sin bebé y sin panza. Fred estaba lógicamente confundido y, si bien en sus últimos años, Dorothea sin duda habría inventado alguna historia trágica sobre un sangriento aborto espontáneo, para obtener la máxima simpatía de su marido, ya estaba cansada de él y de su vida en Gardnerville. Cuando él se enfrentó a ella por la desaparición del bebé, ella le dijo la verdad. No lo quería, así que había renunciado a él.

Fred se apresuró a armar un escándalo ante las autoridades pertinentes, pero su nueva hija ya hacía tiempo que había desaparecido, con todos los derechos de paternidad firmados. Fue la gota que colmó el vaso. Su siguiente parada fue para recoger los papeles del divorcio, y Dorothea no se molestó en impugnarlo. En su lugar, reunió todo el dinero que había en la casa, hizo las maletas y cogió el primer tren a Los Ángeles.

Corría el año 1948, se acababa de divorciar en una época en la que este tipo de cosas eran prácticamente inauditas. No es de extrañar que cuando alguien le preguntaba qué había sido de su marido, ella contara la historia de un valiente héroe de guerra que murió trágicamente joven de un ataque al corazón.

De Fred y su hija mayor se sabe muy poco. No mantuvieron contacto con Dorothea, ni siquiera antes de que salieran a la luz las noticias de sus más horribles hazañas. Una vez más, estaba sola en el mundo.

Cheques y balances

Con poco dinero en el bolsillo, Dorothea alquiló un pequeño departamento en una zona marginal de Los Ángeles, con la esperanza de retomar su carrera como prostituta desde donde la había dejado, en una ciudad mucho más concurrida y con mucho más tráfico. Desgraciadamente, 1948 no era un año tan bueno para la prostitución como lo había sido 1945, ya que todo el mundo trabajaba con diligencia para volver a su vida de posguerra. Más apremiante para Dorothea, a la edad de 19 años, después de dar a luz a dos bebés y de haber estado comiendo como sólo pueden hacerlo quienes han crecido sin acceso a la comida, descubrió que no atraía a los hombres como lo hacía antes. No era poco atractiva ni mucho menos, y se había acomodado mejor a su supuesto acento mexicano, pero había vivido una vida dura y eso había comenzado a afectarle rápidamente.

Al comenzar el año siguiente, para complementar sus menguantes ingresos como prostituta, empezó a robar a sus clientes cuando los acompañaba a casa desde los bares de Los Ángeles. Si podía evitar acostarse con sus clientes y exponerse a los riesgos que ello conllevaba, se limitaba a sacarles los talonarios de cheques de los bolsillos mientras ellos tanteaban su vestido. Si llegaba a su casa, les daba todo el licor posible para evitar el sexo, o se aseguraba de que se desmayaran lo antes posible, para poder saquear el lugar en busca de dinero, cheques u otros objetos de valor.

Su éxito como ladrona fue comparable a su éxito como prostituta: una racha de muy buena suerte y oportunidad que se agotó casi tan pronto como había comenzado. A principios de 1949, la policía empezó a recibir informes de cantineros desconcertados sobre una joven que hacía rondas, robando a clientes y extendiendo cheques sin fondos. Estar sentado en un bar recibiendo coqueteos de mujeres jóvenes, era el tipo de tarea para la que casi todos los hombres de la policía de Los Ángeles se ofrecían como voluntarios, y una semana después de que llegara el primer informe, Dorothea fue arrestada por fraude, y no por los pequeños robos iniciales. Siendo tan joven, el juez fue bastante indulgente con ella: la condenaron a un año de prisión con posibilidad de libertad condicional a los seis meses. Sin embargo, fue un golpe terrible para la chica, que, a pesar de sus aires de grandeza, sólo tenía 19 años.

La cárcel le transmitió a Dorothea lo que todo un matrimonio con Fred McFaul no había conseguido. La primera vez que se le permitió que su celda degenerara en suciedad, se le sancionó y castigó en consecuencia. Peor aún, sus compañeras de celda la miraban con desprecio. Estas mujeres, a las que Dorothea consideraba poco más que basura, la trataban como si fuera menos que ellas por su falta de

limpieza. Fue el shock que necesitaba para cambiar su actitud. A partir de ese momento, su celda fue la mejor cuidada de toda la prisión. No tenía ningún interés en ser mejor persona, pero la idea de ser percibida como menos que las demás, fue lo suficientemente estimulante como para actuar.

Desde el momento en que dejó a su familia, Dorothea se había aislado deliberadamente de la sociedad que la rodeaba. No tenía amigos, y sus interacciones fuera de su marido o la familia de este, se limitaban a lo práctico. En la cárcel, empezó a darse cuenta del potencial de las relaciones, tanto como medio para conseguir lo que quería, como una fuente de afirmación de su propio ego. Ante la creciente evidencia de que su aspecto físico se estaba desvaneciendo rápidamente, había descubierto que podía asignarse valor a sí misma, en función del número de personas a las que les caía bien. Por supuesto, las personas con las que entablaba estas relaciones eran a menudo delincuentes empedernidas, muchas de las cuales eran tan manipuladoras como la propia Dorothea, carentes de su natural ausencia de empatía, pero experimentadas en el arte del engaño. Aun así, tejió las mismas viejas mentiras, refinándolas y perfeccionándolas con el tiempo, hasta que toda la historia de su viaje de México a Filipinas, el rescate de la Marcha de la Muerte por parte de un joven y valiente soldado, y el trágico ataque al corazón de éste, sólo unos días después de que llegaran a casa y se casaran, fuera más real para ella que su propia historia real.

Durante su estancia en la cárcel, recibió el comienzo de una educación informal sobre el crimen. Practicó el robo de carteras en espacios comunes y, durante las largas horas que pasaba encerrada en su celda, practicó la falsificación de las diferentes firmas que sus nuevas amigas le habían garabateado. Y lo que es más importante, aprendió a no repetir los mismos patrones de las historias de arrestos que le llegaban de todas partes. La verdad era que la policía prefería no detener a las mujeres si podía evitarlo, y sólo cuando se veía obligada a ello, por la flagrancia de la delincuencia, tomaba las medidas necesarias. Si pudiera pasar desapercibida, modificando sus robos, atacando en diferentes lugares y seguir aprovechándose de los hombres, que eran, a los ojos de la policía, poco más que delincuentes en sí mismos, entonces podría librarse de exactamente los mismos delitos de los que una vez había sido acusada, para siempre.

Cuando salió de la cárcel, cuatro meses después, los simples errores que había cometido la primera vez no se volvieron a repetir. Con nuevos conocimientos sobre las mejores formas de ejercer sus diversos oficios, Dorothea salió a la calle y se dispuso a recuperar el nivel de riqueza y confort al que se había acostumbrado en su vida de casada. Algunas de las prostitutas más exitosas de Los Ángeles le

habían dado un curso intensivo sobre los mejores tramos de carretera para captar clientes, los moteles de bajas tarifas, en los que no tendría problemas, permitiéndole permanecer en el vestíbulo hasta que llegara un hombre en busca de acción, e incluso los nombres y descripciones de los clientes buenos, malos y extraños que podían aparecer en su camino.

Se trasladó del condado de Riverside al centro de la ciudad, lo que suponía una violación directa de su libertad condicional, y se puso a trabajar. Ya no necesitaba robar a sus clientes para llegar a fin de mes, y la policía estaba más que dispuesta a apartar la vista de la prostitución, sobre todo cuando muchos miembros destacados del cuerpo hacían uso de sus servicios. Logró establecer un comercio estable, lo que hubiese sido suficiente para cualquier otra mujer se estableciera cómodamente en la ciudad. Pero nunca era suficiente para Dorothea, que enseguida gastaba toda su recaudación en extravagancias: los mejores licores, medias de seda, vestidos costosos, sombreros nuevos y comidas fuera de casa cada noche. Pronto consiguió una clientela estable y regular, además del comercio de paso. Sus actividades nocturnas eran monótonas, pero antes de que se apagaran las luces, tenía el tipo de vida excitante y caótica que parecía haber anhelado.

Probablemente hubiera seguido así hasta que se desvaneciera lo último de su belleza y tuviera que encontrar un empleo remunerado en otro lugar, si no hubiese sido por el embarazo. Sin acceso a un aborto seguro y sin poder mantener su estilo de vida con un bastardo en su vientre, se vio obligada a abandonar la prostitución, al menos a corto plazo. Fue en busca de familiares y antiguos padres adoptivos con los que quedarse, mendigando todo lo que podía antes de que la alejaran hacia el siguiente. Dio a luz a su tercer hija en 1950, en un hospital de San Francisco. En el certificado de nacimiento no figuraba el nombre del padre, y cuando la agencia de adopción le preguntó por la paternidad de la niña, dijo que era "un hombre cualquiera". No se había molestado en saber su nombre, como tampoco había considerado las consecuencias de aceptar aquel dólar extra, a cambio de tener relaciones sexuales con él sin preservativo.

Siendo una persona desconocida en San Francisco, le resultó mucho más fácil burlar a las fuerzas del orden locales, volviendo a ejercer la prostitución nominalmente, pero ganando la mayor parte de su dinero para gastos, mediante el robo y el fraude con cheques, una vez más. La experiencia de su tercer embarazo y su dependencia de la caridad de los demás para su propia supervivencia, habían sacudido a Dorothea. No quería volver a estar en la misma situación nunca más, así que se propuso volver a encontrar la estabilidad económica por el único medio que tenía a su alcance.

Buscar marido era más difícil para una chica mayor que había pasado por los estragos del parto, la vida en la calle y la cárcel. La afición de Dorothea por la cocina y los largos periodos en los que estuvo a punto de pasar hambre de niña, la habían hecho propensa a comer en exceso, y ya no era la joven y ágil rubia que atraía la atención de todos. Le tomaría casi dos años antes de que pudiera encontrar un nuevo marido.

Los años dorados

Axel Johansson era un marino mercante de ascendencia sueca, que buscaba echar raíces en San Francisco y hacer su vida en tierra. Ganaba un sueldo respetable por su trabajo en el mar, y rara vez estaba cerca para ver cómo se gastaba ese dinero — el hombre ideal para Dorothea.

Su noviazgo fue relativamente largo para los estándares de la joven. Como Axel era llamado a filas con regularidad, ella apenas tenía tiempo de engancharlo, antes de que desapareciera de nuevo. Aun así, él venía a buscarla cada vez que hacía escala, entusiasmado por escuchar más de sus historias y conocer los dramas de su vida que tanto envidiaba.

Las mentiras de Dorothea no habían cesado ni un momento a lo largo de los años. No iba a compartir su historial delictivo con este hombre mientras siguiera intentando atraparlo, así que tuvo que inventarse algún tipo de trabajo para explicar su supervivencia. Él se dejó llevar por las historias de su juventud en México y sintió una enorme pena con el relato de su valiente marido soldado abatido en la flor de la vida. Era razonable, pues, suponer que se tragaría cualquier paquete de mentiras que ella le ofreciera.

Su historia fue sincera hasta 1948, cuando su marido "murió", así que fue a partir de allí donde sentó las bases del resto de su pasado inventado. En unos grandes almacenes llamados *The Emporium*, en San Francisco, Dorothea, de 19 años, fue interceptada por un extraño hombre que la abordó — algo que no era raro para ella en aquella época. Pero, en lugar de pedirle una cita, este hombre le puso su tarjeta en sus manos. Era un cazatalentos de las *Radio City Rockettes*, el famoso grupo de baile de Nueva York, y quería que ella se uniera al grupo. A pesar de no tener ninguna formación en danza, cogió el destino por los cuernos y se embarcó en el primer vuelo hacia el Este para competir en las audiciones. Y, como no podía ser de otra manera, su gracia natural y su talento nato, habían sido suficientes para conseguirlo. ¡Era una Rockette! Aun así, no estaba dispuesta a abandonar su carrera en San Francisco, donde trabajaba como chef en una de las mejores marisquerías de la ciudad. Iba y venía, trabajando de jueves a domingo en los escenarios de Nueva York, como Sharon Neyaarda, y luego volaba de vuelta para dirigir su galardonada cocina el resto del tiempo.

El tema de los mariscos estaba claramente adaptado a sus suposiciones sobre lo que los marineros podrían disfrutar comiendo, y habiendo comido unas cuantas comidas caseras de Dorothea a estas alturas de su relación, Axel podía creer fácilmente que la mujer era capaz de ser chef. Más allá de todos los demás acontecimientos

trascendentales de su vida, algunos de los detalles que utilizaba para tejer la historia de su vida parecían un poco absurdos, pero contaba las historias con tal seguridad y fervor que era imposible dudar de ella.

Su carrera como Rockette llegó a un trágico final poco antes de conocer a Axel, aunque la fecha tendía a desviarse ligeramente en los relatos posteriores. Bailando en el escenario frente a otra sala llena, Dorothea había sido la desafortunada víctima del azar una vez más. La chica que bailaba a su lado rompió uno de sus tacones, tropezó con Dorothea y las hizo caer al foso de la orquesta. Mientras que Dorothea escapó del accidente con nada más que una pierna rota y una carrera terminada, se deleitó en proporcionarle a Axel todos los horribles detalles del destino de la otra bailarina, que quedó paralizada para siempre por el accidente. El insulto se sumó a su herida, cuando la abandonaron para que se pudriera en algún hospital, empapada en su propia orina mientras su marido se marchaba con otra Rockette.

Axel tomó todo esto al pie de la letra, teniendo cuidado de no mencionar jamás el baile delante de Dorothea, por si esto hería sus sentimientos, y le propuso matrimonio poco después de ser introducido en los vastos melodramas superpuestos que conformaban su vida. Su energía era contagiosa, aunque procediera de un lugar de engaño nervioso, más que de un magnetismo animal, pero esa energía en sí misma, había sido suficiente para atraerlo cada vez más. La mayoría de las mujeres que había conocido se habían sentido desanimadas por sus modales toscos y su aspecto rudo. Encontrar a una, que no sólo parecía realmente interesada en él, sino también fascinante por derecho propio, fue un gran estímulo para su magullado ego.

Una vez que se casaron, en una ceremonia mucho más elaborada de lo que realmente requería la increíblemente pequeña fiesta de bodas, Axel y Dorothea, se instalaron en una casa en las afueras de lo que algún día se convertiría en un suburbio. Al igual que con su primer marido, Dorothea prodigó sus atenciones, tanto culinarias como sexuales a Axel, asegurándose antes de que se hiciera a la mar por primera vez como hombre casado, de que no se desviara.

Al quedarse sola en la casa durante semanas, Dorothea debería haber estado en el cielo. Esto era exactamente lo que ella había estado deseando: paz, y dinero para hacer lo que quisiera con esa paz. Pero aun así, esa misma ardiente sed de aventuras parecía apoderarse de ella cada vez que se quedaba quieta durante demasiado tiempo. Nacida en el caos, siempre estaría inquieta. En aquellos primeros días, bebía más de lo que comía, pasando todo el tiempo que podía en una borrachera, y su falta de atención pronto se hizo evidente en el estado de su casa. La casa se fue deteriorando rápidamente pero Dorothea

tenía la intención de hacer una limpieza a fondo, antes de que Axel volviera del mar. Perdió la cuenta de los días a medida que se hundía en el alcoholismo, y Axel llegó a casa y se encontró con una casa destrozada y una esposa desmayada en su lecho matrimonial.

En aquella época, no se hablaba de los abusos domésticos. Si el marido de una mujer tenía que golpearla para reforzar una lección que intentaba transmitir, la vergüenza no recaía en el hombre violento sino en la mujer por no haber cumplido con sus deberes como debía. La guerra cambió muchas cosas, y los movimientos de liberación femenina estaban en auge en los años 50, pero el punto de vista dominante seguía siendo que la mujer era un súbdito de su marido, no su igual.

Axel la golpeaba fuertemente a causa de sus conductas desviadas, por sus borracheras y por la mala acogida que ofrecía a su regreso del mar. Las medidas punitivas parecieron dar resultado, pues ella corrigió sus conductas de inmediato. Cuando los moretones se desvanecieron, su casa estaba tan impecable como el primer día que zarpó; todas las noches había una deliciosa comida en la mesa y las veladas transcurrían acompañadas de una intensa conversación. Cada vez se añadían más detalles ridículos a los relatos de Dorothea en esas tardes. Le contaba a Axel historias sobre su época con las Rockettes y el estilo de vida plagado de estrellas que había llevado antes de abandonarlo todo para establecerse con él. John Kennedy, futuro presidente en ese momento, aparecía cada vez más a menudo en las noticias, por lo que él y su esposa Jackie, se mezclaban en sus relatos. La actriz Rita Hayworth fue elegida como la mejor amiga de Dorothea, y podía pasarse horas hilando historias sobre sus andanzas juntas en Nueva York, en su mayoría inspiradas en las columnas de cotilleo de los periódicos. Cuanto más tiempo pasaba Axel en su compañía, más parecía cansarse de ella, y más extravagantes se volvían sus invenciones. Con el tiempo, ella empezó a tropezar con sus propias historias, tratando de mantenerlo cautivado con su imagen de criatura glamorosa, pero cuanto más empujaba los límites de la credibilidad, más se alejaba él de ella.

Temía lo que se encontraría cuando volviera a marcharse a la mar y retrasó la vuelta al trabajo todo lo que pudo, pero como sus ahorros disminuían, se vio obligado a dejar atrás a Dorothea una vez más. Una vez más, se repitió el mismo patrón: aburrimiento, licor y un declive gradual. Dorothea empezó a buscar en los bares la atención que sentía que le faltaba en casa, y la encontró a raudales. Su cuerpo se había engrosado con el paso de los años, pero seguía sabiendo cómo vestirse para resaltar sus mejores atributos, y las historias que habían confundido a su marido, cautivaban a los hombres con los que se relacionaba en los bares. Durante los años siguientes, Dorothea solía

llevar a los hombres a casa y dormir con ellos en su cama matrimonial. Los taxis aparecían a altas horas de la noche, llevando a hombres extraños a su salón. Los vecinos nunca la acusaron abiertamente de prostitución, ni de nada tan burdo, pero se encargaron de que las noticias de su infidelidad llegaran a oídos de Axel cuando éste regresó a la ciudad.

Las palizas fueron aumentando a lo largo de los años de matrimonio, pero incluso cuando estaba más magullada y maltratada, Dorothea nunca culpó a su marido de sus actos. Era ella la que generaba el problema; él simplemente intentaba corregirlo. A lo largo de su matrimonio se repitió una y otra vez este mismo patrón. Las historias de Dorothea se volvieron cada vez más extravagantes y su comportamiento cada vez más errático.

Cuando los vecinos le preguntaban por su vida antes de mudarse a San Francisco, contaba una mezcla confusa de las historias que había inventado para Axel y otras nuevas que había creado para los hombres en los bares, el alcohol enturbiaba su memoria y su capacidad para mantener sus historias claras. A algunos les habló de su carrera en las Rockettes, pero mientras la mitad de ellos escucharon su trágica caída en el foso de la orquesta, los demás escucharon cómo Rita Hayworth la había llevado a Hollywood y la había convertido en una estrella de cine. Cuando le preguntaban qué papeles había interpretado, respondía: "la mujer malvada", un papel protagónico en decenas de películas de las que nadie había oído hablar jamás. La anécdota más extraña, y quizá la más siniestra, que contaba a todo el que le preguntaba, era la de su carrera actual: decía ser "médica holística". Los visitantes de su casa no podían negar que estaba interesada en la medicina: había una gran cantidad de frascos de medicamentos y libros que documentaban los efectos de diferentes medicinas esparcidos por todas la casa. Mucha gente del barrio acudía a ella para pedirle consejo cuando se ponía enferma, y pronto se vio arrastrada a la comunidad casi en contra de su voluntad.

Durante un tiempo, Axel lo tomó como una buena señal —como un signo de que su mujer por fin se estaba adaptando a una vida normal con amigos y lazos con la comunidad— pero a medida que su obsesión avanzaba y empezaba a recetar tratamientos y medicinas a las personas, a menudo suministrándoles fármacos que ella misma había adquirido para sí, se puso cada vez más nervioso. Incluso en sus fantasías más descabelladas, Dorothea nunca había mencionado haber estudiado medicina, y él estaba cada vez más convencido de que iba a matar a alguien con las pastillas que repartía como si fueran caramelos. Cuando trató de enfrentarse a ella, Dorothea volvió a cambiar su historia, hablando de la formación médica que había recibido en México y de cómo había viajado por pueblos remotos

dispensando medicamentos junto a su querida madre. Fue la gota que colmó el vaso para Axel. Antes había podido descartar los relatos contradictorios de Dorothea como errores o fallos de memoria, pero esto era una completa reelaboración de la historia. Le hizo darse cuenta de lo poco que sabía de su mujer y de la confianza que había depositado en su palabra. Antes de que la situación fuera a más, tomó las medidas que consideraba necesarias para garantizar la seguridad de Dorothea y del vecindario. En 1961, la hizo internar.

Dorothea no tuvo una estancia agradable en el Hospital Marino de San Francisco. No había distinción entre los criminales dementes y los ciudadanos comunes que estaban atravesando una crisis. Por si fuera poco, el hospital se compartía con marineros enfermos, portadores de todo tipo de enfermedades horribles procedentes de todas partes del mundo. La administración del hospital también dejaba mucho que desear, y sólo cuando Axel intervino directamente en su favor, Dorothea fue sacada de la agenda para ser esterilizada quirúrgicamente en el programa de eugenesia que seguía funcionando allí.

Por su parte, los médicos consideraron que Dorothea, con sus historias constantemente cambiantes y sus súplicas de compasión, era una paciente muy desconcertante. La atención sanitaria mental estaba todavía en sus inicios en los años 50, y el diagnóstico de Dorothea hoy habría sido muy diferente. El narcisismo y la psicopatía se reconocían como síntomas y no como condiciones subyacentes en sí mismas, por lo que las historias manipuladoras de Dorothea y su absoluta falta de empatía, se consideraban el resultado de una esquizofrenia indiferenciada. Creían que no podía distinguir entre sus "alucinaciones realistas" y los hechos reales, y que esta era la causa de su incapacidad de generar vínculos emocionales normales con quienes la rodeaban. Le ordenaron que dejara el alcohol, que se creía que exacerbaba los síntomas de la esquizofrenia, y la entregaron de nuevo al tierno cuidado de su marido.

Axel no sabía qué hacer con ella. No podía quedarse en casa y vigilarla todas las horas del día; debía marcharse al mar durante semanas o meses. E incluso con su presencia, Dorothea parecía reacia a cambiar. Hasta ese entonces, Dorothea había considerado que todos sus castigos anteriores habían sido justos, una justa respuesta a sus fallas como esposa, pero no se tomó bien su reclusión en el hospital psiquiátrico estatal.

El vacío entre ellos se hacía más y más grande cada día que pasaba. Dorothea se encontraba secuestrada en su casa. Su único contacto con el mundo exterior era Axel, e incluso él era reacio a hablar con ella la mayor parte del tiempo. El estigma de las enfermedades mentales ahora no es nada comparado con la vergüenza

que se le atribuía en los años 60. Axel se había empeñado en que nadie supiera dónde había ido Dorothea cuando estaba en el hospital, dando a entender que se había ido unos días a visitar a unos familiares. Pero, ahora que ella había vuelto a casa, le resultaba difícil seguir inventando excusas. Finalmente, llegó el momento de volver al trabajo y, al no tener otra opción, le devolvió la libertad a Dorothea y se marchó.

Durante todo el viaje, temió lo que se encontraría al volver y el nuevo caos que Dorothea podría haber generado en su casa. A veces le sobrevenía la certeza de que estaría llevando hombres a su casa, otras veces pensaba que ella estaría organizando fiestas ruidosas. ¿Quién sabía lo que podría hacer ahora? Pasó todo el tiempo en el mar consumido por el miedo y se apresuró a volver a casa en cuanto llegó a puerto. Resultó que no debería haberse preocupado. El lugar estaba impecable, meticulosamente ordenado y cuidadosamente cerrado. Lo único que faltaba era su mujer. Había desaparecido sin dejar rastro.

Trabajo de mujeres

Dorothea huyó a Sacramento en cuanto Axel le dio la espalda, reuniendo lo que quedaba de sus ahorros en dinero en efectivo, y se marchó en busca de nuevos horizontes. Aunque había perdido el cuerpo que la había convertido en un éxito como prostituta, seguía teniendo toda la perspicacia comercial que le había permitido destacar en sus emprendimientos criminales. Se puso en contacto con algunas de las chicas de la zona y puso en práctica sus dotes organizativos, instalándolas en una casa en la que los clientes podían entrar y salir a cualquier hora del día y recibir el tipo de servicio al que estaban acostumbrados, el mismo tipo de servicio que ella había estado prestando en su casa familiar mientras Axel estaba ausente. Los primeros años de la década del 60 fueron otra buena época para la prostitución, debido a las presiones sociales que acabaron por dar lugar a una contracultura, y que llevaron a los "ciudadanos honrados" a un territorio peligroso en busca de una vía de escape. Desgraciadamente, el éxito de la nueva empresa de Dorothea, no tardó en provocar los celos de las mujeres a las que no había acogido bajo su tutela, y éstas denunciaron la ubicación del burdel a la policía.

Normalmente, este tipo de cosas se habrían pasado por alto, pero el antro del pecado se había instalado en Fulton Street, un barrio relativamente agradable elegido específicamente porque Dorothea sabía que era menos probable que lo identificaran que en una zona más conflictiva. Entre la ubicación y el dato certero obtenido de las prostitutas que convertía toda la operación en una victoria fácil para la policía de Sacramento, había suficiente para incitarles a actuar. Un detective encubierto entró en el edificio haciéndose pasar por camionero, y Dorothea le explicó los precios y las respectivas virtudes de las chicas que tenía a su disposición. Como ninguna de ellas parecía gustarle, le ofreció hacerle una felación por un precio reducido. Detenida en el acto, junto con el resto de sus chicas, Dorothea fue arrastrada a la comisaría más cercana, donde fue interrogada durante horas sobre la operación que había montado. Durante todo el interrogatorio, sus comparecencias ante el tribunal, su asesoramiento privado con un abogado de oficio y el resto de su vida, Dorothea insistió en que jamás había trabajado como prostituta o madama de burdel en absoluto, contradiciendo claramente todas las pruebas y evidencias existentes en su contra. Según Dorothea, simplemente estaba visitando a una amiga, que casualmente vivía en el edificio, cuando el policía la detuvo. Como era de esperar, esto no se sostuvo ante el tribunal. Dorothea fue condenada a 90 días de cárcel por prostitución y se le eximió de los cargos de conspiración criminal, ya que, según el tribunal, era su "primer delito".

Su regreso a la cárcel fue un consuelo para Dorothea. Todos sus peores instintos fueron reprimidos por un entorno institucional, se vio obligada a seguir una rutina y su abuso del alcohol se hizo imposible. Todos los síntomas de su "esquizofrenia" se redujeron gracias a las circunstancias, y aunque seguía contando historias disparatadas a sus compañeras de prisión, al menos era capaz de mantenerlas claras en los relatos. Durante este mes y medio de condena, grabó sobre piedra su historia imaginaria y comenzó a planificar sus próximos movimientos.

No podía salir de la cárcel de Sacramento sin facilitar al Estado una dirección fija, y todas sus llamadas a Axel no habían tenido respuesta. De hecho, él estaba organizando un proceso de divorcio en su contra en ese momento y le habían aconsejado que no le respondiera por si se enteraba de la acción legal. Así que, al final de sus 90 días en la cárcel, fue arrestada inmediatamente por vagabundeo y devuelta al sistema para cumplir otros 90 días.

Sinceramente, esperaba que Axel lo dejara todo y viniera a recogerla para poder reanudar su vida con él y utilizarlo como trampolín para sus próximos planes. Llevaban más de una década casados y, a pesar de su violencia y de sus intentos regulares por enderezarla, Dorothea creía sinceramente que seguía siendo el chico borracho de amor que había recogido en un bar. Pensaba que seguía siendo su compañero de viaje, el plan perfecto para cuando sus otros planes salieran mal. Sin embargo ahora, había descubierto que debía navegar por la vida sin esa red de contención. Con eso en mente, utilizó su tiempo en prisión de forma más provechosa. Era evidente que necesitaba algún tipo de estructura en su vida o correría el riesgo de descarrilarse por completo. Era igualmente evidente que necesitaba unos ingresos estables y legítimos para no volver a pasar por la misma situación.

Se había hecho una reputación en la prisión como experta en salud, habiendo memorizado información sobre medicamentos y listas de enfermedades durante su fase de "médica holística". En un principio, había empezado a adentrarse en esa particular madriguera de información cuando buscaba una nueva dolencia para alegar que la padecía, aprendiendo a lo largo de sus matrimonios hasta la fecha, que era muy fácil despertar la simpatía si uno estaba enfermo, por lo que hojeaba los diccionarios médicos como cualquier mujer hojearía un catálogo de ropa. Consiguió impresionar a todo el mundo con sus conocimientos, y cuando terminó su segunda condena, algunas de sus nuevas amigas la pusieron en contacto con sus amigos del sector de la asistencia.

Empleada como auxiliar de enfermería, Dorothea acudía a los domicilios particulares de ancianos y discapacitados para ayudarles en

las actividades que ya no eran capaces de realizar, administrarles la medicación y hacerles compañía. Era un trabajo aburrido, incluso para alguien con una imaginación tan activa como la de Dorothea, y la paga era una miseria comparada con lo que solía ganar por hacer poco más que tumbarse de espaldas y sonreír. Sin embargo, Dorothea no tardó en reconocer las ventajas potenciales del trabajo. En lugar de comprar la comida para ella misma, cocinaba para sí misma cuando cocinaba para sus clientes. Técnicamente, les robaba la comida, pero la mayoría de ellos apreciaban tanto su compañía que ni siquiera se les ocurría objetar. Del mismo modo, si se perdía alguna medicación mientras Dorothea "ponía orden en el lugar", rara vez se preocupaban por ello, ya que el médico siempre estaba dispuesto a recetarles más. Pronto, el compartir la comida la llevó a Dorothea a meterse en los armarios de licores de sus clientes para entretenerse durante las largas y aburridas horas en las que debía atender sus necesidades. En la mente de Dorothea, sólo había un pequeño paso entre que los clientes compartieran voluntariamente su comida con ella, hasta que le dieran el dinero para salir a comprar comida para sí misma, así que si se embolsaba el dinero que quedaba por ahí mientras limpiaba la casa, no era más que una imposición.

A pesar de todo, mantenía una actitud tan alegre y amistosa que ninguno de sus clientes sospechaba que algo anduviera mal. Confiaban plenamente en Dorothea y ella les devolvía la confianza robándoles a cada momento. Cuando les llegaban los cheques de la seguridad social o de la pensión, confiaban en ella para que los hiciera efectivos. Cuando necesitaban retirar dinero de su cuenta para pagar cualquier cosa, era Dorothea a quien enviaban con sus carteras. Tenía cuidado con la cantidad de dinero que sacaba y a quién se lo sacaba, y se centraba en los clientes más vulnerables y confundidos para sacar lo peor de su avaricia.

Rodeada en todo momento por la enfermedad, Dorothea comenzó a desarrollar sus propias historias de desdicha para tratar de provocar la simpatía de los trabajadores sociales con los que a veces se cruzaba. Quería lo mismo que los moribundos y los discapacitados — una fuente inagotable de empatía por parte de todos los que conocía —, pero su deseo superaba su inteligencia. Primero se quejó de un cáncer de mama, luego de un tumor cerebral, después de un cáncer de hígado. Su historia cambiaba con tanta frecuencia que a menudo contaba a la misma persona diferentes versiones en el mismo día si se encontraban en diferentes casas. Nadie creía sus mentiras, pero consideraban que sus extraños ataques de hipocondría eran un inconveniente menor dada la calidad de la atención que ofrecía. La obsesión por la salud no era nada raro entre los profesionales de la salud, así que ella nunca levantó sospechas.

Fue durante este periodo, a principios de los años 60, cuando Axel consiguió el divorcio de Dorothea, aunque parece que ella no se enteraría hasta pasados varios años. Dorothea nunca lo sacó de su versión personalizada de la historia. Incluso después del divorcio, seguía viendo a Axel con buenos ojos, inflando su importancia en cada relato, a menudo convirtiéndolo en el embajador de Suecia en sus cuentos, aunque finalmente se conformó con la historia de que era el hermano del famoso boxeador Ingemar Johansson.

Estos años también marcaron la primera vez que los conocimientos teóricos de Dorothea sobre medicina empezaron a ver algunas aplicaciones prácticas, no en calidad oficial, por supuesto —nunca se le habría permitido legalmente recetar medicamentos—, sino en su calidad de ladrona de ancianos. Utilizando los medicamentos que encontraba en sus propias casas, Dorothea dopaba a sus clientes para que no se dieran cuenta de que pasaba el día holgazaneando, o para que estuvieran demasiado aturdidos como para oponerse mientras les robaba. Cuando no podía engañarlos para que tomaran pastillas adicionales a su medicación habitual, las trituraba y las ponía en la comida y los cócteles que les servía, confiando en las especias de su cocina mexicana o en el picor del alcohol para disimular cualquier sabor extraño.

Más que la habilidad, la suerte mantuvo a los clientes de Dorothea con vida y sin problemas mayores, hasta 1966, cuando finalmente se retiró de la enfermería privada antes de que las familias de algunos de sus clientes fueran capaces de atar cabos. Incluso cuando algunos de sus clientes murieron y se les practicó la autopsia, la medicación que aparecía en sus análisis de sangre les había sido recetada por un médico.

Dorothea era cuidadosa, inesperadamente adinerada y dolorosamente solitaria. Ansiaba tener compañía más allá de los revolcones nocturnos que había podido encontrar en los callejones fuera de los bares de Sacramento, y anhelaba el sentimiento de comunidad que había empezado a cultivar cuando estaba casada con Axel, un lugar donde pudiera obtener todos los beneficios de estar en prisión con las comodidades de un hogar. Quería ser algo más que la figura en el fondo de las historias de los demás. Quería volver a ser el centro de atención. Con la importante suma de dinero que había acumulado, pudo alquilar una gran casa en la esquina de la calle 21 y F. Aunque sabía que se le denegaría la solicitud de una licencia para tener su propio hospicio, debido a sus condenas por prostitución, un hospicio era el siguiente paso natural en su carrera como cuidadora profesional, una forma de convertir el trabajo que hacía para los particulares en algo más grande y mucho más rentable.

El paso de los años había sido duro para Dorothea. Había

envejecido mucho, se la podía confundir con una mujer de 50 o 60 años cuando se acercaba a los 40. Aunque podría volver a trabajar como auxiliar de enfermería itinerante, ya no tenía energía.

Mantener a todos sus clientes bajo un mismo techo le permitiría atender a un número mucho mayor de ellos simultáneamente y le daría la oportunidad de robar el dinero que llegara para ellos sin intermediarios. El único problema era que ese mismo agotamiento le impedía hacer el trabajo vital que se requería para preparar la casa para los huéspedes. Necesitaba un hombre joven y sano que hiciera el trabajo pesado y físico por ella, un hombre que fuera barato, ya que sus ahorros ya estaban disminuyendo después de haber pagado el depósito por el lugar. Intentó reclutar a los indigentes de la zona, pero se dio cuenta de que eran muy poco fiables, ya que preferían marcharse en cuanto les pagaba por un día de trabajo y no estaban dispuestos a trabajar si el dinero no llegaba ese primer día.

Finalmente, la ayuda llegó del lugar más inesperado. En sus continuos intentos por volver a desempeñar algún papel en la sociedad, Dorothea se había puesto en contacto con la comunidad hispana local, fingiendo tener ascendencia mexicana e hilando sus habituales redes de mentiras. Su historia, cuidadosamente calculada, tocó el corazón de muchos y, por eso, cuando se supo que estaba luchando por terminar las obras de su pensión para poder atender a los ancianos de la ciudad, todo el mundo acudió en su ayuda. Había una pequeña pero creciente población de inmigrantes ilegales en la ciudad de Sacramento, que necesitaban desesperadamente algo de trabajo en mano, y se presentaron en gran número para ayudar a Dorothea a alcanzar sus sueños. Pero, uno de esos jóvenes perdidos puso sus ojos en ella y empezó a soñar con su propio futuro.

Matrimonios y habitaciones vacías

Roberto Puente era un inmigrante mexicano de tan sólo 20 años cuando se "enamoró" de Dorothea. En ella vio un futuro en Estados Unidos, una vida en la que no tenía que esconderse de las autoridades de inmigración y en la que no tenía que trabajar todas las horas del día por una miseria sólo para llevar comida a la mesa. Dorothea tenía dinero, eso era evidente por la ropa elegante que llevaba y los aires de grandeza que se daba. Y lo que es más importante, la había visto mirarlo y comprendía exactamente lo que significaban esas miradas ardientes. Cuando Dorothea se dejaba gobernar por su corazón, podía ignorar cualquier pequeña y tonta preocupación que le asomara por la cabeza. Ni siquiera se preguntaba por qué un hombre tan joven como para ser su hijo quería llevarla a la cama, o al altar.

Su relación pronto se desarrolló más allá de los negocios, y todos los demás trabajadores ilegales fueron despedidos. Él sería el encargado a tiempo completo de la pensión, y ella le proporcionaría lo que él quisiera. Formaban una extraña pareja, ya que el pelo de ella empezaba a volverse blanco y la cabeza de él se giraba cada vez que pasaba una chica.

La pensión abrió sus puertas a finales de 1966, y casi inmediatamente se llenaron las dos docenas de habitaciones. El Estado tenía un número abrumador de discapacitados y personas sin hogar a su cargo, y los trabajadores sociales que veían cómo Dorothea proporcionaba a sus residentes ropa limpia y comida casera todos los días, la consideraban algo así como una santa. No les importaba que su pensión no tuviera licencia cuando hacía tanto por la comunidad. El alcance real de su hospitalidad era bastante reducido en comparación con cualquier establecimiento real, pero estaba tan por encima de lo que los sin techo y los enfermos crónicos residentes estaban acostumbrados, que entonaban sus alabanzas en cada oportunidad que tenían. Y si se perdía algún cheque en el correo, era sólo parte de la vida, a causa de una dirección siempre fluctuante.

En 1968, Dorothea y Roberto viajaron a Ciudad de México, donde celebraron una extravagante boda; la tercera y más grande en la vida de Dorothea. Ella adoraba estar en México, afirmando que por fin estaba en casa, a pesar de no haberlo visitado nunca antes. Era bastante reacia a volver a la monotonía de atender a los ancianos y a los enfermos, o a sus continuas sospechas de que el ojo errante de Roberto pudiera convertirse en algo más siniestro.

Con la ciudadanía asegurada, la fidelidad de Roberto empezó a decaer. Soportó la lujuriosa luna de miel de Dorothea durante todo el tiempo que pudo soportar antes de mudarse a una de las habitaciones libres de la pensión, quejándose de sus ronquidos. Nunca fue lo

suficientemente estúpido como para llevar a otra mujer allí, sabiendo que los residentes estaban completamente esclavizados por Dorothea y listos para informarla de sus actividades a la primera de cambio, pero aun así estaba dando sus primeros pasos para alejarse de la vida conyugal y entrar en algo más emocionante. Como ella era un pilar de la comunidad, respetada por todos, a Dorotea le llegaban historias sobre Roberto en compañía de otras mujeres. Cuando conoció a Dorothea años atrás, él cortejaba abiertamente a varias chicas de su edad, y eso nunca había cesado, sino que se había vuelto más sutil. Les mentía a todas, insistiendo a cada una de sus mujeres que las otras o no existían o no significaban nada para él. Era un Donjuán de la peor calaña, y sólo la suerte y su creciente asco por su regordeta y anciana esposa, la protegían de cualquier cantidad de enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, a Dorothea no le importaba lo que su joven marido hiciera a puertas cerradas, siempre y cuando presentara una buena imagen frente a la comunidad hispana y las numerosas oportunidades que Dorothea estaba encontrando allí.

Sacramento era una ciudad sumida en innumerables problemas sociales a finales de los años 60, desde la falta de vivienda y la drogadicción, hasta la nueva y acuciante preocupación por la desinstitucionalización de la mayoría de los enfermos mentales del país de los ahora denostados hospitales estatales que antes los mantenían contenidos. Si bien este movimiento político masivo había permitido a los pacientes escapar de las condiciones atroces, también los había dejado sin ningún medio para acceder a un tratamiento, abandonados en un mundo que hacía tiempo que los había dejado atrás. El resultado final fue una oleada de crímenes que no seguían ningún curso lógico y un crecimiento masivo de la población sin hogar comparable a los movimientos de población del Dustbowl.

Todas estas crisis exigían dinero. El dinero era la única solución a los grandes males sociales de la nación. Por mucho que alguien se brindara como Dorothea, en general se aceptaba que no se podía hacer un cambio importante sin presión política, programas de beneficencia masivos y una reforma del sistema hospitalario estatal.

Dorothea siempre se había deleitado en ser el centro de atención, gastando cada centavo que adquiría en ropa elegante, maquillajes, perfumes y otros caprichos similares, pero ahora que su belleza estaba en declive, encontró otra forma de invertir su dinero que le proporcionaba tanta o más atención. Se convirtió en una donante importante para muchas organizaciones benéficas, asistió a diversos banquetes de 50 dólares el plato, y se estableció en las clases altas de la sociedad de Sacramento, como portavoz de facto de enormes franjas de la comunidad hispana a través de sus contribuciones a diversas arcas políticas importantes. La vida glamurosa que siempre había

inventado para sí misma, llena de políticos elegantes, estrellas del cine y la música, se había convertido de repente en su realidad. Cenó con Pat Brown, Ronald Reagan y su primera esposa, Jane Wyman. Gracias a sus contactos con Reagan, empezó a asistir a más eventos nocturnos con senadores e incluso, en una ocasión memorable, con el importante colaborador republicano Clint Eastwood, aunque se sintió decepcionada al ver que él estaba más interesado en su cita que en ella.

Todo el dinero que estaba derrochando exigía que robara cada vez más a sus huéspedes, pero el resultado inesperado de todo su coqueteo, era que ahora contaba con un cierto aire de legitimidad frente a su entorno. La sospecha que antes se había apoderado de ella, a medida que desaparecían los cheques y los objetos personales de sus clientes, ahora se desprendía de ella. Sólo necesitó una breve conversación con la policía, tras el primer episodio de acusaciones contra ella, sobre el tipo de clientes a los que proporcionaba alojamiento, sus problemas de memoria y la forma en que a menudo se aprovechaban unos de otros, a veces sin querer. En las paredes de la pequeña habitación privada que había reservado para sí misma en la pensión, había un enorme collage de fotografías enmarcadas, todas eran de ella o de su marido estrechando la mano de una celebridad, un político u otra persona local influyente. El mensaje era claro: se trataba de una mujer con buenos contactos en la que se podía confiar bastante más que en aquellos vagabundos enfermos mentales que creían haber perdido un anillo de diamantes en algún momento del último año. Aun así, las quejas siguieron fluyendo en todas las direcciones, tanto de los residentes actuales como de los pasados. Las denuncias de que Dorothea se embolsaba los cheques de la seguridad social y sólo pagaba el dinero de los gastos a sus residentes, cayeron en saco roto en la comunidad de trabajadores sociales, donde se consideraba que cualquiera que pusiera freno al acceso de un alcohólico al licor, probablemente estaba haciendo lo correcto.

Mientras tanto, Roberto había estado disfrutando de los beneficios del matrimonio sin hacer mucho del trabajo requerido. Pasaba cada vez menos tiempo en la pensión a medida que el dinero fluía con más facilidad, y eso se hizo evidente cuando el edificio empezó a deteriorarse. Eventualmente, Dorothea tuvo que reclutar a algunos de los indigentes más confiables del vecindario para que hicieran trabajos esporádicos para ella, a fin de mantener las apariencias ante las constantes visitas de los trabajadores sociales. Aunque él acudía a las cenas y espectáculos elegantes a los que Dorothea asistía, no era para estar en su compañía más tiempo del necesario, sino para llegar a la comida gratis y a la barra libre. El aspecto social de su matrimonio también se había deteriorado irremediablemente; discutían

incesantemente en el poco tiempo que pasaban juntos, no compartían la cama desde los primeros días del matrimonio y Roberto era cada vez más abierto en cuanto a su disgusto por Dorothea. Se había retirado de su matrimonio en todos los sentidos, mucho antes de que las cosas se volvieran más serias con otra de sus chicas.

Cuando se marchó oficialmente, parece que Dorothea había hecho las paces con él. Cuando encontró su habitación de la pensión vacía, reaccionó como lo hubiese hecho frente a cualquier otro de sus huéspedes con riesgo de fuga que desaparece en mitad de la noche. Guardó en cajas todo lo que había dejado, se embolsó todo lo de valor que encontró y limpió a fondo la habitación. En todo caso, su abandono fue un alivio para Dorothea. Ya no tenía que mantener la fachada de un matrimonio además de las muchas otras obligaciones que llenaban sus días. También le dio la libertad de empezar a buscar un nuevo marido sin que la comunidad la juzgara. La habían abandonado, así que tendría la moral bien alta, incluso si Roberto volviera alguna vez.

Dorothea abordó las barras de Sacramento con un contoneo a su paso. Puede que los años no la hayan tratado lo suficientemente bien como para atraer a un joven de nuevo, pero tenía cierto glamour gracias a sus finas ropas y al maquillaje, que recordaba a los caballeros mayores a las celebridades de una época pasada. Probablemente ayudaba el hecho de que Dorothea parecía haber desarrollado un nuevo interés por los mayores, un interés que a menudo se manifestaba durante sus conversaciones de bar con ellos, cuando preguntaba detenidamente sobre los beneficios que recibían del Estado. Consiguió llenar varias de las habitaciones vacías de su pensión con los marineros del bar antes de volverse más agresiva en la búsqueda de lo que realmente hubiese querido, con el paso del tiempo.

Volvió a su antigua rutina, con un toque ligeramente más elegante. Permitía que caballeros mayores la invitaran a casa, y luego les robaba a ciegas después de que las drogas que había introducido en sus bebidas hicieran efecto. Algunos de ellos seguían conscientes pero no podían moverse durante el saqueo de sus casas, por lo que a la policía no le resultó difícil elaborar una descripción de la misteriosa ladrona que infundía miedo en los solitarios corazones de los avergonzados hombres mayores. La policía empezó a acercarse a ella, a hablar con los propietarios de los negocios que habían recibido cheques falsos y con los camareros que habían visto a sus mejores clientes desaparecer en la noche con una misteriosa y glamurosa dama, para volver al día siguiente contando historias de terror; muchas más víctimas de las que se habían denunciado a la policía, por supuesto.

De todas las historias de sus víctimas, una de las más desgarradoras fue la de Malcolm McKenzie. Un jubilado de 74 años, asiduo del Club Zebra. La había visto varias veces antes de que finalmente se juntaran. Tomaron varias copas juntos, mientras ella fue recopilando información sobre él bajo el pretexto de estar interesada. Luego, cuando él la invitó a su casa, ella insistió en invitarle una copa más antes de marcharse. Durante el trayecto en taxi, Malcolm comenzó a sentirse mareado, pero lo atribuyó a un largo día mezclado con el licor que había consumido, y nunca a algo más insidioso. Sin embargo, cuando llegaron a su apartamento, se dio cuenta de que tenía que apoyarse en el hombro de Dorothea para subir las escaleras. Dentro del apartamento, ella lo dejó sin contemplaciones en el sofá y enseguida se apresuró a rebuscar entre sus pertenencias en busca de algo de valor. Inmovilizado por las drogas, no pudo hacer nada mientras ella le robaba su rara colección de monedas, su talonario de cheques y todo el dinero en efectivo que tenía escondido en la casa. Finalmente, se acercó a mirarlo donde yacía paralizado. A pesar del terror que le producía lo que ella pudiera hacer a continuación, su corazón latía lánguidamente gracias a las drogas, y lo único que podía hacer era observar cómo ella se agachaba y se ponía a trabajar en su mano. Llevaba un anillo de diamantes en el dedo más pequeño que le había llamado la atención en el bar, y aunque sus dedos estaban hinchados, ella no tenía intención de irse sin ese trofeo. Tras varios minutos tirando del anillo y metiendo y sacando el dedo de su sitio, fue a la cocina a buscar un poco de manteca de cerdo para lubricarlo. Con el dedo engrasado, pudo quitarle el anillo y, con un ligero movimiento, lo guardó en el bolsillo. Una vez hecho esto, se acercó más, ignorando el daño que le había hecho a su mano dolorida y mirándole fijamente a los ojos. Él temblaba por el esfuerzo de intentar moverse, pero Dorothea no tenía intención de hacerle más daño. En su lugar, extendió la mano con cuidado y le cerró los ojos con la punta de los dedos. No se recuperaría lo suficiente como para ponerse en contacto con la policía sobre el robo hasta la tarde siguiente, momento en el que Dorothea ya había colocado la colección de monedas robadas a través de uno de los vagabundos locales que estaba domesticando.

Sin decoro que la mantuviera a raya, Dorothea era libre de continuar así para siempre, pero con cada cheque que emitía o cada cartera que levantaba, estaba un poco más cerca de ser llevada a la cárcel una vez más. Sólo la suerte, y un poco de lujuria, la salvaron de este destino. En 1976, nueve años después de su fallido, pero todavía legalmente vinculante matrimonio con Roberto Puente, conoció a su siguiente "marido".

Pedro Montalvo era un alcohólico que Dorothea había recogido en

un bar, con la intención de convertirlo en el último de la larga lista de víctimas que había conquistado, pero se encontró tan encantada con el carácter descarado del hombre, que no drogó su bebida. Hablaron hasta altas horas de la noche, y por la mañana, él se había mudado a su pequeño apartamento encima de la pensión. Puede que su matrimonio con Roberto hubiese parecido efímero, en comparación con sus anteriores relaciones, pero parecía que había durado una eternidad en comparación con su relación con Pedro.

Una vez más, el periodo de luna de miel fue feliz para ambos. Se casaron en una pequeña ceremonia en una iglesia local. Dorothea nunca pretendió presentar la documentación oficial, sabiendo que su poligamia aparecería en los registros, y sin haber adquirido nunca formalmente un divorcio, estaba nerviosa por las preguntas que podrían plantearle a la luz de la última incorporación a su hogar. No invitó a ninguno de sus amigos de la alta sociedad, ni siquiera a los de la comunidad hispana, a la que falsamente llamaba suya, sólo llevó a unos pocos invitados para que todo pareciera lo más normal posible.

Este nuevo comienzo ya estaba empañado por el engaño, pero pronto se oscureció aún más cuando Pedro reveló su carácter bastante siniestro. Cuando Dorotea no se sometía a él en todos los aspectos sin rechistar, arremetía con los puños, y cuando se emborrachaba —lo que ocurría tan a menudo como podía— su temperamento solía descontrolarse. Dorothea ya había sido golpeada por sus padres maltratadores y por su primer marido, pero nunca había recibido palizas como las que Pedro le propinaba sin motivo alguno.

Dorothea se marchó del apartamento que compartían en la calle F, pasando cada vez más tiempo en compañía de los residentes de la pensión y descubriendo que realmente disfrutaba de su compañía y su adoración. Todos eran personas al borde de la desesperación, y ella representaba una forma de aferrarse a su humanidad durante un poco más de tiempo. Así como ella los protegía del mundo exterior, ellos la protegían con su presencia de la ira de Pedro. Lo que había sido una relación parasitaria se convirtió gradualmente en algo más simbiótico. Nunca tendría el tipo de apego emocional familiar con sus internos que ellos parecían ansiar, pero empezó a ver su valor como algo más que un simple ticket de comida.

Con su nueva esposa desobediente y ausente, su nuevo saco de boxeo perpetuamente indisponible y siendo su presencia claramente una afrenta para los residentes de la pensión, Pedro no duró mucho. Apenas dos meses después de su desordenada boda, dejó a Dorotea en una juerga que lo llevaría al otro lado de las fronteras estatales, para no volver jamás. Si ella le echó de menos, nunca lo demostró.

Con su nuevo y estrecho vínculo hacia las personas a su cargo, Dorothea podría haber pasado de actuar como una buena persona, por

los elogios y la atención, a preocuparse realmente por los demás, si hubiese sido capaz de algo así. En lugar de eso, siguió tratándolos tan mal como podía mientras seguía recibiendo atención positiva por su "bondad". Sin embargo, Pedro le dejó un legado positivo: se deshizo de su deseo de tener un marido en su vida. Podía buscar todo el amor y el apoyo que necesitaba de las personas a su cargo, y no tenía ningún deseo de encadenarse a otro maníaco. A partir de este momento, Dorothea pretendía vivir su vida sola, y en paz.

La comunidad mexicana de Sacramento ya estaba en deuda con Dorothea por las contribuciones que hizo a los programas de arte y educación para su progreso, pero ahora, había dado un paso adelante para convertirse en algo más parecido a una trabajadora social para las mujeres. Utilizó sus conocimientos sobre drogas y herboristería para ayudarlas a adquirir métodos anticonceptivos, a pesar de que los hombres controladores de sus vidas se lo prohibían y las asesoró e incluso guió a algunas de ellas en las difíciles perspectivas de los procedimientos de divorcio cuando estaban demasiado asustadas para enfrentarse a sus parejas abusivas. La llamaban "La Doctora", pero para muchas de las mujeres era más bien una figura materna, alguien que había pasado por lo peor del matrimonio y había salido valiente e indemne.

Siguió frecuentando bares, pero su metodología cambió significativamente a la luz de su nueva repulsión hacia los hombres y el revuelo en ascenso que se estaba acumulando en torno a los robos en bares. Hasta entonces, había actuado como cuando era joven, confiando en la suerte para mantenerse a salvo. Ahora, comenzó a aplicar algunas de las habilidades criminales que había adquirido durante sus largas estancias en prisión. En lugar de robar a los hombres de los bares, identificaba a los que recibían pensiones o prestaciones del Estado y reunía la información suficiente para hacer una reclamación de cambio de domicilio falsa para que todos sus futuros pagos fueran enviados a su casa de la calle F. Con tantos otros cheques del mismo tipo que se dirigían a su casa y el flujo constante de su clientela, ya tenía preparada la excusa perfecta, en caso de que se prestara atención a estos pagos desviados.

Entre el dinero que sacaba de sus clientes actuales y el que conseguía a través de estos actos de fraude al fisco, se dio cuenta de que, incluso con sus enormes contribuciones benéficas y políticas, no gastaba todo su dinero cada mes. Empezó a centrar su atención en otras posibles fuentes de ingresos, inversiones que seguirían dando beneficios sin que ella tuviera que hacer ningún esfuerzo adicional. Se codeaba semanalmente con los verdaderos ricos, y había visto cómo los ricos se hacían más ricos con sólo dejar su dinero en alguna empresa. Ella quería conseguirlo, y fue esta incesante búsqueda de

dinero fácil la que puso a Dorothea en contacto con Ruth Monroe.

Una salida

Con lo hábil que era Dorothea en la cocina, tenía sentido que buscara una experiencia relacionada a ella para su primera inversión. El hecho de que también pudiera volver a contar su vieja historia sobre la gestión de un restaurante de mariscos en San Francisco era sólo un beneficio adicional. Gracias a sus contactos en la alta sociedad de Sacramento, Dorothea pudo localizar una prometedora empresa de catering que quería establecerse físicamente en un local a la calle, una empresa creada y dirigida por una mujer llamada Ruth Monroe. La inversión inicial para la empresa, y gran parte del apoyo que Ruth había recibido durante sus primeros años, había procedido de su marido, pero ahora que éste había enfermado, el negocio se tambaleaba junto con él. Dorothea fue como un ángel que bajó del cielo para invertir en la empresa y volver a ponerla en marcha.

Las dos abrieron un negocio de servicios de comida juntas, haciéndose cargo de la parte de la comida de la Taberna *Round Corner* en el centro de la ciudad, continuando con el apoyo al segmento de menores ingresos de la población de Sacramento con comidas asequibles, mientras que también sacaban suficiente dinero para tener un pequeño salario para ellas mismas. Dorothea dividía su tiempo entre el restaurante y sus otras empresas, y al principio pasaba una buena cantidad de tiempo en la cocina antes de aburrirse cada vez más con el trabajo real y volver a su casa de huéspedes. A Ruth no le importaba en absoluto. El negocio iba lo suficientemente bien como para mantener a los empleados, y el respaldo financiero que le proporcionaba Dorothea era una contribución más que suficiente.

Poco a poco, las dos mujeres se hicieron amigas, a pesar de que Dorothea no tenía un proyecto real para ese tipo de relación. Sus amistades carcelarias siempre se habían construido sobre la base de la necesidad y la manipulación, su trabajo de caridad siempre tenía una transacción financiera subyacente, y sus relaciones con sus residentes y los sin techo estaban igualmente ponderadas por un equilibrio de necesidades y demandas, pero en Ruth, encontró a alguien con quien quería pasar tiempo sin ninguna razón más allá de disfrutar de su compañía. Dorothea no sabía cómo lidiar con esta dinámica, y eso la hacía sentirse demasiado incómoda para aceptarla.

En la primavera de 1982, el año siguiente a la formación de la sociedad, su dinámica cambió en más de un sentido. Dorothea había recibido información del departamento de policía, advirtiendo que sus cheques gubernamentales redirigidos habían sido descubiertos y que se estaban reuniendo pruebas contra ella. Aunque todavía no había nada que la relacionara con los anteriores robos y la drogadicción de sus víctimas, los hombres a los que había defraudado sus pensiones y

prestaciones de invalidez, eran mucho más abiertos con la policía, y se estaban estableciendo conexiones. A la luz de las acusaciones contra ella, la policía estaba examinando más de cerca algunas de las denuncias de robo de sus residentes. Sin duda, más pronto que tarde tendrían pruebas de que todas las denuncias contra la mujer eran ciertas. Dorothea tenía que encontrar una salida de la situación antes de que la policía concluyera su investigación, o volvería a la cárcel, con o sin la buena voluntad de la ciudad.

Mientras tanto, la vida de Ruth se vio empañada por una nueva tragedia. La salud de su marido había empeorado y lo habían ingresado en el hospital para recibir cuidados paliativos a tiempo completo. Estaba perdiendo la batalla contra el cáncer de forma tan severa, que los médicos no querían recetarle nada más agresivo que analgésicos. Todo el mundo sabía que se estaba muriendo y que era cuestión de tiempo, pero nadie podía hacer nada al respecto. El coste de sus cuidados empezó a hacer mella en Ruth y, finalmente, se vio obligada a vender la casa familiar por una fracción de su valor para asegurarse de que él no fuera expulsado de su cama del hospital. Esto la dejó sin un lugar donde quedarse y sin nadie a quien recurrir. Sus hijos vivían fuera de la ciudad, y habría tenido que renunciar a toda su vida, a sus negocios y a cualquier esperanza de visitar a su marido durante sus últimos días si se quedara con ellos. Sin pensarlo dos veces, Dorothea le ofreció a Ruth una habitación en su apartamento, encima de la pensión. Eran socias en los negocios y no había razón para pensar que su excelente relación no se trasladaría a una vida hogareña compartida con similar compatibilidad.

Al principio, Ruth se sorprendió de que Dorothea le abriera las puertas de su casa, pero pronto aceptó encantada. No podía estar menos preparada para el trato que recibía en la casa de su socia. Era como si fuera de la realeza. Dorothea fue más allá de ser simplemente una buena anfitriona, sino que sobrepasó un nivel de amabilidad y atención que nadie podría haber esperado. Ruth entendía ahora por qué tanta gente quería alojarse en la pensión de Dorothea si todos eran tratados así. Al principio, era como un sueño hecho realidad. Luego, llegó la enfermedad.

Ruth se encontraba perezosa por las mañanas, demasiado cansada para hacer las tareas a lo largo del día. Dorothea la atendía de pies a cabeza durante esos extraños ataques de debilidad, y Ruth no tardó en entregarse a los cócteles para calmar sus nervios, a pesar de llevar toda una vida sobria. El alcohol le quitaba el pánico a su estado y proporcionaba a Dorothea una forma fácil de administrar los medicamentos en sus cócteles que, desde un comienzo, estaban causando la enfermedad de Ruth.

A principios de abril, unas semanas después de que Ruth se

mudara, William Clausen, su hijo, vino a visitarla tras enterarse de su enfermedad, viajando a Sacramento desde su casa en South Land Park. Se sorprendió al encontrarla con un licor de menta en la mano, riéndose alegremente. Estaba pálida, demasiado débil para estar de pie y aparentemente despreocupada. Dorothea la estaba cuidando bien. Había sido enfermera. No tenía nada de qué preocuparse. Nada en absoluto.

Toda la situación era sospechosa. Nunca había oído hablar de esta mujer Dorothea hasta hace unas semanas, y ahora, de repente, era la mejor amiga de su madre, proporcionándole cuidados las 24 horas del día. Algo no cuadraba. Pero, cada vez que intentaba hablar con Ruth sobre la situación, Dorothea se inventaba una razón para estar allí, vigilando y esperando, preparada con excusas. Durante su visita, recibió muchas historias de Dorothea, todas ellas calculadas para pintar a la mujer de pelo blanco como la santa de Sacramento. Todas sus obras de caridad, su historia como enfermera, su actual papel como asesora médica de los inmigrantes indocumentados y de las asustadas amas de casa de la ciudad, todo ello pintaba una imagen de ella como la clase de mujer a la que se le podía confiar la vida de su madre, pero algo en su mirada inexpresiva no le generaba confianza. Podía decir todas las palabras correctas y hacer todos los movimientos correctos, pero la emoción nunca iba más allá de la superficie.

Perturbado y desconcertado, William tuvo que dirigirse a casa con su familia al final del día, pero sus sospechas no disminuían. Sabía, en su fuero interno, que algo andaba mal respecto a la situación de la calle F, pero aún no estaban todas las piezas en su sitio para que pudiera ver el panorama general.

A finales de abril de 1982, Ruth estaba muerta y la policía revoloteaba por el apartamento de la casa de huéspedes. Con las otras investigaciones pendientes contra Dorothea, ella era la sospechosa natural de la muerte de su socia, pero los detectives que la interrogaron no encontraron ningún rastro de la calculadora asesina que esperaban encontrar. Dorothea parecía angustiada por la pérdida de su amiga, devastada por el cierre de su negocio y traumatizada por el agresivo interrogatorio al que había sido sometida. No era la imagen que alguien podría tener de una asesina. Los agentes encargados de la investigación querían encontrar alguna otra explicación a la muerte de Ruth, y Dorothea se la entregó envuelta para regalo.

El marido de Ruth estaba en el hospital, muriéndose, y ella había estado profundamente deprimida por toda la situación. Deprimida y bebiendo. El forense descubrió una sobredosis masiva de los medicamentos recetados a Ruth en su organismo, mezclada con un cóctel de medicamentos de venta libre que habrían estado al alcance

de cualquiera con dinero en efectivo. El suicidio parecía ser la explicación obvia.

Si matar a otro ser humano tenía algún efecto en Dorothea, desde luego no era visible. Siguió con la misma rutina de siempre, atendiendo a sus residentes, recogiendo a los pensionistas, falsificando cheques, y tramitando el papeleo necesario para cerrar las operaciones en la Taberna *Round Corner* y despedir a los pocos empleados que habían conseguido retener durante la "enfermedad" de Ruth. Contó a todo el mundo el trágico suicidio de su amiga, repitiendo la misma historia una y otra vez para conseguir empatía, convirtiéndola, como tantas otras mentiras, en parte de la historia de su propia vida; la gran ficción fragmentaria que utilizaba como escudo contra el dolor de la realidad que la invadía y como herramienta para desviar cualquier sentido de responsabilidad por sus actos. Al final de la investigación, es posible que incluso haya conseguido convencerse de que era la verdad. Que las pastillas que había molido y mezclado en las bebidas de Ruth, no eran suficientes para matarla, y que los analgésicos que le había suministrado a la mujer no tenían el poder de quitar una vida. Había una enorme desconexión entre las acciones que había realizado y el resultado final, y eso era todo lo que necesitaba para albergar algún tipo de duda razonable. Tal vez Ruth había tomado más pastillas. Tal vez se las había tomado en un auténtico intento de suicidio cada vez que Dorothea le daba la espalda. Era muy posible para ella que la versión oficial de los hechos fuera la verdadera, que había visto con ojos llorosos cómo su querida amiga y socia se quitaba la vida. La verdad siempre había sido algo maleable para Dorothea, y ahora que se enfrentaba a lo más crudo y malvado que había hecho jamás, no era de extrañar que rehuyera de la verdad a lo grande.

William no quedó satisfecho cuando se cerró el caso oficialmente. Sabía que Dorothea era la responsable de la muerte de su madre, aunque no supiera cómo ni por qué, pero tardó semanas en revisar las cuentas de su madre antes de darse cuenta del motivo del asesinato. Desde que se había mudado al apartamento de la calle F, habían comenzado las transferencias de su cuenta de ahorros a su negocio, pagos que aumentaron gradualmente hasta convertirse en un flujo constante, desviando todo el dinero de la venta de la casa de Ruth a la cuenta conjunta a la que Dorothea también tenía acceso. Como albacea de la herencia de Ruth, William vio que el dinero se quedaba en esa cuenta conjunta, sin ir a ninguna parte, y se dispuso a denunciar el robo a la policía en el momento en que Dorothea intentara retirar algo. Subestimó a Dorothea.

Las otras investigaciones sobre sus actividades fraudulentas se estaban acercando, y la denuncia de robo de Malcolm McKenzie sólo había añadido más leña al fuego. Los informantes de Dorothea dentro

del departamento se iban callando uno a uno, y sus más incondicionales partidarios intentaban derivarla a un abogado penalista decente. Nada de eso era necesario; ella tenía un plan, y ahora tenía el dinero que necesitaba para ponerlo en marcha.

Por desgracia para Dorothea, la trampa de la policía se cerró más rápido de lo que había previsto. Se enteraron de que su principal sospechosa había reservado un billete de avión a México y la detuvieron cuando se dirigía al taxi con su equipaje. Todos sus planes de empezar una nueva vida al sur de la frontera con los ahorros de Ruth como base de su capital, se derrumbaron al tomar contacto con la fría realidad de que la habían atrapado.

Sin embargo, su inesperado traslado le reportó algunos beneficios. Los 30 o más casos de fraude que se estaban acumulando contra ella aún no se habían investigado del todo en agosto, cuando tuvo su audiencia ante el tribunal, y el juez, Roger Warren, decidió descartarlos, así como cualquier condena anterior en su haber, cuando llegó el momento de dictar sentencia contra ella. Le conmovió la actuación de Dorothea como madre anciana y era consciente de sus contactos con las altas esferas de la sociedad. El acceso a las celebridades podría haber desaparecido en el momento en que fue arrestada, pero no todos los beneficios de sus largas contribuciones se desvanecieron tan rápidamente. Se le concedió el beneficio de la duda donde nadie más lo hubiera hecho. Por los tres robos por los que fue condenada, como resultado de las pocas investigaciones realizadas, debía cumplir cinco años, y como condición de su libertad condicional posterior, ya no se le permitiría dirigir un hospicio ni trabajar con personas de capacidades disminuidas. Los ancianos, los enfermos mentales, los discapacitados, los adictos... todas las personas con las que había hecho su fortuna explotándolas, estarían para siempre fuera de su alcance mientras cumpliera las condiciones de su libertad condicional. Puede que este haya sido el último de una larga serie de planes criminales de Dorothea, pero con los años, se había convertido en la máscara que había elaborado con tanta diligencia. Amaba su estilo de vida, su estatus de celebridad y la atención que su vida como pilar de la comunidad hispana le había otorgado, y sentía la pérdida de todo eso considerablemente más que la pérdida de su libertad.

Así que, en lugar de instalarse en una vida de comodidad y respeto como "La Doctora" en Ciudad de México, Dorothea se encontraba ahora en la cárcel del condado de Sacramento.

La viuda negra

Dorothea ya era una veterana en la vida carcelaria, con años de experiencia sobre sus espaldas. Pasó naturalmente de ser una joven debutante bajo el ala de las ancianas madres de la prisión, a desempeñar el papel de madre de las jóvenes del bloque, que acudían a ella en busca de consejos y para escuchar sus muchas historias, algunas de las cuales incluso eran ciertas. Siempre que estaba en público se hacía la inocente, pero en las conversaciones privadas con las más jóvenes, dejaba escapar pequeños detalles que podrían ayudarlas en sus carreras delictivas, transmitiendo su sabiduría a la siguiente generación exactamente igual que como se había hecho con ella.

Le gustaba tanto hablar que ignoraba las divisiones habituales dentro de la prisión, pasando por diferentes bandas y grupos raciales sin que nadie pestañeara. Allí en la cárcel era muy querida por todas —hasta el momento en que su bocaza la metió en problemas, exactamente a los tres años de su condena.

A nadie le importaba que Dorothea difundiera chismes en la prisión. De hecho, era un medio bastante fiable para comunicar información a través de las fronteras invisibles del edificio. Pero había una gran diferencia entre compartir cotilleos con otras presas y hablar con los guardias. Una de ellas era esperada y útil; la otra equivalía a una traición contra el orden natural de las cosas. Cuando el nombre de la responsable de un asalto en la prisión llegó a los oídos de los guardias por boca de Dorothea, la respuesta tuvo que ser rápida y brutal, para asegurarse de que ninguna otra presa pensara que era una buena forma de ganarse el favor y el trato preferencial de sus opresores.

Acorralada en las duchas, Dorothea recibió una paliza que la dejó al borde de la muerte y desangrándose sobre las frías baldosas. La trasladaron primero a la enfermería, donde le vendaron las costillas rotas, y luego fue transferida a un confinamiento solitario en custodia preventiva hasta que la situación se calmara. Al final, las cosas no se calmaron durante casi un año. Las luchas entre las bandas que habían provocado el asalto inicial se recrudecieron en el momento en que se impusieron los castigos a las autoras, y a medida que se iba enviando a las líderes de las bandas a las celdas de aislamiento, desaparecía con ellas el único medio para mantener a sus respectivas bandas bajo control. Sin embargo, todo esto no significó nada para Dorothea. Lo único que conocía era el aburrimiento y la soledad.

Desesperada, finalmente recurrió al sistema de amigos por correspondencia de la cárcel, al que siempre había tratado con desprecio, sin embargo ahora, a través de él, había encontrado una

especie de renacimiento. En sus cartas, ella podía ser quien quisiera. Tenía todo el tiempo que necesitaba para tramar y planificar sus palabras exactas y para aclarar su historia antes de tener que enviarla. Cada mentira a medias que le habría valido miradas de duda y confusión, podía ser suavizada como parte de una historia más grande. Era el medio perfecto para reinventarse de nuevo, y con su don para crear y contar historias, era un éxito con todos sus corresponsales. Uno de los hombres que le escribía casi a diario pronto se convirtió en su favorito y en el centro de su atención: Everson Gillmouth.

Everson era un caballero jubilado que vivía actualmente en Oregon. Era viudo y tenía varios hijos a los que rara vez veía, y se sentía tan solo que había recurrido a las cárceles de mujeres en una vana búsqueda de compañía. Según sus informes, era un caballero encantador, con mucho amor para dar, pero sin ninguna idea de cómo salir con alguien ahora que tenía más de setenta años. Estaba perdido, y pensó haber encontrado en Dorothea un nuevo anclaje en el mundo y una nueva esperanza para el futuro. Su correspondencia inicial pronto se convirtió en una amistad, si es que se puede llamar "amistad" a una relación unilateral basada exclusivamente en el engaño. Pronto comenzaron a escribirse a diario y él depositó dinero en su cuenta de la comisaría para que ella pudiera mantenerse como estaba acostumbrada a hacerlo durante su estancia en la cárcel.

Cuando Dorothea fue devuelta a la población general de la prisión, y su correo ya no estaba tan vigilado, la conversación había pasado de una mera amistad a una relación más seria, y los dos hicieron planes para su futuro juntos. Everson planeaba mudarse a Sacramento para poder vivir juntos, y se habló de una boda. Era todo lo que una joven Dorothea, obsesionada por ser amada y apreciada por un marido, habría soñado, pero Everson llegó demasiado tarde al encuentro de esa mujer. En su lugar, estaba enviando sus cartas a la mujer que había matado a su mejor amiga por el precio de un billete de avión. La mujer que había drogado y robado a los hombres que se interesaron por ella para poder acumular su riqueza y mantener su lujoso estilo de vida. Una asesina despiadada y calculadora.

Después de tres años en prisión, Dorothea salió en libertad condicional, y Everson estaba aparcado fuera esperando para recogerla en su brillante camioneta Ford roja de 1980. Los dos se abrazaron, ella le plantó un casto beso en los labios y se dirigieron al resto de su vida juntos — los tres meses que duró.

La pensión original de la calle F había pasado a nuevas manos y estaba siendo reformada, pero con la riqueza de Everson como garantía, Dorothea pudo conseguir una nueva casa más pequeña con un apartamento arriba. Los dos abrieron una cuenta conjunta para preparar la boda, y Everson redirigió allí su cuantiosa pensión para

que pudieran empezar a demostrar sus ingresos antes de hipotecar la nueva casa de huéspedes. Sonrientes entraron juntos en el banco para firmar todos los papeles respectivos, pero detrás de su máscara de cordura, Dorothea ya estaba haciendo planes para asegurarse de que la pensión siguiera pagándose para siempre y que Everson no estuviera cerca para cobrarla. A pesar de que había elementos nuevos en el plan, era muy parecido a todos sus otros robos fraudulentos de pensiones. Se interceptaron transferencias bancarias en lugar de cheques, pero la mecánica del resto era la misma. La única diferencia real era que este hombre no iba a desaparecer, dejando que el dinero fluyera, sin un poco de intervención de su parte.

Puede que su reputación entre la alta sociedad ya no fuera la mejor tras su paso por la cárcel, pero la gente de Sacramento parecía recordarla con cariño, en particular los trabajadores sociales, los inmigrantes ilegales y los adictos sin hogar que tantas veces habían confiado en su caridad para hacer sus vidas más llevaderas. Primero, las mujeres mexicanas de la zona empezaron a filtrarse por su puerta, luego los indigentes y los alcohólicos a los que ella había ayudado a sobrevivir y prosperar anteriormente. Nunca había perdido su confianza ni su aceptación — cada uno de ellos había estado antes en el extremo receptor de la mano dura de la ley — y sabían que lo correcto y lo legal sólo se cruzaban en ocasiones.

La confianza de Dorothea crecía con cada nuevo visitante hasta que su historia comenzó a deformarse en respuesta a su adoración. Ya no era la delincuente arrepentida que había cometido algunos errores mientras intentaba hacer lo correcto por la gente de Sacramento. Ahora era una mártir del injusto sistema legal que castigaba a quienes se esforzaban por ayudar a los necesitados.

Uno a uno, todos sus viejos amigos reaparecieron, pidiendo favores u ofreciendo ayuda. Everson se sorprendió de lo querida que parecía ser Dorothea dentro de la comunidad de Sacramento, y Dorothea se sorprendió, a su vez, de la facilidad con que los funcionarios del departamento de trabajo social hacían la vista gorda a las condiciones de su libertad condicional y empezaban a llenar su nuevo edificio con los marginados y olvidados que habían caído por las grietas de la sociedad en sus manos. La población de los sin techo era como un vasto océano de cuerpos y, como cualquier líquido, fluía para llenar cualquier espacio que se abriera para alojarlo. Esta vez, Dorothea fue un poco más selectiva con las personas que acogía, pero no de la forma en que otros albergues seleccionaban a sus huéspedes. Escogía los casos más graves y desesperados para que fueran sus residentes: las personas que tenían casi garantizado desaparecer en un mes y no volver jamás, los alcohólicos y drogadictos, los enfermos mentales y los delincuentes que todos los demás habrían rechazado de

un vistazo. Una vez más, Everson se sorprendió de la amabilidad y la caridad de su futura esposa. No podía entender cómo una mujer tan honrada como ella podía haber ido a parar a la cárcel. La realidad y las historias que Dorothea contaba no cuadraban.

Cuando la verdad llegó finalmente para Everson Gillmouth, ya era demasiado tarde para reconocerla. Había quedado encantado con la hermosa mentira que Dorothea había tejido ante sus ojos, y cuando se reveló la horrible verdad que había detrás, no supo cómo responder. Se encontraba tumbado en el que debía ser su lecho matrimonial, demasiado débil para moverse, demasiado adormecido para hacer algo más que gemir. Así como Ruth había muerto, también murió Everson.

En el momento de su apacible muerte, sumido en una bruma inducida por las drogas, fue cuando la similitud entre los dos crímenes de Dorothea terminó abruptamente. Esta vez no habría un trato amable por parte de la policía. Era imposible que se librara de entregarles un cuerpo dos veces y no tuviera que enfrentarse a ningún cargo, sobre todo cuando ya estaba en libertad condicional. Y lo que es peor, mientras que el cuerpo de Ruth, lleno de drogas, era casi de esperar, Everson gozaba de una salud extraordinariamente buena. Una autopsia revelaría que Dorothea estaba detrás de la muerte de Everson, lo que la implicaba también en el fallecimiento de Ruth. No podía arriesgarse a que el cuerpo fuera estudiado oficialmente, lo que significaba que no podía permitir que el cuerpo fuera encontrado. Si el cadáver de Everson se desvanecía, tendría el beneficio adicional de su continua supervivencia legal. Si el mundo seguía creyendo que Everson estaba vivo, el dinero del estado seguiría ingresando en la cuenta conjunta que compartía con Dorothea.

Con su muerte, Everson había expulsado un montón de suciedad por todos sus orificios, como ocurre con la mayoría de la gente. La cama estaba empapada de sus vómitos, orina y excrementos, junto con todas las pruebas forenses que podrían utilizarse fácilmente para condenar a Dorothea por su asesinato, si se encontraban. Así que, en un golpe de genio, Dorothea creó su propio sistema de eliminación de cadáveres basándose en su experiencia como auxiliar de enfermería. Envolvió a Everson en la ropa de cama como un enorme capullo y luego cosió las sábanas contaminadas. Cuando eso no bastó para contener su supuración, lo envolvió todo en láminas de plástico, envolviendo el cuerpo capa tras capa hasta que no pudo salir nada más que el leve hedor de la muerte. Por supuesto, esto era sólo una solución temporal al problema. El cadáver y su envoltorio aún tenía que ser transportado fuera de la casa, y aquí fue donde las fuerzas de Dorothea parecieron fallar. No era, ni mucho menos, la frágil anciana que se presentaba ante la sociedad. En 1985, sólo tenía 56 años, y su paso por la cárcel le había dejado una musculatura bastante robusta

bajo sus modestos vestidos que la disimulaban, pero aun así, no podía sacar sola de la casa el cadáver de un hombre. La segunda fase de su plan abordó ese problema.

A través de sus contactos en la cárcel y en el trabajo social, y de sus vínculos con la comunidad hispana, Dorothea tenía línea directa con un gran número de ex convictos a los que ofrecía trabajo a cambio de un pago en efectivo. Habían servido como su personal a lo largo de los trabajos de reacondicionamiento de la nueva casa de huéspedes, al igual que lo habían hecho con la primera, y muchos de ellos esperaban encontrar un trabajo estable de mantenimiento en el edificio después de haber sido acogidos bajo el ala de La Doctora. Era bien sabido que trabajar para ella era un boleto para una vida más fácil. Ofrecía una remuneración muy justa por un trabajo que otros ni siquiera darían a un ex convicto. Juzgaba a cada individuo por sus méritos, sin tener en cuenta los delitos de los que se le acusaba, y mientras no se le cruzaran en su camino, podría ser la mejor amiga que alguien recién salido de la cárcel pudiera tener. Incluso se rumoreaba que les había conseguido una esposa a los jóvenes que planeaban establecerse y hacer una vida fuera de la cárcel. Mientras Dorothea estuviese del lado de un ex convicto, éste lo tendrían fácil.

Ismael Florez era un ex convicto que esperaba adaptarse a la vida en el exterior con comodidad. Formado como carpintero y tapicero de muebles antes de ir a la cárcel, esperaba que sus habilidades le hicieran merecedor de un lugar de honor en la colección de jóvenes útiles de Dorothea, pero incluso él se sorprendió de su generosidad hacia él. Ella quería que le instalaran unos paneles de madera donados, para revestir su apartamento del piso superior de la pensión principal, y estaba dispuesta a pagar a Ismael bastante más de lo que valía para que lo hiciera. A cambio de sus servicios, le ofreció una camioneta Ford roja casi nueva. Le explicó que su novio se había mudado a Hollywood y que ya no la necesitaría. Ismael se sintió sorprendido y manifestó que era un pago demasiado generoso, así que Dorothea añadió un poco más de trabajo a su carga para equilibrar la balanza. Si Ismael le hacía el revestimiento para su apartamento y además construía una caja de madera de dos metros de largo para almacenar sus libros viejos y la ayudaba a transportar esos libros viejos a un almacén al otro lado de la ciudad, entonces ella sentiría que había sido un intercambio justo. Incluso con estas condiciones adicionales, era más que generoso el trato, así que Ismael se puso a trabajar inmediatamente, completando tanto el revestimiento como el trabajo de construcción en un tiempo récord. Tras entregar la caja artesanal a Dorotea, se marchó con una sonrisa a por la cena. Cuando regresó, la caja no sólo estaba llena, sino que Dorothea la había cerrado con clavos "para que no se caiga nada mientras conducimos".

Era una pequeña rareza en la que no pensó dos veces, incluso mientras ambos luchaban con la pesada y hedionda caja por las escaleras y la subían en la parte trasera de su camioneta. La parte superior clavada les ahorró muchos problemas. A partir de ahí, emprendieron un extraño viaje en coche, con Dorothea dirigiendo cada uno de los giros hasta que le gritó bruscamente a Ismael que se detuviera a un lado de la autopista Garden, en el condado de Sutter. Había cambiado de opinión. Nada de lo que había en la caja merecía la pena ser conservado. Sólo quería deshacerse de ella. Perplejo, pero sin querer ir en contra de los deseos de la anciana, Ismael la ayudó a sacar la caja de la parte trasera del camión y a tirarla por la pendiente hacia el río. La zona era un vertedero habitual de basura no deseada, y una vez que la caja se enredó en la maleza, quedó casi perfectamente camuflada entre los demás desperdicios. Una vez terminada la noche de trabajo, Dorothea parecía casi eufórica. Pasó de tener una cara amarga a parlotear durante todo el camino a casa, agradeciendo profusamente a Ismael y despidiéndolo con un poco de dinero extra en el bolsillo por toda su ayuda.

Había sido una experiencia extraña, pero Ismael no tenía mucho con qué comparar. Esperaba, luego de eso, que le llamaran de nuevo a la casa de la calle F para hacer más trabajos, ya que la anciana había estado tan encantada con él, pero era como si le hubieran cortado en seco. Repasó la noche una y otra vez en su cabeza, tratando de encontrar alguna forma en que podría haberla ofendido, pero no pudo pensar en nada que hubiera hecho mal. Finalmente, se convenció de que Dorothea ya le había dado más caridad de la que realmente podía permitirse y que ahora tenía que repartir su amabilidad entre los demás. Un coche gratis por un par de días de trabajo era suficiente generosidad para cualquiera.

Gestionar las empresas y los organismos gubernamentales que intentaban contactar con Everson era un trabajo bastante fácil para Dorothea —era una maestra de la burocracia y de la falsificación de cartas oficiales—, pero el aspecto social de su vida era un asunto totalmente distinto. Tenía hijos adultos, con los que mantenía correspondencia regularmente, y si sus cartas quedaban sin respuesta, entonces habría sospechas y, eventualmente, una investigación. Peor aún, Dorothea no tenía ni idea de cuándo se habían enviado las últimas cartas de Everson, por lo que no sabía qué parte de la historia real conocían ya sus hijos. La fantasía que compuso para ellos tuvo que diferir de la realidad sólo después del momento verdadero en que Everson había muerto, para asegurarse de no contradecir nada de lo que él ya había escrito. Así, en sus cartas, Everson se quejaba ahora a sus hijos de estar enfermo y postrado en la cama; demasiado enfermo para ir a visitarlos, pero no a las puertas de la muerte, por lo que no

tenían que correr a su lado. Puede que las cartas por sí solas no fueran suficientes para mantener a sus hijos alejados, pero con el material complementario de las nuevas cartas de Dorothea, presentándose a la familia y explicando cómo estaba cuidando a Everson, se convencieron de que no estaba tratando de evitar sus sentimientos. Con esta continua enfermedad, Everson les escribía con menos frecuencia, pero seguían recibiendo actualizaciones periódicas sobre su salud y sus perspectivas por parte de la encantadora mujer con la que se había establecido. Dorothea calculaba cada carta escrita con la letra de Everson para minimizar su exposición al riesgo, reservando las comunicaciones directas desde el más allá para ocasiones especiales.

En los primeros meses de 1986, el cuerpo de Everson Gillmouth fue descubierto en la orilla del río por un pescador, que se dio cuenta, con gran acierto, de que la caja de dos metros de largo era casi idéntica a un ataúd. Se llamó a la policía, pero el cuerpo ya se había metamorfoseado dentro de la crisálida que Dorothea había creado. Con toda la humedad del cuerpo atrapada en el interior más la humedad arrastrada por el río, el calor de California había podrido el cadáver en un tiempo récord. El cuerpo no pudo ser identificado, y al no haber ningún informe sobre la desaparición de Everson, no había manera de que establecieran una conexión. Lo archivaron como un desconocido y lo enterraron en una tumba de pobres, condenándolo al olvido. Su único delito: intentar amar a una mujer que era incapaz de sentir esa emoción.

De vuelta al negocio

A pesar de todas las prohibiciones que pesaban sobre Dorothea para que volviera a tener un hospicio o a atender a los ancianos, las necesidades del Estado no tardaron en superar el imperio de la ley. Los trabajadores sociales ya habían estado depositando tranquilamente en Dorothea casos de personas sin hogar, adictos y otros desahuciados desde el momento en que sus puertas volvieron a abrirse, y las cosas no hicieron más que aumentar una vez que tuvo toda la operación en marcha. La nueva pensión era mucho más pequeña que la primera, pero el volumen de negocio era considerablemente mayor, y dado que el principal requisito que Dorothea exigía a sus inquilinos era que se quedaran el tiempo suficiente para que ella redirigiera el pago de sus prestaciones a su dirección, esto funcionaba muy bien para sus planes. Ella era la última parada para las personas que se encontraban en el escalón más bajo de la sociedad, el último indicio de una red de contención antes de que los sin techo desaparecieran por completo para no volver jamás, y utilizaba esa posición para aprovecharse de ellos. Pronto ingresó en su cuenta más de 5.000 dólares al mes en forma de decenas de cheques diferentes, y podría haber vuelto fácilmente a la alta sociedad si no fuera por el estigma que llevaba su nombre.

Dorothea comenzó a programar las ausencias de sus residentes. Los alcohólicos eran los adictos más comunes a su cargo, y para la gran mayoría de ellos, la recuperación ni siquiera era una consideración. Dorothea interceptaba todo el correo que llegaba a la casa antes de que la mayoría de sus huéspedes hubiera salido de su estupor. Extraía el dinero o los cheques del correo y entregaba tan solo una parte de ellos a sus residentes. Gracias a este dinero, podía controlar el momento en que serían arrestados. Todo lo que debía hacer para asegurarse de que una acusación de embriaguez y alteración del orden público recayera sobre uno de sus residentes era pagarle lo suficiente para que su última borrachera le llevara al límite de la beligerancia.

Tenía calculada la distancia a los bares locales y la velocidad de consumo de sus residentes. Después de enviarlos con dinero en los bolsillos, era muy sencillo llamar a la policía para denunciar su comportamiento y, como un reloj, eran detenidos y se enfrentaban a 30 días de cárcel, 30 días en los que Dorothea podía alquilar su habitación a otra persona mientras seguía cobrando las prestaciones del residente encarcelado. Tenía cuidado de no tener siempre a los mismos residentes en problemas constantes, pero si se mira desde la perspectiva de una empresa criminal, era bastante obvio que estaba haciendo una rotación basada en la regularidad con la que cada

individuo se presentaba ante un juez, pero en ese momento, los trabajadores del gobierno que debían supervisar el cuidado de sus residentes, consideraban un pequeño milagro que los mantuviera fuera de problemas durante todo el tiempo que lo hacía.

A pesar de esta constante rotación de personas, Dorothea nunca logró desarrollar una mala reputación entre los trabajadores sociales con los que se encontraba. Eran conscientes de que se encargaba de casos que nadie más quería tratar, y si perdía a algunos, o incluso a la mayoría, era simplemente la inevitabilidad la que hacía su trabajo. Algunas personas no tenían salvación, para el resto estaba Dorothea. Repartía tamales caseros a los indigentes en la calle frente a su casa y les buscaba pequeños trabajos a cambio de dinero. Preparaba comidas abundantes para sus residentes, y los pocos que se quedaban con ella describían la vida en la casa como una fiesta constante. El alcohol y las drogas estaban estrictamente prohibidos, debido a la naturaleza de los problemas de muchos de sus residentes, pero todo lo demás era válido, y las extensas jornadas que normalmente habrían agobiado a un adicto se llenaban de charlas y juegos. A pesar de que nunca fue su intención, Dorothea reunió a una familia leal de residentes de larga duración que la adoraban y harían cualquier cosa por ella, incluso mentir a sus propios trabajadores sociales para mantener su lugar bajo su buena voluntad.

Esto era un problema. No es que Dorothea no apreciara tener una red de apoyo de personas que velaran por sus propios intereses, pero había aprendido de sus anteriores enfrentamientos con la ley, y ahora comprendía que esas mismas personas se darían cuenta gradualmente de sus patrones de comportamiento y de las decisiones objetables que tomaba. Cuanto más tiempo estuvieran en la casa, más verían, y cuanto más vieran, más amenaza supondrían para Dorothea. Y lo que es peor, cada cliente que se quedaba a su cuidado, era otra habitación que ella no podía utilizar para el interminable desfile de adictos sin hogar que estaban de paso. Disfrutaba de sus 5.000 dólares al mes, pero quería más. Siempre había querido más. Lo había perdido todo durante su última detención. Le habían quitado todas sus galas y su posición en la sociedad, y era demasiado vieja y estaba demasiado cansada para mudarse a una nueva ciudad y empezar de nuevo. El mundo se estaba convirtiendo en un lugar más pequeño en la década de 1980, y las historias que había podido dejar en los límites de la ciudad a principios de su vida, la seguirían si intentaba huir ahora.

Los que se quedaban tendían a ser un poco mayores que sus residentes habituales: se estaban haciendo demasiado viejos para una vida de constante movimiento, y en la comodidad de la casa de Dorothea encontraron el tipo de jubilación que habían estado anhelando. Dorothy Miller y Benjamin Fink fueron los primeros en

echar raíces, instalándose en sus respectivas habitaciones. Dorothy Miller tenía 64 años y pensó que había encontrado un espíritu afín en Dorothea. La mujer mayor era una nativa americana que había desarrollado un problema de alcoholismo a una temprana edad, problema que la afectó hasta sus últimos días. Había sufrido un desamor tras otro a lo largo de los años, y había perdido a su joven amante de una forma tan trágica como la historia inventada de Dorothea. A pesar de ser una marginada por su problema con la bebida, seguía siendo una romántica de corazón, con un sinfín de poemas memorizados y listos para ser recitados en cualquier momento. Dorothea no sabía cómo responder al interés de la mujer por su vida y descubrió que su habitual camuflaje de tragedias sólo parecía atraer más a Dorothy en lugar de alejarla. En Dorothy, Dorothea se vio a sí misma a través de un oscuro espejo, otra versión de sí misma con casi el mismo nombre, que realmente había nacido en una minoría étnica, que realmente había sufrido terribles pérdidas en su vida y que seguía siendo capaz de una emoción tan profunda y honda que bastaban unas pocas estrofas de un poema para arrancarle una lágrima. Toda su visión del mundo era ajena y peligrosamente antitética a la de Dorothea, y se empeñaba en compartir todo el tiempo posible con su casera, sentándose en el porche a fumar sus cigarrillos armados a mano cada vez que Dorothea intentaba escapar de ella hacia el jardín.

Un dato importante para Dorothea, era que la anciana sufría de terrores nocturnos como consecuencia de su traumática vida y le habían recetado una dosis nada despreciable de pastillas para dormir que le permitían descansar. Fue con estas pastillas con las que Dorothea dosificó cuidadosamente los cócteles de Dorothy en su apartamento privado; el único lugar donde se permitía el consumo de alcohol en el edificio. No era una trampa especialmente compleja, pero el cebo era innegablemente atractivo. Ofrecerle una bebida a una alcohólica debería ser la estafa más fácil que jamás había hecho.

Al ser la residente que más se esforzaba por participar activamente en la vida de Dorothea, esta nueva "hermana" que había adquirido era la que tenía más probabilidades de causarle problemas más adelante, por lo que era casi inevitable que fuera la primera en atraer la atención letal de la anciana, pero en realidad Dorothea tardó bastante tiempo en asesinar a la mujer con éxito. La mujer había creado una considerable resistencia al cóctel de drogas que Dorothea le había estado haciendo tragar a lo largo de los años, así que, al igual que las víctimas anteriores, cayó enferma en lugar de morir directamente. Por supuesto, la enferma cayó al cuidado de Dorothea dentro de la casa, lo que le permitió terminar el trabajo, pero aun así dio a los otros residentes más tiempo para darse cuenta de la

situación, en lugar de que Dorothy se desvaneciera limpiamente como estaba previsto.

Con sus 55 años, Benjamin no era drásticamente mayor que los residentes transitorios habituales, pero estaba más dedicado a su propia recuperación del alcoholismo que la mayoría de ellos. Comía junto con el resto de los huéspedes de la casa, pero por lo demás era bastante solitario. Sufría de frecuentes problemas de salud después de haber contraído una neumonía mientras vivía en la calle; sus pulmones nunca se habían recuperado del todo del daño, y a menudo se veía obligado a guardar cama durante varios días si pescaba un simple resfriado. Dorothea le llevaba la comida a su habitación, a pesar de que iba en contra de sus propias normas el que alguien comiera fuera del grupo, y en esa intimidad era libre de dosificar su comida y obligarle a tragarla a su antojo. Cuando su salud empeoró como consecuencia de la medicación, Dorothea anunció a bombo y platillo al hogar que se lo iba a llevar arriba para cuidarlo, igual que había hecho con Dorothy, pero a diferencia de ésta, la respuesta fue de una apatía abrumadora. La mayoría de los residentes transeúntes ni siquiera conocían a Ben debido a su naturaleza solitaria, y se estaba acercando rápidamente al punto en que ninguno de ellos podía recordar a Dorothy tampoco. De forma muy parecida a sus anteriores víctimas, Dorothea mató a Benjamin con una sobredosis de drogas.

El procesamiento de cada cuerpo replicó la preparación del cadáver de Everson. Fueron cosidos a las sábanas, envueltos en láminas de plástico y preparados para ser eliminados a las pocas horas de su muerte, pero luego, no fueron más allá. Las noticias no llegaban tan rápidamente a los oídos de Dorothea como antes. Sus contactos en el departamento de policía se habían distanciado cada vez más desde su regreso a la vida civil, pero incluso ella había oído hablar del desconocido encontrado en la orilla del río junto a la autopista Garden. Si habían encontrado a Everson, encontrarían a cualquier otra persona a la que abandonara de ese mismo modo y, finalmente, las pruebas apuntarían hacia ella. – Todo lo que se necesitarían era la identificación de un solo cuerpo para vincular todos los cadáveres a su casa de huéspedes. Ella necesitaba que estos cuerpos desaparecieran.

De toda la población de indigentes de Sacramento, el corpulento alcohólico al que solo se le conocía por su apodo "El Jefe", era considerado uno de los más inoportunos. Aquel al que los propietarios de las tiendas llamaban a la policía para que se fuera en lugar de intentar perseguirlo ellos mismos. El que todo el mundo sabía que tenía un historial delictivo. Estaba en la encrucijada entre los indigentes a los que Dorothea amaba ayudar y los ex convictos a los que amaba explotar. Y lo que es más importante, para ella, odiaba a la policía con pasión y les daba largas cada vez que se encontraban con

él. Algunos consideraron que la adopción por parte de Dorothea de este hombre como su mano derecha personal, era una especie de locura — el fin natural de sus obras de caridad se había extendido demasiado. No podían creer que una anciana de buen corazón pudiera manejar a un delincuente empedernido como "El Jefe"; esperaban la noticia de que había maltratado y robado a esta figura tan querida en la comunidad local. Sin embargo, a medida que pasaban los días y no ocurría nada, los vecinos empezaron a relajarse. La robusta silueta del Jefe se convirtió en una figura habitual que se unió a los demás trabajadores regulares del jardín de Dorothea, y poco a poco, se convirtió en parte del ruido de fondo, al igual que muchas de las cosas extrañas que hacía Dorothea. Con su fuerza física, se convirtió en el ayudante de Dorothea en todas las remodelaciones importantes del jardín. Mientras quitaban árboles y movían los canteros de flores de lugar, era su mente la que dirigía las enormes manos del Jefe. A veces le hacía trabajar hasta altas horas de la noche, echando el maloliente abono que apestaba a todo el barrio con el hedor de la carne podrida cuando se removía la tierra.

A pesar de que Dorothea era un alma bondadosa, tenía una actitud territorial cuando se trataba de su jardín. No permitía que los niños del vecindario entraran en su césped y maldecía a rabiar si alguien se metía en sus canteros. Palabras que nadie hubiera esperado que una anciana de suaves modales bramara desde su porche a la calle, enrojecían los oídos de la gente.

Tanto Dorothy como Benjamin estaban enterrados en el jardín trasero, bajo un cantero de flores. Era imposible que el Jefe hubiera enterrado esos cuerpos sin saber lo que eran, al igual que era imposible que Dorothea no hubiera sido clara en sus instrucciones al respecto. Eran socios en el crimen desde el momento en que ella le hizo saber de esos cuerpos. Él era la fuerza que ella necesitaba para deshacerse de los cuerpos, y ella era la mente maestra de toda la operación, pagándole un sueldo con los cheques que cobraba cada semana para financiar su adicción a la bebida.

El tiempo seguía pasando y el dinero entraba a raudales. Los inquilinos problemáticos empezaron a desaparecer a un ritmo mucho mayor, a no ser que se pudiera confiar en que encontraran el camino a la cárcel con regularidad, y Dorothea empezó a rastrear los bares locales en busca de nuevos huéspedes, como había hecho en los primeros tiempos. Llegó el momento en que no podía llenar las habitaciones tan rápido como las vaciaba. El ambiente festivo de la casa empezó a enfriarse a medida que el lugar se quedaba cada vez más vacío y silencioso.

Día tras día, el Jefe salía de la casa con más tierra del piso del sótano. Dorothea estaba sustituyendo el suelo de tierra por hormigón

para mantener el lugar más fresco durante los largos veranos, según la historia que contaba a los vecinos. Sin embargo, parecía haber mucha más tierra de la que se necesitaría para sustituir simplemente la superficie del piso del sótano. Era casi como si estuvieran cavando agujeros profundos en el sótano en lugar de limitarse a limpiar la superficie. No importaba realmente, por supuesto. Una vez vertido el hormigón, nadie sabría nunca con certeza lo que se había hecho allí abajo.

Con su rutina bien establecida, Dorothea ya no tenía ninguna razón para contenerse en sus complots asesinos. El Jefe podía encargarse de la limpieza; todo lo que necesitaba eran víctimas fáciles para que todo el proceso siguiera adelante. Para ello, volvió a centrar su atención en sus antiguos contactos en el sector de la asistencia social. Si podía recoger a personas que ya estaban al borde de la muerte, como Benjamin, eso facilitaría mucho su trabajo como asesina, y como ventaja adicional, las personas con una salud lo suficientemente extrema como para caer en el sistema de cuidados proporcionados por el Estado, siempre recibían los niveles más altos de prestaciones.

El 19 de agosto de 1986, Betty Palmer debía acudir a una revisión periódica al médico, pero nunca se presentó. Hacía poco que se había mudado a la pensión de la calle F, pero a diferencia de las anteriores inquilinas, acostumbradas a ser tratadas como basura, ella venía de un entorno bastante estable antes de que los crecientes gastos médicos le arrebataran su casa. Cuando descubrió que Dorothea abría su correspondencia y cobraba sus cheques, se puso inmediatamente en acción, contactando con el departamento correspondiente y asegurándose de que todos los futuros cheques requirieran de una identificación fotográfica para depositarlos. Betty no había llegado a denunciar a Dorothea a la policía. Podía entender que algunas de las otras internas requirieran el tipo de manejo que Dorothea estaba tratando de infligirle, pero ciertamente no había vivido 77 años manejando sus propias finanzas sólo para que una extraña le diera un codazo y se hiciera cargo ahora. A lo largo de las semanas siguientes, las dos tuvieron algunas discusiones sobre la situación, y Dorothea insistió en que ninguno de sus residentes recibiría un trato especial, por un deseo de justicia. Dorothea no tenía ni idea de con cuántas personas hablaba Betty sobre su situación, ya que no tenía control sobre dónde iba la mujer ni con quién hablaba. Toda la estafa de la pensión sólo podía funcionar a la perfección, si Dorothea podía mantener un control total sobre todas las piezas en movimiento, y Betty era un comodín, era como una bomba de tiempo. Dorothea no podía saber por dónde iba a saltar. La situación era inaceptable.

Dorotea invitó a Betty a su salón la noche del 18 de agosto para

tomar unas copas y hablar de ciertas cosas. Convencida de que Dorothea quería enterrar el hacha de guerra, Betty aceptó la invitación, el último error que cometería. A lo largo de varias horas, Dorothea la atiborró de cócteles llenos de somníferos y endulzó la medicina con todas las palabras que Betty quería escuchar, prometiéndole el mundo y ofreciendo todas las disculpas que la anciana quería oír. Cuando la llevaron a su habitación para cambiarse y acomodarse, Betty se sentía felizmente ebria. Con los dedos entumecidos, se quitó la ropa a tientas y se puso el camisón blanco. Se desplomó antes de llegar a la cama. Cuando la habitación quedó en silencio, Dorothea y su leal secuaz entraron con la llave maestra y se pusieron a trabajar.

El trabajo realizado con los cadáveres anteriores sería insuficiente para Betty. Era muy posible que viniera gente a buscarla, gente que ya conocía el conflicto con Dorothea y los motivos de su casera para deshacerse de ella. El cuerpo tendría que ser completamente inidentificable. Juntos, Dorothea y el Jefe se pusieron manos a la obra, extendiendo láminas de plástico por el suelo y sacando las herramientas de mantenimiento que el hombre nunca antes había tocado, a pesar de su larga trayectoria en ese trabajo. Con sierras y cinceles, cortaron el cuello de la anciana en un chorro de sangre y le quitaron la cabeza. Luego vinieron las manos, y después los pies, junto con una buena parte de la parte inferior de las piernas. Cualquier parte de su cuerpo que pudiera facilitar su identificación fue retirada y embolsada por separado para ser enterrada en algún lugar fuera de los límites de la ciudad. Sólo quedaba la masa irreconocible del torso de la anciana, lista para unirse a las otras dos víctimas en el jardín ahora que la opción más conveniente de eliminación del sótano había sido sellada con hormigón.

El Jefe se marchó con los trozos más pequeños esa misma noche, pero no sería hasta el atardecer del día 19 cuando tuvieron la oportunidad de trasladar el bloque principal de carne al jardín. Fue entonces cuando se encontraron con el primer problema real de la operación: los vecinos estaban en sus jardines traseros. El abrasador clima de Sacramento de ese año había empujado a todos los que tenían vida social a una vida más nocturna. Las barbacoas y el tintineo de las botellas de cerveza estaban en todos los lugares a los que Dorothea acudía. El jardín trasero había pasado de ser el refugio perfecto a la Gran Estación Central. No había posibilidad de hacer alguna excavación nocturna sin atraer todo tipo de atención no deseada. Pero en la calle, a esas horas, no había prácticamente nadie, como mucho un coche cada hora. Incluso si alguien se dedicaba a sus menesteres nocturnos, era poco probable que dijera algo sobre lo que veía, pues, probablemente estaba llevando a cabo sus propios asuntos

ilícitos.

Dorothea y el Jefe cavaron una tumba poco profunda para el torso a pocos metros de la acera frente a la casa y la cubrieron con la misma rapidez. Si algún transeúnte los vio, nunca se acercó a denunciar las extrañas actividades. Para marcar la tumba de la molesta mujer y cubrir la tierra recién removida, Dorothea arrastró una estatua de San Francisco de Asís hasta el lugar.

Durante unas semanas, pasaron desapercibidos, llevando a cabo los negocios de la pensión sin ninguna actividad "extraña", cuando se hizo evidente que nadie había denunciado la desaparición de la anciana, Dorothea se relajó y fue a cobrar sus cheques habituales, allí fue cuando se encontró con el problema de los pagos de Betty. Sin una identificación que demostrara que era Betty, ya no podía depositar los cheques de Betty. Se hizo la desentendida, riéndose de su memoria vacilante, y volvió al día siguiente con lo que necesitaba: el documento de identidad de Betty, trucado para que la foto de Dorothea sustituyera a la de la mujer muerta. Con la capa de seguridad añadida, el gobierno no dudó en seguir emitiendo cheques a Betty a pesar de no estar en contacto con ella, y las citas médicas casi constantes de Betty por el mal estado de salud que la llevó a la pensión de Dorothea, proporcionaron la excusa perfecta cada vez que un trabajador social se pasaba por allí para comprobar su bienestar. Al cabo de una semana, todas las pertenencias de Betty estaban guardadas y la habitación volvía a estar en alquiler. El negocio siguió como siempre.

Sociedades disueltas

Si el Jefe hubiera sido un hombre más inteligente, se habría dado cuenta de que Dorothea no mantenía a las personas que sabían de sus crímenes durante mucho tiempo. Uno a uno, la había ayudado a enterrar a todos los que podían implicarla en los asesinatos. Todos, excepto él. Tal vez cayó en el mismo engaño que todas sus otras víctimas, pensando que esta anciana era realmente inofensiva. Sabía que podía matar, pero eso no significaba que creyera que era capaz de dañar a un hombre fuerte como él en lugar de a los enfermos y ancianos que había estado cazando hasta la fecha. Ni siquiera se le ocurrió pensar que algo extraño podría pasar cuando ella le hizo demoler un invernadero en el jardín trasero y preparar la colocación de una losa de hormigón sobre él.

En febrero de 1987, la casa recibió una nueva residente, que probablemente no se marcharía a ningún sitio pronto —otra de las enfermas de la ciudad que no podía optar por los cuidados paliativos. Leona Carpenter fue dada de alta del hospital y pasó directamente a los cuidados de Dorothea. A sus 77 años, Leona había librado una larga lucha contra el cáncer, cuya última batalla había sido una prolongada operación cerebral para extirpar el último de sus tumores. Dorothea dejaba atónitos a los conductores de las ambulancias que se acercaban a ella con la calidad de los cuidados que estaba dispuesta a brindar. Había habilitado uno de los sofás del salón como cama de día y, mientras ellos observaban, hizo un pequeño nido de mantas para la anciana, que hasta ese día había sido una total desconocida. La propia Leona se sintió completamente abrumada por esta amabilidad, y cantó las alabanzas de Dorothea a cualquiera que quisiera escucharlas.

Dorothea disfrutó de esta simpatía y de las alabanzas de segunda mano durante el tiempo que duraron, pero después de dos semanas de atender a la anciana, comenzó a perder la paciencia. Leona no parecía mejorar, y las pocas semanas en las que había vuelto a comportarse como una auxiliar de enfermería, le habían recordado a Dorothea por qué había dejado esa noble profesión años atrás. No tenía paciencia para las quejas y tenía mal carácter para las constantes exigencias. Delegó todas las tareas que pudo en los demás residentes, pero ni siquiera eso fue suficiente para aliviar la presión.

Cuando se hizo evidente que nadie iba a venir a ver a Leona mientras Dorothea siguiera dando buenos informes sobre su salud, buscó la forma más fácil de salir de la situación. Leona ya estaba aturdida y confundida por la operación, y de todos modos consumía más pastillas que el resto de la casa junta a diario. No era difícil para Dorothea añadir unos cuantos medicamentos más a la mezcla cuando su temperamento se vio desbordado. Se había preparado para esta

eventualidad desde el principio, con láminas de plástico colocadas debajo de las mantas que había colocado para la comodidad de Leona. Otro capullo preparado para la eliminación de un cadáver.

La nueva zona destinada a ser cubierta de hormigón aún no estaba preparada, así que Dorothea y el Jefe cavaron un agujero poco profundo entre un árbol y la valla del jardín, con la intención de trasladar los restos a un lugar de descanso más permanente más adelante, cuando tuvieran más tiempo. El frágil cuerpo de Leona, marchito por la enfermedad, cayó en él sin dejar rastro.

Carol Durning fue la siguiente residente en recibir la atención de Dorothea. Había llegado a la pensión a principios de año y había hecho todo lo posible por mantener un perfil bajo, pero el hecho de que siguiera allí después de tres meses parecía preocupar a Dorothea. Carol parecía totalmente inmune a los dudosos encantos de Dorothea: ya había pasado por suficientes cosas en su vida como para ignorar cualquier presión social de la anciana o de los demás residentes para que se conformara, y salía de su habitación como un tiro cada vez que llegaba el cartero. Por todo esto, Dorothea era cuidadosa con Carol, cuidando de mantener cualquier información sobre sus actividades ilegales bien lejos de ella, ya que no era de fiar. Mantenerla aislada durante toda su estancia en la pensión debería haber resuelto el problema, pero en todo caso, sólo empeoró las cosas. En lugar de ser expulsada como una paria, Carol se convirtió en un punto de encuentro para aquellos a los que no les gustaba el régimen de Dorothea. Incluso los residentes que habían seguido la corriente durante años, empezaron a cuestionar la conveniencia de que Dorothea controlara el dinero que les daba el Estado.

Como recién llegado, James Gallop, que acababa de salir del hospital, fue uno de los residentes que se unió a ella. Discutió una y otra vez con Dorothea sobre su dinero, exigiéndole que se lo entregara, o la denunciaría a la policía. Dorothea no podía permitirse el lujo de tener policías rondando por su casa, ya no. Ya no tenía influencia en el Ayuntamiento ni en la oficina del comisario para hacer desaparecer sus problemas. Si antes sólo tenía esqueletos figurados en su armario, ahora tenía cadáveres en descomposición en su jardín. Había que ocuparse de James. Como la mayoría de las víctimas favoritas de Dorothea, tenía mala salud. Había sobrevivido a un cáncer y a un ataque cardíaco el año anterior a su llegada, y la pensión era el primer lugar fuera de un hospital al que podía llamar hogar desde hacía muchos años. Sus problemas de salud habían destruido cualquier rastro de vida que hubiera tenido antes, los amigos y la familia habían perdido el contacto mientras él permanecía al borde de la muerte día tras día, semana tras semana, mes tras mes. A los 62 años, estaba completamente solo, y para cuando llegó al

cuidado de Dorothea, todo rastro del hombre que fue, todo lo que había sido antes, estaba abrasado por su ardiente necesidad primaria de supervivencia. No desconfiaba de los intentos de amabilidad de Dorothea; había recibido esa fría simpatía del personal médico durante tanto tiempo que, a estas alturas, le parecía un estado normal de interacción, pero protegía ferozmente su independencia ahora que había empezado a recuperarla. Tomaba sus medicamentos por sí mismo. Quería controlar su propio dinero y mantenía su habitación en la pensión como un espacio privado en el que Dorothea claramente no era bienvenida. Eso hacía muy difícil matarlo. Dorothea se las arregló para darle algunos somníferos en lugar de analgésicos, pero él no tardó en darse cuenta y se le oyó quejarse en voz alta de que su medicina siempre le daba sueño. Se quejó lo suficiente como para que Dorothea no se atreviera a hacer otro intento fallido contra su vida. Tuvo que esperar para asegurarse de que la próxima vez tendría éxito.

Dorothea estaba tan obsesionada con la amenaza inmediata de James que la amenaza mayor de Carol se le escapó por completo. Carol se le había escapado de las manos. Después de seis meses de ser tratada como una basura, Carol se mudó de la pensión por su propia voluntad, aunque Dorothea diría más tarde que la había desalojado. Había visto muy poco de lo que realmente ocurría en la casa de la calle F, y se mantenía hermética sobre lo poco que había visto. Aun así, seguía siendo una testigo que se había escapado del alcance de Dorothea, lo que hizo que ésta entrara en una espiral de pánico.

Casi inmediatamente después de la partida de Carol en julio, Dorothea molió una dosis letal de somníferos y los mezcló en la comida de James. Era una jugada arriesgada envenenar a alguien a la vista de toda la casa, y si él se hubiera dado cuenta y se hubiera quejado, ella podría haber quedado al descubierto, pero con el reducido número de huéspedes de la casa, Dorothea decidió correr ese riesgo, sin importar las consecuencias.

Utilizando las tarjetas de identificación de Dorothy y de Ruth modificadas con su foto, además de sus contactos en la profesión médica, Dorothea había podido conseguir múltiples fuentes de somníferos. Hizo acopio de muchos tipos diferentes de medicamentos con el pretexto de que los necesitaba para atender a sus residentes y a los miembros de la comunidad que seguían acudiendo a La Doctora para su cuidado en lugar de confiar en el sistema médico estadounidense. Esto significaba que cuando se propuso matar a James, era más que capaz de administrar una dosis que podría haberle matado, allí mismo, en la mesa. No se desmayó hasta después de la cena, cuando el grupo se había trasladado al salón para escuchar música. Puede que muriera allí mismo, o que Dorothea le diera más drogas luego de arrastrarlo a su habitación. Sea como fuere, el Jefe

estaba de vuelta a la mañana siguiente, cavando en una parcela fresca de tierra removida en el jardín trasero antes incluso de que saliera el sol.

A lo largo de toda aquella campaña de asesinatos, habían continuado las quejas sobre los repugnantes olores en la pensión de Dorothea. Ella los adjudicaba a sus abonos, a las ratas muertas debajo de la casa y a los problemas con los desagües, frente a varios vecinos, en diferentes momentos; la historia cambiaba constantemente mientras escupía excusas con demasiada ligereza, asumiendo que los vecinos nunca hablaban entre ellos, asumiendo que ella era el centro del mundo alrededor del cual orbitaban todas las demás personas. Se había pasado la vida reescribiendo su historia a su antojo, rehaciendo el mundo para adaptarlo a la historia que intentaba contar. No era de extrañar que ya no viera a los demás como humanos, sino como personajes secundarios de su propio gran drama. Al fin y al cabo, dentro de unos años, cuando contara una historia sobre ellos, podrían cambiar por completo con un simple giro de la lengua. Sólo el mundo de fantasía de Dorothea era real para ella; todo lo demás no eran más que estorbos por los que había que navegar.

Con la parcela de atrás por fin lista para colocar el hormigón, Dorothea decidió cerrar otro capítulo de la historia que nunca se contaría. Después de otro duro día de trabajo en el jardín trasero, Dorothea invitó al Jefe a su habitación para tomar unas copas. A estas alturas de su relación, esto era algo bastante habitual, sin duda algo que no haría levantar las cejas a ninguno de los residentes, ni al propio Jefe. Dorothea mantenía una reserva de buen licor en su bar privado, en su apartamento, guardado bajo llave durante todo el día para evitar que cualquier alcohólico de dedos pegajosos subiera las escaleras. Era una selección que al Jefe siempre le entusiasmaba probar. Dorothea preparaba cócteles tan potentes que podían erizar el vello de la nuca, cosas que hacían palidecer el whisky rancio que bebía todas las noches.

Se establecieron en su rutina habitual de copas y silencio amistoso un poco más tarde de lo habitual, ya que el Jefe había trabajado hasta el anochecer para tener todo listo para el vertido de hormigón de mañana. El alcohol hizo su trabajo relajante, aflojando todos los músculos tensos de su espalda, y Dorothea parecía aún más agradable que de costumbre, rellenando su vaso una y otra vez sin que él tuviera que hacer las habituales insinuaciones para que fluyera. Si hubiera sido un hombre más inteligente, se habría dado cuenta de que ella estaba siendo inusualmente complaciente, pero tal y como estaban las cosas, se sintió recompensado por un trabajo bien hecho. Había un montón de cuerpos en el jardín trasero, bajo el lugar donde estaba el invernadero —más cuerpos de los que él recordaba haber enterrado,

en realidad— y Dorothea probablemente se sentía aliviada de poder dejarlos atrás por fin. Él nunca se había tragado su historia de que habían muerto naturalmente y que enterrar los cuerpos era una estafa para obtener beneficios. Sabía que ella tenía que estar matando a la gente que vivía allí porque había demasiados cadáveres plantados en el jardín y en el sótano como para haber muerto por causas naturales. Sólo porque lo supiera, no significaba que tuviera que hablar de ello. La única cosa que le había enseñado su tiempo en el ejército, era que no debía abrir la boca sobre cosas que no le concernían directamente; no si no quería que le llovieran problemas desde direcciones inesperadas y que los disparos de los francotiradores rebotaran en los árboles junto a su cabeza y no precisamente provenientes del bando enemigo.

Cuando bebía, no solía sumirse en la autorreflexión y en los recuerdos dolorosos — esa era la mitad de la razón por la que bebía—, pero, por alguna razón, esa noche se encontró sumido en un río fluido de ellos. Estaba tan ensimismado que apenas se inmutó cuando sintió que Dorothea lo tocaba. Todo su mundo se sentía como si estuviera envuelto en algodón: nada era real, nada podía ya hacerle daño. Ni siquiera se dio cuenta de que lo habían llevado hasta el dormitorio, ni pensó que las láminas de plástico colocadas sobre las mantas fueran algo fuera de lo normal. Así era como siempre había visto la cama de Dorothea. Cada vez que había estado allí para sacar un cuerpo, el plástico estaba allí. Estaba tan drogado que ni siquiera se le encendió una alarma cuando ella lo acostó y empezó a envolverlo. Podía sentir su respiración, atrapada y húmeda entre su cara y la lámina de plástico. No podía mover los brazos ni las piernas, pero no estaba seguro de si eso se debía a que la envoltura los mantenía en su sitio o a que estaba demasiado desconectado de su propio cuerpo como para conseguir que sus miembros le obedecieran. Sólo cuando Dorothea le envolvió con las sábanas y las mantas y empezó a coser, el miedo se despertó por fin en su interior. Sólo cuando la luz de la bombilla que se balanceaba por encima de su cabeza fue borrada por la tela y la sombra amenazante de la anciana, se produjo un atisbo de conciencia en él. Lo estaba matando. Quizás ya estaba inconsciente y esto era sólo un sueño. Cuando recobró un poco de consciencia, ya estaba enterrado en el jardín, y las calientes y laboriosas bocanadas de aire que intentaba extraer dentro del plástico eran lo último que le quedaba.

A la mañana siguiente, Dorothea salió sola a verter el hormigón y a sellar la tierra recién removida que alguna vez había sido el cobertizo del jardín. Tenía planes de construir un nuevo cobertizo encima, pero no había prisa por ello. Le llevaría algún tiempo seleccionar un nuevo encargado de mantenimiento para la propiedad,

uno que estuviera dispuesto a hacer ese tipo de trabajo pesado. Era una pena que el Jefe hubiera desaparecido en la noche sin decir nada a nadie. Expresó su decepción a todo aquel que quisiera escucharla cuando preguntaba por el hombre corpulento que se había convertido en un personaje habitual del barrio. Ella le había dado su paga de la semana, y él había huido sin dar las gracias, y nadie lo había vuelto a ver. En comparación con el carácter extensivo de los cuentos habituales de Dorothea, fue un bastante escueta en su relato. Era una historia tan anodina que pronto se desvaneció de la memoria colectiva de todos. Esperaban que la presencia del Jefe terminara con una explosión, con un robo o un asesinato. En lugar de eso, se había desvanecido sin hacer ruido, como un vagabundo más que seguía a la deriva cuando se cansaba del lugar donde se había instalado.

La relación había sido muy beneficiosa para Dorothea durante los últimos años, pero ahora se estaba volviendo paranoica, y la codicia que siempre había impulsado sus acciones se había disparado. No quería compartir las ganancias de su ingeniosa empresa criminal con un delincuente de poca monta que no entendiera las complejidades de la falsificación de un cheque, y no podía permitirse el lujo de tener a nadie que entendiera el panorama completo dando vueltas, excepto ella. Incluso ahora, en el punto álgido de su arrogancia, cuando se sentía más invulnerable, estaba planeando su defensa en caso de que se descubriera uno de los cuerpos, y todo ese plan dependía de que su versión de los hechos fuera la única que se contara.

Se tomó una noche de descanso después de pasar un día entero en la parte trasera de la casa extendiendo hormigón dentro del marco de madera que el Jefe había montado. Luego volvió a frecuentar los bares en busca de nuevos clientes. Sus caros gustos no podían satisfacerse sin un flujo incesante de nuevos pensionistas. Las pequeñas comodidades que la habían hecho sentir más segura después de su caótica infancia, se habían vuelto más y más importantes con el paso de los años, y había perdido el respeto de la gente por el que tanto se había esforzado en ganar. La consumían a ella y, a su vez, a las vidas de un residente tras otro.

Sin el Jefe de guardia, la eliminación de los cadáveres volvió a ser una preocupación acuciante para Dorothea. El ritmo de sus asesinatos pasó de una marea a un goteo, de la noche a la mañana. Pero, ciertamente, no se detuvieron. Dorothea nunca dejaría de hacerlo ahora que había probado lo fácil que podía ser el asesinato en su vida. Como el carpintero que sólo tiene un martillo y ve todos los problemas como un clavo, Dorothea consideraba su extenso botiquín como un remedio para todo, no sólo para las dolencias físicas sino también para cualquier problema en su vida. Matando, podía controlar absolutamente todo. Podía convertir el caos del mundo en orden.

Podía hacer que todo encajara perfectamente en su historia.

En octubre de 1987, Vera Martin llegó a la pensión, firmó todo el papeleo que Dorothea le presentó y nunca más fue vista en público. Hasta ese entonces, siempre había habido una oportunidad de escape, una oportunidad para que los recién llegados conocieran y saludaran a los demás residentes de la pensión y se instalaran antes de trasladarse misteriosamente. Vera nunca tuvo la oportunidad de sentarse a saborear una de las famosas comidas caseras de Dorothea. Guiada directamente al piso de arriba, una vez que sus pertenencias fueron guardadas bajo llave en una de las muchas habitaciones vacías, se encontró instalada en la sala de estar de Dorothea con un cóctel en la mano antes de que se diera cuenta. Fue drogada, acostada y envuelta tan rápidamente que Dorothea se olvidó de registrarla en busca de objetos de valor antes de arrastrarla escaleras abajo para guardarla.

Homer Myers era otro de los residentes de Dorothea desde hacía mucho tiempo, pero se las arregló para pasar por alto sus letales atenciones gracias a que se mantuvo callado y casi obediente durante sus dos años de estancia en la pensión. Cuando ella le entregó los formularios necesarios para que cobrara sus cheques de la seguridad social, él no discutió con ella, simplemente los extravió. Cuando ella volvió a intentarlo unos meses más tarde, él volvió a extraviarlos. Finalmente, dejó de intentarlo, considerando que el hombre era demasiado lento para representar una amenaza para ella, una suposición que puede no haber sido del todo injusta, dado que después de deshacerse del Jefe, convenció a Homer para que cavara una tumba en su jardín sin que él se diera cuenta de su propósito, incluso cuando nunca se plantó ningún duraznero en el agujero de 2 metros de profundidad que había cavado en aquella tarde sofocante.

Cuando Dorothea sacó el cadáver y empezó a echar tierra sobre él, el reloj de la muñeca de Vera seguía sonando. Bajo la tierra, en la oscuridad, seguiría haciendo tictac, contando los segundos hasta que volviera a ver la luz del día. No pasaría mucho tiempo. Aun aprovechándose de los más vulnerables de la sociedad, los métodos homicidas de Dorothea no pasarían desapercibidos para siempre. Todo lo que se necesitaba era una víctima que no fuera olvidada tan fácilmente.

El niño de Mamá

Álvaro "Bert" Montoya era un hombre tranquilo, que hablaba casi exclusivamente en su español nativo y casi siempre para sí mismo. Era discapacitado y esquizofrénico, con una inteligencia infantil que hacía que la mayoría de las conversaciones que mantenía fueran con personas que nadie más podía ver. Incluso en sus discusiones más feroces con las voces de su cabeza, Álvaro era amable y hablaba con calma y educación, independientemente de lo que le instaran a hacer. Su madre, en Puerto Rico, le había inculcado un sólido sentido de los modales antes de dejarle salir al mundo. Debía saber que, si alguna vez parecía algo más que un gigante amable, la gente se volvería contra él en un instante. Con su pelo blanco y salvaje y su barba crecida, Álvaro daba una imagen aterradora cuando se tambaleaba por las calles de Sacramento y se comunicaba con los demás casi exclusivamente con gruñidos y gemidos animales. Todo el mundo veía a Álvaro como uno más de los alcohólicos sin remedio que pululan por las calles de Sacramento, pero la verdad es que nunca había probado el alcohol.

Su apariencia engañosa hizo que la seguridad social lo pasara de un lugar a otro sin éxito. Pasaba las noches durmiendo en un gran cobertizo, proporcionado por los Voluntarios de América, en la calle Front, rodeado de peligrosos alcohólicos y drogadictos. Uno de esos alcohólicos se encariñó con Álvaro y a pesar de su incapacidad general para comunicarse, consiguió sonsacarle algunas palabras en un inglés chapurreado. Entendió que Álvaro se había presentado como Alberto, por lo que inmediatamente empezó a llamarle "Bert", un nombre que le quedó grabado a partir de ese momento. Aunque no podían hacer nada para ayudar a Bert debido a su falta de adicciones, seguía pasando largos ratos durante el día en el centro de desintoxicación local, donde recibía una comida caliente y un poco de orientación por parte del amable personal. No era una gran vida, y el caos de todo aquello parecía exacerbar sus síntomas. Cada día que pasaba se volvía menos verbal, se encerraba en sí mismo y sólo hablaba con las voces que gritaban dentro de su cabeza.

Un miembro de los Voluntarios de América se encariñó con Bert, reconociendo que era un alma bondadosa que sufría una terrible aflicción. Judy Moise había pasado gran parte de su vida adulta ayudando a los sin techo y a los indigentes de Sacramento a navegar a través de las complejidades del sistema que debía protegerlos. En casos como el de Bert, cuando la persona a la que intentaba ayudar quedaba expuesta directamente por ese sistema, las cosas se complicaban aún más. Si Bert había entrado ilegalmente en EE.UU., existía el riesgo de que cualquier investigación oficial que Judy

realizara, pudiera llevarle a ser deportado y a perder la ya mínima red de apoyo que tenía. Por cada paso que daba hacia adelante, tenía que dar dos hacia atrás para mantener a Bert fuera de los ojos del gobierno. Obtuvo información de Bert en breves charlas cuando pudo acorralarlo en el cobertizo de la calle Front. Entre el inglés chapurreado de él y el español de ella, la comunicación fue lenta, pero día tras día, pequeños fragmentos de información se fueron sumando hasta poder formar una imagen completa. Bert era de Puerto Rico. Había nacido allí en septiembre de 1936. Su nombre completo era Álvaro José Rafael González Montoya. Y lo más importante, desde la perspectiva de Judy, algunas llamadas a la embajada americana en San José, Costa Rica, le habían revelado que su madre había emigrado legalmente a los Estados Unidos con su hijo y su hija en 1962. Era un ciudadano legal de los Estados Unidos, lo que significaba que tenía derecho a toda la atención y el apoyo que habría recibido cualquier ciudadano nacido en el país. Ella pudo proporcionarle una identificación con fotografía y toda la información que necesitaba para solicitar cheques de la seguridad social y ayudas médicas. No era mucho, pero era el primer paso hacia un futuro mejor para Bert. Por primera vez desde que lo conoció, Judy tenía la esperanza de que su vida mejorara.

El siguiente reto era encontrar un alojamiento permanente para Bert en el que recibiera el nivel de cuidados que necesitaba, un lugar en el que sus excentricidades no lo condenaran al ostracismo. Fue entonces cuando conoció el nombre de Dorothea Puente por primera vez. Su pensión en la calle F tenía mala reputación en los escalones superiores del departamento de trabajo social, donde se había difundido la noticia de sus condenas penales, pero en la calle, a nadie le importaban las posturas políticas. Lo único que le interesaba a Judy era ayudar a Bert, y por la descripción que había recibido, Dorothea era todo lo que necesitaba. Sin embargo, no confiaría a su querido Bert a cualquiera. Visitó la pensión para evaluar el terreno por sí misma.

Lo que encontró la dejó atónita. La vieja casa victoriana, pintada en colores pastel, no se diferenciaba mucho de las demás, pero por dentro todo cambiaba. Había música y Dorothea repartía tamales caseros a sus invitados mientras reían y jugaban a las cartas. Era todo lo que el sistema de atención prometía ser pero que nunca había logrado cumplir. Era como un sueño hecho realidad para Judy: el lugar perfecto para Bert. Consiguió un rato a solas con Dorothea en su estricta cocina, recibió agradecida una taza de café recién hecho y le explicó con detalle la situación de Bert.

Las sorpresas siguieron llegando. A Dorothea se le escapó una lágrima en el rabillo del ojo cuando le contó la historia, y ya asentía

con la cabeza. "Me ocuparé de este pobre chico. Recuerdo lo que fue emigrar a este país y quedarme sola como él. Mi madre también murió cuando yo era joven. Demasiado joven. Sé cómo cuidar a hombres con estos problemas. He tenido muchos por aquí antes. Tendrá todo lo que necesita. Lo cuidaré muy bien, se lo prometo".

Dos días después, Bert se mudó. Judy no podía creer la rapidez con la que se movían las cosas y se sorprendió aún más cuando se dio cuenta de que Dorothea estaba pagando por Bert de su propio bolsillo hasta que los cheques de la seguridad social comenzaran a llegar. La siguiente vez que Judy lo visitó, llevaba un equipo completo de ropa nueva, el pelo estaba lavado y peinado, incluso su barba salvaje había sido domada. Lo que fuera que Dorothea estuviera haciendo, estaba funcionando. Recibía tres comidas al día, e incluso los otros residentes que habían alabado a Dorothea la primera vez que Judy pasó por allí, no podían evitar hablar del trato especial que recibía Bert. La cocina solía ser el espacio sagrado de Dorothea, donde no se permitía la entrada a los simples mortales, pero todos los días tenía a Bert allí ayudándola.

Sus días transcurrían entre delicados trabajos de jardinería, tareas sencillas de mantenimiento en el edificio y buena compañía. Dorothea estaba siempre a su lado, charlando con él en español o en inglés mientras él iba de un lado a otro involuntariamente, respondiendo a cada uno de sus arrebatos, por irracionales que fueran, con su voz tranquila y mesurada. Los dos parecían irradiar paz y, por un momento, Judy sintió que el destino los había unido a los dos —la mujer, que necesitaba a alguien a quien cuidar y el simple hombre aterrorizado por el mundo exterior, que la amaría incondicionalmente a cambio. No podía creer lo afortunada que había sido la elección de colocarlo en aquella casa. Increíblemente, Bert fue capaz de hablar con Judy con claridad por primera vez, encadenando frases completas y demostrando que entendía no sólo dónde estaba, sino también quién era y qué le había pasado. Se habló de llevarlo al médico para que le recetara de nuevo una medicación antipsicótica, ahora que era capaz de cuidar de sí mismo. En ese momento, mostró a Judy con orgullo sus uñas: estaban limpias y se las había cortado él mismo por primera vez en años.

Cuando Dorothea salía de casa, a menudo se llevaba a Bert para que le llevara las maletas o simplemente le hiciera compañía. Se convirtió en una presencia constante en su vida, el tipo de hombre en el que ella hubiera esperado que se convirtiera el Jefe, si no hubiese sido por su desafortunada vena egoísta. A cambio, Dorothea parecía preocuparse de verdad por él. Los otros huéspedes la habían visto a menudo alimentando a los gatos callejeros del barrio. En Bert, parecía haber encontrado un callejero para adoptar que podría corresponder a

sus cuidados y afectos. Todo habría parecido bastante dulce e inocente si no fuera por los lugares a los que Dorothea lo llevaba.

En marzo de 1988, Dorothea y Bert se dirigieron al centro de la ciudad, al edificio de la Seguridad Social, donde Dorothea se presentó como prima de Álvaro en su documentación y dispuso que todo su dinero se depositara en su cuenta. Una rápida parada en el psiquiatra del departamento de la Seguridad Social, para demostrar que Bert no era mentalmente capaz de gestionar sus propias finanzas, y el trato estaba hecho.

Los trabajadores sociales vinieron a ver a Bert poco después de este cambio, no por ninguna sospecha sino simplemente porque estaba en su agenda hacerlo. Se quedaron sorprendidos por las mejoras que se habían producido, tanto en su comportamiento como en su aspecto. Comenzaron a discutir la posibilidad de que Bert volviera a tomar la medicación que le permitiera controlar completamente los síntomas de su esquizofrenia, pero después de todo el tiempo que pasó en el centro de desintoxicación, Bert había asimilado algunas de las lecciones que se estaban barajando. Las drogas eran malas. Él no quería drogas. Le harían enfermar. Le harían daño. Le daban miedo las agujas. Se ahogaba cuando intentaba tragar las pastillas. No le gustaba su sabor. Discutir con él era tan inútil como intentar discutir los hechos con un niño testarudo. No se podía cambiar su opinión.

Los trabajadores sociales se encontraban en una situación incómoda frente a Dorothea. Sabían que, desde el punto de vista legal, la situación de la pensión era un poco precaria, pero el servicio que Dorothea ofrecía a la comunidad local superaba drásticamente la necesidad de cualquier aplicación punitiva de la ley. Lo que Dorothea había hecho claramente no era tan malo, ya que los agentes de la libertad condicional que la visitaban regularmente, no tenían problemas con que ella gestionara el cuidado y las finanzas de toda esa gente. Suponían que todo el sistema funcionaba como estaba previsto, así que ignoraban las pequeñas violaciones de las normas, por el bien común.

Para los agentes de libertad condicional, que estaban al tanto de las idas y venidas del departamento de trabajo social, ocurría lo mismo. Suponían que nadie alojaría a sus tutelados en casa de Dorothea, si no se comportaba de forma honrada, por lo que le daban vía libre a las flagrantes violaciones de la libertad condicional de llevar una pensión, cuidar de ancianos y enfermos y manejar sus cheques de la seguridad social, las únicas restricciones que realmente se le habían impuesto a la mujer cuando fue puesta en libertad. Con su pelo blanco, los dientes que le faltaban y su aspecto de abuela, era difícil ver a Dorothea y considerarla una delincuente de cualquier tipo. Se escabulló entre las grietas de los sistemas de libertad

condicional y de la asistencia social, manipulando a las personas con las que se reunía para que creyeran, por sobre todas las cosas, que era inofensiva, manteniendo cualquier indicio de impropiedad sin denunciar, de modo que cuando las preocupaciones asomaran sus sucias cabezas, no hubiera pruebas que las corroboraran.

Cuando se sometió a un lifting, se llevó a Bert para que le llevara las maletas y durmiera en la silla junto a su cama del hospital, a pesar de que a él le aterraban los hospitales. No quería dejarlo solo, ni siquiera durante la única noche que iba a estar fuera. Al igual que ella le había cuidado cuando llegó a la casa, él la cuidó a ella durante su convalecencia, trayendo y llevando todo lo que necesitaba y teniendo libre acceso a toda la casa, incluso actuando como sus manos en los preparativos de la cena, mientras ella vigilaba con sus ojos penetrantes rodeados de vendas. Se recuperó de la operación en un tiempo récord y cambió su vestuario de matrona por algo más elegante y glamuroso —el tipo de ropa que le hubiera gustado poder permitirse a sus 20 o 30 años, cosas que podía permitirse ahora que tenía tantos cheques de la seguridad social alimentando su cuenta. Los perfumes y la última moda de París llenaron su habitación de arriba. Se estaba tratando muy bien.

Una vez terminado su calvario en el hospital, Bert se alegró de volver a su antigua tarea del cuidado del jardín, cavando un profundo hoyo para un nuevo árbol que Dorothea planeaba plantar en una esquina, para crear un mirador sombreado, el mismo duraznero que se pretendía plantar semanas antes cuando Vera fue consignada a la tierra. Esta vez, el agujero era más amplio y estaba pensado para albergar una masa mayor, lo suficientemente ancha como para que Bert pudiera entrar de pie dentro de él y dar vueltas sin problemas. Ese era el tamaño específico que ella le había indicado que cavara. Ella colmó de elogios a Bert después de todo su duro trabajo, lo consintió con las golosinas y los dulces que tanto le gustaban y lo ayudó a lavarse después. No sorprendió a nadie en la pensión que invitara a Bert a subir al salón después de la cena. Era obvio que ella sentía un gran afecto por el hombre, aunque él no fuera del todo capaz de devolverle ese afecto del mismo modo. Nunca subía a su apartamento hasta tarde porque su sentido del decoro no se lo permitía —aunque el hombre de sus aposentos tuviera la capacidad mental de un niño pequeño— bajaba las escaleras sonriendo todas las noches que ella le invitaba a subir de visita, y se oían sus discos sonando por toda la casa todas las noches que estaban juntos. Algunos de los otros residentes bromeaban diciendo que ella le estaba enseñando a bailar.

Con el gran agujero ya cavado para el nuevo árbol, el trabajo de Bert en el jardín se hizo menos frecuente y más esporádico. Trabajaba

toda la mañana y luego tenía que ir a tumbarse a la sombra durante unas horas para recuperarse. Aunque gozaba de la mejor salud física que había tenido en años, parecía verse agotado. Para los visitantes que debían velar por su bienestar, parecía que se estaba volviendo más y más apagado a medida que su psicosis perdía el control sobre él, y ciertamente se estaba volviendo mucho más calmado y más capaz de conversar sin sus habituales movimientos bruscos e inquietos como resultado de los cambios que Dorothea había logrado en él. El único que parecía estar genuinamente preocupado era Bert, pero carecía de las habilidades para comunicar esa preocupación a alguien que realmente le pudiera ayudar.

Con menos trabajo que hacer en el jardín, y la disminución del interés de Dorothea, distanciándose poco a poco emocionalmente de él, Bert descubrió que volvía a tener tiempo libre para sí mismo. Comenzó a vagar por las calles como solía hacerlo, pero con un hogar tranquilo al que volver. Todos los bramidos y rebuznos que antes sonaban en cada callejón, haciéndole perder el rumbo, se habían desvanecido. Era capaz de pasear de un destino a otro sin vacilar. Pronto volvió a ser un visitante habitual del centro de desintoxicación, donde disfrutaba poniéndose al día con todos sus viejos amigos ahora que era más capaz de mantener su parte de la conversación. También ellos estaban sorprendidos por los cambios que había experimentado Bert, todos estaban asombrados y encantados.

Una de las trabajadoras que se había interesado personalmente por Bert, se sorprendió al ver que el hombre hablaba inglés con cierta soltura y podía seguir casi toda la conversación que compartían, pidiendo aclaraciones sólo en algunas ocasiones aisladas. Fue a esta enfermera a quien Bert trató de confiar su problema de fuerza y resistencia decrecientes, expresó que se sentía cansado todo el tiempo ahora que Dorothea lo tenía trabajando en el jardín. Estableció un vínculo causal incorrecto, por lo que la enfermera no pudo ayudarle. Por supuesto que estaba cansado después de haber trabajado en el jardín todo el día — si hubiese provenido de cualquier otra persona, la queja habría parecido un sinsentido— pero aun así, la enfermera trató de sacarle más información a Bert. Finalmente, hubo un cambio brusco de rumbo.

Bert se quejó de que mamá le estaba dando una medicina que no le gustaba. Eso hizo saltar las alarmas en la mente de la enfermera, así que impidió que Bert volviera a casa con Dorothea. En su lugar, llamó a la pensión y le pidió que fuera a recoger a Bert para que pudieran charlar sobre su evolución. Cuando Dorothea llegó, esperando ser aplaudida una vez más por todos los cambios que había hecho en la vida de Bert, fue en cambio emboscada por la enfermera, exigiendo saber con qué estaba medicando al pobre hombre.

La dulce abuela se desvaneció en un instante cuando el temperamento de Dorothea se encendió. "¿Lo quieres? ¿Quieres que vuelva aquí? ¿Quieres decirme cómo llevar mi casa? ¿Cómo llevar mi negocio? Puedes quedarte con él. Es un gran problema, todo el día lo estoy vigilando. Llévatelo. Puede venir a quedarse aquí, y verás lo bien que lo hace". Incluso se volvió contra su querido Bert. "¿Quieres quedarte aquí? ¿Quieres quejarte de cómo te cuido? Está bien. Quédate aquí con toda esta gente. Ve lo bien que te cuidan. Verás lo bien que duermes aquí en el suelo en lugar de en la cama de tu casa".

La enfermera sacó a Bert del despacho para poder hablar con él de sus opciones. Desde el pasillo podía ver las hileras de catres instalados para los adictos y los alcohólicos, la misma gente que había embrutecido a Bert hasta haberlo imposibilitado de comunicarse verbalmente, el tipo de vida que no le desearía a nadie. Deberías pedir perdón e irte a casa con la señorita Dorothea. Ella te cuida muy bien, ¿no es así?

Bert asintió con una expresión de pena en su rostro. Puede que no le gustara la medicina, pero no podía negar que mamá lo cuidaba bien cuando no lo obligaba a tomar las pastillas.

Los dos salieron del centro de desintoxicación cogidos de la mano. Dorothea seguía mirando al personal, pero su ceño se suavizó cuando se volvió hacia su precioso Bert. Se alejaron por la calle en dirección a su casa, y aquella fue la última vez que alguien lo vio con vida.

A su regreso a la pensión, Dorothea lo llevó directamente a su habitación y empezó a darle pastillas para dormir a la fuerza. Bert no quería tomarlas, pero la enfermera, su única luz de guía, le había dicho que debía hacerlo, que debía obedecer a mamá sin importar lo que le dijera. Al poco tiempo, le entró sueño, así que mamá le dijo que podía venir a acostarse en su cama hasta que se sintiera mejor. Él se sorprendió. Mamá nunca le dejaba entrar en su dormitorio, y él trató de buscar una excusa, pero su boca ya no parecía obedecerle, y las voces de su cabeza en las que normalmente podía confiar para avisarle si había algún peligro se habían callado por completo. Estaba solo en un silencio resonante, pero no tenía miedo porque su mamá estaba allí sosteniendo su mano. Estaba allí cuando se acostó en la cama, y estaba allí cuando lo envolvió en sábanas y mantas para mantenerlo caliente. Incluso cuando la lámina de plástico envolvió el exterior de la pequeña tortilla que había hecho con él, no se movió ni se sobresaltó. No tenía nada que temer. Mamá siempre cuidaría de él.

A la mañana siguiente, llegó el tan esperado duraznero. Lo plantaron en el pozo que Bert había cavado, un pozo que de la noche a la mañana se había vuelto considerablemente más superficial, y varios de los residentes ayudaron a Dorothea a plantarlo con el montón de tierra que había preparado. Algunos de ellos se

sorprendieron de que Bert no estuviera entre ellos, ya que era uno de los ayudantes favoritos de Dorothea en el jardín desde hacía mucho tiempo. Cuando le preguntaron, Dorothea se echó a llorar. Se había ido. Su hijo se había escapado por la noche. Su hermana y su marido se habían puesto en contacto con él y querían hacerse cargo de su cuidado. Toda la casa se unió a ella en señal de condolencia. Todos sabían que ella tenía una relación muy especial con Bert, aunque no supieran muy bien por qué.

Aunque nadie más tenía una relación tan estrecha con el hombre como la de Dorothea, su presencia se echaba de menos en la casa. Al menos, era una influencia tranquilizadora para los excesos de Dorothea. Sin sus ojos afligidos sobre ella, no había nada que le impidiera apartarse por completo de su familia adquirida, hundiéndose de nuevo en sus fantasías de ostentación y glamour. Él había sido su ancla al mundo real, una presencia física sólida para que ella no viviera enteramente en sus recuerdos, tanto reales como inventados. Sin Bert para mantenerla en el presente, todos sus peores hábitos egoístas podrían aflorar.

Estimada señorita

En octubre de 1988, pocos días después de la desaparición de Bert, Judy se presentó en la casa sin avisar, buscándolo. Su conexión emocional con el hombre no había disminuido por el hecho de que Dorothea hubiera forjado una relación tan estrecha con Bert, y le gustaba pasar de vez en cuando, sólo para ver cómo estaba. Se sintió consternada al comprobar que Bert no aparecía por ninguna parte. Los otros residentes evitaron responder a cualquier pregunta, la mayoría de ellos se dirigieron a sus habitaciones cuando Judy llegó, y sólo cuando Dorothea finalmente salió del santuario de su cocina, Judy obtuvo una explicación. Bert se había puesto enfermo, y estaba acostado en su cama y durmiendo en ese momento. No era nada grave, nada de qué preocuparse, y Dorothea prometió que estaba cuidando lo mejor posible de su muchacho. A Judy le pareció que algo no encajaba en aquella mentira, ya fuera la falta de pena en la voz de Dorothea o los intentos de obtener muestras de simpatía y elogios de segunda mano, enumerando todas las cosas que estaba haciendo por Bert. Judy tomó nota de que tenía que volver a ver a Bert lo antes posible.

Cuando su agenda de los días siguientes se lo impidió, Judy se puso en contacto con Peggy Nickerson, la trabajadora social de Bert, y le pidió que investigara la situación. Al principio, Peggy recibió la misma historia que Judy cuando llamó pidiendo hablar con Bert, pero a medida que pasaban los días y seguía sin poder hablar con él, se fue preocupando cada vez más por esa enfermedad que se había apoderado de él y le preguntó a Dorothea si no estaría mejor en un hospital. La furia y los ultimátums que habían ahuyentado la intromisión de los trabajadores del centro de desintoxicación no funcionarían contra un funcionario del departamento de trabajo social. Dorothea tenía que pensar rápido —nunca había sido su fuerte — y la mentira que había elaborado era tan simple como estúpida. En realidad, Bert se sentía mucho mejor y se había ido de la ciudad.

Judy estaba en la puerta de Dorothea al día siguiente, exigiendo información. De la noche a la mañana, Dorothea había creado una historia completamente nueva y ahora, con Judy como público expectante, comenzó a tejer sus redes de engaño. Después de su enfermedad, Bert había estado callado e introspectivo, lamentando su pasado y anhelando reconstituir su relación con su familia. Había llamado a su hermana, y ese mismo día, ella y su marido habían aparecido y se lo habían llevado a México con ellos para visitar al resto de su familia. Con cualquier otro voluntario y cualquier otro transeúnte, la historia podría haber encajado, pero Judy conocía la historia de Bert al dedillo. Sabía que no había estado en México en su

vida, que no tenía familia allí y que definitivamente desconocía el número de teléfono de su hermana. Había pasado meses tratando de localizar a la hermana de Bert y había llegado a creer que la mujer vivía en algún lugar fuera de los Estados Unidos. Se marchó sin cuestionar la historia de Dorothea, pero estaba segura de que la anciana mentía, aunque no pudiera saber por qué razón.

Después de que Judy compartiera esta última información con Peggy, la trabajadora social empezó a hacer llamadas periódicas a Dorothea para que le pusiera al día sobre el paradero de Bert. Las vacaciones de la familia sólo podían durar unas semanas antes de que él tuviera que volver a casa, así que ella necesitaba una nueva historia, y ésta requeriría más profundidad. La siguiente vez que Peggy llamó, a principios de noviembre, Dorothea le informó con falsa alegría que Bert había decidido quedarse a vivir con su hermana y su marido. Vivirían juntos en su casa de Utah, y Bert ya no necesitaría que ninguno de ellos lo vigilara porque tenía de nuevo a su querida familia en su vida. Peggy juzgó esto inverosímil y exigió a Dorothea los datos de contacto para poder corroborar la historia con la familia de Bert. Acorralada, Dorothea afirmó que no podía ir por ahí dando números de teléfono a desconocidos y terminó abruptamente la llamada.

Si Peggy no había sospechado nada anteriormente, ahora estaba segura de que algo extraño ocurría en la pensión de Dorothea. Se puso en contacto con Judy y le pidió que empezara a hacer algunas averiguaciones sobre Dorothea para averiguar lo que la gente de la calle sabía de ella, tratando de calibrar exactamente en qué clase de problemas podría haberse metido el pobre Bert. Pero, antes de que esa investigación pudiera llegar más lejos, Peggy recibió una llamada a su despacho que debería haberla tranquilizado.

Dorothea siempre había tenido una red de colaboradores siempre listos a acudir en su ayuda, dentro de la casta más baja de la sociedad. Todos los transeúntes, los ex convictos y los adictos conocían su nombre y sabían que podían ganar unos cuantos dólares aquí y allá si estaban dispuestos a trabajar para ella. Donald Anthony era uno de los muchos hombres a los que había contratado para realizar trabajos esporádicos a lo largo de los años, y aunque nunca había vivido bajo su techo, el centro de reinserción social en el que pasaba las noches estaba a pocas calles de distancia. Era una voz conveniente para ponerla al teléfono. Desgraciadamente para Dorothea, cuando se trata de actores amateurs, se obtiene lo que se paga, y aunque Donald comunicó con éxito la noticia de que Bert se iba a quedar con él y con su mujer —la hermana de Bert—, utilizó el nombre de "Bert" repetidamente en la llamada, aunque su familia no hubiera tenido ningún motivo para llamarle con ese sobrenombre. Cuando se

despidió, dijo sin querer su propio nombre, en lugar del falso que le había proporcionado Dorothea. Esta llamada fue la gota que colmó el vaso; el comportamiento de Dorothea había pasado de ser extraño a abiertamente sospechoso. Peggy tardó sólo unos minutos en averiguar la identidad del impostor y su conexión con Dorothea, y tardó aún menos en decidir lo que tenía que hacer a continuación. Llamó a la policía.

Fue toda una suerte que la llamada haya sido transferida al detective John Cabrera, el hombre del Departamento de Policía de Sacramento que había dirigido, hacía menos de un año, la caza de un asesino en serie, persiguiendo a Morris Solomon y descubriendo el patrón de asesinatos que condenaría a ese hombre por el asesinato de seis mujeres en toda la ciudad. A Cabrera le pareció que probablemente se trataba de un caso de confusión y no de algo más siniestro. Aun así, salió a hacer su debida diligencia, organizando una visita a la pensión ese mismo día para entrevistar a Dorothea y a sus huéspedes y llegar al fondo del caso de la persona desaparecida, de la que ya se había dado parte en repetidas ocasiones.

En la casa, Dorothea tenía a todos sus huéspedes expuestos, riendo, fumando y jugando en las zonas comunes. Circulaban bocadillos y la dueña de la casa parecía haber recuperado su antigua disposición amistosa. Para los pocos huéspedes de toda la vida, era un maravilloso regreso a la normalidad, y ni siquiera se planteaban mirar los dientes el caballo regalado. Para los huéspedes más recientes, era un placer desconocido ser tratados con tanta amabilidad por Dorothea, de quien sabían que había estado un poco decaída desde que Bert se había ido. Todo parecía muy agradable, pero Cabrera conocía los oscuros secretos que podían esconderse bajo un exterior bien cuidado. Llevó a cada uno de los huéspedes a una habitación y los entrevistó por separado. Incluso en la intimidad de sus propias habitaciones, ninguno de los invitados se desvió de la historia que Dorothea les había proporcionado, aunque algunos de ellos lanzaron miradas nerviosas hacia la puerta, como esperando que alguien irrumpiera si decían algo equivocado. De por sí, las entrevistas no fueron suficientes para que Cabrera causara más problemas, pero le hizo descartar la idea de que en la casa no ocurriera nada anormal.

Uno de los últimos residentes en ser entrevistado fue John Sharp, un alcohólico que había estado bajo el cuidado de Dorothea durante más tiempo que cualquiera de los otros huéspedes. En su entrevista con Cabrera, siguió cuidadosamente las pautas establecidas, recitando la historia del viaje de Bert a México y luego a Utah, textualmente, y alabando a Dorothea en voz tan alta que hizo que el detective se preguntara si la anciana tenía la oreja pegada a la puerta. Cuando se hizo evidente que no iba a obtener nada útil de Sharp, Cabrera se

dispuso a marcharse con las manos vacías, pero antes de que pudiera salir al pasillo, el hombre se acercó y estrechó su mano, deslizando una pequeña nota manuscrita en la palma del agente. Cabrera se la guardó rápidamente en el bolsillo antes de despedirse de Dorothea, que era todo sonrisas al saber que su engaño había salido bien una vez más.

En su coche, aparcado en la calle, Cabrera abrió por fin la pequeña nota que le había pasado Sharp. Era escueta. "Nos hace mentir por ella".

Más tarde ese día, cuando Sharp fue a comprar cigarrillos a su tienda habitual, Cabrera se detuvo y se ofreció a llevarle. Esto pronto se convirtió en una parada en un café para que los dos pudieran tener una pequeña charla. En las horas transcurridas, Cabrera había investigado el historial de Sharp y había confirmado que el hombre no tenía ningún rencor particular contra Dorothea que pudiera estar intentando ventilar ahora —parecía que el hombre era legítimo.

Su historia era fragmentada y poco clara al principio, eran pequeños retazos de sucesos extraños que sólo adquirieron matices siniestros cuando surgió el cuadro completo. Historias sobre agujeros que se cavaban en el jardín y se volvían a rellenar de la noche a la mañana, sobre el concreto vertido sobre el cobertizo sin ninguna razón real para hacerlo, uno o dos casos en los que los huéspedes se ponían enfermos y luego subían las escaleras hacia las habitaciones de Dorothea antes de desaparecer por la noche con la misma rapidez que los agujeros del jardín, todo ello cubierto por el enfermizo y dulce aroma de la podredumbre, atribuido a los desagües, a las ratas, al fertilizante de pescado del césped. Una docena de pequeñas excusas por las que no se podía llegar a dar con aquellas personas. Una docena de pequeñas quejas sobre las cartas que se abrían si parecían contener un cheque. Los gastos extravagantes de Dorothea. Sus perfumes y licores de alta gama. Un tapiz de hilos que no significaban nada individualmente, pero que al unirse podían crear una imagen muy sospechosa.

Fue suficiente para poner en marcha una investigación más exhaustiva sobre Dorothea, una investigación que pronto sacó a la luz todo su historial delictivo, que se remontaba a sus primeros cargos por prostitución. Para Cabrera todo eso era historia antigua, pero los cargos más recientes, la droga y el robo, la falsificación y el fraude, apuntaban a una situación más peligrosa en la casa de huéspedes. Se puso en contacto con el oficial de libertad condicional de Dorothea y descubrió las prohibiciones legales que le impedían mantener una pensión. Se fueron tejiendo más hilos en el tapiz, y el cuadro parecía más y más siniestro con cada minuto que pasaba.

Reuniendo al oficial de libertad condicional y a unos cuantos

buenos hombres uniformados, Cabrera se dirigió de nuevo a la casa de la calle F con palas en el asiento trasero. Esto fue el 11 de noviembre de 1988. No tenía suficiente para una orden judicial, no aun. Tal vez pudiera forzar el cierre de la pensión si se diera el caso, pero esperaba que no fuera necesario dado lo encantadora que era Dorothea y lo contentos que parecían estar los demás residentes. Si conseguía registrar la casa y no encontrar nada más que avivara sus sospechas, entonces podría marcharse y dejar que todos siguieran con sus vidas en paz. Pero aquella sería una enorme condición.

Cuando llegaron a la pensión de Dorothea, ésta les dio la bienvenida y les ofreció café. Si había algo que pudiera hacer para ayudarles a reconfortar a las personas que estaban preocupadas por su precioso Bert, estaría encantada de ayudar en lo que pudiera. Los condujo a su habitación, que aún no estaba alquilada, y les ofreció libertad para registrar toda la casa. La aceptaron. Con Dorothea rondando a su alrededor, no se sintieron cómodos registrando todo el lugar, pero aun así, Cabrera pudo añadir unos cuantos hilos más preocupantes a su tapiz de culpabilidad —los libros que Dorothea tenía por ahí sobre las propiedades de las drogas, con páginas marcadas en relación con muchos de los medicamentos que había utilizado en el pasado para sus envenenamientos y robos. La casa estaba abarrotada de chucherías y adornos que cabría esperar en la casa de la anciana que Dorothea pretendía ser. Pero, con su nuevo lifting y la dentadura postiza colocada, ya no coincidía con la imagen que había intentado utilizar como máscara todo este tiempo.

Entre los muchos medicamentos recetados a su nombre, escondidos en su habitación tras sus extravagantes perfumes y maquillaje, había un único frasco etiquetado para Dorothy Miller. Cuando Cabrera le preguntó por él, Dorothea le explicó que Dorothy, su cuñada, había venido de visita y se había dejado el frasco. Era una explicación bastante lógica, pero a Cabrera le seguía pareciendo falsa. Al cabo de unas horas, habían recorrido toda la casa sin más evidencia que un olor desagradable que persistía en su dormitorio, que ella atribuyó a una rata muerta bajo las tablas del suelo fingiendo vergüenza. No tenían nada más que el frasco de droga extraviado.

Fue suficiente para Cabrera. Tentó a la suerte y pidió permiso a Dorothea para rebuscar en su jardín, preocupado por la posibilidad de que se perdiera alguna prueba cuando Dorothea enterrara la basura allí, como decía haber hecho. Habría sido bastante razonable que ella se negara, y la policía no habría tenido ningún recurso —no había ni de lejos la cantidad de pruebas que se habrían necesitado para conseguir una orden judicial para excavar en el jardín, y su conocido orgullo por ese jardín le habría proporcionado la excusa perfecta para negarse. Pero, todavía habría sospechas. Si se hubiera negado, cada

uno de los policías que se encontraban en su puerta se habrían ido con la semilla de la duda sobre su inocencia plantada en sus mentes, y ella no podría soportar eso. No podría vivir en un mundo en el que la gente pensara que era una asesina. No encajaba con las historias que se contaba a sí misma. Había vivido en su propia fantasía durante tanto tiempo, que era difícil distinguir si realmente creía que cuando la policía fuera a excavar en su jardín, no habría nada que encontrar, o si simplemente había sobrestimado su capacidad para cubrir sus huellas. En cualquier caso, no sólo dio permiso a la policía para cavar en la tierra fresca y removida de su jardín, sino que también les dio su pala, ya que no habían traído suficientes para todos.

Cabrera comenzó junto al nuevo árbol y la parcela más fresca de tierra removida, con la esperanza de conseguir una victoria rápida y terminar pronto el día. El proceso fue lento. A medida que avanzaba, empezaron a aparecer los primeros restos de basura enterrados: retazos de tela, pequeños trozos de envoltorio de plástico, algo que se parecía mucho al cuero pero que, al examinarlo más de cerca, revelaba tener una textura parecida a la de la carne de res seca. Cuanto más cavaban los hombres, más fragmentos y piezas de ese montón de basura enterrada eran arrastrados hacia el césped. Eventualmente, parece que llegaron a un punto muerto. Había una dura raíz de árbol en el fondo de la excavación, y nadie podía moverla, por mucho que golpearan con las hojas de sus palas. Fue el propio detective principal quien tuvo que lanzarse al agujero y tirar de la gruesa raíz con todas sus fuerzas. Limpiándose el sudor y las salpicaduras de esa carne de res de la cara, Cabrera se abrazó a la raíz y tiró con todo su cuerpo, con la espalda arqueada por el esfuerzo y los botones de su camisa embarrada amenazando con salir disparados. Durante un largo rato, esperaron en silencio, el único sonido era el de los gruñidos y resoplidos de Cabrera. Entonces, la raíz cedió y él volvió a caer en el barro, con un hueso humano aún agarrado entre sus dedos doloridos.

Salió del agujero, dejando caer los restos tras de sí, con el corazón martilleándole en el pecho. El sudor de sus esfuerzos se desvaneció en una fría corriente de terror. Había un cadáver en la tierra. Había estado tirando de una pierna. Había arrancado la pierna de un cadáver. Los otros policías se adelantaron y un grito ahogado resonó entre ellos. Donde antes desaparecía la "raíz" en la tierra, ahora podían ver claramente un pie en un zapato, arrancado de la tierra por los esfuerzos de Cabrera. Se volvieron al unísono hacia Dorothea y se sobresaltaron al ver el rictus de asombro en su rostro, exagerado por sus enormes gafas y las manos que presionaban sus ya hundidas mejillas. Era la imagen de una versión caricaturesca de alguien sorprendido más que de una persona real.

La caza de Dorothea Puente

Para cualquier observador externo, podría haber parecido extraño que Cabrera no haya intentado arrestar a Dorothea en el acto, pero había una serie de factores a tener en cuenta. La calle en la que vivía Dorothea había sido un lugar donde se encontraban muchas fincas en los primeros días de la historia de Sacramento, un lugar donde sus habitantes honrados pero pobres, bien podrían haber enterrado a sus muertos en sus propios patios traseros en lugar de permitir que fueran consignados a algún campo de alfarero. Se había encontrado con cuerpos en situaciones similares inexplicables, varias veces en su carrera. Y lo que es más importante, se encontraba allí buscando el cuerpo de Álvaro Montoya, un hombre que sólo llevaba desaparecido unas pocas semanas como mucho. Era imposible que Bert se hubiera descompuesto hasta quedar sólo en los huesos en el tiempo que había estado desaparecido. Este cuerpo y el crimen del que Dorothea era sospechosa no coincidían. Incluso antes de que su equipo llegara y excavara el resto del cuerpo, Cabrera sabía que no podía ser el cuerpo que estaba buscando.

Sentó a Dorothea en su salón y trató de calmar sus nervios con un café, pero aparentemente se encontraba en estado de shock. Todo el color que le había costado conseguir se le fue de la cara, toda la edad que había pagado para que se la rebanaran volvió a perseguirla. No podía entender de dónde había salido el cuerpo. No podía entender lo que estaba sucediendo. Todo su mundo parecía desmoronarse, como si todo este día hubiera sido una larga pesadilla y mañana fuera a despertar en su vida habitual.

Cabrera dejó a Dorothea replegada en sí misma dentro de la casa, dejó a algunos agentes en el patio trasero para que vigilaran y se aseguraran de que nadie tocara la escena del crimen, y luego se dirigió al juzgado. Con el cuerpo que habían descubierto, no le costaría mucho conseguir una orden para levantar el resto del jardín de Dorothea, y menos aún, solicitar dinero al departamento para contratar una retroexcavadora que hiciera la mayor parte del trabajo pesado.

El día siguiente era sábado, pero nadie se quejó por trabajar durante el fin de semana. Un escuadrón de investigadores forenses se apersonó en el jardín trasero de Dorothea y comenzó a levantar los restos que el equipo del viernes había descubierto a gran ritmo. Para horror de Cabrera, le explicaron que las motas de sustancia carnosa que había confundido con res de vaca, eran en realidad carne humana momificada. Dado que el cuerpo había sido enterrado de una forma tan inusual, no se había podrido y descompuesto como era de esperarse. En cambio, los restos se habían secado y sus fragmentos se

habían distribuido por el suelo debido a la repetida intervención de Dorothea, sus jardineros y los detectives de Cabrera. Y lo que es peor, los restos no eran de Álvaro Montoya, como esperaban en un principio, sino de una anciana desconocida. Sólo más tarde sería identificada formalmente como Leona Carpenter.

Mientras la excavación continuaba, Dorothea observaba desde la ventana, sin decir nada a nadie. Observó cómo levantaban el césped y se dirigían hacia la glorieta que había hecho construir recientemente sobre la losa de hormigón que el Jefe había colocado para ella. Podía ver a dónde se dirigían a continuación, y ahora que la ilusión de su inocencia se había roto, sabía exactamente de quién sería el siguiente cuerpo que descubrirían. Se había aferrado a sus propias historias para que le resultara más fácil pasar el día; le resultaba mucho más sencillo repetir la mentira si se la creía, así que se había comprometido a creer de todo corazón en cada una de sus mentiras. Ahora toda esa farsa desaparecía, la cordura se imponía y era necesario actuar. Sólo quedaban unos minutos, en el mejor de los casos, antes de que se descubriera otro cuerpo y desapareciera cualquier posibilidad de hacer pasar todo esto por una mera coincidencia. Debía actuar pronto.

Vestida con sus más finas ropas rojas, con su bolso rebosante con casi 4.000 dólares en efectivo y su mejor sombrilla colgando de la muñeca, Dorothea salió al patio trasero, sorteando a la policía y a los expertos forenses para llegar hasta el detective Cabrera, que estaba mirando la última fosa que había abierto la retroexcavadora. "¿Estoy bajo arresto?"

Cabrera se sobresaltó al ver que la anciana se acercaba en silencio, pero por la expresión atormentada de su rostro se dio cuenta de que todo esto estaba siendo demasiado para ella, al ver cómo se destrozaba su casa, el jardín que había sido su orgullo y alegría. La simpatía atenuó su respuesta. "Por supuesto que no, señora Puente".

"Entonces, ¿soy libre de irme? ¿Puedo ir al hotel a tomar un café? Necesito calmarme".

Cabrera le pasó un brazo por los hombros. "No se preocupe por nada. Yo mismo la llevaré".

En la parte delantera de la casa se había reunido una gran multitud: lugareños, periodistas y todos los habituales parásitos misceláneos que acuden habitualmente a cualquier tipo de emoción en una gran ciudad. Cabrera y Dorothea fueron objeto de preguntas, pero ella agachó la cabeza a petición de él, que la llevó al coche y luego al hotel sana y salva. Le dijo que le llamara cuando estuviera lista para volver a casa que enviaría a alguien a buscarla. Luego la dejó allí.

Dorothea se quedó inmóvil hasta que el coche del detective se perdió de vista, entonces llamó a un taxi para que la llevara al otro lado de la ciudad. Se detuvo en un bar de mala muerte conocido por

ella, para beber un par de vodkas con jugo de naranja para calmar los nervios, y luego puso en marcha su plan de acción sin más rodeos. El dinero que llevaba en el bolso le duraría un buen tiempo, y podía permitirse el lujo de tirar un poco de él si hacía que su rastro fuera un poco más difícil de seguir. Reservó un billete de avión a Los Ángeles, pagando en efectivo, y luego tomó el autobús de línea desde el aeropuerto hasta la ciudad, cambiando a un autobús de la compañía Greyhound en la estación central, dirigiéndose al centro de Los Ángeles a campo traviesa.

Tenía años de conversaciones con los altos cargos del departamento de policía que le facilitaron sus planes de fuga. Se había enterado de lo fácil que era para ellos identificar cuando un billete de avión no se había utilizado, y manipuló ese sistema para que pareciera que no había forma de que se dirigiera a Los Ángeles. Era ese tipo de genio retorcido el que la había ayudado a evadir la captura durante todos los años anteriores, el perfecto conocimiento de la psicología humana que le permitía manipular a todos los que la rodeaban con facilidad.

Cuando arribó al centro de Los Ángeles, su antiguo lugar de residencia, se instaló en la habitación 31 del Motel *Royal Viking* bajo el nombre de Dorothea Johansson, y luego salió a la caza de una residencia más permanente. Nunca había tenido problemas para atraer la atención de los hombres, ni siquiera en sus últimos años, y, vestida con todas sus galas, paseándose en una nube de perfume caro, parecía la celebridad que siempre había pretendido ser. Las cabezas se volvieron cuando entró en el bar, y cuando comenzó a beber destornilladores como si nada, más de un hombre empezó a sospechar que le esperaba una noche emocionante. Hubo media docena de hombres que se interesaron por ella, lo suficientemente mayores como para haberse jubilado, pero lo suficientemente jóvenes como para creer en su interés. Si sus pensamientos giraban en torno a los acontecimientos que se estaban sucediendo en su casa, no lo demostraba.

Pocos minutos después de que Dorothea saliera de casa, el circo fuera de las vallas se había puesto en marcha. Habían llegado más camiones de noticias, bloqueando por completo la calle F. Los vecinos de la zona habían empezado a escalar las vallas para asomarse al interior del jardín. Para cuando Cabrera llegó a la casa, tuvo que ir a pie desde más de una manzana de distancia, e incluso tuvo que abrirse paso a codazos agitando su placa. Nada más llegar, el frenesí aumentó. El uso de la retroexcavadora para levantar el hormigón, que se había colocado en el patio trasero, había revelado más tumbas, y ahora se estaban sacando los cuerpos. Sin la interrupción de las palas, salieron en una sola pieza; cada uno de ellos, atado en sus propios capullos de

tela y plástico, todos descomponiéndose de la misma extraña manera como resultado. Cualquier sugerencia de una explicación inocente, se había desvanecido en el momento en que apareció otro cuerpo, y durante las cuatro horas siguientes, el equipo descubrió y documentó diligentemente la cosecha de cadáveres sembrados en los jardines de Dorothea. Siete cuerpos fueron llevados a la morgue para ser examinados, y los equipos forenses que se encontraban allí, acudieron rápidamente a la casa en busca de una explicación. Para horror de la policía, el reloj de la muñeca de uno de los cadáveres más recientes seguía funcionando. Si hubieran respondido más rápido a la preocupación por la desaparición de Bert, podrían haber detenido a Dorothea antes de que la última mujer fuera asesinada.

Dentro de la casa, todo parecía tan perfecto e impoluto como siempre. Cada detalle tenía que estar documentado, cada indicio de la verdad archivado, para asegurar una condena. Al revisar todos los papeles de la casa se descubrió poco a poco la lista de los no residentes de los que Dorothea seguía cobrando cheques, una lista considerablemente más larga que el número de cuerpos que se habían hallado en el jardín. Esta era su selecta lista de identificación de cadáveres y el móvil perfecto por el que Dorothea habría asesinado a sus residentes. La codicia.

Aun así, continuaron recorriendo el resto de la casa, documentando cada arañazo en la carpintería o cada mancha en la alfombra, y enviando numerosas muestras a los laboratorios forenses locales durante semanas para analizarlas. Los libros sobre drogas y sus usos, junto con la enorme reserva de medicamentos recetados por Dorothea, les proporcionaron la evidente metodología de los asesinatos, pero aun así, las cosas no cuadraban. ¿Dónde había estado asesinando a sus víctimas? Los informes de los antiguos residentes de la pensión indicaban que a menudo llevaba a las personas a sus habitaciones y luego desaparecían durante la noche. Por lo tanto, el equipo centró sus esfuerzos en ese lugar, pero si el resto de la casa tenía un aspecto impecable, las habitaciones de Dorothea parecían realmente pulidas, un apartamento de lujo situado encima de las instalaciones más bien monótonas de los niveles inferiores, con el aroma de sus muchos perfumes todavía suspendido en el aire. Se encontraron más documentos y más drogas por las habitaciones, escondidas en lugares inesperados, pero todavía no había señales claras de ninguna prueba forense que pudiera relacionar a Dorothea directamente con los asesinatos. Sólo cuando se desprendió el barniz de la sofisticación se pudo descubrir la verdad. La cama de Dorothea seguía en perfecto estado gracias a la cuidadosa sustitución de sábanas y mantas, y sus alfombras estaban tan impolutas que parecía que ni siquiera las habían pisado antes de que llegara el equipo forense.

Parecía una sala de exposiciones, y eso ya era sospechoso de por sí. El equipo levantó la alfombra del dormitorio de Dorothea y, de repente, quedó claro el origen del mal olor. Incluso después de todos estos años, una pequeña parte de Dorothea seguía siendo la misma niña salvaje que nunca había aprendido a limpiar correctamente. Había colocado una alfombra nueva sobre las manchas de las tablas de madera de abajo, sin siquiera considerar que podría ser prudente lavarlas. Desde su cama hasta el pasillo, había una larga y oscura mancha de fluidos corporales, un rastro de podredumbre que bajaba directamente hacia el jardín. No podría haber sido más obvio lo que había sucedido, si Dorothea hubiera estado allí para hablar con los investigadores.

En el caos del descubrimiento de los cadáveres y las prisas, la desaparición de Dorothea no se hizo notar hasta cuatro horas después de haberse escabullido. Horrorizado, Cabrera envió una patrulla a buscarla o a rastrear las calles si había salido del hotel, pero no había rastro de la anciana por ningún lado. Era como si se hubiera desvanecido en el aire y él la hubiera ayudado a escapar. Avergonzado, convocó a los medios de comunicación para dar inicio a una de las más extrañas cacerías de la historia de los Estados Unidos.

La prensa y el público no podían creer que Dorothea Puente, la adorable ancianita que cuidaba a los vagabundos, ayudaba a los sin techo y repartía sus tamales caseros, pudiera ser una asesina. Incluso cuando se recurrió al FBI en busca de ayuda, había una sensación de extrañeza que impregnaba sus esfuerzos. Aun así, Cabrera siguió adelante, dolorosamente consciente de que era sólo cuestión de tiempo que Dorothea volviera a matar. El volumen de cadáveres en la casa demostraba que no tenía intención de detenerse, y su repentina falta de ingresos la llevaría a hacerlo si el motivo fuera totalmente económico. Tenían que atraparla antes de que fuera demasiado tarde.

La forma singular en que Dorothea había preparado los cuerpos antes de enterrarlos, hizo que fuera muy fácil relacionar el asesinato de John Doe con ella, ocurrido varios meses atrás, y sólo bastó con leer un poco de su correspondencia para dar las pistas a la policía sobre el hecho que estaba manteniendo la fachada de que Everson Gillmouth seguía vivo, ante su familia. Con alguna idea de a quién podría pertenecer aquel cuerpo misterioso, sólo hizo falta una rápida exhumación y un examen de algunas radiografías para confirmar sus sospechas. Los otros cuerpos no fueron tan fáciles de identificar. Se necesitaron siete días antes de poder asignar nombres a cada uno de ellos, días en los que se peinó todo el país en busca de las personas que figuraban en la lista de Dorothea, en los que hubo que ponerse en contacto con las familias para advertirles que su ser querido podía estar entre las víctimas y que Dorothea Puente seguía en libertad.

Para las familias de las víctimas confirmadas, esta noticia fue algo así como una reivindicación. William Clausen, el hijo de Ruth Monroe, sospechaba desde hacía tiempo que Dorothea estaba detrás de la muerte de su madre, y ahora que se había demostrado que los cadáveres descubiertos en su jardín trasero, contenían cantidades letales de la misma droga que había matado a Ruth, estaba furioso. Los hijos de Everson estaban igualmente furiosos, aunque volcaron esa rabia hacia dentro, culpándose a sí mismos en lugar de arremeter y hacer declaraciones públicas.

La cacería se extendió desde los estados del norte, a los que Dorothea había llamado hogar, hasta México, donde se suponía que habría huido como la última vez que la policía la había cercado. Su rostro aparecía a cada hora en las noticias y en los periódicos de todo el mundo. Sin embargo, todavía en el centro de Los Ángeles, se las arregló para pasar desapercibida en los bares poco iluminados que frecuentaba. Tres días de fuga eran más que suficientes para Dorothea —quería volver a las comodidades de su hogar, lo que significaba adquirir primero una casa. Charles Willgues era su objetivo elegido, ya que había coqueteado con muchos hombres de la zona sin mucha suerte. Se presentó ante él como Donna Johansson, y en poco tiempo la conversación giró en torno a su última historia.

Había perdido o le habían robado el bolso al llegar a Los Ángeles, y estaba sin ropa que ponerse. Incluso los zapatos de tacón que llevaba se estaban estropeando de tanto caminar. Compadeciéndose de ella, Charles la llevó por la calle hasta un zapatero, al que pagó para que le reparara los zapatos. Donna quedó muy impresionada por su generosidad y le preguntó cómo había conseguido el dinero que le sobraba. Él le explicó que recibía una prestación por invalidez. Enseguida se le iluminó la cara y empezó a contarle sobre todas las prestaciones complementarias a las que probablemente tenía derecho pero que desconocía. A él le sorprendió la amplitud de sus conocimientos, aunque se quedó un poco perplejo de cómo una mujer tan evidentemente acomodada sabía tanto sobre el sistema de prestaciones de Estados Unidos. No tardó en presionarle para que le diera detalles sobre su situación familiar, intentando conseguir una invitación a su casa. Al principio, él pensó que era una mujer increíblemente atrevida, pero poco a poco se dio cuenta de que parecía estar mucho más interesada en su casa que en él. Mientras la acompañaba de vuelta al *Royal Viking*, le saltaron algunas alarmas, pero se despidieron en buenos términos, y Charles se ofreció a llevarla por la ciudad al día siguiente para comprarle ropa nueva.

Fue sólo al llegar a casa cuando sus sospechas empezaron a aflorar. Era imposible que su Donna fuera aquella mujer, Dorothea, que aparecía en las noticias todo el tiempo. Aunque estuviera

extrañamente fascinada con sus beneficios y fuera un poco insistente con sus exigencias de que empezaran a vivir juntos, eso no significaba que fuera una asesina a la fuga. No se atrevía a llamar a la policía sobre la situación, pero la prensa local era otro asunto completamente distinto. Estaba bastante seguro de haber visto a Donna en las noticias esa mañana, aunque no podría confirmarlo con seguridad, así que les llamó y acabó hablando con el editor de la CBS, Gene Silver. Silver le pidió que viera el siguiente boletín de noticias para comprobar la imagen, pero recibió otra llamada cuando la CBS no mostró la imagen durante esa emisión. Presintiendo que se trataba de una noticia importante, Silver fue a visitar a Charles en persona, llevando una foto de Dorothea para identificarla. A Charles le bastó un vistazo para estar seguro. Dorothea Puente era Donna.

A la mañana siguiente, Dorothea se despertó con un golpe en la puerta del motel. Cuando la abrió, quedó momentáneamente encandilada por el parpadeo de los focos de las cámaras. La prensa la había encontrado, y no había forma de que dieran un paso atrás ahora que la estaban deteniendo. El agente que se encontraba en el lugar de los hechos le pidió a "Donna" que se identificara y, acorralada y sin tiempo para pensar, le entregó su identificación real. Dorothea Puente fue detenida y embarcada en un vuelo de vuelta a casa ese mismo día, contratado por el periódico *The Sacramento Bee*. Durante todo el vuelo de regreso, estuvo rodeada por la prensa, acosada con preguntas. Por primera vez, no tenía ninguna historia que contar ni deseos de llamar la atención. Todo lo que obtuvieron de ella a lo largo de todo el viaje fue una desmentida a medias poco entusiasta: "Cobré los cheques, pero jamás maté a nadie", y una confesión algo más siniestra: "Yo solía ser una buena persona… solía serlo".

Los juicios de Dorothea Puente

La policía de Sacramento se hizo cargo de Dorothea en la pista de aterrizaje, conduciéndola directamente a la cárcel del condado de Sacramento, donde fue fichada de inmediato. Allí se registraron y documentaron sus bienes y se descubrieron en su abultado bolso los 3.000 dólares que le habían sobrado de su intento de fuga. Esa misma mañana, fue llevada ante el tribunal para reunirse con sus abogados designados, Peter Vlautin y Kevin Clymo, los hombres a los que se había encomendado la onerosa tarea de mantener fuera de la cárcel a Dorothea Puente, conocida en todo el mundo como una asesina en serie. La sesión del tribunal duró sólo siete minutos, durante la cual Dorothea fue procesada sin fianza por el cargo de homicidio.

Bert Montoya, el hombre que ella creía que no le importaba a nadie, había hecho caer sobre ella todo el peso de la justicia.

En la cárcel, Dorothea no disfrutó de la compañía a la que estaba acostumbrada en prisión. Todo el mundo sabía de sus crímenes, y la gente no podía mirarla a los ojos. No tenía a nadie a quien contarle sus historias, excepto a sus abogados, y al mentirles sólo le hacía poner los ojos en blanco y suspirar. La policía estaba tardando meses en reconstruir el caso que la fiscalía iba a utilizar para culpar a Dorothea de todas las muertes, pero estaban siendo excepcionalmente minuciosos en ello. Cada mentira que ella dijera sería un clavo más en su ataúd para la defensa. No tenían forma de saber cuánto de la historia de Dorothea se había descubierto ya, así que cada vez que ella contaba uno de sus cuentos y se refutaba a sí misma, arruinaba aún más su credibilidad. Sin embargo, incluso en esas reuniones privadas y confidenciales con sus abogados, Dorothea no se atrevía a reconocer la verdad. Insistía en su inocencia, en que su relato personal era la verdad absoluta y se reafirmaba en cualquier mentira en la que fuera descubierta. Finalmente, Vlautin y Clymo se dieron cuenta de que la única forma de evitar que su cliente fuera a la cárcel era mantenerla alejada del estrado. Todo el juicio iba a tener que desarrollarse sin que Dorothea declarara en su propia defensa.

La actuación de la dulce anciana que Dorothea había estado utilizando durante años, iba a ser la primera línea de ataque emocional de sus abogados contra el jurado, pero al ver que ese ángulo había quedado destruido, fueron a por la siguiente mejor opción: testigos de carácter, y muchos de ellos. Se dirigieron a todas las personas de las comunidades a las que Dorothea había ayudado, a todos los indigentes a los que había dado un hogar seguro, a todos los vecinos que habían comido sus tamales o la habían visto cuidar de gatos y hombres callejeros por igual, a las madres solteras a las que había ayudado a encontrar una forma de escapar de sus maridos

abusivos. Cada vida que Dorothea había tocado se desplegó como un escudo frente a ella, y la mentira más grande de todas se construyó a partir de ella. Las formas en que Dorothea había gastado sus ganancias mal habidas en obras de caridad estaban bien documentadas, así que Vlautin y Clymo se apoyaron en eso para justificarla. Dorothea atendía a diario a personas que estaban a punto de morir, y cuando finalmente lo hacían, utilizaba el dinero que les correspondía para ayudar a otros. Su declaración en el avión se convirtió en toda su defensa. "Cobré los cheques, pero jamás maté a nadie".

Mientras tanto, la fiscalía había decidido retirar los cargos de fraude relacionados con las complejas estafas de Dorothea en materia de prestaciones por miedo a que el jurado se confundiera demasiado si tenían que explicar todos los entresijos de los sistemas que estaban siendo explotados. Los asesinatos eran los cargos por los que se acusaba a Dorothea, y era por lo único que la fiscalía planeaba acusarla. Era todo o nada.

El 25 de abril de 1990, comenzaron las audiencias previas al juicio. El tribunal estaba repleto de medios de comunicación y de público, un público masivo que esperaba ver que se hiciera justicia. La acusación se lanzó a describir a Dorothea como una asesina calculadora y de sangre fría, que había establecido su negocio de pensiones para aprovecharse de los débiles e indefensos de la sociedad para su propio beneficio económico. La defensa no se comprometió con esa historia, sino que presentó una moción para trasladar el juicio. El juicio se había convertido en un espectáculo mediático, y la cobertura que Dorothea había recibido hasta el momento, garantizaba que cualquier jurado de la región se viera condicionado en su contra. La jueza Gail Ohanesian, se sentó durante dos días a escuchar los argumentos de ambas partes antes de dictaminar que el cambio de sede era pertinente, pero que no se anularía el juicio por la cobertura mediática. A pesar del enorme interés público, no había visto ninguna prueba de que el juicio violara los derechos constitucionales de Dorothea.

En las semanas y meses siguientes se presentaron argumentos y pruebas, y se presentó al juez todo lo que más tarde se utilizaría en el juicio con jurado, incluidas las copiosas declaraciones de los psicólogos, que sus abogados habían traído para entrevistar a Dorothea con la vaga esperanza de una defensa por demencia. Esos psicólogos argumentaron que la infancia de Dorothea y su vida inestable, podrían haber contribuido a sus niveles de estrés cuando los residentes murieron a su cargo. Creían que esto podría haber afectado a su toma de decisiones y que el temor a que su vida estable se desmoronara la llevó a esconder los cuerpos en lugar de informar de sus muertes. Debido a las condiciones de su libertad condicional, es

posible que nunca informara de las muertes porque eso podría haberla llevado nuevamente a la cárcel. Finalmente, se presentaron nueve cargos de asesinato contra ella, y el juicio con jurado se celebró en Monterey.

Fueron necesarios muchos meses para encontrar un jurado imparcial, y aún más tiempo para que las numerosas mociones presentadas por la defensa fuesen analizadas. Estaban jugando con el tiempo. Cuanto más tiempo tuviera que esperar el jurado, más probable sería que olvidara los detalles de la cobertura mediática. Hicieron bien ese trabajo. Fue el 9 de febrero de 1993, cuando finalmente comenzó el juicio.

Ambas partes presentaron sus casos, la fiscalía argumentando que Dorothea era un monstruo, la defensa que era una santa. Se llamó a declarar a 153 testigos diferentes. Se ofrecieron 3.500 páginas de informes. Una maqueta de la pensión de la calle F fue llevada a la sala. Se introdujeron prórrogas tras prórrogas tras prórrogas, convirtiendo este juicio en el más largo de la historia de California. El 15 de julio, el jurado se retiró para considerar las pruebas y presentar su veredicto, muy consciente de que la acusación pedía la pena de muerte para la ancianita que estaba sentada detrás del banco junto a ellos.

Nadie sabe exactamente lo que ocurrió en la sala donde se reunieron los miembros del jurado, si hubo discusiones, confusión, persuasión o cualquier otra cosa —esas salas están selladas— pero, tras días de deliberación, el 2 de agosto se entregó una nota al juez. Nosotros, los miembros del jurado, estamos empatados en los nueve cargos —Necesitaríamos recibir más instrucciones.

La defensa exigió inmediatamente que se declarara la nulidad del juicio, pero el juez Michael J. Virga se opuso y le dijo al jurado que volviera a intentarlo, después de darle instrucciones muy claras sobre cómo tomar una decisión. Hubo que esperar hasta el 26 de agosto hasta que finalmente regresaran con una decisión tomada, e incluso entonces, estaba incompleta. Seguían en punto muerto en la mayoría de los cargos, y sólo estaban dispuestos a condenar a Dorothea por tres de los asesinatos: el de Dorothy Miller y Ben Fink, en primer grado, y de Leona Carpenter en segundo grado.

Dorothea se tomó la noticia con la misma cara de piedra con la que había visto las fotos de sus víctimas, tanto vivas como descompuestas, durante todo el juicio. Sólo cuando el juez dictó su sentencia de cadena perpetua sin libertad condicional, habló por fin. "Yo no maté a nadie".

William Clausen, el hijo de Ruth Monroe, se mostró satisfecho cuando escuchó que por fin se había hecho justicia, aunque la muerte de su madre nunca fue tratada oficialmente como un asesinato.

Cuando los periodistas le preguntaron si estaba molesto porque Dorothea no había recibido la pena de muerte, explicó que no lo estaba. La vida de Dorothea sólo podía terminar de dos maneras. Moriría en la cárcel o encontraría la manera de engañar al sistema y escapar. Entonces, él la estaría esperando.

Dorothea fue enviada a la prisión de mujeres de Chowchilla, donde vivió el resto de sus días tranquilamente, exactamente como la celebridad que siempre había deseado ser. Negó todos sus crímenes, pero disfrutó de la atención y el respeto que recibió por haberlos cometido. Todo el mundo en Chowchilla sabía quién era y la saludaba amablemente.

Tenía 64 años cuando la encerraron por última vez y, con el paso de los años, se abrió paso por todos los trabajos de la prisión antes de que la edad y la enfermedad le impidieran seguir trabajando. Hacia el final de sus días, todavía se levantaba con el amanecer para limpiar toda su celda compartida y aprovechaba la donación mensual de 10 dólares que recibía de una organización benéfica anónima, para preparar bocadillos caseros para sus compañeras de celda y los guardias. Cuando la "señorita Dorothea" cocinaba, todo el bloque se animaba, esperando probar sus manjares.

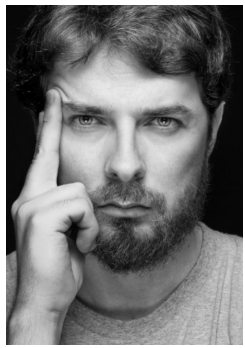
Hacia el final de su vida, dedicó cada vez más tiempo a la ficción, leyendo novelas policíacas y viendo CSI, Mentes Criminales y Cold Case en la televisión, obsesionándose con los asesinatos ficticios mientras seguía manteniendo que ella jamás había cometido ningún asesinato.

Siempre que se celebraban servicios en la capilla de la prisión, asistía, pero evitaba unirse formalmente a cualquier grupo de culto de reclusas por miedo a que le pidieran que confesara sus pecados. La religión había sido la piedra angular de la vida de Dorothea cuando era niña, y la iglesia le había proporcionado en su momento, todos los cuidados y la estabilidad que sus padres jamás le brindaron, por lo que no es de extrañar que, en sus últimos días, volviera a Dios. Pero para recibir el perdón, primero hay que admitir la culpa, y Dorothea no pudo decir la verdad de lo que había hecho, ni siquiera hasta el final. Sus historias, sus preciosas mentiras que había llevado con tanto orgullo y deleite, seguían envolviéndola como cadenas doradas hasta el último momento de su vida. Nunca admitiría ninguno de sus crímenes. Ni siquiera admitiría haber vivido su vida real. Seguía afirmando que recibía correos de famosos y ex maridos que hacía tiempo que habían seguido con sus vidas y habían olvidado su nombre.

El 27 de marzo de 2011, a la avanzada edad de 82 años, Dorothea murió por causas naturales en su celda de Chowchilla. Las mismas causas naturales que se habían cobrado a todas sus víctimas, según

ella perjuraba, incluso hasta sus últimos momentos en este mundo.

ACERCA DE RYAN GREEN



Ryan Green es un autor de novelas policíacas de treinta y largos años. Vive en Herefordshire, Inglaterra, con su mujer, tres hijos y dos perros. Además de escribir y pasar tiempo con su familia, a Ryan le gusta caminar, leer y practicar windsurf.

Ryan es un amante de la Historia, la Psicología y el Crimen real. En 2015, finalmente comenzó a investigar y escribir sus propios trabajos y a finales de ese mismo año, lanzó su primer libro sobre el asesino en serie más célebre de Gran Bretaña, Harold Shipman.

Desde entonces ha escrito varios libros sobre temas no tan conocidos, y ha adoptado un enfoque único escribiendo desde la perspectiva del asesino. Narra algunas de las escenas más escalofriantes que se pueden encontrar en el género Criminal.

"Ryan Green es un narrador increíble... no se limita a contar una historia, te permite ser parte de ella".

~Blackbird

APOYA A RYAN GREEN

Si te ha gustado el libro y tienes un momento libre, te agradecería mucho una breve reseña en Amazon. Tu ayuda para difundir el libro será gratamente recibida, las reseñas marcan una gran diferencia para ayudar a nuevos lectores a encontrarme.

Enlace de reseña en Amazon (EE.UU.)

Enlace de reseña en Amazon (España)

Enlace de reseña en Amazon (Mexico)

¡Gracias!